



Trilogía
completa

*Di que
no me quieras*

2^a
Edición

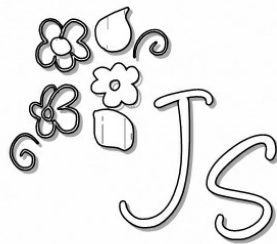
Janis Sandgrouse

*Di que
no me quieras*



Trilogía completa

Janis Sandgrouse



Copyright © 2020 Janis Sandgrouse
Todos los derechos reservados.

© Autora: Janis Sandgrouse
© Autora de portada: Janis Sandgrouse
© Imagen de portada: Adobe Stock
© Primera Edición en eBook: Octubre – Noviembre – Diciembre 2017
© Segunda Edición en eBook: Enero 2020
Facebook: <http://www.facebook.com/janis.sandgrouse>
YouTube: Janis Sandgrouse
Blog: <http://janissandgrouse.blogspot.com>
E-mail: janis.s.novelas@gmail.com

La novela DI QUE NO ME QUIERES TRILOGÍA COMPLETA es una obra de ficción. Cualquier parecido con los personajes, lugares que se citan o cualquier otro tipo de coincidencia es fruto de la casualidad.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la autora, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

AGRADECIMIENTOS

A mi marido, por estar en esto conmigo desde el principio.
Por las horas que dedica a leer, revisar y aportar ideas a cada una de mis historias.

A Javier Piña Cruz, el otro Javi de mi vida, que después de leer la trilogía y saber que estaba pensando hacer esta segunda edición con las tres en un mismo libro, no tardó en buscar imágenes para el cambio de portada. Gracias, hermanito, por estar ahí cuando necesito una ayudita.

A quienes me han leído y a quienes empiezan a leerme. Gracias por dejar que mis personajes entren en vuestras vidas.

A l@s que forman parte de mi mundo virtual. Por los buenos días, los cafés y las risas que compartís conmigo.

*Para ti, siempre es para ti.
Porque sabes que no te quiero.*

Di que no me quieres



Volumen I

SINOPSIS

Una mansión, fiestas privadas, dinero, lujo, poder, máscaras que esconden quién eres...
¿Puede una persona encontrar ahí el amor?



Capítulo 1

Cuando Adam, mi novio desde que estaba en el instituto, rompió conmigo y se marchó de Nueva York, creí que mi mundo se derrumbaría. Mis jefes, los señores Evans, fueron un gran apoyo para mí, sobre todo su hijo, el pequeño Liam.

Empecé a trabajar como interna en casa de los Evans cuando cumplí dieciocho años y, desde el primer momento, Liam y yo tuvimos una conexión especial.

Es un niño muy cariñoso, siempre tiene una sonrisa para regalarte y un abrazo cuando ve tristeza en tu mirada. Siempre será mi niño, aunque no sea su madre.

Dejando de pensar en Adam, centrándome en mí misma, me volqué en mi trabajo, en la familia Evans que tanto me había dado cuando necesité su ayuda.

Me quedé huérfana con ocho años y pasé toda mi infancia en casa de mi tía materna, pero no era mujer a la que le entusiasmasen los niños así que tuve que aprender muy jovencita a valerme por mí misma. La tía Ava salía todas las noches, así que mis cenas consistían en sándwiches de pavo y zumo de naranja.

Poco después de conocer a Adam me presentó a sus padres, y las cenas de sándwiches pasaron a ser cenas de verdad. La madre de Adam siempre tenía un plato para mí en la mesa, y algunas noches me preparaba el dormitorio de invitados para que me quedara a dormir.

Al cumplir los dieciocho recogí mis cosas de casa de la tía Ava y me marché, solo le dejé una nota, “Gracias por darme un sitio donde vivir estos diez años”, sencilla, simple y concisa, no se merecía nada más.

Ese fin de semana lo pasé en casa de Adam, su madre no quería que me quedara en la calle ni un solo día.

Me puse a buscar trabajo y después de varias entrevistas encontré un anuncio en el periódico, buscaban niñera interna, no tenía experiencia con niños, puesto que soy hija única, pero pensé «¿Y por qué no?» así que llamé y concerté una entrevista.

Al llegar a la dirección que me habían dado me quedé boquiabierta. Había visto esas mansiones en televisión, pero nunca había tenido una tan cerca.

Las rejas de la entrada se abrieron y pasé, caminé entre los árboles de uno y otro lado hasta llegar a la entrada a la casa, de fachada color café y puertas y ventanas color blanco.

—Buenos días señorita Baker —dijo el mayordomo que esperaba en la entrada—, los señores Evans la esperan en el salón. Por aquí por favor.

Seguí a ese hombre de pelo cano que no tendría más de cincuenta años y desde la puerta del salón, les anunció mi llegada.

—Señorita Baker, siéntese por favor —me ofreció Tayler Evans.

—Gracias —respondí tímidamente.

Tayler Evans era muy atractivo, tenía una increíble mirada de ojos azules, cabello castaño, alto y atlético. Su aspecto era demasiado serio, pero estábamos en una entrevista, era lógico.

La señora Evans estaba sentada junto a él, ojos marrones y una larga melena rubia que caía delicadamente sobre sus hombros.

—¿Qué experiencia tiene, señorita Baker? —preguntó Molly Evans, directa al grano, como si supiera que no había tratado con niños jamás en mi vida.

—Se me dan bien las tareas de la casa, se cocinar, planchar...

—¿Y con niños? ¿Ha trabajado alguna vez con niños? —me había pillado, no había duda.

—La verdad es que no. Pero me gustan mucho los niños.

—¿Liam? Ven cariño —pidió el señor Evans.

Unos pasitos se escucharon por el pasillo, correteando, hasta que se paró en la puerta del salón.

—Liam, ella es Avery Baker —dijo el señor Evans.

—Hola, Liam. Encantada de conocerte —le saludé mientras aquel niño, rubio como su madre y con la misma mirada azul que su padre, sonreía.

—Hola —respondió él acercándose junto a sus padres.

—Señorita Baker. Liam tiene cuatro años, es un niño inagotable, casi ninguna de las niñeras que ha tenido han durado más de tres meses. Es muy activo, le gusta corretear por toda la casa y... bueno, es bastante travieso —me aseguró la señora Evans.

—¿Te gustan los cuentos, Liam? —pregunté.

—Sí —respondió el pequeño con una amplia sonrisa.

—A mí me gusta leerlos por la noche, antes de dormir. ¿Te gustaría que los leyera contigo?

—Sí, sí me gustaría.

—¿Me enseñarías tu dormitorio? —pregunté, casi con la certeza de que no querría.

Para mi sorpresa, y más aún para la de sus padres, Liam se levantó corriendo y se acercó a mí, me cogió la mano y miró a sus padres que con una sonrisa se levantaron y nos dieron paso para ir al dormitorio del pequeño.

Todas las paredes de la casa eran en color blanco, los muebles en madera oscura y las cortinas en color crema.

Al final del pasillo estaban el dormitorio de los señores Evans, el despacho y el dormitorio de Liam, quien conmigo de la mano corrió hacia la puerta tirando de mí.

Las paredes eran verde pastel, con algunas estrellas dibujadas en color blanco, los muebles eran blancos y las cortinas, también blancas, tenían estrellas verdes.

Me llevó directamente a la estantería donde tenía una gran colección de cuentos. Cogió uno y me lo dio para que lo leyera.

Me senté en el sofá junto a la estantería y Liam me tendió los brazos para que le cogiera y le sentara en mi regazo. Abrió el libro y empecé a leer.

Cada vez que terminaba una página, Liam cogía mi mano para seguir leyendo, mientras sus padres, parados frente a la puerta, observaban lo tranquilo que estaba su pequeño revoltoso conmigo.

—Liam, la señorita Baker debe marcharse, la veremos mañana por la mañana. Si a ella le parece bien —dijo la señora Evans cogiendo al pequeño en brazos.

—¿Vendrás mañana a leerme, Avery? —preguntó Liam.

—Te leeré todas las noches —respondí cogiendo la mano que él me ofreció.

—Bien, acompáñeme por aquí, le enseñaré su dormitorio —me dijo el señor Evans.

Salimos del dormitorio de Liam y caminamos hacia el pasillo que había en la parte izquierda de su puerta. El mayordomo salió de una de las puertas y de la contigua salió una señora que tendría la edad del mayordomo. El señor Evans me dijo que era el ama de llaves.

—Este será su dormitorio, tiene cuarto de baño propio —me informó al abrir la puerta y entrar tras de mí—. Como ve, es amplio y luminoso. Este es el armario —solo el armario era del tamaño de la habitación que tenía en casa de la tía Ava.

La cama era de matrimonio, para descansar mucho mejor, también había un par de mesitas de noche, un escritorio y una estantería, perfecto para mis libros.

—Creo que ha venido en taxi —dijo el señor Evans.

—Sí. No tengo coche, pero quiero sacarme el carnet de conducir y comprarme uno... cuando ahorre lo suficiente.

—Bien, Connor la llevará a su casa, y mañana sobre las diez irá a recogerla. Vayamos al salón y hablemos de las condiciones.

Cuando entramos en el salón, la señora Evans y Liam estaban allí, con una carpeta sobre la mesa.

—Como sabe, estará usted como interna, los fines de semana puede salir o pasarlos fuera, salvo que tengamos que asistir a alguna reunión o hacer un viaje. La informaremos con la suficiente antelación para que no haga planes —dijo el señor Evans.

—Hay un parque en esta misma calle, a Liam le gusta ir a jugar con los hijos de los vecinos por la tarde, pero solo de cinco a seis. A la vuelta hay que bañarle y prepararle para la cena, que es a las siete y media. Y a las nueve tiene que estar en la cama —dijo la señora Evans.

—Bien. ¿Tiene alergia a algún alimento? —pregunté, necesitaba saber todo de aquel niño al que ponían en mis manos.

—No, puede comer cualquier cosa. Pero no hay que abusar de los dulces, ¿verdad cariño? —dijo la señora Evans.

—Sí mami —respondió Liam.

—Connor la espera en la entrada. Mañana la traerá de vuelta —dijo el señor Evans.

—Gracias. Hasta mañana —me despedí levantándome del sofá para ir hacia la entrada.

—Hasta mañana señorita Baker.

Efectivamente el chofer esperaba en la entrada. Moreno, ojos marrones, vestido con traje negro y guapo, muy guapo «Que tienes novio...» pensé mientras me mordía el labio inferior, acto que solía delatar que estaba a punto de sonrojarme.

—Señorita Baker, soy Connor —dijo abriendo la puerta de aquel coche negro.

—Avery, encantada

Cerró la puerta y caminó hacia el lado del conductor, entró y puso el coche en marcha, y tras darle la dirección a la que iba, comenzó a conducir.

Durante el trayecto ninguno de los dos dijo una sola palabra, y cuando llegamos me avisó educadamente.

—Mañana estaré aquí a las diez. Todo lo que necesite llevar estaré para ayudarla.

—Gracias Connor. Hasta mañana.

—Hasta mañana Avery.

Cuando entré en casa de Adam, le di la buena noticia a su madre, que se alegró por mí. Y cuando nos sentamos a cenar se lo conté también a Adam y a su padre.

—Así que solo podremos vernos los fines de semana —murmuró Adam mientras me miraba con aquella carita de cachorro que finge no haber roto nada.

—Sí, pero podemos hablar por teléfono, como hemos hecho siempre.

—Hija, si al menos te van a pagar bien me alegro, mereces tener dinero para todo lo que quieras —dijo la madre de Adam.

—Sí, podré sacarme el carnet de conducir y comprarme un coche. No tendré que venir a verlos en autobús.

—Vamos, te ayudaré con tus cosas —se ofreció Adam levantándose de la silla y cogiendo mi mano.

Sus padres habían sido muy buenos conmigo aquellos dos últimos años. Me habían acogido en su casa, dado de cenar, y en ocasiones de comer, y habían dejado que me quedara con ellos hasta que encontrara un trabajo y un apartamento al que irme.

Les debía mucho, me habían tratado como a una hija.

—Voy a echarte de menos cuando no estén mis padres en casa... —dijo Adam rodeando mi cintura y estrechándome en sus brazos.

—Adam, sabes que no me gusta con tus padres aquí...

—Lo sé, perdona. Es que desde el día de tu cumpleaños... y ahora que solo podré verte los fines de semana...

—Pero cuando nos veamos será en tu propio apartamento. ¿Ya lo has encontrado?

—Sí, he visto un par de ellos cerca de Central Park. Están bastante bien y no son demasiado caros.

—Si está cerca del trabajo mejor. Así no tendrás que coger el coche a diario.

—Prométeme que hablaremos todas las noches.

—Te lo prometo. Aunque ahora hay otro hombre en mi vida... no quiero que te pongas celoso.

—Jamás me pondría celoso de un crío de cuatro años. Aunque si me roba demasiado tiempo de estar con mi chica...

—Será mejor que recoja todo. El chofer de mis jefes estará aquí a las diez.

—Al menos podré desayunar una última vez contigo.

Cada vez que recuerdo las veces que Adam y yo nos besamos después de aquella noche, más convencida estoy de que ese beso fue el último que me dio con amor de verdad.

Un año después de aquello, Adam me dijo que se marchaba de Nueva York, su jefe le había ofrecido un puesto en las oficinas que tenía en California, y él aceptó. Me dijo que una relación a distancia no sería lo mismo que viéndonos una vez a la semana, aunque en el fondo siempre supe

que había alguien más que no quería contarme.

Aunque rompí todo contacto con Adam, no pude hacer lo mismo con sus padres, así que siempre que podía iba los domingos a comer con ellos. Si Adam iba de visita, incluso con su nueva novia cuando les dijo que había conocido a alguien, su madre me llamaba y me avisaba para que no fuera a verlos.



Después de tres años lo de Adam está superado. Liam ocupó mi vida durante aquel tiempo y los señores Evans, quienes supieron toda mi historia cuando Adam rompió conmigo, se portaron como si fueran mis hermanos mayores, me consideraban una más de su pequeña familia.

Me llevaba bien con el resto de empleados, pero especialmente con Connor dada la poca diferencia de edad entre ambos.

Algunos fines de semana solíamos ir juntos al cine, o a cenar, o me llevaba a tomar una copa con sus amigos de toda la vida. Yo me había quedado sola, ni siquiera visitaba a la tía Ava, así que Connor se convirtió en mi mejor amigo.

Una noche, sigo sin tener muy claro por qué pasó, nos besamos, y cuando estábamos a punto de acostarnos, comenzamos a reírnos a carcajadas. Éramos tan buenos amigos que aquello no podía pasar para que no estropeará nuestra amistad.



Capítulo 2

Era el primer sábado de junio, Connor y yo salimos al cine y después fuimos a cenar, para terminar la noche en una de las discotecas del centro tomando una copa.

—Te voy a echar de menos —susurró mientras me rodeaba por la cintura.

—Yo también. Espero que te vaya bien en Londres.

Connor sonrió, se inclinó y me besó en la mejilla. Nos separábamos, no por decisión nuestra, sino porque al señor Evans le trasladaban a la sucursal que su empresa tenía en París y Connor se mudaba a Londres para ocupar el puesto de su tío, se acababa de convertir en el chofer de un importante ministro londinense.

A mí me habían ofrecido que me mudara con ellos, incluso pensé que sería bueno cambiar mi ciudad natal por la bella París, pero decidí quedarme allí, aunque eso supusiera tener que empezar de cero, incluyendo buscar mi propio apartamento.

Aún quedaba todo el mes por delante para que la familia Evans se mudara, por lo que Connor se había ofrecido a ayudarme en mi búsqueda de apartamento.

Aquella noche, en la discoteca, cuando un par de hombres con una copa de más se acercaron a mí tratando de conseguir que los acompañara para meterme en la cama con ellos, Connor se colocó detrás mía, rodeándome por la cintura, y lo que empezó como un beso para quitarme a ese par de moscones, acabó en la habitación de un hotel que había cerca de la discoteca.

Sí, nos acostamos.

Después de cuatro años de amistad, de cenas y copas compartidas, de secretos y días de llorar hasta quedarme sin lágrimas, acabé en la cama de un hotel con mi mejor amigo.

Y no me arrepiento de ello, aquella noche fue la primera en la que realmente sentí que el hombre que me hacía el amor me amaba.



Los días fueron pasando, junio estaba llegando al final y yo aún no había encontrado apartamento.

Connor y yo apenas hablamos de aquella noche, ni siquiera volvimos a dejarnos llevar de ese modo después de algunas copas, y aunque ninguno decía nada de lo que sentía, en el fondo estaba convencida de que, si no tuviera que marcharse a Londres, podríamos haber tenido una relación.

—¿Ya tienes apartamento, Avery? —preguntó la señora Evans mientras terminábamos de empaquetar las cosas de la habitación de Liam.

—No, aún no. Creo que tendré que instalarme en algún motel unos días.

—Sabes, una amiga necesita una chica para trabajar en su casa, en principio es solo para el verano, pero... quizás podría recomendarte.

—¿Trabajo y casa? La verdad que tal y cómo me veo ahora mismo... eso sería perfecto.

—Lo hablé ayer con mi marido, y creo que mientras encuentras un apartamento te vendría bien, ganarías algo de dinero y así podrías buscar otro trabajo para después.

—Se lo agradezco señora Evans.

—Bien, llamaré a Amanda y hablaré con ella.

La señora Evans salió del dormitorio mientras marcaba en su móvil el número de su amiga, como en los últimos años esa familia me salvaba la vida.



Durante la cena, la señora Evans me dio un papel con la dirección de su amiga para que fuera a visitarla la mañana siguiente.

Antes de irme a la cama salí al jardín. Connor estaba allí, fumando un cigarrillo mientras paseaba.

Caminé hacia él y, como solía hacer siempre que le necesitaba, me abracé a su cintura.

—¿Va todo bien? —preguntó dejando su mano sobre las mías.

—Sí. Mañana tengo una entrevista de trabajado. Es algo solo para el verano, pero al menos no

tendré que dormir en un motel.

—¿De niñera?

—No, es en casa de una amiga de los señores Evans. Al parecer necesita una chica que se encargue de la casa.

—Avery, lo de la otra noche...

—Estuvo bien. ¿No crees? —le corté, apoyando mi barbilla sobre su hombro.

—Sí, estuvo bien.

Connor soltó mis manos de su cintura y me rodeo con el brazo por los hombros, aquello me encantaba, no me cansaba de que lo hiciera.

Besó mi frente y seguimos caminando por el jardín, disfrutando de las estrellas que cubrían el cielo.

Cuando entramos en la casa todo estaba en silencio. Su dormitorio estaba de camino al mío así que, antes de irme, me puse de puntillas y entrelacé mis dedos en su pelo, sonreí mientras sus ojos no se apartaban de los míos y le besé.

Sentí sus manos en mi cintura, estrechándome entre sus brazos mientras me levantaba del suelo. Me gustaban sus besos, sabían a menta, ya que siempre tomaba un caramelo después de uno de sus cigarrillos.

Aquella noche podría haber dejado que me hiciera el amor, pero la cordura apareció justo cuando el ama de llaves carraspeó desde la otra punta del pasillo.

Me dejó de nuevo sobre el suelo, le dimos las buenas noches y cuando se alejó volvimos a mirarnos.

No hicieron falta palabras, simplemente nos sonreímos, y mientras yo caminaba hacia mi dormitorio, Connor entró en el suyo.



Había llegado a la urbanización con tiempo suficiente. Iba buscando el número de la casa, pero no daba con él.

Cuando llegaba al final de la urbanización, en una calle en la que apenas había una casa al final, continué y al fin vi que había llegado.

No había ninguna casa más en esa calle, así que no tendría problemas porque no había vecinos que molestasen a según qué horas.

El muro que rodeaba la propiedad era alto, con una puerta negra junto a la que había un intercomunicador.

Llamé y enseguida me contestó una mujer que abrió nada más decirle mi nombre.

La puerta me dio paso a un camino en el que había arbustos a uno y otro lado. A lo lejos se veía la casa, con una impresionante fachada de piedra gris, tejado negro y puertas y ventanas en blanco.

Dejé el coche junto a las escaleras que llevaban a la puerta de entrada y subí, colocándome la falda y adecentando mi coleta.

—Señorita Baker —me saludó una mujer de unos cincuenta años al abrir la puerta—, la señora Pierce la recibirá enseguida. Acompañeme por favor.

Entré en el *hall*, cuyas paredes eran en color beige con los muebles blancos. Seguí a la señora hasta el salón, donde lo primero que resaltaba era un increíble piano blanco que contrastaba con el color café de las paredes y el resto de muebles, también blancos, y las cortinas beige.

—Siéntese —dijo señalando uno de los impecables sofás blancos—. ¿Desea tomar algo?

—Sí, agua por favor.

—Enseguida.

La señora, que tenía una agradable sonrisa, salió del salón mientras yo me sentaba en ese cómodo sofá.

En las paredes había varios cuadros, y sobre los muebles unos elegantes candelabros que adornaban la estancia.

Había una puerta que daba a un amplio jardín en el que había una piscina, acompañada de diversas tumbonas donde tomar cómodamente el sol.

—Aquí tiene —dijo la señora ofreciéndome una bandeja donde traía mi vaso de agua.

—Gracias.

De nuevo volvió a dejarme sola. Me levanté y miré hacia el jardín. Aquella casa era grande vista desde fuera, pero estaba claro que tenía mucho espacio en su jardín.

—Avery, supongo —escuché que decía una mujer con voz melodiosa entrando en el salón, acompañada de un delicado sonido de tacones al caminar.

Me giré y allí estaba la que podría ser mi jefa, Amanda Pierce. No tendría más de treinta y cinco años, tenía una preciosa melena negra que caía sobre sus hombros, era alta y esbelta. A pesar de ser mujer no pude evitar fijarme en sus pechos, voluminosos y seductores saliendo del escotado vestido rojo que llevaba ceñido al cuerpo, a la altura de las rodillas.

—Sí, encantada de conocerla señora Pierce —contesté acercándome a ella y tendiendo mi mano para saludarla.

—Molly me ha hablado muy bien de ti. Dice que se te dan bien las tareas de la casa.

—Sí —respondí sentándome al tiempo que la señora Pierce me señalaba el sofá.

—Estarás al tanto de que es un trabajo para el verano.

—Sí, la señora Evans me lo dijo.

—Tengo entendido que eres muy discreta. No voy a negarte que Molly me ha dado muy buenas referencias sobre ti.

—Llevo cuatro años trabajando en casa de los Evans, y sé que no tienen quejas sobre mí.

—Lo sé, Molly te tiene en muy alta estima. Y creo que el pequeño Liam te adora.

—Es un niño adorable, le echaré de menos.

—Acompáñame, te enseñaré el resto de la casa.

La señora Pierce se levantó del sofá, su forma de caminar era de lo más femenina, contoneando las caderas como esas modelos de pasarela.

Me mostró la cocina, el cuarto de baño, la biblioteca, el salón donde celebraba cenas con sus amistades más íntimas, y después subimos al primer piso.

Allí estaba el dormitorio del ama de llaves, un par de dormitorios para invitados que contaban con una cama amplia, armario, cuarto de baño privado, y terraza en la habitación. Después entramos en su dormitorio, al igual que el resto de la casa las paredes eran color café y los muebles blancos. Era un dormitorio amplio, y en el cuarto de baño contaba con un jacuzzi para ella solita. Bueno, para ella y para quien quisiera invitar a él.

Me fijé en una de las fotos de la pared, en blanco y negro. Aparecía ella recostada sobre una sábana, tapando sus pechos con una mano mientras que una tela cubría su parte más íntima, y la melena estaba esparcida sobre la sábana.

—Amanda Pierce con algunos años menos —habló mirando la foto junto a mí.

—Lo siento, no pretendía molestarle...

—Tranquila, poco queda ya de esa Amanda.

—Pero sigue siendo muy atractiva —dije mirándola sorprendida.

—Gracias querida, pero lejos quedan para mí tus veintidós años.

Sonrió, me cogió por el brazo y salimos del dormitorio para subir al segundo piso de la casa.

Una a una fue abriendo las puertas, todos los dormitorios eran amplios y tenían una cama de matrimonio. Me extrañó que viviendo sola tuviera tantos dormitorios, y cuando llegamos a la última puerta, entendí, o al menos creí entender, por qué había siete dormitorios en ese piso, y uno sería el mío.

—Y aquí es donde las chicas pasan un rato juntas.

Al escuchar hablar a la señora Pierce, las chicas que veían la televisión o leían alguna revista, se giraron hacia nosotras y me miraron sorprendidas.

Y no era de extrañar, todas ellas tan esbeltas, de pechos voluminosos, rubias, morenas y alguna pelirroja. Yo a su lado era como el patito feo.

—¿Esta es la nueva? —preguntó una de las rubias.

—Karen, ella es Avery, la chica de servicio.

—Ah, la nueva Cenicienta —dijo entre risas la tal Karen, ya me caía peor.

—Vamos Karen, no te metas con ella —otra de las rubias se levantó y se acercó a mí—. Soy Cintia, tranquila que no mordemos. Karen es inofensiva.

—Encantada —dije mientras entrelazaba mis manos sobre mi falda.

La señora Pierce y yo volvimos al pasillo y antes de que termináramos de bajar las escaleras, tímida y sonrojada pregunté temiendo que la respuesta no me gustara.

—¿Todas ellas son...?

—No querida, no son prostitutas. Son modelos, y también camareras.

—Oh, ¿tiene una discoteca?

—No. Son camareras aquí, en mi casa.

—Para cenas y demás celebraciones, supongo.

—Sí, algo así.

La señora Pierce sonrió, estaba claro que yo no me enteraba de lo que pasaba en aquella casa, pero algo me decía que tampoco querría saberlo. A fin de cuentas, mi trabajo allí sería encargarme de que los dormitorios de aquellas chicas estuvieran recogidos, limpios y ordenados, igual que el resto de la casa. Siempre que aceptara, claro.

Tras acordar con la señora Pierce lo que me pagaría, y ante el sueldo que me había ofrecido no podía poner ninguna queja, me acompañó al coche y quedamos en que el lunes nos veríamos de nuevo allí.



Cuando llegué a casa, la señora Evans me dijo que se alegraba de que hubiera aceptado el trabajo.

Por la tarde llevé a Liam al parque, como de costumbre, para que jugase con sus amigos y se despidiera de ellos, aquella era su última tarde en Nueva York, la mañana siguiente volaban a París.

Los Evans me habían dejado a cargo de la casa aquel fin de semana. El lunes a primera hora vendría alguien de la inmobiliaria a recoger las llaves así que pasaría mi último fin de semana en aquella casa, sola.

Después de cenar el ama de llaves fregó y secó los platos para después empaquetarlos, pues la mañana siguiente todo debía estar listo cuando llegara el camión de mudanzas.

Habían decidido vender la casa completamente amueblada, tan solo se llevaban cuberterías, vajillas, cristalerías, su ropa y enseres personales.

Me apenaba dejar esa casa, que durante esos cuatro años se había convertido en mi hogar, donde me había sentido como si fuera mi propia familia.

Cuando estaba en la cama llamaron a la puerta, y la voz de Connor susurrando me hizo sonreír.

—Pasa —dije lo más bajito que pude.

—¿Te he despertado?

—No, acababa de acostarme...

—Avery, me gustaría venir algún fin de semana. En Londres no tendré gran cosa que hacer puesto que los tengo todos libres.

—Connor, no deberías gastar así el dinero.

—¿Así cómo? ¿Viniendo a ver a mi mejor amiga?

—¿Y si volviera a pasar lo de la otra noche?

—No me importaría, ni siquiera pondría objeción a que volviera a pasar.

—Estuvo bien, pero no quiero que se interponga en nuestra amistad.

—No tiene por qué interponerse. Nos conocemos desde hace cuatro años y nos llevamos bien. ¿Qué más necesitamos si el sexo también funciona?

—Connor...

—Me encanta cuando te sonrojas, te pones tan dulce.

—¿Tienes que irte mañana?

—No, he cambiado mi billete. Me marcho el domingo por la tarde. Así que seré todo tuyo el fin de semana.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Sí, pero creo que es culpa tuya.

No hubo que decir nada más, me acerqué a él y le besé como si no quisiera que aquel beso acabara nunca.



La mañana del sábado nos despedimos de los señores Evans, no pude evitar llorar cuando el pequeño Liam me abrazó y dijo que me quería, que siempre lo haría. Adoraba a ese niño, ya era parte de mi vida, y guardaría para siempre la última foto que nos hicimos juntos.

Incluso Maira, el ama de llaves, y Terrence, el mayordomo, lloraron al despedirse de nosotros. Aquella entrañable pareja también me había cogido cariño, igual que yo a ellos.

Mientras el coche se alejaba de la casa, yo agitaba mi mano despidiéndome de Liam que no dejaba de gritar mi nombre desde la ventana.

Connor me abrazó y dejó que mis lágrimas cubrieran su siempre impecable chaqueta negra, hasta que el coche salió de la propiedad y la reja se cerró tras ellos.

Entramos en la casa, teníamos aquellos días para estar solos y despedirnos. Y lo hicimos. Aprovechamos ese tiempo juntos para reír como siempre hacíamos cuando salíamos a cenar, vimos algunas películas que yo tenía, comimos, paseamos por el jardín, nos bañamos en la piscina, y nos besamos y volvimos a dejarnos llevar por el deseo de nuestros cuerpos.



—Que nos hayamos acostado no quiere decir que esto sea una relación —dije mientras Connor acariciaba mi hombro y yo escuchaba los latidos de su corazón.

—Pero no es una relación porque no quieres que lo sea, porque podría serlo.

—Connor, somos buenos amigos, nos hemos acostado y ha estado bien. Pero una relación a distancia jamás funcionaría.

—Podríamos intentarlo, al menos.

—No, no quiero intentarlo. No quiero simplemente porque no quiero que nuestra amistad se vaya a la mierda por algún fin de semana de sexo al mes.

—Siempre te me has resistido.

—¿Quieres venir a verme? Vale, ven. Saldremos a comer, al cine, a cenar y a tomar algunas copas como hemos hecho siempre, pero por favor vamos a prometer que no volveremos a acostarnos nunca más.

Connor me miró fijamente a los ojos, podía ver en ellos que eso no era lo que él quería, pero yo no podía asegurarle que acabaríamos teniendo una relación después de habernos acostado porque siempre creí que eso no era lo que buscábamos el uno en el otro.

—Está bien, te lo prometo —volvió a dejar mi cabeza sobre su pecho y besó mi frente, me estrechó entre sus brazos y antes de que pudiera darme cuenta me quedé dormida.



Capítulo 3

Había llegado el día, mi despedida de la casa en la que había pasado mis últimos cuatro años.

Dejé mis cosas en el coche, cerré todas las ventanas y las puertas y subí para salir a esperar a los de la inmobiliaria.

Justo cuando salía paró un coche del que se bajó una joven trajeada y algo nerviosa, sin duda debía ser su primer día de trabajo.

—Buenos días, soy Claudia —me saludó tendiéndome la mano cuando bajé del coche.

—Buenos días. Avery.

—Me han dicho que usted me entregaría las llaves.

—Sí, aquí tiene —le di el manajo que tenía en la mano y cogí del coche un saquito donde estaban los cuatro juegos.

—Gracias. Es una casa preciosa. ¿Por qué la deja?

Estaba claro que aquella pobre chica no sabía que yo no era la dueña. ¿Me habría visto bien? Con mis vaqueros desgastados, las zapatillas, una camiseta y el pelo recogido con una trenza, no tenía pinta de ser la señora de la casa.

—Los señores se han mudado, yo era la niñera.

—Vaya, perdón, yo pensé...

—Están todas las puertas y ventanas cerradas. Oh, y los vecinos son muy amables. Puedes informar a los futuros compradores que no tendrán problemas con ellos. Debo marcharme, o llegaré tarde a mi nuevo trabajo.

—Claro, lo siento. No la entretengo más. Un placer señorita Avery.

Subí de nuevo en el coche, lo puse en marcha y puse rumbo a las afueras, a la que sería mi nueva casa durante ese verano.



—Soy Avery —dije cuando la señora del otro día respondió cuando llamé.

La puerta se abrió y entré en la propiedad, nerviosa porque no parecía que la famosa Karen fuera a hacerme la vida fácil allí, pero si me limitaba a hacer mi trabajo quizás no tendría ni que encontrarme con ella.

Dejé el coche junto a las escaleras, como el día que fui a mi entrevista, y saqué las dos maletas de ropa. Subí y la señora me acompañó al segundo piso donde me mostró mi dormitorio, justo el que estaba al lado de la sala donde las chicas veían la televisión.

Dejé las maletas y volví al coche para coger las cajas con mis libros, películas y algunos recuerdos.

Subí al dormitorio, guardé mi ropa en el armario y ordené las cosas de las cajas en la estantería.

—¿Hola? —preguntó alguien llamando a la puerta.

Antes de que pudiera contestar se abrió, y Cintia se asomó para saludarme.

—Bienvenida a la casa Pierce. Este es un pequeño paraíso de mujeres.

Sonreí ante aquella afirmación, Cintia parecía simpática, cosa que comparada con Karen no era difícil.

—Las chicas te recibirán bien, no te preocupes —dijo sentándose en el sofá que había junto a la ventana.

—No creo que puedas decir eso de Karen.

—Oh, tranquila. Parece mala, pero es una chica muy normal. Tal vez de la sensación de que es “la señora de la casa” pero es solo apariencia. No es mala, es que creo que no se cae bien ni a ella misma.

—Bueno, estaré aquí poco tiempo. La Cenicienta se irá al acabar el verano.

—Vaya, creí que estarías más tiempo.

—Me dijeron que la señora Pierce solo necesitaba a alguien para el verano.

—Realmente creo que no necesita a nadie, con el ama de llaves le va bien. Será que la señora Matthews se siente mayor.

—No parece tan mayor, no debe tener más de cincuenta años.

—Cincuenta y dos, eso creo. Nunca nos ha dicho su edad.

—Y vosotras... ¿Qué hacéis aquí?

—Vivimos aquí. Y trabajamos también.

—Sí, la señora Pierce me dijo que sois modelos, y camareras.

—Eso es. Atendemos sus celebraciones. Bueno, voy a mi sesión de gimnasio. Nos vemos luego.

Así que también había gimnasio, otra zona más que limpiar. Le pediría después a Cintia que me llevase para verlo.

Cuando terminé de organizarme, bajé a la cocina para ver si la señora Matthews necesitaba mi ayuda.

—Por aquí está todo casi listo, ve poniendo la mesa en el salón, las chicas no tardarán en sentarse.

—Bien —cogí platos y cubiertos para ir al salón—. ¿La señora Pierce comerá con ellas? —pregunté antes de cargar con todo.

—No, ella tenía hoy una reunión, llegará esta tarde.



Todo estaba listo, entre la señora Matthews y yo habíamos dispuesto la comida en la mesa y cuando estábamos sirviendo el agua escuchamos las risas de las chicas que bajaban por la escalera.

—Oh, tiene todo una pinta deliciosa, señora Matthews.

—Gracias Loren.

Loren, una de las morenas que parecía ser buena gente, al menos sonreía y no tenía cara de pocos amigos, como Karen.

—Avery —dijo Cintia cogiéndome por los hombros—, te presento a las chicas. Karen, Loren, Mónica, Julia y Sindy.

—Encantada —respondí sonriendo.

Karen, Cintia y Julia eran las rubias, Loren y Sindy tenían una larga y preciosa melena negra, y Mónica era la única pelirroja del grupo. Todas muy guapas, de increíbles sonrisas y cuerpos de modelo.

Seguía sintiéndome el patito feo. Al lado de aquellas seis mujeres que rondaban el metro setenta y cinco o metro ochenta, yo era como Pitufina. Apenas medía metro sesenta, pero bueno nunca quise ser jugadora de baloncesto ni me planteé ser modelo.

Mi tía Ava siempre decía que yo había heredado los increíbles ojos color miel de mi madre y el cabello castaño de mi padre.

Pero aún así no era más que una chica del montón.

Mientras las chicas comían en el salón, la señora Matthews y yo lo hacíamos en la cocina.

Realmente estaba delicioso, se notaba la buena mano para la cocina que tenía aquella mujer.

—Mañana empezarás con las tareas —dijo mientras recogíamos los platos del salón—. Te encargarás de los dormitorios y el gimnasio. El salón y cocina son para mí.

—Sí, señora Matthews. ¿Dónde está el gimnasio?

—¿No te lo enseñó la señora Pierce?

—No, y no sabía que existía hasta que Cintia lo mencionó.

—Bien, iremos ahora, cuando terminemos con esto.

Efectivamente, allí estaba el gimnasio. Era el sótano de la casa, muy amplio y espacioso, con varias bicicletas, cintas andadoras, bancos para pesas.

Estaba claro que la señora Pierce seguía manteniendo su espectacular figura gracias a aquellas máquinas.

—Cuando quieras puedes usarlo. La señora Pierce no pondrá impedimento —me dijo la señora Matthews mientras subíamos de nuevo.

—Vi que también tiene piscina.

—Sí, también puedes ir allí, con este calor lo mejor es la piscina.

—Señora Matthews, nos vamos —dijo Cintia desde la puerta.

—Bien, divertíos.

La señora Matthews me dijo que las chicas solían salir al cine, y después iban de compras. No tenía nada que hacer así que pensé en subir a mi dormitorio y leer, o ver alguna película. Pero la señora Matthews tuvo una idea mejor.

—Dime que tienes bañador.

—Bikini.

—Perfecto. Démonos un baño —dijo mientras guiñaba un ojo.

La señora Matthews fue a su dormitorio, que estaba junto a la cocina, mientras yo subí corriendo al mío. En apenas cinco minutos tenía mi bikini negro puesto y bajé con una toalla hasta el salón.

—Hola, Avery —dijo la señora Pierce que acababa de llegar acompañada de un hombre.

Y yo allí, con mi bikini y una toalla colgada del hombro. Creo que nunca antes había tenido tanta vergüenza.

—Señora Pierce... yo....

—Tranquila —sabía lo que estaba pensando y parecía no molestarle—. Este es Roy Dixon, un viejo amigo —el señor Dixon sonrió mientras me saludaba con la mano. Ese hombre era bastante atractivo—. ¿Puedes llevarnos café a la biblioteca antes de salir?

—Claro señora, enseguida.

Fui a la cocina, dejé la toalla y mientras preparaba el café entró la señora Matthews. Sirvió algunas pastas en la bandeja, pusimos el café en ella y fui a la biblioteca.

Llamé, entré, lo dejé sobre la mesa y regresé a la cocina.

—Casi me muero de vergüenza —dije sentándome en una de las sillas.

—Vamos querida, que no es para tanto. La señora no se sorprende de ver a las chicas en bikini, eso lo más normal en esta casa. Y cuando viene con visita tampoco se escandalizan.

—Es que acabo de llegar, en mi antiguo trabajo esto para mí era normal pero aquí...

—Aquí lo será. Vamos, que nos espera nuestro momento de relax.

La señora Matthews me cogió por el brazo y caminamos hacia el jardín. El agua de la piscina se veía tan tranquila que no pude esperar para entrar en ella.

Extendimos las toallas en el césped, fuimos hacia la escalera y al entrar sentí el agua que estaba perfecta.

Mientras la señora Matthews se cubría con el agua solo hasta el cuello, yo nadé durante un rato, y cuando regresé ella esperaba sentada en esa gran escalera.

Poco después salimos, cogimos las toallas para secarnos y fuimos a tomar el sol en las tumbonas.

Mientras reíamos por la historia que la señora Matthews me contó sobre su hija mayor, que no

tuvo otra idea que cortarle el pelo a su madre en pleno verano para que no tuviera calor cuando apenas tenía ocho años, la señora Pierce apareció con un bikini rojo y una toalla.

Se zambulló en la piscina, hizo un par de largos y salió para acompañarnos tomando el sol.

—Espero que las chicas no hayan sido muy severas contigo, Avery —dijo.

—Cintia me ha presentado a todas, y apenas hemos hablado.

—Bueno, ya cogerás confianza con ellas.

En ese instante sonó mi teléfono. Miré la pantalla y ahí estaba la foto de Connor. Apenas hacía un día que nos habíamos despedido, así que supuse que llamaba para preguntar qué tal había ido mi primer día de trabajo.

—Contesta, no pasa nada —me dijo la señora Pierce.

—No se preocupe, puede esperar.

Puse el teléfono en silencio y lo dejé de nuevo en la mesa que había junto a la tumbona. Le llamaría más tarde, no había prisa.

Pasamos allí el resto de la tarde, disfrutando del sol y bebiendo té helado que la señora Matthews había preparado.

Amanda Pierce había sido una de las mejores modelos de la ciudad, todas las revistas querían que fuera portada al menos una vez al año, y en ocasiones algunas querían que repitiera.

Había desfilado para los grandes diseñadores en París, Milán, Nueva York, Madrid, Londres... y muchas otras, pero cuando las modelos llegan a una cierta edad dejan de ser importantes para ese mundo, así que ella decidió crear su propia agencia de modelos, la cual lleva junto con ese hombre tan atractivo que había venido a casa, Roy Dixon.

—Tú tienes un cuerpo perfecto para este mundo —me dijo sin dejar de mirarme.

—No lo creo señora Pierce, apenas mido metro sesenta.

—¿Sabes andar con un buen taconazo? —preguntó sentándose en la tumbona.

—Sí, cuando me arreglo para salir me gusta llevar tacón.

—Entonces podríamos probar contigo, necesito una cara nueva para una sesión de fotos.

—No creo que sea buena idea, me da un poco de vergüenza.

—Bueno, tú piénsalo y hablaremos.



La cena estaba lista, la mesa preparada y las chicas a punto de bajar. Habían llegado hacía apenas veinte minutos, cargadas con varias bolsas. Estaba claro que el sueldo de modelo era bastante mejor que el de chica de la limpieza, pero al menos ese verano tenía casa y no malgastaría mis ahorros en un motel hasta que encontrara un apartamento.

Cuando terminé de recoger la mesa con la señora Matthews, le di las buenas noches y subí a mi dormitorio. Ni siquiera me planteé dormir pues las chicas estaban en su sala particular viendo la televisión, y la voz que más destacaba al igual que su risa que estaba empezando a odiar, era la de Karen.

—Hola, te llamé esta tarde —me saludó Connor al descolgar el teléfono.

—Sí, lo acabo de ver. Es que dejé el teléfono en el dormitorio.

—¿Qué tal tu primer día?

—Bien, no ha estado mal.

—¿Tu jefa es dura?

—No, para nada. Es una mujer amable. Y el ama de llaves también. Creo que tiene cincuenta y dos años, pero es un espíritu joven. Y tú, ¿qué tal con el ministro?

—Bien, todo el día de un lado para el otro. Le recojo en su casa, le llevo al senado, espero un par de horas tomando café y después le llevo a su despacho. Creo que me va a costar dormir con tanto café.

—No te creo, siempre te ha sido fácil quedarte dormido.

—Si te tuviera aquí sería más fácil aún.

—Connor...

—Podría ir este fin de semana, reservo en el hotel de aquella noche y...

—No creo que sea buena idea.

—Pero Avery...

—Connor, creo que es pronto aún. Mejor la próxima semana.

—Vale, pero llamarte sí puedo, ¿no? —preguntó, y en ese momento vi claramente su rostro frente al mío, como el de un niño que quiere un caramelo más.

—Sí, pero mejor por la noche. Por el día estoy liada con la casa.

—Vale. Bueno te dejo que descanses. Hablamos en un par de días. ¿Te parece bien?

—Claro, me parece genial.

—Buenas noches Avery.

—Buenas noches Connor.

Dejé el teléfono en la mesita de noche, me recosté en la cama y cerré los ojos para tratar de dormir, aunque no tenía claro que pudiera dadas las risas de la dichosa Karen.



Capítulo 4

Por fin era viernes. Mi primera semana de trabajo llegaba a su fin. La señora Pierce me daba los fines de semana libres, pero como no tenía nadie con quien salir, pensé que dedicaría la mañana del sábado a buscar apartamento.

—Avery —la señora Pierce me llamó desde el salón.

—¿Sí, señora?

—Mañana por la noche celebraré una pequeña fiesta con algunos amigos.

—Oh, ¿necesita que ayude a la señora Matthews?

—No, no tranquila. Verás, la fiesta es en la casa que tengo al otro lado del jardín, no suele haber mucho ruido, pero quería avisarte.

Sí, aquella semana había visto el exterior de la otra casa que había en la propiedad, y aunque era algo más pequeña que la casa principal, igualmente me parecía una maravilla.

—Los invitados entrarán con el coche hasta allí, así que es probable que haya algo de ajetreo durante un par de horas. Hasta que lleguen todos.

—Bien, si necesita que haga algo...

—No te preocupes, las chicas se encargan de todo.

—Por la mañana saldré a ver algunos apartamentos.

—Ten, esta es una copia del mando de la puerta, y un juego de llaves de la casa, así podrás salir y entrar siempre que quieras.

—Gracias señora.

Aquella tarde las chicas estuvieron en la sala, donde se habían encerrado con todas las bolsas de sus compras del lunes.

Estaba claro que para lucir tan guapas e impecables en la fiesta debían escoger bien el modelito que se pondrían.



—¿Avery? —preguntó Cintia al tiempo que llamaba a mi puerta.

Acababa de meterme en la cama, estaba algo cansada y quería dormir porque la mañana del sábado sería bastante larga, tantos apartamentos por ver, intentar decidirme por uno...

—Pasa —le dije sentándome en la cama y encendiendo la lámpara de la mesita.

—Loren y yo vamos a salir a tomar una copa, quería saber si te apuntas.

—Gracias, pero no me apetece. Mañana tengo que visitar varios apartamentos y quiero descansar.

—Vaya, ¿no hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión?

—Lo siento, pero hoy no. Tal vez otro día.

—Está bien, que descanses. Buenas noches Avery.

—Buenas noches, y pasadlo bien.

Cintia se despidió agitando la mano, cerró la puerta y cuando estaba de nuevo sola miré mi teléfono. Sonreí al pensar en Connor, solíamos salir algún viernes y sobre todo los sábados, echaba de menos su compañía, y por extraño que me pareciera estaba empezando a echar de menos sus besos.

—Hola, ¿qué tal? —su voz me servía como un chute de energía, solo con escucharla sonreía.

—En la cama, ¿y tú?

—Esperando al ministro. Hoy tenía una cena importante y aquí estoy, metido en el coche esperando en el *parking*.

—Debes estar aburrido.

—Debería estar en casa, a punto de terminar de cenar, ver una peli y quedarme dormido en el sofá, como el resto de la semana. Pero ser chofer es lo que tiene, estoy al servicio del ministro.

—Bueno, si le tratas bien quizás te compense.

—Oye, lo del próximo fin de semana sigue en pie, ¿verdad?

—Claro, ya te lo dije ayer.

—Bien. ¿Y cómo es que estás en la cama?, aún es pronto.

—Es que mañana tengo que madrugar, así que...

—No me importaría estar ahí contigo.

Mi razón pareció dejarme por unos instantes, y regresó a la última noche que pasé con Connor. Era como si estuviera a mi lado, acariciando mis brazos, besando mi cuello.

—¿Y qué harías? —esa pregunta salió de mis labios sin que me parara a pensar en ella.

—Mmm... se me ocurren algunas cosas.

—¿Como cuáles?

Connor guardó silencio, pero seguía escuchando su respiración que parecía más agitada cada segundo que pasaba.

—Seguro que llevas puesta una de esas camisetas que tienes para dormir.

No dije nada, simplemente solté una pequeña risita.

—Deslizaría mis dedos por tus bonitas piernas, besándolas, y metería mis manos bajo esa camiseta para acariciar tu vientre. Mmm... me parece que noto cómo se eriza tu piel. Oh, tus pechos son lo mejor, no dejaría de acariciarlos, jugar con ellos bajo mis manos, mientras te beso y tu respiración aumenta.

—¿Y qué más harías? —siendo sincera, nunca había hecho lo que estaba haciendo, y me parecía excitante.

—Te quitaría la camiseta, me deleitaría viendo tu cuerpo y lo cubriría de besos. Me desharía de tus braguitas y jugaría con tu maravilloso sexo.

—Sigue... —susurré mientras mi mano libre, con vida propia al parecer, se metía en el interior de mis braguitas.

—Acariciaría tu clítoris, te penetraría con un dedo y haría que te corrieras para mí. Después jugaría ahí con mi lengua, te excitaría hasta que volvieras a correrte, y estarías tan condenadamente excitada que podría penetrarte con facilidad, una y otra vez, hasta que nos corriéramos juntos.

Estaba tan excitada que no pude callarlo, le dije lo que estaba haciendo bajo mis braguitas y Connor siguió haciéndome el amor a través del teléfono, hasta que grité su nombre cuando me invadió el mejor orgasmo de mi vida.

—Mi niña, me encanta que te corras para mí.

—Ha sido...

—Joder, Avery ha sido la ostia.

—Pero tú... te has...

—Te aseguro que en cuanto llegue a casa me correré pensando en ti.

—Oh, Dios, Connor...

—Estabas muy excitada. Espero que el próximo sábado te excites aún más.

—Connor, sabes que entre nosotros...

—Lo sé, no hay nada. Pero no sabes cuánto deseo... hacerte todo lo que te acabo de decir.

—Hablamos el domingo. Buenas noches Connor.

—Buenas noche, mi niña.

Colgué el teléfono al tiempo que mordisqueaba mi labio. Conocía a Connor desde hacía cuatro años y desde el primer día me atrajo algo de él, y ahora no podía olvidar sus manos sobre mi cuerpo.

Mi primera experiencia de sexo telefónico, había sido corta, pero es que con Connor llegaba tan fácilmente al orgasmo...

Ni siquiera Adam conseguía aquello, y nunca hicimos lo que acababa de hacer con Connor.

Dejé el teléfono de nuevo en la mesita, apagué la lámpara y cerré los ojos pensando en Connor, tenía claro que, aunque tratara de evitarlo no podríamos dejar de acostarnos siempre que nos viéramos.

Y no me importaba, ya no. Éramos amigos, no había nada de malo en tener un amigo con derecho a roce. Mucha gente tenía amigos así. No había nada malo en que yo tuviera uno.



Me desperté al escuchar unas risas en el pasillo. Y después un golpe contra el suelo hizo que me levantara para ver qué ocurría.

Al abrir la puerta me encontré a Karen desparramada en el suelo, con un zapato a medio quitar, tratando de levantarse.

—¿Estás loca? Vas a despertar a la señora Pierce —susurré agachándome para ayudarla a levantarse.

—Déjame, no necesito que me ayudes.

Me dio un empujón y me caí de culo, sentándome frente a ella, que al tratar de levantarse volvió a tropezar y se cayó de nuevo.

—Mira, si quieres meterte en líos hazlo sola, pero ahora cierra la maldita boca, deja de reírte y vamos a tu dormitorio —le dije cogiéndola por el brazo para que caminara conmigo.

—No sabía que también fueras mi niñera.

—Karen, mañana tengo que levantarme temprano y me espera un día bastante poco divertido, así que deja de quejarte y vamos a la cama.

Entramos en el dormitorio y la dejé caer sobre la cama. La quité los zapatos y la ayudé con el vestido. Tenía un cuerpo perfecto, seguro que volvería loco a más de un hombre.

—No le digas nada a Amanda, se me fue de las manos... —dijo mientras la metía bajo la sábana.

—No diré nada, ahora duerme.

—Avery, ¿podrías quedarte conmigo? No quiero estar sola, esta noche no.

—Pero... yo es que...

—Pensaba que todo iba bien entre nosotros, pero me ha dejado, por eso he bebido más de la cuenta.

Sabía que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, y al parecer estaba comprobando que ese dicho era cierto. Karen empezó a llorar, así que cerré la puerta del dormitorio y me senté a su lado en la cama.

—Creía que todo iba bien, pero al parecer no. Dice que prefiere seguir con su mujer, que lo nuestro no ha sido más que un juego. ¿Un juego? Al parecer hemos estado jugando dos años.

—Karen, no es necesario que me cuentes...

—Mira Avery, yo sé que tú no eres como yo. Eres buena chica, se te ve decente. Yo soy... mi madre decía complicada. Y mis amigos solían compartirme con sus novias.

—Karen, estás muy borracha, no sabes lo que dices.

—Sí que lo se linda. Dejé a una mujer preciosa por liarme con ese maldito imbécil que ahora dice que adora a su esposa.

—Yo... será mejor que me vaya.

—No, quédate. No te voy a comer. Aunque reconozco que tienes un cuerpo que invita a pecar.

—Espero que no estés intentando ligar conmigo, porque pierdes el tiempo.

—Avery, soy bisexual, y ahora mismo haría alguna locura contigo, te lo puedo asegurar, pero no te preocupes que todas las compañeras de casa son intocables.

—Vaya, me quitas un peso de encima.

—Aunque... pensándolo bien...

Karen se acercó a mí, cogió mi barbilla y me dio un beso en los labios. Cuando se apartó no supe qué decir. No fue un beso de esos de película, solo unió sus labios a los míos, pero es que a

mí me gustaban los hombres, concretamente creía que me gustaba Connor, y mucho. Me dejó tan desconcertada que hasta ella se dio cuenta.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado.

—Creo que después de esto ya no me considerarás la Cenicienta de la casa, ¿verdad?

—Perdona por eso, es que nadie sabe que yo soy...

—Difícil de comprender —dije tratando de quitar hierro al asunto.

—Vale, acepto tu teoría.

Empezamos a reír, y allí tumbadas en su cama me habló de lo difícil que fue para ella entender que le gustaban tanto hombres como mujeres, ya que se había criado en una familia de lo más católico.

—Y cuando les dije que me iba del pueblo para vivir mi vida, fue la gota que colmó el vaso. Al poco tiempo de llegar aquí conocí a Amanda, era una modelo famosa y me ayudó, consiguió que trabajara en la misma agencia que ella y cuando se retiró me fui siguiéndola.

—La señora Pierce tampoco sabe que tú...

—No, no lo sabe nadie. En ese aspecto siempre he sido muy discreta. Cuando dejé a la chica con la que salía por el imbécil y arrogante ese, ella se marchó a Boston, allí tenía trabajo esperándola y siempre confié en ella, sé que nunca diría nada.

Miré el reloj que Karen tenía en la mesita, eran más de las tres de la madrugada y apenas me quedaban tres horas para dormir. Me despedí de ella y regresé a mi dormitorio.

Al recordar lo ocurrido con Karen no pude evitar reír, aquello no había sido más que una chiquillada.



Capítulo 5

Cuatro apartamentos de la lista ya estaban tachados. Vale que no necesitaba demasiado espacio, pero es que el dormitorio en el que estaba ahora era mucho más grande que dos de esos apartamentos. Y los otros dos, uno justo encima del metro y el otro se me iba de precio.

Aún me quedaban tres más por ver, así que seguía manteniendo la esperanza en que alguno de esos fuera perfecto para mí, una simple mortal que no cobraba un sueldo de ejecutiva de una gran multinacional.

Llegué diez minutos antes de la hora en la que había quedado con el agente de la inmobiliaria, así que aproveché para dar un vistazo a la zona.

Parecía tranquila, nada de trenes, ni discotecas. Había un parque frente al edificio, donde los niños disfrutaban en compañía de sus padres. Una cafetería de la que salía un delicioso olor a café y bollos recién hechos, un quiosco de prensa, y una pequeña librería. Sin duda ese barrio era perfecto.

Era el último apartamento, y hasta el momento de los anteriores solo me habían gustado dos, el demasiado caro y el demasiado lejos de todo.

—Hola, ¿eres Avery? —preguntó una chica acercándose a mí.

—Sí, tú debes ser Mindy.

—Encantada. Has llegado pronto, o es que yo he llegado muy tarde.

—No tranquila, llegué con tiempo y he estado viendo el barrio.

—Es muy tranquilo. Tuvimos otros tres apartamentos en este edificio y literalmente volaron. Los alquilamos y vendimos enseguida.

—Oh, yo por el momento solo quiero alquilar. Pero no me mudaría hasta después del verano.

—¿Vacaciones?

—No, no me voy de vacaciones. Estoy trabajando en una casa con alojamiento así que por el momento estoy mirando.

—Subamos, es la segunda planta. Tiene ascensor.

Cuando entré en el apartamento me enamoré de él. Era justo lo que quería. Salón con cocina americana, un cuarto de baño, dormitorio principal y otro dormitorio más pequeño que podría utilizar como sala de estar.

Era muy luminoso, apenas se escuchaban los coches por la calle, se notaba que estaba bien insonorizado. Y cuando Mindy me dijo el precio del alquiler no dudé ni un segundo.

—Es perfecto —dije cuanto salimos a la calle.

—Ahora tenemos varios disponibles en este edificio y en el de al lado, son iguales que este, así que por el momento tienes dónde elegir.

—Bien, pues cuando acabe el verano volveré a llamarte.

—Perfecto, te voy a apuntar en mi agenda para primeros de septiembre, ¿te parece bien?

—Sí, genial.

—Que tengas un buen día Avery. Me marcho corriendo que tengo una visita en la otra punta de la ciudad dentro de media hora.

—Adiós, Mindy.

Ya tenía apartamento, bueno, mejor dicho, tenía barrio al que podría mudarme en cuanto acabara mi trabajo en casa de la señora Pierce. Solo esperaba no quedarme sin apartamento.

Paré para comer en la cafetería del viejo Joy, donde hacían el mejor sándwich de pollo con queso de toda Nueva York.

Cuando estaba a punto de tomarme un helado de frambuesa con chocolate caliente y nata sonó mi teléfono.

—Donna, ¿cómo estás? —hacía tiempo que no hablaba con la madre de Adam, pero esa mujer siempre se preocupaba por mí como si se tratase de una hija.

—Hola, Avery. Por aquí todo bien, y tú, ¿cómo estás?

—Bien, acabo de comer.

—Hija, hace mucho que no te vemos. ¿Por qué no vienes a tomar café? Mike también quiere verte. Este viejo no deja de decir lo bobo que fue nuestro hijo al dejarte.

—No pasa nada, eso es tema del pasado. ¿Cómo le va a Adam?

—Se acaba de divorciar. Y ella se va a Miami con su nuevo marido y se lleva a nuestro nieto. Es una bruja. Nunca me gustó esa chica.

—Estoy en el centro, iré para allá. Nos vemos en media hora.

—Muy bien hija, aquí estaremos.

Donna y Mike siempre me quisieron, y yo a ellos. Fueron lo más parecido a una familia que tuve cuando conocí a Adam.

Terminé mi helado y caminé hacia el coche. Subí y antes de ponerlo en marcha sonó de nuevo mi teléfono.

—Connor, ¿ocurre algo?

—Solo que tenía ganas de escuchar tu voz.

—Tú pareces dormido todavía.

—La cena del ministro se alargó demasiado, llegué a casa cerca de las tres y después de tomarme un té helado me acosté.

—Ya tengo apartamento. Bueno, he visto el que me gusta. Espero que todos los que tienen sigan disponibles cuando tenga que mudarme.

—Seguro que sí, y si no puedes venirte aquí conmigo, hay muchas familias que buscan niñera. Una de las ministras sin ir más lejos.

—Ja ja ja, no me hagas reír. No me fui a París por trabajo, ¡me voy a ir a Londres!

—Y si no fuera por trabajo. Y si fuera porque te pido que te vengas a vivir aquí.

—No sería buena idea Connor.

—Avery, no te voy a negar que me gusta correrme pensando en ti, pero joder me gustaría más

que lo hiciéramos juntos, en una cama.

—Oye, tengo algo de prisa, llego tarde y...

—¿Has quedado con alguien?

—Voy a ver a los padres de mi ex. Eso es todo.

—¿Estará él?

—Claro que no. Donna no quiere que nos encontremos. Esta noche te llamo. Quizás podamos hacer algo juntos otra vez.

—Eres mala mi niña, muy mala.

—Y creo que por eso te gusto.

—Y por mucho más. Pásalo bien. Adiós.

—Adiós, Connor.

Sonreí. Connor había intentado que hubiera algo más entre nosotros desde la primera vez que estuvimos a punto de acostarnos, y aunque al final habíamos acabado en la cama, para mí no significaba que fuéramos algo más que amigos.



—¡Avery! Cuánto me alegro de verte. Estás preciosa —dijo Donna abrazándome como solía hacer.

—Hola, Donna. Tú también estás muy bien.

—No hija, cada vez estoy más vieja.

—Tonterías. ¿Dónde está Mike? —pregunté mientras corría hacia el salón.

—Hola, Avery.

No podía creer que Adam estuviera allí. Miré a Donna y con los ojos me suplicó que la perdonara. ¿Qué podía hacer yo?, adoraba a esa mujer así que la perdoné.

—Hola, Adam.

—Te veo bien. Estás... preciosa.

—Gracias, tú también te ves bien.

—¡Avery! Mi jovencita preferida.

—Hola, Mike —le saludé mientras nos abrazábamos.

—Adam ha venido de visita. A pasar el fin de semana.

—Yo, tengo que irme pronto, me esperan —mentí como una cobarde, pero no quería estar demasiado tiempo cerca de mi ex.

—Voy a por el café.

—Te ayudo cariño —dijo Mike cogiendo el brazo de Donna, dejándonos a su hijo y a mí solos en ese salón.

—¿Sigues trabajando par los Evans? —preguntó Adam mientras me sentaba en el sofá contiguo al suyo.

—No, se han mudado a París. Estoy en otra casa.

—También interna.
—Sí, sí todo igual. Me recomendó la señora Evans.
—Me alegro.
—Y tú, ¿qué tal en la empresa?
—Bien, genial. Tengo un equipo a mi cargo así que, todo va bien.
—Tu madre me ha dicho lo del divorcio, lo siento mucho.
—Ya, bueno supongo que a veces pasa. Crees que estarás toda la vida con una persona y...
—¿En serio? Adam, no sigas por ahí. Me dejaste así que sé por lo que estás pasando, pero no creas que siento pena por ti. Si he venido es porque no sabía que estabas, de haberlo sabido ten muy claro que no estaríamos en este salón juntos.

Afortunadamente para mí Donna y Mike llegaron con el café y algunos pasteles. Hablamos de ellos, del trabajo de Adam y de su hijo, Nick, de casi dos años. Me enseñó una foto y era su viva imagen, aquel niño tenía escrito en la cara “seré un cabroncete como mi padre”, pero sonreí y dije lo que se suele decir en esos casos.

—Es una monada. Se parece a ti.
—Y esa golfa se lo lleva lejos de nosotros —dijo Donna.
—Mamá, ya basta.
—Lo siento hijo, Avery es como de la familia, puedo hablar delante de ella.
—Donna, preferiría que no lo hicieras —le pedí cogiendo su mano.
—Todo habría sido tan distinto si vosotros...
—Mamá, eso fue hace tres años. Ya basta.
—Pero a mí me dolió hijo, y no sabes lo que tuvo que pasar esta pobre chica por tu culpa.
—Donna, ya está hecho. Y yo estoy bien. Adam es un amor de instituto y nada más.
—¿Hay alguien con quien seas feliz ahora, Avery? —preguntó Mike.
¿Qué podía contestar yo a eso? No, no había nadie. Pero no quería que Adam supiera que después de él no había habido nadie, hasta que me acosté con mi mejor amigo.

—Sí, hay alguien. Llevamos poco tiempo, pero nos va bien.
—Espero que sea lo que necesitas Avery —dijo Adam—, en serio, mereces un tío que te quiera de verdad.

Terminé mi café y me despedí, no me esperaba nadie, pero quería llegar a casa y olvidar las últimas horas de ese sábado.

—Vuelve pronto, sabes que te echamos de menos.
—Lo haré Donna, pero debes prometerme que no estará tu hijo.
—Lo prometo.
—Adiós.



Cuando entré en casa no se escuchaba ningún ruido. Eran apenas las seis y media y la fiesta aún no había empezado, pero supuse que las chicas estarían preparándose.

La señora Matthews no estaba, tenía los fines de semana libres y se turnaba visitando a sus hijos, esa vez estaba en casa del pequeño.

Subía las escaleras, distraída leyendo un mensaje de Connor, y choqué con la señora Pierce.

—Lo siento señora, iba distraída...

—No te preocupes. ¿Qué tal ha ido? ¿Ya has encontrado apartamento?

—Sí, he visto uno que me encanta, espero que sigan teniendo alguno disponible cuando tenga que mudarme.

—Ojalá tengas suerte.

—Está muy elegante señora —dije sonriendo.

Y era cierto. Llevaba un precioso vestido rojo, largo y sin mangas ni tirantes. Lucía una fina gargantilla de oro con una pequeña perla en el centro y los pendientes a juego, y se había recogido el cabello.

—Gracias. Bueno, esta noche tienes la casa para ti sola. Si necesitas cualquier cosa mándame un mensaje y vengo.

—No se preocupe, estaré bien.

Cuando pasó a mi lado no pude evitar mirarla bien, a pesar de no ejercer como modelo seguía estando tan perfecta como en su época.

El vestido dejaba la espalda casi al descubierto y tenía una apertura en la parte trasera que bajaba desde casi las rodillas hasta el final.

Antes de que entrara en la habitación me estaba sonando el teléfono.

—Hola, Connor.

—Hola, mi niña, ¿qué tal con los suegros?

—Ex suegros.

—Eso por el momento.

—Connor...

—Vale, perdona. Pero dime, qué tal con ellos.

No tenía muy claro si decirle que mi ex también estaba allí y simplemente mentir y decir que fue un café, algo de charla y me marché.

—Bien, todo genial. Café, pastas, algo de charla...

—¿Y el hijo pródigo?

Mierda, seguro que lo sospechaba.

—También bien. Se ha divorciado, la ex se lleva a su hijo a Miami con su nuevo marido y le van a ver poco.

—¿Estaba allí?

—Sí, llegó por sorpresa, antes de que llegara yo. A Donna no le dio tiempo a avisarme.

—Así que le viste.

—Sí, pero no sentí nada. Como si estuviéramos solo sus padres y yo.

—Si no estuviera tan condenadamente lejos iría ahora a buscarte y te amaría toda la noche.

—Tienes una semana por delante para pensar qué harás cuando me tengas en tu cama.

—Sé más que de sobra lo que haré contigo, mi niña.
—Entonces guarda tus deseos para el próximo sábado.
—Sabes que te quiero, verdad.
—Como amiga, lo sé.
—Avery...
—Connor, hablamos mañana. Quiero darme una ducha y descansar.
—Espero que pienses en mí en esa ducha.
—Deja de ser tan perverso conmigo, soy una dulce e inocente jovencita.
—Eres deliciosamente exquisita para que cualquier hombre quisiera pecar contigo. Que descanses mi niña.
—Tú también, adiós.

Sin duda alguna aquella ducha me sentó fenomenal. Pero Adam apareció en mi mente como las semanas siguientes a nuestra ruptura. Pero creo que la vida le devolvió lo que él dio, si no me hubiera dejado por otra, esa mujer no le habría dejado a él. Aunque quién sabe, tal vez me habría dejado por cualquier otra que no hubiera sido ella.

Me puse una de mis camisetas y unos *shorts*, cogí uno de mis libros y el iPod y me dejé caer sobre la cama para leer un rato.

Apenas eran las ocho, y no tenía hambre, así que a disfrutar de mi noche de sábado.

Unos dedos deslizándose sobre mi pierna hicieron que me sobresaltara y que gritara como si un maniaco estuviera a punto de matarme.

—Joder Karen, ¿quieres que me muera de un infarto? —pregunté mientras dejaba mi mano sobre el pecho, que parecía a punto de partirse y dejar que el corazón saliera disparado.

—Perdona, es que llamé, pero no abrías.

—Creí que estaba sola.

—Ahora ya sí. Soy la última en irme. Estaremos ahí al lado por si necesitas algo.

—Sí, la señora Pierce me dijo que la llamara.

—Y... ¿qué vas a hacer esta noche?

Karen llevaba un vestido negro hasta las rodillas, de esos de cóctel, muy bonito. Estaba muy guapa, claro que siendo modelo cualquier trapito que se pusiera le sentaría bien.

Me fijé en sus ojos, aquella era la misma mirada que solía poner Adam cuando quería algo de mí. Y para colmo de mis males la pillé mordisqueándose el labio, como hago yo si me pongo nerviosa.

—Karen, no me mires así, soy como la grasa en tu comida —me miró arqueando las cejas y rompimos a reír como si no hubiera un mañana.

—Qué ocurrencias tienes, Cenicienta. No voy a negar que con ese modelito estás para comerte, pero intentaré llevarme algún otro delicioso bocado esta noche.

—¿Suele hacer fiestas los fines de semana? —pregunté.

—Sí, viene gente importante, Amanda está en su salsa desde luego.

—Espero que conozcas a algún hombre que no esté casado, a ver si te hace su esposa.

Karen se sentó a mi lado y acarició mi pierna, me sentía algo incómoda, pero era una mujer como otra cualquiera, y podríamos llegar a ser buenas amigas.

—No creo que me case nunca. Tengo miedo de casarme con un hombre y desear tanto a una mujer que acabe divorciándome, o viceversa.

—¿Sabes? Yo creo que cuando aparece esa persona que cambiará el resto de tu vida para siempre, lo sabes. No puedes dejar de pensar en ella, ríes como una idiota cuando te mira o te habla y después simplemente sabes que quieres pasar el resto de tu vida a su lado. Y da igual si es un hombre o una mujer, porque le amas tanto que darías tu vida por esa persona si fuera necesario.

—¿Tú has encontrado a esa persona?

—Creí que sí, cuando estaba en el instituto, pero me dejó cuando se marchó a California por trabajo. Se casó, tuvo un hijo y ella le ha dejado por otro tío y se lleva al niño a Miami.

—Karma —dijo Karen haciendo una mueca.

—¿Karma?

—Sí, o efecto boomerang. Recibes lo que das.

—Oh, claro. Él me dejó, y a él le han dejado.

—Efectivamente, como a mí con el imbécil...

—Bueno, pero tú eres una mujer preciosa. Seguro que llueven los pretendientes.

—¿Para sexo de una noche? Desde luego, hombres así no faltan para nadie. Pero alguien que me haga sentir todas esas cosas que dices... nadie.

—Llegará, seguro que sí.

—¿Y si llega, pero no siente lo mismo que yo?

—Pues entonces es que creías que era esa persona, y te equivocabas.

—Bueno Cenicienta, me encanta estar contigo, pero me tengo que ir, los invitados ya estarán llegando.

—Pásalo bien.

—Y tú —dijo dándome un golpecito en la nariz mientras me sonreía.

Cuando salió se despidió con la mano y cerró la puerta. Volví a ponerme los cascos y continué con mi lectura.



El hambre se apoderó de mi estómago, eran cerca de las doce y media y aún seguía leyendo. Aquello era normal en mí, cogía un libro y lo devoraba casi hasta el final en un par de días.

Dejé el libro y el iPod sobre la cama y salí al pasillo. Estaba sola así que podía hacerme lo que quisiera para la cena. Bajé descalza, en verano era mi forma favorita de caminar por la casa.

Entré en la cocina y cogí algo de pavo, queso, tomate, mayonesa y pan y me preparé un sándwich, cogí una botella de agua y me senté para cenar.

Cuanto terminé fui al salón, las luces de la piscina iluminaban el jardín y no se me ocurrió otra cosa que darme un pequeño baño nocturno. Subí al dormitorio y me puse el bikini. No me vería nadie puesto que todas las chicas estaban en la fiesta con la señora Pierce y tenía entendido que

ninguno de los invitados abandonaría la fiesta.

Y allí estaba yo, dejando mi toalla sobre una de las tumbonas a punto de zambullirme en la piscina.

El agua estaba perfecta, ni demasiado caliente ni exageradamente fría. Nadé durante un rato y después, como solía hacer en casa de los Evans, me quedé allí flotando en el agua mientras me llevaba de un lado a otro.

—Veo que no soy el único que necesitaba tomar el aire —dijo una voz grave y masculina.

Me incorporé y me quedé allí mirando, casi embobada, a ese hombre tan atractivo. Era alto, metro ochenta seguramente, moreno, bien peinado, ojos marrones, y bajo el esmoquin negro con camisa blanca que llevaba puesto, se podía intuir un cuerpo impresionantemente bien esculpido en algún gimnasio.

—Perdón, no quería asustarla —dijo poniéndose en cuclillas para hablar conmigo.

—No esperaba que hubiera nadie por aquí —aseguré acercándome a él.

—¿Estaba en la fiesta?

—No, yo trabajo para la señora Pierce, en su casa. Es uno de mis días libres, pero no tenía gran cosa que hacer y me quedé aquí.

—Me llamo Dean. Encantado —se presentó tendiéndome la mano para saludarme.

—Avery.

Cuando nuestras manos se tocaron fue como si sintiera una descarga, se erizó todo mi cuerpo y no pude dejar de mirar sus ojos, era una mirada tan penetrante.

Cuando nos soltamos la mano fui hacia la escalera, ya era hora de volver a mi cuarto, y antes de que pudiera darme cuenta tenía a ese Adonis justo a mi lado, sosteniendo mi toalla para envolverme en ella.

—Gracias —susurré mientras la ponía sobre mi cuerpo.

—Es una lástima que no seas parte de la fiesta. Lo habría pasado bien contigo —dijo susurrándome cerca del cuello.

Cerré los ojos y dejé que su respiración me acariciara. Sentí que se me aceleraba el pulso, y deseé que posara sus labios en mi cuello.

Cuando me volví le vi alejándose de la piscina, se giró hacia mí y se despidió haciendo un gesto con sus dedos, llevándolos de su sien hacia el aire.

Hasta su forma de caminar era sexy. Por unos instantes imaginé a ese hombre en mi cama, desnudo, acariciando cada resquicio de mi cuerpo, sintiendo sus caricias mientras me hacía el amor.

—¡Por Dios Avery! Que no le conoces de nada...

Si me hubieran visto hablando sola me habrían llevado de cabeza a un psiquiátrico, por suerte para mí estaba sola.

Me metí en la cama, pero no podía olvidar la mirada de ese hombre. Dean, pero ¿Dean qué? Podía buscarle en Internet, saber algo sobre él, pero sin tener su apellido sería como buscar un tal Bob. ¡Habría cientos!

Cogí el iPod, me puse los cascos y cerré los ojos. Aquello era lo único que me ayudaba a conciliar el sueño cuando era imposible dormir.



Capítulo 6

Eran las nueve de la noche del domingo, ninguna de las chicas había salido en todo el día de sus dormitorios, ni la señora Pierce, así que la casa de nuevo había sido solo para mí.

Me hice un café para desayunar, bajé al gimnasio para hacer algo de ejercicio, después comí una ensalada y salí a tomar el sol. Me di un par de chapuzones y subí para darme una ducha.

Cuando bajé la señora Matthews ya había llegado y estaba preparando algo para cenar.

—¿Seguro que cenarán? —pregunté arqueando una ceja.

—Seguro. Después de una fiesta duermen todo el día, pero se levantan para la cena.

Y así era, las risas de todas se escuchaban bajando por la escalera. Cuando fui al salón ya estaban todas sentadas. A pesar de acabar de levantarse, tenían todas una cara impecable, ni ojeras ni síntomas de dolor de cabeza.

—¡Cenicienta! —gritó Karen.

—Que no la llames así —la regañó Cintia.

—Ella sabe que es broma, ¿a que sí Cenicienta?

Sonreí, resignada más que otra cosa, pero en el fondo seríamos buenas amigas.

La señora Matthews llegó con la cena y cuando acabé de servirles el agua regresé a la cocina por si necesitaba ayuda.

Cuando terminaron de cenar, recogí todo y ayudé a lavar los platos a la señora Matthews, le di las buenas noches y subí a mi dormitorio.

—¿Avery, puedo pasar? —susurró Karen desde el pasillo.

—Pasa.

—¿Te apetece salir a tomar una copa?

—Es tarde... y yo mañana...

—Solo una, de verdad. Volveremos pronto.

Estaba frente a mi cama, suplicando con las manos que saliera aquella noche. Y aunque estaba algo cansada porque no había dormido demasiado la noche anterior, acabé aceptando.

—Bien, ponte algo cómodo, yo voy a salir así —me aseguró señalando su camiseta blanca de tirantes y unos vaqueros que acompañaba con unas zapatillas.

—Dame cinco minutos, enseguida salgo.

—Te espero aquí, así nadie se entera de que salimos.

—¿Vamos a salir a escondidas? Que no somos niñas de doce años.

—Ya lo sé, pero todas creen que te odio y por el momento será mejor así. Siempre salgo sola, nunca voy con ellas a no ser que haya que ir de compras.

—Vale, pues... siéntate — le pedí señalando el sofá.

Mientras me quitaba la camiseta y el *short*, podía sentir los ojos de Karen sobre mí, si no supiera que le gustaban las mujeres estaría mucho más cómoda, pero pensar que pudiera.... Borré rápidamente de mi mente cualquier tipo de pensamiento que Karen pudiera tener conmigo.

Listo, vaqueros, camiseta, zapatillas y una coleta.

—¿Vamos? —pregunté cogiendo mi teléfono y una pequeña cartera con documentación y algo de dinero.

—Estás perfecta. Vamos.

Salimos de mi dormitorio en silencio, bajamos las escaleras sin hacer ruido y fuimos hacia los coches.

—Vamos en el mío, así me obligo a no beber demasiado —dijo Karen pulsando el botón de la llave que tenía en la mano.

Se abrió un deportivo rojo con el que era difícil no llamar la atención. Pero fuera donde fuera que me llevase, seguramente habría fotógrafos que conseguirían una noticia de la súper modelo Karen Scott.

Salimos de la propiedad y cuando aceleró, el aire entraba por las ventanas haciendo que su melena volara en el interior del coche.

—Menos mal que me he hecho una coleta —le dije sonriendo.

—Creo que yo debería haber hecho lo mismo.



Llegamos al centro y paró el coche junto a la puerta de una de las discotecas de moda. Allí no podías entrar si no tenías un cierto nivel social, pero a una súper modelo nunca le niegan la entrada, aunque vaya con vaqueros.

—Buenas noches señorita Scott —la saludó el portero abriendo la puerta.

—Buenas noches Zack, ella viene conmigo.

—Que se diviertan señoritas.

Efectivamente, allí todas las mujeres lucían unos impecables vestidos, entallados, sueltos, largos, cortos... mientras que los hombres vestían pantalón y camisa y alguno que otro tenía la chaqueta cerca.

Nosotras no, nosotras íbamos con unos vaqueros desgastados y rotos, cosa que por otro lado era la moda, con una camiseta y zapatillas. Pero si íbamos a bailar al menos estaríamos cómodas.

—¿Qué quieres? —preguntó Karen cuando llegamos a la barra.
—Pues... si puede ser un licor con chocolate...
—Claro. ¡Samantha! —Karen agitó la mano y llamó a la camarera, que en un segundo estaba saludándonos—. Licor con chocolate, dos copas por favor.
—Enseguida Karen.
—¿Vienes mucho? —pregunté—. Todos te conocen.
—Sí, soy socia del dueño. Un viejo amigo.
—Vaya, así que también eres empresaria.
—Algo así. Además, siempre que lo necesito puedo venir aquí para desconectar, y me aseguro que no habrá periodistas.
—Me alegro, no quisiera salir mañana en todas las revistas.
—Aquí tenéis.
La camarera nos entregó las copas y nos las tomamos allí, después Karen me cogió la mano y me llevó hasta la pista «¡A mover ese cuerpo!» como había dicho ella.

Varios hombres se deleitaban con Karen, cada vez que daba saltitos al bailar se veía sus pechos subir y bajar. Yo no podía dejar de reír, algunos de ellos se hicieron los machos dominantes ante el resto y se acercaron a Karen, rodeándole la cintura para bailar pegados a ella, que fue deshaciéndose de ellos mientras los que esperaban su turno sonreían.

Al final, volvió a coger mi mano y regresamos a la barra.

—No soporto los moscones. ¿Quieres otra copa? —preguntó llevando su brazo sobre mis hombros para hablar en mi oído, sino era imposible que mantuviéramos una conversación.
—Es tarde... deberíamos volver. Mañana me levanto temprano.
—Al final sí que eres Cenicienta. No es tan tarde.
—De verdad Karen, tengo que volver. Quédate tú, no me importa volver en taxi.
—Mira, hacemos una cosa. Nos vamos ya, si me prometes que el próximo viernes salimos juntas. Y nada de prisas para volver a casa.
—Está bien —respondí sonriendo.
—Bien, pues nos vamos.
Karen se agarró a mi brazo y salimos de la discoteca para regresar a casa.



Eran cerca de las tres y media cuando entraba en el dormitorio. Tiré el teléfono sobre la cama, me quité la ropa y me puse la camiseta y los *shorts* para dormir. Me dejé caer sobre la cama y sentí que el teléfono vibraba junto a mi mano.

Llamadas perdidas, y varios mensajes, de Connor.

Estaba preocupado, seguía despierto y esperaba una contestación.

—¡Por fin! ¿Estás bien mi niña? —preguntó nada más descolgar.

—Sí, es que... salí a nadar y estaba tan a gusto en la tumbona que me quedé allí escuchando música. Perdí la noción del tiempo y...

—Joder, pensé que te habría pasado algo.

—No, es que me dejé el teléfono en el dormitorio.

Mentira, todo mentira. ¿Por qué no le decía la verdad? No era de su propiedad y podía hacer lo que quisiera. Pero con tal de no tener una charla sobre “conocerás a alguien... ya no podré ir a visitarte...”

—Deberías estar durmiendo Connor, mañana trabajas.

—Quería hablar contigo. Y he dormido a ratos así que...

—Es tarde, en serio deberías...

—Lo que debería es estar en esa cama contigo. No tendría que haber aceptado venir a Londres.

—Connor, no somos pareja.

—¡Ya lo sé! Joder Avery, pero ¿es que no puedo desear estar contigo?

—No quiero que te hagas daño pensando que habrá algo más Connor, eso es todo.

—Tranquila, sé lo que hay.

Cada minuto que pasaba su voz se volvía más seductora, y al cerrar los ojos era como si estuviera conmigo de verdad.

—Tengo ganas de que llegue el sábado —dije sin pensar en lo que decía.

—¿Sí?

—Sí.

—Podemos hacer algo para que sigas pensando en mí toda la semana.

—¿Algo, como qué?

Mientras hablaba, y sin ser consciente de mis actos, llevé mi mano bajo la camiseta acariciando mi vientre y deslizando los dedos hacia la curva de uno de mis pechos.

Seguía las indicaciones de Connor, que susurraba en mi oído todo lo que deseaba hacerme en ese instante.

—Frotaría suavemente tu delicado pezón, que se siente duro entre mis dedos —sus palabras y mis caricias me hicieron sentir un escalofrío.

Mientras dejaba que mis dedos me recorriesen el cuerpo camino de mi cintura, separé levemente las piernas y, cuando llegué a la cintura de mis *shorts*, metí la mano bajo la tela de algodón hasta encontrar la de mis braguitas. Deslicé la mano bajo ellas y seguí los pasos que Connor daba sobre mí.

—Ahí está, caliente y excitado. Me gusta así, me gusta que te excites para mí. Deslizaría mis dedos lentamente, acariciando tu sexo y jugando con esa perla que guardas entre tus piernas.

Cuando toco ahí siento la humedad que Connor provoca en mí. Me acaricio como él lo haría y mientras escucho su voz siento que me abandono al más absoluto placer. Introduzco lentamente uno de mis dedos, dejando que me invada una deliciosa sensación, sin dejar de frotar mi clítoris con el pulgar. Los gemidos salen solos, y Connor disfruta de ellos.

—Así mi niña, así. Cómo me gusta Avery.

Como si Connor me hiciera el amor, así deslizo mi dedo una y otra vez al interior de mi cuerpo. Escucho gemidos al otro lado del teléfono, no tengo duda de que Connor también está disfrutando del placer.

—Sí, así. Sigue Avery, sigue. Córrete para mí.

Me imagino en la cama con Connor, sentada a horcajadas sobre él mientras me penetra y nuestros cuerpos, calientes y sudorosos, se abandonan hasta llegar al orgasmo.

Un gemido casi ahogado sale de mis labios cuando me corro, las palpitaciones de mi sexo me hacen estremecer. Mis jadeos se mezclan con los de Connor, que no tarda en gritar mi nombre cuando llega al final.

—No sé si podré esperar al sábado —susurra Connor.

—Pues deberemos esperar.

—Joder Avery, eres increíble.

—Guarda fuerzas para el fin de semana, me cobraré con creces estos pequeños juegos.

—Te quiero mi niña.

Lo dijo. Y esta vez no parecía que sonase como antes. Siempre que me decía que me quería era porque éramos buenos amigos. Ahora, después de acostarnos y de sucumbir a estos pequeños placeres telefónicos, ese te quiero sonaba diferente.

—Buenas noches Connor. Que descanses.

No le di tiempo a decir nada, colgué y dejé el teléfono sobre la mesita.



Capítulo 7

Cuando salí del dormitorio me encontré con Karen, que sonreía con una ceja arqueada sin dejar de mirarme.

—Buenos días —dije cerrando la puerta.

—Buenos días, Cenicienta. ¿Qué tal has dormido?

—Bien. Debo bajar.

—No te hagas la remolona. ¿Con quién hiciste anoche... lo que hiciste?

Mierda, ¿me había oído? Joder, qué vergüenza. Sentí mis mejillas sonrojarse y los ojos abrirse tanto que adquirieron el tamaño de un plato.

—No sé a qué te refieres. No hice nada.

—Ah, ¿no? Entonces era algo que veías en la tele. Ay Cenicienta, no te tenía por una fan de las películas subidas de tono en mitad de la madrugada.

—Chsss. Calla —dije cogiéndola del brazo mientras abría de nuevo mi dormitorio y entrábamos en él—. Karen por favor no digas nada.

—¿Yo? Vaya, Cenicienta me confía un secreto. Qué interesante. Vamos, cuenta que me tienes en ascuas.

—Es... es solo un amigo.

—Joder Avery, yo no me corro por teléfono con mis amigos.

—Vale, yo tampoco lo he hecho nunca. Ni siquiera con mi ex. Esto fue... no sé surgió así una noche y...

—¿Ya lo habías hecho antes?

—Sí, ayer fue la segunda vez.

Escuché que la señora Matthews me llamaba, y como Karen no me iba a dejar tranquila hasta que le contara todo, prometí que hablaríamos por la noche.

—Está bien Cenicienta. Vendré a las doce a verte.

—A esa hora Cenicienta tenía que regresar a su casa.

—Pues mi Cenicienta sale a partir de las doce —dijo guiñando un ojo al tiempo que daba un golpecito en mi nariz.

Salimos del dormitorio y bajé a la cocina, excusándome con la señora Matthews por mi retraso.

—No te preocupes. La señora Pierce quiere el desayuno en la biblioteca, ¿puedes llevárselo mientras preparo el de las chicas?

—Claro — respondí cogiendo la bandeja que había sobre la mesa.

Cuando llegué a la puerta de la biblioteca, la señora Pierce hablaba con alguien por teléfono, llamé y esperé que me diera paso.

—Hablamos más tarde. Chao —dijo colgando el teléfono.

—Buenos días señora Pierce.

—Buenos días Avery. Déjalo ahí en la mesa.

—Sí señora.

—Avery, ¿qué tal te va con las chicas?

—Bien, todo va bien.

—Anoche vi que Karen y tú salíais de la casa.

Pillada. Tampoco hicimos nada malo, solo una copa y bailar en una discoteca.

—Sí, me dijo que si me apetecía salir y... bueno como estuve todo el fin de semana sin hacer gran cosa.

—¿Regresasteis juntas?

—No, yo vine antes, cogí un taxi.

—Karen es una buena chica, pero a veces pierde un poco el control y toma alguna que otra copa de más.

—Anoche conmigo solo tomó una. Después no sé...

—Oh, no lo digo por eso, tranquila que no te voy a pedir que seas su niñera. Me alegro de que Karen salga a divertirse con alguien de la casa, con el resto de chicas solo sale si tienen que ir de compras.

El teléfono de la señora Pierce sonó de nuevo, así que me retiré para que ella siguiera con su trabajo.



En un par de días las chicas tenían un desfile para una nueva campaña de trajes de baño de una importante diseñadora, así que ahí estaban todas, con sus bikinis y sus tacones paseando por el borde de la piscina, sobre la hierba, haciendo giros y poses.

—¿Has pensado en lo que te dije? —preguntó la señora Pierce mientras yo observaba desde el sofá del salón a las chicas.

—¿Pensar qué?

—La moda, tú...

—Oh, no. No podría ser modelo. Soy demasiado...

—¿Bonita? Eso es perfecto querida Avery.

—Quería decir bajita. No conozco muchos modelos de metro sesenta.

—Querida, no todo en la moda es la estatura. Tienes una cara preciosa, no vas mal de pecho y

tu figura es magnífica.

—Señora Pierce, soy niñera, y asistente, pero no creo que la moda sea lo mío.

—Muy bien. Te mostraré que puedes, si te lo propones. Sube a ponerte el bikini.

—Pero.

—Vamos, ¿a qué esperas?

Me levanté del sofá y subí a mi dormitorio, saqué el bikini del armario y me cambié rápidamente. Bajé descalza las escaleras y cuando entré en el salón la señora Pierce me cogió del brazo y fuimos hacia la piscina.

—Bien, veamos... Julia, préstale tus zapatos a Avery, por favor.

Julia se acercó a mí, se quitó los zapatos y los dejó junto a mis pies para que me los pusiera. La señora Pierce tenía buen ojo, Julia y yo teníamos el mismo número de calzado.

Y allí, subida en unos taconazos de doce centímetros, dos más de lo que yo solía usar cuando salía, con mi bikini y en el borde de aquella piscina, empecé a caminar.

—Así, muy bien. Primero un paso, luego otro. Contonea esas caderas querida, que se note que tienes un buen trasero —dijo la señora Pierce mientras las chicas me observaban y reían con aquellas ocurrencias.

—Vamos Cenicienta, ¡muestra lo que sabes hacer! —gritó Karen mientras caminaba hacia mí.

—Mano izquierda en la cintura Avery, así muy bien. Un poco más de contoneo y... ¡giro!

—gritó al tiempo que Karen llegaba a mí para que giráramos y volviéramos sobre nuestros pasos.

—Tiene aptitud —dijo Cintia junto a la señora Pierce.

—Eso es lo que quiero que vea, que vale para esto.

—Cenicienta, giro y volvemos a encontrarnos —me dijo Karen.

Obedecí, giré y cambié la mano izquierda de mi cintura por la derecha, caminando mientras contoneaba las caderas y sentía los pechos moverse al ritmo de mis pasos. Cuando Karen y yo nos encontramos, me hizo un gesto con la mano y giramos de nuevo, pero en vez de volver hacia atrás, continuamos hacia delante de modo que yo caminé por el borde de la piscina por el que ella había venido hasta mí.

—¿Y bien? —preguntó la señora Pierce cuando llegué de nuevo junto a ella.

—No creo que pueda hacer esto.

—Querida, lo has hecho bastante bien. Verás, tengo una sesión de fotos con un cliente mañana, me gustaría que vinieras.

—¿Es para la sesión que tengo yo? —preguntó Karen.

—Sí, con el señor MacNamara.

—Vamos Cenicienta, prometo portarme bien mañana si vienes.

Karen sonrió, ella sabía que entre nosotras ya no había malos rollos, a pesar de que me siguiera llamando Cenicienta.

—Es que no quiero hacer el ridículo —dije quitándome los taconazos.

—No vas a hacer el ridículo. Lo has hecho bien aquí en el borde de la piscina, no te has caído y te aseguro que todas se caen la primera vez —me aseguró Cintia.

—Ven, si no te gusta y no te sientes cómoda, no vuelves y no pasa nada.

La señora Pierce me cogió por los hombros, tenía los ojos fijos en los míos y sonreía. ¿Qué podría perder? Nada, simplemente iba, me hacían unas fotos y listo, de nuevo para casa.

—Está bien. Iré.

—Muy bien. Karen, lleva a Avery a tu dormitorio a ver qué puedes dejarle para mañana.
—Sí Amanda. Vamos Cenicienta, a ver qué trapito tengo para ti.

Cuando entramos en el dormitorio de Karen fuimos directas a su armario. Era impresionante, tenía vestidos de fiesta, trajes de chaqueta y pantalón, camisas, faldas, camisetas, vaqueros y zapatos, pares y pares de zapatos de tacón.

—Veamos —dijo apoyando su mano izquierda en la cintura y dándose golpecitos con la otra mano en la barbilla.

—No creo que un vestido de fiesta sea necesario.

—No, la sesión de mañana es para una nueva línea de cosméticos. Ya sabes, cremas, maquillaje...

—¿Es para MacNamara Cosmetics? —pregunté arqueando las cejas.

—Sí.

—Yo no puedo posar para ellos.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no ves lo que tienes aquí? —preguntó haciendo círculos con el dedo alrededor de mi cara.

—Sí, un par de ojos, una nariz algo feúcha, dos mofletes sin la suficiente carne y unos labios pequeños.

—Oh, por favor, Valentino ¡dame paciencia con Cenicienta! —gritó mirando al techo con las manos en alto.

Volví a mirar a su armario. Cogió un top blanco, una camisa de manga corta azul marino y unos *shorts* vaqueros.

—Vamos, ponte esto.

Me vestí dejando el bikini debajo de la ropa, y antes de que terminara de abrocharme el *short* ya tenía a Karen de vuelta que había ido a mi dormitorio a coger un par de zapatos míos.

—Póntelos —dijo dejándolos en el suelo—. Deja que te vea... a ver... esto lo cogemos por aquí, así... bien. Listo.

Había desabrochado la camisa, cogiendo ambos lados y anudándolos justo en la cintura, de modo que el top blanco quedaba a la vista, haciendo mis pechos más visibles.

—Siéntate aquí —dijo llevándome a su tocador.

Me situó de espaldas al espejo, de manera que yo no veía nada, solo a ella poniéndome maquillaje y más maquillaje en la cara.

—Bien, creo que estás lista. Y... —dijo girando la silla para ponerme frente al espejo— ¡*Et voila*!!!

Yo me maquillaba, pero estaba claro que no era tan profesional como Karen. Había puesto sombra de ojos blanca, con un perfilador negro y el color de mis ojos resaltaba. Un tono natural de maquillaje con pequeñas pinceladas en tono marrón sobre los pómulos, y para los labios había escogido un *gloss* rosa perfilando en ese mismo tono de modo que parecían un poquito más grandes que antes.

—Karen... es...

—¡Increíble! Estás increíble Avery.

—Yo no suelo maquillarme así, apenas me doy algún tono natural y sencillo.

—Pues es hora de que resaltes esos ojazos y esos labios —dijo apoyando las manos en mis hombros y acercando su cara a la mía—. Eres preciosa Avery.

Al ver su sonrisa sentí que me contagiaba de ella y sonreí también.

—Tienes unos ojos impresionantes Avery, y esos labios... invitan a besarte —susurró antes de darme un beso en la mejilla.

—Aun así, no creo que yo valga para esto.

—Si Amanda cree que puedes, es porque te ve algo que ni siquiera tú misma ves. Bueno, y ahora Cenicienta mía... —giró la silla de nuevo dejándome de espaldas al espejo mientras se sentaba en la cama— cuéntame lo de ese amigo tuyo.

Instintivamente, al pensar en Connor, mordisqueé mi labio. Y después le conté lo breve de nuestros encuentros y la historia que nos unía.



Las chicas y la señora Pierce seguían junto a la piscina. Cuando Karen y yo salimos todas se quedaron mirándonos, y la señora Pierce dio un gritito de asombro al verme.

—Ya tenemos look para mañana —dijo cogiéndome la mano para hacerme girar sobre mí misma.

—Está bien, ¿verdad? —preguntó Karen.

—Perfecta. Mañana quiero que la tengas así de guapa y radiante a las diez. Enviaré a Paul a recogeros para que os lleve a la oficina.

—Muy bien —dijo Karen.

Sonó mi teléfono, que lo había guardado en el bolsillo de los shorts, y al sacarlo vi que era Connor.

—Puedes cogerlo —dijo la señora Pierce—. Iré a decirle a la señora Matthews que prepare la cena.

Me alejé de las chicas y descolgué el teléfono.

—Hola.

—Hola, mi niña. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, aún no ha terminado. Y tú, ¿estás en casa?

—Sí, acabo de llegar y quería oír tu voz antes de darme una ducha. Tengo que irme pronto a la cama que mañana el ministro sale temprano de viaje y tengo que llevarle al aeropuerto.

—Oh, tendrás tiempo libre.

—No creas, me ha pedido que lleve a su esposa a unos recados. Pasado mañana es el cumpleaños de su hijo y tienen que preparar la fiesta.

—Yo también me acostaré pronto, mañana toca compra semanal con la señora Matthews —otra mentira, iba a acabar con la nariz de Pinocho...

—Anoche colgaste muy rápido.

—Lo siento, es que estaba cansada.

—¿Te molestó algo?

—No, claro que no.

—Cuando dije que te quiero...

—No me molestó.

—Lo dije como otras veces, porque es cierto. Te quiero, ¿es malo querer a una amiga?

—No, no es malo Connor. Oye...

—Tienes que dejarme. Lo entiendo. Voy a darme esa ducha para acostarme. Buenas noches, mi niña.

—Buenas noches.

Cuando colgué me quedé mirando el teléfono. Era extraño, pero echaba de menos a Connor, tenerle cerca.

—¿Todo bien, Cenicienta? —preguntó Karen acercándose a mí.

—Sí, sí todo bien.



Capítulo 8

Tal como había dicho la señora Pierce, a las diez llegaba Paul a la casa para recogernos a Karen y a mí.

Cuando aquel rubio de ojos marrones, vestido con un impecable traje negro, abrió la puerta del coche, recordé la primera vez que vi a Connor. Habían pasado cuatro años, pero aquella imagen nunca se había borrado de mi memoria.

En ocasiones me preguntaba si empecé a sentir algo por él ese día, y lo había tenido guardado durante tanto tiempo.

—Buenos días Paul —lo saludó Karen cuando llegamos junto al coche.

—Buenos días señoritas —su voz era grave, muy masculina.

Cuando cerró la puerta sentí que me llevaban directa a mi peor pesadilla. Estaba nerviosa, temblando, y sentía náuseas.

—Tranquila Cenicienta. Todo va a ir de maravilla.

—No lo sé Karen, estoy tan nerviosa que me sudan las manos.

—Pues relájate. Piensa en... piensa en Connor.

Sonreí, siempre que recordaba algo de Connor acababa sonriendo.

—Esa es la sonrisa que necesitan las fotos.

—Entonces tendré que pensar en él.

—Sí, porque si piensas en mí...

Reímos como dos adolescentes. Claro, que tampoco estábamos tan lejos de aquella edad. Karen tenía veintiséis años, pero a veces se dejaba llevar como una adolescente.

—Señor MacNamara, espero que le gusten los modelos que he pensado para su campaña.

—Nunca me defrauda señora Pierce.

—Bien, vamos a la sala. Nos están esperando.

Cuando la señora Pierce entró en la sala con el dueño de MacNamara Cosmetics, los nervios regresaron a mi cuerpo como la tormenta que llega de improviso, sin avisar.

—Ella es Karen, una de mis mejores chicas —dijo la señora Pierce cuando llegó junto a nosotras.

—Buenos días señor MacNamara. — le saludó estrechándole la mano.

—Y ella es Avery.

—Buena elección señora Pierce, buena elección.

Se apartaron de nosotras y se sentaron en uno de los sofás del fondo. Y allí estábamos Karen y yo, sentadas en un par de tocadores con cremas y maquillaje de la nueva línea de MacNamara Cosmetics. Las instrucciones eran claras, fingir que nos maquillábamos y que nos poníamos aquellas cremas.

La señora Pierce le había entregado a Karen algunos de los tonos de maquillaje para ir maquilladas a la sesión, por eso íbamos listas para las fotos.

Marvin, el fotógrafo, iba diciendo lo que teníamos que hacer, de modo que la sesión no fue demasiado dura.

—¡Perfecto! Tienes una sonrisa preciosa cariño —dijo cuando me hizo una foto más de cerca mientras me ponía un poco de crema en las manos.

Paul también estaba allí, esperando que terminara la sesión de fotos para llevarnos de vuelta a casa.

—Bien, ahora poneos allí de pie, sobre la tela blanca. Quiero que riáis, como si estuvieras en la calle, después de salir de una discoteca.

—Eso es fácil Marvin —aseguró Karen.

Me miró, me cogió de la muñeca para ir hasta la tela y volvió a mirarme.

—Ahora, piensa en algo divertido, algo que recuerdes que te hizo reír. Así saldrán unas buenas fotos y no habrá que repetir mucho —me susurró Karen.

—Vale.

Y allí estaba ella, riendo cogida de mi brazo mientras yo pensaba en el momento que más me hizo reír. Cuando Connor y yo nos besamos por primera vez y acabamos en la habitación de un hotel a punto de acostarnos. Recuerdo sus ojos mirándome, como si los dos pensáramos «¿*Qué demonios está pasando?*» y acabamos riendo a carcajadas mientras nos abrazábamos.

—¡Lo tenemos! —gritó Marvin—. Muy bien chicas. Sois estupendas.

La señora Pierce y el señor MacNamara se levantaron y fueron hacia nosotras. Cuando llegamos junto a los tocadores, el señor MacNamara nos estrechó la mano a ambas y nos dio la enhorabuena.

—Tomaos un café chicas —nos ofreció la señora Pierce—, enseguida estoy con vosotras.

Karen y yo fuimos a la cafetería, acompañadas por Paul que parecía nuestro guardaespaldas más que el chofer, y cuando estábamos a punto de terminar, la señora Pierce se reunió con nosotras.

—El señor MacNamara ha quedado encantado. Le gustan mucho las fotos.

—Ya sabía yo que Cenicienta triunfaría —dijo Karen.

—No es para tanto. Tendrán que retocarme entera.

—Avery, tendrás que empezar a valorarte más querida. Te aseguro que, si le has gustado a ese viejo, les gustará a todos los demás. El señor MacNamara es muy exigente con lo que quiere. Y no ha puesto objeciones a que midas menos de metro setenta.

—Estoy deseando ver la foto con el fondo de la ciudad, de noche. Marvin hace maravillas con esas fotos —comentó Karen ilusionada.

—Mañana me las enviará para que les de el visto bueno. Os las enseñaré —nos informó la señora Pierce—. Paul, llévalas a casa.

—Sí señora.



De vuelta en casa, de nuevo regresaba a mi realidad. Donde no era más que una muchacha que se encargaba de las tareas. Me deshice de los zapatos, que lancé por los aires nada más entrar en mi dormitorio, me quité la ropa, el maquillaje, y volví a mi camiseta y mis *shorts*.

Bajé la ropa para que la señora Matthews pudiera lavarla y fui al gimnasio, con mi iPod, para desconectar de la realidad.

Pasé horas en aquel lugar de la casa, haciendo algunos ejercicios de calentamiento, bicicleta y caminando en la cinta.

Subí a mi dormitorio, me desnudé y me metí en la ducha, disfrutando del agua fría recorriendo mi cuerpo mientras trataba de no pensar en nada, hasta que me pareció escuchar mi nombre.

—¡Karen! Me has asustado —dije al verla junto a la puerta del baño, con los brazos cruzados. Cerré el grifo de la ducha y cogí la toalla para envolverme en ella.

—¿Qué haces aquí?

—Amanda quiere verte.

—Voy enseguida.

—Deberías mostrar tu cuerpo más a menudo, es delicioso —me dijo acercándose para darme un golpecito en la nariz.

Cuando me quedé sola cogí unos vaqueros, una camiseta y las zapatillas y me vestí para bajar a ver a la señora Pierce.

—La sesión ha ido bien.

—Si al cliente le ha gustado...

—Le ha encantado. Me ha dicho que querría contar contigo para alguna otra ocasión.

—Señora, yo no soy modelo...

—Lo sé, por eso quería hablar contigo. Deberías pensarlo y aceptar esta oferta.

Me tendió un papel doblado, y me dijo que no lo abriera hasta después de ver las fotos de aquella sesión. Lo guardé en el bolsillo del vaquero y salí de la biblioteca.

Fui a la cocina y ayudé a la señora Matthews con la comida. Preparé la mesa para las chicas y cuando todas terminaron de comer recogí.

Las chicas estaban en su sala, así que aproveché para ponerme el bikini y salir al jardín a nadar un rato.



Me había quedado dormida en una de las tumbonas, afortunadamente estaba bajo una sombrilla de lo contrario ahora estaría quemada por el sol.

Entré para prepararme un batido de frutas y leche y subí a mi dormitorio. Una ducha rápida para quitarme el cloro de la piscina y me recosté en la cama para llamar a Connor.

—Hola. ¿Qué tal las compras?

—Bien, entretenidas. ¿Y tú, sigues de niñera?

—Muy graciosa. Sí, la mujer del ministro está terminando de comprar. Llevo más bolsas y paquetes en el coche de lo que pensé que podría haber.

—Es un cumpleaños, los niños siempre necesitan muchas cosas. ¿Recuerdas los de Liam?

—Sí, todos los niños del barrio venían a casa. No recuerdo la de veces que tuve que correr detrás de ellos jugando al fútbol. Siempre pensé que los ganchitos les daban esa súper velocidad.

Hablamos durante una hora, hasta que la mujer del ministro entró en el coche para que la llevara a casa.

Bajé a preparar la mesa para la cena de las chicas y le pregunté a la señora Matthews si podía recoger ella sola los platos después, estaba algo cansada y quería irme a la cama.

—Claro niña, no te preocupes. ¿Estás bien?

—Creo que ha sido el calor, me quedé dormida en una tumbona.

—Ve a la cama, y descansa.

—Buenas noches señora Matthews.

—Buenas noches Avery.

Subí las escaleras y entré en mi dormitorio antes de que las chicas salieran para bajar a cenar.

Me puse una camiseta y me metí en la cama. Cerré los ojos y minutos después estaba dormida.



El día siguiente a Karen y a mí se nos hizo más largo que de costumbre. La señora Pierce no vino a comer y tuvimos que esperar para ver las fotos hasta que llegó por la noche.

—Aquí están. Han quedado perfectas —dijo entregándonos una carpeta.

Karen la abrió y allí estaba yo, de espaldas a la cámara frente a un espejo aplicándome sombra de ojos.

En otra se veía a Karen con una brocha en la mano a punto de extender el maquillaje.

Y tras varias fotos por fin llegamos a las de la noche en la ciudad. Parecían reales.

Nuestras risas eran perfectas, en una de ellas nos mirábamos y en otra Karen tenía un brazo en alto como llamando un taxi.

—Me gustan —aseguró Karen—. ¿Y a ti?

—Son preciosas.

—Y tú estás guapísima —me dijo la señora Pierce—. Espero que tomes en consideración nuestra conversación de ayer.

La miré, pero no dije nada. La señora Pierce nos dio las buenas noches y subió a su dormitorio.

—Deberías pensarlo Avery. Tienes algo que le gusta a la cámara y eso es bueno —aseguró Karen—. Buenas noches Cenicienta.

—Buenas noches.

Allí sentada, viendo mis fotos, sonreí. Tenía la oportunidad de hacer algo diferente, de demostrarle a la tía Ava que sí valía para algo. La tía Ava, no había sabido nada de ella desde que dejé su casa con aquella nota.

Dejé las fotos sobre la mesa de la biblioteca y subí a mi dormitorio. Cogí el papel que me había dado el día anterior. Cuando lo abrí pude leer una cantidad mensual bastante mayor que lo que ganaba ahora, y asegurado un contrato durante un año, eso para empezar.

Me miré en el espejo, dejé el papel de nuevo en el tocador, me puse la camiseta y me metí en la cama. Tenía que pensar, tenía mucho en lo que pensar.



Capítulo 9

Por fin viernes. Me quedaban unas horas para volver a ver a Connor, en el fondo tenía ganas de pasar el fin de semana con él, pero temía que estuviera metiendo la pata y nuestra amistad se fuera al traste.

La señora Pierce seguía esperando que le diera una contestación. Según decía yo tenía algo que le gustaba a la cámara, y no debería desaprovechar esa oportunidad.

Ahora mismo Connor era la única persona a la que podía considerar familia, por así decirlo, así que hablaría con él y le pediría consejo.

—Cenicienta, tenemos una noche de disco pendiente —dijo Karen cuando nos cruzamos en el pasillo.

—¿Podemos dejarla para otro día? Mañana viene Connor y...

—¡Ah no! Esta noche, señorita, me acompañas a tomar una copa. Te prometo que solo una.

—Está bien, pero solo una.

—Prometido —aseguró mientras cogía mi meñique con el suyo, lo que nos hizo reír como dos niñas.

Entré en el dormitorio, me di una ducha y miré entre mi ropa algo cómodo que ponerme. Finalmente escogí un mono de lino azul marino, que se anudaba al cuello y dejaba la espalda descubierta, con mis tacones blancos. Me recogí el pelo, un poco de maquillaje y lista para salir.

Mientras esperaba a que Karen bajara de su dormitorio, me despedí de la señora Matthews que iba a casa de su hija a pasar el fin de semana.

Aprovechaba para ver a sus nietos, y como toda buena abuela los malcriaba consintiéndoles todo cuanto pedían.

—¿Lista, Cenicienta? —preguntó Karen bajando las escaleras—. Vaya, parece que hoy vayas a buscar al príncipe.

—¿No voy bien? — pregunté mirando mi ropa.

—Vas perfecta. Vamos, yo conduzco —dijo moviendo las llaves de su coche.

—Has prometido una copa.

—Siiii. Eres peor que mi madre —se quejó mientras me rodeaba por los hombros, sonriendo y guiñando un ojo.



La gente hacía cola para entrar, y no era de extrañar porque Casiopea era la discoteca de moda. Esa noche Karen bajó al *parking* privado de la discoteca, aparcó en la plaza con sus iniciales y subimos hasta la zona de los despachos.

Un hombre de la estatura de Karen, con un impecable y engominado pelo negro, trajeado y sonrisa de anuncio de pasta de dientes, salió de uno de los despachos.

—Josh —dijo Karen saludándole—, te presento a Avery.

—Encantado —respondió tendiéndome la mano.

—Lo mismo digo.

—¿Acabáis de llegar?

—Sí, vamos a tomar una copa y volvemos a casa. Aquí Cenicienta mañana tiene visita.

—¡Karen!

—Perdona, pero es verdad.

—Os acompaño.

Y como si de sus chicas se tratase, mister pasta de dientes dejó caer sus manos sobre nuestros traseros. Cuando le miré y se dio cuenta que tenía cara de pocos amigos, y que a esa zona de mi cuerpo poquita gente podía tener acceso, sonrió y subió la mano hasta mi cintura.

Cuando conseguimos llegar a la barra, sorteando a las jovencitas bailarinas y a los hombrecillos que parecían desnudarnos con la mirada, al tiempo que saludaban levantando su vaso en plan «*Hola nena, te invito a una copa*», Josh pidió unos chupitos.

¿Eso podría ser considerado una copa? Llevaba alcohol, bajo mi punto de vista podría haberlo considerado así.

—¿Te apetece un daiquiri de limón? —preguntó Karen.

—Vale, al menos eso lleva vitamina C.

—Qué cosas tienes Cenicienta.

¿Acaso era mentira? El limón tiene vitamina.

Dejando a un lado la vitamina C y a mister pasta de dientes que se fue a saludar a alguien al final de la barra, allí estábamos las dos, enfundadas en nuestros tacones tomando un daiquiri con pajita.

—Creo que se me subirá demasiado pronto a la cabeza. No es bueno beber esto con pajita —dije mientras removía la bebida de mi copa.

—No te preocupes, si nos encontramos mal para coger el coche volvemos en taxi.

Buena idea, volver en taxi.

Después de una sesión de baile con Karen en la pista, regresamos a la barra y pedimos un par de refrescos, después volveríamos a casa.

—Perdona, ¿eres Avery? —preguntó la camarera.

—Sí.

—Me han pedido que te de esto.

Me entregó un pequeño trozo de papel doblado, lo abrí y con una letra preciosa e impecable, ponía:

«He visto el tatuaje de tu espalda y he pensado que solo podía ser de Avery.»

Miré a mi alrededor, no podía ser que Connor estuviera en esa discoteca, además su vuelo no llegaba hasta las diez. Entonces... ¿quién me había dejado esa nota? Pocos sabían lo de mi tatuaje, y Adam por supuesto no era uno de ellos. Si hubiera sido el señor Evans... no, él no iba a esa discoteca.

—¿Pasa algo? —preguntó Karen.

—No, nada —contesté arrugando el papel y guardándolo en el bolso.

—¿Nos vamos?

—Sí, claro. Lo he pasado bien.

—Pues Cenicienta, esto hay que repetirlo más a menudo.

—Sí, siempre que no tenga que madrugar al día siguiente...

—Psss excusas.

No había dejado de pensar quién podría haber dejado la nota. No conocía esa letra así que posiblemente se hubiera equivocado, pero, ¿cuántas Avery podría haber en aquella discoteca con un tatuaje en la espalda? Y uno tan significativo como para que esa persona lo recordara tan bien.

Sonreía mientras que me quitaba los zapatos al recordar el día que me hice el tatuaje. Había pasado un par de semanas hecha polvo porque Adam me había dejado, y a Connor no se le ocurrió otra cosa que decirme que había decidido hacerse un tatuaje.

Me apunto, fue todo lo que dije. Y ahí estábamos los dos, en el local de un amigo suyo mirando qué tatuaje nos hacíamos.

—Fuerza —dije mientras miraba distraídamente uno de los tantos archivadores que nos había dejado sobre el mostrador.

—¿Quieres algo que signifique fuerza? —me preguntó Max, el amigo de Connor, que llevaba un gran tribal que cubría prácticamente todo su brazo izquierdo.

—Sí, necesito fuerza.

Cogió una hoja y dibujó una flecha entrelazada, similar al símbolo del infinito. Me quedé mirándole y al ver que mi cara era todo un cuadro, sonríó y dijo:

—Esto es un Malin, un símbolo sueco. Mi abuela decía que su significado era algo así como que para que podamos seguir hacia delante, hay que vencer todos los obstáculos.

—Quiero un Malin —aseguré mirando a Connor.

Y mientras Max me tenía tumbada en la camilla, tatuándome el Malin en la espalda, otro de los chicos hacía lo propio con Connor en la sala contigua. El mío era pequeño en comparación con el tribal que se hizo Connor. Tuvimos que volver allí otras tres veces para que se lo acabaran.

Eran casi las tres de la madrugada, seguramente Connor estaría en el aeropuerto, esperando para coger su vuelo, así que tenía claro que la nota no era de él. Y también estaba la letra. Por mucho que quisiera en dos semanas no habría cambiado tanto.

Me cambié de ropa y deshice el recogido, me desmaquillé y me dejé caer sobre la cama, agotada por el baile, el ritmo de Karen era difícil de seguir.

Cerré los ojos y como una adolescente, volví a pensar en Connor y solté una risita mientras me abrazaba a la almohada.



Capítulo 10

Había llegado antes de la hora al aeropuerto, así que fui a esperar a Connor en la cafetería. No podía hablar con él y le envié un mensaje para que fuera allí a recogerme.

Mientras me tomaba un café para mantenerme despierta, volví a pensar en la nota que me entregó la camarera de la discoteca. ¿Quién la había escrito? Podría haberse acercado a mí para saludarme en vez de enviar una nota. No puede tener tan claro que yo sepa quién es, no conozco a todo el mundo que vive en Nueva York. ¿O acaso no quería que le reconociese?

Pensé en la ropa que llevaba cuando visité a los padres de Adam y volví a verle, y no, no tenía el tatuaje descubierto así que Adam quedaba descartado. Y Connor estaba a kilómetros de distancia así que... ¿Quién era ese hombre? Porque supuse que era un hombre.

—¿Pensando en mí? —la voz de Connor junto a mi cuello hizo que volviera a la realidad.

—Algo así —respondí girándome para mirarle.

—Hola, mi niña —dejó caer su bolsa y me estrechó entre sus brazos en un cálido abrazo.

Me aferré a él con fuerza, añoraba esos abrazos que tantas veces habían conseguido reconfortarme. Era como si nunca se hubiera marchado.

Me besó la frente, pidió un café y hablamos de su estancia en Londres.

Estaba contento, le gustaba la ciudad y al menos tenía familia allí de modo que no se sentía tan solo. Al menos no tanto como yo, que no tenía a nadie en Nueva York.

El tiempo pareció detenerse mientras caminábamos por el aeropuerto, con el brazo de Connor sobre mis hombros y pegada a él como cualquier otra pareja con la que nos cruzábamos.

Cuando llegamos al *parking* me pidió las llaves del coche, dejó su bolsa en el maletero con la mía y entramos para ir al hotel.

—Una ducha y salimos por la ciudad —dijo poniendo el coche en marcha sin dejar de mirarme.



Aparcamos el coche en el *parking* del hotel y subimos en el ascensor hasta la recepción. La chica, que sonrió al vernos como si nos conociera de toda la vida, nos dio la bienvenida, revisó el listado de reservas y nos entregó la llave de la habitación. Se ofreció a llamar al botones, pero Connor mostró las dos únicas bolsas que llevábamos y le guiñó un ojo.

Subimos al ascensor con una pareja de ancianos, la mujer se preocupaba porque su esposo llevara bien puesta la corbata, y la chaqueta impecable y sin arrugas, mientras yo los miraba sonriendo, y Connor me agarraba por la cintura.

La mujer me miró y sonrió, se la veía feliz junto a su esposo.

—¿Recién casados? —me preguntó con una voz quebrada por el paso de los años.

—No, no estamos...

—Loretta, no seas entrometida —la reprendió su esposo, frunciendo el ceño.

—Me recuerdan a nosotros, cuando éramos jóvenes. Mira Charles, ¿no te parece que hacen una pareja muy bonita?

Mientras aquellos dos ancianos sonreían mirándonos, sentí mis mejillas sonrojarse al punto que pensé que acabarían saliéndome llamas de ellas. ¿Pareja? Así era como nos veía el resto del mundo, pero yo no, yo no veía al hombre de mi vida en Connor. ¿Pero por qué no podía verle así? ¿Por qué solo veía un amigo en ese hombre tan perfecto y maravilloso?

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, el matrimonio que nos acompañaba bajó despidiéndose y deseándonos un feliz fin de semana.

¿Feliz? Supongo que sí, sería feliz puesto que Connor y yo nos queríamos, nos teníamos mucho cariño, pero no había amor, no al menos el que Connor querría que yo sintiera por él.

—¿Te imaginas cómo seremos a esa edad? —pregunté mirando a Connor.

—Claro. Tú serás una preciosa ancianita de cabellos plateados, algunas arrugas por el paso del tiempo en tu rostro, pero siempre mantendrás esa sonrisa tan bonita.

Connor se inclinó y, acercando sus labios a los míos, me besó. Su lengua recorrió mis labios, buscando hacerse hueco entre ellos. Me dejé llevar y le recibí con mi lengua acariciando la suya, besándonos mientras entrelazaba mis dedos en su pelo.

El sonido al llegar al piso donde estaba nuestra habitación hizo que nos separáramos, y salimos al abrirse las puertas.

La habitación era amplia, una cama de matrimonio en el centro, un par de mesitas de noche, un armario y un cuarto de baño. Para dos personas era más que suficiente.

Mientras Connor se daba una ducha yo guardaba mi ropa en el armario. Había cogido unos

vaqueros y una camiseta para volver a casa el domingo, y un vestido para salir esa noche.

Connor también tenía varios vaqueros, camisetas y una camisa.

—¿Has guardado mi ropa? —preguntó saliendo del baño.

—Sí, está mejor en el armario.

—Guardaré esta en la bolsa —dijo con la que se acababa de quitar para ducharse.

Cogió unos vaqueros, una camiseta y un bóxer del armario y los dejó sobre la cama para vestirse.

—Voy al baño, y nos vamos —le dije alejándome de él tan rápido como pude.

Tenía claro para lo que estábamos allí, pero creía que cuanto más tardara en llegar ese momento mejor, pues quizás ninguno de los dos quisiera que ocurriera.

Unos minutos después salí del baño, y Connor estaba sentado en la cama, listo y esperando para marcharnos. En mi interior respiré aliviada, pero verle ahí, mirándome con su perfecta sonrisa, hizo que recordara nuestra última noche juntos.

—Vamos, iremos a Central Park —informó levantándose y cogiendo mi mano.

—¿Y después?

—¿Qué te parece si vamos a comer al restaurante de Will?

—Me parece bien.

—Voy a llamarle para que nos reserve —sacó el teléfono de sus vaqueros y llamó mientras salíamos y cerrábamos la puerta.

Bajamos a recepción, dejamos la llave de la habitación y fuimos a coger el coche.



Central Park siempre estaba repleto de gente. Parejas paseando, padres jugando con sus hijos, músicos y artistas haciendo las delicias de cuantos se paraban a disfrutar de sus obras.

Connor y yo solíamos ir allí a pasar la mañana, tumbados sobre la hierba hablando y riendo como un par de adolescentes.

Aquella mañana me llevó de nuevo a los tres años que compartimos nuestros fines de semana juntos. Salvo cuando los Evans viajaban fuera y tenía que cuidar de Liam y le llevábamos con nosotros. Recuerdo que una vez, cuando Liam salió corriendo tras la pelota que acabó cogiéndola otro niño le dijo que, si quería jugar con ellos, me acerqué a por él y la madre del niño me dijo que tenía un hijo adorable y muy educado. Cuando le dije que no era su madre, sino la niñera, se sonrojó.

—Me encanta esto —dijo Connor tumbándose sobre la manta que había cogido de mi coche.

—Y a mí. Es relajante. Te olvidas de todo.

—En Londres salgo a correr por el parque que hay frente a mi apartamento. Cuando llego por la noche es lo que me ayuda a desconectar.

—Alguna noche me doy un baño en la piscina.

—Avery, me gustaría que vinieras alguna vez a Londres.

—Claro, con el próximo sueldo me doy una vueltecita por allí —aseguré cogiendo su mano.

Connor se incorporó par mirarme, sonrió y me acarició la mejilla, se acercó y me besó sin soltar mi mano.

Ahí estaba Will, con su impecable sonrisa esperando a que su mejor amigo se acercara para saludarlo.

Connor y Will se conocían desde el instituto, siempre habían sido buenos amigos, y mientras que Will trabajaba como camarero en tantos bares y locales como podía, Connor trabajó como chofer en algunas de las compañías de la ciudad, hasta que decidió ir por su cuenta y lo contrataron los Evans.

—Connor, hermano. Me alegra volver a verte.

—Y a mí, Will.

—Te veo genial, ¿te tratan bien en Londres?

—No me quejo.

—Vaya, si viene la joven Avery contigo. Ven a mis brazos —pidió acercándose para estrecharme entre ellos. Así era Will, cariñoso con la gente a quien consideraba su familia.

—Hola, Will.

—Venid, vuestra mesa está lista.

Le seguimos hasta la terraza, aquel era nuestro rincón preferido por las increíbles vistas que ofrecía hacia el río Hudson.

Cuando Will preguntó qué nos apetecía, Connor le dijo que nos sorprendiera, y por la cara de Will la sorpresa sería gratamente satisfactoria, no solo para nosotros, sino también para él.

Poco después llegó con una botella de vino blanco con la que llenó nuestras copas.

—Espero que os agrade, es uno de los que más me gustan.

—Si lo has elegido tú, no hay duda de que es perfecto —respondió Connor.

—Enseguida os traen la comida. Que disfrutéis chicos.

Dejó la botella de vino sobre la mesa y regresó al salón, donde recibió efusivamente a un par de hombres que lo esperaban en la barra.

Uno de los camareros vino con nuestra comida. Tenía una pinta deliciosa y por el aroma que desprendía sabía que estaría verdaderamente bueno. Will ya me conocía bastante bien, mejor que mi tía Ava podría decir, y sabía que el pollo me gustaba mucho.

—Pollo al horno con salsa de pera y nueces —indicó dejando el plato frente a mí.

—Gracias.

—Y para el señor —dijo mientras dejaba el plato—, rosbif con salsa de mostaza.

—Muchas gracias.

—Que aproveche.

Y allí, entre risas y recuerdos, disfrutamos de uno de nuestros momentos preferidos.



—Espero que vuelvas pronto, esto no es lo mismo sin t —pidió Will despidiéndose de Connor.

—Siempre que pueda, no te quepa duda.

Connor no dejaba de mirarme, me disculpé con ellos y fui al baño antes de irnos, y mientras me alejaba escuche a Will que preguntaba si por fin había algo más entre Connor y yo, me hubiera encantado escuchar su respuesta, pero no podía caminar más despacio por mucho que lo intentara.

Mientras entraba en el baño recibí un mensaje, y puesto que estaba con Connor pensé que sería la madre de Adam.

«¡Hola, Cenicienta! ¿Cómo va el día con tu “amigo”? Oye, esta noche estaré en Casiopea a eso de las once, por si queréis pasaros y tomar una copa. Pásalo bien.»

Y para finalizar ese mensaje, una carita sonriente. Le había explicado a Karen que entre Connor y yo no había nada, solo amistad. Pero claro cuando te acuestas un par de veces con tu mejor amigo, eso ya pasa a ser amigo con derecho.

Cuando regresé donde había dejado a Connor, no estaba, miré a Will y me señaló la calle. Me despedí de él levantando la mano y salí. Y ahí estaba, fumando un cigarrillo junto a mi coche.

—Deberías dejar eso —dije mientras caminaba hacia él.

—Si no lo he dejado en los cuatro años que nos conocemos...

Rompí a reír. Tenía razón, desde que le conozco no he dejado de repetirle lo mismo cada vez que tenía uno en la mano. Me acerqué y le besé en la mejilla, se giró, me abrazó y me besó la frente.

—Paseemos, quiero hablarte de algo —le cogí la mano y empezamos a caminar, sin rumbo fijo, mientras le hablaba de la señora Pierce, la sesión de fotos y su oferta.

Connor escuchaba atentamente, sin interrumpir, sin soltar mi mano. Siempre había sido así, sabía escucharme, me comprendía y yo aceptaba sus consejos.

—Creo que deberías hacerlo —dijo apoyado en la barandilla, mirando hacia el río.

—¿De verdad?

—Claro. Avery, eres preciosa. Y si Amanda Pierce cree que vales para ello, hazlo.

—No sé si realmente yo quiero, en fin. Que todo el mundo me conozca...

—Es una buena oportunidad. Te pagarán bien, podrás tener el apartamento que quieras.

—Quizás nos veríamos poco.

—No me importa. Siempre puedo hablar contigo por teléfono.

—Connor...

—Avery, te quiero, y quiero lo mejor para ti. Y creo que esta es una oportunidad que no puedes dejar escapar. Y siendo un poco malvado... —se acercó, me cogió por la cintura y me susurró— Adam se daría cuenta de que dejé escapar lo mejor que le ha pasado nunca.

Me besó en el cuello y me estrechó entre sus brazos, mientras apoyaba mi cabeza en su pecho y me tranquilizaba escuchando su corazón.

—Será mejor que vayamos al hotel. Nos arreglamos, cenamos y vamos a tomar esa copa con tu amiga —dijo besando mi frente.

Regresamos cogidos por la cintura al coche, que habíamos dejado aparcado frente al restaurante de Will, y volvimos al hotel.

En el camino le envié un mensaje a Karen, diciéndole que iríamos a tomar una copa con ella, y me respondió indicándome que le diría a Zack, el portero, que nos dejara pasar nada en cuanto le dijera quien soy.



Me di una ducha mientras Connor preparaba su ropa, me sequé el pelo y salí del baño con el albornoz puesto.

—Si vas a ducharte... —dije acercándome al armario.

—Tardo cinco minutos.

Cogí el vestido, de gasa anaranjada muy apropiado para el verano, de tirantes y hasta las rodillas, y lo dejé sobre la cama.

Me maquillé un poco, cogí mis tacones de diez centímetros y me vestí.

—Creo que vas a dejar a más de uno sin habla esta noche.

—Bueno —contesté acercándome a él—, cuando me beses sabrán que no tienen nada que hacer.

Entrelacé mis manos alrededor de su cuello y lo atraje hacia mí para besarle. Sus manos se aferraron a mi cintura y me estrechó entre sus brazos, aún húmedos por el agua de la ducha.

—Será mejor que dejemos esto para más tarde. Estropearemos tu vestido —dijo apoyando su frente en la mía.

Sonreímos y fui a darme el último retoque mientras Connor se vestía. Salimos de la habitación y bajamos hacia la recepción, entregamos la llave de la habitación y el hombre nos indicó que teníamos la mesa lista en el restaurante.

—Echaré de menos esto —me dijo mientras caminábamos hacia el ascensor para ir al *parking* a coger el coche.

—¿Cenar juntos? —pregunté.

—Todo. Estar contigo, reírnos, hablar.

—Estamos lejos, pero acordamos vernos algún fin de semana.

—Sí, pero cuando aceptes ese trabajo de modelo, se acabó lo de vernos.

—No seas bobo, no me voy a olvidar de mi mejor amigo.

—Lo sé, y siempre seré tu mejor amigo. Y estoy deseando verte en una revista para fardar de amiga.

Le di un codazo y se apoyó junto a la puerta del ascensor, con su sonrisa de medio lado y su mirada seductora.

—No hagas eso...

—No puedo evitarlo —me atrajo hacia él y me besó.

Entramos en el ascensor y nos quedamos un instante mirando los botones, ambos nos hacíamos la misma pregunta, ¿*parking* o habitación? Nos miramos, sonreímos y pulsé el botón del *parking*.



—¿Esto siempre se pone así?

—Sí. Esta es la tercera vez que vengo, y siempre hay cola para entrar. Pero espera a ver lo que hay dentro.

—Ahora entiendo que todo el mundo hable de Casiopea.

—Hola, Zack —saludé acercándome al portero—, soy Avery. Karen nos está esperando.

—Adelante, que se diviertan —respondió abriendo la puerta.

—¡Vaya, somos VIP's! —me dijo Connor arqueando una ceja.

Cuando entramos cogí la mano de Connor para que no se quedara atrapado por la multitud mientras nos abríamos paso hacia la barra. Cuando vi a Karen agité una mano y ella hizo lo mismo al verme.

—¡Cenicienta! —gritó abrazándome—. Así que este es Connor.

—Sí. Connor, ella es Karen.

—Encantado.

—Es muy mono —susurró en mi oído cuando Connor se apartó un poco para llamar al camarero.

—Si te gusta, todo para ti.

—¿En serio? ¿Compartirías a tu mejor amigo conmigo?

—Necesita una novia, eso es obvio.

—Cenicienta, querida, este chico está loco por ti. Dudo que quiera salir con otra.

—Pues deberá hacerlo.

—¿Qué queréis? —preguntó Connor cuando se acercó el camarero.

—Para mí un Bloody Mary, Kevin —dijo Karen.

—Yo... daiquiri de limón.

Connor me miró arqueando una ceja. Cuando salíamos tomaba licor con chocolate y después solo agua, aquel cambio sin duda le llamó la atención.

Sonreí encogiendo los hombros y él me devolvió la sonrisa guiñando un ojo.

Después de tomarnos la copa bailamos un poco allí mismo, y mientras Karen nos miraba a los dos como si nos estuviera desnudando, Connor se arrimaba a mí para bailar.

—¿Dónde está el baño? —preguntó Connor junto a mi cuello.

—Al final de la barra, en el pasillo la primera puerta a la izquierda.

—Enseguida vuelvo —me besó la mejilla y se alejó entre la multitud.

—Tiene mucha suerte —me dijo Karen pegándose a mi espalda.

—¿Por qué?

—Eres preciosa, cualquiera se volvería loco por tenerte.

—¿Incluida tú? —pregunté girándome mientras arqueaba las cejas.

—Sabes que sí Cenicienta. Pero tranquila que nunca te pondré una mano encima.

—Más te vale malvada hermanastra.

Reímos a carcajadas y poco después sentí las manos de Connor de nuevo en mi cintura mientras besaba mi cuello.

—Me gusta verte reír.

—Bueno, ahora que no te tengo aquí, al menos tengo a Karen.

—Me alegro. Te hará bien salir de vez en cuando.

Me giré hacia él y no pude resistirme a besarle. Cuando me susurraba al oído hacía que todo mi cuerpo se erizara, conseguía que le desease aún más.

—Ahora vuelvo, voy al baño —dije antes de besarle.

Caminé entre la gente y cuando llegué al pasillo para entrar en el baño, una mano me agarró el brazo. Me giré y vi al camarero que se acercó a mí.

—Eres Avery, ¿verdad?

—Sí.

—Me han dado esto para ti.

Otra nota, doblada igual que la anterior. ¿Quién narices me dejaba notitas? ¿Es que no se atrevía a ponerse delante de mí y hablar?

«No esperaba verte esta noche aquí, y menos en brazos de otro hombre. Me mata ver que te besa, quiero esos labios solo para mí. Quiero tener tu cuerpo entre mis brazos, tocar cada centímetro de tu piel y hacerte mía. Y tarde o temprano lo serás Avery, lo serás.»

Para no querer hablarme cara a cara parecía estar muy seguro de que caería rendida a sus pies.

Antes de regresar con Karen y Connor busqué al camarero, pero no me dijo quién le había dado la nota.

—Me pidió que no lo hiciera señorita, lo siento —fueron sus palabras.

Perfecto, tenía un admirador que muy posiblemente fuera un loco psicópata. Justo lo que le faltaba a mi vida.

—Se hace tarde —dije acercándome a Connor—, ¿nos vamos?

—Como quieras.

—Tienes que descansar, mañana coges un vuelo.

—No tenía intención de dormir mucho esta noche —susurró mientras me rodeaba la cintura.

Nos despedimos de Karen y salimos de la discoteca caminando entre la multitud que allí se había congregado para disfrutar de la noche del sábado.



Cuando entramos en la habitación del hotel apenas tuve tiempo de reaccionar. Connor cogió mi mano y me atrajo hacia él, estrechándome entre sus brazos y apoderándose de mis labios vorazmente. Nuestras lenguas al encontrarse jugaron al tiempo que las manos de Connor se deslizaban por mi espalda hasta llegar a mi cuello, subió una de ellas y entrelazó sus dedos en mi pelo. Mis manos recorrieron sus hombros y se deslizaron por sus brazos, llevándolas a su cintura en busca del botón y la cremallera de su pantalón, que desabroché con rapidez.

Sin dejar de besarme, se inclinó y me cogió por los muslos, separando mis piernas, mientras se levantaba y las colocaba alrededor de su cintura. Sentía cómo el calor invadía mi cuerpo, la respiración agitada de Connor y la mía propia. Caminó con mis piernas entrelazadas en su cintura, se inclinó y me dejó sobre la cama.

Cuando se apartó observé el brillo de sus ojos, y una sonrisa se dibujó en sus labios al tiempo que se arrodilló junto a la cama.

Acarició mis piernas sin dejar de mirarme, y noté mi sexo palpitar por ese deseo que me asaltaba. Cuando llegó a mis muslos subió hasta mi cintura y metió los dedos en mi braguita, tirando de ella lentamente y deslizándola por mis piernas hasta quitármela.

No había vuelta atrás, había sido despojada de la única prenda que le impedía hacerme cuanto se le antojara.

Levantó la falda de mi vestido y enterró la cabeza bajo ella, podía sentir su respiración tan cerca de mi sexo que hacía que me estremeciera.

Besó mis muslos, lentamente, uno a uno, mientras acariciaba mi cintura, y sin que me diera apenas cuenta su lengua entró en mi humedad.

Con una mano agarrando su cabello sentí un grito ahogado salir de mis labios y el clímax apoderándose de mi cuerpo.

—Así me gusta, que te corras para mí —susurró poniéndose de pie y desnudándose.

Cuando dejó caer sus vaqueros y su bóxer pude contemplar su erección. Estaba excitado, muy excitado.

Se inclinó y deslizó los tirantes del vestido por mis brazos, bajándolo hasta dejar mis pechos al descubierto. Los acarició, los besó y jugó con mis pezones, mientras yo deseaba que acabara aquella deliciosa tortura y me hiciera el amor.

Volvió a apoderarse de mis labios, besándome fervientemente, mientras yo le devolvía esos besos con el anhelo de dos semanas separados.

Se deshizo de mi vestido y me quitó los tacones, me cogió por la cintura y me volteó, agarrando mis caderas con fuerza y tirando de ellas hasta que me tenía arrodillada en la cama expuesta y dispuesta a aceptar su erección en mi interior.

—Connor...

—Chsss... dame un segundo —me pidió mientras rasgaba el envoltorio.

Segundos después, con sus manos sobre mis caderas, me penetró entre su grito y mis gemidos. Llevó una de sus manos a mi cintura, mientras la otra la deslizaba entre mis muslos y jugaba con mi sexo al tiempo que me penetraba una y otra vez.

Sus gritos se unían a los míos, y cuando volví a alcanzar el orgasmo se unieron los espasmos de mi cuerpo surgidos por el placer.

Volvió a cogerme por la cintura y me volteó de nuevo, dejándome sobre la cama frente a él, se arrodilló entre mis piernas y mientras se inclinaba para besarme volvió a penetrarme, con la misma fiereza de antes.

Entrelazó sus manos a las mías y siguió penetrándome, una y otra vez, haciendo que me corriera de nuevo, y sin dejar de penetrarme, consiguió que llegara a mi último orgasmo al tiempo que llegaba él.

Sudorosos y exhaustos por la pasión derramada en aquel encuentro, nos abrazamos bajo la sábana mientras tratábamos de recobrar el aliento, y que nuestras respiraciones volvieran a la normalidad.

Me incliné sobre él, le di un leve beso en los labios y me recosté sobre su pecho, al tiempo que sus dedos se entrelazaban en mi pelo.

—Esto ha estado mejor que por teléfono —dijo besando mi frente.

Recordé lo que le había dicho, iba a cobrarme con creces lo ocurrido, así que me incorporé, fui hacia sus piernas y las separé para poder arrodillarme entre ellas.

Deslicé mis dedos lentamente por sus muslos y llegué hasta donde quería, ahora me tocaba jugar a mí. Sonreía cuando vi que tenía sus ojos fijos en mí.

Acaricié su pene lentamente, deslizando mis dedos, agarrándolo después con cuidado. Empezaba a excitarse, podía sentirlo en mi mano. Entre mis caricias y sus jadeos su erección se completaba, y cuando cerró los ojos para dejarse envolver por esa sensación placentera, me incliné y sin dejar de acariciarla, jugué con mi lengua en su punta, provocándole un gemido de

sorpresa.

Dejé que mis labios hicieran el resto, y sin soltarla de mi mano, introduciéndola en mi boca comencé las caricias con mi lengua y mis labios. Su excitación aumentaba, la sentía palpitar en mi interior, y comencé a aumentar un poco el ritmo, mientras Connor susurraba mi nombre y jadeaba, entrelazando sus dedos en mi pelo.

Cuando intuí que estaba a punto de correrse me deslicé por la cama hasta la mesita, donde vi un pequeño y plateado paquetito.

Lo abrí y le coloqué, lenta y cuidadosamente, el condón en su erección. Me senté a horcajadas sobre él haciendo que me penetrara.

La sensación era tan placentera que mis gemidos comenzaron al instante. Y así, moviendo mis caderas hacia delante y atrás, mientras Connor se deleitaba acariciando mis pechos, volvimos a correr.

Me dejé caer sobre él, nos besamos y nos abrazamos hasta que recuperamos la normalidad en nuestra respiración.



Capítulo 11

Me desperté sobresaltada, por el sonido de un trueno con el que parecía temblar toda la habitación. La lluvia golpeaba contra el cristal mientras se escuchaban las gotas golpear contra el suelo. «Una de esas tormentas de verano», pensé.

—¿Estás bien? —preguntó Connor incorporándose a mi lado.

—Sí. Me desperté por el trueno.

—Sí, lleva un rato lloviendo.

—¿No te has dormido?

—A ratos, pero me desperté y te vi ahí, dormida tan plácidamente que quería grabar esa imagen para siempre.

—Será mejor que duermas algo, a las diez tenemos que ir al aeropuerto.

—Lo sé. Ven aquí —me pidió extendiendo los brazos para que me recostara entre ellos.

Mientras acariciaba mi espalda reía al recordar el día que nos hicimos el tatuaje. Fue una locura, pero una locura genial.

—¿Qué haces? —preguntó mientras jugaba con un dedo en su pecho.

—Escribo.

—¿Qué escribes?

—Oh, eso lo tienes que adivinar.

—Vale. A ver que me concentre... Y... o... t... a...

Entre risas porque le hacía cosquillas, Connor fue diciendo una a una todas las letras que dibujé en su pecho. Y cuando terminó, se quedó callado. Le miré frunciendo el ceño y de pronto sonrió.

—¿Sabes lo que he escrito? —pregunté.

—Sí.

—¿Y?

—¿En qué sentido me quieres, Avery?

—Ya lo sabes, no siento el amor que tú quieres, te tengo cariño y te quiero mucho, pero...

—No me amas.

—Ojalá pudiera amarte Connor, eres un hombre maravilloso y te mereces una buena mujer.

—Pero esa no eres tú, ¿verdad?

—No, no lo soy. Y siento que cuando nos acostamos pienses que eso pueda cambiar.

—Avery, me he acostado contigo porque me ha apetecido, porque te he deseado y tú también. Pero —puso un dedo bajo mi barbilla y llevó mi mirada hacia él—, no volverá a ocurrir, te lo

prometo.

Me besó la frente y volvió a estrecharme entre sus brazos. No quería hacerle daño, ni que pensara que algún día seríamos una feliz pareja que acabaría casada y teniendo un par de hijos preciosos. Nosotros no seríamos como el matrimonio de ancianos con el que subimos en el ascensor.



Los rayos del sol y el indiscutible olor a tierra mojada entraban por la ventana. Cuando abrí los ojos y pude ver, vi a Connor junto a ella, con las manos apoyadas en la pared.

—Buenos días —dije acercándome a él para abrazarle.

—Buenos días mi niña. Date una ducha mientras me visto y recojo mis cosas.

—Claro.

Su voz no era como siempre, era más triste de lo habitual. Cuando me giré vi que de mi bolso sobresalía el papel de la nota que me había dado el camarero. ¿La habría leído? Seguro que sí, pero no tenía derecho a hurgar entre mis cosas.

Yo ni siquiera sabía quién era ese tipo que me mandaba notas, ¿cómo iba a explicarle a Connor que no tenía nada con nadie? Aunque no tenía por qué darle explicaciones, estaba claro.

Entré el baño, me di una ducha y sequé ligeramente mi pelo para hacerme una coleta. Salí con el albornoz y Connor ya no estaba en la habitación. Apenas había estado ahí dentro quince minutos, y ni siquiera había escuchado la puerta.

Miré en el armario y solo estaban mis cosas. Corrí hacia la puerta, la abrí y miré por el pasillo, pero no había rastro de él.

Me dejé caer sobre la cama y sentí un papel junto a mi mano. Era su letra, se había ido sin despedirse y dejando una simple nota.

«Avery, perdona que me marche así pero no soportaría una despedida sin poder besarte, y saber que no podré hacerlo ni estrecharte entre mis brazos nunca más. No te culpo por no amarme, y lo entiendo. En vez de querer conquistarte desde la primera vez que te vi me limité a ser tu amigo, y eso, con el tiempo, me ha pasado factura. Nunca me verás como algo más que eso, pero puedes estar segura de que siempre seré tu mejor amigo, cuando me necesites, estaré como siempre lo he estado. Te quiero Avery, y eso no puedo cambiarlo, pero antes que nada está nuestra amistad y no quiero perderla, no quiero perderte. Espero que podamos seguir hablando por teléfono, es lo único que hace que olvide mi rutina diaria. Te llamaré cuando aterrice, si no quieres hablar lo entenderé, y si quieres, me encantará seguir siendo tu mejor amigo, siempre.»

Adiós, Avery.»

Cogí mi teléfono y marqué su número, pero ya estaba apagado. Sabía que había leído la nota, aunque no me lo dijera, y aquello había sido el detonante definitivo para él. Sabía que algún día aparecería alguien que se interesaría por mí y él no podría competir porque nunca le quise como él quería.



—Vaya, ya ha llegado Cenicienta. Qué pronto has dejado al príncipe, ¿no? —preguntó Karen cuando me crucé con ella en el pasillo.

—Sí, tenía que coger un vuelo.

—¿Y?

—¿Qué?

—Que qué tal, vamos cuéntamelo —me pidió empujándome a entrar en mi dormitorio.

—Bien.

—O sea, que hubo polvos mágicos del hada, ¿verdad?

—Por favor Karen, qué ocurrencias tienes.

—Cenicienta, tienes cara de orgasmo... —me cogió la barbilla y giró mi cabeza de un lado a otro— de varios, diría yo.

—Vale, sí. Nos acostamos, dos veces, pero no volverá a ocurrir porque yo no le quiero como él me quiere a mí y solo somos amigos, nada más.

Tiré mi bolsa al suelo con rabia. Estaba enfadada porque no podía entender que no sintiera por Connor lo mismo que él sentía por mí.

—¿Por qué me enamoré de Adam y soy incapaz de enamorarme de Connor? Si es un hombre maravilloso, atento, cariñoso, encantador...

—Porque no ha llegado el hombre al que realmente vayas a amar el resto de tu vida. Vamos, Amanda quiere hablar contigo.

—Y yo con ella. Voy... voy a aceptar su oferta.

—¿Vas a trabajar en su agencia?

—Sí. Voy a dejar de ser Avery Baker, niñera y chica de la limpieza, para ser Avery Baker modelo de revista.

—¡Eso es un notición y merece un brindis! Aunque tendremos que dejarlo para otro día, hoy Amanda celebra una pequeña fiesta.

—Voy a ver qué quiere decirme, y hablaré con ella.

—Te acompaño.

Cuando llamé a la puerta de la biblioteca, escuché las pisadas de Amanda que se acercaban mientras hablaba por teléfono. Abrió y nos pidió que pasáramos.

Nos sentamos en las sillas frente a su escritorio y esperamos a que terminara de hablar.

—Bueno, Avery no quisiera tener que pedirte esto, pero... una de las chicas no puede regresar hasta el martes y yo...

—Si necesitas que asista a otra sesión de fotos no hay problema. Es más, acepto tu oferta.

—Vaya, eso es magnífico. El señor MacNamara está encantado, quiere que seas la imagen de todas sus próximas campañas.

—¡Cenicienta, eso es perfecto! —gritó Karen.

—Sí, yo... no sé qué decir.

—Que sí, con eso es suficiente. Pero no es una sesión de fotos. Verás, esta noche doy una de mis fiestas, y Loren tuvo que marcharse ayer porque su abuela fue ingresada y sus padres no regresan hasta el martes por la mañana y ella tiene que quedarse con su abuela.

—Oh, necesitas que yo...

—Necesito que seas una de las camareras.

—Claro, no creo que sea difícil llevar una bandeja con bebida o comida.

—Verás, Avery, tengo que contarte algo acerca de mis fiestas...

La señora Pierce me explicó que no eran simples cenas con amigos, sino que eran fiestas privadas, y exclusivas, para gente de un alto nivel social. Entre ella y Karen me contaron tan delicadamente como fueron capaces lo que ocurría en aquellas fiestas, gente elegantemente vestida, con máscaras para conservar su anonimato y que mantenían relaciones consentidas con cuantos se lo propusieran.

—Pero a nosotras no pueden tocarnos —me aseguró Karen—. Simplemente servimos sus copas.

—Aunque hay más de uno, y de una, que fantasea con solo mirarlas.

—Por eso la otra noche ibas con ese vestido de cóctel —pregunté.

—Sí, todas vestimos así, y por supuesto llevamos las máscaras.

—Si no quieres no pasa nada, lo entenderé —dijo la señora Pierce.

Pensé un instante, no es que me entusiasmara la idea de verme en medio de una orgía sexual entre ricachones, pero con no mirar...

—Está bien, si puedo ser de ayuda, lo haré.

—Gracias Avery. Ni qué decir tiene que la discreción es imprescindible.

—No se preocupe señora Pierce, dudo que yo pueda reconocer a alguien en esa fiesta.

—Bien. Karen, préstale uno de tus vestidos. Uno negro, tú irás de rojo.

—Creo que necesitaré un par de zapatos... —dije arqueando una ceja.

—Se lo diré a Julia. Y Avery, si en algún momento ves que te sientes incómoda, dímelo y te vuelves a casa.

—Muy bien.

Salimos de la biblioteca, y aunque no podía creer lo que acababa de oír allí dentro, dejé de pensar en ello y me dejé llevar por la situación. Nadie iba a verme la cara, no me reconocerían después en una revista así que todo estaba bien, perfecto.

Cuando entré en mi dormitorio sentí que me asaltaba el pánico, me costaba respirar y las piernas me fallaban. ¿Cómo podía haber dicho que sí a servir copas en una orgía para ricachones?

«Abre tu mente Avery, estas cosas están de moda. Como los vaqueros desgastados. ¿Pero qué demonios hago comparando el sexo con unos vaqueros?», me dije cerrando los ojos y negando varias veces con la cabeza de un lado a otro.

Me miré en el espejo, respiré hondo y conseguí controlar mis pulsaciones. Estaba nerviosa, eso era todo. Por mucho que aquel no fuera mi mundo no debía preocuparme, ya había oído a la señora Pierce, si me sentía incómoda podía volver a casa.



La hora de la verdad se acercaba lenta pero inexorable. Allí estaba yo, con un precioso vestido de cóctel negro de espalda al aire, por encima de las rodillas, y unos increíbles tacones de doce centímetros con los que podría acabar en cualquier momento desparramada por el suelo por culpa de los nervios.

Karen me había recogido el pelo y me prestó unos pendientes largos con cristales incrustados. Me maquilló con tonos naturales y un precioso tono rojo para los labios.

—Estás perfecta —dijo al ver su obra maestra terminada.

—Lo que estoy es muerta de miedo.

—No te preocupes, todo va a ir bien. Además, no pueden tocarte ni intentar nada contigo.

—¿Y si me caigo llevando una bandeja? Van a notar que soy la nueva, mírame, si incluso con estos tacones soy más bajita que vosotras.

—Mírame. —Karen me cogió por los hombros, se inclinó para que pudiera mirarla a los ojos y sonrió—. Yo estaré cerca de ti siempre. Si necesitas cualquier cosa o te sientes mal, me avisas y listo.

Suspiré, sonreí forzosamente y Karen sonrió dejando ver sus dientes mientras señalaba sus labios con un dedo, aquella era la forma en la que yo debía sonreír, así que la imité.

—Bien, ya estás lista Cenicienta. ¡Tu primer baile de máscaras! —gritó cuando cayó en la cuenta y nos reímos.

Salimos del dormitorio y cuando llegamos al salón el resto de chicas nos esperaba, junto a la señora Pierce que aquella noche había optado por un largo vestido negro con una apertura en la pierna izquierda que llegaba prácticamente hasta su muslo. Estaba claro que aquellas fiestas la insinuación llevaba a la imaginación y de ahí al sexo apenas había unos pocos pasos.

—Vamos, los invitados empezarán a llegar en unos minutos —informó la señora Pierce.

Salimos al jardín y caminamos hacia la otra casa que tenía en la propiedad. Cuando entramos, todas las paredes estaban cubiertas de un papel granate que simulaba el terciopelo, los muebles eran en madera oscura y los sofás en piel color blanco.

Unas increíbles lámparas colgaban de los techos, y varios cuadros de Venecia, París o

Londres adornaban cada estancia de aquella casa.

Karen me llevó a recorrerla entera. Tenía tres plantas, en la parte baja estaba el *hall* en el que una de las chicas ofrecía máscaras venecianas a quien la necesitase, pues me habían dicho que había quien se la traía de casa; un increíble salón donde ofrecían comida y bebida, un cuarto de baño y un par de habitaciones para quienes no quisieran perder el tiempo en subir escaleras.

En la primera planta había ocho habitaciones, con camas y sofás, dos cuartos de baño y un cuarto de gran tamaño en el que únicamente había un increíble jacuzzi.

En la segunda planta había otras seis habitaciones del mismo tamaño que las anteriores, dos cuartos de baño, un cuarto con jacuzzi y una amplia y espaciosa habitación con una cama de mayor tamaño que las de matrimonio, algunos sofás y baño privado.

—Estoy en la mansión de Playboy —dije contemplando aquella última estancia.

—Creo que a Hugh Hefner no le importaría venir a una de nuestras fiestas —aseguró Karen sonriendo.

—¿Estás loca? Moriría de un infarto.

Comenzamos a reír y regresamos al salón principal con la señora Pierce y el resto de las chicas para terminar de preparar todo.

Me dieron una máscara plateada y me la puse frente a uno de los espejos de la entrada, y poco después comenzaron a llegar los invitados.

—Que empiece la fiesta —dijo la señora Pierce al escuchar el timbre de la puerta.

Uno de los relojes del salón dio la hora. Las doce y media. Llevaba allí más de tres horas viendo pasearse y lucirse a mujeres con unos cuerpos increíbles. El color estrella entre los hombres era el negro con camisa blanca, y las mujeres lucían perfectos y delicados vestidos rojos y negros. Bajo las máscaras era imposible reconocer a alguien, tampoco lo pretendía. Sonreía cuando pasaba junto a ellos ofreciéndoles copas de vino o champagne, y me devolvían la sonrisa, incluso en ocasiones y sin ponerme una sola mano encima me piropeaban, las mujeres también.

Sonreí al recordar a Karen, cuando me confesó su bisexualidad y me sentí vulnerable pensando que cualquier día intentaría meterme mano. Pero nos habíamos hecho buenas amigas y ya no preocupaban esas cosas.

—Amanda —un hombre alto, elegantemente trajeado y discretamente oculto bajo su máscara se acercó a la señora Pierce cuando yo le ofrecía una copa—, tengo que hablar contigo.

Me alejé y los dejé solos, no era cosa mía lo que aquel caballero quisiera de esa hermosa mujer.

Cuando vi que uno de los asistentes levantaba la mano al verme pidiéndome una copa, caminé hacia él y escuché que la señora Pierce le decía a ese caballero que eso no estaba permitido.

Poco después le vi subiendo las escaleras y cuando regresé junto a la señora Pierce me cogió del brazo y susurró.

—Coge una botella de champagne bien fría y dos copas, y sube a la habitación grande. Es una petición especial. Ve, date prisa.

—Claro, enseguida.

Cogí una de las bandejas vacías, coloqué el champagne y las dos copas y subí hasta la segunda planta. Caminé por el pasillo y escuché los gemidos que venían de los dormitorios. Sonreí, y recordé que pocas horas antes era yo quien disfrutaba del placer y el amor con Connor. ¡Connor! Seguramente que me habría llamado, pensaría que no querría hablar más con él, en cuanto regresara a casa le enviaría un mensaje para decirle que... ¿Qué demonios le iba a decir? ¿Que había estado en aquella fiesta sirviendo copas? Seguramente acabaría pensando que yo...

Le mentiría, no sería la primera vez. No pasaba nada, podía mentirle a un amigo.

Llegué a la habitación y llamé, cuando una voz grave y masculina me dio permiso para entrar.

Allí estaba aquel hombre, con su esmoquin negro y las manos en los bolsillos, parado junto a la ventana observando la noche.

—Traigo el champagne, señor. ¿Dónde quiere que lo deje? —pregunté parada junto a la puerta que aún estaba abierta.

—Cierre la puerta, y déjelo sobre la mesa —contestó sin volverse.

Cerré la puerta, caminé hacia la mesa y dejé las dos copas sobre ella y después la botella.

—¿Quiere que lo sirva, señor? —pregunté.

—Sí, por favor.

Dejé la bandeja en la mesa, descorché la botella y serví el frío y burbujeante champagne.

—Que lo disfruten, señor.

Me giré y antes de que llegara a la puerta, aquella voz pronunció mi nombre. Me quedé paralizada, nadie a excepción de los señores Evans sabía dónde trabajaba. ¿Quién era ese hombre?

Escuché sus pasos acercándose a mí, y antes de que pudiera volver a caminar sentí sus manos sobre mis hombros y después uno de sus dedos se deslizó por mi espalda dibujando mi tatuaje.

—Sabía que este tatuaje solo podía ser tuyo —susurró mientras su respiración acariciaba mi cuello y mi pulso se aceleraba.

Ya había oído antes esa voz, había tenido esa sensación antes, la noche de la primera fiesta que dio la señora Pierce. No podía ser posible que aquel hombre me hubiera visto dos veces en la discoteca y me hubiera enviado las notas. Pero no, nadie más había visto mi tatuaje.

—Aquella noche no eras parte de la fiesta, pero hoy sí.

—Señor, creo que se equivoca.

—Si no fueras Avery, no te habrías parado al escuchar ese nombre.

—Será casualidad.

—¿Lo del tatuaje también? Lo he visto tres veces antes, y en las tres ocasiones la cara era la misma.

—¿Así que es usted quien me dejó esas notas?

—Acabas de delatarte, querida.

Me giré hacia él, se había quitado la máscara y ahí estaba el rostro de aquel hombre de la piscina. Sus marrones ojos brillaban y al llevar su mano a mi barbilla sonrió.

—Vestida estás deslumbrante, pero te prefiero en bikini. Tienes un cuerpo digno de ver.

—Ni siquiera recuerdo su nombre, señor. ¿Cómo es posible que usted sí recuerde el mío?

—Porque cuando ves a la persona que quieres tener entre tus brazos y no puedes dejar de pensar en ella, no olvidas jamás su nombre.

Tal vez tenía razón, yo no había olvidado el suyo. Dean, se llamaba Dean.

—Si me disculpa, debo volver abajo.

—Quítate la máscara, deja que te vea...

Llevó sus manos a la máscara y la quitó lentamente. Mi cabeza decía que no tenía que hacer eso, pero mi cuerpo entero pedía que lo hiciera.

—Así está mejor —dijo con mi máscara en la mano—. Eres preciosa. Quiero poder ver tu rostro siempre.

—No debería haberlo hecho, va contra las reglas de la fiesta.

—Pero estamos solos, nadie más puede verte —se inclinó hacia mí, cogió mi mano y susurró—. Esta noche eres solo mía.

De nuevo ese escalofrío, mi cuerpo reaccionaba con su voz. Pero ¿qué quería decir con que era solo suya? Yo no estaba en esa fiesta para el deleite sexual de nadie, la señora Pierce me lo había asegurado, y Karen también. Y ahora, ¿me dejaban a solas con ese hombre del que solo sabía su nombre? No, no podía permanecer allí más tiempo. Le arrebaté la máscara de la mano y me aparté de él, hasta que quedé contra la puerta.

—Lo siento señor, pero yo no puedo estar aquí. Buenas noches.

Volví a ponerme la máscara, abrí la puerta y salí al pasillo, caminando tan rápido como podía, sin mirar atrás.

—¡Avery! —gritó desde la habitación, pero no le hice el menor caso y continué hasta llegar a la escalera.

Cuando por fin llegué al salón, miré hacia atrás y comprobé que no me había seguido. Choqué con Karen y al verme tan alterada frunció el ceño y me llevó al jardín.

—¿Estás bien Cenicienta?

—Me voy a casa, no puedo... no puedo hacer esto.

Salí corriendo mientras me quitaba la máscara y trataba de respirar con normalidad. Aquel hombre me había visto, y yo le había dejado. Al pasar por delante de la piscina recordé la noche que le conocí. Cuando puso sobre mí la toalla y sentí sus cálidas manos a través de la tela, esa mirada... era un hombre verdaderamente atractivo, mi cuerpo reaccionaba instintivamente ante su presencia, con su voz, sus caricias...

—¡Avery, para por favor! —de nuevo esa voz.

No quería parar, no podía pararme y estar de nuevo a solas con él. Antes de que pudiera entrar en casa su mano agarró mi brazo y me detuvo.

—Avery, solo quiero conocerte.

—Pero yo no quiero conocerle a usted, señor.

—Por favor Avery.

—¡No! No puedo, yo no... ese no es mi mundo —dije señalando hacia la otra casa.

—Y no es necesario que lo sea. Te quiero solo para mí.

Atrayéndome hacia él se inclinó y se apoderó de mis labios, besándolos dulce y delicadamente.

Me invadió una sensación que nunca antes había tenido, era diferente a todos los besos que me había dado Adam, incluso diferente a los de Connor. Cerré los ojos y como si otra persona manejara mis movimientos, levanté los brazos y rodee su cuello.

—¡Basta! —pedí en un momento de cordura, apartándome de él.

—No he podido dejar de pensar en ti desde aquella noche. Cuando te vi en la discoteca quise acercarme, pero temía asustarte.

—¿Asustarme? ¿Y creyó que enviándome notitas no me asustaría?

—Creí que sabrías quién era.

—Pues no, no lo sabía. No conozco a toda la maldita ciudad.

—El hombre de anoche...

—No le importa quién es.

—Es tu novio, ¿verdad?

No, Connor no era mi novio. Era mi mejor amigo y sí, nos habíamos acostado algunas veces, pero ahí se acababa todo. No había nada entre nosotros, no había amor por mi parte, no había nada más allá del cariño.

—Es un hombre con suerte, aunque ya te dije que no soporto que otro te toque.

—Señor, si no se marcha de aquí tendré que llamar a la señora Pierce.

—Ese beso ha significado tanto para ti como para mí, estoy seguro.

—Se equivoca, no ha significado nada. Por favor, váyase.

Se quedó mirándome fijamente, sin decir nada, sin hacer nada. Miró hacia la otra casa y metió las manos en sus bolsillos, volvió a mirarme unos instantes y se giró, sin decir una sola palabra, para regresar a la fiesta.



Allí, bajo el agua de la ducha, recordaba la sensación del beso que Dean me había dado. No podía negar, ni siquiera a mí misma, que me había gustado. Sus labios eran cálidos, y suaves.

Pero él disfrutaba en esas fiestas, y a mí nunca se me había pasado por la cabeza ni tan siquiera una vez estar en una cama con más de un hombre al mismo tiempo.

Cada uno tiene sus gustos y aficiones, y respeto las de todo el mundo, pero yo allí no pintaba nada.

Cuando salí de la ducha, envuelta en la toalla, cogí el teléfono de la mesita y vi que tenía tres llamadas perdidas de Connor y dos mensajes.

Pensaba que no quería hablar con él así que le escribí diciéndole que había estado hablando con mi jefa y preparando algunas cosas con las chicas para una sesión que tenía la próxima semana. Era tarde, y estaría durmiendo, así que no esperaba que me contestase.

Dejé caer la toalla al suelo y cuando estaba a punto de ponerme una camiseta, llamaron a mi puerta. Me vestí rápidamente y fui a abrir pues no contestaba nadie.

—¿Va todo bien? —preguntó la señora Pierce.

—Sí. Me voy a la cama, estoy algo cansada.

—Avery, Karen me dijo que te vio alterada. ¿Qué ocurrió en esa habitación?

—Nada, no pasó nada. Dejé el champagne y...

—He hablado con Dean. Me ha contado que te vio la otra noche en la piscina.

—Sí, bueno, yo estaba en la piscina, no pensaba que fuera a aparecer alguien por allí. Y...

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no fue nada, no le di importancia.

—Sentémonos, quiero que me cuentes todo.

—No hay nada que...

—Avery, se que te ha vuelto a ver.

Aunque no había pasado nada, y yo no le daba mayor importancia a ese tema, le expliqué lo de la piscina, las dos notas de la discoteca y lo ocurrido en la habitación esa noche. Omití el beso, no quería más problemas.

—Dean sabe cuales son las reglas de este tipo de fiestas, sin embargo, contigo las ha roto.

—No se lo tome en cuenta señora Pierce, ya me había visto antes y aunque me cueste admitirlo la culpa es mía.

—No lo es.

—Claro que sí, debería haber tapado el tatuaje esta noche. Pero no pensé que alguien pudiera reconocerlo.

—Es curioso, pero ese hombre siempre ha respetado mis reglas, y jamás había querido a una de las chicas en una habitación, hasta esta noche.

—No volverá a ocurrir. Yo no volveré a estar en una de ellas.

—Es una pena, todo el mundo ha comentado lo amable que has sido, y discreta. Sé que has visto el rostro de algunas personas en el baño y les has asegurado que no dirías nada.

—Sí, aunque reconozco que me cuesta creer que el señor MacNamara y su secretaria tengan...

—El señor MacNamara es viudo, asistía con su esposa a estas fiestas y así conocieron a su secretaria. La compartían —susurró arqueando las cejas.

Una risa salió de mis labios, estaba claro que yo quedaba como una mojigata delante de mi jefa, pero lo cierto era que en mi vida diaria no había existido más que trabajar para los señores Evans y visitar a los padres de Adam. ¿Conocerían los Evans a la señora Pierce por esto?

Quise preguntar, pero no quería ser una entrometida así que guardé silencio.

—Dean Mayer es un buen hombre —dijo saliendo de mi dormitorio.

Cuando cerró la puerta y por fin me quedé sola, me acerqué a la ventana y contemplé el reflejo de la luna en el agua de la piscina. Regresé a la cama, me recosté en ella y pensé en él. Dean Mayer, tenía que saber más de él, necesitaba saber todo de él.



Capítulo 12

Apenas había dormido en toda la noche. Busqué información sobre Dean en Internet y, dejando a un lado las fiestas a las que acudía, era un hombre perfecto.

Treinta y dos años, soltero, arquitecto desde los veintitrés, hermano de la modelo Kira Mayer. Le gusta disfrutar de un buen partido de baloncesto, adora a su familia, colabora económicamente con un par de asociaciones para familias sin recursos, y forma parte de una asociación donde hombres y mujeres ejercen como hermanos mayores de niños o adolescentes huérfanos que aún no han sido adoptados.

¿Por qué a parte de atractivo tiene que ser tan adorable con todo el mundo?

Se le han conocido un par de relaciones, pero con ninguna llegó a durar más de un par de años.

—Avery, esta tarde tienes una sesión —dijo la señora Pierce entrando en la cocina.

—Bien, ¿a qué hora?

—Espera que lo confirmo, te digo ahora. Y por favor, llámame Amanda.

Salió de la cocina con el teléfono en la mano y desde el salón, antes de salir de casa, gritó mi nombre y seguidamente la hora a la que tenía que estar lista.

—Así que ya no contaré con tus manos en esta cocina —me dijo la señora Matthews.

—Claro que sí, cuando esté en casa puede contar conmigo.

—Me alegro por ti muchacha, está a punto de cambiarte la vida.

Y así era. Pronto mi cara estaría en las revistas del todo el mundo.



A las cinco y media llegó Paul a recogerme. Amanda me envió un mensaje para decirme que no era necesario ir vestida ni arreglada, que las estilistas se encargarían de todo cuando llegara.

Así que, con uno de mis vaqueros desgastados, una camiseta de tirantes y mis zapatillas salí de casa.

- Buenas tardes Paul.
- Buenas tardes señorita Baker.
- No, no me llames así. Por favor llámame Avery.
- Como quieras.

Cerró la puerta cuando entré en el coche y subió para llevarme a las oficinas de Amanda.

El teléfono empezó a vibrar en mi pantalón, lo saqué y vi que era Connor.

- ¡Hola! Creí que no me llamarías —dije nada más descolgar.
- Hola, Avery. ¿Te pilla bien?
- Sí, voy de camino a una sesión.
- ¿Aceptaste la oferta? Me alegro. Avísame en qué revista sales.
- Claro. Si puedo te envío una de las fotos que me hagan, para que me des el visto bueno.
- Seguro que estarás preciosa en todas.
- Oye Connor, sé que leíste la nota de mi bolso...
- No tenía que haberlo hecho, lo siento.
- La verdad es que no sabía quién era, pero es alguien que conocí en la sesión anterior.
- Vaya, vaya, la nueva tiene un admirador.
- No digas bobadas. Ese tío puede tener a la mujer que quiera.
- Sí, pero se ha fijado en ti.
- ¿Qué tal el vuelo?
- Así es mi niña, cambiando de tema cuando le conviene —contestó suspirando—. Fue tranquilo.
- Hemos llegado Avery —me avisó Paul.
- Oye, tengo que colgar, he llegado y aún tienen que arreglarme...
- Diviértete. Buena suerte.
- Gracias, un beso.
- Adiós, Avery.

Paul me acompañó hasta el despacho de Amanda, al parecer no era solo nuestro chofer sino nuestro guardaespaldas. Debíamos ser muy importantes para a jefa.

—¡Avery! —dijo Amanda cuando entré en el despacho—. Vamos querida, te esperan en vestuario.

Se agarró a mi brazo y caminamos por los pasillos hablando sobre la sesión. El señor MacNamara le había recomendado a un conocido suyo la agencia de Amanda y le dijo que probara su nueva campaña conmigo. Era una firma de ropa así que, si la sesión iba bien y le gustaban las fotos, harían una campaña conjunta con los cosméticos de MacNamara.

- Avery, te presento al señor Newman —dijo Amanda cuando entramos en la sala.
- Encantada señor Newman.
- MacNamara tenía razón, es una mujer muy bonita —aseguró mientras me estrechaba la mano.
- Vamos, las chicas tienen todo preparado.

Una de las estilistas vino a recogerme y me llevó a la sala donde iban a prepararme.

Había varios vestidos, zapatos y joyas. Una de las chicas que esperaba cogió un magnífico

vestido largo de raso blanco, que solo cubría el hombro derecho, el otro quedaba descubierto igual que parte del pecho y la espalda, y tenía una apertura en la parte izquierda que llegaba a la altura de la rodilla.

Me pusieron un par de zapatos blancos, y un collar de perlas, con pendientes y pulseras a juego.

Mientras una de las chicas me maquillaba, un chico alto y bastante simpático se encargaba de mi peinado.

Cuando terminaron y pude verme en un espejo me quedé boquiabierta. Me veía tan diferente, tan elegante.

Habían aplicado una sombra de ojos dorada, perfilador negro, base de maquillaje natural y unas pinceladas de color con matices dorados para los pómulos. Pero lo que más me gustó fue el lápiz de labios, en tono naranja pastel.

Cuando Marvin me vio entrar se quedó sorprendido. Sin duda no esperaba verme por allí nunca más.

—¡Mi querida Avery! Estás preciosa. Vamos, ponte allí.

—Hola, Marvin.

—Quiero que seas natural. Mira a la cámara, pero como si no estuviera ahí.

—Vale.

—Y no sonrías, solo cuando yo te lo pida.

—Muy bien.

—Vamos querida, lo vas a hacer genial.

—Eso espero.

—Avery, voy a hacer de ti una súper modelo.

Y empezó la sesión de fotos. Tras veinte minutos posando con ese vestido, fui a cambiarme y las chicas me pusieron uno de gasa en color azul, con apertura en la parte delantera hasta los muslos, zapatos azules y joyas con pedrería también azul.

El último vestido para la sesión era de seda roja, sin mangas ni tirantes, todo el escote y la espalda quedaban descubiertos. Zapatos rojos y joyería con diamantes. Nunca había tenido tanto valor puesto sobre mi cuerpo. Del maquillaje esta vez cambiaron el lápiz de labios, utilizando un rojo que quedaba perfecto con el vestido.

Cuando terminó la sesión, Marvin me dio un abrazo y me felicitó, dijo que había estado estupenda.

Al regresar de cambiarme me enseñó algunas fotos, yo no entendía, pero me parecían preciosas. Amanda dijo que el señor Newman había quedado gratamente sorprendido con el resultado, y volvería la semana próxima con MacNamara para una sesión de ambas firmas.

—Ya eres oficialmente la imagen de MacNamara y Newman. Felicidades Avery.

—Gracias Amanda.

—Por cierto, el señor Newman dice que puedes quedarte los vestidos. Quiere que acudas a la fiesta que organiza este sábado con alguno de ellos.

—Vaya, yo... no sé qué decir.

—No te sorprendas, todos te regalarán algo de tus sesiones. Paul te llevará a casa.

—Bien, entonces me marcho. Adiós.

Antes de salir fui a buscar a Marvin y le pedí si podía enviarme una de las fotos a mi teléfono.

—Quiero enviársela a alguien.

—¿A tu novio?

—No, no tengo novio. Es para un amigo, mi mejor amigo. Si estoy aquí es porque él me terminó de convencer.

—Entonces bien merecida se la tiene. Dime, ¿cuál quieres que te envíe?

Escogí una en las que llevaba el vestido rojo, Marvin me había pedido que pensara en algo que me hiciera reír, y Connor apareció como por arte de magia.



Cuando Paul me dejó en casa, entré en la cocina y me serví un vaso de té bien frío, el calor me estaba matando.

—Avery, ¿qué tal ha ido? —preguntó la señora Matthews.

—Bien, el señor Newman ha quedado encantado con las fotos. La semana que viene tengo otra. Y me ha regalado los tres vestidos.

Al verlos, la señora Matthews dijo que tenía ganas de verme con ellos, así que le enseñé la foto que Marvin me había enviado.

—¡Estás preciosa! Los hombres caerán rendidos a tus pies, niña.

—No exagere, no es para tanto. Soy de lo más normal.

—Tienes que valorarte más.

—Sí, eso me dicen. Buenas noches señora Matthews.

—Buenas noches Avery.

Subí a mi dormitorio, y antes de que abriera la puerta, Cintia salió de la sala donde se reunían las chicas.

—¡Avery! ¿Qué tal con Newman?

—Bien. Le han gustado las fotos.

—Me alegro. Oye, estamos viendo una peli, ¿te apuntas?

—Gracias, pero estoy algo cansada. Otro día.

—Bien, como quieras.

—Buenas noches Cintia.

Entré en mi dormitorio y guardé los vestidos en el armario. Miré mis zapatos, pensé que tendría que ir de compras y así renovar mi fondo de armario.

El señor Newman quería que asistiera a su fiesta del sábado, y quería que luciera uno de sus

vestidos. Mmm... lo tenía difícil, todos me parecían perfectos, miré el rojo, sonreí y supe que sin duda ese sería el que luciría.

Tendría que comprar unos zapatos rojos, pero no había problema porque Karen me llevaría de tiendas.

Me di una ducha, me puse cómoda y me dejé caer sobre la cama mientras marcaba el número de Connor y esperaba que contestara.

—Hola, ¿cómo ha ido?

—Bien. La semana que viene tengo otra. Y este sábado tengo que asistir a una fiesta que organiza el cliente, luciendo uno de sus preciosos vestidos.

—Vaya, enhorabuena. Ya me dirás dónde puedo verte.

—Pues... si me das un minuto me ves.

—¿Qué?

Busqué la foto y se la envié.

—Debe haberte llegado ya.

—¿El qué?

—Mira en el teléfono, te he enviado algo.

—Ok, espera.

Unos minutos de silencio y después...

—¡Vaya, estás preciosa!

—Gracias. Esa es para ti, ¿te gusta mi regalo?

—Como anticipo está bien, pronto querré una firmada.

—Aún queda para que sea famosa.

—No creo, cuando los grandes de la moda te vean, querrán vestirme.

—Gracias Connor.

—¿Por qué?

—Por todo. Por estar ahí, por apoyarme, por...

—Y siempre estaré. Para lo que necesites, sabes que puedes contar conmigo.

—Sabes que te quiero... ¿verdad?

—Lo sé, y he pensado que... ¿por qué no olvidamos lo ocurrido?

—¿Olvidarlo?

—Sí, creo que será mejor hacer como si nunca nos hubiéramos acostado. No hablaremos de ello. Sé que yo lo recordaré, y posiblemente tú también, pero no volveremos a hablar de ese tema, ni volverá a ocurrir.

Cerré los ojos, y sentí que me ahogaba. Poco después las lágrimas recorrían mis mejillas.

—Está bien, si eso es lo mejor...

—Lo es mi niña, lo es.

El resto de la conversación se centró en su trabajo y en cosas casi sin sentido. Cuando nos despedimos acordamos hablar dos veces por semana, yo llamaría un día y él lo haría el otro. No era lo mejor para mí, no era lo que yo quería, pero de algún modo sabía que era la única manera de seguir siendo amigos sin que él sufriera porque yo no estaba enamorada de él y era incapaz de enamorarme.



Capítulo 13

Karen y yo pasamos la tarde de compras. Llenamos su coche con bolsas de zapatos, maquillaje, complementos y algunas prendas de ropa nueva.

Cuando regresamos a casa, la señora Matthews me dijo que había llegado la invitación para la fiesta que organizaba el señor Newman, y que Amanda me esperaba en la biblioteca.

Subí con Karen para dejar las compras en el dormitorio y bajé de nuevo para hablar con Amanda.

—Adelante.

—¿Querías verme? —pregunté al abrir la puerta.

—Sí, pasa.

—¿Va todo bien?

—Oh sí, tranquila. Ha llegado la invitación para la fiesta de Newman, pero yo no podré asistir. Tengo que hacer un viaje y no puedo aplazarlo.

—¿Entonces, iré sola?

—No, puedes llevar a una de las chicas. Me sentiré mejor sabiendo que no estás sola.

—Está bien, iré con Karen.

—Veo que os habéis hecho buenas amigas.

—Es una buena chica. Aunque me llame Cenicienta todavía.

—Que se pruebe los vestidos de Newman que tú hayas descartado, estará bien que mis dos chicas luzcan algo de su nueva colección. Nos hará ganar puntos con el cliente.

—Bien, subiré a decírselo.

—Y... ¿qué tal todo con Dean?

—¿Dean?

—Sí, Dean Mayer. La noche de la fiesta...

—No hay nada con él, puedes estar tranquila.

—No es un mal hombre, no debes temerle.

—No le tengo miedo. Voy a subir a darle la noticia a Karen.

Salí de la biblioteca y al cerrar la puerta recordé la sonrisa de Dean. Y esos ojos, en los que me había perdido la otra noche cuando me miraba.

Llamé a la puerta del dormitorio de Karen mientras la abría, y allí estaba ella, guardando sus compras.

—Espero que no tengas planes para este sábado —comenté sentándome en el sofá.

—Una copa en Casiopea. O dos, quién sabe.
—Respuesta incorrecta. Asistes a la fiesta de Newman conmigo.
—¿Qué? ¿En serio?
—Sí, Amanda tiene un viaje así que me ha dicho que me lleve a una de vosotras.
—Voy a acabar queriéndote Cenicienta.
—Oh, creí que ya me querías —dije sonriendo y guiñando un ojo—. Vamos, ven a mi cuarto a ver qué vestido prefieres.
—¿De Newman?
—Así es. Sumando puntos para el cliente.
—¡Vamos!

Me cogió de la mano y salimos de su dormitorio prácticamente corriendo. Entramos en el mío y saqué el blanco y el azul para que se los probara.

Los dos le sentaban muy bien, como tenía un bonito bronceado el que más le resaltaba era el blanco. Así que al final se decidió por él.

—Tengo un conjunto de joyas perfecto para este vestido —dijo mirándose en el espejo.
—Pues ve a por él, ¿a qué esperas?

Salió del dormitorio y aproveché para guardar mis compras. Cuando Karen volvió a entrar, llevaba puesta una gargantilla plateada con piedras azules y unos pendientes a juego. Incluso se había recogido el pelo, lo que hacía que luciera mucho más hermosa.

—Estás perfecta.
—Sin duda seremos las más observadas en la fiesta.
—Cuando el señor Newman nos vea entrar con sus diseños se quedará mudo.
—Ya estoy deseando verte con tu vestido y todo lo que compraste hoy. Vas a estar increíble —aseguró sin dejar de mirarme.
—Eso espero, hay que causar buena impresión al cliente.



Después de cenar le pregunté a Karen si le apetecía tomar una copa, como no podía ser de otra forma aceptó, así que subimos a cambiarnos y cuando estábamos listas cogimos mi coche para ir a Casiopea.

Dejamos el coche en su plaza del *parking* y subimos en el ascensor.

—¡Chicas! Me alegra veros de nuevo por aquí. Vamos, tomemos una copa. Invita la casa —dijo Josh guiñándonos el ojo.
—Avery, ve con Josh, enseguida me uno. Tengo que ir un momento a mi despacho.
—Está bien.
—¿Vamos, señorita? —Josh me ofreció su brazo para que me agarrara a él.

Caminamos hacia la barra y pidió una botella de champagne. Cuando el camarero regresó con ella, Josh la descorchó y sirvió las copas.

—Me ha dicho Karen que ya eres una chica Pierce. Enhorabuena.

—Gracias —sonreí tímidamente y sentí mis mejillas sonrojarse.

—Eres una chica muy linda, todos los fotógrafos querrán que les dediques una sonrisa.

—Estoy empezando, y aunque no sé si realmente tendré mucho futuro en esto... disfrutaré el tiempo que dure.

—Tu novio debe estar preocupado, todos los hombres se fijarán en ti.

—No tengo... Oh, ¿lo dices por el chico con el que vinimos el otro día? Es un amigo.

—No lo parecía. Se os veía bien juntos.

—Sí, lo sé, pero no hay nada entre nosotros.

—Por tu nuevo trabajo —dijo levantando su copa.

Cuando Karen se unió a nosotros brindamos de nuevo, y veinte minutos después habíamos acabado con la botella.

Josh me cogió y empezó a bailar conmigo. Era divertido ver a ese grandullón trajeado bailando, mientras yo intentaba seguir sus pasos sin mucho éxito.

De repente Dean me vino a la mente. Las otras veces que yo había estado allí, él también estaba y me había dejado notas.

Por unos instantes me entró el pánico, miré a mi alrededor por si le veía, de modo que antes de que me dieran otra nota suya, pudiera salir corriendo de allí, pero entre la multitud no pude distinguirlo.



Era poco más de la una de la madrugada, y después de mucho insistir conseguí que Karen y yo nos fuéramos a casa. Nos despedimos de Josh y bajamos al *parking* para coger mi coche.

En el camino Karen se había quedado dormida, tendría que hablar con ella y hacerle ver que bebiendo más de la cuenta no conseguirá olvidar al imbécil que jugó con ella. Claro que no tenía muy claro que quisiera olvidarse de él o que tratara de olvidar a la chica a quien ella dejó.

Fuera como fuera tenía que dejar esa costumbre, siempre prometía una o dos copas y acababa tomando mucho más de lo que su cuerpo pudiera soportar.

—Karen, hemos llegado.

—¿Ya? Pero si acabamos de salir...

—Te quedaste dormida nada más salir del *parking*. Vamos, te llevaré a la cama.

—Que no me vea Amanda...

—No te preocupes, que no te verá. Vamos.

Entramos en casa y subimos las escaleras lo más silenciosas que pudimos. Hablando casi en gestos y claro, era imposible que no acabáramos riéndonos.

Por suerte nadie salió de sus dormitorios, y llegamos al de Karen sin que nos vieran. Me sentía como una adolescente que se ha escapado de casa para salir con las amigas.

—Buenas noches Karen.

—Buenas noches, Cenicienta.

Al entrar en mi dormitorio vi mi teléfono sobre la mesita de noche, me lo dejé allí y no me había dado cuenta en toda la noche.

Miré a ver si tenía alguna llamada o mensajes, y había uno de Connor.

«Acordamos que solo hablaríamos un par de veces a la semana, pero no dijimos nada de escribirnos. Espero que hayas tenido un buen día mi niña, el mío ha sido de carreras, de un lado a otro con el ministro, todo el día de reuniones. Que descanses, buenas noches.»

Cierto, no había dicho nada de no escribirnos, y una sonrisa apareció de la nada en mis labios. Así era Connor, hacía que sonriera incluso en mis peores días.

Me puse los *shorts* y la camiseta y me metí en la cama. Me esperaba otra noche de insoportable calor, pero tenía la esperanza de poder dormir.



Capítulo 14

Me temblaba todo el cuerpo. Los nervios se habían apoderado de mí esa noche. La noche de la fiesta del señor Newman.

Estábamos a punto de llagar, Paul nos había recogido en casa, y tenía la sensación de que mi corazón acabaría saliéndose del pecho.

Karen intentaba tranquilizarme, mientras yo respiraba con los ojos cerrados para controlar mis pulsaciones.

—Vamos Cenicienta, todo va a ir bien.

—Karen, es la primera vez que voy a estar delante de tanta gente, y con tanta prensa... no voy a poder.

—Señorita Baker —dijo Paul desde su asiento—, yo estaré esperándolas fuera, si necesita marcharse de la fiesta antes solo tiene que llamarme y entraré a recogerla.

—Gracias Paul.

—No será necesario. Aquí Cenicienta y su hermanastra se lo van a pasar de maravilla.

—Estamos a cinco minutos señoritas.

Genial, tan solo me separaban cinco minutos para enfrentarme a los flashes de las cámaras. A los ojos curiosos de los asistentes que me verían entrar con un diseño de Carl Newman. Perfecto, cuenta atrás. Cuatro minutos...

—Hemos llegado —nos informó Paul parando frente a la entrada de la mansión del señor Newman.

—Bien. Puedes salir a abrirnos —dijo Karen.

Cuando escuché la puerta de Paul cerrarse supe que mi tiempo había terminado. Miré a Karen, que sonreía mostrando los dientes mientras los señalaba. Respiré, cerré los ojos, sonreí y volví a mirarla.

—Vamos, estás increíble.

Paul abrió la puerta y Karen salió en primer lugar. Con el vestido blanco estaba preciosa, y los fotógrafos de las revistas la reconocieron inmediatamente.

Era mi turno. Respiré hondo y me acerqué a la puerta. Puse un pie en el suelo, y podía escuchar a los periodistas preguntándose quién de las chicas de Amanda Pierce sería, o si era Amanda quien estaba a punto de hacerlo.

De repente vi la mano de Paul junto al coche, le miré y con un leve gesto de cabeza dijo que la

cogiera. Y así lo hice, cogí su mano y salí del coche. Todos los objetivos de las cámaras me apuntaban, y los flashes comenzaron en cuestión de segundos.

Paul cerró el coche y yo me acerqué a Karen, que seguía con una sonrisa resplandeciente y posaba ante las cámaras.

—¡Señorita Scott! —gritó uno de los periodistas—. ¿Con quién viene esta noche?

—Les presento a Avery Baker, la nueva imagen de Newman y MacNamara.

Los periodistas se apresuraron a tomar apuntes en sus libretas, mientras los fotógrafos nos llamaban a una y a otra alternadamente para que posáramos para ellos.

—Y ahora todo el mundo conocerá tu nombre —susurró Karen mirándome.

—¡Por favor señorita Baker, una foto!

Mano en la cintura, sonrisa, mirada y lista para posar.

—Buenas noches —nos recibió uno de los mayordomos de la puerta.

—Buenas noches. Soy Avery Baker —dije entregándole la invitación.

—Sean bienvenidas, señorita. El señor Newman ha pedido que se una a él en cuanto llegase. Por favor, acompáñeme.

Seguimos al mayordomo por el *hall*, donde un buen número de gente se reunía disfrutando de una copa de champagne. El burdeos de las paredes contrastaba con los muebles de nogal y las cortinas blancas. Los suelos eran de mármol, y se notaba que el señor Newman cuidaba al mínimo detalle que su casa luciera impecable, pues podía verme reflejada en el suelo.

El mayordomo paró delante de uno de los camareros y nos ofreció una copa a cada una, que aceptamos encantadas y con la mejor de nuestras sonrisas.

El salón estaba repleto de gente. Mujeres elegantemente vestidas luciendo sus mejores joyas, del brazo de sus multimillonarios esposos.

—Señor Newman, ha llegado la señorita Baker —el mayordomo me anunció y apartándose del señor Newman me señaló con un educado gesto.

—Mi querida Avery. Cuánto me alegro de volver a verte.

—Buenas noches señor Newman.

—Por favor, llámame Carl.

—Amanda te envía saludos, y espera que la disculpes por su ausencia, pero tenía asuntos que atender y debía viajar.

—Dile que está más que disculpada.

—Ella es Karen Scott, una de mis compañeras.

—Oh, veo que has traído una bella mujer como compañía. Y luce uno de mis diseños. Me gusta. Debo decirles que estáis las dos radiantes, mis queridas señoritas.

—Gracias señor Newman —dijo Karen aceptando la mano que le ofrecía él para besar la suya.

—Bien, ya que habéis llegado, por favor acompañadme. Quiero que mis invitados vean un adelanto de mi nueva colección.

El señor Newman nos tendió sus brazos y cada una se agarró de uno de ellos para acompañarle, ante las miradas de la multitud, al centro del salón donde había mandado instalar una pequeña tarima en la que nos subimos.

—Buenas noches a todos, gracias por aceptar mi invitación y asistir a mi humilde hogar. La gente dejó de lado sus conversaciones y prestó atención a las palabras del señor Newman.

—Esta noche quiero daros un pequeño adelanto de mi nueva colección. Avery, Karen —el señor Newman se giró hacia nosotras y nos invitó a acompañarle—. Estas preciosas señoritas llevan dos de mis nuevos diseños. Y no me negarán que están bellísimas. A Karen Scott ya la conocerán —dijo acariciando la barbilla de Karen—. Y esta noche, me complace presentarles a la señorita Avery Baker, nueva imagen de Newman.

Sonreí, y cuando el señor Newman sintió que mi mano temblaba bajo la suya, se acercó a mí y cogiendo mi barbilla me besó en la mejilla susurrándome después.

—No temas querida, pronto te haré famosa.

Los aplausos comenzaron en la sala, los pocos periodistas y fotógrafos con acceso al interior de la casa comenzaron a tomar notas y hacer fotos. El nombre de Newman resonaba en el salón por donde quiera que mirase, y allí estábamos los tres posando para la foto.



Las dos horas siguientes las había pasado con Carl Newman hablando con los periodistas y posando. Él se encargó de que quedase bien claro que tenían que poner en la revista que el vestido que llevaba era diseño de su última colección.

Había perdido de vista a Karen, hasta que su peculiar risa llamó mi atención y me dirigí a ella.

—Por fin te encuentro.

—Vaya, Cenicienta creí que Newman no te compartiría con nadie esta noche —dijo Karen.

—Creo que no queda ninguna revista en la que no vaya a salir mi foto el lunes.

—Eso es genial, empiezas a ser una estrella. Te presento a Peter, sobrino de Newman.

—Encantada señor Newman.

—Benson, Newman es por parte de madre.

—Lo siento, creí que...

—Tranquila señorita Baker.

—Por favor, llámeme Avery.

—Bien, entonces tú llámame Peter.

—¿Una copa, Cenicienta?

—Sí, por favor.

—Voy a por ellas —se ofreció Peter.

—¿Qué te parece? —preguntó Karen cuando nos quedamos solas.

—Es mono.

—Es muy mono.

Sí, lo era. Y las dos comenzamos a reír como adolescentes. Peter Benson era ciertamente

atractivo. Tenía cabello castaño, ojos azules y con su metro ochenta y tres impresionaba gratamente.

—Si el esmoquin le sienta así de bien, no quiero ni imaginar cómo estará con vaqueros, o sin ropa —susurró Karen.

—¿Quiere decir eso que has olvidado al imbécil?

—¿Imbécil? ¿Qué imbécil?

—Sí, lo has olvidado.

—Señoritas.

Cuando Peter Benson regresó con el champagne, brindó con nosotras por el éxito de su tío, y por la reciente nueva imagen de la firma Newman.

—Vaya, por ahí viene Kira Mayer —dijo Karen.

—¿Has dicho Mayer? —pregunté sobresaltada.

—Sí. Es una de las mejor cotizadas. Todos la quieren en sus revistas y en sus pasarelas.

—Karen, me alegra verte —saludó la morena Kira Mayer junto a nosotras—. Hacía tiempo no te veía en un evento así.

—Hola, Kira. La verdad es que he estado un poco apartada, y trabajando mucho con Amanda.

—Señorita Baker, me alegra conocerla. El señor Newman tiene muy buen gusto. Y ese vestido le sienta estupendamente.

—El placer es mío. Gracias por sus palabras. Y si no es molestia, podría llamarme Avery.

—Claro, entre nosotras es mejor tutearnos. Oh, dejen que les presente a mi hermano.

Y ahí llegaba él. Con su impecable sonrisa y sus ojos puestos en mí. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, y mi pulso comenzó a acelerarse.

—Dean, te presento a Karen Scott y Avery Baker.

—Encantada de conocerle, señor Mayer —dijo Karen tendiéndole la mano.

—Es un placer señoritas —fingió no conocerme, cosa que agradecí.

Karen le presentó a Peter, pero sus ojos volvieron rápidamente a mí.

—¿Le apetece una copa, señorita Baker?

—Sí, gracias.

—¿Me acompaña? —me tendió su brazo, le miré un instante y me agarré a él.

Nos despedimos de nuestros acompañantes, que observaban atónitos cómo nos alejábamos, y sabía que después sería sometida al test Karen. Preguntas y más preguntas....

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó.

—Por fingir que no nos conocíamos.

—Eso es solo cosa nuestra, ¿no le parece, señorita Baker?

—Vaya, ahora soy señorita.

—Sabes que para mí eres solo Avery —susurró acercándose a mi oído.

—Y... ¿a qué se dedica, señor Mayer?

—Soy arquitecto. Esta casa la diseñé yo, hace cuatro años.

—Tendrá buenos clientes, siendo tan famosa su hermana.

—Digamos que desde que ella está en este mundo, mi agenda de clientes ha crecido.

Con nuestras bebidas en la mano, salimos al jardín, y Dean me mostró el magnífico cenador que había creado para el señor Newman.

Cientos de flores rodeaban el cenador y un estanque en el que había diferentes tipos de peces.

—Es precioso —dije inclinándome para disfrutar del aroma de una de las rosas.

—Sentémonos —me tendió la mano y acepté cogerla, subimos los escalones hasta el cenador y nos sentamos en un banco, junto a la barandilla.

—Se respira tanta tranquilidad aquí, lejos del ruido, los murmullos de la gente...

—Tendrás que acostumbrarte. Tu cara saldrá en todas las revistas.

—Lo sé, creo que no me paré lo suficiente a pensarlo cuando Amanda me ofreció este trabajo. Ni siquiera Connor lo pensó.

—¿Connor? —sus ojos cambiaron, no eran brillantes y dulces, desprendían furia.

—Sí, mi amigo me terminó de convencer para que aceptara.

—Oh, entonces el mundo tiene que agradecerle a tu amigo que disfrutemos de tu belleza.

—Creo que el hecho de que aceptara fue resultado de un cúmulo de cosas. Cambios en mi vida...

—¿Y yo podría formar parte de esos cambios?

Dean se acercó a mí, me rodeó con un brazo por los hombros y me cogió la barbilla para que nuestros ojos se encontraran. Tenía esa mirada que me gustaba, y mi corazón comenzó a latir más rápido. Ese hombre tenía algo, no sabía qué era, pero me gustaba, me atraía.

Se inclinó sin dejar de mirarme, sin soltar mi barbilla, y me besó. Fue un beso dulce, delicado, apenas un roce con los labios. Y cuando se apartó ahí seguían sus ojos, mirándome, suplicando que no me apartara de él.

—Amanda da una fiesta mañana. ¿Estarás?

—No. Le dije a Amanda que aceptaba este trabajo, pero no serviría en sus fiestas.

—Entonces quiero que me acompañes. Ven conmigo.

—Dean, yo no pinto nada en esas fiestas. Seguro que tendrás cientos de chicas dispuestas a acompañarte.

—Pero no las quiero a ellas. Te quiero a ti.

Te quiero a ti. Por un instante, si esas palabras hubieran sido en otro sentido, habría sido perfecto. Pero me quería únicamente para acostarse conmigo en una de esas fiestas.

—Lo siento, tengo que volver.

Antes de que pudiera retenerme a su lado, me levanté y caminé todo lo rápido que pude para regresar a la casa.

El señor Newman me cogió del brazo y me llevó con él para posar para otra de las revistas de moda. Sonreí como era mi deber en esa situación y de pronto mi mirada volvió a cruzarse con la de Dean. Apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos y un pie cruzado delante del otro. ¿Podía estar más sexy? No, dudaba mucho que eso fuera posible.

Sonreí cuando me guiño un ojo, incliné la mirada hacia un lado y cuando volví a mirar no estaba.

¿Por qué no podía ser simplemente un arquitecto, interesándose por una chica neoyorquina normal y sencilla como yo? La Avery que conoció aquella noche en la piscina de Amanda Pierce.

Los invitados habían ido desapareciendo de la fiesta poco a poco, apenas quedábamos unas

cuantas modelos y algún que otro soltero esperando una sonrisa que le diera esperanzas para salir con una de ellas.

—Avery, Peter me llevará a casa —dijo Karen acercándose a mí.

—Oh, bien entonces... me marcho ya. Buenas noches. Espero verte pronto, Peter.

—Claro. Karen me ha invitado el próximo viernes a su discoteca así que, allí nos veremos.

—Pasadlo bien. Adiós.

Cuando salí de la casa busqué el coche de Paul, pero no lo encontré. Le llamé por teléfono y me dijo que Dean Mayer le había pedido que llevara a su hermana a casa, que él tenía que irse, así que estaba de camino. Me enfadé con él, ahora tenía que coger un taxi y a esas horas no había nada peor.

Caminando hacia la calle, por ese camino pedregoso, con tacones y maldiciendo, en ese momento no era la señorita Baker, no, era la hija perdida del señor de las tinieblas.

—¿Necesitas que te lleven? —la voz de Dean me asustó.

—¿Tú no te habías ido? —grité.

—Mentí. Quería deshacerme de tu chofer.

—Maldito... No necesito que me lleven. Voy a coger un taxi.

—Pues no creo que haya muchos por aquí.

—Pues llamaré a uno.

Saqué el teléfono del pequeño bolso que Karen me había prestado, pero estaba sin batería.

—Perfecto... —susurré.

—¿Problemas, Cenicienta?

—¿Te crees gracioso? Porque no lo es. Y si puedes explicarme cómo narices sabías que ese era mi chofer...

—Conozco a Amanda, mi hermana ha trabajado alguna vez con ella.

—Genial.

—Vamos, te llevo a casa.

—No, gracias.

—Avery, no voy a dejarte aquí sola.

—Pues no haber mandado a mi chofer a llevar a tu hermanita a casa.

—Quería estar a solas contigo —dijo acercándose a mí y rodeándome por la cintura.

—Será mejor que me sueltes.

—Solo si aceptas que te lleve.

¿Tenía más opciones? La verdad es que no. Estaba claro que Karen tenía otros planes con Peter, y por mucho que insistiera no encontraría un taxi.

Suspiré, sus manos seguían rodeando mi cintura y sus ojos me miraban como si de un cachorro abandonado se tratase. Intenté contener una sonrisa, pero fue imposible.

—Vamos, tengo el coche aquí cerca —dijo cuando vio mi sonrisa.

—Espero que esta sea la última vez que nos veamos, señor Mayer.

—Y yo espero que sea la primera de muchas —se inclinó y de nuevo sus labios se unieron a los míos, un leve beso, un simple roce.

Durante el camino a casa hablamos de su trabajo, de lo mucho que le gustaba el baloncesto y

de los niños y niñas con quien compartía algunas tardes como si fuera su hermano mayor.

—Esos críos son increíbles. Están solos y aún así son fuertes. He conseguido que un par de chicos obtengan becas en el instituto para ir a la universidad, y una de las chicas quiere estudiar arquitectura.

—Vaya, a parte de cariño, también te tienen respeto.

—Sí, eso parece. Me gustaría que me acompañaras a la asociación. Allí hay algunas niñas que estarían encantadas de tener una hermana mayor como tú.

—¿Para que cuando crezcan quieran ser modelos?

—No, para que sepan que estar solo no significa que tengan que dejarse vencer.

—¿Por qué dices eso?

—Amanda me contó tu historia. Ella y los Evans siempre han sido buenos amigos.

—Así que he sido el centro de alguna de vuestras conversaciones. ¿Antes o después de acostarte con Amanda?

—¿Qué? ¡No! Nunca me he acostado con ella, y nunca me acostaré. Ella fue la única que confió en Kira cuando quiso empezar en este mundo. Y siempre le estaré agradecido por ello. No solo le dio trabajo y la hizo una de las mejores, sino que cuidó de ella.

Cuando por fin llegamos a casa, paró el coche frente a la puerta y clavó su mirada en mí.

—Buenas noches, y gracias por traerme —dije apunto de abrir la puerta.

—Avery... —me cogió del brazo antes de que pudiera salir—. ¿Volveré a verte? —sus ojos parecían suplicar que así fuera.

—Si hay algún otro evento al que yo deba acudir, y tú estás entre los invitados, sí, volveremos a vernos.

Mientras salía notaba sus dedos deslizarse por mi brazo, y fue como si una descarga atravesara mi cuerpo. Me gustaba esa sensación de tener sus manos sobre mí. Entré en la propiedad y mientras caminaba escuchaba el rugir del coche de Dean alejarse.



Capítulo 15

Esa mañana de domingo era mucho más tranquila que de costumbre en la casa. Amanda aún no había regresado de su viaje y las chicas descansaban pues por la noche tenían que trabajar.

Y a mí se me había ocurrido una idea genial, perfecta para poner a prueba a Dean. ¿Realmente iba a ponerle a prueba a él, o me ponía a prueba a mí misma?

Fuera como fuera, necesitaba ayuda, y no solo de Amanda, sino de Karen también.

Después de tomarme un café subí a su dormitorio, no la oí llegar así que supuse que aún seguía durmiendo.

Llamé, pero no contestaba. Abrí la puerta y la cama estaba tal como la había dejado la noche anterior, con algunos pantalones desparramados en ella, pero ni rastro de que hubiera dormido allí.

—¿Me buscabas, Cenicienta? —preguntó de repente junto a mí.

—Por Dios Karen, ¿quieres matarme de un susto?

—No se me ocurriría.

—¿Dónde has pasado la noche?

—Qué eres ahora, ¿mi madre?

—No se me ocurriría —respondí irónicamente, imitando sus gestos.

—*Touche* —dijo cogiéndome del brazo para que entrara con ella.

Se quitó los zapatos mientras yo recogía sus pantalones de la cama y cuando terminó de ponerse algo más cómodo nos sentamos para hablar.

—Venga, confiesa. Has pasado la noche con el señor Benson.

—Fuimos a tomar unas copas en Casiopea, cuando cerraron nos quedamos allí solos, hablando. Después fuimos a una cafetería a desayunar, y me ha traído a casa.

—¿Y ya está?

—Sí, no ha pasado nada.

—Y ahora me vas a decir que no te gusta, y por eso no te has lanzado a su cuello.

—No, claro que me gusta, pero... no sé... estaba tan cómoda con él que...

—Karen, que a mí me besaste sin siquiera preguntar si me gustaban las mujeres.

—Y lo siento, había bebido más de la cuenta esa noche.

—¿Y anoche no bebiste?

—Sí, pero no tanto. Creo que por primera vez quiero ir despacio, no sé, probar a ver si esto

va en serio.

—Amiga, te brillan los ojos, ese hombre te gusta de veras.

—¿Tú crees que no sea otro que busca salir con una modelo?

—Si ese fuera el caso, habrá alguna que otra foto.

Cogí el portátil de Karen y busqué su nombre en Internet. Las fotos no le hacían justicia, era mucho más atractivo al natural. Ni una sola foto con una mujer, salvo con su madre, y en casi todas estaba con su tío, el señor Carl Newman.

—Bueno, ya has visto que no es de salir con modelos, o al menos no se le ve con ellas en las revistas —dije dejando el portátil de nuevo en la mesa.

—Eso no quiere decir nada. Quizás hagan cuanto esté en sus manos para que no las publiquen.

—Bueno, con el tiempo lo veremos. Ahora quiero hablar contigo. Necesito que me hagas un favor...

Karen me miró frunciendo el ceño, y cuando le conté todo lo ocurrido con Dean Mayer, y lo que pretendía hacer, no pudo disimular su sonrisa y aceptó ayudarme. Ahora solo necesitaba que Amanda también se pusiera de mi parte y me ayudara con mi plan.

—Te diría que estás loca Avery, pero me gusta tu locura. Cuenta con ello —dijo Amanda cuando le propuse lo que tenía planeado.

—Gracias Amanda, de verdad, te debo una.

—No lo dudes niña, no lo dudes.

Subí corriendo al dormitorio de Karen y le dije que Amanda había dado luz verde a mi plan, así que ahora tocaba ponerlo en marcha.

Y para ello, nadie mejor que Karen pues ella sería la encargada de mi particular look para la fiesta.



Había pasado una hora desde que todos los invitados a la fiesta habían llegado, así que era el momento de que hicieran su entrada las últimas invitadas.

Karen y yo salimos de casa, elegantemente vestidas y con nuestra máscara puesta para salvaguardar nuestras identidades.

Cuando llamamos a la puerta de la casa, una de las chicas nos abrió y le dijimos la palabra que Amanda nos había dado para acceder.

—Atenea.

—Bienvenidas —dijo invitándonos a entrar.

Nada más hacerlo, una de las chicas se acercó con una bandeja llena de copas de champagne, nos servimos una copa cada una y sonreímos educadamente a la muchacha. En ese momento pensé que si las chicas supieran que las que acababan de llegar éramos Karen y yo... estallarían en risas.

Le había prometido a Amanda que no haríamos nada con nadie de la fiesta, que solo íbamos en busca de Dean, pero me sorprendió cuando dijo que lo que pasaba en esas fiestas se quedaba en ellas, y que no quería saber qué habíamos hecho aquella noche Karen y yo.

Cuando vi a Amanda nos acercamos a ella. No le dije cómo iríamos vestidas así que hasta que yo no me acercara a ella, no sabría que estábamos allí.

—Buenas noches Amanda —dije acercando mi copa a la suya.

—Buenas noches señoras —me devolvió el saludo sonriendo—. Debo decir que están ustedes exquisitas esta noche.

La primera parte de mi plan consistía en vestir únicamente unas capas negras, a modo de gabardinas, con un lazo anudado en la cintura que delinearía nuestras figuras. Con el escote estratégicamente abierto, que no mostrara más de lo necesario pero que incitara a la imaginación de cuantos nos miraran. Y de ese modo, al llevar la espalda cubierta, mi tatuaje no estaría visible.

Zapatos negros de tacón, máscaras negras para cubrir los ojos, collar de perlas, pendientes de aro, lápiz de labios color rojo y el pelo recogido en una coleta alta.

—Gracias, tú también estás muy elegante —dijo Karen.

—Señoras... —Amanda se acercó a mí y me susurró— El caballero del fondo es Dean, no se ha movido de ese sofá desde que llegó.

—Bien, entonces... Que comience el espectáculo —comenté haciéndole una señal a Karen para que se acercara a él.

Cogió dos copas de champagne, y caminando con esa sutil y grácil destreza que tienen las modelos, se acercó donde estaba Dean y se sentó junto a él, ofreciéndole una copa.

Primera parte conseguida. Mientras Amanda y yo hablábamos y les observábamos, Karen jugaba con sus dedos sobre el brazo de Dean, que sonreía educadamente sin dejar de mirarla.

Entonces Karen nos señaló a Amanda y a mí, que seguíamos hablando y riendo como si la cosa no fuera con nosotras.

Después Karen se puso en pie, le ofreció la mano y Dean se levantó caminando con ella hacia nosotras. Hasta el momento, mi plan funcionaba.

—Cariño, te dije que conseguiría un buen amigo para ti esta noche —me confesó Karen acariciando mi mejilla y dando un leve golpecito en mi nariz.

¿Y yo qué hice? Sonreír como una buena chica.

—Amanda, necesito la grande —pidió Dean.

—Claro, está disponible. No olvides cerrar con llave.

—¿Vamos? —preguntó Dean ofreciéndome el brazo que tenía libre para que me agarrara a él.

Ante la mirada de todos los hombres allí presentes, Karen y yo caminamos cogidas del brazo de Dean hasta las escaleras, donde Karen empezó con el papel que le tocaba.

Soltó el brazo de Dean y me cogió la mano, para que pudiéramos subir delante de él y que tuviera visibilidad privilegiada a nuestros traseros.

Karen me cogió por la cintura, y poco a poco deslizó la mano para acariciar primero una nalga y después la otra, y luego llevó la mano hasta la parte delantera de la capa de modo que, simulando tocar mi muslo, levantaba la tela con el brazo y así dejaba una nalga al descubierto mientras fingía acariciar la otra. Miró a Dean, le sonrió y se mordisqueó el labio.

Cuando llegamos a la habitación más grande, Dean abrió la puerta y nos cedió el paso con la mano. Una vez dentro, cerró la puerta y se giró hacia nosotras.

Era mi plan, y estaba dispuesta a hacerlo, pero no podía evitar que los nervios se apoderaran de mí. Cuando Karen apretó mi mano, la miré y ella sonrió.

—Todo va a ir bien —susurró.

Me soltó y se acercó a Dean al tiempo que él caminaba hacia nosotras. Le rodeó el cuello con las manos y se acercó para besarle. En ese instante cerré los ojos, creí que podría hacerlo, pero...

Volví a abrirlos y Karen tenía una pierna alrededor de la cintura de Dean, que la sostenía por la cintura con una mano mientras con la otra acariciaba su pierna y su trasero.

La cogió en brazos y caminó con ella hacia el borde de la cama, mientras yo seguía allí parada, mirando.

Dean dejó a Karen sobre la cama y se acercó a mí. Me acarició la mejilla y cogió mi barbilla mientras se inclinaba para besarme.

—¿Tú no hablas? —preguntó después del beso.

—Es un poco tímida, eso es todo —respondió Karen desde la cama.

—Entonces empezaré por ella —susurró Dean acercándose para besarme de nuevo.

Cogió una de mis manos, mientras con la otra cogía mi cuello y me atraía hacia él para besarme más apasionadamente. Deslizó la mano por mi brazo y la llevó a mi cintura, estrechándome con su brazo, aferrándome a su cuerpo, de modo que podía sentir los latidos de su corazón.

Sus besos fueron más y más apasionados, su lengua acariciaba la mía con destreza, y mi cuerpo empezaba a reaccionar ante aquel derroche.

Le rodeé el cuello y entrelacé mis dedos en su pelo, era tan sedoso que se me escapaba entre los dedos.

En poco menos de un segundo me tenía como antes a Karen, con una pierna alrededor de su cintura y acariciando las nalgas de mi trasero, apretándolas entre sus manos.

Mis ahogados gemidos se entrelazaban con su agitada respiración, y en ese instante sentí el palpitar de su sexo junto al mío. Sí, estaba excitado.

Abrí los ojos y vi a Karen levantarse de la cama, me guiñó un ojo y caminó despacio hacia la puerta, que cerró tras ella cuando salió, dejándonos allí a solas.

Cerré de nuevo los ojos cuando me cogió en brazos y me recostó sobre la cama, quedando su cuerpo sobre el mío, sintiendo su calor, su excitación, su respiración mientras besaba mi cuello.

Volvió a apoderarse de mis labios, y en ese instante, entrelazando mis dedos en su pelo, le atraje hacia mí para sentir más intensamente aquel beso.

Con una mano sostenía mi cuello, mientras la otra la deslizaba por mi pierna, hasta que llegó a la cintura y se deshizo del lazo que cerraba la capa.

Acarició mi cintura, subió lentamente sus dedos y acarició uno de mis pechos. Un gemido salió de mis labios y metió la mano bajo la copa del sujetador, de encaje rojo elegido expresamente para él, acariciando lentamente el pezón y pellizcándolo.

Sin dejar de besarme sacó mi pecho por encima del sujetador y comenzó a besarme el cuello mientras seguía acariciándome el pecho, que besó poco a poco y succionó delicadamente el pezón.

Mis manos seguían aferradas a su pelo, tirando de él a medida que mi excitación crecía.

Sin dejar de besar mi pecho, sacó el otro del sujetador y fue directo a él, repitiendo paso a paso lo que había hecho con el otro.

Mis gemidos aumentaban, y su excitación también.

Comenzó a besar mi cintura, deslizando sus manos por mi piel que se estremecía con aquel contacto. Cuando llegó al borde de mis braguitas, que hacían juego con el sujetador, deslizó los dedos en su interior y, apartándose, las bajó por mis piernas hasta quitarlas por completo, dejándolas caer junto a la cama.

—Creo que nos hemos quedado solos —susurró inclinándose para volver a besarme.

Sus besos eran como una gran descarga, conseguía que todo mi cuerpo se estremeciera. Llevó las manos a mis hombros, se incorporó sin dejar de besarme y deslizó la capa por mis brazos hasta quitármela. Buscó el cierre del sujetador y se deshizo de él. Me tenía completamente desnuda bajo su ardiente cuerpo.

Sin dejar de besarnos, se puso en pie y le quité la chaqueta. Después la corbata y desabroché uno a uno, lentamente, los botones de su camisa. Me aparté para mirarle mientras la dejaba caer, deleitándome con el contacto de mis manos sobre su pecho.

Volvíamos a besarnos y desabroché su cinturón, el botón y la cremallera de sus pantalones y los dejé caer, metí las manos en su bóxer y apreté con fuerza sus nalgas, acercándole a mí para sentir su excitación en mi cuerpo.

Sentí sus manos sobre las mías y después se bajó el bóxer, quitándose la ropa por completo y cogiéndome por la cintura para devorar mis labios y provocar más placer si cabía en mi cuerpo.

Volvió a dejarme sobre la cama y se arrodilló entre mis piernas, que besó lentamente hasta llegar a mi sexo. Lo acarició lentamente, provocando que mis gemidos aumentaran, y con delicadeza introdujo un dedo, volví a gemir y sentí su dedo salir y volver a entrar, sin dejar de jugar con su otra mano alrededor de mi clítoris.

Sentí un escalofrío, como si estuviera a punto de culminar en un magnífico orgasmo, y entonces susurró:

—Todavía no...

Besó una de mis piernas, parándose en el interior del muslo, sin dejar de acariciar mi clitoris entre sus dedos.

De repente sentí su lengua, lentamente, deleitándose con la humedad de mi sexo.

Sin poder evitarlo, agarrándome fuerte a su cabello con una mano y a la sábana con la otra, llegué al orgasmo.

—No he acabado contigo, mi querida señorita —susurró acercándose a mí para volver a besarme.

Cogiéndome por la cintura me levantó de la cama y me deslizo hacia arriba, dejando mi cabeza sobre la almohada.

Estiró el brazo y abrió el cajón de la mesita, del que sacó un pequeño envoltorio plateado. «*Amanda está en todo*», pensé.

Sin dejar de mirarme, y mientras me mordisqueaba el labio, deslizó el condón por su miembro erecto, se inclinó y al tiempo que cogía mis manos entre las suyas, sentí la punta de su miembro en mi sexo, me dio un leve beso y entró en mí. Gemí ante aquel placer, y allí, con sus manos sosteniendo las mías, me penetró una y otra vez hasta que llegué al orgasmo.

Se apartó quedándose de rodillas sobre la cama, me cogió de la cintura y me dio la vuelta. Y allí, apoyada con las manos sobre la almohada y las rodillas en la cama, se aferró a mis caderas y volvió a penetrarme.

Nuestros gemidos eran lo único que rompía el silencio de la habitación. Sus manos recorrían mi cintura, mis caderas, mi espalda... Sentía mi cuerpo arder, deseaba que aquello no acabara nunca, quería sentir a Dean dentro de mí toda la noche.

Pero no pude evitar que llegara el orgasmo, y no solo el mío sino también el de Dean. Al tiempo que aquella sensación tan placentera culminaba en mí con el mejor de los orgasmos, sentía cómo él se estremecía y su cuerpo caía sobre el mío, al tiempo que susurraba:

—Avery...

Me quedé helada, ¿cómo sabía...? Oh, no, el tatuaje... Al quitarme la capa, quedaba descubierto. No podía ser verdad, mi plan se había ido al traste... maldita sea.

—Creo que te confundes —dije apenas en un susurro, esperando que no reconociera mi voz.

—¿Cómo dices?

—Me has llamado Avery —me giré y me tumbé en la cama, quedando frente a él.

—Lo siento. Pensaba en...

Se quedó callado. ¿No me había visto el tatuaje? Quizás sí, y trataba de engañarme. Entonces, decidí seguir su juego, y el mío por supuesto.

—¿En tu novia? —pregunté mientras acariciaba sus brazos.

—No tengo novia.

—Entonces estás ya casado.

—Tampoco.

Seguíamos mirándonos, bajo aquellas máscaras que escondían nuestra verdadera identidad, aunque él pudiera saber que en realidad se había acostado con Avery y no con una desconocida.

—Debería marcharme, mi amiga...

—¿Solo sois amigas?

—Sí.

—Pero ella es...

—Es bisexual. Necesitaba que alguien la acompañara hoy y... bueno aquí me tienes.

—Y tú, también...

—No —me incorporé hacia él y acerqué mis labios a los suyos—, a mí solo me gustan los hombres —y me apoderé de sus labios lentamente.

Mientras le besaba deslicé mis dedos por su espalda, era tan suave. Su cuerpo aún estaba caliente, igual que el mío. Sus manos cubrieron mi cuerpo de caricias, me cogió por la cintura y me sentó a horcajadas sobre él, sin dejar de besarnos ni de acariciarnos.

Sentí que se excitaba de nuevo, y su erección hizo contacto directo en mi sexo que reaccionó provocando un gemido de placer saliendo de mis labios.

No podía apartarme de él, no quería irme. Quería estar con él en aquella cama, amándole, entregándole mi cuerpo y sucumbiendo a nuestros más escondidos placeres.

Me cogió de nuevo por la cintura, me levanto levemente y volvió a dejarme, esta vez sobre su erección, mientras me penetraba lentamente.

Grité y clavé mis uñas en su espalda, aquello me pareció maravilloso.

Aferrado a mis caderas, me balanceaba adelante y atrás, besando mi cuello, jugando con su lengua alrededor de mis pezones, mordisqueándolos, besándolos.

Se incorporó sin soltarme, sin dejar de penetrarme, me recostó en la cama y quedó sobre mi cuerpo, besándome apasionadamente mientras me penetraba una y otra vez, hasta que, con nuestros cuerpos temblorosos, llegamos de nuevo al orgasmo.



Abrazados, con las piernas entrelazadas, sobre un montón de sábanas arrugadas, ahí estábamos los dos después de horas de pasión y sexo.

—Son casi las seis —dijo cogiendo su reloj de la mesita.

—¿Qué? No puedo creer que sea tan tarde. Debo bajar, mi amiga...

—Tu amiga se habrá ido. Todos se habrán ido.

—No puede ser. Sabían que estábamos aquí —dije tratando de levantarme.

—No te muevas. Aún eres mía —sus brazos me sostenían, era imposible moverme.

—Me tengo que ir, de verdad.

—Puedo llevarte a casa después.

—No, no puedes.

Conseguí que me soltara, me levanté sabiendo que con el pelo suelto cubriendo mi espalda no vería el tatuaje, cogí la capa y me la puse mientras Dean me observaba, con un brazo apoyado en la almohada.

—¿Volveré a verte? —preguntó mientras me ataba el lazo a la cintura.

—No lo creo. Además, ya tienes a alguien en tus pensamientos. De hecho... has hecho el amor con mi cuerpo, pero era a ella a quien veías. ¿O acaso me equivoco?

Abrió la boca, pero no dijo nada, simplemente se quedó mirándome.

Me incliné sobre la cama, me acerqué a él y le di un leve y tierno beso en los labios.

—He pasado una noche muy placentera y satisfactoria, señor...

—Eros —respondió mientras acariciaba mi mejilla.

—Mmm... así que es usted un Dios del Amor.

—¿Y usted, señorita?

—Venus.

—Deberíamos volver a vernos, esta noche ha quedado demostrado que sabemos complacernos mutuamente.

—Buenos días, Eros.

Volví a besarle y me levanté, caminé como había visto a Karen hacerlo, contoneando mis caderas haciendo que la capa bailara con cada movimiento, abrí la puerta, me giré y sus ojos seguían fijos en mí. Sonreí, incliné la cabeza y salí de aquella habitación que había quedado impregnada en su perfume, el mío, y el aroma a sexo y pasión que nuestras feromonas habían desprendido durante horas.



Capítulo 16

Cuando me desperté tenía a Karen sentada junto a mí, observándome mientras dormía.

—Me acabarás matando de un susto —dije mientras me desperezaba.

—Vaya, vaya. Cenicienta ha llegado tarde a casa, o temprano según se mire.

—Bueno, teniendo en cuenta que tuve que esconderme en el baño de la planta baja hasta que le escuché marcharse... No podía verme entrar aquí.

—Y qué, ¿funcionó tu plan?

—Sí, varias veces. Incluso quiere volver a ver a Venus.

—Oh, que te llamas Venus.

—Algo tenía que decir. Además, a mentir con los nombres empezó él.

—Deja que adivine... ¿Cupido?

—No, Eros.

—Bien, todo muy pasional.

—Dime que me has traído un café, por favor.

—Sip. Aquí tienes.

Me senté en la cama y disfruté de mi taza de café. Sentía cada centímetro de mi cuerpo dolorido, pero un dolor exquisito por el placer que lo había provocado.

Karen no paro hasta sacarme la información necesaria, y cuando le dije que había pronunciado mi nombre se quedó pasmada, pensando que me había pillado.

—Por suerte no fue así, aunque ahora sé que conmigo, lo único que quiere es irse a la cama, como con las demás.

—¿Y tu voz? ¿Tampoco te reconoció así?

—No, o eso espero. Aunque de haberlo hecho lo habría dicho.

—Bueno, y dime... ¿lo hace todo igual de bien que besa? Porque amiga, ¡cómo besa!

—Fue genial. Se portó muy bien. Fue tierno cuando debía serlo y... cuando se dejaba llevar era... —cerré los ojos y sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo.

—Tienes la piel completamente erizada, sí que debe ser bueno. Ains, tenía que haberme quedado...

—¡Oye!

—Es broma. Yo hice lo que me habías pedido. Pero debo serte sincera, me habría gustado participar, pero solo habría tenido ojos para ti —se inclinó y me besó la frente—. Vamos, son casi las tres. Debes comer algo. Amanda quiere que vayamos a la oficina.

—Está bien. Voy a darme una ducha y enseguida bajo.

Mientras Karen salía del dormitorio yo buscaba en el armario qué ponerme. Y cuando por fin me decidí por uno de mis vestidos veraniegos, entré en el baño y preparé la ducha. Cuando me quedé desnuda frente al espejo no podía salir de mi asombro. Tenía algunas marcas por todo el cuerpo. Pero la que más se veía era la que tenía en el hombro derecho. Tendría que cubrirla con maquillaje para que no se viera, ya que el vestido era de tirante fino.



—Avery, tienes la comida en la cocina —dijo la señora Matthews—. Karen está allí esperándote.

—Gracias señora Matthews.

Cuando entré en la cocina Karen estaba sirviéndose un té frío. Me senté y disfruté de la ensalada y la tortilla que me había preparado la señora Matthews.

—La he pedido que te hiciera algo ligero.

—Gracias Karen. Tengo un problema.

—¿Qué pasa?

Me levanté, comprobé que no había nadie cerca y me acerqué a ella para mostrarle las marcas.

—¡Madre mía! Sí que estaba excitado anoche el señor Eros.

—Esto un desastre Karen. He tenido que cubrir con maquillaje esta de aquí —dije señalando el hombro.

—Bueno, no se nota nada.

—Ya, pero, ¿y si tengo una sesión esta semana? Esto es un desastre.

—No te preocupes, pensaremos en algo. Amanda puede ayudarnos.

—¡Por favor, qué vergüenza!

—Vamos, come que tenemos que irnos.

Resignada, me senté a terminar de comer y me tomé otro café. Apenas había dormido unas horas y estaba tan agotada de la noche anterior que lo último que quería era quedarme dormida en alguna parte.

—Hola, Amanda —saludé cuando entramos en su despacho.

—Hola, queridas. Y bien, ¿qué tal tu plan, Avery?

—Le fue bastante bien. Y el señor Mayer... bueno... —Karen me levantó el vestido y le mostró las marcas.

—¡Sí que fue bien, sí! Por suerte eso pasará en unos días, y hasta la próxima semana no tienes ninguna sesión.

Respiré aliviada, y a la vez avergonzada.

—¿Le dijiste que eras tú?

—No, y pareció que tampoco lo sabía.

—En eso estoy de acuerdo. La primera llamada que he recibido esta mañana era suya, y quiere volver a ver la señorita Venus la próxima semana.

—¿Qué? Creí que le había quedado claro que no volveríamos a vernos. Ahora sé que solo quiere llevarme a la cama.

—Entonces, sigue jugando con él —dijo Amanda.

—Que las dos jueguen con él —propuso Karen—. Que Avery acepte asistir a una fiesta, se retire pronto y aparezca Venus.

—No creo que sea buena idea.

—Déjame decirte que es perfecta —intervino Amanda—. De ese modo sabremos si el señor Mayer de verdad quiere a la joven, preciosa y tímida Avery Baker, o a la joven, tímida y a la vez pasional Venus.

—¿Y yo era la loca? —pregunté.

—Todas somos un poco locas alguna vez.

—Pero será complicado, y se dará cuenta. Cuando Avery se marche y de repente aparece Venus.

—No, de repente no. Porque si la ve de lejos...

Mi plan parecía haber funcionado, y este nuevo plan me parecía algo descabellado, pero quizás tenían razón.

—Si Venus y yo estamos en el mismo lugar, sabrá que no soy Venus, y si la mira estando conmigo será que solo quiere llevarme a la cama.

—Bueno, tenemos un nuevo plan —dijo Karen.

—Llámale, queda para tomar una copa esta noche. Y sacas el tema de la fiesta, a ver qué te cuenta de anoche, y le dices que quieres acompañarle a la que dará dentro de dos semanas.

—Bien, pero no tengo su teléfono.

—Querida, tu jefa tiene la solución. Aquí tienes. Llámale.

Cogí el papel que me dio Amanda y saqué mi teléfono del bolso. Marqué su número y mientras esperaba que descolgara sentía que me temblaban las piernas.

—¿Hola? —su voz al otro lado del teléfono era como una descarga para mi cuerpo.

—Hola, ¿Dean? —pregunté.

—Sí. ¿Quién es?

—Avery, soy Avery Baker.

—Hola, Avery, ¡qué sorpresa!

—Sí, ¿verdad? Verás... estaba pensando en... el sábado por la noche y... me preguntaba si... te apetecería tomar una copa, esta noche.

—Claro, sí, me apetece. ¿A qué hora te recojo?

—Oh, hora... —miré a Karen y Amanda y ambas me hacían señas con los dedos, cerré los ojos y respondí sin pensar—. A las diez, ¿te viene bien?

—Perfecto, a las diez estaré en casa de Amanda. ¿Entro o te espero en la puerta?

—Mejor en la puerta, yo salgo.

—Ok, pues... hasta la noche.

—Adiós.

Colgué y tiré el teléfono sobre la mesa. Estaba nerviosa. Y eso que ya me había acostado con él. Pero Dean no lo sabía.

La sonrisa de Karen y Amanda era como de un triunfo para ellas. Se levantaron, me cogieron la mano y salimos del despacho en busca de «algo que le impresione» dijeron al unísono. Claro que tenía que cubrir las marcas que me había dejado la noche anterior o sabría que yo era Venus.



Cuando se abrió la puerta vi las luces del coche. El mismo deportivo negro en el que me había traído a casa el sábado por la noche.

Caminé hacia él mientras sentía que sus ojos se clavaban en mí.

—Buenas noches —dijo bajándose del coche.

—Buenas noches.

—Está usted impresionante, señorita Baker.

Karen y Amanda habían escogido un vestido negro ceñido al cuerpo, por encima de las rodillas y espalda descubierta. Y acompañado de unos taconazos, algo de maquillaje y el pelo recogido, era el look perfecto para una *femme fatale*.

Se acercó, dejó una mano sobre mi cintura y me besó la mejilla.

—Espero que no hayas cenado. He reservado mesa en un restaurante donde se come de maravilla.

—Dean, no era necesario. Hablamos de una copa...

—Bueno, después de cenar nos tomamos esa copa. Vamos.

Me acompañó al coche, abrió la puerta y esperó a que estuviera bien acomodada para cerrarla. No podía dejar de mirarle mientras caminaba por delante del coche. No llevaba esmoquin, pero estaba atractivo igualmente. Una camisa blanca, que marcaba cada uno de los músculos de sus brazos y sus pectorales, con algunos botones abiertos, pantalón negro y zapatos. Su aroma estaba impregnado en el interior del coche, cerré los ojos y recordé la noche anterior.

El sonido de la puerta al cerrarse me hizo volver a la realidad.

—¿Lista? —preguntó abrochándose el cinturón.

—Claro.

Puso el coche en marcha y salimos de allí.

Tras veinte minutos, paró el coche en Madison Avenue frente a un edificio cuya fachada era de ladrillos rojos y los marcos de las ventanas en color madera oscura, igual que la puerta de entrada. En la fachada se leía, en un cartel luminoso, *Nuit à Paris*^[2] junto a una Torre Eiffel.

El aparcacoches se acercó a mi puerta, la abrió y me tendió la mano para ayudarme a salir del

coche. Cuando Dean salió, el aparcacoches se acercó y cogió las llaves.

—Este sitio te va a encantar. Es muy tranquilo —dijo dejando su mano sobre mi cintura mientras caminábamos hacia la entrada.

—Buenas noches señor Mayer— saludó el recepcionista cuando entramos.

—Buenas noches Bill. Tengo reserva.

—Por supuesto —el recepcionista miró su libro, confirmó la reserva y nos acompañó a la mesa.

Mientras caminábamos detrás de aquel hombre, que no tendría más de cuarenta años, recorrí con la mirada el lugar. Las paredes estaban pintadas en tono salmón, y adornadas con fotografías de diferentes lugares de la ciudad francesa.

Unas espectaculares lámparas con cristales colgaban del techo, las mesas lucían con impolutos manteles blancos y las sillas, de madera oscura como los marcos de las ventanas y la puerta, estaban tapizadas en el mismo tono salmón de las paredes.

—Enseguida les atenderá Chantalle —dijo el recepcionista retirando la silla para que yo me sentara.

—Gracias Bill.

Las copas de cristal eran preciosas, su tallo era fino y en color plateado.

Como había dicho el recepcionista, Chantalle llegó con dos cartas en la mano, nos las ofreció y preguntó qué íbamos a beber.

—El vino de siempre, por favor.

—Claro señor Mayer.

Cuando nos quedamos solos de nuevo, abrí la carta y hojeé lo que había. La verdad es que según los nombres parecía que todo estaría delicioso.

—¿Han decidido ya, señor? —preguntó la camarera.

—¿Tú que quieres, Avery?

—Oh, pues... *filet mignon* con verduras, por favor.

—Bien, trae dos *filet mignon*. Gracias Chantalle —pidió Dean entregándole la carta.

La camarera cogió la mía y se retiró con una sonrisa.

—Vienes mucho, ¿verdad? —pregunté cogiendo mi copa de vino.

—Siempre que puedo.

—¿Acompañado?

—A veces, con mi hermana.

—Seguro que tienes a las mujeres haciendo cola para salir contigo.

—Te equivocas. La mayoría de mujeres que conozco me las presenta mi hermana.

—Oh, ¿no quieres salir con una modelo?

—Son mujeres muy bellas, no lo voy a negar. Pero no me he sentido atraído por ninguna.

—Me consuela saber que no serás uno de mis fans en este trabajo.

—Te conocí antes de saber quién eras, y me gustaste desde el primer momento.

Bien, la oportunidad para preguntarle por la fiesta de la noche anterior había llegado antes de lo que yo esperaba.

—¿Qué tal la fiesta de anoche?

—Faltabas tú.
—Seguro que estuviste con alguien.
—Sí, hubo una mujer, pero no eras tú.

Al menos no me había mentido.

—Así que te acostaste con alguien.

—Sí.

—Si hubiera estado yo en esa fiesta, ¿también habrías intentado acostarte conmigo?

—No, contigo es diferente. Me gustaría conocerte, y como no querías que nos viéramos pensé que al menos podríamos hablar y tomar unas copas en esas fiestas.

—¿Volverás a ver a esa mujer?

—Quién sabe. Ayer acompañaba a una amiga. Tal vez no coincidamos más.

—Y si coincidís... ¿volverías a llevártela a la cama?

—Tal vez.

—¿Si tuvieras novia seguirías acostándote con desconocidas en esas fiestas?

—No lo sé Avery. Tal vez sí.

—Si lo hicieras, significaría que realmente no amas a esa persona.

—Dejemos de hablar de ello. Quiero saber más cosas de ti.

En ese momento sonó mi teléfono. Recordé que era lunes y que le tocaba a Connor llamarme a mí.

Lo saqué del bolso, me disculpé con Dean y fui hacia el baño para hablar.

—¡Hola! ¿Qué tal el fin de semana? —preguntó cuando descolgué.

—Bien. La fiesta de Newman fue bastante bien.

—¡Te he visto en todas las portadas! Estabas impresionante Avery.

Después de unos minutos hablando con Connor regresé a la mesa. Los ojos de Dean recorrían palmo a palmo mi cuerpo, mientras contoneaba las caderas al andar.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, disculpa. Era un amigo. Hoy he salido en todas las portadas.

—Sí, te he visto. Por suerte yo disfruté de tu presencia aquella noche.

—Me ha comentado Amanda que dará una fiesta dentro de dos semanas. Y... me preguntaba si... vas a ir.

—Si me envía invitación, sí.

—¿Tienes acompañante?

—Suelo ir solo.

—Me gustaría acompañarte, si tú quieres.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí, podríamos hablar y tomar una botella de champagne.

—Claro, eso estaría bien.

El resto de la cena hablamos de los niños de la asociación, y como tenía toda la semana libre y sin sesiones, quedé en acompañarles el miércoles a verlos. Había pensado llevarlos a comer y después a ver un partido de baloncesto, así que podría estar bien verle en un ambiente menos... lujurioso.

—Espero verles pronto, señor Mayer —dijo el recepcionista.

—Seguro que sí Bill, seguro que sí.

Dean me cogió por la cintura y me atrajo hacia él, ni siquiera traté de evitar ese acercamiento pues me gustaba estar así con él.

El aparcacoches fue a buscar el deportivo de Dean y minutos después lo aparcó frente a nosotros, Dean abrió la puerta para que entrara y cuando caminaba hacia su asiento, le dio una propina al muchacho que se lo agradeció con una sonrisa.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó mientras ponía el coche en marcha.

—No sé, no conozco gran cosa...

—Vamos a Casiopea, no será difícil entrar.

—Oh, pero no avisé a Karen...

—Tranquila, conozco a Zack.

—Claro, olvidaba que me habías visto allí...

—Y tuve que contenerme para no partirle la cara al tío con el que estabas la última noche.

—Connor es inofensivo. Es mi mejor amigo.

—No parecía eso aquella noche. Te comía con los ojos, y te besó varias veces, sin que te negaras.

—No me dirá que está celoso, señor Mayer.

En ese momento puso su mano sobre la mía, nuestras miradas se encontraron y mordisqueé mi labio.

—Te dije que quería que fueras mía.

—Dean, eso...

—Tranquila, sé que las cosas tienen que seguir su curso y lo que tenga que ser, será.



Como era habitual, la gente hacía cola para entrar en la discoteca. Cuando llegamos y saludamos a Zack, algunas de las chicas me reconocieron de las revistas, y por primera vez me sentí como las famosas de Hollywood.

—¡Sí, es ella! —dijo una de las chicas.

—¡Avery! ¿Te haces una foto con nosotras, por favor?

Me sonrojé, sentía mis mejillas ardiendo, y Dean me cogió la mano y nos acercamos a ellas.

—Si me dejan uno de sus teléfonos, señoritas, les hago la foto —se ofreció Dean.

—Coja el mío —respondió una de ellas.

Dean sonrió y me hizo sonreír también, y aprovechó para hacer la foto.

—Muy guapas todas. Aquí tiene, señorita. Ahora, si nos disculpan, vamos a tomar algo frío para soportar este calor.

—¡Gracias Avery! ¡Eres guapísima!

—Adiós —dije levantando la mano.

Cuando regresamos con Zack, no tardó en abrir la puerta sin que tuviéramos que decirle nada.

—Buenas noches señorita Baker. Karen la puso en la lista de habituales. Buenas noches señor Mayer. Que se diviertan.

—Gracias Zack —dijo Dean mientras estrechaba su mano.

—No puedo creer que me hayan reconocido.

—Avery, tendrás que acostumbrarte. Ahora eres imagen de dos de los mejores.

—Pero... no pensé que tan pronto...

—Si no hubiéramos venido hoy, te habrían reconocido cualquier otro día.

—Quizás deberíamos irnos...

—Tranquila, iremos a un reservado. Nadie nos molestará allí.

—Vale. Gracias.

Me cogió la barbilla, se inclinó hacia mí y me dio un leve beso en los labios.

Dean había ido al baño, y aprovechando que estaba sola le envié un mensaje a Karen. No tardó en responder, y acababa de llegar a la discoteca con Peter. Al parecer habían adelantado su cita del viernes.

—¡Cenicienta! —gritó al entrar y se abalanzó sobre mí.

—Hola.

—Hola, Avery.

—Hola, Peter.

—¿Estás sola? —preguntó Karen al ver que Dean no me acompañaba.

—No, ha ido un momento al baño.

—¿Has venido con tu novio? —me preguntó Peter.

—No tiene novio. Ha venido con Dean Mayer.

—Pero solo somos amigos.

—Claro, y estáis aquí porque...

—Porque me han reconocido unas chicas en la entrada y no quería que volviera a pasar.

—Vale, no te enfades.

—Vaya, te dejo sola unos minutos y buscas refuerzos —dijo Dean al entrar.

—Le escribí un mensaje y me dijo que estaba aquí.

—¿Qué tomáis?

—Oh, pues... ¿os parece bien unos margaritas? —preguntó Karen arqueando las cejas.

—Sí, perfecto.

—Voy a por ellos. ¿Me acompañas, Peter?

—Claro, vamos.

Cuando salieron, Dean se sentó de nuevo a mi lado y me sonrió.

—Si te incomoda que estén...

—No, no te preocupes. Si tú estás bien, yo lo estoy.

—Gracias.

—Además, el miércoles vas a pasar un día entero rodeada de niños y adolescentes por mí.

—Fui niñera, ¿recuerdas?

—Sí, pero tenías un solo niño a tu cargo. El miércoles serán... cuatro niños míos y tres adolescentes, y para ti habrá dos niñas y una adolescente. ¿Crees que podrás con diez?

—Once, contándote a ti.

—Espero que al final del día tengas un hueco para mí.

—Depende.

—¿De qué?

—De si te portas bien...

No pude evitarlo, me acerqué a él y le besé con las ganas que había estado conteniendo durante toda la noche. Sus manos rodearon mi cintura y las mías se entrelazaron alrededor de su cuello.

—No sabes cuánto te deseo ahora mismo, Avery Baker —susurró mientras me besaba el cuello.

Mi reacción tal vez no fue la que él esperaba. Me separé rápidamente y puse mis manos en su pecho. No podía seguir con aquello porque sabía que sería incapaz de parar y acabaría acostándome con él.

—Lo siento, no debí... —se disculpó, soltándose.

—No es tu culpa, he sido yo.

—¡Ya están aquí los margaritas! —el grito de Karen es como un salvavidas para mí.

—Genial, tengo sed —dije cogiendo una copa.

Nos despedimos de Karen y Peter. Habíamos pasado una velada agradable, hablando y riendo mientras tomábamos algunas copas. Afortunadamente yo empecé a tomar refrescos, no estaba acostumbrada a beber en exceso y no quería empezar ahora.

—Lo he pasado bien esta noche —dijo mientras caminábamos hacia el coche.

—Yo también.

—Quizás podríamos repetirlo.

—Tal vez.

—Avery. Iremos despacio si es lo que quieres.

—Dean, ahora no pienso en una relación, eso es todo.

—Entiendo.

Abrió la puerta del coche y entré. Viéndole caminar delante del coche me sentí estúpida, ¿cómo podía rechazar a un hombre así? Tenía unos gustos... especiales en cuanto a sus hobbies se trataba, pero por lo demás era perfecto.

Durante el camino no dije ni una palabra. Tan solo miraba por la ventana mientras escuchaba la música que sonaba en la radio. Y en ese momento fue como si hubieran leído en mis pensamientos, mientras el presentador ponía *I want to know what love is*^[3].

Sí, realmente me sentía así. En mi vida también había habido tristeza y dolor, y no quería enfrentarme de nuevo a eso, a lo vivido con Adam, con Connor...

—Gracias por esta noche —dije cuando llegamos a casa.

—Cuando quieras, podemos repetir.

—Buenas noches Dean.

—Buenas noches. Te veo el miércoles.

—Sí, hasta el miércoles.

Abrí la puerta y salí del coche, y antes de que entrara por la puerta, sentí su mano sujetando la mía.

—Espero que me perdones —dijo atrayéndome hacia él.

Antes de que pudiera hablar me besó. Y ni siquiera intenté detenerle. Dejé que lo hiciera, dejé que me arrebatara aquel beso que hizo que me estremeciera hasta el rincón más profundo de mi ser.

Dios, cómo me gustaban sus besos.

—Buenas noches —susurró antes de apartarse.

Y no dije nada. Me quedé allí, mirando cómo caminaba hacia su coche y entraba para alejarse de mí.

Suspiré, sonreí y sentí que podría funcionar, que entre nosotros podría haber algo.

Y con esa sonrisa de adolescente a la que han besado por primera vez, entré en casa donde Amanda me esperaba tomando una copa de vino blanco sentada en el sofá.

—¿Cenicienta se lo ha pasado bien? —preguntó sonriendo.

—Dime que aún queda vino en esa botella.

—Sírvete querida.

Me serví una copa y me senté junto a ella, brindamos por nada en especial y por todo en particular.

Ella conocía bien a Dean, eran buenos amigos desde que se conocieron y si podía confiar en alguien para que me ayudara a aclarar mis ideas, esa era Amanda.



Capítulo 17

Con mis vaqueros desgastados, una camiseta roja de tirantes, mis zapatillas y una trenza, salí a la calle a esperar a que llegara Dean.

Iríamos a pasar el día con niños y adolescentes, así que lo mejor era ropa cómoda.

Su deportivo negro apareció minutos después de que yo saliera, paró frente a mí y subí al coche.

—Mmm... me gustan esos vaqueros, señorita Baker —dijo acercándose para darme un leve beso en los labios.

—Creo que en este coche no vamos a poder ir doce personas.

—No, por eso tengo una furgoneta esperando en la asociación.

—Vaya, tienes todo planeado.

—¿Lo dudaba, señorita?

Sonreí mientras me abrochaba el cinturón. Cuando volví a mirarle me preguntó si estaba lista para cientos de preguntas de niños curiosos y puso el coche en marcha.



Cuando llegamos me sorprendió ver que donde vivían esos niños y adolescentes era como una escuela. No parecía un orfanato como otro cualquiera.

Bajamos del coche y frente a las escaleras de entrada había una furgoneta. Sin duda, el señor Mayer estaba en todo.

—Vamos, entremos.

Me cogió la mano y caminamos hacia las escaleras, subimos y al entrar nos recibió una señora de unos cincuenta años, uniformada y con una amplia sonrisa.

—¡Señor Mayer! Me alegra volver a verle. Los chicos estaban deseando que llegara.

—Buenos días señora Gobs. Le presento a Avery Baker.

—Encantada de conocerla señorita Baker. Bienvenida a nuestra asociación.

—Gracias —dije estrechándole la mano.

—Por favor, pasen. Los chicos esperan en la sala. Se alegrarán de verle.

—Vamos Avery. Por aquí.

Caminamos por el pasillo, en el que había varias salas donde niños y niñas jugaban, leían o veían la televisión.

El edificio era enorme, tenía al menos siete plantas, así que aquella era la casa de cientos de niños y niñas que no tenían nada.

Cuando llegamos a la última puerta tan solo se escuchaba la televisión. Sin decir nada nos quedamos allí parados unos minutos, observándolos.

Los más pequeños veían los dibujos, mientras que los mayores estaban distraídos con alguna revista o jugando con el teléfono.

—¿Listos para un día entre hermanos? —preguntó Dean entrando en la sala.

—¡Dean! —gritaron los más pequeños corriendo hacia él.

Cogió al más pequeño de todos en brazos, besó a los otros tres, abrazó a la jovencita pelirroja y estrechó la mano de los dos más mayores.

Las dos niñas y la otra muchacha joven se acercaron a él y le saludaron educadamente.

—Avery, ven, acércate —me pidió Dean girándose hacia mí.

Sonrei y caminé hacia ellos. Una de las pequeñas sonrió y le estiró de la camiseta a la mayor que tenía a su lado.

—Es la chica de la revista —susurró señalando la revista que la mayor tenía en la mano.

—Sí —respondió Dean—, Avery es modelo.

—Es muy guapa. ¿Es tu novia? —preguntó el pequeño que Dean tenía en brazos.

—Sí, es muy guapa. Pero no, no es mi novia. Es una amiga.

—Vaya, entonces Kevin y yo tenemos posibilidades —se atrevió a decir uno de los jóvenes guiñando un ojo al otro.

—Ni se te ocurra pensar eso Dylan.

—Era broma, hermano mayor.

—Avery, ellas son Paula y Angie, tienen siete años. Y ella es Annie, tiene dieciséis años.

—Hola. Me alegro de conoceros. Me ha dicho Dean que yo podría ser vuestra hermana mayor. Si os parece bien, claro.

—¡Sí! —gritaron las pequeñas abalanzándose sobre mí.

—Cuidado canijas, no la vayáis a asustar —dijo Annie.

—Tranquila, fui niñera cuatro años, y ese pequeño era mucho más travieso de lo que imaginas.

—Avery, ellos son Dylan, Kevin y Sarah, los mayores, tienen diecisiete años. Aquí están Luke, Clark y Steve de ocho años, y este hombrecito es mi benjamín, Aiden que tiene cinco años.

—Encantada de conoceros a todos.

—Y ahora sí, ¿listos para irnos?

—¡Sí! —gritaron los pequeños al unísono.

Los pequeños cogieron sus mochilas, Dean cogió la de Aiden, y las niñas se cogieron a mis

manos antes de salir.

Cuando la señora Gobs nos vio aparecer arqueó las cejas y suspiró.

—Por favor, portaros bien con el señor Mayer y la señorita Baker.

—Sí, señora Gobs —respondieron.

—Después del partido iremos a tomar una pizza. Así que los traeremos de vuelta a las once.

—Muy bien. Le diré a Cloe que esté atenta para acostar a los pequeños.

—Adiós, señora Gobs —me despedí sonriendo, con mis niñas cogidas de la mano.

—Vamos, todos a la furgoneta.

—Dean, parecemos un equipo de baloncesto ya, tío —dijo Dylan.

—Bueno, yo siempre he querido tener muchos hijos, así que esto me sirve para entrenar —comentó sin apartar la mirada de mí.

—Avery, creo que quiere que tú le des esos hijos —aseguró Sarah sonriendo.

—Sarah Mary Peterson... —la regañó Dean, frunciendo el ceño.

—Perdona hermano mayor, era broma. Aunque me gusta para ti, hacéis buena pareja.

Sentí mis mejillas sonrojarse, me mordisqueé el labio y sonreí.

Todos estábamos listos, Dean puso la furgoneta en marcha y los pequeños empezaron a cantar.



Cuando llegamos a Central Park era como si nada hubiera cambiado para mí, solo que no era Connor con quien estaba, sino con Dean, y un montón de niños y adolescentes que parecían muy felices con él.

—Vamos al puesto de Norman a por la comida —dijo Dean.

—Yo quiero una hamburguesa grande —pidió el pequeño Aiden.

—Canijo, esas hamburguesas son más grandes que tú.

—¡Pero yo quiero una!

—¿Tan grandes son? —pregunté.

—¿Qué? ¿Nunca has comido una Big Norman? —preguntó Kevin.

—No.

—Espera a verlas —contestó Sarah.

Dean me miró y sonrió, mientras afirmaba con la cabeza de arriba abajo.

Al llegar al puesto de Norman había varias mesas con gente comiendo. Sarah se acercó, y señalando levemente con la cabeza me mostró la hamburguesa Big Norman.

—Vaya. Yo de ahí saco dos... o tres hamburguesas.

—Ya te dije que eran grandes —me dijo Dean acercándose a mí.

—Vaya, ¡hola Dean! —le saludó un señor con un delantal blanco lleno de manchas y un gorro.

—Hola, Norman.

—Hoy vienes más acompañado que de costumbre.

—Sí, hoy traigo a mis hermanos pequeños, y a una amiga con sus nuevas hermanas.

—Bien, eso es que la familia crece. ¿Qué os pongo?

—Pues...

Dean me miró, sonrió y yo suspiré. En aquel momento me dejaba a mí pedir lo que todos comeríamos.

—Vale, a ver. Dylan y Kevin, ¿una Big Norman para cada uno? —pregunté.

—Sí.

—Muy bien... veamos... de una Big Norman podemos sacar dos normales, así que... Luke y Clark compartirán una, Steve la compartirá con Dean, Sarah con Annie, Paula con Angie y Aiden conmigo. Serán seis Big Norman, cuatro raciones de patatas fritas y... una botella de coca cola, una de naranja y otra de agua.

—Vaya Dean, me gusta esta chica —dijo Norman arqueando las cejas.

—Sí, a mí también —secundó Dean sin apartar los ojos de mí.

Dylan y Kevin silbaron mientras yo sentía mis mejillas arder.

—Chicas, juntemos dos mesas —pedí cogiendo a Aiden en brazos.

Las chicas y los niños vinieron conmigo, mientras Dylan y Kevin se quedaron con Dean para traer todo lo que habíamos pedido.

Durante la comida los chicos hablaron de sus estudios, de la beca que les habían dado para la universidad y de las ganas que tenía Sarah de empezar arquitectura.

—Espero que algún día pueda trabajar con Dean. Tengo mucho que agradecerle.

—Seguro que serás una gran arquitecta. Y tú Annie, ¿qué quieres estudiar?

—Derecho. Me gustaría ser abogada.

—Oh, es una carrera estupenda.

—Pero no sé si conseguiré una beca, como ellos. Mis notas no son demasiado buenas.

—No te desanimes Annie, te lo he dicho muchas veces. Estás aprobando todo —dijo Dean.

—Pero no es suficiente para una beca. Y si el próximo curso no se me da tan bien...

—Bueno, creo que para eso están las hermanas mayores, ¿no? —me ofrecí, abrazándola—. Yo te ayudaré. Aunque seguro que eres mejor estudiante de lo que yo fui. Aprobaba, eso os lo aseguro. Pero mi vida también fue complicada y no pude ir a la universidad, ni siquiera había oportunidad para que me dieran una beca.

—¿Y qué hiciste?

—Bueno... empecé a trabajar como niñera. Y después de cuatro años mis jefes se mudaron, así que empecé a trabajar limpiando una casa y ahí me salió la oportunidad de ser modelo.

—¿Por qué no pudiste tener una beca? Si tenías buenas notas.

—Mis padres murieron cuando yo tenía ocho años, y me tuve que ir a vivir con la hermana de mi madre. No solía estar en casa y yo me quedaba sola, me quedé a doce décimas de poder conseguir una beca, pero al parecer había otra chica que la merecía más que yo, y como tampoco tenía dinero no pude pagarla. Cuando cumplí dieciocho años me fui de casa de mi tía, busqué un trabajo y hasta hoy.

—Mis papás también murieron —dijo Angie.

—Lo siento mucho cariño.

—Los míos me abandonaron. Debieron pensar que eran demasiado jóvenes para atarse a un bebé —confesó Dylan.

Cada uno tenía su propia historia, pero todos coincidían en que habían quedado huérfanos o los habían abandonado.



Después de que los pequeños corretearan a su antojo por todo Central Park, regresamos a la furgoneta para ir al partido de baloncesto.

Fuimos hasta las afueras y llegamos al *Sócrates High School*, haciendo que mi mente regresara a mis años de adolescente. Sí, no hacía tanto tiempo de aquellos años, pero con el paso del tiempo había olvidado algunas cosas.

—Hemos llegado —dijo Dean aparcando la furgoneta.

—¿El partido es aquí? —pregunté.

—Sí. Es una liguilla juvenil. Todos los veranos hay partidos entre institutos de aquí y de otras ciudades. Y hoy juegan los de este instituto, que fue el mío, contra los del instituto de Los Ángeles.

—¿Y tienes entradas para todos?

—Te contaré un secreto —Dean se acercó a mí y susurró—. Me encargo de las equipaciones desde hace años. No pago por entrar, y los que me acompañan tampoco.

Con su perfecta sonrisa y un rápido guiño de ojo, cogió a Aiden en brazos y lo sacó de la furgoneta.

—¡Vamos chicos, compremos algo de beber! —dijo señalando el puesto que había a la entrada.

—¿Podemos comprar palomitas? —preguntó Paula.

—Claro que sí, y patatas fritas.

—¿Y helados? —preguntó Aiden.

—Mmm... helados... suena fresquito. Eso para más tarde.

—Vale.

Y como si de una familia cualquiera se tratase, allí estábamos Dean y yo rodeados de niños y adolescentes comprando bebidas, palomitas, patatas y toda clase de chucherías que pidieron los más pequeños.

Cuando entramos al pabellón del instituto y sentamos a los chicos, Dean me dejó con ellos y bajó a saludar al entrenador y a los jugadores. Todos chocaban la mano con él, estaba claro que le conocían desde hacía tiempo.

Mientras hablaba con el entrenador señaló hacia donde estábamos nosotros esperándole y

después hizo un gesto para que bajáramos.

¿Acaso se creía que sería fácil que bajara yo sola con seis niños y cuatro adolescentes? Sí, debió pensarlo porque insistió y tuve que organizar a los mayores para que me ayudaran.

Y mientras Dylan cargaba en hombros a Luke y cogía de la mano a Clark, Kevin cargaba a Steve, Sarah se encargaba de Paula, Annie de Angie y yo de Aiden.

Parecíamos la familia Brady.

—Aquí estaremos mejor —indicó Dean señalando la fila que más cerca estaba del banquillo.

—Pero los pequeños...

—Tranquila, se portan bien. Solo se mueven en los descansos. Además, saben que si se portan bien después el entrenador les deja jugar, ¿verdad?

—¡Sí! —gritaron los cuatro niños.

—Está bien. Chicos, nos sentamos aquí —dije para que Dylan y Kevin dejaran a los pequeños en sus asientos.

—Avery, quiero presentarte a Brian. Era la estrella del equipo cuando íbamos al instituto.

—Esa era otra época. Ahora las estrellas son ellos. Encantado de conocerte Avery.

—Igualmente.

—Tienes buen gusto Mayer.

—Voy con los chicos... —dije sonrojándome de nuevo.

Aiden era un niño adorable. Al ser el más pequeño se sentía vulnerable, y constantemente quería estar en brazos de Dean, o en los míos. Y a mí no me importaba, era todo ternura.

El pabellón estaba repleto. No había ni un solo asiento libre en las gradas. La música comenzó a sonar por los altavoces y después nombraron a los dos equipos dando comienzo al partido.

La verdad es que los pequeños se estaban portando realmente bien. Sentados viendo el partido sin moverse de sus asientos.

En el primer descanso Dean cogió a los pequeños y fue a comprarles helados, cuando regresaron traían helados para todos.

Al comenzar de nuevo el partido sonó el teléfono de Dean, pidió a Dylan y Kevin que se encargaron de los pequeños y me dijo que regresaba enseguida.

Pero los minutos pasaban, comenzó el segundo descanso y Dean no había regresado.

Me puse en pie y sin perder de vista a los niños miraba cada dos minutos hacia la puerta.

Comenzó el partido y volví a sentarme con Aiden sentado en mis piernas.

Saqué mi teléfono del bolsillo y marqué el número de Dean, pero comunicaba todo el tiempo así que aquella debía ser una conversación demasiado importante.

Cuando el árbitro pitó para que comenzara el último descanso, volví a levantarme y vi a Dean entrando en el pabellón.

—¿Todo bien? —pregunté cuando se acercó a nosotros.

—Sí. Un cliente con el que me reunía mañana ha llamado para cancelarlo, y como quiere ver los planos que iba a mostrarle mañana, he tenido que llamar a la oficina para que se lo envíen por email. ¿Cómo van nuestros chicos? —preguntó cogiendo a Aiden y subiéndole a sus hombros.

—Ganamos por poco. A ver si siguen así de bien —respondió Kevin.

—Seguro que sí.

Y el partido comenzó de nuevo. Ver allí a Dean, lejos de su impecable esmoquin, de las fiestas con modelos y las fiestas de Amanda, sonriendo y jugando con aquellos niños, era increíble.

El partido acabó y ganó el equipo del instituto Sócrates, entre gritos y vítores de los asistentes que aplaudían y ovacionaban a los ganadores, dando un aplauso al equipo visitante por el buen partido que habían hecho.

Cuando el pabellón quedó vacío, Brian salió de los vestuarios y jugó con los más pequeños en la cancha. Ver a Aiden corriendo detrás del balón, que era casi tan grande como él, era bastante divertido.

El pobre se cayó un par de veces, pero seguía intentando quitarles el balón a los demás, hasta que Dylan, con lo rebelde y duro que parecía, le cogió en sus hombros y le dio el balón para que tirara a canasta. Y aunque no consiguió encestarla, no perdía su simpática sonrisa.

—Entrenador —dijo uno de los jugadores cuando salieron de los vestuarios.

—Buen partido chicos —les felicitó Dean—. Hoy sin duda os habéis ganado esas pizzas. Vamos, yo invito.

—¿Estás seguro? —preguntó Brian—. Aquí donde los ves, devoran lo que pillan.

—Tranquilo entrenador, traigo la chequera —respondió Dean sonriendo mientras le daba un golpe con el codo en un costado—. ¿Quién quiere pizza?

Todos levantaron la mano, tanto los jugadores como nuestros niños. Cuando Dylan dejó a Aiden en el suelo, corrió hacia mí para que le cogiera en brazos. Mirando su carita me vi reflejada en él, cuando me quedé sola con mi tía y necesitaba que me abrazara como lo hacía mi madre. Ese pequeño necesitaba todo el cariño que pudieran ofrecerle.

La pizzería estaba cerca del instituto, así que dejamos la furgoneta allí aparcada y fuimos caminando.

Cuando entramos Dean saludó al dueño con un abrazo y pidió que juntaran varias mesas para todos.

Nos sentamos y una de las camareras fue anotando las bebidas para traerlas mientras pensaban qué pizzas querían tomar.

—Entonces, ¿habéis ganado? —preguntó el dueño.

—Sí Adriano, estos chicos son los mejores. Están a tres partidos de la final.

—Si ganáis la final, la Pizzería de Adriano os invita a la cena —dijo con acento italiano.

—¡Tres hurras por Adriano! —gritó uno de los jugadores.

Mientras Dean hablaba con Brian y ultimaban detalles para el día de la final, yo me encargué de que los pequeños comieran sin llegar a excederse para que no pasaran una mala noche.

Después de las pizzas Adriano nos invitó a batidos caseros bien fríos, y los pequeños

quedaron encantados cuando les obsequió con unas bolsas que tenía preparadas para los cumpleaños que celebraba. Llevaban cuadernos para colorear, pinturas, globos y algunos caramelos.

Regresamos al instituto y nos despedimos de los jugadores, entramos en la furgoneta y volvimos a la asociación.



Los pequeños se habían quedado completamente dormidos, cada uno con su mochila entre las manos, y me daba tanta pena despertarlos que les pedimos a los mayores que nos ayudaran a llevarlos dentro.

Había varias cuidadoras en el turno de noche, así que se encargaron de ponerles el pijama y meterlos en la cama, mientras Dean y yo nos despedíamos de los mayores.

—Sarah, cuando venga a recoger a las niñas y Annie podrías venir con nosotras. Seguro que un día de chicas te viene bien. Tanta testosterona no debe ser buena —le dije sonriendo.

—Sí, estará bien. Si a Dean le parece bien.

—Claro, siempre que quieras puedes ir con ellas.

—No se hable más. Apuntarme vuestros teléfonos, y el de la señora Gobs, y os llamaré para ir al centro comercial.

—Genial.

Sarah sonrió, hacía tiempo que Dean era su hermano mayor, pero estaba claro que también necesitaba compañía femenina de vez en cuando.

—Lo hemos pasado bien. Gracias —dijo Annie abrazándome.

—Gracias a vosotros. Hacía tiempo que yo no me sentía tan a gusto.

—Debemos irnos —me indicó Dean—. Buenas noches chicos.

—Buenas noches.

Salí de allí con la sensación de que, si yo no hubiera tenido a la tía Ava, aquel lugar podría haber sido mi casa.

Por otro lado, hubiera estado bien que así hubiera sido, dado que la tía Ava apenas estaba en casa y nunca fue completamente consciente de que tenía una niña a cargo en su casa.

—¿En serio lo has pasado bien? —preguntó Dean cuando subimos al coche.

—Sí, de verdad.

—Entonces podremos repetirlo a menudo.

—Sí, me parece bien.

—Me alegro. Esto es muy importante para mí, sabes.

—Esos niños te adoran. Y tú a ellos. No hay más que ver cómo los miras.

—No creas que hago esto para limpiar mi conciencia porque voy a esas fiestas de lujuria sexual. Lo hago porque sé cuánto necesitan esos niños a alguien en su vida.

—Lo sé. Ojalá yo hubiera tenido a alguien cuando me quedé huérfana. La tía Ava no era lo que yo necesitaba.

—¿Quieres tomar una copa? Ir a un sitio de mayores, sin niños —preguntó sonriendo mientras arqueaba una ceja.

—Se hace tarde, y estoy algo cansada.

—Está bien, te llevo a casa.

Puso el coche en marcha, y cuando salimos del aparcamiento le dije que una copa estaría bien.

Paramos en un bar no muy lejos de donde yo vivía. Era un lugar tranquilo, con luz tenue y música de piano de fondo.

Dean pidió un brandy y yo una copa de vino blanco.

Entre copas hablamos de su trabajo, del que yo acababa de empezar y pasaron las horas. Cuando quise darme cuenta eran cerca de las dos y estábamos solos en el bar. Nos levantamos, Dean pagó y dejó una generosa propina, que la camarera agradeció con una sonrisa, y regresamos al coche.

Cuando paró en la puerta de la casa, bajé del coche y Dean bajó tras de mí. Se acercó, me estrechó entre sus brazos sin dejar de mirarme y volvió a darme las gracias por aquel día.

—Los niños han estado muy a gusto contigo hoy.

—Yo con ellos también. Son increíbles. Y Aiden me ha robado el corazón.

—Vaya, así que tendré que competir con un jovencito de cinco años.

—Dean...

—Todos son importantes para mí, pero Aiden... Si nadie le adopta me gustaría hacerlo yo.

—Vaya, no sé qué decir.

—Que le adoptarás conmigo, por ejemplo.

—Es tarde. Debo entrar. Buenas noches Dean.

Me puse de puntillas y le besé. No fue un beso largo, tampoco apasionado, simplemente unos instantes uniendo nuestros labios.

—Buenas noches, Avery.

Caminé hacia la puerta mientras Dean me miraba, apoyado en su coche, con las manos en los bolsillos. Entré en la propiedad y antes de que la puerta terminara de cerrarse, grité:

—¡Si me llamas el viernes, tal vez acepte cenar contigo!

—¡Eso está hecho, señorita Baker! —respondió abriendo la puerta del coche para entrar en él.



Capítulo 18

Apenas hacía un par de horas que me había levantado, y mientras descargaba energía en el gimnasio, sonó mi teléfono.

Mientras me secaba la frente con la toalla vi el nombre de Dean en la pantalla. Ahí estaba la llamada para la cena. Sonreí, ni siquiera había esperado a la tarde.

—Buenos días señor Mayer.

—Buenos días señorita Baker. La noto sofocada, ¿se encuentra bien?

—Estoy en el gimnasio.

—Vaya, he interrumpido sus ejercicios.

—No se preocupe, estaba dando unos golpes al saco.

—Espero que no pensara en mí.

—No, por el momento no se me ha pasado por la cabeza.

—Quería invitarla a cenar, si no tiene planes para hoy.

—Deje que piense...

Mientras yo permanecía en silencio, escuché un par de suspiros al otro lado del teléfono, y cómo daba golpecitos sobre la mesa.

—No, no tengo nada pensado.

—Bien, entonces... ¿la recojo a las nueve?

—Está bien.

—Hasta la noche entonces, señorita Baker.

—Adiós, señor Mayer.

Dejé el teléfono y seguí golpeando el saco unos minutos más.

—Señora Matthews, esta noche no cenaré en casa —dije entrando en la cocina para coger una botella de agua.

—¿Vas a salir?

—Sí, he quedado para cenar.

—Oh, que te diviertas entonces. Y pasa un buen fin de semana.

—Igualmente.

Subí al dormitorio, me di una ducha y busqué en el armario algo decente que ponerme. Oh, ahí estaba. El vestido que la señora Evans me regaló las últimas navidades que pasé con ellos.

Sí, era perfecto para esa noche.

—¿Avery?

—Pasa Karen.

—¿Qué haces?

—Solo buscaba qué ponerme esta noche.

—¿Viene Connor? Creí que su vuelo salía de madrugada y llegaba el sábado.

—No, no viene Connor. Voy a cenar con Dean.

—Vaya, parece que últimamente...

—Solo es una cena, por Dios Karen.

—Ya, pero la próxima semana asistirás a la fiesta con él.

—Sí, y tú te harás pasar por Venus, entonces yo desapareceré y Venus se acercará a él.

—Esta noche iré con Peter a Casiopea, si os animáis, solo tienes que mandarme un mensaje.

Cuando salió del dormitorio cogí el teléfono y llamé a Connor. Él llamaba los lunes y yo lo hacía los viernes, pero aquella noche no iba a poder.

—¿Pasa algo, mi niña?

—No, todo está bien. Es que esta noche salgo con Karen.

—Eso está bien, que salgas a divertirme.

—¿Qué tal la semana?

—Bien, está siendo tranquila. ¿Y tú qué tal?

—Aprovechando esta semana libre. La semana que viene ya tengo tres sesiones.

—Me alegro mucho de que aceptaras ese trabajo. Por cierto, algunos de los otros chóferes ya me tienen envidia.

—Eres incorregible Connor.

—Yo solo he presumido de amiga. Además, la mayoría están casados, y el resto tiene novia.

—Así que eres el único soltero.

—Sí, eso me temo.

—¿Seguro que no hay ninguna londinense por ahí que te esté lanzando indirectas y no la hagas caso?

—No, que yo sepa.

Después de una hora hablando, nos despedimos hasta el lunes y preparé lo que me pondría para la cena.



Pasé la tarde en la piscina, nadando un poco y disfrutando del buen tiempo mientras leía uno de mis libros en la tumbona.

A las siete y media recogí y subí al dormitorio, me di una ducha, me sequé el cabello y comencé a prepararme.

El vestido era de lino rojo, tirante fino y a la altura de las rodillas. Me maquillé levemente y puse un lápiz de labios color rojo, el conjunto de pendientes y gargantilla de plata que eran de mi madre, los tacones y un bolso que Karen me había prestado.

Lista y perfecta para salir.

Cuando bajaba las escaleras escuché la risa de Amanda, y al llegar al salón la vi sentada en el sofá junto a Dean.

¿Por qué no me había esperado en la calle, como la otra noche?

—Oh, Avery —Amanda se levantó cuando me acerqué a ellos.

—Creí que me esperarías fuera —dije señalando hacia la puerta sin apartar la mirada de él.

—Vine antes, y pensé entrar a saludar.

—Por cierto, Avery, este fin de semana estaréis solo Karen y tú. Las chicas van a visitar a su familia y yo tengo un viaje de negocios.

—Está bien. Karen sale esta noche...

—Sí, lo sé.

—¿Nos vamos? —preguntó Dean acercándose a mí.

—Sí, yo estoy lista.

—Bien. Amanda, nos vemos la semana que viene.

—Divertíos.

Dean dejó su mano derecha sobre mi cintura y caminamos hacia la puerta. Su deportivo estaba aparcado justo al final de las escaleras, me abrió la puerta y entré, disfrutando del aroma de su perfume que invadía la estancia.

Llegamos al restaurante francés y disfrutamos de una tranquila velada, mientras hablábamos y tomábamos su delicioso vino.

Algunos clientes y conocidos de Dean se acercaron a saludarle, y mientras hablaban de edificios, estructuras y arquitectura yo no podía dejar de mirarle.

—¿Dónde quieres ir? —preguntó mientras salíamos del restaurante.

—Que tal... si damos un paseo.

—Me parece buena idea. Vamos, sé dónde podemos ir.

Subimos al coche y recorrimos las iluminadas calles de Nueva York, llenas de gente que entraba y salía a los restaurantes y cafeterías.

Cuando aparcó el coche y salí, la brisa rozó mi cara.

—¿Dónde estamos? Esta zona no la conozco.

—Este es el Brooklyn Bride Park. De niño solía venir con mis padres, pero cuando mi padre se marchó, nuestra madre dejó de traernos. Cuando quiero desconectar vengo aquí.

—No sabía que tu padre...

—Tranquila, fue hace mucho tiempo. Vamos, te gustará.

Dean tenía razón, aquel lugar era perfecto para desconectar. El parque era impresionante, casi como Central Park, con muchas zonas pensadas para niños.

—Este era el lugar preferido de Kira —comentó cuando llegamos a un carrusel.

—No me extraña, es precioso.

—¿Quieres un helado? Conozco una heladería que los hace riquísimos.

—Suenan bien.

Dean tenía las manos metidas en los bolsillos, aproveché y me acerqué para agarrarme a uno de sus brazos. Sentí que me miraba, sin decir nada, y continuamos caminando.

En aquel parque las vistas de Manhattan eran increíbles.

—Podríamos traer aquí a los niños. Seguro que se lo pasarían bien —propuse apoyada en la baranda disfrutando de las vistas.

—La verdad es que no los he traído nunca.

—Pues no se hable más —dije girándome para mirarle—, los traeremos mañana.

Dean arqueó las cejas, y al tiempo que sonreía asintió con la cabeza.

Me agarré de nuevo a su brazo y caminamos de vuelta al coche.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Miré el reloj, era cerca de la una de la madrugada, pero realmente no tenía sueño. Estaba tan a gusto con él que no quería marcharme.

—Karen me dijo que irían a Casiopea, si te apetece ir...

—Si tú quieres, por mí perfecto.

—Sí, tomamos una copa y nos vamos.

—De acuerdo.

Y en poco más de quince minutos estábamos saludando a Zack y entrando en la discoteca. Karen nos esperaba en la barra, pero entre la multitud me costaba encontrarla. Afortunadamente Dean era bastante alto y los encontró.

—¿Qué tomáis? —preguntó Karen después de saludarnos.

—Un brandy, con hielo —contestó Dean.

—Un gin tonic.

Mientras esperábamos las bebidas Karen escuchó que sonaba uno de sus temas favoritos, así que no dudó en coger a Peter y arrastrarle hasta la pista para bailar.

—¿No bailas? —me preguntó Dean acercándose a mi cuello para que pudiera escucharle.

—No, no soy muy de bailar.

—Pero te vi hacerlo, con Karen y con tu amigo.

—Obligada, no porque quisiera.

—Oh, ¿y si te obligo a bailar conmigo?

—Ni se te ocurra.

Y antes de que terminara la frase, sus manos estaban sobre mi cintura y su cuerpo pegado al mío. En poco más de dos segundos estaba envuelta en un baile que me pareció de lo más erótico. Si en ese momento nos hubieran dejado a solas, habríamos acabado haciéndolo sobre la barra.

Sus caricias estremecían cada centímetro de mi piel, mientras que el delicado roce de su muslo entre mis piernas hacía que comenzara a excitarme, al tiempo que notaba la dureza de su miembro bajo sus pantalones.

Deslizó una mano por mi espalda, la dejó sobre mi cabeza y se inclinó para besarme, asegurándose que no me apartaba de él.

—Tortolitos, Peter dice que si os apuntáis a una copa en su apartamento.

La voz de Karen hizo que me apartara rápidamente de Dean, que me miró con el ceño fruncido, aquella reacción no le había gustado.

—Será mejor que nos vayamos, mañana saldremos con los niños —dije cogiendo mi bolso—. En otra ocasión, quizás.

—Vale, no me esperes despierta —me pidió guiñando un ojo.

—Hasta la próxima —Peter se despidió de Dean con un apretón de manos.

Sin esperar a Dean, caminé entre la multitud y cuando llegué a la puerta abrí y al sentir la brisa en mi rostro, respiré hondo.

De pronto sentí algunos flashes, abrí los ojos y Zack se apresuró a volver a meterme dentro.

—Será mejor que salgan por el *parking* señorita Baker, no sé cómo demonios se han enterado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Dean cuando llegó.

—Señor Mayer, hay varios fotógrafos en la puerta.

—Mierda. Vamos Avery, avisaré a Karen.

Dean me cogió la mano y regresamos a la barra, pero Karen ya no estaba allí. Entonces la vi subir hacia los despachos y corrimos hacia las escaleras.

—¡Karen! —grité para que me oyera.

—¿Qué pasa?

—Hay fotógrafos en la puerta.

—Joder, es que no descansan. Vamos, os sacaremos por el *parking* y os llevaremos al coche.

—Gracias.

Y así pudimos librarnos de los fotógrafos. Cuando salimos a la calle seguían parados frente a la puerta, a pesar de que Zack les increpaba para que se marchasen.

—Gracias —dije abrazando a Karen.

—Tendré que hablar con Josh, habrá que aumentar la seguridad.

Nos despedimos y subimos al coche. De camino a casa apenas dijimos una palabra, y cuando entramos en la calle le pregunté a qué hora me recogería.

—Podríamos recogerlos para ir a comer allí.

—Sí, me parece bien. ¿Te espero a las doce?

—Sí, perfecto.

Cuando paró frente a la puerta tardé unos segundos en reaccionar. No podía olvidar los besos, el baile, y mucho menos las caricias de la noche que compartí con él sin que supiera que yo era Venus.

Le miré para despedirme y me encontré con sus labios en los míos, apoderándose de ellos sin piedad. En ese momento me dejé llevar por mis deseos más internos y ni tan siquiera pensé en lo que estaba a punto de preguntar.

—¿Quieres entrar?

—Sí, si tú quieres.

Abrí la puerta y entramos. Aparcó el coche junto a la escalera, subimos y entramos en la casa. No había nadie, estábamos solos, y nada más cerrar la puerta tenía las manos de Dean alrededor de mi cintura mientras sus labios cubrían mi cuello de besos.

No me resistí, dejé mis manos sobre las suyas y después sentí que me cogía en brazos y caminaba hacia la escalera.

—¿Cuál es tu dormitorio? —preguntó cuando entramos en el pasillo.

—La última puerta —respondí señalando la pared de la izquierda.

Ni siquiera entonces hizo por bajarme. Caminó conmigo en sus brazos, abrió la puerta y la cerró de un ligero golpe con el pie.

Me dejó de pie junto a la cama, sonrió y comenzó a besarme bajo la oreja, lentamente bajando hasta el cuello, mientras acariciaba mis brazos cuidadosamente con sus manos.

Sin dejar de mirarme, retiró los tirantes del vestido haciendo que se deslizaran por mis hombros, cayendo por los brazos. Se inclinó y me besó tiernamente en los labios.

Volvió a centrarse en los tirantes del vestido, deslizó sus dedos entre ellos y fue bajándolos lentamente, llevándolo consigo, hasta que lo dejó caer a mis pies.

El semblante de su rostro cambió, mostrando una grata satisfacción al tenerme allí, en ropa interior y con tacones, frente a él.

—Me encanta la ropa interior roja —susurró acercándose para volver a besar mi cuello.

Sí, aquella noche había escogido un delicado conjunto de encaje rojo, tal vez interiormente sabía que acabaría ocurriendo aquello.

Se quitó la chaqueta y la lanzó al sofá que había junto a la cómoda, y mientras me besaba, cogió mis manos para que le desabrochara los botones de la camisa.

Cogí el cuello de aquella tela blanca y lo deslicé por su cuerpo haciendo que cayera tras él.

En pocos segundos se había quitado los pantalones y los zapatos. Estaba frente a mí, únicamente con sus bóxers, dejando visible su abultada excitación.

—Eres preciosa Avery —susurró atrayéndome hacia él, dejando mi cuerpo pegado al suyo.

Sus labios devoraban los míos, su lengua jugaba en el interior de mi boca, apoderándose de la mía, mientras sus manos se deslizaban por mi espalda y las mías se aferraban a sus brazos.

Dejó de besarme y me acarició las mejillas. Me cogió por las nalgas y rodeó su cintura con mis piernas. Pensé que me dejaría en la cama, estaba preparada para ello, pero permaneció allí aferrado a mi cuerpo, besándome, mientras sentía la dureza de su miembro entre mis piernas y mi excitación aumentaba, entre mis jadeos y sus gemidos ahogados.

—¿Estás segura? —preguntó mirándome fijamente.

—Sí —susurré y volví a besarle.

Deslizó las manos por mi espalda y desabrochó el sujetador, deshaciéndose de él en pocos segundos, liberando mis pechos ante sus ojos.

Mientras me sostenía con una mano, llevó la otra a uno de los pechos, lo acarició y lo llevó a

su boca, acariciando el pezón con la lengua lentamente aumentando así mi excitación, y después jugó con sus labios y su lengua en el otro pecho.

Me recostó sobre la cama, dejando mis piernas abiertas frente a él apoyada con los tacones sobre el colchón.

Arrodillado entre mis piernas, las acarició despacio siguiendo el movimiento de sus manos con la mirada, mientras yo sentía que lo deseaba cada vez más y me pasaba la lengua por los labios, mordisqueándome el labio inferior mientras me aferraba a la colcha con ambas manos.

Cuando sentí sus dedos sobre la tela de mis braguitas, acariciando mi sexo, cerré los ojos al tiempo que un gemido salía de mis labios y me arqueaba hacia él, buscando más.

Introdujo sus dedos en mis braguitas y su piel entró en contacto con mi clítoris. Lo acarició, lo pellizcó y consiguió excitarme aún más.

Le deseaba, quería que me poseyera cuanto antes, o acabaría volviéndome loca. Sacó sus dedos de nuevo y con ambas manos cogió la cintura de mis braguitas, juntó mis piernas con los brazos y las deslizó por ellas hasta quitármelas por completo.

Allí tendida, jadeando y deseando tenerle de nuevo dentro de mí, desnuda, cogí una de sus manos y le atraje hacia mí. Me arqueé y le besé mientras con la mano libre buscaba la cintura de sus bóxers.

Deslicé mi mano por su interior y sentí el calor de su miembro, duro y excitado, que acaricié mientras nos comíamos a besos.

Sin dejar de besarme se deshizo de sus bóxers y al liberar su erección entre mi mano volví a gemir.

Mientras deslizaba mi mano lenta y suavemente, de arriba abajo, por su miembro erecto, sentía cómo su excitación, y la mía, aumentaban.

Inclinándose sobre mí, recostándose de nuevo sobre la cama, deslizó su mano por mi muslo hasta llegar a mi sexo, introduciendo un dedo en mi humedad.

Cogió mi mano libre con la suya, aferrándose a ella.

Antes de que liberara su dedo de mi interior, sentí la punta de su miembro junto a mi sexo. Di un grito ahogado, solté su mano y le aparté de mí apoyando mi mano en su pecho.

—Dean, no tengo protecciones...

—Tranquila —susurró mirando hacia su mano izquierda donde había un pequeño y plateado paquete—, yo sí.

Lo cogió, volvió a besarme fugazmente y abrió el paquete. Cuando sacó el condón, lo deslizó por su miembro erecto y se acomodó entre mis piernas, me cogió ambas manos y me besó al tiempo que me penetraba lentamente.

No pude evitar gemir ante aquel placentero instante. Recordé cada uno de los momentos de la noche que compartimos en la fiesta, algunos tuvieron un punto de pasión salvaje, pero esa noche estaba siendo todo dulzura. Entrelacé mis piernas alrededor de su cintura, quería sentir todas y cada una de sus penetraciones.

Cubrió de besos mis mejillas, mis labios, el cuello y los pechos. Susurró mi nombre y jadeó de tan placentero despliegue amoroso.

Cuando sentí que mi orgasmo estaba cerca, solté sus manos y me aferré a su espalda, deslicé las manos por ella y cuando el clímax invadió mi cuerpo, le clavé las uñas mientras un grito salía de mis labios.

Dean jadeo, gimió, gritó mi nombre, suspiró y poco después cayó sobre mí, con la respiración agitada y su corazón latiendo tan fuerte que parecía estar a punto de salirse del pecho.



Tumbados en mi cama, con la cabeza sobre su pecho, su mano acariciando mi brazo y nuestras manos entrelazadas, así habíamos pasado la última media hora mientras Dean hablaba sobre qué cosas podríamos hacer juntos, y con los niños, o con Karen y Peter.

—Creo que se está precipitando, señor Mayer.

—¿Por qué? ¿No quieres que hagamos cosas juntos?

—Sí, pero hablas de cosas que hacen las parejas. Y nosotros...

—Bueno, creo que después de esta noche, ya eres mía. Recuerda que te dije que lo serías.

—Por acostarme con alguien no soy de su propiedad. Si así fuera sería la novia de Connor, y esto serían unos cuernos en toda regla.

—Afortunadamente para mí, no eres novia de nadie.

—Pero tú... tienes a esa chica de la fiesta.

—Fue una noche Avery, solo eso.

—Y esto, también ha sido una noche.

—¿No quieres que vuelva a pasar?

¿Quererlo? ¡Pues claro que quería! Pero no podía decírselo a él, no podía hacerle saber que había sido suya mucho antes de aquella noche, y que seguramente volvería a pasar una vez más, o dos, o quizás tres. ¿Y después qué? Él era atractivo, podía tener a la mujer que quisiera, y acabaría cansándose de mí y yo me quedaría otra vez sola y hecha polvo como pasó con Adam.

—Avery, lo de esta noche...

—Ha estado bien. Dejémoslo ahí.

—Hacía mucho tiempo que no hacía el amor de verdad. Para mí siempre ha sido solo sexo. Pero esta noche no.

—Ahora, te irás, ¿verdad? —pregunté sin soltar su mano.

—Si tú quieres que me vaya, me iré.

Respiré hondo, tal vez él no quería irse. O quizás se marcharía de madrugada, mientras yo dormía. Fuera como fuese, no quería que se me marchara.

—Buenas noches Dean —susurré agarrando con más fuerza su mano.
—Buenas noches Avery.



Capítulo 19

Me desperté al escuchar el tono de llamada de un teléfono, que resultó no era el mío sino el de Dean, que ni tan siquiera se movía. Seguía dormido ajeno al ruido.

—¿Diga? —pregunté al descolgar.

—Hola... ¿está Dean?

—Eh... está dormido... ¿quién es?

—Soy Kira. Como no está en su apartamento...

Maldita sea. ¿Quién me mandaba contestar? Ahora tenía que hablar con su hermana...

—Kira, soy... soy Avery —contesté levantándome de la cama.

—¡Avery! Vaya, ¡qué sorpresa! No pensé que Dean y tú...

—No, yo tampoco lo pensé —dije corriendo la cortina para que entrara algo de luz en el dormitorio—. ¿Quieres que le despierte?

—No, solo dile que me llame cuando se despierte.

—Está bien.

—Adiós, Avery.

Cuando iba a despedirme, escuché una leve risa y colgó enseguida. Genial, ahora sabía que habíamos dormido juntos, y claro el sexo no quedaba precisamente excluido.

—Buenos días. ¿Qué hora es? —la voz adormilada de Dean hizo que me girara a mirarle.

—Eh... ¡mierda! —grité al ver la hora en su teléfono—. Las doce y media.

—Vaya, no suelo dormir hasta tan tarde.

—Yo tampoco.

—Mmm... sabes que estás desnuda, ¿verdad?

¿Qué? Dios, tenía razón. Me había quedado dormida entre sus brazos y ni siquiera me había puesto una mísera camiseta. Cogí la almohada y me tapé, algo tarde pues sus ojos ya me habían hecho el amor sin tan siquiera tocarme.

—Ven aquí —pidió alargando el brazo tratando de coger mi mano.

—Dean, será mejor que te marches. Karen...

—Creí que íbamos a llevar a los niños al parque.

—Oh, lo olvidé.

—¿Puedo darme una ducha?

—Sí, claro. El baño está ahí —respondí señalando la puerta.

Dean se levantó, su cuerpo desnudo a la luz del día era incluso más imponente que en la tenue oscuridad. No pude evitar dirigir mis ojos a su miembro, que parecía estar creciendo lentamente.

—Te ha llamado Kira. Quiere que la llames —dije entregándole el teléfono mirando por toda la habitación.

—¿Lo has cogido?

—Sí, creí que era el mío y cuando lo tenía... ya... era demasiado tarde.

—Está bien, no pasa nada —se inclinó y me besó la frente—. Enseguida salgo.

Entró en el baño y cerró la puerta. Cogí una de mis camisetas y me la puse, caminé hacia la puerta del dormitorio y salí al pasillo. Fui hasta el dormitorio de Karen y llamé, como no respondía abrí porque supuse que habría llegado tarde. Pero no había rastro de ella, la cama ni siquiera estaba deshecha.

Regresé al dormitorio, hice rápidamente la cama y saqué uno de mis shorts vaqueros, una camiseta de tirantes, las zapatillas y lo dejé sobre la cama.

Recogí la ropa de Dean del suelo y la estiré sobre la cama.

—Kira me llevará ropa a la asociación —dijo saliendo del baño.

—Bien, yo... voy a darme una ducha... eh... Hay café en la cocina, si quieres.

—Genial, una taza me sentará bien —se acercó y me beso de nuevo la frente—. Te esperaré abajo.

Cuando me giré sentí su mano dando un leve cachete en mi nalga. Di un respingo y me giré hacia él que tenía su peculiar sonrisa.

—Tiene un culo precioso, señorita Baker.

Entré en el baño, cerré la puerta y me metí en la ducha. Dios, necesitaba sentir el agua fría cayendo por mi cuerpo, aún podía sentir el calor de la noche anterior. Cerré los ojos y dejé que el agua cubriera mi cuerpo.

De repente fue como si volviera a la cama, a las caricias de Dean. Sentí su mano rodeando mi cintura y estrechándome entre su brazo mientras con la otra acariciaba mi pierna y subía lentamente por mi costado hasta mi brazo, al tiempo que dejaba un rastro de besos por mi espalda y mi cuello.

—Dean —susurré al sentir de nuevo la excitación de la noche.

—No he podido evitarlo. Te deseaba de nuevo —susurró junto a mi cuello.

No, aquello no era un mero recuerdo, estaba ocurriendo de verdad.

Abrí los ojos, giré la cabeza y me encontré con su mirada, repleta de lujuria y deseo.

—Dean, no deberías...

—Chsss... quiero hacerle el amor, señorita Baker.

Cogió mi barbilla y me atrajo hacia él para besarme, mientras me giraba con la mano que tenía en mi cintura, y cuando mi cuerpo estaba frente al suyo sentí su erección en mi cadera.

Sus besos provocaban descargas en mi cuerpo, sus caricias iban directamente a mi sexo que lo deseaba cada vez más, y cuando su mano fue directa ahí no pude evitar que un grito de placer saliera de mis labios.

Sentía su dedo en mi humedad, deslizándose dentro y fuera, y cuando el orgasmo fue cuanto menos evitable, comencé a sentir temblar mis piernas.

Sus manos agarraron mis nalgas y me levantó acercándome a él, entrelacé los dedos en su pelo

y mis piernas en su cintura, y sentí que su erección penetraba en mi interior.

Sentí la fría pared de la ducha en mi espalda, y mientras su lengua y la mía se entrelazaban en un juego de apasionados besos, las embestidas de Dean fueron en aumento.

Bajo mis piernas sentía a Dean moverse, sus manos aferradas a mis nalgas, apretándolas fuerte entre sus dedos, mientras besaba mi cuello y yo gemía junto a su oído.

Dean susurraba mi nombre, jadeaba y gemía, mientras el agua resbalaba por nuestros cuerpos, sedientos de pasión y deseo.

Cuando llegó mi orgasmo entrelacé los dedos de una mano en el pelo de Dean y tiré de él hasta tenerle frente a mí, y me apoderé de sus labios y su lengua mientras me aferraba a su espalda con la otra mano.

Cuando por fin llegué al clímax, grité y mordisqueé uno de sus labios. Instantes después las embestidas de Dean fueron más rápidas y seguidas, jadeó, gimió y se corrió mientras hundía la cabeza en mi hombro.

Después de ducharnos juntos y secarnos el uno al otro, me estrechó entre sus brazos y me besó con una devoción que yo jamás había disfrutado. Era como si con aquel largo y apasionado beso acariciara todo mi cuerpo.

—No imaginas cuánto me gustas Avery —aseguró sosteniendo mi rostro entre sus manos mirándome fijamente.

—Ha sido mi primera vez en una ducha —susurré, sonrojada.

—Créeme, no será la última.

Nos vestimos y salimos del dormitorio. Afortunadamente la casa seguía en completo silencio así que nadie sabría que Dean había estado allí toda la noche.

Salimos de casa, subimos al coche y fuimos a la asociación, donde la señora Gobs esperaba para que recogiéramos a los chicos.



—Hermanito, dijiste en media hora... y ha pasado casi una —le regañó Kira cuando bajamos del coche.

—Lo siento Kira, pero tenía que tomar un café.

—Sí claro, ¿ahora lo llamas tomar café? En fin. Aquí tienes tu ropa.

Dean cogió la bolsa de deporte y entró en el edificio para cambiarse, mientras la señora Gobs iba a buscar a los chicos para que salieran a mi encuentro.

—Así que mi hermano te llevó a cenar y después... ¿tú le invitaste a una copa?

—Fuimos a cenar, vimos a Karen y creo que debí beber más de la cuenta porque no recuerdo nada más.

Mentira, ¡lo recordaba absolutamente todo! Pero eso a ella no le importaba ni lo más mínimo.

—¡Avery! —gritaron mis niñas corriendo hacia mí, me sentí como en los años que cuidaba de Liam.

—Hola, ¿cómo estáis?

Se abalanzaron sobre mí, y con ellas el pequeño Aiden. Era de lo más tierno, con su pícara sonrisa y ese brillo en los ojos que reflejaba la máxima felicidad.

—La señora Gobs dijo esta mañana que vendríaís, pero no la creímos. Con Dean solo salimos algunos días entre semana.

—Oh, bueno pues ahora que estoy yo eso va a cambiar. Tengo los fines de semana libres y no quiero quedarme en casa aburrida.

—¿Y dónde vamos? —preguntó Aiden acercándome los brazos para que le cogiera.

—Veo que tienes cosas en común con mi hermano —me dijo Kira saludando a Aiden que no dejaba de mirarla.

—Me gustan los niños, eso es todo. Y si puedo hacerles felices sacándoles de aquí, perfecto.

—¿Ya estáis todos aquí? —preguntó Dean bajando las escaleras.

Estaba increíblemente atractivo e irresistible con aquella camiseta que definía a la perfección sus esculpidos músculos y unos vaqueros. Con solo mirarle conseguía que se aceleraran mis pulsaciones.

—Sí, la señora Gobs los trajo.

—Bien, pues todos a la furgoneta. Kira, ¿puedes llevarlo a casa? —preguntó entregándole la bolsa.

—Claro que sí señor Mayer. ¿Desea alguna otra cosa, señor? —respondió simulando a la que debía ser su ama de llaves.

—Sí, llegaré tarde a casa.

—Oh, así que hoy al menos sí tienes pensado regresar. Perfecto, gracias por avisar. Pasadlo bien.

—Adiós, Kira.

—Adiós, Avery.

Entre juegos y canciones llegamos al Brooklyn Bride Park. Cuando bajamos de la furgoneta los más pequeños empezaron a corretear así que Dean tuvo que ponerse más serio que de costumbre y les ordenó que no se separaran ni un instante de ninguno de nosotros o de los mayores.

—Vamos a comer, y después os llevaremos a ver el carrusel —dije cogiendo la mano de Aiden, que le tendió la otra a Dean para que le lleváramos los dos.

Miré a Dean, sus ojos dejaban ver su felicidad al mirar a Aiden. Adoraba a ese pequeño, al punto de querer adoptarle y darle el hogar que se le había negado. Me enternecía verle rodeado de aquellos niños y adolescentes que de verdad habían llegado a quererle por cómo era y no por quién era.

Amanda me había contado que mucha gente se había acercado a Dean por su éxito en su

profesión y algunas mujeres por su dinero. Yo le había juzgado mal, pero al ver su faceta más tierna con esos niños, comprendí que Dean Mayer tenía un corazón bajo aquella coraza.

Yo no quería su dinero, nunca había querido el dinero de nadie, no me interesaba estar con una persona por el mero interés económico.

Entramos en una de las cafeterías que había en el parque y pasamos la hora de la comida contando historias, hablando, riendo y jugando.

Después caminamos por el parque, disfrutamos de un tranquilo paseo viendo la zona de Manhattan y luego fuimos a una de las zonas de juego para que los pequeños descargaran algo de la energía que tenían acumulada en sus minúsculos cuerpos.

Cuando llegamos al carrusel sus caras se iluminaron. Las niñas saltaban emocionadas y querían subirse a las carrozas como si fueran princesas de cuento, mientras que los niños querían probar todos y cada uno de los caballos.

—Dylan y Kevin subirán con vosotros. Encargaos de que ninguno se caiga del caballo, por favor.

—Ok Dean, entendido —dijo Dylan mientras cogía al pequeño Aiden para subirle.

—A ver, las princesas en esta carroza, que así Kevin puede veros.

—Vale.

Con una sonrisa y dando palmaditas, Paula y Angie se sentaron en la carroza. Cuando el carrusel se puso en marcha, Dean dio dinero a Sarah y Annie para que fueran a por helados para todos ellos.

Y allí estábamos nosotros, solos, sonriendo y saludando cuando pasaban los niños y agitaban sus manitas.

Dean se acercó más a mí y dejó su mano sobre mi cintura. Se inclinó y colocando un mechón de pelo detrás de mi oreja susurró:

—Me muero por besar esos labios.

—Por favor, que no estamos solos.

—No me van a ver, se cuándo puedo hacerlo.

Me giré hacia él, frunciendo el ceño, y tenía esa sonrisa de triunfo en los labios. Cuando los niños nos llamaron, miramos hacia el carrusel y les saludamos. En cuanto desaparecieron de nuestra vista, la mano de Dean cogió mi barbilla y me atrajo hacia él, besando delicada y tiernamente mis labios y abriéndolos para que le permitiera adentrarse con su lengua en busca de la mía.

Unos instantes. Nuestro beso solo duró unos instantes, pero fue suficiente para que mi cuerpo reaccionara de nuevo y quisiera más de él.



Después de un agradable día en el parque, los llevamos a cenar pizza, y a las once los dejamos de nuevo en la asociación.

Hablé con Annie y Sarah y acordamos que iría a recogerlas a ellas y las niñas el martes después de comer para ir al centro comercial, veríamos una película, iríamos de tiendas, cenaríamos y las llevaría de vuelta antes de las once.

La señora Gobs me agradeció que formara parte de la asociación.

—Las niñas están encantadas contigo Avery, ha sido una bendición que el señor Mayer te trajera.

—No me cuesta nada hacerles felices, y sé por lo que están pasando.

—Señora Gobs, la veré el miércoles —dijo Dean estrechándole la mano.

—Buenas noches.

—Adiós, señora Gobs.

Subimos al coche y vi que los pequeños habían regresado a la puerta con la señora Gobs y agitaban sus manos para despedirse de nosotros.

—Son adorables, ¿no te parece?

—Sí que lo son —Dean cogió mi mano y la llevó a sus labios para besarla—. ¿Te llevo a casa?

—Sí por favor. Estoy cansada.

—Muy bien.

Dean paró el coche frente a la puerta, le miré y me acerqué a él, le besé en la mejilla y le di las buenas noches.

Él no forzó otra situación, no me besó a pesar de que podía ver en sus ojos cuánto lo deseaba.

—Iremos a tu ritmo, te lo prometo —dijo antes de que pudiera bajar del coche.

Me quedé parada, la noche anterior nos dejamos llevar por el deseo y la pasión, y aquella mañana me había hecho el amor contra la pared de la ducha. ¿Tal vez se arrepentía de lo que había sucedido? No, Dean Mayer no era de los que se arrepentían. Quizás ya había conseguido lo que quería, acostarse con la ingenua y tonta Avery a quien conoció una noche en la piscina de su amiga Amanda. Sí, seguro que era eso.

—Buenas noches Avery. —sí, aquello sonaba a despedida real.

Bajé del coche y entré en la propiedad. Caminé hacia la casa pensando en él, en la noche que habíamos pasado juntos, en lo que me gustaba verle reír con los chicos, en aquella despedida de hacía unos instantes.

Entonces recordé que aún me quedaba una... ¿cita? Sí, una cita para acompañarle a una fiesta en la que gente de todas las edades y de la mejor posición social se reunía para tener relaciones sexuales con gente completamente desconocida para ellos.

Sí, aquella sería mi noche. Sería la noche de la despedida de Avery Baker y Dean Mayer, y de un nuevo encuentro entre Venus y Eros.

Sí, Avery se volvería a acostar con Dean, no tenía duda de ello porque le provocaría cada instante que tuviera oportunidad hasta conseguir que me llevara a la cama de aquella habitación. Y después, la tímida, sensual y apasionada Venus entraría en el segundo acto de la noche, seduciendo al pasional Eros para entregarse a los placeres más lujuriosos de la carne.



Capítulo 20

Pasé aquel domingo en casa, disfrutando del sol y la piscina, leyendo y practicando para las sesiones de fotos que tenía a lo largo de la semana.

La del lunes fue como la seda, luciendo vestidos de Newman, maquillaje de MacNamara y las joyas de Remington que eran realmente exquisitas.

No me lo podía creer, en pocas semanas me había convertido en la imagen de esas tres marcas tan aclamadas por los cientos de personas que podían permitírselo.

Pero llegó el martes, el día de chicas con mis niñas.

Estaba realmente entusiasmada por pasar la tarde con ellas. Las pequeñas eran un amor, y las mayores, aunque habían tenido que madurar demasiado pronto, seguían teniendo esa niña interior que quería disfrutar del tiempo libre.

—Buenas tardes Avery —me saludó la señora Gobs cuando llegué a la asociación.

—Hola, ¿están listas?

—Sí querida, te esperan en la sala. Por cierto, Aiden quería verte y está con ellas.

—Oh, pobre. No puedo llevarle a él también... mi coche...

—No te preocupes, lo sabe. Pero insistió en que quería verte. Ve, te esperan.

—Gracias.

Cuando llegué a la sala, Aiden se levantó tan rápido que las demás se percataron de mi presencia enseguida.

—¡Avery! —gritó mientras corría con los brazos abiertos.

—Hola, bichito.

Abracé al pequeño Aiden, que hundió su cabeza en mi cuello, y cuando me miró se acercó para besar mi mejilla.

—Dean llamó esta mañana. Mañana por la tarde nos lleva a la bolera.

—Oh, me alegro. ¿Sabes jugar?

—Esas bolas pesan mucho...

—Sí, yo tampoco puedo con ellas.

—Pero... si tú eres grande.

No pude evitar reírme, a su lado todos debíamos parecer gigantes. Le besé la mejilla y me

reuní con mis chicas.

—¿Listas para una tarde “*only girl*”? —pregunté guiñando un ojo.

—Más que listas. Estas dos pequeñajas estaban ya desesperadas porque llegaras.

—Pues vamos, que el centro comercial nos espera.

Salimos de la sala y cuando llegamos a la entrada dejé a Aiden con la señora Gobs.

Mordisqueando su dedo me miraba con esa carita de cachorro que nunca ha roto nada. Era el más pequeño de los chicos de Dean y de mis chicas, y como todo niño necesitaba ese cariño que nos hace sentir queridos.

Me incliné hacia él, le cogí la mano y le susurré:

—El jueves, vendré a recogerte antes de la hora de comer y pasaremos el día juntos.

¿Quieres?

—¿De verdad?

—Claro que sí bichito.

—Vale. ¿Es un secreto?

—Sí, solo lo sabremos tú, yo y la señora Gobs.

—Vale —se abalanzó sobre mí y me abrazó tan fuerte como le permitieron sus bracitos.

Cuando las chicas salieron para ir al coche, hablé con la señora Gobs y me dijo que no había ningún problema, que podía salir con cualquiera de nuestros niños siempre que quisiera.

—El señor Mayer así me lo hizo saber.

—Gracias señora Gobs. Adiós, bichito.

—Adiós, Avery.

Bajé las escaleras y caminé hacia el coche, las chicas esperaban junto a él cantando, dando palmadas y saltando. Tanto Sarah como Annie eran muy niñeras, algo que las tres teníamos en común.

Entramos en el coche y fuimos directas al centro comercial donde yo solía ir cuando era adolescente, siempre acompañada por Adam.



—A ver qué películas tienen en cartelera... —dije cuando llegamos a las taquillas del cine.

—¿Puede ser una de dibujos? —preguntó Angie.

—Bueno... —miré a Sarah y Annie y se resignaron a esa petición levantando levemente los hombros—. Vale, una de dibujos.

Afortunadamente tenían una, así que cogimos cinco entradas y compramos palomitas, refrescos, agua y chocolatinas.

Le dimos nuestras entradas a la chica que había en la puerta de la sala siete y entramos para disfrutar la película.

Durante esas dos horas apenas si pudimos parar de reír. Las niñas habían hecho una buena elección y reconozco que nosotras tres sacamos a nuestra niña interior junto a Paula y Angie.

Después de la película fuimos a tomar tortitas y batidos, entramos en la tienda más grande que había de juguetes y apuntamos a las pequeñas al concurso que había organizado la tienda esa tarde para todas las niñas. Por un par de dólares podían hacer una muñeca a su gusto. Así que Sarah, Annie y yo las ayudamos un poco, como hacían las madres del resto de las niñas.

Además, para cada niña que participaba había un número que, si era el que salía en el sorteo que harían cuando las muñecas estuvieran terminadas, la tienda las obsequiaba con algunos juegos de mesa.

Ninguno de los dos números que teníamos fue el ganador, pero mis niñas estaban de lo más contentas con sus muñecas.

Cuando salimos de la tienda para ir a tomar un helado, sonó mi teléfono. En la pantalla vi el nombre de Dean y me sorprendió pues no había sabido nada de él desde la noche del sábado.

—Hola —saludé al descolgar parándome frente al escaparate de una joyería, donde un precioso colgante me llamó la atención.

—Hola. ¿Estás con las chicas todavía?

—Sí, estamos en el centro comercial.

—Genial, ¿en qué centro?

—Si lo que pretendes es venir...

—Sí, me apetece estar con vosotras.

—Lo siento mucho señor Mayer, pero hoy es tarde de chicas.

Ni siquiera me despedí, colgué y las miradas de Sarah y Annie se clavaron en mí como cuchillos.

—¿Qué pasa? —les pregunté.

—Acabas de colgar al señor Mayer —preguntó Annie.

—Sí. Hoy solo es para nosotras, ¿no?

—Pues sí —contestó Sarah—, yo ya necesitaba una tarde sin tanta testosterona. Estoy todo el día con Dylan y necesito...

—¿Eres novia de Dylan? —preguntó Annie casi ruborizada.

—Por favor, no digáis nada... —suplicó con las manos unidas como si estuviera a punto de rezar.

—Sarah, deberíais hablar con Dean de ello.

—Es que... no quiero que nos riña por ello.

—¿Reñiros? Si os queréis de verdad nadie os va a reñir por ello.

—O quizás sí.

—Vamos a tomar ese helado, y hagamos como esta conversación no ha sucedido —dije pasando mi brazo por los hombros de Sarah.

Comenzamos a caminar, pero Annie se había quedado junto a la joyería, la llamé y corrió hacia nosotras.

La tarde de chicas había estado de lo más entretenida. Después de cenar unos sándwiches en una cafetería del centro comercial las llevé de vuelta a la asociación.

—No me lo puedo creer... —dije al ver a Dean apoyado en su coche, con las manos en los bolsillos, como si nada.

—Vaya, creo que le gustas —susurró Sarah.

—No, es algo más complicado que eso.

—Es un buen tipo, si no lo fuera no pasaría su tiempo libre con nosotros, ni dejaría de trabajar una tarde de entre semana para ello.

Bajamos del coche y las niñas corrieron hacia él para abrazarlo. La verdad es que verle en su faceta más tierna era maravilloso.

—Buenas noches Dean —dijo Sarah.

—Hola, Sarah. ¿Lo habéis pasado bien?

—Sí, genial. Estas dos mucho mejor desde luego, míralas, desde que tienen sus muñecas nuevas no hacen caso a nada.

—¿Se las has comprado?

—No, las han hecho ellas mismas. Era un concurso en una tienda de juguetes.

—Nosotras nos vamos ya, buenas noches Avery —se despidió Sarah abrazándome.

—Buenas noches chicas.

—Adiós, Avery —Annie me abrazó con tanta ternura que me sentí como cuando me abrazaba la señora Evans.

Sin decirle una sola palabra a Dean, me di media vuelta y caminé hacia mi coche, y cuando estaba a punto de cerrar la puerta él lo impidió.

—¿Por qué no quisiste que fuera a veros?

—Ya te lo dije, era una tarde solo para chicas. Sarah también merece salir con mujeres, tanto hombre volvería loca a cualquiera.

—Vayamos a tomar una copa —dijo inclinándose hacia mí.

—Gracias, pero me voy a casa. Mañana tengo una sesión.

—Avery...

—Buenas noches Dean.

Arqué las cejas y Dean soltó la puerta. Cerré y puse el coche en marcha sin mirarle, y salí de allí mientras veía a Dean por el retrovisor, parado con las manos en los bolsillos.

Estaba realmente atractivo con ese traje de chaqueta azul marino.

Antes de incorporarme a la carretera frené en seco. Sabía que me arrepentiría de aquello, pero... ¿qué podía hacer? Debía admitir que me gustaba su compañía.

—¿Serás capaz de seguirme? —pregunté sacando la cabeza por la ventana.

—¡Dalo por hecho! —respondió y corrió hacia su coche.

Apenas un minuto después le tenía detrás de mí. Conduje sin perder de vista las luces de su coche, sonriendo como una boba cada cinco minutos recordando a Dean mientras esperaba a que las niñas y yo llegásemos a la asociación.



—Vaya, no conocía este sitio —dijo bajando del coche cuando llegamos al restaurante de Will.

—Bueno, tú me llevaste a tu rincón favorito de Nueva York. Este es el mío.

Cuando entramos Will se sorprendió al verme, no había reservado y no íbamos a cenar, pero nos preparó una mesa en la terraza y en poco más de diez minutos estábamos sentados fuera, disfrutando de las vistas.

—¿Qué os traigo, Avery? —preguntó Will.

—Pues...

—Vino blanco, por favor —respondió Dean.

—¿Botella o dos copas?

—Dos copas Will.

—Enseguida preciosa —Will se retiró y entró en la sala para servir las copas de vino en la barra.

—Veo que te conoce.

—Sí, hace años. Siempre que podíamos Connor y yo veníamos aquí.

—¿En serio que no estás saliendo con ese tío? —preguntó con una sonrisa de medio lado.

—No, al parecer no salgo con nadie.

—Avery, yo...

—Dean, será mejor que no digas nada. He venido para tomar una copa y me iré a casa.

—Avery, si no quieres acompañarme a la fiesta lo entenderé.

—Bueno, al menos tú entenderías algo. Porque la verdad es que yo no entiendo qué hay aquí —confesé señalando el espacio que había entre nosotros.

—Aquí tenéis chicos —dijo Will dejando las copas sobre la mesa.

—Gracias —respondí sonriéndole.

—¿Siempre eres tan cariñosa con los hombres?

—No me irás a decir que estás celoso de Will. Pero mira, sí, con él siempre he sido así de cariñosa, y con Connor. Bueno con él más porque hemos follado. Y la próxima semana quizás me visite, y podría volver a acostarme con él.

—Avery, para.

—¿Qué pasa? Estoy siendo sincera. Me he acostado con mi mejor amigo, varias veces, y es posible que repita cada vez que venga a visitarme.

—Por favor, Avery...

—¿Te molesta que sea como tú? ¿Como algunos de los hombres del mundo? Que lejos de querer comprometerse con alguien piensan en acostarse con ella, tal vez un par de veces, y después va a buscar a otra, y puede que quiera volver a la anterior. Y si además sumamos las fiestas de Amanda Pierce, pues ¡oye! Quizás me anime y sea asidua a sus fiestas, allí el sexo con desconocidos lo tengo garantizado.

—¡Avery! —no fue tanto el grito que dio al decir mi nombre, como el golpe que recibió la mesa.

—¿Va todo bien? —preguntó Will.

—Sí, tranquilo —contesté sonriéndole—. Dean —dije bebiéndome el vino de un solo trago—, gracias por la copa, espero que sepas volver a casa.

Antes de que pudiera decir nada, me levanté y me despedí de Will. Salí del restaurante y cuando salía del aparcamiento, vi a Dean corriendo hacia mí tratando de alcanzarme.

Esa no era yo, Avery Baker no era así. ¿Qué narices me pasaba? ¿Por qué Dean provocaba esos cambios en mí? Podía desearle y odiarle en cuestión de pocos segundos. No, aquella nunca sería la mejor de las relaciones. Pero ¿cuál sería la mejor relación para mí? No, yo nunca podría tener una relación normal porque... porque... Dios, porque el único con el que podría existir sería Connor y yo no sentía nada por él.

Mientras esperaba a que se abriera la puerta, vi unas luces acercarse por detrás. El coche de Dean paró justo a mi lado. Se bajó y corrió hacia mí antes de que pudiera avanzar y entrar.

—Será mejor que bajes Avery —me pidió abriendo la puerta.

—No, será mejor que te marches.

—Avery, sal de ahí o te saco yo mismo.

—Déjame Dean.

—Está bien, tú lo has querido.

Antes de que pudiera reaccionar, me había desabrochado el cinturón y me había sacado en brazos del coche. Por más que le insistía que me soltase no hacía caso a mis palabras.

—Si no me dejas entrar llamaré a la policía.

—No pienso soltarte hasta que me digas qué te pasa conmigo.

—¿Quieres hablar? Perfecto, pero déjame en el suelo.

Me miró con el ceño fruncido, apretando los dientes y cerrando el puño bajo mis piernas. Cerró los ojos, respiró hondo y me dejó en el suelo.

—Te metí en mi cama, y a la mañana siguiente follamos en mi ducha. Pasamos el día juntos y después, nada. Ni una llamada hasta esta tarde que sabías que estaría con las niñas.

—Avery, te dije que iríamos a tu ritmo.

—Pues este es mi ritmo. Desde ahora no volveremos a vernos, al menos a solas. Si quieres que pasemos una tarde con todos los chicos perfecto, si no tampoco me importar. Iré yo a buscarlos y saldré con ellos.

—No me pidas eso Avery.

—No te estoy pidiendo nada Dean, te estoy diciendo cómo van a ser las cosas a partir de ahora —me giré para entrar en el coche, pero antes volví a mirarle—. Si quieres que el sábado te acompañe a esa fiesta, antes de ir pasa a buscarme. Si no vienes sabré que no me necesitas, que lo único que querías de mí ya lo conseguiste. Buenas noches.

Subí al coche y cerré la puerta. Mientras entraba veía la figura de Dean en el retrovisor, parado viendo cómo se cerraba la puerta de la propiedad.

—¿Y qué vas a hacer si viene a buscarte? —preguntó Karen.

—Estaré preparada por si viene, con la ropa que había pensado llevar. Y si no pues me visto de Venus.

—Y crees que vendrá o...

—No lo sé Karen. No estoy segura. Ojalá me equivoque y venga a buscarme.

Karen me abrazó y me besó la frente. Cuatro años mayor que yo y me trataba como a una hermana pequeña.

Salió del dormitorio para ir a por algo de beber y diez minutos más tarde entraba con su portátil, palomitas y unos refrescos.

—Películas de miedo —dijo dejando el portátil sobre mi cama—. ¿Te apetece?

—Sí, me sentará bien distraerme.



Capítulo 21

Llegó el sábado. Las dos sesiones habían ido bien, y el jueves recogí a Aiden tal como le había prometido. Lo llevé al centro comercial, comimos en una hamburguesería, vimos los escaparates de las tiendas, comimos helado y entramos a la juguetería a por un coche que había visto en el escaparate.

Después lo lleve a casa de Amanda, las chicas habían dicho que pasarían la tarde en la piscina y pensé que sería buena idea que él disfrutase del verano.

Todas cayeron rendidas ante su sonrisa y sus abrazos. Aiden era un niño muy cariñoso, y aquella tarde se lo pasó en grande con tantas hermanas mayores jugando con él en la piscina.

Cuando le llevé de nuevo a la asociación me partió el corazón tener que dejarle. Yo le comprendía mejor que nadie porque cuando dejaba a los padres de Adam y regresaba a casa de mi tía Ava, no había cariño esperándome. Aiden tenía a los demás niños, a las cuidadoras y a la señora Gobs, que se desvivían por ellos, pero nunca sería igual que tener una familia que te quisiera.

—Te has portado muy bien Aiden —dije cuando subíamos las escaleras.

—Yo me lo he pasado muy bien. ¿Vendrás a buscarme otro día, Avery?

—¿Te gustaría que viniera?

—Sí, pero solo a buscarme a mí.

—Entonces, vendré.

—Vale. Te quiero Avery —dijo abrazándome.

Era curioso, el primer hombre que me decía aquello en mucho tiempo tan solo tenía cinco años.

—Y yo a ti Aiden. Venga, ve con la señora Gobs.

—Buenas noches.

—Adiós, bichito.

Verle alejarse, mirando hacia atrás para saludarme, me partía el alma. Si hubiera podido me lo habría llevado conmigo a casa y no le habría dejado jamás.



—¿Estás lista Avery? —preguntó Karen abriendo la puerta—. ¡Madre mía! ¡Estás impresionante Avery!

—He decidido que, si Dean no viene a buscarme, Venus irá así vestida.

—Seas quien seas, no te quitarán los ojos de encima.

—Esa era la intención. Dean se puso celoso sin motivo, ahora lo tendrá.

—Espera, tengo algo para completar tu conjunto —dijo saliendo de mi dormitorio.

Mientras terminaba de arreglarme el pelo, Karen regresó con ese detallito que decía me faltaba y me lo puso. Acordamos que yo la enviaría un mensaje si Dean venía a buscarme, pero si a las nueve aún no la había avisado, ella y Amanda le buscarían para avisarme y que apareciera Venus en la fiesta.

Eran casi las nueve y Dean no había venido. Amanda siempre tenía su teléfono durante la fiesta así que la llamé.

—Tienes que decirme si está allí.

—Dame un minuto, ahora te llamo —me pidió antes de colgar.

Mire el reloj, las nueve en punto y ni rastro de Dean. Amanda me llamó y me dijo que le tenía controlado en uno de los sofás de la sala.

Cogí la máscara negra de la fiesta anterior, me paré frente al espejo y me la puse.

—Allá vamos, Venus.

Llamé a la puerta de la casa, esperé unos instantes y una de las chicas abrió dándome las buenas noches.

—Calipso —respondí cuando me preguntó la contraseña.

—Bienvenida señorita— dijo dándome paso al tiempo que tendía su mano hacia el *hall*.

Cogí una copa de champagne, respiré hondo y di un sorbo. Caminé como Karen me había enseñado, contoneando mis caderas con delicadeza. Sonreí a quienes me sonreían y me acerqué a saludar a Amanda.

—Buenas noches.

—¿Avery? —preguntó en un susurro.

—También me alegra verte.

—Querida, eres una caja de sorpresas. Karen no me dijo qué te habías puesto.

—Espero que esto sirva para esta noche.

—Seguro que sí, todas las miradas están puestas en ti, querida.

Ahora solo faltaba que Dean también se fijara en mí.

El vestido era rojo, entallado y largo con una pequeña cola y una apertura desde el muslo derecho hasta el bajo del vestido. El escote era perfecto, mis pechos quedaban bien marcados y visibles. Se cerraba con una cremallera en la parte trasera, de modo que la espalda quedaba tapada y mi tatuaje no se veía.

Me había ondulado el pelo y la melena caía por mis hombros. El rojo de los labios era el complemento perfecto.

—Dean está mirando —dijo Amanda.

—Bien, ahora tengo que llamar su atención.

Empezamos a reír, lo que llamó la atención de Dean que al verme se levantó del sofá y caminó hacia nosotras.

—Amanda —saludó cogiéndole la mano para besarla.

—Buenas noches, querido.

—No quiero molestar, veo que estás en buena compañía.

—Oh, creo que ya os conocéis.

—Aquí nadie sabe el nombre de los demás.

Me acerqué a él y susurré en su oído:

—Creí que usted era Eros.

—¿Venus? —preguntó girándose hacia mí.

Asentí con la cabeza mientras cerraba los ojos y sonreía. Al volver a abrirlos, su mirada estaba clavada en la mía. Una de las camareras pasó con champagne y Dean cogió una copa, la terminó de un trago y volvió a dejarla en la bandeja.

—Amanda, quiero la grande —dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

—Claro, dame unos minutos querido, iré a ver que esté disponible.

Cuando Amanda nos dejó solos, Dean sacó una de las manos de su bolsillo y se acercó a mí, cogiéndome la cintura inclinándose para besarme el cuello.

—¿Acaso no puedes esperar a que estemos solos?

—Si eres tan deliciosa como recuerdo, creo que no.

Me atrajo hacia él y sentí en mi cadera la abultada erección bajo sus pantalones. Me miró y sonrió acercándose a mis labios para besarme con fiereza.

De pronto sentí su mano sobre la piel de mi pierna, deslizándose lentamente hacia el final de la apertura del vestido.

—Oh, veo que esta noche has decidido ponerte una liga.

—Idea de mi amiga. Pero al final ella no ha podido acompañarme.

—Afortunadamente para mí, así no tendré que compartirte.

La voz de una mujer hizo que Dean se apartara.

—Quería saber si compartirías esta delicia conmigo —decía sin dejar de sonreír mientras uno de sus dedos se deslizaba por mi hombro.

—Lo siento, pero esta señorita es solo para mí.

—Vaya, es una lástima. Que lo paséis bien —se alejó agitando la mano sin dejar de sonreír.

—Estoy deseando arrancarte este vestido.

—Más te vale no romperlo. Me lo han prestado para esta noche.

—Tranquila, tendré cuidado.

—Querido, la habitación es toda vuestra —dijo Amanda—. Me he permitido un pequeño detalle para vosotros. Buenas noches —se despidió dándole un beso en la mejilla.

Subimos las escaleras, con su mano en mi cintura, y cuando llegamos a la última planta sin que nadie más nos observara, deslizó la mano hacia la parte delantera y la metió bajo el vestido, acariciando mi pierna y el muslo para ir lentamente hacia mi trasero.

—Sigues siendo tan suave como recordaba.

—Y tú tan maleducado.

—Vaya, creí que te gustaba que te tocara.

—Sí, pero podría vernos alguien...

—Perdona, olvidaba que eras mi tímida Venus.

—¿Por qué siempre vienes solo?

—Bueno, hoy debería haber venido acompañado, pero... creo que hice algo mal y ella no quiere saber nada más de mí.

—Oh, la chica en la que pensabas la otra noche.

—Sí.

—Eros, yo puedo hacer que te olvides de ella, al menos esta noche —susurré acercándome a su cuello para besarlo.

—Seguro que sí.

Cuando abrió la puerta, la tenue luz de las velas iluminaba la habitación. Sobre la mesa había dos copas y una botella de champagne en una cubitera con hielo para mantenerla fría.

Sin duda Dean debió pensar que la bebida podía esperar, pues me cogió por la cintura y me atrajo hacia él para besarme vorazmente mientras su mano se metía bajo el vestido y me apretaba la nalga con fuerza.

Eso me excitó sobremanera y me aferré a sus hombros clavando las uñas en la tela de su chaqueta.

Cogió mi pierna y la entrelacé en la suya, mientras su mano seguía acariciando cada centímetro de mi piel.

Sin dejar de besarme, llevó sus manos hacia mi espalda y deslizó la cremallera del vestido cuidadosamente. Mientras regresaba a mis hombros, solté mi pierna de la suya y Dean apartó el vestido hasta que calló junto a nuestros pies. Deslizó sus manos por mi espalda, y al no encontrar lo que buscaba se apartó y me miró fijamente.

—Quería hacerte las cosas más fáciles esta noche —dije sonriendo.

No me había puesto ropa interior, así que estaba desnuda frente a él, con una liga roja y un collar largo de perlas blancas.

Me cogió el cuello y pegó mi cuerpo al suyo para apoderarse de mis labios y mi lengua, deleitándose con aquellos besos llenos de lujuria y pasión.

Le quité la chaqueta, después la pajarita y desabroché los botones de la camisa dejándola caer. Me deshice del cinturón, desabroché el botón y la cremallera del pantalón y metí la mano en la cintura de sus bóxers para quitarle las dos prendas juntas. Me aparté de él y me incliné para bajar su ropa.

Levanté la cabeza y le miré a los ojos, su respiración era entrecortada, estaba excitado como lo estaba yo. Me acerqué a su erección, le acaricié lentamente con la mano y sin dejar de mirarle me pasé la lengua por los labios, mordisqueándolos. Los separé y dejé salir la punta de mi lengua para pasarla por su miembro, tan duro y erecto que reclamaba mis atenciones en ese instante.

Dean suspiró, enredó las manos en mi pelo y cuando comencé a acariciar su miembro con mis labios al tiempo que mi lengua jugaba a su alrededor, comenzó a mover las caderas de modo que su miembro entraba y salía de mi boca.

Me aferré a sus nalgas, clavé mis uñas y los gemidos de Dean aumentaban.

Sentí que sus piernas temblaban junto a mis brazos, volvió a gemir y pidió que parara.

—No quiero correrme, ahí no —dijo acariciando mis labios con los dedos.

Me tendió la mano y me puse en pie. Me besó la frente y me cogió por la cintura para llevarme a la cama.

Me recostó, separó mis piernas y se acomodó entre ellas. Acarició mis pechos y mordisqueó uno a uno mis duros y excitados pezones, los lamió y apretó entre sus dedos mientras mi cuerpo reaccionaba y mi sexo se estremecía junto a su cuerpo.

Los besó y se incorporó para cubrir de besos mi cintura, lentamente, hasta llegar a mi sexo. Se acomodó de nuevo entre mis piernas, me miró y sonrió pícaramente. Deslizó un dedo por mi clítoris mientras mi excitación aumentaba por momentos. Introdujo su dedo en la humedad de mi sexo y gemí ante tanto placer.

—Eres una mujer llena de sorpresas, Venus.

Al cerrar los ojos sentí su lengua jugando en mi humedad, entrando y saliendo lentamente, acariciando mi clítoris, succionándolo despacio mientras todo mi cuerpo se estremecía.

Cuando se acercaba el orgasmo me aferré a su pelo y Dean comenzó a aumentar el ritmo con su lengua, mientras uno de sus dedos entraba y salía de mi humedad con el mismo fervor.

Mis gemidos se entremezclaron con los temblores de mis piernas, mientras su lengua y su dedo bajaban el ritmo de sus movimientos.

Dean se incorporó y mientras me besaba sentí la punta de su miembro junto a mi sexo, húmedo y excitado, reclamando más placer.

Me cogió ambas manos y las entrelazó con las suyas, dejándolas a ambos lados de mi cabeza, sobre la cama, mientras deslizaba lentamente su erección al interior de mi sexo.

Un gemido ahogado se escapó de mis labios cuando Dean entró en mí.

—Sí, así... —susurré— sigue...

Me besó el cuello, la mejilla y regresó a mis labios regalándome tiernos y dulces besos.

Las penetraciones eran lentas, suaves, como si me acariciase. Entonces comenzó a besarme más apasionadamente, con fiereza, y sus penetraciones comenzaron a ser más bruscas, casi salvajes. Dejó mis labios para besar mis pechos, mordisquearlos y succionarlos.

Entrelacé mis piernas en su cintura, arqueándome para sentir mejor sus penetraciones, nuestras

manos se aferraban tan fuerte que sentí que mis uñas se clavaban en su piel.

Aumentó el ritmo, las penetraciones eran más rápidas, y en cuestión de segundos tenía el orgasmo a las puertas de mi sexo, estremeciendo mi cuerpo mientras gemía de placer aferrada a sus manos, sintiendo cómo su miembro vibraba en mi interior cuando se corría conmigo.



—¿Quieres una copa? —preguntó señalando el champagne.

—Sí, gracias.

Se levantó, aún desnudo, y descorchó la botella para servir las copas.

—Ten —dijo acercándose a la cama.

—Gracias.

—Creo que después de dos noches juntos, podríamos descubrir quién hay bajo las máscaras.

—No, lo siento señor Eros, pero las normas son las normas.

—Es una lástima, seguro que eres preciosa.

—O tal vez no. Quizás soy más vieja de lo que parece y por eso cubro mis ojos, para no mostrar las arrugas del paso del tiempo.

—Tienes un cuerpo demasiado joven para ser casi una anciana, como dices.

—Si volvemos a encontrarnos, prometo descubrir mi rostro —dije ofreciéndole mi copa para brindar.

—Te tomo la palabra.

Cuando terminó su copa de champagne me besó y se disculpó para ir al cuarto de baño.

Aprovechando su ausencia, me vestí apresuradamente y salí del dormitorio.

Cuando llegué a la primera planta le pedí a Amanda que retuviera a Dean tanto como pudiera, ya que seguramente intentaría ir detrás de Venus, pero me encontraría a mí en la piscina como la primera noche que nos vimos.

Me quité los zapatos y corrí por el jardín tan rápido como pude. Entré en casa, fui al baño y me quité el vestido, la máscara y las joyas y me lavé la cara para quitarme el maquillaje. Había dejado preparado el bikini así que me lo puse y salí de nuevo y me zambullí en la piscina.

—¡Avery...! —dijo Dean acercándose.

—¡Oh, hola!

—Creí que... no sabía que estarías aquí.

—Vivo aquí. Vaya... ¿lo habías olvidado? —pregunté en un ligero tono sarcástico.

—No sabía si debía ir a buscarte.

—Tranquilo. Sé que no has estado solo, ni pensando en mí.

—Amanda te ha...

—Sí, me llamó sorprendida porque no había llegado contigo. Y después entendió que habías preferido estar con otra.

—No digas eso Avery.

—No, si yo no digo nada. Simplemente es lo que ha pasado.

Antes de que pudiera moverme para ir a la escalera y salir, Dean se tiró a la piscina, con el esmoquin puesto, y me cogió entre sus brazos.

—Déjame Dean.

—No puedo Avery, no puedo pensar en nadie que no seas tú —se acercó a mis labios y me besó mientras sus manos se deslizaban por mi espalda.

Traté de apartarle, pero no me dejaba apenas moverme. Cuando dejó de besarme le volví a pedir que me soltara, quería irme a casa, pero mis palabras no sirvieron de nada.

—No puedo pensar en nadie más que en ti, ¿no lo entiendes?

—No, no lo entiendo. Porque nos hemos acostado dos veces y después nada. ¿Y ahora que acabas de follarte a otra vienes a buscarme?

—¡Porque cuando me follo a otras pienso en ti! Es a ti a quien quiero tocar, a quien quiero besar.

—Si realmente quisieras eso me habrías llamado después de follarme en mi casa.

Me aparté de él y cuando llegué a la escalera me cogió por las caderas impidiendo que saliera. Cogió la cintura de mis braguitas y me atrajo hacia él, tratando de quitármela, pero como me resistía, tiró de ellas y las rasgó, despojándome de la prenda que cubría mi sexo.

Me sentó en una de las escaleras y se desabrochó el cinturón, la cremallera y el botón de los pantalones y se los bajó hasta liberar su erección.

—Solo con pensar en ti consigues esto.

Se inclinó hacia mí y me besó sin que yo pudiera resistirme. Le deseaba, le deseaba tanto que no era capaz de controlar mi propio cuerpo.

La punta de su miembro quedó junto a mi sexo y en apenas un instante estaba penetrándome mientras se aferraba a mis nalgas.

—Oh, Avery... no sabes cuánto te deseo.

Entrelacé mis manos alrededor de su cuello y le atraje hacia mí para besarle. Aún estaba excitada por lo que había pasado en la fiesta, y los orgasmos se sucedieron uno tras otro entre mis gemidos y los suyos.

El clímax final nos llegó a ambos al mismo tiempo, y sentí su miembro palpitar en mi interior.

—Avery, no me prives de esto —susurró abrazándome.

—Es que yo no quiero que solo tengamos esto.

—No puedo ofrecerte otra cosa.

—Claro, solo quieres que sea tu amante.

—Eso no es así Avery.

—¿Ah no? Y dime, ¿cómo lo llamarías tú?

—Tendríamos una relación.

—Sí, pero solo sexual. Y de vez en cuando hacer de hermanos mayores con los niños de la

asociación.

—Avery...

—No Dean, basta. Sé que soy joven y que probablemente podría encontrar al hombre perfecto para mí, pero ese hombre no eres tú. Ya te dije que para tener sexo Connor está el primero. Y al menos él quiere una relación de pareja conmigo.

Me aparté de él, cogí la braguita rota de mi bikini y me levanté para salir de la piscina. Ni siquiera le dije adiós. Caminé por el jardín hasta las escaleras y subí para entrar en casa. Cerré la puerta, fui al baño para coger la ropa de la fiesta y subí a mi dormitorio.

Miré por la ventana y vi a Dean sentado en una tumbona con las manos en la cabeza. ¿En qué estaría pensando? Tal vez en Venus. O en mí, o quizás en las dos. Al fin y al cabo, acababa de follarnos a las dos la misma noche en cuestión de minutos.

Pero ese era él, el Dean Mayer que asistía a las fiestas de Amanda Pierce para follar con cuantas mujeres estuvieran dispuestas.

Me di una ducha rápida, me puse una camiseta y me metí en la cama.

—Mañana será otro día —dije abrazándome a la almohada mientras las lágrimas recorrían mis mejillas.



Capítulo 22

Los días fueron pasando, y Dean parecía haberme hecho caso pues no me había vuelto a llamar.

Yo seguía yendo a la asociación para salir con mis chicas y con Aiden, y en alguna ocasión me encontré con Dean cuando llevaba a los chicos de vuelta, pero procuraba no hablar con él, me limitaba a saludar a la señora Gobs y despedirme de las chicas.

Una tarde de las que recogí a Aiden, mientras tomábamos un helado en el centro comercial, sacó una cajita de su mochila y me la entregó.

—Dean me pidió que te la diera —dijo con aquella voccecita que tanto me gustaba.

Al abrirla vi el colgante que me había gustado de la joyería la primera tarde que fui con las chicas. Era un trébol de cuatro hojas con una pequeña piedra de jade incrustada en el centro.

Había una pequeña nota en el interior de la caja. Desdoblé el papel y allí estaba su letra.

«Annie me dijo que te había gustado, quería dártelo yo mismo, pero no encontraba el momento. Avery, necesito hablar contigo. Por favor, llámame.»

—¿Te ha gustado el regalo? —preguntó Aiden cogiendo mi mano.

—Es muy bonito. Pero no puedo aceptarlo.

—Dean creerá que no te lo he dado.

—Tranquilo, que sabrá que lo has hecho.

Saqué el teléfono de mi bolso y marqué su número.

—Hola, Avery.

—Me parece increíble que hayas utilizado a Aiden para esto. Espérame en la asociación dentro de una hora.

Y sin más que decir, colgué.

Cogí a Aiden en brazos y fuimos al *parking* para coger el coche.

Allí estaba Dean, esperando junto a su coche, con su traje impecable y las manos en los

bolsillos de su pantalón.

—¡Dean! —gritó Aiden mientras corría para abrazarle.

—Hola, campeón. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí. Hemos jugado a los bolos.

—Vaya, ¿así que ya puedes con las bolas?

—No, pero Avery me ayuda.

—Vamos bichito, la señora Gobs te espera —dije cogiéndole en brazos—. Enseguida vuelvo —indicé dirigiéndome a Dean sin tan siquiera mirarle.

Cuando regresé al coche de Dean no pude evitar tirarle la caja del colgante, y lo hice con rabia lo reconozco.

—No esperaba que fueras a utilizar al niño.

—Avery, es solo un regalo. Lo compré la tarde siguiente a que tú lo vieras, pero no sabía cómo dártelo.

—Deja de mentir Dean, no me gusta que me mientan.

—¿Y tú si puedes mentir?

—No sé a qué te refieres.

—¿De verdad no lo sabes, Venus?

¿Qué? ¿Cómo sabía él que yo...? Maldita sea, había visto el tatuaje, estaba segura.

—No sé de qué hablas.

—¿De verdad? Es curioso, porque no creo que haya muchas mujeres con ese tatuaje en la espalda.

—Pues claro que puede haberlas.

—Por favor, deja de fingir. Y no me mientas más. ¿Por qué no me dijiste que eras tú aquella noche?

—No puedo creer que me estés diciendo que soy la chica de aquella noche.

—Avery, grité tu nombre porque vi el tatuaje en tu espalda. Fingí no saber que eras tú porque pensé que lo reconocerías.

—Debo irme.

—No, no te vas —dijo cogiendo mi brazo con fuerza—. Si no fui a buscarte esa noche fue porque quería comprobar si aparecería Venus. Avery, la noche que pasamos en tu cama sabía que eras Venus. Por eso te dije que con solo pensar en ti me excitaba y te deseaba. Porque es cierto, porque aquella primera noche con Venus cuando supe que eras tú comprendí que no quería hacerle eso a nadie más. Pasamos la noche entera encerrados en aquella habitación, y te hice mía.

—Si estabas tan seguro de que era yo ¿por qué no me dijiste nada la noche que te metí en mi cama?

—Porque quería que me lo confesaras tú misma. Pero has callado durante demasiado tiempo.

—Me marchó Dean.

—Espera, por favor quiero que hablemos.

—No me entiendes. Me marchó de Nueva York.

—¿Qué?

—Me voy a Londres, con Connor.

—Así que al final... él y tú...

—No, por mucho que a Connor le gustaría que eso ocurriera yo no siento lo mismo por él.

—Por favor Avery, no te vayas. Yo...

—¿Tú qué? Vamos, habla. ¿Sigues queriendo que sea tu amante? ¿O tal vez sería mejor si

Venus y Eros siguieran encontrándose en las fiestas de Amanda? Sí, eso estaría bien. El sexo entre ellos es bueno, seguirían pasándose en grande.

—No quiero que seas mi amante, ni quiero a Venus, te necesito a ti en mi cama, Avery, solo a ti.

—¿En tu cama? ¿Solo en tu cama?

—Avery, yo...

—¿Lo ves? De mí solo quieres sexo, y ya te dije que eso lo consigo sin necesitarte a ti.

—No te vayas, por favor quédate, quédate conmigo, con los chicos...

—Dean, ¿sientes algo por mí? Algo más que desear mi cuerpo en tu cama, algo, por mínimo que sea. Amor, ¿sientes amor por mí? Dean, si no solo me deseas, si sientes algo por mí, si me quieres por poco que sea... por favor, di que no me quieres. Dilo, di que no me quieres y me quedaré en Nueva York —no dijo nada, su mirada estaba clavada en la mía y sus labios cerrados, ni una sola palabra salió de ellos—. ¿Ves? No sientes nada. Puede que tal vez te resulte difícil decir las palabras “Te quiero”, pero quizás podrías decirme que no me quieres y así sabría que sientes algo por mí. Déjalo, será mejor que no digas nada. Adiós, Dean.

Soltó mi mano, y sentí una punzada como si clavaran un puñal en mi corazón. Subí a mi coche y salí de allí, con los ojos cubiertos de lágrimas que no quería derramar.

Había pensado mucho desde aquella noche de nuestro último encuentro en la piscina, hablé con Amanda y no le importó que me tomase un tiempo lejos de allí, lejos de Dean, para pensar. Llamé a Connor, como siempre sus brazos estaban abiertos para mí y no le importó que me instalara en su apartamento, “aunque es algo pequeño” me dijo.

Decidimos que vendría ese fin de semana, así pasaríamos una noche con Karen, mi última noche con ella.

Cuando me despedí de las niñas no pude evitar mis lágrimas, sus caritas sonrojadas y a punto de llorar me partieron el corazón. Con Aiden, fue aún peor. La misma noche que le dije a Dean que me iba a Londres se lo dije a Aiden, sus bracitos alrededor de mi cuello no podré olvidarlos en mucho tiempo.



—¿Estás lista mi niña? —preguntó Connor saliendo del cuarto de baño en la habitación del hotel.

—Sí, Karen nos espera en el restaurante de Will. Ya le di la dirección.

—Bien, entonces vamos. Estás preciosa —se inclinó hacia mí y me besó la frente.

—Gracias Connor, por todo.

Guiñó un ojo y me cogió por la cintura, salimos de la habitación y bajamos al *parking* para coger el coche.

Me encantaba disfrutar de la ciudad de noche, y cuando más lo hacía era cuando yo iba de ocupante, y no de conductora.

Cuando llegamos a la cafetería, Will y Connor se abrazaron como de costumbre y nos acompañó a nuestra mesa en la terraza, donde Karen y Peter se regalaban besos y miradas de complicidad.

—Vaya, veo que a los tortolitos les va bien —dijo Connor acercándose a la mesa.

—¡Connor! Me alegra volver a verte. Aunque te odio un poco porque te llevas a Cenicienta.

—No, yo no me la llevo. Se va ella solita —contestó mientras Karen le estrechaba entre sus brazos.

—Hola, Peter.

—Bienvenido de nuevo Connor.

—¿Qué vais a tomar chicos? —preguntó Will.

Connor pidió una botella de vino y mientras esperábamos que la trajera, hojeamos la carta y pedimos la cena.

Después de la cena, y de un par de chupitos, fuimos a Casiopea para tomar unas copas y terminar la noche.

Entramos directamente por el *parking*, como siempre hacía con Karen, y subimos a saludar a Josh que nos dijo que había reforzado la seguridad del local, con guardias fuera vigilando la gente que hacía cola y manteniendo a raya a los fotógrafos curiosos.

—Tomad lo que queráis, invita la casa como siempre —dijo abrazándome después de que nos despidiéramos por un tiempo.

El local estaba lleno, apenas podíamos caminar entre la gente que bailaba y bebía disfrutando de una noche de sábado más.

Cuando por fin llegamos a la barra pedimos unos margaritas y en cuestión de segundos me quedé allí sola, con mi copa en la mano, mientras Karen se llevaba a Peter a bailar y Connor iba al cuarto de baño.

—Sabía que podría encontrarte aquí —la voz de Dean me hizo estremecer como solo él sabía hacerlo.

—Será mejor que te vayas.

—No, sin antes hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar. Por favor, vete. No estoy sola.

—Lo sé, le he visto. Ese tío está loco por ti y no le culpo. Eres maravillosa Avery.

—¡He dicho que te vayas! —grité cuanto pude, pero Dean me cogió la mano y me arrastró con él hacia uno de los reservados.

Intenté por todos los medios que soltase mi mano, pero sin éxito. Cuando cruzamos las cortinas del reservado se sentó en el sofá y me atrajo hacia él cogiéndome por la cintura y sentándome a horcajadas sobre sus piernas.

Sus manos se aferraban con fuerza a mi cintura, mientras yo trataba de apartarlas.

—Déjame Dean, tengo que volver allí.

—No, no quiero que te vayas. Por favor Avery, no me dejes, ahora no.

Hundió su rostro en mi pecho, su respiración era entrecortada, como si le costase respirar. Separé mis manos de las suyas, y cerrando los puños respiré hondo y cerré los ojos. ¿Por qué me lo ponía más difícil de lo que ya era para mí?

—Dean, debo irme.

—No, no te vayas a Londres.

—Tengo que irme de aquí, alejarme de...

—¿De mí? —preguntó apartándose de mi pecho y mirándome fijamente.

—Sí, de ti. Necesito alejarme de ti.

—¿Por qué?

—Porque somos completamente distintos. Tú podrías tener a la mujer que quisieras, y cuando quieres echar un polvo lo haces con cualquiera y punto. Yo no soy así Dean. Yo... yo necesito algo más que sexo.

—No te vayas, por favor. Podemos intentarlo...

—No Dean —dije interrumpiéndole—, no podemos intentarlo, tú mismo me dijiste que no podías darme más.

—Fui un imbécil al decirte eso.

—Dean, esta noche has venido porque querías comprobar si hay algo entre Connor y yo, nada más.

—Sabes que no soporto que nadie más te toque. Te quiero para mí Avery, solo para mí.

—Eso es imposible. Ya te dije que para follar tengo a Connor, pero no es eso lo que quiero, necesito algo más que eso.

—Avery... —su voz susurrando mi nombre mientras hundía de nuevo su rostro en mi pecho cayó sobre mí como una descarga. Todo mi cuerpo se estremeció entre sus manos.

—Por favor, deja que me vaya.

Volvió a mirarme, cerró los ojos mientras suspiraba y apartó las manos de mi cintura. Apoyé las manos en sus hombros, él seguía con los ojos cerrados, me acerqué y le besé la frente. Me levanté y antes de salir, me giré y le dije adiós.

—¿Se puede saber dónde estabas? —me preguntó Karen cuando regresé.

—Necesitaba estar sola, lo siento.

—Mi niña, ¿va todo bien?

—Sí Connor, genial. Tomemos algo y nos vamos, ¿vale?

—Claro, como tú quieras.

Connor me besó la frente y me estrechó entre sus brazos. En ese instante vi a Dean acercándose hacia nosotros, pero se quedó paralizado al verme en los brazos de Connor, miró hacia un lado y volvió a mirarme. Vi cómo apretaba sus dientes y se alejó de allí.

Sí, se había rendido. Definitivamente el señor Dean Mayer se había rendido y se olvidaría de mí, entre copas de alcohol y mujeres en las fiestas de Amanda.



Fui a dejar mi coche en casa de Amanda, me despedí de ella y de las chicas y subí al taxi que nos llevaría a Connor y a mí al aeropuerto.

En el camino no paraba de pensar en todos aquellos años viviendo allí, en la gran ciudad, desde que perdí a mis padres. Recordé a Adam y lo bien que sus padres se habían portado conmigo, a los Evans y cómo me abrieron las puertas de su casa y el apoyo que me dieron cuando Adam me dejó. ¿Cómo olvidar a Liam? Aquel niño me robó el corazón desde el mismo instante en que le vi cruzando la puerta del salón de su casa.

Y Connor, siempre a mi lado cuando más le necesitaba, dispuesto a darme una palabra de ánimo, a apoyar alguna de mis locuras y, sobre todo, a quererme a pesar de que mis sentimientos hacia él no eran los mismos.

Amanda había sido mi mayor descubrimiento. Una ex modelo de fama reconocida por todo el mundo, de belleza y personalidad infinitamente excelentes, pero, sobre todo, una mano amiga en la que pedir consejo, consuelo e incluso compartir mis temores.

Echaría de menos aquello, aunque no me marchaba definitivamente, sabía que tenía que regresar a Nueva York. Ahora era modelo, mi carrera comenzaba y quería llegar a lo más alto, ser una digna discípula y descendiente de Amanda Pierce.

Pero debía pensar en mí, tenía que alejarme de quien tanto me hacía sentir, de quien me había enamorado irremediabilmente.

—Avery, hemos llegado —dijo Connor devolviéndome a la realidad.

Le miré, sonreí y salimos del taxi. Connor cogió mi maleta y su bolsa y entramos en el aeropuerto. Aún quedaba tiempo hasta que saliera nuestro vuelo así que paramos para tomar un café.

—¿Estás lista para Londres? —preguntó cuando nos sentamos en el avión.

—Sí. Es la primera vez que salgo de Nueva York.

—Y no será la última. Ahora que eres modelo seguro que conocerás cientos de ciudades.

—Sí —dije sonriendo.

—Te gustará Londres, quizás tardes un poco en acostumbrarte, pero te irá bien.

—No sabes cuánto te lo agradezco Connor, de verdad.

—Sé que no me vas a decir por qué quieres alejarte un tiempo de aquí, pero... me alegro de que pensaras en mí para hacerlo.

—Eres como mi hermano, y no hay mejor compañía que tú.

—Te quiero mucho mi niña —dijo acariciando mi mejilla.

—Y yo a ti Connor, y yo a ti.

El avión se puso en marcha, y mientras despegaba veía la ciudad de Nueva York a través de la ventana. Allí quedaba mi vieja Avery, la que había aprendido con ocho años a valerse por sí misma y que ahora se alejaba del hombre al que amaba más de lo que jamás pensó que ocurriría.

*Di que
no me quieras,
dámelo*
Volumen III



SINOPSIS

¿Qué estarías dispuesto a hacer para recuperar lo que has perdido?
¿Hasta dónde llegarías por otra persona?



Capítulo 1

Habían pasado tres semanas desde que cogí junto a Connor el avión a Londres, unos días de descanso me había dicho a mí misma, pero nada más aterrizar vi algunos reportajes fotográficos en revistas en los que yo estaba con Aiden. Ahora mi vida era pública, no podía remediar que me fotografiaran, pero claro, que especulen con mi vida privada y metan de por medio a un niño como Aiden... eso no me parecía lo mejor.

Todo el mundo se preguntaba quién era aquel pequeño con el que me reía, al que cogía en brazos y con el que me mostraba tan cariñosa.

«La guapa modelo, Avery Baker, madre de un adorable niño.»

«Avery Baker, ¿madre soltera?»

Y así podría seguir hasta que me cansara de leer. ¿En serio pensaban que el pequeño Aiden era mi hijo? Bueno, teniendo en cuenta la sarta de mentiras que se leen en las revistas...

Pero también había algunos artículos en los que se nos veía a Dean Mayer y a mí juntos, con Aiden y el resto de niños con los que ejercíamos de hermanos mayores.

Todo el mundo sabía que el afamado arquitecto y codiciado soltero neoyorquino donaba dinero a la asociación donde esos niños viven y se labran un futuro, o al menos lo intentan, pero nunca le habían tomado fotos puesto que pedía la máxima intimidad para los pequeños, hasta que nos vieron juntos y decidieron fotografiarnos y claro, si Aiden es mi hijo era normal que le llevara con otros niños para hacer vida social.

Nos habían fotografiado en la fiesta del señor Newman, y prácticamente nos relacionaban como pareja. Perfecto, eso era lo que me faltaba.

Me puse en contacto con Amanda para que intercediera por mí y arreglara todo aquel asunto de las fotos con Aiden y los demás niños, no era justo para ellos que los explotaran de ese modo y menos que insinuaran que yo era la madre soltera del pequeño. Que podría serlo, y no me importaría en absoluto porque adoraba a ese niño, lo quería muchísimo, pero si existía alguna posibilidad de que alguien pudiera adoptarle, con todo ese jaleo especulativo de que era mi hijo,

no habría nada que pudiéramos hacer si no le adoptaba nadie.

Aquella mañana me llamó Amanda y me dijo que ya estaba todo solucionado, que buscara mi nombre y el de Dean en Internet y me pondría al día con todo lo que él, Dean Mayer, había hablado para una entrevista en una de esas revistas.

—No suele hacer esas cosas Avery, pero al salir todo eso de los niños ha querido solucionarlo él, no me ha dejado que yo haga nada —me dijo Amanda antes de despedirnos.

Bien, cogí el portátil de Connor y busqué, tal como ella me había dicho. Y allí estaba una entrevista que había concedido apenas un día antes.

«Avery es una buena amiga, y afortunadamente para mí también le gusta la idea de ser hermana mayor de los pequeños de la asociación. El niño con el que sale ella en las fotos es uno de esos niños, ambos le tenemos mucho cariño, y no voy a negar que en el caso de ser cierto que Avery fuera madre soltera, no tengo ninguna duda de que sería una madre estupenda. Habla, ríe, juega, cuida y se preocupa por esos niños, es una mujer fantástica.»

Bueno, algo es algo, Dean me dejaba en buen lugar ante esa carroña de periodistas. Por lo menos aclaraba el tema de mi maternidad.

«Hace tiempo que tengo pensado adoptar al pequeño con el que habéis visto a Avery en las fotos, es un niño increíble y como digo, la idea de poder ser su padre hace un tiempo que ronda por mi cabeza. Quién sabe, quizás dentro de unos meses pueda deciros que por fin soy padre.»

Aquello me dolió tan profundamente que cerré el portátil y lo dejé en su sitio. No podía creer que Dean finalmente fuera a adoptar a Aiden, si lo hacía... yo no podría volver a verle.

Fui a la cocina y empecé a preparar la cena, aún quedaban un par de horas para que Connor regresara a casa, a su casa, donde yo había invadido todo su espacio... dormía en su cama mientras él lo hacía en el sofá del salón, el baño estaba lleno de mis cosas y su intimidad había quedado relegada a la nada, así que la única forma de agradecerle que me dejara invadir su pequeño apartamento de ese modo era cocinando para él. Solo aparecía para cenar, solía comer fuera porque el ministro al que llevaba de un lado a otro con el coche le mantenía muy ocupado, así que mi tiempo lo empleaba en salir a correr un rato por la mañana, un par de vueltas a la manzana, ducharme, desayunar, recoger un poco, poner lavadoras con ropa de Connor, llevar sus trajes a la tintorería y recogerlos, planchar sus camisas, leer y escuchar música y por las noches, preparar la cena.

La verdad es que no había pensado cuánto tiempo quedarme allí, lo que en un principio me dije sería unos días, tal vez una semana, se había convertido en tres semanas de relativo descanso y desconexión, el suficiente como para olvidarme de Dean y de que para él tan solo era sexo. Pero como le había dicho a él, para eso estaba Connor el primero que al fin y al cabo llegado el momento en que yo me planteara algo más con él... pues lo tendría fácil porque no era un secreto

que Connor sentía algo por mí, pero habíamos acordado no volver a acostarnos más, ante todo estaba nuestra amistad forjada durante tantos años y que no debía romperse por unos cuantos polvos. No, eso no debía ocurrir.

Me sentía mal por estar en su casa sabiendo lo que sentía por mí, pero lo cierto es que durante esa semana no había pasado nada, ni una sola vez, ni tan siquiera un casto beso. Cosa que agradecí porque me sentía tan baja de ánimo que... quién sabe lo que habría pasado si me hubiera dado un simple y tierno beso.



A pesar de que era domingo, Connor tuvo que trabajar, lo había hecho los tres domingos que yo lleva allí con él, tan solo había disfrutado de los sábados como su día de descanso, pero a Connor no le importaba puesto que esos días se los consideraban como horas extras y todo el dinero que pudiera conseguir mucho mejor. En esta ocasión el ministro tenía una reunión importante con otros ministros. Como de costumbre, a las ocho la puerta se abrió y mi querido Connor llegaba a casa.

—¡Hola, mi niña! —gritó cerrando la puerta.

—¡Hola! —respondí saliendo del dormitorio.

—Mmm... huele de maravilla, ¿qué tenemos para cenar?

—Espero que te guste, es una receta que encontré el viernes en Internet. Pastel de salmón con salsa de tomate y vino blanco.

—Seguro que está riquísimo.

Me cogió por el cuello y me besó la frente, sí, ese era el saludo habitual cuando se marchaba y cuando volvía a casa. Un simple beso fraternal.

—Vamos, date una ducha mientras sirvo la cena.

—A sus órdenes, señora.

Con ese tono de soldado que tanto me hacía reír, salió hacia el dormitorio para quitarse el traje y después entraba al cuarto de baño para darse una ducha.

Durante unos instantes mi cabeza empezó a divagar, imaginando que sería fácil acostumbrarse a vivir allí con Connor, aquellas semanas habían estado bien, me gustaba esperarle con la cena lista y hablar, mientras disfrutábamos de esos manjares, de cómo había ido nuestro día. No había duda de que la chica que por fin conquistara a Connor sería muy afortunada.

Ni siquiera había escuchado sus pasos acercándose, hasta que sentí sus brazos alrededor de mi cintura y di un leve respingo. Apoyó la barbilla en mi hombro y me vio servir un pedazo del pastel en uno de los platos.

—Me alegra tenerte aquí. Me gusta llegar a casa y saber que me estás esperando —susurró

antes de darme un beso en el cuello.

No, no, no. Nada de besos por favor... Ese no era el trato.

—No creo que me quede mucho más, una semana, y después volveré a casa de Amanda. Tengo un trabajo nuevo que mantener... ahora soy imagen de algunas buenas marcas —dije tratando de calmarme, pues con aquel puñetero beso había conseguido que mi piel se estremeciera como solía hacer.

—Bueno, pero el tiempo que te quedes, bienvenido sea —y volvió a besarme, esta vez en la mejilla.

Se soltó de mi cintura y cuando me giré le vi sirviendo el vino en las copas. Como era costumbre en él, solo llevaba un pantalón para dormir, dejando su torso desnudo, y a pesar de que me controlaba demasiado... una no es de piedra, ¿no? Pero me obligaba a no mirarle para no sonrojarme al contemplar ese cuerpo que tanto había disfrutado en otras ocasiones.

Mientras recogíamos las cosas de la cena sonó mi teléfono, me acerqué a la mesita del café que había junto al sofá y vi que era Amanda.

—Hola, ya he visto lo que me dijiste. Al menos se ha solucionado el malentendido de mis fotos —hablé antes de que ella pudiera saludarme.

—Sí, la verdad es que Dean es un buen tipo.

—Le escribiré para agradecerérselo.

—Sí, deberías.

—Oye, que no tendría por qué hacerlo. Yo te pedí que te encargaras tú...

—Ya, y él me llamó poco después de que tú lo hicieras y me dijo que no me preocupara, que él arreglaría todo.

—Bueno, ¿ocurre algo? Es algo tarde para que llames.

—Lo siento, ¿te pillo bien?

—Oh, sí tranquila, acabamos de cenar y recoger la mesa. Vamos a ver una peli y a la cama, que mañana Connor se levanta temprano.

—Mmm... ese Connor y tú al final termináis liados, ya verás.

—No, eso hace tiempo que acabó.

—Vaya, vaya con Avery Baker... los tiene a todos loquitos.

—¿A todos? Que yo recuerde no tengo tantos admiradores.

—Querida, el señor MacNamara te adora, y qué decir de Newman, claro que Remington es el tercero que ha caído rendido a tus encantos.

—Que son pocos, bajo mi humilde punto de vista.

—No te menosprecies, sabes que no me gusta. Bueno, a lo que iba. Me han ofrecido una campaña para un nuevo perfume, quieren algunas fotos y rodar un anuncio para televisión. Y me han exigido que seas tú la modelo.

—¿Yo? Pero tienes otras chicas Amanda, no pensaba regresar aún... bueno sí, pero... a finales de semana, el sábado...

—Tranquila, he dicho que estás en Londres y están dispuestos a desplazar todo lo necesario para rodar allí el anuncio y hacer las fotos. Están buscando una buena localización para ambas cosas.

—En serio, esto... no sé... es... ¿quién es el cliente?

—Elora Fortier. Es una de las mejores perfumistas de Francia.

—Sí, he visto algunos de sus perfumes anunciados.

—Entonces, ¿qué hacemos? Si nos negamos perdemos la oportunidad de volver a trabajar con ella en el futuro.

—Está bien, di que aceptas.

—Menos mal que ya acepté antes de hablar contigo.

—No me lo puedo creer...

—Anda, luego me lo agradecerás. Llegarán allí mañana por la tarde, y te esperan el martes por la mañana a las nueve en el hotel Constanza.

—Ok, me lo apunto. Gracias por avisar.

—Avisa cuando vayas a volver, si quieres quedarte unos días más después del sábado, no tengo problema.

—No sé, ya veré. Buenas noches Amanda.

—Adiós, Avery.

Cuando dejé el teléfono de nuevo sobre la mesa, Connor ya estaba esperándome en el sofá viendo la televisión. Dio unos golpecitos al asiento junto al que él ocupaba y me senté en él, con su brazo sobre mis hombros y mis piernas encogidas en el sofá. Solo respirar el aroma de su gel de ducha ya era casi una tortura. Me dio un beso en la sien y vimos la televisión.

No preguntó nada de mi conversación con Amanda hasta que terminó la película. Cuando le dije que el martes tenía que acudir al hotel Constanza me dijo que me dejaría allí antes de ir a recoger al ministro, que le pillaba de camino y tan solo tardaría cinco o seis minutos en llegar desde el hotel. Aunque insistí en que podía ir en taxi, se negó en rotundo. Así que al final no me quedó más remedio que aceptar.

—Debería dejarte dormir, mañana tienes que volver a levantarte temprano.

—No te preocupes, si quieres puedes ver la televisión un rato más.

—No Connor, mejor me voy a la cama. Ya me siento bastante mal porque tú duermas en este sofá...

—Es cómodo, no te preocupes.

No sé qué me pasó por la cabeza, si era una especie de demencia transitoria o... ¿o qué? No sé exactamente pero allí estaba yo, sentada en el sofá diciéndole que si quería podía dormir conmigo en la cama.

—Mi niña, no quiero que estés incómoda.

—No lo estaré, los dos sabemos que...

—Sí, lo sabemos. Pero la cama es tu espacio.

—Pero es tu casa Connor, tu dormitorio, tu cama. Y estás durmiendo aquí —dije señalando el sofá.

—No me importa, mi niña. De verdad.

—Bien... pues... buenas noches.

Me dio otro beso en la frente y me levanté para irme a la cama. ¿Acaso quería que durmiera conmigo? Debía estar loca, sí, demencia transitoria...



Capítulo 2

A las nueve menos cinco Connor paraba en el hotel Constanza y el botones me abrió la puerta para que saliera. Besé a Connor en la mejilla y le dije que nos veríamos a la hora de la cena.

Cuando entré en el hotel, el blanco de las paredes y los muebles en negro me parecieron de lo más apropiado para ese lugar. Era un hotel increíblemente moderno por dentro mientras que su exterior era un edificio de aspecto antiguo. Sin duda, el contraste era perfecto.

Me acerqué al mostrador de recepción, me identifiqué y la señorita me indicó que esperara en uno de los sofás que había al fondo de la amplia sala, y que enseguida me recogerían.

Y así lo hice, algo nerviosa porque no era habitual encontrarme con los clientes sin estar Amanda conmigo, me dirigí a los sofás mientras el sonido de mis tacones rompía el silencio del *hall* y me senté a esperar.

Me había puesto unos vaqueros piratas ajustados y una camisa sin mangas, algo sencillo, maquillaje natural y una coleta. Sabía que me desmaquillarían y me peinarían de otra forma, me darían otra ropa y...

No podía creer lo que estaba viendo. Al escuchar una leve risa femenina me giré hacia el mostrador de recepción y vi una mujer de melena color cobrizo, esbelta, atractiva y con una seductora forma de andar, junto a un hombre, un hombre al que conocía muy pero que muy bien...

—¿Avery? —preguntó la mujer.

—Sí —contesté poniéndome en pie y estrechando la mano que me tendía.

—Soy Elora Fortier. Me alegro de que aceptaras, fui demasiado exigente con Amanda, pero... me dijeron que eras perfecta para este perfume.

—Trabajo para Amanda, cualquier cosa que ella vea bien para el negocio...

—A Dean ya le conoces. Fue él quien insistió que fueras imagen de mi nuevo perfume.

—Hola, Avery. —Dean se acercó y me saludó con un cálido beso en la mejilla que hizo que me estremeciera como solo él podía conseguir, siempre lo conseguía.

—Hola —escueta, ni una palabra más, ni siquiera pronunciar su nombre.

—Bien, vamos a la suite para prepararte —dijo Elora dando un paso hacia atrás para comenzar a caminar.

—Claro.

Y allí, mientras Elora me hablaba de lo que habían pensado para las fotos y el anuncio, yo no podía dejar de pensar en Dean, en sus besos, en sus caricias, en su cuerpo desnudo... «¡Basta,

deja de pensar en él!» me regañé mentalmente, a fin de cuentas, estaba allí para olvidarme de todo y alejarme de él, ¿por qué narices tenía que volver a aparecer así de repente? ¿Es que me espiaba, seguía mis movimientos? Dios, tenía que hacer algo para que me dejara... Connor, no tenía más remedio que utilizar a mi mejor amigo. No, ni hablar, no iba a darle la satisfacción de verme en brazos de otro, nada de eso.

Cuando al fin entramos en la suite del hotel, dos chicas esperaban con el vestido que había escogido para las fotos y para rodar el anuncio, así como una peluquera, un maquillador y una fotógrafa.

—Avery, esta es Diane, se encargará de las fotos y ayudará a Stephen con el rodaje del anuncio.

—Encantada Diane.

—Chica, eres realmente preciosa. No me extraña que Elora haya exigido que seas tú. Sin lugar a dudas, eres perfecta para *Déesse*.

—¿*Déesse*? —pregunté frunciendo levemente el ceño.

—Diosa —me contestó Dean posando su mano en mi cintura—. Es francés, el nuevo perfume de Elora.

—Sí, ten. —Elora cogió un frasco de cristal, redondo y alargado, que llevaba la palabra *Déesse* grabada en él, y el perfume era de un precioso color rosado—. Dime qué te parece.

Cogí el frasco, pulvericé un poco en una de mis muñecas y el olor me hizo estremecer. Pensé que tal vez fuera por tener a Dean tan cerca. Era exquisito, con toques de jazmín y un leve perfume de cerezo.

—Huele muy bien —dije. Pero Elora ya no estaba cerca cuando abrí los ojos. Solo Dean.

—Cuando Elora me dejó olerlo, no pude evitar pensar en ti, incluso antes de saber el nombre que le pondría —susurró Dean mientras aferraba su mano a mi cintura.

—Por favor, he venido a trabajar. ¿Qué demonios haces tú aquí?

—Elora y yo somos amigos desde hace años, y necesitaba verte.

—Ah, ya entiendo. Elora es una de tus amigas. Bien, pues espero que paséis una semana perfecta follando en este hotel —dije levantando las manos para señalar toda la habitación.

Sin darle tiempo a que me dijera nada, caminé hacia Elora y nos pusimos manos a la obra para la sesión de fotos.



Me habían maquillado en diversos tonos de rosa, que sinceramente me sentaban muy bien. Me soltaron la coleta y me hicieron un recogido lateral, dejando mi perfil izquierdo despejado pues Diane había pedido que una de las fotos fuera el perfil que se me pudiera ver.

El vestido era lo más sexy que me había puesto en mi vida. Era de gasa en tono rosa, muy parecido al color del líquido del perfume, largo con una apertura en cada lateral dejando que las piernas se me vieran al caminar, y tan solo llevaba el hombro izquierdo cubierto con la tela, era muy parecido a una especie de túnica de la antigua Grecia o de Atenas, muy apropiado para una Diosa.

Un ancho cinturón plateado cubría la parte de la cintura y terminaron de adornarme con una pulsera plateada en la muñeca derecha, unos perfectos pendientes de aro y una gargantilla, todo de plata.

Diane tenía preparado el fondo blanco sobre el que me haría algunas fotos, y después pasamos al cuarto de baño donde me hizo fotos maquillándome, poniéndome la pulsera y pulverizándome el perfume.

Poco después llegó a la habitación Stephen, cámara en mano, para rodar unas tomas en el cuarto de baño, poniéndome la pulsera y pulverizando el perfume. Pasamos a la parte donde estaba la cama junto a la que había un cómodo sofá en el que me pidió que me sentara para simular que me abrochaba una de las preciosas sandalias de tacón y después me levantaba para coger el bolso de mano que había sobre mi cama y salía.

—Bien, aquí por el momento hemos terminado. Mañana rodaremos la escena de la bañera —dijo Elora.

—¿Bañera? —pregunté mientras tomaba un sorbo de agua.

—Sí, rodaremos cómo te das un baño, y después Stephen montará esa toma con las de ahora y las que vamos a rodar esta noche.

—Oh, bien.

—Vamos a comer, puedes cambiarte, pero no te quites el maquillaje ni el peinado —me pidió Elora—. Las chicas luego te darán unos retoques.

—Claro.

Y allí dejé a Elora mientras yo entraba en la habitación donde estaba la cama. Saqué del armario mi ropa y me quité el vestido.

Cuando lo dejé caer al suelo, junto a mis pies, fui consciente de que no estaba sola en la habitación, cuando escuché un suspiro. Me giré pensando que sería Elora o alguna de las chicas y...

—¿Se puede saber qué haces aquí? —pregunté cuando vi a Dean, mientras me cubría los pechos desnudos con un brazo y me agachaba para coger el vestido y tratar de cubrirme.

—Quería verte —me respondió acercándose a mí.

—Para, no te atrevas a...

—Por Dios, Avery, no sabes cuánto te he echado de menos.

—¡Para! No te acerques más.

Pero era tarde, le tenía a menos de un brazo de distancia. Dios, era tan atractivo... sus ojos me miraban con ese brillo lleno de deseo y lujuria que tantas veces había visto. Y le quedaba tan condenadamente bien el puñetero traje azul marino con el que iba vestido.

—Me gustaría invitarte a cenar esta noche —dijo acercándose y rodeando mi cintura con sus

manos.

—No, no pienso cenar contigo.

—Entonces, comer mañana.

—Ni hablar.

—Avery, no me hagas esto...

—¿Que no te haga qué, exactamente? Porque si has venido a Londres para conseguir llevarme de nuevo a la cama olvídate de ello.

—He venido para verte, para estar contigo, para llevarte de vuelta a Nueva York, conmigo, donde debes estar.

—No, mi sitio está aquí, al menos por el momento.

—Pero tu trabajo está en Nueva York.

—Si tanto le gusto a los clientes de Amanda, que se desplacen hasta aquí como ha hecho Elora.

—Elora lo ha hecho porque confía en mi criterio, y le dije que eras perfecta para ese perfume. No creo que todas las marcas sean capaces de trasladarse a Londres para una sesión de fotos o un anuncio.

—Si soy lo suficientemente buena para esas marcas, deberán amoldarse a las exigencias de la modelo. Si no, siempre puedo desplazarme yo y volver en un par de días a Londres.

—¿Qué demonios hay aquí que tanto te retiene?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—Pues es sencillo, ya te dije que para el sexo tengo a Connor.

—Así que es eso, te lo estás follando...

—No es asunto tuyo.

Antes de que pudiera reaccionar, tenía los labios de Dean sobre los míos, mientras su lengua acariciaba mis labios y trataba de abrirlos para que la permitiera entrar, pero yo no quería... ¿o sí? Dios, cómo me gustaba el olor de su perfume, el tacto de sus labios...

Fui débil, cerré los ojos y abrí los labios mientras sus brazos me estrechaban aún más junto a su cuerpo y nuestras lenguas se encontraban, entrelazándose en una danza apasionada de besos lujuriosos.

Dean se apartó y dejó su frente junto a la mía, respiró hondo y cuando nuestros ojos se encontraron susurró:

—Dime que esto no ha significado nada para ti. Dime que no sientes nada cuando estamos juntos y me iré.

¿Cómo demonios quería que le dijera aquello si sabía lo que solo él era capaz de hacerle a mi cuerpo? ¡Dios, cómo le odiaba en ese momento!

—Mentiría. Lo sabes.

Dean sonrió, y volvió a besarme. Dejé caer el vestido junto a mis pies y rodeé su cuello con mis brazos, mientras sus manos se deslizaban a las nalgas de mi trasero y se aferraban a ellas, levantándose del suelo y llevando mis piernas alrededor de su cintura.

Caminó hacia la cama y antes de que me recostara en ella, escuchamos que llamaban a la puerta, y Elora dijo que nos esperaba en cinco minutos en el pasillo.

—Cinco minutos no son suficientes para lo que quiero hacer contigo —susurró mirándome y

acariciando mi mejilla—. Será mejor que te pongas esos vaqueros que has traído antes de que llame a Elora y le diga que no iremos a comer.

Sonrió y me dejó de nuevo en el suelo. Su excitación era más que evidente dada la erección que había bajo sus pantalones. Y yo, allí semidesnuda le deseaba, y de qué manera. Me atrajo hacia él y me dio un leve beso antes de entrar al cuarto de baño a refrescarse la cara mientras yo me vestía.

—Bien, ¿listos? —preguntó Elora cuando salimos de la suite.

—Sí, lo siento es que tenía una llamada que atender —contestó Dean.

—Vamos, tenemos una mesa en el restaurante del hotel.

Efectivamente, una mesa en el final de la sala del restaurante esperaba con el cartel de Elora Fortier, donde todo su equipo, junto a Dean y a mí, disfrutamos de una deliciosa comida.

—¡Hola! —saludé al descolgar el teléfono cuando me llamó Connor.

—Hola, mi niña. ¿Cómo ha ido?

—Bastante bien. Hemos hecho algunas fotos, unas cuantas escenas de cámara y después hemos ido a comer. Acaban de retocarme el maquillaje y el peinado y voy a vestirme de nuevo, tenemos algunas escenas que rodar en exteriores.

—Vaya, así que no solo voy a presumir de amiga cañón en las revistas, sino que también la van a ver en televisión.

—Sí, eso parece.

—Me alegro mucho por ti mi niña, de veras que te lo mereces.

—¿Y tú qué tal?

—Tranquilo, poca cosa. Puede que hoy llegue un poco antes a casa.

—No creo que me dé tiempo a preparar cena...

—No te preocupes, la puedo hacer yo.

—No me hagas reír Connor. ¿Cuándo has cocinado tú?

—Bueno, la comida precocinada me sale riquísima, ya lo sabes.

—Sí, claro. Es justo lo que quería. Lasaña precocinada.

—¿Avery? —Dean me llamó al abrir la puerta.

—¿Quién es ese? —me preguntó Connor.

—Oh, es Stephen. Se encarga de rodar las escenas. —¿Por qué demonios le mentía a Connor? Simple y sencillo, nada más aterrizar le expliqué por qué venía a Londres, lo que menos necesitaba él ahora era saber que Dean había venido buscándome.

—Te dejo entonces mi niña, tienes que trabajar.

—Sí, nos vemos después. Te quiero.

—Y yo, ya lo sabes. Un beso.

—Adiós.

Cuando colgué y me giré allí estaba Dean, apoyado en la puerta cerrada, con las manos en los bolsillos de su pantalón y las piernas cruzadas con un tobillo apoyado sobre el otro.

—¿A quién le has dicho te quiero? —me preguntó con el ceño fruncido.

—No deberías preguntar, creo que lo sabes mejor que nadie.

—¿Estás con él? ¿Es eso?

—No, no estoy con él. No estoy con nadie. Es mi mejor amigo, eso es todo. No puedo dejar de querer a alguien solo porque tú quieras... ¿qué es exactamente lo que quieres? Porque dudo que

hagas un viaje en avión solo para follar conmigo.

—Vamos, tenemos que salir ya —fue lo único que dijo y salió del dormitorio mientras yo terminaba de ponerme las sandalias.



Llegamos a una increíble mansión a las afueras de Londres. La habían alquilado para la sesión de fotos y el rodaje dado que mucha gente, sobre todo famosos, la alquilaban para celebrar allí sus bodas más glamurosas.

Los jardines eran increíbles, y habían dispuesto varias antorchas encendidas a lo largo del camino que había desde las verjas hasta la entrada a la casa.

Y esa sería la escena que se vería de fondo mientras rodábamos en la terraza del piso de arriba.

Rodamos una escena con algunos figurantes en el salón, amplio y decorado con un gusto exquisito, copa de champagne en mano, y después salimos a la terraza, donde un atractivo rubio nos esperaba con su esmoquin negro.

—Avery, te presento a Olivier, mi hermano —dijo Elora—. Es mi mejor modelo para perfumes masculinos, y para este anuncio será el galán que te besa.

—¿Que... me... besa...? —joder, soné como una niña mojiata.

—Sí. El plano de la escena será vuestro. Tú estarás aquí en la terraza, con las manos sobre la baranda mirando hacia las antorchas, y entonces Olivier aparece en escena, te rodea con una mano la cintura y se acerca a disfrutar de tu exquisito perfume del cuello, tú inclinas levemente la cabeza hacia la derecha y después te giras y os besáis cuando él te coge la barbilla con su mano izquierda.

—Bien, es sencillo —contesté.

—Y con una compañía tan hermosa como tú, no me será difícil seguir las exigencias de mi hermana —dijo Olivier con su seductor acento francés—. Encantado de conocerte, *Déesse*.

—Listos, vamos allá —indicó Stephen.

Y la escena salió perfecta a la primera. Elora quedó encantada, pero Olivier me aseguró que querría haberlo hecho mal para rodar ese beso una segunda vez.

Joder, ¡y qué beso! No pensé que hubiera que besarnos de verdad, pensé que sería un roce de labios y... ya. Pero al parecer nadie se dio cuenta de que Olivier me estaba devorando y jugueteando con mi lengua y la suya. Podía asegurar con total franqueza que aquel rubio tan atractivo era el cuarto hombre que me besaba. Claro, que eso no se lo confesaría a ningún hombre.

—No le digas a Elora lo que he hecho, solo quiere que una los labios a las modelos. Pero no

he podido resistirme a los tuyos, son tan... dulces y provocadores...

—Ha quedado genial —nos dijo Elora después de ver la escena que Stephen le mostraba en la cámara.

—Ha sido un placer trabajar contigo Avery —aseguró Olivier cogiendo mi mano para besarla—, espero que podamos volver a coincidir.

—Lo mismo digo —respondí sonriendo.

Mientras le veía acercarse a su hermana y que Stephen volviera a poner la imagen, vi la mirada de Dean y cómo apretaba la mandíbula y los puños, sin duda era el único que se había percatado de que aquel simple y casto gesto de unir nuestros labios no había sido tan casto...

Bajé la mirada y me acerqué a Elora, que me cogió por el brazo y me llevó hacia el piso de abajo para marcharnos de nuevo al hotel a que me cambiara de ropa.



—Me marcho ya —dije saliendo de la habitación.

—Mañana a las nueve y media necesito que estés aquí en la suite —me pidió Elora—, así a eso de las... diez y media más o menos podemos rodar la escena de la bañera. Nos marcharemos después de comer y para el viernes tendremos montado el video final y las fotos elegidas para los carteles, las revistas y las perfumerías.

—Ok, hasta mañana entonces.

—¿Te pido un taxi? —preguntó Stephen.

—Oh, no gracias. Seguro que encuentro alguno cuando salga.

—Hasta mañana *Déesse* —se despidió Stephen guiñando un ojo.

Sonriendo como una adolescente algo avergonzada, caminé hacia la puerta de la suite para salir y antes de que pudiera cerrarla Dean estaba detrás de mí cogiéndome la mano.

—Deja que te lleve —susurró.

—No, gracias.

—Avery, por favor. No me lo hagas más difícil. He tenido bastante con el beso del maldito Olivier.

—Ha sido un simple roce de labios, estábamos fingiendo, los actores lo hacen constantemente.

—¿Un simple roce? ¡Joder, Avery, pero si te comía con los ojos desde que has salido a la puñetera terraza!

—Vaya, vaya, el codiciado soltero neoyorquino... ¿celoso?

—¡Joder, sí! Ya te dije que no soporto que nadie más te toque, te quiero solo para mí.

—Pues eso no va a ser posible, campeón. Tengo una vida en la que no estás tú. Después de tres semanas sin que me comunicara contigo deberías haberlo entendido.

Caminé hacia el ascensor y pulsé el botón de llamada, afortunadamente estaba parado en esa planta y las puertas se abrieron al instante. Cuando entré y pulsé el botón con el número de la

planta baja, Dean entró allí, me cogió de la cintura y me pegó contra el espejo del fondo mientras se apoderaba salvajemente de mis labios.

Sus manos recorrían mi espalda bajo mi blusa, yo trataba de apartarle, pero fue imposible, y antes de que me diera cuenta tenía sus manos sobre mis pechos consiguiendo que se erizaran mis pezones y sintiera que mi sexo le reclamaba.

Apreté mis manos sobre su pecho y me aferré a su camisa, sus manos volvieron a mi espalda, se deslizaron hasta mis caderas y me atrajo hacia él para que sintiera su erección junto a mi vientre. ¿Por qué me hacía eso? Si yo solo quería olvidarme de él...

Separó sus labios de los míos y con la respiración entrecortada volvió a pedirme que le dijera que no había sentido nada. Pero no pude, siempre que le tenía cerca sentía algo, y me maldije por ello. Por desearle, por querer que me echara uno de esos polvos que Eros y Venus habían echado.

—No he sentido nada... —mentí, y él lo sabía tan bien o mejor que yo.

—Avery...

—Dime una cosa. A quién has echado de menos realmente, ¿a mí, o a Venus?

—A ti. Seas Avery, o seas Venus, siempre te necesitaré a ti.

Y volvió a besarme. Se me hizo eterno que el ascensor llegara al *hall* del hotel y cuando por fin lo hizo Dean se apartó de mí y antes de que saliera me pidió que me quedara.

—No quiero que te vayas, esta noche no. Por favor.

—Lo siento, pero me esperan en casa.

Salí del ascensor y caminé rápido por el *hall* hasta la entrada, cuando salí a la calle Dean cogió mi mano antes de que pudiera pedir un taxi.

—Esa no es tu casa.

—Sí, lo es. Connor es mi familia, la única que he tenido estos últimos tres años.

—Yo quiero ser tu familia Avery, quiero serlo todo.

—¿Todo? El sexo no te da derecho a ser todo.

—No quiero solo el sexo, ¡maldita sea! ¿Es que no lo ves?

—Quizás creas que no quieres solo eso, pero en el fondo sabes que es así.

—¡Joder, Avery, maldita sea!

—Me voy, ese taxi va a parar aquí.

Y cuando del taxi salió una señora ya mayor, bien vestida y con todos sus joyones puestos, entré en el taxi y cerré sin siquiera mirar a Dean. No podía presentarse así en Londres y exigir algo a lo que no tenía derecho. Que nos hubiéramos acostado varias veces no significaba que tuviera derecho sobre mí, ni siquiera sobre mi cuerpo.

Pero joder si le odiaba en ese momento, menudo cuerpo me había dejado, yo que llevaba unas semanas de lo más tranquila y relajada, ahora volvía a casa con un increíble calentón. Y si al menos estuviera en casa de Amanda, donde solo había mujeres y la única que más peligro tenía era Karen, al menos me calmaría. Pero no era sí, volvía con Connor...



Capítulo 3

Eran cerca de las once cuando el taxi me dejó frente al edificio. Saludé al conserje cuando entré y cogí el ascensor. No es que Connor viviera en la última planta, era un cuarto piso y con ascensor, pero no tenía ni ganas ni fuerzas para subir las escaleras como otras veces.

—¡He vuelto! —anuncié entrando, al no verle en el sofá.

—¡Enseguida salgo! —gritó desde el cuarto de baño.

Dejé el bolso sobre la encimera de la cocina y me serví un vaso de té helado, necesitaba algo que me refrescara con urgencia.

—¿Cómo ha ido el anuncio?

Cuando me giré y vi a Connor, con la toalla anudada alrededor de su cintura y algunas gotas de agua resbalando por su pecho, me bebí de un solo trago el contenido de mi vaso y no tuve más remedio que beberme otro.

—Vaya, traes sed ¿eh?

—Hace calor, demasiada —dije mirándole a los ojos tratando de que no se me fuera a su pecho, pero joder era imposible.

Cada día que pasaba Connor estaba más atractivo, no había sido buena idea mudarme allí con él, no podía pasar más tiempo en su casa si no quería volver a tirarme a sus brazos, y menos por culpa del calentón que el maldito Dean Mayer me había provocado.

—¿Has cenado? —preguntó.

—No, no tengo mucha hambre. Voy a darme una ducha y me voy a la cama, mañana tengo que estar a las nueve y media en el hotel para la última toma.

—¿Connor? —una voz dulce salió del cuarto de baño. ¿Una mujer en casa de Connor? Genial...

—Puedes salir, es mi compañera Avery.

Una morena no mucho más alta que yo y bastante atractiva salió vestida con una camisa de Connor y el pelo mojado. Perfecto, había tenido sexo en la cama... ya no podría dormir en ella, no era algo que me apeteciera especialmente.

—Avery, ella es Vanesa.

—En...can...tada —dije estrechando la mano de ella mientras miraba a Connor, sorprendida.

—He oído hablar mucho de ti —me aseguró ella con una sonrisa—. Y he visto los anuncios, eres aún más guapa en persona.

—Gracias. Connor te tenía guardadita en el cajón de los secretos, por lo que veo...

—¿No le has hablado de mí? —preguntó ella sonrojándose.

—No sabía cómo hacerlo nena, Avery es como una hermana y... no quería que me echara la bronca por no traerte a cenar conmigo.

—Claro, y has preferido esperar a que yo no viniera a cenar algún día para traerla.

—Lo de hoy ha sido una casualidad, la verdad.

—Bueno, no te preocupes. A partir de mañana podrás volver a traerla cuando quieras. Vuelvo a Nueva York —le dije enjuagando el vaso y dejándolo en el mueble de nuevo—. Voy a recoger mis cosas y regreso al hotel, me han reservado un billete para su vuelo.

—Pero has dicho que mañana tenías que estar a las nueve y...

—Sí, por eso me voy a dormir al hotel, porque así no tendré que levantarme demasiado temprano para salir de aquí.

Caminé hacia el dormitorio y la cama estaba completamente revuelta. Ni muerta iba a pasar una noche más en aquella casa. Joder que no hemos vuelto a follar y me alegro de ello, y de que él tenga a alguien, pero al menos podría haber avisado.

Apenas si tarde veinte minutos en guardar mi ropa en la maleta que había llevado, coger mis cosas del cuarto de baño y pedir un taxi para que me llevara al Constanza.

Cuando salí del dormitorio Connor tenía puesto uno de sus pantalones y Vanesa estaba completamente vestida, parecía dispuesta a marcharse.

—Gracias por dejar que invadiera tu espacio Connor. Y lo siento, pero sabes que no tenía donde ir para evadirme...

—Mi niña... —dijo acercándose a mí para abrazarme.

—Me espera el taxi abajo. Adiós, Connor.

Dejé las llaves en la encimera de la cocina, cogí mi bolso y salí del apartamento. Las lágrimas brotaron sin que pudiera evitarlo, y cuando las puertas del ascensor se cerraban vi que Connor trataba de impedirlo para entrar. Afortunadamente no pudo hacerlo.



El botones del hotel abrió la puerta para que bajara mientras el taxista sacaba mi maleta y la dejaba sobre la acera. Miré la fachada del hotel, me sentía rara y estúpida, si Dean me veía por allí...

—Buenas noches señorita, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó la recepcionista que estaba cuando llegué a primera hora de la mañana.

—Hola, quería una habitación...

—Vaya, lo lamento, pero tenemos el hotel completo. Estos días se celebra una convención de cirujanos y...

—Oh, yo... bien. Entonces... buenas noches...

—Señorita, usted es Avery Baker, ¿verdad?

—Sí.

—La recuerdo de esta mañana, vino a ver a la señora Fortier.

—Así es.

—Deje que compruebe una cosa, quizás pueda hacer algo para que pueda pasar la noche aquí.

Con un gracias apenas audible, incliné la mirada hacia el mostrador mientras aquella chica tecleaba y miraba en su ordenador mientras me sonreía y me miraba amablemente.

—¿Avery? —perfecto, el que faltaba...

—Hola, Dean —dije sin siquiera girarme a mirarle.

—¿Qué haces aquí? Creí que te habías... marchado... ¿Y esa maleta?

—Es una larga historia que no tengo especial interés en contarte.

La chica volvió a mirarme y se disculpó pues no había podido hacer nada, creía que una de las habitaciones se habría quedado libre pero la compañera que la sustituyó durante la cena ya la había asignado.

—No se preocupe, gracias de todos modos —le dije cogiendo el asa de mi maleta. Y antes de que pudiera caminar con ella hacia la salida, Dean puso su mano sobre la mía.

—Vamos, tengo una suite.

—Gracias, pero no.

—Avery, si te marchas ahora tardarás al menos veinte minutos en llegar al hotel más cercano y, suponiendo que tengan habitaciones libres, apenas si dormirás unas pocas horas para tener que estar aquí a las nueve y media. Vamos, ven conmigo.

No quería, no podía permitir que me volviera a excitar como en el ascensor y acabara acostándome otra vez con él. Pero el muy condenado tenía razón, apenas si dormiría unas horas...

—Está bien, pero espero que tengas un cómodo sofá en el que yo pueda descansar.

—Sí, hay uno, pero será para mí. Vamos.

Cuando entramos en la suite vi que era exactamente igual a la que Elora tenía donde habíamos hecho las fotos. Muebles blancos, paredes color café, un sofá amplio, una mesa con dos sillas, la puerta del cuarto de baño y la de la habitación.

—La cama es toda tuya.

—No, en serio, me vale el sofá. Tiene pinta de ser muy cómodo.

—No está mal, pero tú mañana tienes una sesión de fotos y video...

—Dean... yo...

Las lágrimas amenazaban con volver a salir, y mi teléfono no paraba de vibrar en el interior de mi bolso desde que salí del edificio de Connor.

—¿Estás bien? —preguntó cogiendo mi rostro entre sus manos, mientras se inclinaba para mirarme.

—Sí... —y comencé a llorar.

—Oh, Avery... —me atrajo hacia él y me estrechó entre sus brazos mientras mis lágrimas empapaban su camisa y mis sollozos se ahogaban sobre su pecho.

No dejó de acariciar mi espalda y mi cabeza mientras estuve llorando entre sus brazos. No quería permitirle el lujo de verme así, y menos a él, pero que Connor no me hubiera hablado de aquella mujer... ¿Por qué me sentía tan dolida? Acordamos no acostarnos más, pero ¿desde

cuándo estaba ella en su vida? Si me lo hubiera contado no habría ido a Londres para olvidarme de Dean, cosa que al final había sido prácticamente imposible.

—Tu teléfono no para —susurró inclinándose para besarme la sien.

—No me importa. No es nadie importante —mentí, Connor era demasiado importante.

—¿Es él? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, y no es nada.

—Vamos, nadie llora por nada, cariño.

Sin apartarme de su pecho, sin soltar su cintura, traté de calmarme y se lo conté.

—Hoy le dije que no llegaría para cenar, y cuando llegué al apartamento me extrañó no verle a esa hora en el sofá, donde ha dormido desde que yo llegué. Estaba en el baño y salió envuelto en su toalla... —tragué saliva, no era nada nuevo que yo viera a un hombre semidesnudo— y cinco minutos después una voz de mujer le llamó, y cuando él dijo que podía salir allí estaba ella, con una camisa de él.

—¿Estabais liados aún y se ha estado follando a otra? Qué hijo de...

—¡No, nada de eso! —grité apartándome de él—. No estábamos liados, eso quedó atrás hace tiempo. Acordamos que no volvería a pasar. Pero si al menos me hubiera dicho que había alguien... no habría venido aquí.

—¿Estás celosa?

—No, que va. Dolida sí, pero porque no me lo contó.

—Deberías coger el teléfono. Dile que estás bien, que todo está bien. No creo que se haya alegrado de que te marcharas tan pronto y... supongo que sin hablar con él. Iré a ponerme cómodo, hoy me toca dormir en el sofá —dijo con una sonrisa y guiñando un ojo.

Cuando descolgué el teléfono la voz de Connor sonó a alivio y desesperación, y no era para menos, efectivamente me había ido sin mediar palabra.

—Joder mi niña, yo... lo siento.

—Debías haberme dicho algo Connor. No habría invadido así tu apartamento...

—Por eso no te lo dije, porque te echaba de menos y quería que pasaras unos días conmigo. Sabes que te quiero, eso no puedo cambiarlo...

«Me quieres, sientes algo por mí, pero te lías con otra, oye eso es cojonudo» pero no podía decirle algo así, y menos sin yo sentir lo mismo por él.

—Yo también te quiero, eres la única familia que he tenido estos años, pero... no sé, quizás debiste decírmelo. Creo que hay confianza para ello, ¿no?

—Tienes razón, me he sentido como un gilipollas cuando la has visto. Joder, tu cara era un problema de matemáticas, mi niña.

—Lo siento, pero comprende que no podía quedarme esta noche allí.

—Lo sé, perdona.

—No hay por qué. Debo dejarte, el hotel no tenía habitaciones libres y me acoplado en la de Elora... no quiero molestar más de lo necesario —si él iba a tener secretos conmigo, yo no iba a ser menos.

—Llámame cuando te vayas a marchar, y cuando aterrices en Nueva York quiero saber que llegas bien.

—Claro, buenas noches Connor.

—Buenas noches mi niña. Te quiero.

No pude decirle que yo también, aquello ya no tenía sentido, aunque le quisiera realmente

como al amigo que era, como a un hermano. Colgué y dejé el teléfono sobre la mesa mientras secaba las lágrimas que comenzaban a salir, silenciosas y sin sollozos.

—Toda tuya —dijo Dean regresando al sofá.

Joder, ¿por qué tenía que verle a él también solo con un pantalón y el torso desnudo? Maldita mi suerte, los astros confabulaban para... ¿para qué? ¿Me estaban poniendo a prueba? Joder, ¿tan poca fuerza de voluntad iba a tener para que se plantara así delante de mí y tuviera que tirarme a sus brazos? ¡A sus puñeteros brazos fuertes y seductores!

—Gracias —no dije más. Me puse en pie y cogí mi maleta para entrar en el dormitorio a cambiarme.

Cerré la puerta, me puse uno de mis *shorts* y una camiseta y miré la cama. Sí, allí había dormido Dean la noche anterior. Su perfume seguiría en ella... ¡Maldita sea! Me costaría dormir, no tenía la menor duda. Beber, necesitaba beber algo... lo que fuera... ¿Dónde demonios estaba el mueble bar? Perfecto, en el salón de la suite...

—Puñeteros astros... —me lamenté mirando al techo.

Me armé de valor, abrí la puerta y vi que la televisión estaba encendida. ¿Noticias? ¿Quién veía noticias de economía a las dos de la madrugada? Dean Mayer, eso seguro.

Estaba a poco volumen, y como yo iba descalza por la moqueta mis pasos apenas se escuchaban. Pasé junto al sofá para ir al mueble bar y vi a Dean tumbado en el sofá, con el mando de la televisión en la mano que tenía apoyada en la pierna.

—¿No puedes dormir? —preguntó, haciendo que diera un respingo, porque juraría que tenía los ojos cerrados...

—No, necesito beber algo... ¿puedo? —pregunté junto al mueble bar.

—Claro, pero tienes que compartir. Yo tampoco puedo dormir.

—Lo siento, es culpa mía... —dije cogiendo algunas botellas.

Mientras caminaba hacia el sofá sentí que su mirada recorría mi cuerpo centímetro a centímetro, consiguiendo que se me erizara la piel y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Cuando llegué junto al sofá, se incorporó y se sentó mientras cogía una de las botellitas que le entregaba. Me senté a su lado y dejé el resto de botellas sobre la mesa.

—Debía haberme ido a otro hotel...

—Ni hablar. Teniendo yo una suite no iba a dejar que te fueras a ningún sitio.

—Pero no quería molestar y... estás aquí en este sofá y sin dormir por mi culpa.

Mientras llevaba la botellita de aquel licor a mis labios para dar un sorbo, la mano de Dean rozó mi mejilla y me apartó un mechón de pelo colocándolo detrás de la oreja.

—No me molestas, nunca lo haces.

Se inclinó hacia mí, me cogió la barbilla con la mano y me atrajo hacia él para besarme. Un beso tierno, apenas un roce de nuestros labios, nada que implicara lujuria, pero ese beso fue directo a mi sexo que reaccionó de inmediato. Pero tenía que controlarme, no quería acostarme con Dean, no quería que lo nuestro se basara en el puñetero sexo y nada más.

—No te imaginas cuánto te he echado de menos. Y no solo por el sexo si es lo que piensas. He salido con los niños y no ha sido lo mismo sin ti. Ellos también te echan de menos, sobre todo Aiden.

—¿De verdad vas a adoptarlo? —pregunté terminándome el contenido de mi botellita.

—Me gustaría.

—Si lo haces yo no podré volver a verle.

—¿Por qué no? Le llevaría cuando salgamos con los demás.

—No sería lo mismo, él ya sería tu hijo y yo...

—Tú seguirías siendo la hermana mayor de las chicas y amiga de su padre. Eso no es tan malo.

—Dean... después de lo que pasó con todos esos reportajes de las revistas... nos relacionaban como pareja.

—No es tan malo. Has visto las fotos, no hacemos tan mala pareja, ¿no? —me aseguró riendo.

—No me hace gracia... yo estoy empezando a conocer todo esto desde dentro y... bueno estoy empezando como modelo y lo que menos quiero es un escándalo.

—No habrá ninguno, tranquila.

—Será mejor que me vaya a la cama, querrás dormir...

—Por mucho que lo intente no creo que pueda.

—Claro, la cama es más cómoda...

—No es por el sofá Avery, tenerte tan cerca y no poder tocarte... —volvió a acariciarme la mejilla, sentí de nuevo ese escalofrío y quise que me hiciera suya otra vez. Por todos los santos, ¡le deseaba!

—Dean... —dije cerrando los ojos mientras inclinaba la cabeza y apoyaba mi mejilla sobre la palma de su mano.

Volvió a cogerme la barbilla y me besó, con ternura, sin prisa, recorriendo mis labios con la punta de su lengua para que le permitiera entrar entre ellos. Entreabrí los labios y me dejé llevar por su ternura. Entrelazó nuestras lenguas y deslizó la mano hacia mi cuello, atrayéndome más hacia él, tratando de que no me apartara.

Sentí su otra mano acariciando mi muslo, consiguiendo que se me erizara la piel bajo el tacto de su mano, que seguía siendo tan condenadamente suave a pesar de ser un hombre.

Llegó a mi cintura y se aferró a ella, me soltó el cuello y pronto tenía las dos manos sobre mis caderas, me levantó del sofá sin dejar de besarnos y me colocó a horcajadas sobre sus piernas haciendo que me sentara justo sobre su erección, dura y palpitante bajo mi sexo que reaccionaba de inmediato a ese contacto tan personal.

Sus manos pasaron por debajo de mi camiseta, acariciando mi espalda y acercándose más a él mientras yo entrelazaba mis dedos en su cabello, tan sedoso como recordaba. Mis caderas se movían a su voluntad, adelante y atrás rozando nuestros sexos, provocando que mi excitación aumentara al tiempo que lo hacía la suya. Dejó de besarme y hundió la cabeza entre mis pechos, mordisqueando uno y otro bajo la tela de mi camiseta, mis pezones se irguieron enseguida y mis jadeos se mezclaban con sus leves gemidos.

—Dios... Avery... —susurró volviendo a apoderarse de mis labios.

Sentí que tenía cerca un orgasmo, solo con el roce de nuestros sexos estaba a punto de correrme. Llevó las manos a mis caderas y las apretó tan fuertemente que di un leve grito, me quedaría marca de aquellos dedos sin lugar a dudas.

—Dean... —susurré junto a sus labios— me voy a correr...

—Hazlo, hazlo preciosa.

Volvimos a besarnos y la fricción de nuestros sexos bajo la tela se hizo más intensa, más rápida, mientras él movía mis caderas para ayudarme a llegar al orgasmo.

—¡Joder... Avery...! Dime que estás a punto, porque yo sí lo estoy.

—¡Sí... sí...! Dean... ¡Dean...!

Cuando el orgasmo me invadió, se estremeció todo mi cuerpo. Y sentí el calor de su semen bajo mi sexo, bajo la humedad de sus pantalones. Ni siquiera nos habíamos tocado, tan solo unas leves caricias, pero había sido inevitable que nos corriéramos de ese modo, los dos lo deseábamos.

—Es la primera vez que me ocurre esto —dije apoyando mi cabeza en su hombro.

—Me alegra que haya sido conmigo. Reconozco que yo tampoco lo había hecho así antes —me estrechó entre sus brazos y sus manos recorrían mi espalda lentamente.

—¿Duermes conmigo? —pregunté, tímida y temerosa de que me dijera que no.

—¿Solo dormir? —sonrió al preguntarlo, y en el brillo de su mirada seguía esa lujuria que hacía que me excitara solo de pensar en lo que podríamos hacer.

—Sí... ¿no? —contesté, frunciendo el ceño.

—Sí, solo dormir. Quiero que esto salga bien, que vayamos a tu ritmo. Nada de Venus ni de Eros, solo Avery y Dean.

—Vale —me incliné, y le besé.

—No te quiero... —susurró antes de mordisquear el lóbulo de mi oreja.

—Lo sé, ya sé que no me quieres. Solo me deseas en tu cama, o en cualquier otro lugar donde se pueda tener sexo.

—No, Avery. No lo entiendes. Lo que quiero decir es... que no te quiero.

—Sí lo entiendo, no soy estúpida. No me quieres, eso lo sé desde el principio.

—Preciosa, en Nueva York, la noche que me dijiste que te marchabas... ¿recuerdas lo que me dijiste? Me pediste que te dijera algo.

Fruncí el ceño, aquella noche la había tirado la caja del colgante con toda la rabia de la que fui capaz, le grité, le dije que me iba y... ¡Oh, Dios mío! Sí, le dije que si me quería dijera que no me quería. ¿Se refería a eso? ¿Por eso me había dicho que no me quería?

—Si sientes algo por mí, si me quieres por poco que sea... por favor, di que no me quieres. Dilo, di que no me quieres.

Dean sonrió, me miró fijamente, cogió mis mejillas con sus manos y las acarició con sus pulgares.

—Di que no me quieres, dímelo —susurré acercando mis labios a los suyos.

—No te quiero Avery, no te quiero —volvió a besarme, me estrechó entre sus brazos y se levantó del sofá para llevarme a la habitación.

Dean sacó unos pantalones limpios del armario, entró en el baño y cinco minutos después regresaba a la habitación para que pudiera entrar yo.

Cuando salí apenas llevaba la camiseta y unas braguitas de culotte negras. Dean sonrió pícaramente, mientras esperaba apoyado en un codo a que entrara en la cama.

—No soy de piedra... lo sabes, ¿verdad?

—Sí. Pero yo tampoco.

—Buenas noches preciosa —dijo besándome la sien y rodeando mis hombros con un brazo mientras nos deslizaba a ambos por la cama para que apoyara la cabeza en su pecho.

—Buenas noches.



Capítulo 4

—Buenos días, ¿qué tal va el anuncio? —preguntó Amanda cuando la llamé la mañana siguiente.

—Perfecto, ya está todo listo. Vamos a comer y después volamos en el jet de Dean.

—¿Cómo? ¿Dean está allí? Y... ¿cómo que voláis? ¿Tú regresas hoy?

—Sí, es largo de contar.

—Pues resume niña, no me dejes en ascuas.

—Vale, resumo. Cuando vine a ver a Elora, Dean estaba con ella, al parecer fue él quien le dijo que yo era perfecta para el anuncio. Connor tiene a alguien en su vida de la que no supe existencia hasta anoche, así que he dejado su apartamento, regreso a tu casa.

—Vaya, lo siento. ¿Dónde has dormido?

—En el Constanza.

—Vale, te pagaré la noche, no te apures por eso.

—No te preocupes, Dean me prestó su cama.

—Vaya con el arquitecto... —comentó como si nada, con una risita.

—No ha pasado nada, él ha dormido en el sofá —al menos esa era la versión oficial para el resto del mundo.

—¡Anda, mira qué caballero! Se hace un vuelo hasta Londres buscándote para dormir en el sofá. Nótese la ironía —me dijo riendo.

—Bueno, que en nada me tendrás por ahí pululando otra vez. Me ha dicho Elora que el viernes irán por la oficina para mostrarnos las fotos y el video.

—Perfecto. Oye, llama a Karen cuando puedas, está de los nervios por no sé qué exactamente.

—¿Ha pasado algo?

—Y yo qué sé, si a la única a la que le cuenta sus cosas es a ti.

—Vale, la llamaré desde el jet. Te veo pronto.

—Me alegra saber que vuelves, ya se te echaba de menos.

—Y yo a vosotras. Adiós, Amanda.

—Adiós, Avery.



Nada más terminar de comer recogimos nuestras cosas, Elora y Dean se hicieron cargo de sus cuentas y cogimos un par de taxis para ir al aeropuerto donde Dean tenía su jet. Como tenía que viajar casi constantemente, le compensó comprarse uno para no tener que ir en avión de un lado a otro y a veces tener enlaces que le hacían perder tiempo.

El jet tenía un dormitorio y un cuarto de baño, me aseguró, y dijo que no me escaparía sin que me lo enseñara en otra ocasión...

—Será un vuelo tranquilo señor Mayer —indicó el comandante antes de que despegáramos.

—Bien, gracias —se giró en el asiento hacia mí y susurró—. Quisiera cenar contigo, pronto.

—¿Qué te parece mañana?

—Preferiría hoy...

—Quiero llegar a casa, las chicas... ya sabes, me echan de menos. Y tengo que deshacer la maleta... hablar con Amanda...

—Entonces mejor comemos mañana, y después vamos a buscar a los niños, ¿te parece bien?

—Claro, estoy deseando verlos. Los he echado de menos... —dije inclinando la mirada hacia mis manos, que frotaba algo nerviosa.

—¿Estás bien?

—Sí, es que no estoy acostumbrada a salir en las revistas. Esa no era mi vida antes...

—Pues ahora ya lo es. Y acostúmbrate porque vamos a salir juntos en las fotos muy, muy a menudo.

—Genial... —susurré mientras él se reía.

Cuando Dean se puso a revisar el correo en su portátil, le pregunté si podía ir al dormitorio para llamar a Karen, y me dijo que no había problema. Así que me levanté y fui hacia la puerta que me había indicado, teléfono en mano, para hablar con mi amiga.

La habitación era más espaciosa de lo que creía. Una cama de matrimonio, un par de mesillas, un buen armario empotrado y un par de sofás individuales. Para ser una habitación en un jet estaba elegantemente decorada y con un estilo completamente masculino, muebles en madera oscura y ropa de cama en satén azul.

—¡Cenicienta! Joder, ya creí que te habías olvidado de mí. ¿Tan a poco te supo mi beso? —preguntó riendo.

—Me pilló de sorpresa, y al ser el primero que me daba una chica... dudo que lo olvide nunca.

—Ah, eso está bien entonces. Me alegra haber sido la primera. ¿Cómo va todo por allí? Amanda me dijo lo del perfume, ¿ya lo has terminado?

—Sí, todo listo.

—Y... ¿cuándo vuelves? La noche del viernes no fue lo mismo sin ti.

—Entonces este viernes lo pasaremos de miedo.
—¡Genial! Peter y yo saldremos a cenar y después tomaremos algo en Casiopea. Te apuntas, ¿verdad?
—Claro. Pero solo a las copas.
—Nada de eso, tú vienes a cenar. A ver si te consigo un tío buenorro y salimos en pareja.
—Karen...
—¡No me digas que prefieres una tía! Oye, que nosotras sabemos mejor que ellos lo que nos gusta, si me hubieras dejado enseñártelo...
—¡Karen!
—¡Ja ja ja! Cenicienta no te me enfades que es broma. Bueno, pero lo del buenorro no, yo tengo que emparejarte con alguien porque ya te llueven los admiradores. Peter me ha dicho que hay un par de compañeros de curro que quieren conocerte.
—Olvidalo Karen, ya... ya... encontraré alguien.
—¿Connor?
—Tiene chica.
—Vaya, ¿no me habías dicho que él...?
—Sí, no tenía a nadie, pero anoche me enteré que hay alguien. Mejor para él, es un buen tío, lo merece.
—Entonces el arquitecto, ¿ese está cañón! Y chica, en las fotos hacéis una pareja de la leche. Guapos y seductores. Joder, la cámara os adora me parece a mí.
—No sé, eso... eso ya se verá.
—Entonces eso es un sí como yo de grande. Anda, que te come con los ojos cada vez que te mira. Y si adopta al pequeño ya tenéis la familia completa.
—Oye... tengo que dejarte... estoy preparando las cosas para salir mañana temprano para Nueva York.
—Ok, Amanda me comentó que volvías, pero no me dijo cuándo.
—Nos vemos mañana.
—No te me retrases, ¿eh?
—Descuida, llegaré puntual.
Sonreí cuando colgamos, me alegré de que Amanda no le dijera que estaba ya de camino, solo por ver la cara de sorpresa de Karen me merecía la pena adelantar mi vuelta.



Cuando por fin llegamos al aeropuerto, me despedí de Elora y su equipo y acordamos vernos la mañana del viernes en la oficina de Amanda para ver el montaje final del anuncio, cosa que yo estaba deseando puesto que iba a ser la primera vez que saldría por televisión.

—Vamos Avery —dijo Dean apoyando una mano en la parte baja de mi espalda—, te llevo a casa.

—No es necesario, cogeré un taxi.

—Nada de taxis, tengo un coche esperando allí —indicó señalando un todo terreno negro parado cerca de la pista donde acabábamos de aterrizar, donde un hombre con traje negro y gafas de sol esperaba junto a la puerta.

—De verdad que no Dean...

—Avery, quiero recuperarte, creí que lo de anoche...

—Lo de anoche no debía haber pasado Dean. Yo estaba mal, y... me dejé llevar por la situación. Pero no debía pasar.

—Por favor, deja que te lleve.

Se inclinó hacia mí y de nuevo ese escalofrío recorrió mi cuerpo. Me besó en la sien al tiempo que acariciaba mi espalda y volvió a suplicar en un susurro.

—Por favor.

—Está bien. De todos modos, mañana comemos juntos... ¿no?

—Por supuesto, no te quepa la menor duda.

Sin soltar mi espalda, caminamos hacia el todo terreno y cuando estábamos cerca el hombre del traje se acercó a la puerta y la abrió para que Dean y yo entráramos.

—Avery, él es Joseph, mi chofer y hombre de confianza. Ella es Avery Baker.

—Encantada Joseph.

—Un placer, señorita Baker.

Una vez en el interior del coche, Dean le dio la dirección donde debían llevarme y tendió su mano para ofrecérmela. Nos habíamos sentado cada uno en una esquina, dejando el hueco del medio libre, a pesar de desearle tanto había tratado de olvidarle durante poco más de tres semanas y si como él decía quería que saliera bien y fuéramos a mi ritmo... al menos mantendríamos las distancias. Pero aquella mano me llamaba, y no pude negarle el contacto con la mía.

Cogí su mano y nuestros dedos se entrelazaron al tiempo que Dean apretaba levemente la mía, no tenía duda de que esa era su forma de decirme «*Estoy aquí, Avery.*»

—Vendré a recogerte. ¿Te parece bien a la una? —preguntó Dean bajando del coche detrás de mí para sacar mi maleta.

—Sí, perfecto.

Cogí la maleta y antes de que comenzara a andar hacia la puerta, la mano de Dean se aferró a mi cintura y se inclinó para darme un tierno beso en la mejilla.

—Contaré los minutos, te lo aseguro —susurró antes de soltarme.

—Gracias por traerme. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Entré por la puerta y caminé hacia la casa. Había echado terriblemente de menos la compañía de Karen, hablar con ella y salir a tomar algo. En Londres apenas salí con Connor dos de los sábados, y tampoco fue nada del otro mundo. Cenamos algo y tomamos una copa porque él tenía que trabajar el domingo. Claro, que ahora que pienso en aquella morena... Seguro que lo del trabajo solo fue una excusa para pasar el día con Vanesa. Pero joder, me lo podía haber dicho. Creo que no era tan difícil, «*Avery, mi niña, tengo una historia con una chica...*» y podríamos haber salido los tres, que no me la iba a comer.

—¡Cenicienta! ¿Ya estás aquí? —preguntó Karen levantándose del sofá y corriendo hacia mí.

—Sí. ¿Creías que me quedaría en Londres para siempre?

—No, pero hemos hablado y no me has dicho que estabas de vuelta tan pronto, creí que llegarías el viernes.

—Bueno, como Amanda no te había avisado de que volvía, preferí mantener la sorpresa.

—Joder, y tanto que me la has dado. Vamos, deshagamos esa maleta y cuéntame qué tal por Londres. ¿Algún tío interesante?

—Sí, el de la tintorería donde llevaba los trajes de Connor. Era un anciano de lo más entrañable.

—¡No me digas que te van tan maduritos! —gritó entre risas—. Tendré que buscar alguno así para ti.

—Deja, deja. Nada de hombres al menos por el momento...

—Mmm... ¿el arquitecto, tal vez?

—No haré declaraciones, gracias —contesté subiendo las escaleras delante de ella.

—¡No me digas que tú y él...!

—Nada, él y yo nada. Mañana comeremos juntos y después iremos a ver a los niños de la asociación. Los he echado de menos...

—Vi las revistas... qué putada han hecho con esos críos. Hablé con Peter, y pensamos que podría ser buena idea colaborar con ellos, como hermanos mayores, ya sabes.

—Sería genial Karen, hay muchos niños allí que necesitan a alguien, y adolescentes que con un buen apoyo pueden conseguir sacar sus estudios adelante y conseguir becas para la universidad.

—Pues entonces no se hable más. ¿Te importa si mañana nos unimos Peter y yo a vosotros?

—Claro que no, y seguro que a Dean tampoco.

Después de una sesión de confesiones con Karen mientras deshacía la maleta, me dio las buenas noches y me quedé sola en mi dormitorio. Sentada en la cama, pensando en Connor, en la punzada que había sentido en el pecho cuando vi aparecer a esa morena con su camisa puesta. Sentí que las lágrimas asomaban a mis ojos, no quería creer que aquella punzada habían sido celos. ¿Por qué habrían de serlo? Connor y yo éramos amigos, y desde que dejamos claro que no volvería a pasar nada entre nosotros, él no había intentado nada ni una sola vez. Recordando la noche que le dije que podía dormir conmigo comprendí que aquella noche yo hubiera roto con ese acuerdo, y si no hubiera aparecido la morena en la cocina...

—Borra todo eso de tu mente Avery, ya tiene a alguien, te olvidó, ya está, eso está claro —me dije poniéndome en pie para ponerme una camiseta y meterme en la cama.



Capítulo 5

El tono de llamada de mi teléfono me sacó de las garras de Morfeo. No sabía a qué hora me había quedado dormida y mientras trataba de abrir los ojos para acostumbrarme a toda esa claridad que había en el dormitorio, cogí el teléfono de la mesilla y contesté sin mirar de quién se trataba.

—¿Sí? —pregunté con la voz ronca aún por el sueño.

—Creo que te he despertado —la voz de Dean sonaba como siempre, masculina y seductora a más no poder.

—¿Qué hora es? —pregunté intentando ver los números en el reloj de mi mesilla.

—Las doce y media.

—¿Qué?!

Me incorporé de golpe, abrí los ojos y miré el reloj. Efectivamente había dormido más de lo que había esperado.

—Jajaja —su risa era casi contagiosa, pero en ese momento no tenía ganas de reír, sino de castigarme a mí misma con tres latigazos por haber dormido tanto—, creo que Karen tendrá que dejar lo de Cenicienta a un lado y llamarte Bella Durmiente.

—Dios... qué dolor de cabeza...

—¿No te encuentras bien? ¿Por eso has dormido hasta esta hora?

—No, no, estoy bien. Es que... me he quedado dormida, eso es todo.

—Bueno, menos mal que te he llamado para decirte que me retrasaré quince minutos.

—Entonces gracias por despertarme.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, seguro. Oye... ayer hablando con Karen... me dijo que ella y Peter han pensado en hacerse hermanos mayores... no te importará que nos acompañen hoy, ¿verdad?

—No, al contrario, me parece genial. Hay muchos chicos que necesitan a alguien. Y creo que ellos congeniarán genial con un par que son tan adorables como los nuestros.

—Bien, entonces le diré la dirección para que se reúnan allí con nosotros después de comer.

—¿Por qué no les invitas a comer? Ya que voy a recogerte, nos llevamos a Karen y quedamos en el restaurante con Peter.

—¿No te importa?

—Claro que no preciosa. Tengo que dejarte, ha llegado mi reunión de las doce y cuarto...

—Así que se ha retrasado y por eso llegarás tarde.

—Sí, pero tranquila que te compensaré por ese cuarto de hora. Nos vemos preciosa.

—Hasta ahora.

Cuando colgué me levanté rápido de la cama, cogí unos shorts vaqueros y una camiseta de tirantes y me metí en la ducha.

Quince minutos después estaba lista para salir. Busqué a Karen en su dormitorio, pero no estaba, y cuando bajé la señora Matthews me dijo que estaba en el gimnasio, que llevaba allí una hora.

Bajé corriendo y la encontré secando el sudor de su cara con la toalla que llevaba al cuello.

—Vamos —dije cogiéndole el brazo—, sube a darte una ducha y vestirte. Dean nos recogerá en menos de media hora para ir a comer. Llama a Peter y dile que le envías luego un mensaje para decirle en qué restaurante estamos.

—Buenos días a ti también, Bella Durmiente.

—Joder, no me lo puedo creer... ¿os habéis puesto Dean y tú de acuerdo a mis espaldas o qué?

—No te enfades, Cenicienta...

—Eso está mejor —le dije sonriendo—. Y ahora sube y ponte ropa cómoda —pedí señalando la mía—, después de comer iremos a por los críos de la asociación.

—Pensaba que iríamos más tarde.

—Así es, pero Dean me ha dicho que os invite a comer con nosotros. Cosa que agradezco porque no tengo claro que quiera estar a solas con él... todavía.

—Vale, voy a darme una ducha rápida y a vestirme, dame quince minutos.

—Te espero en el salón.

Y exactamente quince minutos después, Karen estaba bajando las escaleras. Había tomado ejemplo de mi atuendo y se había puesto unos shorts vaqueros, camiseta de manga corta y deportivas cómodas.

—¿Lista?

—Así es. ¿Ya está aquí el príncipe?

—Vamos, le esperaremos fuera.

Nos despedimos de la señora Matthews y salimos de la casa, caminando por el jardín hasta la puerta de la entrada.

Cuando se abrió, allí estaba Dean apoyado en la puerta de su coche con las manos en los bolsillos del pantalón.

Para trabajar siempre iba de traje, pero cuando sabía que tenía que ver a los chicos de la asociación optaba por un pantalón vaquero y una camiseta. Vistiera como vistiese... siempre estaba condenadamente sexy.

—¿Señoritas? —dijo abriendo las puertas para que entráramos.

—Oh, qué caballero —contestó Karen saludándole con un beso en la mejilla.

Cuando Karen entró en la parte de atrás y cerró la puerta, antes de que pudiera sentarme me miró con el ceño fruncido y preguntó.

—¿Tú no me das un beso?

Suspiré, no es que no quisiera hacerlo, pero... con Karen allí delante...

—Solo quiero un beso en la mejilla —susurró inclinándose junto a mi oído y me besó el cuello. Y yo besé su mejilla.

—¿Nos vamos, tortolitos? —preguntó Karen que se había abrazado al asiento en el que yo me iba a sentar.

—¿Has llamado a Peter? —pregunté.

—Sí. Espera la dirección.

—El restaurante de Will —respondió Dean.

—¿Qué? —pregunté con los ojos más abiertos que jamás me había visto.

—Se come bien, es rápido y allí se está tranquilo. El restaurante de Will —volvió a decir mirando a Karen por el retrovisor.

—Sí, señor —respondió ella con voz de auténtico militar.



Cuando llegamos, Peter estaba esperando apoyado en su coche, y Dean aparcó en el hueco que había junto a él. Peter abrió las puertas y Karen y yo bajamos y le saludamos.

Al entrar Will no apartó la vista de nosotros, y se acercó a saludarnos.

—¡Avery! —me saludó estrechándome entre sus brazos.

—Hola, Will.

—Hace tiempo no te veía. ¿Qué tal todo? Sales en todas las revistas...

—Sí, lo sé. Deberé acostumbrarme.

—¿Cómo está Connor? Hace mucho que quiero llamarle, pero... ya ves —se disculpó señalando el restaurante que estaba al completo.

—Sigue en Londres, y le va bastante bien. Creo que ya no se siente tan solo...

—Oh, nuestro Connor a...

—Conocido a alguien —terminé su frase sabiendo que Will siempre había pensado que nosotros acabaríamos juntos.

—Vaya, entonces tendré que llamarle. Señor Mayer, me alegra tenerle de vuelta por mi humilde morada.

—Hola, Will. Por favor, llámame Dean. Deja lo de señor para mis clientes —respondió estrechándole la mano.

—Bien. Seguidme por aquí chicos —nos pidió Will después de saludar a Karen y Peter.

Como siempre nos llevó a mi mesa, en la terraza con el río Hudson de fondo. Tomó nota de la bebida y nos recomendó los platos especiales del día, a lo que respondimos de inmediato porque sonaban deliciosos.

En cosa de quince minutos Will y una de sus camareras trajeron la comida.

—Espero que os guste. Tengo una cocinera nueva y toda una experta en pescado. Espero que el salmón sea de vuestro agrado. Que aproveche.

—Gracias Will —dije sonriendo y cogiéndole la mano.

Cuando se alejó de la mesa Karen dio el primer bocado, y por el leve gemido que salió de sus labios supe que a mí también me gustaría. Y no me había equivocado. El salmón gratinado estaba delicioso, acompañado con frutos rojos y un ligero toque de vino blanco.

Durante la comida, Dean les había explicado a ambos cómo funcionaba la asociación, las diferentes edades que había entre los chicos y que había hablado con la señora Gobs para que preparara a nuestros niños y a los dos que había pensado que congeniarían bien con Karen y Peter.

Después de tomar el postre y una copa de licor, nos despedimos de Will y salimos hacia la asociación.

La furgoneta de Dean estaba allí, como ya era habitual, y sentí un vuelco al corazón cuando vi a nuestros niños esperando en las escaleras junto a la señora Gobs.

—¡Avery! —gritaron mis niñas, Paula y Angie, que salieron corriendo junto a Aiden.

—¡Hola! —me incliné y los abracé—. No sabéis cuánto os he echado de menos...

—Y nosotros. ¿Por qué no venías? ¿Estabas enfadada con nosotros? —preguntó Aiden con la cara más triste que había visto nunca.

—No bichito. Solo tenía que irme fuera una temporada.

—Dean nos llevó a todos esos días —dijo Paula.

—¿Y lo pasasteis bien con él?

—Sí, pero nos faltaba nuestra chica favorita —contestó Dylan.

—Vaya, eso es todo un halago —aseguré mientras le abrazaba.

Después de besos, abrazos y presentaciones, la señora Gobs se acercó con los niños que Dean había pensado para que Karen y Peter los acompañaran. Dos hermanos, el mayor, un tímido niño de diez años llamado Nathan, y la pequeña, una rubita de ojos azules como su hermano, de siete años llamada Mia.

—Ellos son Peter y Karen, serán vuestros hermanos mayores —dijo Dean.

—¿Os han dicho alguna vez que sois dos hermanos guapísimos? —preguntó Karen.

—Yo soy más guapa, que soy chica —contestó la pequeña Mia.

—En eso tienes razón, pero... —Karen la cogió en brazos mientras que le daba la mano a Nathan— cuando tu hermano sea mayor las niñas se lo van a rifar, y a ti los niños, ya verás.

—Yo quiero estudiar para ser médico, no tendré tiempo para salir con chicas —anunció Nathan.

—Entonces espero que seas el mejor médico de toda Nueva York, porque yo querré que me cures si me pongo enferma.

—Claro, eso está hecho.

El tímido Nathan sonrió, y eso para mí ya valía más que cualquier otra cosa. Karen había conseguido lo que yo esperaba, y era que se había ganado pronto a esos dos nuevos miembros de nuestra gran familia.

—Bueno, los míos a la furgoneta —pidió Dean—. Iremos a Central Park, os vemos allí —dijo dirigiéndose a Peter.

Durante el camino los chicos me contaron cómo les había ido aquellas semanas sin verme. Las chicas estaban deseando tener una de nuestras salidas, y como ahora Karen también era una hermana mayor, les dije que saldríamos también con ella y Mia, así que para eso Dean me dejaría una copia de la llave de la furgoneta para que pudiéramos ir todas en un solo coche.

Al llegar a Central Park y ver a Peter y Karen con los dos hermanos, no pude evitar hacerles una foto y sonreír.

—Esos niños llevaban tiempo en la asociación, yo ya no podía con más chicos solo, y me daba pena que nadie se hubiera interesado en ellos. Son buenos chicos, y educados.

—Parecen una familia. ¡Mira Peter lanzando a Mia al aire!

—Se lo están pasando en grande los cuatro, no hay duda. Mira Karen con Nathan —dijo mientras me rodeaba la cintura con una mano.

—Dean... los chicos...

—Tranquila Avery, si este hombre está loco por ti. Ni un solo día de los que estuvo con nosotros dejó de mirar el teléfono y no sé las veces que pensó en llamarte o escribirte —me confesó Dylan.

—Hemos visto las revistas, hacéis muy buena pareja. Y eso que ya os habíamos visto juntos. Pero sois los dos muy fotogénicos —dijo Sarah.

—Genial, ahora que sois, ¿once contra uno? —pregunté cruzándome de brazos.

—Seríais unos padres geniales —contestó Annie.

—Bueno, tampoco os hagáis ilusiones vosotros que entre este señor y yo... —dije quitando su mano de mi cintura— no hay nada de nada.

—Pues te come con los ojos —susurró Sarah.

La miré, me guiñó un ojo y nos reímos las dos. Era cierto, Dean nunca dejaba de mirarme, de buscar mi mano, siempre quería sentir un contacto cercano conmigo, pero yo lo evitaba, había visto aquellas fotos y siempre que nos vieran volverían a fotografiarnos y saltarían de nuevos los rumores de pareja.

—Qué bien se os ve —dijo Dean cuando llegamos junto a Peter y Karen.

—La verdad es que sí, son unos chicos estupendos —respondió Peter.

—¿Qué os parece un pequeño partido de fútbol? —preguntó Dean sacando un balón de la bolsa de deporte que llevaba.

—¡Sí! —gritaron los niños mientras que las niñas fruncieron el ceño.

—Mientras los hombres juegan, nosotras iremos a por algo de beber y unas palomitas para disfrutar del partido, ¿os parece bien, chicas? —preguntó Karen.

—Mejor que bien, a mí no me gusta jugar al fútbol —respondió Sarah.

—Vamos, iremos a la parte más tranquila —dijo Dean.

Y mientras los niños corrían delante de nosotros riendo y disfrutando de la tarde, los mayores hablaban tranquilamente y nosotros cuatro aprovechamos para hacer planes para la semana siguiente.

Dean pensó que podríamos llevarlos a todos a pasar un fin de semana en una especie de campamento que no había muy lejos. Era como un hotel rural con varias cabañas donde pondrían dormir los chicos en una y las chicas en otra, y nosotros cuatro en una conjunta. Había ido allí en alguna ocasión con sus padres hacía mucho tiempo y le gustaba, era un buen lugar para que los niños se distrajeran.

—Tienen actividades para ellos, tiro con arco, piraguas, algo de escalada. Está bastante bien.

—Seguro que les sentará bien salir de la asociación y de la ciudad, será toda una experiencia para ellos —dije.

—Entonces no hagáis planes para la semana que viene, los llevaremos allí. Pero no les digáis nada, será una sorpresa. Yo me encargo de que la señora Gobs le prepare una bolsa a cada uno con ropa suficiente —comentó Dean.

Y cuando llegamos a la parte más tranquila, Dylan le arrebató el balón de las manos y comenzaron a organizar los equipos para jugar.

Cuando regresamos, cargadas con refrescos, patatas, palomitas, sándwiches y chucherías, los niños estaban dando saltos de alegría. Habían formado dos equipos, Dean y Peter con Dylan y Kevin, y los cinco pequeños jugaban contra ellos y les estaban dando una paliza a los mayores. Así me lo hizo saber Aiden en cuanto me senté sobre la hierba y se abalanzó en mis brazos.

—Así que estáis ganando. Eso es que los mayores se están haciendo viejos —dije riendo.

—Menos risas preciosa —me riñó Dean frunciendo el ceño—, no me obligues a demostrarte que no soy ningún viejo.

—¿Y cómo me lo piensas demostrar, jovencito?

—¿Me estás retando?

—No se me ocurriría.

Dean soltó el balón y empezó a caminar hacia mí. Aiden me soltó y me dijo que corriera, y haciendo caso a mi bichito preferido, me levanté y empecé a correr. Pero antes de que pudiera perderme entre los árboles que había cerca, sentí las manos de Dean en mi cintura y di un grito antes de empezar a reírme.

Estábamos entre los árboles, nadie nos veía, pero sabía que todos intuirían lo que pasaría allí, apartados de las miradas de nuestros acompañantes.

—Así que soy un viejo, ¿eh?

—No he dicho eso, sino que te haces viejo para jugar con esos críos.

—Y cuando estoy contigo me siento como un adolescente, queriendo besarte siempre que te tengo cerca, como ahora...

Se inclinó hacia mí y me besó. Sus labios se unieron a los míos por un instante y cuando se apartó, me miró fijamente como esperando que le diera permiso para seguir, y en lugar de eso le cogí la cara entre mis manos y acerqué sus labios a los míos para besarle.

Fue un beso tierno, sin prisas, en el que nuestras lenguas se entrelazaron y nuestras manos acariciaron la espalda del otro bajo la camiseta. Sus manos eran tan cálidas y suaves que no era difícil que me hiciera estremecer cada vez que la yema de sus dedos se deslizaba por mi piel. Hasta que sentí que sus manos se aferraban a las nalgas de mi trasero y las apretaba con fuerza, levantándome del suelo y obligándome a rodear su cintura con mis piernas.

Aparté mis labios de los suyos y apoyé la frente en la suya. La respiración entrecortada de Dean me hacía saber que estaba excitado, y no podía negar que yo también lo estaba. Pero aquel no era el mejor momento ni el mejor lugar para dejarnos llevar.

—Será mejor que volvamos —susurré.

—Avery, necesito estar a solas contigo.
—¿Podrás esperar hasta el próximo fin de semana?
—Joder, Avery, se me va a hacer eterno.

Me acerqué a su cuello, le besé y después susurré en su oído:

—Te compensaré por la espera.
—Te tomo la palabra preciosa —dijo antes de volver a besarme, con más pasión esta vez y sin dejar de acariciar mi cintura.

Cuando llegamos los niños seguían dando saltos de alegría.

—¡Nos has fastidiado bien hermano! —protestó Dylan—. Estos críos nos han pegado una paliza.

—Ya nos la estaban dando antes.

—Sí, pero al dejarnos con uno menos no te cuento. ¿Qué les ponen en la comida? Joder cómo corren macho —dijo Peter.

—Bueno, será mejor que dejéis el fútbol y vengáis aquí a beber algo. Vamos bichito —anuncié tendiendo los brazos para coger a Aiden que venía hacia mí.

—Sí, venga a merendar —dijo Karen—. A ver... tenemos sándwiches de atún, de pollo, jamón y cangrejo.

Mientras cada uno cogía el que más le gustaba, Peter fue repartiendo las bebidas y allí, los doce niños y nosotros cuatro, disfrutamos de una agradable tarde en familia en Central Park, porque así es como me sentía en ese momento, como si estuviera con mi familia.



Dejamos a los chicos en la asociación, y Dean le explicó a la señora Gobs lo que habíamos pensado, así que acordamos que, en lugar de ir a visitarles entre semana, los recogeríamos el viernes después de comer para irnos a pasar el fin de semana fuera.

La señora Gobs tendría las mochilas de los pequeños listas, y se aseguraría de que los mayores preparaban las suyas.

Karen se despidió de Peter y regresó con nosotros a casa, ya que hacía semanas que no me veía y quería pasar tiempo conmigo.

Cuando Dean nos dejó en casa, Karen sacó las llaves de su coche y me obligó a entrar para ir a tomar una copa a Casiopea.

—Mete tu lindo culito ahí y no me vengas con remilgos que mañana no madrugas —me dijo mirándome con los ojos entrecerrados.

- Vale, pero solo una copa.
—Palabrita de scout —contestó levantando la mano derecha con dos dedos al aire.
—Más te vale...

Como siempre que íbamos a Casiopea, Karen entró en el *parking* y subimos hacia los despachos. Allí estaba Josh, tan sonriente como de costumbre, con los brazos extendidos, y estrechándome entre ellos al tiempo que me levantaba unos centímetros del suelo.

—Menos mal que has vuelto, esta mujer se estaba volviendo loca —me dijo sin quitar su brazo de alrededor de mis hombros.

—Bueno, yo también la echaba de menos.

—¿Y a mí no? —preguntó frunciendo el ceño.

—Claro, también. Echaba de menos Nueva York. Londres me pareció algo triste, a parte que yo allí no tenía gran cosa que hacer.

—Algún londinense habrás conocido, digo yo. Con lo guapa que eres los tendrías a todos babeando.

—No creas. El único más interesante con el que he mediado más de tres palabras era un entrañable anciano que regentaba una tintorería.

—Creo que hay que buscarle un madurito a la nena —dijo Karen entre risas.

—Qué va, ¡ni se te ocurra! —gritó Josh estrechándome más fuerte—. Antes de eso me la quedo para mí.

Inclinó la cabeza y me dio un beso en la mejilla. Karen miró sorprendida y antes de que Josh me hiciera sentir un poco más incómoda, me cogió la mano y me arrastró hacia la barra para pedir algo de beber.

—No te lo tomes a mal, Josh es muy cariñoso.

—No, si no me lo tomo a mal. Solo espero que no crea que él y yo...

—Tranquila, no se atrevería a intentarlo.

Y allí estaba de nuevo, en la discoteca de mi amiga disfrutando de un delicioso margarita, mientras veíamos a todos los que se habían reunido en la pista para bailar.

—Oye, voy un momento al despacho, tengo que mirar unas cosas, enseguida vuelvo —me dijo Karen.

—Vale, te espero aquí.

—Cuando vuelva nos vamos.

Asentí al tiempo que levantaba mi pulgar mientras daba un trago a mi segunda copa. Siempre era así, Karen prometía una única copa y acabábamos tomando alguna más.

Mientras cogía uno de los taburetes que se había quedado libre, sentí que mi teléfono vibraba en el bolsillo del *short*. Me senté y lo saqué comprobando que había recibido un mensaje.

«Espero no haberte despertado. Quería llamarte, pero no sabía si cogerías el teléfono. Necesito que hablemos, quiero que nos veamos. Este fin de semana iré a Nueva York. Siento lo de Vanesa, ella no significa nada para mí. Pero no quiero hablar de esto por teléfono. Por favor, dime que podremos vernos el fin de semana. Joder, Avery, lo siento. No sé qué me pasó por la cabeza cuando me acosté con ella la primera vez, ni la segunda. Tenerte aquí ha sido lo

mejor, yo quiero eso, y lo sabes. Por favor... di que podemos vernos. Te quiero.»

Genial. ¿Así que la tal Vanesa solo era un parche? ¿Un puto parche para cubrir el tiempo que yo ya no iba a emplear en acostarme con él? ¿Y a mí qué demonios me importaba eso? No le quería del mismo modo que él a mí, ni hablar. Solo éramos amigos, eso es todo. Sí, nos habíamos acostado, pero por Dios que me arrepentía y me sentía la peor de las amigas, sobre todo al saber que Connor sentía algo más.

Ni hablar, no iba a verle. A nosotros solo nos unía una amistad, y se acabó la historia.

«No hay nada que hablar, ya sabes que mis sentimientos no han cambiado, sigues siendo solo mi mejor amigo. Podemos seguir hablando por teléfono, escribiéndonos y contándonos si nos va bien o mal en el trabajo, pero nada más. No vengas, no voy a estar disponible. Tengo mucho trabajo ahora que he vuelto. Vanesa no me pareció mala chica, no la utilices como un parche, te lo pido por favor. Ábrete a ella, sé que no eres de los que echa un polvo solo porque sí y punto, no hagas eso. Enamórate y se feliz. Besos.»

Di el último trago a mi copa y la vacié, y antes de que volviera a guardar el teléfono recibí otro mensaje.

«Tus sentimientos hacia mí no han cambiado, pero hacia él sí, ¿verdad? Viniste para olvidarle y o bien no lo has hecho o solo has descubierto que de verdad le quieres. Parecéis una pareja de verdad, al menos en esta foto. Es de hoy, por lo que veo estabas deseando verle.»

Y al mensaje le acompañaba un enlace para ver una foto nuestra de una revista. Efectivamente era de esa tarde en Central Park, cuando salíamos de estar con los chicos. Dean había dejado su mano sobre mi cintura y me estaba susurrando algo al oído mientras yo sonreía. Perfecto, volvíamos a ser el centro de atención en Nueva York.

«¿Seguro que el atractivo y codiciado arquitecto y la guapa modelo solo son amigos?» perfecto, era lo que me faltaba para acabar la noche.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó Josh mientras dejaba una mano sobre mi hombro.

—Esperando a Karen. Ha ido al despacho, ahora bajará.

—¿Estás bien? —su mano cogió mi barbilla haciendo que le mirara.

—No lo sé. Todo esto me supera, ¿sabes? —contesté enseñándole la foto que me había enviado Connor.

—Sí, sois la pareja de moda desde hace tiempo.

—No, no lo somos. Él se encargó de aclarar que...

—Sí, también lo leí. Pero no te preocupes por eso, los periodistas son así. ¿Sabes lo que

tienes que hacer? Poner siempre tu mejor sonrisa, como en esa foto. Estés con quien estés. Avery, tengo un buen amigo en una de esas revistas. Si necesitas que te eche una mano en algo, solo tienes que pedírmelo.

—Ni siquiera sé qué podría hacer para que dejen de emparejarnos.

—¿Hay algo entre él y tú?

—Bueno...

—Vale, no digas más. Se me está ocurriendo... ¿te importa que nos hagamos una foto tú y yo? Se la mandaré a mi amigo, hablaré con él y hará un pequeño artículo. «*Avery Baker se divierte con sus amigos*» por ejemplo, el titular ya se lo dejo a él.

—Ja ja ja. Vale, nos haremos alguna con Karen ahora cuando baje.

—Perfecto. Pero voy a imitar esa foto, como si no la hubiéramos visto aún. ¿Te parece? Y quiero que sonrías.

—Está bien. A ti nunca se te puede decir que no... ¿verdad? Con esa sonrisa...

—Eso decía mi madre. Desde pequeño, nunca me negaba nada.

Pidió unas copas más y cuando llegó Karen el camarero nos hizo unas fotos a los tres, y después a Josh y a mí solos. ¿Y qué se le ocurrió para que yo consiguiera reír como si nunca antes lo hubiera hecho? Rodeo mi cintura con una mano, se inclinó junto a mi cuello como si me susurrara algo y me hizo cosquillas en la cintura para que me riera como una niña.

Cuando vimos la foto, los dos nos reímos. No había quedado tan mal, estaba hasta creíble y todo.

—Voy a mi despacho para hablar con mi amigo. Antes de que publique nada le pediré que me mande por email lo que escriba y te lo mando al tuyo.

—Gracias Josh.

—De nada, para eso están los amigos cielo.

Me cogió la barbilla y me dio un beso en la mejilla. Cuando desapareció de nuestro lado, Karen y yo apuramos nuestras copas y nos marchamos a casa. El día había sido agotador, necesitaba descansar, y estaba impaciente porque llegara el viernes para ver por fin el anuncio de *Déesse*.



Capítulo 6

Tal como habían acordado, Elora y Stephen llegaron a la oficina de Amanda a las once en punto.

Fuimos a la sala de reuniones y allí nos mostraron los carteles que habían pensado para la promoción del perfume, así como las fotos para las revistas y, por fin, nos pusieron el video del anuncio.

Habían escogido una melodía de piano que me pareció de lo más seductora, y el vestido parecía moverse al compás de la música. Los planos a cámara lenta habían quedado geniales, y la escena final, la del beso con Olivier, bajo la noche y las estrellas, preciosa.

—Me encanta —dijo Amanda.

—Hemos tenido una buena modelo. No dudéis que contaré con ella para futuros perfumes.

—Cuenta con nosotras siempre que quieras.

—Mañana es la presentación, por la noche. Habrá una pequeña recepción a base de canapés y bebidas, los carteles estarán por toda la sala y se proyectará el video en primicia para varias cadenas de televisión. Te he traído el vestido, quiero que lo lleves mañana Avery.

—Vaya, yo... no sé qué decir...

—Que sí, ¿qué otra cosa podrías decir?

Mientras las risas inundaban la sala, Elora me dio la bolsa con el vestido y me dijo que enviaría a alguien para que me peinara y maquillara tal como habían hecho para las fotos y el anuncio. Olivier también iría a la presentación, y esperaba que pudiéramos hacernos algunas fotos para la publicidad en revistas.

Cuando se marcharon, Amanda me miró y sonrió con la mirada repleta de felicidad.

—Esto nos hará crecer aún más, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Este es solo el primero de muchos anuncios que harás, de eso no me cabe ninguna duda.

Acababa de entrar en mi dormitorio cuando sonó mi teléfono.

—¿Sí?

—Hola, Avery.

—¿Josh?

—Sí, ¿te pillo bien?

—Sí, acabo de llegar a casa. ¿Ocurre algo?

—No, tranquila, todo bien. Te acabo de enviar el artículo de mi amigo, ¿puedes echarle un vistazo y me dices qué te parece?

—Claro, te llamo enseguida.

—Genial, gracias.

Encendí el portátil y abrí el correo. Allí estaba el email de Josh. De todas las fotos que había enviado de los tres se quedó con una, en la que Josh estaba en medio de Karen y mía, todos con una copa levantada hacia la cámara y sonriendo. Y cómo no, la que nos habían hecho a él y a mí lo más parecida a la que me habíamos visto en la que salía con Dean.

Leí di un vistazo al artículo, donde el amigo de Josh había escrito que no siempre que alguien está en actitud relativamente cariñosa tiene por qué ser pareja, y llamé a Josh para darle el ok al breve artículo.

—Perfecto pequeña, saldrá en la revista de mañana.

—Ok, gracias de nuevo Josh. Cuando necesites algo de mí... me dices.

—Bueno, si aceptas que cenemos juntos mañana, me doy por recompensado.

—Lo siento, mañana no puedo. Tengo la presentación del nuevo perfume de Elora Fortier.

—¡Vaya! ¿Vas a ser chica Fortier?

—Sí, eso parece. Ha quedado muy contenta con las fotos y el video para el anuncio y me ha dicho que contará conmigo en más de una ocasión.

—Entonces cenamos el domingo, así celebramos lo del perfume. ¿Te parece?

—Sí, claro. ¿Quedamos en Casiopea?

—No, pasaré a buscarte. Te parece bien... ¿a las ocho?

—Perfecto.

—Bien, pues haré reserva a las nueve y así vamos con tiempo.

—Genial. Nos vemos el domingo. Adiós, Josh.

—Adiós, pequeña.



Cuando Karen abrió la puerta de mi dormitorio, estaba dándome los últimos retoques para nuestra noche de viernes. Habíamos quedado con Peter en Casiopea para tomar unas copas, en principio íbamos a cenar, pero Peter tuvo que alargar el trabajo hasta tarde y decidimos ir directamente a tomar algo.

—¡Joder Cenicienta! —gritó Karen al verme—. Sí que has venido guerrera de Londres.

—¿Por qué lo dices?

—Te van a comer con los ojos, querida. ¿Has visto esa minifalda?

—Oye, que no es tan mini.

Después de darle vueltas al armario una y otra vez, decidí ponerme una minifalda que hacía

siglos que no lucía. En color rojo, no llegaba a la altura de las rodillas, pero tampoco se me veía nada, de tela ligera y no daba calor, una camisa negra sin mangas y mis taconazos negros. Mis pendientes de aro plateados y el pelo recogido en un moño informal.

—Si lo digo porque estás para comerte. Si tú quisieras y yo pudiera...

—¡Ja ja ja! No tienes remedio Karen.

—No, la verdad es que no. Estoy muy bien con Peter, pero se me van los ojos a las mujeres guapas, atractivas y sexys como tú, Cenicienta.

—Lo dicho, no tienes remedio. Anda vamos, que tu hombre estará esperando.

Salimos del dormitorio, bajamos para despedirnos de la señora Matthews que también se marchaba para ir a visitar a su hija, y cogimos mi coche. Karen se las arreglaría para volver con su hombre.

Como era de esperar, y más un viernes noche, Casiopea no podía estar más lleno. La gente que esperaba en la calle podía hacerlo durante horas, aunque luego se marcharan en apenas media hora, pero era una de las discotecas de moda y todos querían entrar a pasar un rato agradable.

Aparqué en la plaza de Karen y antes de que llegáramos al ascensor el tono de mensaje de mi teléfono sonó en el interior del bolso.

«Hola, preciosa, sé que es tarde para invitarte a cenar, pero estaba pensando en ti y... bueno, ¿tomamos una copa juntos? He visto unas fotos de ayer y como no me has llamado no sabía si las habías visto. Si quieres podemos vernos y hablar, puedo volver a poner en su sitio a los periodistas. ¿Te recojo en media hora?»

—¿Tu arquitecto? —preguntó Karen.

—Sí, quiere invitarme a una copa.

—Pues dile que venga. Salida de parejitas otra vez.

—No, esta noche quiero estar contigo y punto.

—Bueno, estará Peter...

—Pues eso, contigo y Peter. No quiero que venga.

Sin decir palabra, Karen pulsó el botón del ascensor y al abrirse entramos. Aprovechando ese momento para enviarle un mensaje a Dean.

«Lo siento, viernes noche con Karen. Hablamos.»

No era necesario decirle nada más.

—¡Hola, pequeña! —me saludó Josh nada más verme.

—Hola.

Extendió los brazos y me estrechó entre ellos. Acabaría cogiendo cariño a mister pasta de dientes.

—No sabía que vendrías hoy.

—Los planes ya estaban antes de venir el miércoles.

—Vamos, tomemos algo. Peter estaba en la barra —dijo poniendo la mano sobre mi espalda—. Estás espectacular esta noche, pequeña. Te van a comer con los ojos.

—Sí, algo de eso me ha dicho Karen —contesté al tiempo que nos reíamos los dos.

Al llegar a la barra ahí estaba Peter, tomando un whisky mientras nos esperaba. Saludó con un efusivo beso a su chica y después se acercó para abrazarme.

Pedí un zumo de piña y Josh me miró extrañado.

—Tengo que coger luego el coche para volver a casa. Estos dos tendrán cosas que hacer y se irán en el coche de Peter.

—Si hubiera sabido que vendrías, os habría recogido y luego te llevaría a casa.

—No te preocupes, no me iré demasiado tarde. Mañana tengo lo del perfume y me gustaría hacer un poco de *camín* por la mañana.

—Ja ja ja, ¿sola o acompañada?

—Sola, toda la cama para mí.

—Es una lástima porque esta noche te van a llover las ofertas —me aseguró señalando un grupo de machitos de gimnasio que se deleitaban con mis piernas.

—Bueno, creo que más de uno tendrá que darse una ducha fría esta noche.

Rompimos a reír como si nos fuera la vida en ello y Josh decidió que no se apartaría en toda la noche de nosotros, estaba dispuesto a apartarme los moscones a manotazos si era necesario.

Hablamos, nos reímos, y cuando alguien intentaba acercarse, ahí estaba la mano de Josh frotando mi espalda para evitar que se me acercaran.

—Me encanta esta canción —dijo mientras sonaba una melodía muy parecida a la salsa y empezó a mover las caderas—. ¡Vamos, bailemos!

—¡Nooo!

Fue inútil, antes de que me diera cuenta estábamos en la pista, con las manos de Josh en mis caderas y las mías sobre sus hombros. Se movía bien el puñetero, y aunque yo no estaba muy ducha en esas artes, me hizo fácil acompañarlo.

De vez en cuando acercaba sus caderas a las mías, o pasaba una pierna discretamente entre las mías, soltaba una mano y la dejaba caer junto a su pierna y después volvía a ponerla en mis caderas y me hacía girar sobre mí misma, haciendo que el poco vuelo de la minifalda dejara ver un poco más de mis piernas.

Reconozco que no me sentí incómoda, más bien todo lo contrario. Mister pasta de dientes me hacía reír con una facilidad increíble.

Cuando acabó el baile, y cogidos de la mano, regresamos a la barra donde Karen y Peter nos dejaron a solas para ir a bailar ellos.

—Te mueves muy bien. —dije.

—Es lo que tiene ser hijo de expertos bailarines. Lo he vivido toda la vida.

—Seguro que tendrás a las mujeres locas, más de una se morirá por estar contigo.

—¿Por qué lo dices? No creo que sea así, pero...

—¿Hablas en serio? Te han desnudado con los ojos al menos diez que yo haya visto. Además... —dije acercándome a él para no gritar lo que iba a decir— siempre han dicho que los que bailan bien, son unos amantes magníficos en la cama.

Josh me miró con sorpresa, una ceja arqueada y los ojos abiertos como platos, y después sonrió.

—¿A caso quieres comprobar si es cierto eso que dicen? —susurró en mi oído.

—Yo no he dicho eso.

—Pero tampoco lo estás negando.

Josh se inclinó un poco más y hundió la cabeza en mi hombro, dándome un ligero beso aprovechando la leve oscuridad del local.

—Josh... creo que te equivocas conmigo...

—Tranquila pequeña, no voy a chafar una amistad contigo por un poco de sexo.

—Eso espero.

—Puedes estar segura. Además, conozco a tu arquitecto... no me gustaría sufrir en mis propias carnes un ataque de celos.

—¿Celos? Nosotros no estamos juntos.

—Tiempo al tiempo. Durante estos años no se ha interesado por nadie como lo hace por ti.

Incliné la mirada hacia el suelo, Josh vio que mi semblante risueño cambiaba y con dos dedos levantó mi barbilla. Sonrió y me besó en la mejilla.

—Hablando del rey de Roma... —susurró.

—Hola, Josh —la voz de Dean justo detrás de mí hizo que me estremeciera, sin duda ese hombre conseguía que mi cuerpo reaccionara ante él con una facilidad pasmosa.

—Dean, me alegra verte.

Enseguida sentí las manos de Dean alrededor de mi cintura, y poco después su respiración junto a mi cuello antes de besarlo.

—Hola, preciosa. Sabía que estarías aquí —susurró—. Estás muy sexy, no te quitan los ojos de encima... tienes a todo el género masculino alterado esta noche.

—¿Me estás siguiendo? —pregunté soltando sus manos de mi cintura y girándome para mirarle.

Estaba guapo el puñetero. Con una camisa blanca desabotonada hasta el pecho y unos pantalones vaqueros. Sonrió cuando me giré y traté de mantener mi semblante serio, debía comprender que aquella noche era para mí, para pasarla con mis amigos, y él no tenía derecho a aparecer, como si tuviera un espía siguiéndome constantemente.

—No te sigo preciosa, pero Karen es la dueña de esto y no podíais haber ido demasiado lejos.

—Genial. Cambiaré de sitio entonces, porque desde que nos conocemos siempre me encuentras aquí.

Josh, que seguía en la barra a mi lado disfrutando de su copa, no dijo una sola palabra, hasta que me di la vuelta y le cogí la mano para arrastrarlo a la pista y bailar con él.

Y bailamos, vaya si bailamos. Tres canciones de lo más movidas, con una soltura que no me había visto en mis años de juerguista. Moviendo las caderas, pegándome a él, dejando que sus manos se pasearan por mi cuerpo mientras la mirada de Dean no se apartaba de nosotros.

- Pequeña... me vas a meter en un lío con el arquitecto... —susurró Josh.
—Tranquilo, a ese lo manejo yo. Tú toca y baila que esto es cosa mía.
—Es que me estoy empalmando —susurró hundiendo la cabeza en mi hombro.
—Yo... lo siento.

Nos miramos a los ojos, nos reímos y cuando acabó la canción regresamos a la barra, sin soltarnos la mano. Cuando llegamos a la barra Josh se pidió otro whisky que bebió de un trago y me besó la mejilla susurrando que enseguida volvía.

Me quedé mirándole y vi que subía las escaleras de dos en dos hacia su despacho, donde entró sin lugar a dudas para tratar de calmar la erección que yo misma había sentido en mis caderas minutos antes.

- ¿Estás con él? —preguntó Dean cogiéndome del brazo para girarme hacia él.
—No es asunto tuyo.
—¡Joder, Avery! Te dije que quiero intentarlo, no soporto que otro tío te toque. Te quiero solo para mí...

—Pues ya lo siento. Y ahora si me disculpas... tengo un asunto que tratar con Josh —dije soltando mi brazo con fuerza y caminando con mi bolso y un par de copas hacia las escaleras.

Contoneando mis caderas, provocando a Dean que no apartaba la mirada de mí, mientras la tela de la falda se deslizaba y rozaba mis piernas. Subí las escaleras y al llegar al despacho de Josh llamé a la puerta y cuando abrió...

- Necesito esconderme...
—Pasa.

—Sonríe, por favor... —dije mientras le miraba y me giraba para comprobar que Dean seguía mirándome.

Josh sonrió y después de cerrar la puerta giró la llave.

- ¿Celoso, verdad?
—Pues eso parece. Pero no entiendo por qué. Si lo único que ha habido ha sido sexo... Yo le dije que quería más, pero él...

- Bueno, creo que fue hasta Londres, eso no lo hace un tío que solo quiere sexo.
—Eso pensé yo. Pero él... —me quedé callada y le entregué la copa que le había subido.
—¿Puedo saber cómo os conocisteis?

—En casa de Amanda. Era mi primer fin de semana en la casa, ella daba una fiesta, yo estaba en la piscina y él apareció de repente, apenas hablamos, pero después volvimos a vernos y... bueno.

- Así que tú eres la chica de aquella noche.
—¿Qué? ¿Tú también vas a...? Vaya, no pensé que tú...

—¿Que me gustaran las fiestas privadas, donde puedo tener sexo con una desconocida, que no sepa quién hay bajo mi máscara y que luego no me pida más? Pues sí, allí es donde conocí a Karen, nos hicimos buenos amigos, y después socios. A Dean ya le conocía, fui yo quien le habló de esas fiestas.

- Vaya...
—Y supongo que también serás Venus... ¿o me equivoco?
—No, no te equivocas.
—¿Te gustan esas fiestas también, eh, pequeña?

—No, pero las respeto. Cada cual tiene plena libertad para pasar sus ratos libres en lo que les

plazca.

—Pequeña... conozco a Dean desde hace años, es un buen tipo. Si está aquí es porque le interesas, y no creo que solo sea para el sexo. Para eso están las fiestas. Y te aseguro que en las semanas que has estado fuera, Amanda ha organizado algunas y él no ha aparecido.

—Pero si quiere más, igual que yo... ¿por qué no lo dice?

—Por miedo. O eso creo. Solo le he visto enamorado de una mujer, una en todos estos años, y la tía no fue lo que esperaba. Ahí donde le ves —señaló hacia la ventana de su despacho como si a través de ella pudiéramos verle—, tan seguro de sí mismo, tan orgulloso y machito como el que más, esa tía le hizo daño. Después de eso empezó a asistir a las fiestas de Amanda.

—Se estará imaginando cientos de cosas de nosotros ahora... —susurré inclinando la mirada.

—Pequeña, que se imagine lo que quiera. Él sabe que yo jamás haría algo con la chica que le interesa. Soy un hombre, pero nos respetamos mutuamente. Lo que no voy a negarte es que me has puesto como una puta moto. ¡Joder, qué dolor de huevos!

—Lo siento —dije sonriendo mientras Josh apretaba los puños.

—A cualquier otra tía la habría cogido en brazos nada más abrir la puerta y me la habría tirado en ese escritorio —reconoció sonriendo.

Llamaron a la puerta y Josh se levantó, miró entre la persiana de la ventana y se giró para decirme que era Dean.

—¡Un momento! —gritó acercándose a mí—. Seguramente crea que hemos hecho algo. ¿Estás segura de que quieres que lo crea?

—Si te vas a meter en problemas...

—Tranquila, podemos hacerle creer que ha pasado algo y luego hablaré con él para asegurarle que no ha sido así, después de que tú se lo confieses.

—¿Qué piensas hacer?

—Espera y verás.

Antes de que pudiera reaccionar, Josh dejó caer al suelo algunos papeles del escritorio, se desabrochó algunos botones de la camisa y soltó algunos mechones de mi peinado que yo tenía que recomponer despacio mientras él caminaba hacia la puerta abrochándose los botones para abrir y que nuestro arquitecto nos pillara in fraganti.

Antes de girar la llave, me miró, guiñó un ojo y dijo.

—Que empiece el *show*.

Abrió la puerta y allí estaba Dean, con la cara desenfocada al mirar al interior del despacho y ver que me arreglaba el pelo mientras Josh seguía abrochándose los botones de la camisa.

—¡Dean! ¿Ocurre algo? —preguntó.

—Yo... ¿puedes dejarnos el despacho un momento, Josh?

—Claro, ya hemos terminado. ¿Verdad pequeña? —dijo girándose hacia mí mientras Dean entraba en el despacho. Yo tan solo respondí con una pícara sonrisa.

—Gracias.

Josh me guiñó un ojo antes de salir, y cuando cerró la puerta, Dean giró la llave para que nadie pudiera entrar.

Y allí seguía yo, sentada en el borde de la mesa arreglándome el peinado.

—¿Habéis...? —Dean se acercó a mí, despacio, mirándome a la cara buscando algo que le confirmara o le negara que hubiéramos follado allí dentro.

—Sigue sin ser asunto tuyo. No deberías comerte la cabeza con eso, porque puedo follar, como tú dices, con quien quiera. Hace años que no tengo novio.

—Avery... —se acercó a mí y dejó sus manos sobre mi cintura.

—Tengo que bajar, Karen se estará preguntando dónde estoy.

—Sabe que estás aquí, se sorprendió al saber que habías subido con Josh.

—Vaya, ahora tendré cachondeito de Karen hasta el fin de los tiempos.

—¿De verdad lo habéis hecho?

—¿Tú que crees? Si entraras en un despacho, vieras papeles esparcidos por el suelo, un hombre terminando de vestirse de nuevo, y una mujer arreglándose el pelo...

—¡Joder, Avery!

No dijo nada más. Se inclinó hacia mí y se apoderó de mis labios con furia y lujuria. Me besó hasta que ninguno de los dos pudo mantener una respiración normal, mientras sus manos se deslizaban por mi espalda y las mías se agarraban a sus hombros.

Separó sus labios de los míos, respiramos y volvió a besarme con ese deseo contenido que ambos llevábamos guardando tres malditas semanas.

Deslizó sus manos por mis muslos y los acarició con devoción. Fue directo al interior de ellos y cuando tocó mi sexo ambos gemimos al notar que estaba húmeda. Me cogió por las nalgas, tiró de la cintura de mi tanga de encaje negro y lo bajó despacio. Volvió a sentarme sobre el escritorio, bajó el pequeño trozo de encaje lentamente por mis piernas y me lo quitó sin dejar de besarme, tirándolo sin mirar dónde caía.

Acarició de nuevo mis muslos y me separó las piernas, dejando mi sexo completamente expuesto para él. Cuando su mano lo cubrió entero volví a gemir.

—Oh... Avery... eres mía... no quiero que seas de nadie más —susurró entre besos.

Me acarició el clítoris con la mano y después hundió uno de sus dedos lentamente en el interior de mi humedad. Suspiré, gemí, jadeé y me dejé llevar por sus caricias. Entrelacé mis manos en su pelo y tiraba de él cada vez que me penetraba con el dedo.

—Te gusta esto, ¿verdad preciosa?

—Sí...

Con la mano que tenía libre me desabrochó los botones de la camisa, dejando mis pechos cubiertos por el encaje negro del sujetador por poco tiempo, pues deslizó las copas del mismo hasta dejar mis pechos desnudos. Cubrió mi cuello de besos y siguió el camino hasta el centro de mis pechos, donde después se dedicó a besar, lamer y mordisquearlos uno a uno, sin dejar de penetrarme con el dedo haciendo que me corriera una y otra vez.

Desabroché los botones de su camisa y se la quité, dejándola caer junto a sus pies. Acaricé su espalda, sus brazos, su pecho, la cintura y después le quité el cinturón y desabrochando el botón y la cremallera de su pantalón lo deslicé junto a sus bóxers blancos hasta que quedaron en sus tobillos.

Cogí su miembro, tan duro y erecto que invitaba al pecado, y lo acaricé lentamente mientras él movía sus caderas. Sin dejar de penetrarme con el dedo, me tumbó sobre la mesa y allí, con los ojos cerrados mientras acariciaba uno de mis pechos, sentí el tacto de su lengua jugando con mi clítoris, mordisqueándolo, hundiendo la lengua en mi humedad haciendo que volviera a correrme poco después.

—No puedo más Dean... por favor... hazlo... fóllame —le pedí entre gemidos.

Y lo hizo. Me cogió de las caderas y me arrastró por el escritorio hasta tenerme lo suficientemente cerca suya para penetrarme de una sola embestida, con una pasión salvaje que hizo que me estremeciera y gritara de puro placer.

Sus embestidas eran fuertes y rápidas, sentía la furia que tenía dentro al saber, o, mejor dicho, al creer que me había liado con Josh en esa misma mesa.

—¿Te gusta? Dime que sí, preciosa, dime cuánto te gusta que me folle este coño —susurró mientras se inclinaba para mordisquear un pezón sin dejar de penetrarme.

—Sí... sabes que me gusta.

—Eres mía Avery... lo sabes... eres mía...

Una última embestida y cuando el orgasmo llegó todo mi cuerpo se estremeció y se contrajo, mientras Dean se corría y llenaba mi interior con calientes chorros de su virilidad mientras gritaba mi nombre.

Apoyado sobre mi cuerpo, con una mano en mi cintura y la otra bajo mis nalgas, descansaba Dean y trataba de recobrar el ritmo normal de sus latidos y su respiración.

Yo jugaba con los dedos entre su pelo, acariciándole las sienes y sintiendo su respiración junto a mi vientre.

—Dean... —susurré.

—Dime, preciosa.

—Tengo que volver con Karen.

—¿Y con Josh? —preguntó girando la cabeza y mirándome a los ojos.

—Si está con ella, sí.

—¿Cómo has podido tirártelo aquí a él y después a mí?

—Creía que eso es lo que suele hacerse en las fiestas de Amanda. Solo que yo no me he liado con dos desconocidos, si no con dos amigos.

—¿De verdad habéis follado, Avery?

—¿Tú crees que lo hemos hecho?

—¡Joder, pues claro! Tú misma lo has dicho, los dos arreglándoos, los papeles por el suelo...

—No.

—No, ¿qué?

—Que no lo hemos hecho.

—No me mientas. No soporto la mentira.

—No te miento. Cuando has llamado, Josh a mirado por la persiana y al verte se le ha ocurrido esa escena. Pero no ha pasado nada —me incorporé mientras le obligaba a él a levantarse y cogiéndole la cara entre mis manos le miré a los ojos—. Solo he follado contigo esta noche, y sobre este escritorio.

—Le voy a dar una paliza. Lo juro. ¿Cómo habéis podido hacer...?

No dejé que terminara. Le besé con pasión y lujuria como él lo había hecho antes. ¿Por qué tenía que ser tan complicado con Dean Mayer? Él quería sexo, yo quería más y según él no podía dármelo. Tenía que ser por esa mujer, de la que me había hablado Josh. Pero en las revistas no se hablaba de ella, tendría que preguntarle directamente a él, pero... no sería esa noche, ni en ese momento.

Después de adecentarnos y terminarnos las copas que yo había subido para Josh y para mí, bajamos de nuevo con Karen y allí estaba Josh, con una sonrisa y guiñándome un ojo porque sabía perfectamente lo que acabábamos de hacer en su despacho. Al menos lo habíamos recogido un poco.

Pedimos un par de copas y después de volver a hidratarnos, cuando empezó a sonar la canción *Painted on my Heart*^[4], del grupo The Cult, Dean me cogió la mano para ir a bailar a la pista. No era una balada tipo Celine Dion ni nada de eso, pero se podía bailar agarrados de la cintura.

—Espero que te guste, le he pedido al DJ que la ponga. No sé la de veces que la he escuchado los días que has estado en Londres. —susurró.

La letra era sincera, decía algo así como «*Todavía tengo tu rostro pintando en mi corazón*» «*Tengo tu beso aún ardiendo en los labios*». Sin duda estaba abriendo su corazón de aquella manera tan peculiar.

Apoyé mi cabeza en su hombro y él se aferró con fuerza a mi cintura. Me estrechó entre sus brazos y me besó en la sien.



Capítulo 7

Después de que Josh aclarara con Dean que no había hecho nada conmigo en su despacho, se estrecharon la mano y se palmearon la espalda como buenos amigos. Josh y yo mantuvimos la cena del domingo en nuestros planes sabiendo que a Dean no es que le hiciera demasiada gracia, pero le hicimos entender que éramos amigos y los amigos salían a hacer esas cosas. No íbamos a meternos mano en el restaurante ni a echar un polvo en su coche después.

Me despedí de todos, cogí el coche y regresé a casa, necesitaba descansar, el sábado me esperaba una noche más larga aún.

Cuando los rayos del sol entraron por la ventana de mi dormitorio, miré el reloj y vi que eran cerca de las once y media. Había dormido más de lo que esperaba, pero para una vez que quería permitirme ese lujo... Me desperecé, me levanté y me di una ducha rápida para quitarme el leve dolor de cabeza que las tres copas que había tomado la noche anterior no hicieran que el dolor aumentara mucho más.

—¿Cenicienta? —preguntó Karen entrando en el dormitorio.

—¡Enseguida salgo! —grité envolviéndome en una toalla.

Cuando salí Karen estaba arreglando mi cama. No pude evitar reírme, no hacía tanto tiempo que era yo la que tenía que encargarse de esas cosas en la casa.

—Veo que te has levantado de buen humor —dijo sin dejar de arreglar la cama.

—Hombre, me hace gracia que estés haciendo eso.

—Creí que después de la sesión de anoche y lo tarde que te has levantado... no te apetecería hacerlo a ti.

—Gracias.

—Bueno, y ahora dime. ¿Qué os traéis Josh y tú entre manos? Porque si me dices que te lo tiraste anoche, y después te tiraste al arquitecto... dejarás de ser Cenicienta, pasarás a ser mi puta heroína. *Wonder Woman* podría decirse.

—¿En serio crees que me tirarías a los dos con minutos de diferencia entre ambos?

—No sé, quizás las fiestas de Amanda han despertado la libertina que llevas reprimida dentro.

—Pues no, no soy ninguna libertina. Solo me lie con Dean.

—Entonces ya está todo en marcha.

—¿Qué entiendes tú por todo?

—Joder Avery, no te hagas la inocente que no te pega. Lo vuestro.

—De momento no hay un “lo nuestro”. Creo que somos... ¿cómo lo suelen llamar...? ¿Follamigos?

—Te digo yo que la libertina reprimida está saliendo.

—Oye, que mi primer follamigo fue Connor. Que por cierto fue él quien me envió la foto en la que salgo con Dean, el jueves cuando salimos con los críos.

—Pobre, ¿seguirá enamorado de ti?

—No creo, tiene a Vanesa en su cama. Espero que me haya olvidado porque sabe que yo nunca seré su chica. Bueno, y a parte de venir para arreglar mi cama... ¿qué más quieres?

—Oh, sí. Esta noche iremos todas a la presentación del perfume, Amanda se ha encargado de pillar una limusina para que podamos ir todas. ¿Sabes qué vas a ponerte?

—Sí, el vestido de las fotos y el anuncio. Y vendrán a maquillarme y peinarme como el día que los rodamos.

—¡Joder, vas a estar increíble!

—Eso me temo.

—Bueno, tu arquitecto evitará que te toquen otros.

—Repito, eso me temo.

Rompimos a reír, estaba claro que Dean Mayer, el codiciado soltero, era posesivo conmigo, y me lo había dejado claro la noche anterior. Pero... ¿en el fondo podría decir que me gustaba que lo fuera? Si me quería solo para él es que sentía algo más, que quería algo más que sexo. O eso esperaba yo.



—Estás divina querida Avery —me dijo Fredy, el maquillador que Elora había enviado a casa para arreglarme.

—Muchas gracias. Eres tú que tienes unas manos...

—Vamos, Martha y yo te ayudamos con el vestido —indicó señalando a la peluquera que ya había sacado el vestido del armario.

Quince minutos después estaba frente al espejo de cuerpo entero, mirándome, sonriendo al verme tan elegante y seductoramente sexy. Sonreí pensando en Dean. Él ya me había visto así vestida, pero ahora estaba más que convencida que no podría evitar posar sus manos sobre mi espalda. Solo de pensar en él, en su tacto, me estremecí de pies a cabeza.

—Divina, toda una Diosa sin lugar a dudas —aseguró Fredy—. Nosotros nos vamos, espero que lo pases muy bien. Y sonríe querida, no dejes de sonreír. Que todo el mundo vea la maravillosa modelo que eres —dijo dándome un par de besos en el aire.

—Gracias por todo, sois geniales.

Cuando me quedé sola en el dormitorio, cogí el pequeño bolso rosado que Elora había enviado con Fredy, me di un último vistazo en el espejo y pensé en algo que podría gustarle a Dean.

Salí justo cuando Karen salía de su dormitorio, y se le iluminó el rostro al verme.

—Lo que yo te digo. Si yo pudiera y tú quisieras... esta noche te haría disfrutar de lo lindo, Cenicienta.

—No seas mala Karen. Tú piensa en tu hombre que le tienes loco.

—Sí, y él a mí. Joder Avery, creí que después del imbécil con el que estuve... ya sabes, que no podría sentir algo así por otro tío, pero me equivocaba. Me fijo en chicas, algunas muy sexys, pero... no siento ese deseo de querer llevármelas a la cama.

—¿Perdona? ¡A mí me comes con los ojos! —grité soltando una sonora carcajada.

—Cierto, eres la única mujer a la que me gustaría meter en mi cama.

—Insisto, nunca cambiarás.

Nos cogimos del brazo y caminamos por el pasillo hasta la escalera, donde le pedí a Karen que me hiciera una foto desde abajo.

—Gracias, he pensado que a Dean tal vez le guste verme antes de que me vean los demás invitados.

—Buena idea. Vamos, envíasela.

«De Venus, para Eros.»

Y envíe la foto. La respuesta no tardó ni dos minutos en llegar.

«Prefiero que sea de Avery para Dean. Aun así, estás increíble. Ahora tengo un pequeño gran problema en mis pantalones... joder, estoy deseando quitarte ese vestidito que llevas, preciosa.»

Me reí y Karen no pudo evitar cotillear mi teléfono. Sonrió y me guiñó un ojo. Desde luego Dean Mayer me deseaba, y el sexo con él era... mejor que increíble.



La limusina llegó al hotel donde se haría la presentación del nuevo perfume de Elora Fortier. Cientos de periodistas y fotógrafos estaban en la entrada, esperando hablar o captar las mejores imágenes de los asistentes.

Empresarios, famosos, modelos, representantes y gente con grandes negocios dispuestos a encontrar allí a la modelo que querrían tener como imagen de su próxima colección o su nuevo producto.

—Vamos allá —dijo Amanda.

Ella salió primero, seguida de Cintia, Loren, Mónica, Julia y Sindy. Todos los flashes se centraron en las guapas y elegantes modelos. Karen me guiñó el ojo, puso su mejor sonrisa y salió, y los flashes se centraron en ella.

Respiré hondo, cerré los ojos y conté hasta diez para tranquilizarme. Sonreí, abrí los ojos de nuevo y salí lo más sensual que pude de la limusina.

—¡Avery, aquí! —gritó un fotógrafo.

—¡Por aquí, Avery! —escuché a otro.

Y así todos clamaban por una sonrisa mía y una pose para la foto de sus revistas.

Miré hacia delante y vi a Karen esperándome. Caminé hacia ella y nos hicieron algunas fotos juntas. Después se unió Amanda y pidieron una con las demás chicas.

Nuestras mejores sonrisas, perfectas poses y miradas que seducían a las cámaras.

Entramos en el *hall* del hotel y una de las encargadas de la organización nos acompañó hacia la gran sala donde se haría la presentación y el cóctel que habían organizado a modo de cena.

Algunos de los carteles que nos habían enseñado el día antes ya estaban por la zona por donde todos los asistentes pasarían de camino a la sala. Cuando por fin entramos, Elora se acercó a mí y me dio un cálido abrazo con una sonrisa de lo más satisfactoria.

—Mi querida Avery, reconozco que fue todo un acierto aceptar la recomendación de Dean. ¡Estás magnífica!

—Gracias, tú también te ves muy bien esta noche.

—Vamos, no seas tan galante, hoy es tu día.

Me cogió del brazo y caminamos hacia donde su hermano Olivier estaba tomando una copa de vino. Cuando nos miramos no pudimos evitar sonreírnos, estaba claro que ambos guardábamos un buen recuerdo de aquella noche. Menudo beso me dio el puñetero francés... pero yo tenía a Dean, era a quien quería así que...

—*Belle comme une Déesse* —dijo Olivier cogiendo mi mano para besarla.

—Sí, tienes razón hermano —secundó Elora—. Tan bella como una Diosa.

—Gracias... —respondí sintiendo mis mejillas sonrojarse.

—¿Vino, o champagne? —preguntó Olivier.

—Champagne, por favor.

Asintió y se alejó unos instantes para regresar con una copa de champagne que me ofreció con una sonrisa y un guiño de ojo.

Pronto algunos de los fotógrafos que sí tenían permiso para fotografiar en el interior nos rodearon a Olivier y a mí para que posáramos juntos.

Sonriendo, él cogiéndome por la cintura, yo apoyando una mano sobre su hombro, y la que sabía que no gustaría a Dean, mientras Olivier se inclinaba y susurraba algo demasiado cerca de mi cuello.

—Estás realmente bella con ese vestido —me dijo Olivier cuando los fotógrafos al fin nos dejaron a solas disfrutar de nuestras copas.

—Gracias. A ti ya te había visto con esmoquin.

—¿Pero no estoy atractivo esta noche? —preguntó poniendo cara de cachorrito.

—No he dicho eso. Y creo que sabes que siempre lo estás, no es necesario que nadie te lo confirme.

—Cierto, pero tener una mujer tan sexy a mi lado... hummm... tengo algunas ideas en mente mi querida *Déesse* —susurró besando después el lóbulo de mi oreja.

—No quiero que te lleves a engaños Olivier, esto es trabajo. Entre tú y yo...

—No sigas, no me quites la ilusión. Quiero tenerte en mi cama, sea esta noche o mañana...

—Nunca Olivier. Lo siento, pero yo... ya...

Ni siquiera pude seguir hablando. En ese momento una figura demasiado familiar para mí entró en la sala haciendo que el resto de asistentes desapareciera a mi alrededor. Salvo por la pelirroja que lo acompañaba, que para mi desgracia se aferraba a su brazo y lucía la mejor de sus sonrisas, una de esas que deja claro que puedes leer en ella «*Este es mi hombre, ni te acerques.*»

Genial, Dean había ido acompañado de otra, apenas veinticuatro horas después de follarme con rabia y lujuria en el escritorio del despacho de Josh.

Karen se acercó a mí, y al ver mi cara completamente descompuesta, miró hacia donde mis ojos se habían perdido. Cuando vio a Dean resopló. Me cogió del brazo y se excusó con Olivier diciendo que me reclamaban para unas fotos.

—No le mires, olvida que ha venido.

—¿Que lo olvide? ¿Estás loca? ¿Quién coño es esa pelirroja? Joder, ¿es que se ha olvidado ya del mensaje que me ha enviado?

—Respira, que te va a dar algo. Toma —dijo cogiendo una copa de la bandeja que llevaba uno de los camareros—, bebe que lo necesitas.

—Claro, lo mejor para esta noche es emborracharme y acabar dando un buen espectáculo.

—No seas boba, no te vas a emborrachar por tomar un poco de champagne.

Me apartó de allí y me llevó a la entrada donde Josh nos esperaba. Sonrió al verme, y yo, aunque también le sonreí, no pude quitar la cara de idiota que se me había quedado al ver a Dean con otra del brazo.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó cogiéndome las manos.

—El arquitecto —contestó Karen—, que se ha presentado aquí con...

—Joder, este Dean es gilipollas —protestó Josh—. Vamos, esta es tu noche pequeña, nadie, me oyes, nadie te la va a estropear. Josh está aquí.

—No quiero que tengas problemas con...

—Olvídate de él. Vamos a hacer que aparezca el celoso Dean Mayer de anoche. Vamos.

Me tendió su brazo, al que me aferré como si me fuera la vida en ello. Sentía que me faltaba el aire, como si estuviera a punto de desmayarme.

Pero Josh me sostenía, esa noche sería mi acompañante, y así fue. No me dejo sola un solo instante, me hacía sonreír, me hacía sentir cómoda. Nos fotografiaron cientos de veces y ni una sola quité la sonrisa de mis labios.

Dean hizo por acercarse a nosotros en más de una ocasión, pero siempre había alguien que le retenía por el camino y no llegaba hasta donde me encontraba. Y cuando volvía a mirarnos ya estábamos en otro punto de la sala.

Las fotos gustaron a todos y cada uno de los presentes, y cuando por fin se proyectó el video del anuncio, los aplausos no se hicieron esperar. Las miradas se volvieron hacia mí y cuando Elora pidió que me uniera a ella y también llamó a Olivier, su hermano no dudó en rodear mi cintura, mirarme, sonreírme y ni siquiera disimuló una sola vez que me estaba desnudando con la mirada.

Nos hicieron algunas fotos a los tres juntos, y en un momento de descuido, Olivier besó la mejilla de su hermana, y después se giró hacia mí, nuestras miradas se encontraron y sonriendo se inclinó para besarme en los labios. Afortunadamente reaccioné a tiempo y el beso apenas rozó la comisura de mis labios.

Sin duda aquello daría que hablar a la prensa durante algún tiempo, y eso era lo que menos quería yo.

Buscando a Josh, que se había acercado conmigo, no pude evitar ver a Dean. No había calidez en su rostro, había furia. Bebió de un trago el contenido de su copa y la soltó en una de las bandejas de un golpe seco, antes de coger otra y beberla de un trago, y antes de que el camarero se marchara la dejó en la bandeja y cogió la única copa llena que había.

Cuando la pelirroja se aferró de nuevo a su brazo, Dean se lo soltó de un manotazo y giró alejándose de allí.

Tenía que ir detrás de él, tenía que decirle que Olivier... ¿Por qué coño estaba pensando en que tenía que ir yo? Joder, él era quien había ido con aquella mujer colgada del brazo. Y yo, yo había ido sola. Josh había venido al estreno porque le pedí a Elora que le permitiera asistir y ella no se negó. No, no iba a ir detrás de él.

Me disculpé ante Elora y Olivier y caminé hacia Josh y Karen. Cuando les conté lo que había visto de Dean, Josh me besó la sien y nos dejó solas para ir a buscar a su amigo. Al cabo de unos minutos regresó, no le había encontrado, pero le llamó por teléfono y poniendo el grito en el cielo dijo que se marchaba a casa.

Yo no podía hacer nada, ni siquiera sabía dónde vivía, así que...

—Ha ido todo de maravilla —me aseguró Elora mientras nos despedíamos.

—Me alegro. Espero que el perfume se venda bien.

—Oh, querida, cuento con ello. Ten —dijo entregándome una caja alargada envuelta en papel plateado con un lazo rosa—. El primer perfume es para ti.

—Muchas gracias.

—Cuento contigo para próximos perfumes, y no serán pocos, eso te lo aseguro.

—Será un placer.

—Y para mi hermano también, te lo aseguro. Le has cautivado, niña. Me ha pedido tu teléfono...

—No, no se lo des por favor. Yo... de momento no...

—Tranquila, es muy persuasivo, pero hasta que tú no me digas lo contrario, yo no le daré un solo número de tu teléfono.

—Gracias.

Cogí a Josh del brazo y junto con Karen nos marchamos de allí. Amanda y las chicas hacía

tiempo que se habían ido, y nosotras nos quedamos un poco más puesto que Josh se ofreció a llevarnos a casa.



—¿Qué demonios...? —pregunté cuando vi el coche de Dean parado en la puerta de la casa de Amanda.

—Este chico no tiene remedio... —dijo Josh.

—Es gilipollas, eso le pasa —protestó Karen.

Cuando Dean vio las luces del coche de Josh paradas cerca del suyo, bajó del coche y se apoyó en él.

—¿Qué haces aquí, Dean? ¿Va todo bien? —preguntó Josh saliendo de su coche.

—Vaya, al fin decidís aparecer —estaba borracho, de eso no había ninguna duda.

—Tío, ¿cuánto has bebido?

—Creo que no lo suficiente. Pero tengo algunas botellas en el asiento.

Karen se acercó y cuando Josh y yo la miramos, indico con la mano que había cuatro botellas de whisky en el asiento.

—Vamos, tengo que llevarte a casa —se ofreció Josh cogiéndole de los hombros.

—No, no quiero ir a casa. Quiero... quiero follar.

—Dean... —insistió Josh.

—Vaya, os he jodido el polvo... ¿es eso? —preguntó mirándonos a Josh y a mí alternamente.

—No digas gilipolleces.

—Os he visto, toda la noche sonriendo, abrazados. Toda. La. Puta. Noche.

El alcohol estaba haciendo estragos en Dean. Yo nunca le había visto así.

—Josh... ¿esto es normal en él? —pregunté.

—No pequeña. Este gilipollas solo ha hecho esto una vez. Creí que no se repetiría.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Karen.

—Lo llevo a su apartamento. Necesito que me sigas con mi coche, por favor.

—Claro.

—Voy con vosotros —dije mientras Josh metía a Dean en el coche.

Karen condujo detrás de Josh hasta Manhattan, y mientras él entraba en el *parking* del edificio, nosotras dejamos el coche aparcado cerca de la entrada. Cuando entramos en el edificio, el portero, un muchacho no mucho mayor que Karen, nos preguntó dónde íbamos, y en ese momento se abrió el ascensor y Josh le dijo que estábamos con él y Dean.

Fuimos hasta el ascensor y cuando vi a Dean sujetándose a la barandilla de hierro del fondo, despeinado, sin la pajarita y con la camisa desabotonada, me pareció de lo más sexy. Pero no podía pensar en él de esa manera, no ahora, cuando el condenado Dean Mayer había decidido

emborracharse y presentarse en casa de Amanda como un despojo. Por el amor de Dios... ¿por qué había hecho algo así?

Le había molestado vernos a Josh y a mí toda la noche juntos, lo había reconocido poco antes, pero yo sabía que no era por Josh, sino por Olivier...

—Hemos llegado amigo —dijo Josh cogiendo a Dean para ayudarlo a salir del ascensor.

—No necesito ayuda. Ya te he dicho que no tendrías que haberme traído.

—No seas más gilipollas de lo que ya estás siendo, ¿quieres?

Le pidió la llave de su apartamento y Josh abrió la puerta. Encendió las luces y por primera vez vi dónde vivía el famoso arquitecto.

El *hall* de entrada era amplio, un par de cuadros en las paredes y un mueble aparador donde un jarrón que parecía demasiado antiguo y caro lo adornaba. Ahí dejó las llaves del apartamento y las del coche.

Karen y yo, extrañas en ese lugar, caminamos detrás de Josh que trataba de mil maneras que Dean no se desplomara en el suelo.

A la izquierda estaba la cocina, con muebles en color rojo y una bonita encimera de piedra en color negro que hacía sus veces de mesa de desayuno ya que había unos taburetes también negros.

—Karen, prepara café que voy a darle una ducha fría a nuestro arquitecto... —dijo Josh casi resoplando.

—Voy contigo —me ofrecí mientras Karen se dirigía a la cocina.

Pasamos por el salón, donde las paredes estaban pintadas en color café, los muebles eran blancos y los sofás negros. Los ventanales regalaban unas impresionantes vistas de la ciudad, debía ser una maravilla contemplarlas.

Fuimos por el pasillo y vi que una de las puertas que estaba abierta era el despacho de Dean. La siguiente puerta era una amplia biblioteca. Tres puertas más estaban cerradas y la última fue donde Josh se paró y la abrió.

Encendió la luz y nos recibió una gran cama de matrimonio a la izquierda, un mueble con televisión, un diván, dos sofás individuales, mesitas de noche y a la derecha unas puertas de espejo, que supuse sería el vestidor.

Justo en frente de la entrada estaba la puerta del cuarto de baño. Josh entró con Dean y le sentó en un banco que había frente a los dos lavabos.

—Avery, abre el grifo del agua fría en la ducha por favor.

—Claro.

Y ahí estaba yo, en el cuarto de baño de Dean Mayer, abriendo el grifo de agua fría de la ducha mientras Josh le quitaba el esmoquin. También tenía una bañera increíblemente grande, donde cabían dos personas y si me apurabas hasta tres... apreté los ojos y borré esa idea de mi mente.

—Vamos campeón, al agua —dijo Josh levantando a Dean, que apenas llevaba puesto unos bóxers negros.

—¡Joderrrr! ¡Está helada! —gritó Dean nada más meterlo Josh en la ducha.

—Si has sido capaz de cogerte esta cogorza, serás capaz de aguantar un poco de agua fría.

—Has estado toda la noche con ella, ¿por qué?

—Dean, déjalo tío.

—¿Y ese gilipollas de Olivier? ¿Por qué coño ha tenido que besarle?

Josh me miró, sin duda Dean no era consciente de que yo estaba allí con ellos. Me hizo un gesto con la cabeza y entendí que quería que saliera de allí. Y así lo hice. Cerré la puerta y los dejé solos en el cuarto de baño. Abrí la puerta del vestidor y el olor de su perfume me recibió nada más entrar. Cerré los ojos y volví a las noches en que nos habíamos acostado. Allí, rodeada de trajes, camisas y zapatos, miré hasta encontrar ropa de deporte. Cogí un pantalón y una camiseta y volví a salir al dormitorio, dejándolo sobre la cama para que Dean se vistiera cuando Josh lo sacara de allí.

Cuando Karen llamó a la puerta el olor a café fue directo a mi estómago, cogí una taza que me ofrecía y me la tomé sentada en uno de los sofás.

—Perfecto, ya está listo el café —dijo Josh saliendo del cuarto de baño con Dean sujetándose a sus hombros.

—Ten, está caliente ten cuidado —avisó Karen tendiéndole una taza.

Josh sentó a Dean en la cama, y éste que solo llevaba una toalla alrededor de la cintura, cogió la taza que le daba de café y se la bebió. Cuando Josh se tomó el suyo, Karen y yo fuimos a la cocina mientras Josh ayudaba a Dean a vestirse y meterlo en la cama.

—Joder, qué brasa me ha dado —dijo Josh sentándose en uno de los taburetes—. Ponme otro café por favor que la noche va a ser larga.

Karen sirvió una taza más para cada uno mientras Josh decía que se quedaría allí hasta la mañana siguiente.

—Me quedo contigo —dije sin pensar.

—Cenicienta, será mejor que...

—No Karen, no pienso irme a casa estando Dean así. En el fondo... creo que es culpa mía.

—¿Culpa tuya? Qué dices Avery. ¡Ni se te ocurra pensar eso! —gritó Karen.

—Pequeña, Dean ha bebido porque es gilipollas. Se ha cabreado porque has estado toda la noche conmigo.

—Josh, no le defiendas. Se ha puesto así por Olivier, yo le vi tomar tres copas de un trago y salir de allí como si el diablo le persiguiera.

—Será mejor que nos vayamos...

—Vete tú, yo me quedo.

—No vas a cambiar de opinión, ¿verdad? —preguntó Karen.

—No.

—Vale. Josh, me llevo tu coche. Voy a cambiarme a casa y traeré algo de ropa para ti —me dijo Karen dándome un beso en la sien—. No tardo.

Cuando Josh y yo nos quedamos solos, sentí que las lágrimas se agolpaban para salir, traté de disimular, pero Josh lo supo, se puso en pie y me estrechó entre sus brazos, besándome el pelo mientras una mano acariciaba mi espalda y me consolaba al tiempo que mis lágrimas empapaban su camisa.

—No pasa nada pequeña. Mañana lo verá de otra manera.

—Olivier iba a besarme, pero yo aparté la cara y me besó cerca de los labios. La mandíbula de Dean estaba desencajada cuando le vi, y se tomó esas tres copas de champagne sin apartar los ojos de mí.

—No te martirices por eso. Salió de allí y se fue a beber, hasta que decidió coger el coche para ir a buscarte a casa.

—Josh...

Las lágrimas y el nudo en la garganta me impidieron decir nada más. Me aferré a él hasta que conseguí tranquilizarme, preparé más café y nos tomamos una taza cada uno.



Capítulo 8

Cuando Karen regresó cogí la bolsa que había traído para mí y fui a darme una ducha en el baño que Josh me indicó que había al final del pasillo.

Me puse los shorts, la camiseta y las deportivas y me recogí el pelo, húmedo, en una coleta. Cuando salí los vi a los dos en el sofá. Josh estaba sentado durmiendo con la cabeza apoyada en el respaldo, y Karen se había quedado dormida con la cabeza sobre las piernas de él.

Miré el reloj, eran ya casi las cuatro de la madrugada. Regresé por el pasillo y abrí la puerta del dormitorio de Dean. La camiseta estaba tirada de mala manera en el suelo, por lo que supuse que se la habría quitado él después de que Josh le dejara solo.

Entré para recogerla y la dejé sobre uno de los sofás y me recosté en el diván mientras le observaba dormir y en aquel silencioso dormitorio, lo único que podía escuchar era su respiración. Cerré los ojos, aspirando el perfume de Dean que impregnaba toda la estancia, necesitaba cerrar los ojos...

—Avery... —sentí que me llamaban, pero estaba tan a gusto durmiendo...— Avery, preciosa. Me estiré un poco, abrí los ojos y allí, frente a mí, estaba Dean, con el torso desnudo. Me incorporé sobresaltada y al ver que estaba en su dormitorio...

—¡Dean!

—Buenos días, preciosa.

—Oh... me quedé dormida —dije tocándome la sien, ya que una terrible migraña estaba empezando a formarse en mi cabeza. No tenía duda de que se había provocado por el poco alcohol de la fiesta y las excesivas tazas de café que había tomado horas antes—. ¿Qué hora es?

—Las once.

—¡Dios, es tardísimo!

—¿Qué haces aquí?

—¿No te acuerdas de nada?

—Vagamente...

Me levanté y le expliqué lo ocurrido, fui hacia la puerta y antes de que pudiera abrirla para salir al salón, las manos de Dean rodeaban mi cintura y sus labios besaban mi cuello.

—Para, por favor.

—No puedo. Te necesito.

—Dean, por favor, suéltame. Josh y Karen...

—Estarán bien —y sin dejar de besarme el cuello cerró la puerta con la llave que había puesta.

Me cogió en brazos y me recostó sobre la cama, su mirada hizo que me estremeciera, en ella veía el deseo y la necesidad de tenerme allí. Y yo también quería, pero justo en ese momento no me parecía lo mejor, no después de la noche anterior.

—No quiero Dean. Por favor, deja que salga.

Abrió mis piernas con una de sus rodillas y se acomodó entre ellas, acercándose lentamente a mis labios para besarme con devoción.

Con una mano rodeó mi cintura y con la otra acarició mi mejilla y siguió el perfil de mi rostro hacia el cuello para bajar por mi brazo.

El contacto de nuestra piel me estremecía gratamente, cerré los ojos y me aferré con las manos a su cintura.

En cuestión de minutos estaba desnuda, bajo el musculoso cuerpo de Dean, mientras sus caricias y sus besos me envolvían en deseo y pasión.

De una única y certera embestida se apoderó de mi cuerpo. Grité de puro placer y mientras movía sus caderas penetrándome sin dejar de besarme, levantando mis caderas con una mano para acercarme más a él y que las penetraciones fueran más profundas, sostenía mi cuello con la otra mano para evitar que me apartara de él.

—Eres preciosa —dijo entre besos—. No te imaginas cómo te deseo. Quiero esto Avery, quiero esto contigo... siempre...

—Dean...

Separó sus labios de los míos y me miró, haciéndome el amor no solo con su cuerpo sino también con los ojos.

Cerré los ojos abandonándome al placer y Dean, entre jadeos y gemidos, dijo:

—Mírame Avery. Quiero ver tus ojos cuando te corras para mí.

Los abrí y allí estaba su mirada, no pude apartar la vista de él. El ritmo de sus penetraciones aumentó, rápidas y fuertes, haciendo que mi cuerpo se estremeciera por completo y los músculos de mi sexo se contrajeran atrapando su miembro duro y erecto.

—Joder Avery, así... así preciosa...

Clavé las uñas en sus hombros, en su espalda y en sus nalgas. Estaba cerca, muy cerca de alcanzar el clímax, me incorporé un poco y besé su cuello, después su hombro y cuando estaba mucho más cerca de llegar mi orgasmo no pude evitar morderle el hombro.

Volví a dejarme caer sobre la cama y sin apartar la mirada el uno del otro alcanzamos el clímax gritando de placer al unísono, sintiendo en mi interior el calor de su explosión.

Dean se dejó caer sobre mí, sin soltar mi cintura ni mi cuello.

Cuando nuestras respiraciones se volvieron más pausadas, mientras acariciaba su espalda besé su sien.

—Lo has vuelto a hacer —susurré.
—¿El qué?
—No has usado preservativo.
—Me he dejado llevar...
—No deberías haberlo hecho, podría haber consecuencias...
—Tampoco me importaría si aparecieras un día diciéndome que estás esperando un hijo.
—Eso no pasará. Esto no puede...
—No lo digas Avery, por favor. No me digas que me dejas.
—Dean, no quiero solo sexo. Ya te dije que...
—Lo sé, lo sé, pero quiero... yo quiero estar contigo Avery.
—De este modo no, lo siento. Quizás sea una cría de veintidós años, pero no quiero una relación únicamente sexual. Lo siento Dean.
Quitándole de encima como pude, me incorporé, cogí mi ropa y sin pensarlo salí del dormitorio, desnuda, para ir al cuarto de baño a darme una ducha.



—Buenos días, Cenicienta —me saludó Karen cuando entré en la cocina.
—Buenos días.
—Pequeña, ¿dónde has dormido?
—En el diván... me recosté un momento y me quedé dormida.
—Joder pequeña, tienes que tener la espalda molida —dijo Josh acercándose para darme un masaje en los hombros.
—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Dean al entrar, como si yo no le hubiera dicho nada y no acabáramos de follar hace unos minutos.
—¡Hombre, el señor del whisky! —gritó Karen con una sonrisa.
—Buenos días Dean —le saludó Josh antes de relatarle lo ocurrido.
—Joder, ¿y habéis pasado aquí la noche?
—Sí, tienes un cómodo sofá —respondió Karen.
—Habla por ti cielo —se quejó Josh—, que yo he dormido sentado con tu linda cabecita en mis piernas.
—Y... ¿tú? —preguntó acercándose a mí.
—En el diván. En tu dormitorio —contesté sin siquiera mirarle. Como si no lo supiera...
—Lo siento, os jodí la noche, ¿no?
—Hombre, yo no tenía gran cosa que hacer —aseguró Josh—. Como pasé toda la fiesta con mis chicas —dijo poniendo un brazo sobre cada una de nosotras— no tuve tiempo de ligarme a alguna guapa modelo.
—Te quejarás de las dos hembras que tuviste toda la noche —protestó Karen.
—No, ni un poquito.
—¿Y vosotras? Porque al menos a Avery la vi con Olivier y...

—Y nada. Eso no te interesa. Da gracias a que nos hemos quedado toda la puta noche contigo para evitar que te diera un coma etílico, ¡gilipollas! —grité regresando al cuarto de baño para recoger la bolsa que Karen había traído la noche anterior donde estaba el vestido.

Con un sonoro portazo me encerré allí dentro, a llorar como una idiota porque aquel imbécil sabía lo que sentía por él y, aun así, no era capaz de querer conmigo algo más que simplemente sexo. A pesar de sus celos por Josh y por Olivier.

Mientras me lavaba la cara para limpiar el rastro de mis lágrimas, se abrió la puerta, y al suponer que era Karen la mandé bastante lejos de allí...

—Lo merezco, soy un gilipollas —dijo Dean cerrando la puerta.

—Es tu casa, pero te agradecería que me dejaras sola...

—No.

—Por favor, vete.

—No tenía pensado.

—Entonces déjame salir. Tengo que irme a casa.

—Josh se está dando una ducha y se va a poner algo cómodo, vamos a salir a comer los cuatro.

—Ni lo sueñes. Me voy a casa.

Intenté apartarle de la puerta, sin éxito. Aquel maldito imbécil era terco como él solo.

Volví al lavabo y me crucé de brazos, si no tenía pensado dejarme salir de allí algo tendría que hacer yo para...

—¿Qué haces? —preguntó esquivando el jabón de manos que le tiré, haciendo que impactara contra la puerta.

—Que me dejes salir.

Se acercó a mí, me cogió de las muñecas y me atrajo hacia él para besarme. Traté de resistirme, pero la calidez de sus labios sobre los míos y su lengua intentando abrirse camino entre ellos hizo que no pudiera resistirme. Y le dejé besarme, y le devolví todos y cada uno de sus besos. Sin dejar de besarme se inclinó hasta que me cogió por las nalgas y rodeo su cintura con mis piernas mientras mis dedos se entrelazaban en su cuello.

—No te resistas Avery, no quiero dejarte ir. No quiero que otro...

—No lo digas, sabes que si solo vamos a tener sexo no quiero que esto siga.

—Avery...

—No Dean. ¿Quieres que salgamos a comer ahora? Bien, iremos. Y seguiremos viendo juntos a los chicos, y podremos ir el próximo fin de semana como habíamos planeado a pasarlo con ellos. Pero nada más. Si no quieres nada más conmigo, no puedes pedirme que no intente tener una relación con otro hombre.

—Por favor, Avery...

—Bájame, por favor.

Dean cerró los ojos, apretó sus manos contra mi espalda y después me dejó de nuevo en el suelo. Cogí mi bolsa y caminé hacia la puerta, saliendo al pasillo y respirando hondo para calmar las pulsaciones y controlar mi corazón que parecía un caballo desbocado.

—¿Lista? —me preguntó Josh saliendo del dormitorio de Dean.

—Sí.

—Bien, salgamos a comer.

Y nos fuimos los cuatro. Yo no quería ir en el coche con Dean, así que Josh le dejó las llaves de su coche a Karen y fuimos juntas, mientras Dean llevaba a Josh.

No íbamos vestidos para ir a un restaurante de cinco tenedores, así que nos decantamos por una pizzería no muy lejos de su apartamento donde él y Josh solían ir en alguna ocasión, y allí pasamos varias horas en las que Josh no paró de reírse al recordarle a Dean lo mal que lo había pasado bajo la ducha de agua fría.

—Bueno, ya estáis en casa —dijo Josh cuando paró el coche en la puerta.

—¿Nos vemos en Casiopea esta noche? —preguntó Karen después de darle un beso en la mejilla.

—A las ocho vendré a recoger a Avery, tenemos reserva para cenar a las nueve. Porque sigue en pie, ¿verdad?

—Claro —contesté sonriendo.

—Entonces nos vemos luego —aseguró Josh.

—Hasta la noche.

Mientras caminábamos hacia casa, veía por el rabillo del ojo la sonrisita silenciosa de Karen.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada.

—Habla.

—Eres de las que me gustan —me dijo sin dejar de sonreír.

—¿Cómo?

—Sí, de las gritonas...

—¡Joder, ¿nos habéis escuchado?!

—No habéis sido precisamente discretos guapa.

—Dios... ¡qué vergüenza!

—A mí me estabas poniendo a mil, y a Josh no te cuento. Estaba empalmado el puñetero. Si en ese momento hubiera estado Peter... el sofá de nuestro arquitecto tendría mucho que contar.

—¡Calla, loca! Por Dios, ¿por qué no me lo has dicho nada más verme?

—Oh, claro. Oye Cenicienta, ¿te lo has pasado bien? Debe follar de lo lindo porque... ¡chica, qué grititos los tuyos! —y empezó a reírse haciendo que yo la acompañara.

—Vale, para. Qué vergüenza. ¿Qué habrá pensado Josh? —pregunté tapándome la cara.

—¿Quieres saberlo?

—No me digas que te ha dicho algo...

—Sí. Y que sepas que si no estuviera tan interesado en ti el arquitecto... Josh no dudaría en hacerte eso y más. Y con más... no me refiero solo a sexo. Creo que le gustas y está molesto porque sabe que a Dean también pero que es un gilipollas por no querer algo más contigo.

—Pero Josh... yo con él... no, ni hablar. A él sí que le quiero solo como amigo.

—No deberías, pero allá tú. Solo te digo que, si el arquitecto no quiero algo más serio, no dudes en mandarle a la mierda o más lejos y pensar en Josh como hombre, no solo como amigo.

—Genial, ahora iré a cenar con él y estaré incómoda toda la noche.

—De eso nada, olvida que hemos hablado. Por cierto, ¿hemos hablado de algo?

De nuevo, empezamos a reírnos como si no costara hasta que a ambas nos dolió el estómago de tanto reír.



Capítulo 9

A las ocho menos cuarto estaba lista, y antes de salir del dormitorio entró Karen y con su habitual mirada lujuriosa y su silbido, me hizo saber que quizás me había pasado con mi elección.

—¿No voy muy...?

—Vas perfecta. Ese vestido te sienta de maravilla.

Vestido negro, sin mangas, ajustado y a la altura de las rodillas, con cierre cremallera en la espalda. Mis taconazos, algo de maquillaje natural y la melena al viento.

—Gracias.

—Vamos, te acompaño a esperarle, Peter tampoco tardará en llegar.

Y cuando salimos por la puerta de la calle, allí estaban los dos esperándonos. Cinco minutos antes de lo previsto. Josh estaba incluso más sexy que cuando le veía en Casiopea. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta azul con los primeros botones desabrochados, el pelo sin la gomina habitual y todo acompañado con su perfecta sonrisa.

—Vaya, voy a ser la envidia del restaurante —dijo Josh acercándose a mí para besarme la frente. ¡Qué mono, por favor!—. Estás preciosa, pequeña.

—Gracias.

—Bueno guapos —interrumpió Karen antes de subir al coche de Peter—, nos vemos en Casiopea.

—Sí, pasadlo bien —me despedí sonriendo.

Josh me abrió la puerta para que entrara y cuando la cerró y caminó por delante del coche hacia su asiento, no pude apartar la vista de él. La verdad es que mister pasta de dientes estaba de muy buen ver.

—¿Lista? —preguntó cerrando su puerta y poniendo el motor del coche en marcha.

—Sí. ¿Dónde me llevas?

—Al restaurante de una buena amiga. Espero que te guste la comida china.

—Bueno... el arroz tres delicias y pollo agridulce tienen un pase.

—Perfecto, pues ya tenemos pensado lo que vamos a cenar.

Durante el camino hablamos sobre todo de Karen y Casiopea. Hacía más de dos años que eran socios y se llevaban bastante bien. Cuando llegamos al restaurante bajamos hasta el *parking* y subimos en el ascensor. Llegamos a recepción y una preciosa muchacha oriental nos dio la bienvenida con una amplia sonrisa.

Nos acompañó a una mesa al fondo de la sala y nos dejó la carta, Josh pidió vino para beber y en apenas cinco minutos regresó la muchacha con la botella.

— ¡Josh! —le saludó una mujer de unos cincuenta años, no muy alta y con una sonrisa que transmitía calma y serenidad.

—Hola, Jia Li —respondió Josh levantándose para abrazarla.

—Cuando me dijo mi pequeña Mei Ling que habías reservado, no me lo podía creer. ¿Sabes cuánto hace que no venías a vernos? ¡Seis meses! Eso no está bien, jovencito.

—Lo sé, y lo siento. Pero el trabajo en Casiopea...

—Siempre es el trabajo. Pero bueno, mientras vengas de vez en cuando a vernos.

—Jia Li, te presento a Avery, una amiga —dijo cogiendo mi mano para que me levantara.

—Encantada de conocerla, Jia Li —la saludé tendiendo la mano.

—Oh, querida. Las amigas de mi pequeño Josh, son amigas de mi familia —contestó abrazándome.

—¿No está Mei Ling? En la entrada no estaba ella.

—Está en la cocina, organizando todo. Tenemos un par de cocineros nuevos...

—Vaya, ¿y la vieja Akame?

—Pues eso hijo, que ya es demasiado mayor para estar aquí. Mi madre viene solo para ayudar. Y no siempre.

—Una lástima, me habría gustado verla.

—Pues si me dices cuándo podrás regresar a visitarnos, te aseguro que la tendrás aquí, le encantan tus achuchones.

—El próximo mes, sin duda.

—Perfecto, espero que así sea. Ahora decidme, ¿qué queréis cenar?

—Arroz tres delicias y pollo agridulce para los dos.

—Bien, enseguida los traemos.

Cuando se alejó de la mesa, Josh me explicó que conoció a Mei Ling cuando su familia se mudó a Nueva York y empezó el instituto, desde entonces se hicieron buenos amigos y siempre habían compartido los mejores momentos juntos. Jia Li le quería como a un hijo, ya que solo tiene a Mei Ling, y Akame era como una abuela para él.

—¿Y vosotros alguna vez... bueno... ya sabes? —pregunté curiosa.

Josh comenzó a reír a carcajadas y cuando paró, me miró y me dijo que jamás se liaría con Mei Ling, para él era como una hermana.

—¿Y con Karen? Ella es más de tu estilo.

—No dudo que no me hubiera gustado, pero no, nunca.

—Con ella lo tendrías fácil, al gustarle también las chicas... ¿No es la fantasía de la mayoría de los hombres hacer un trío con dos mujeres?

—Reconozco que esa sería una ventaja, pero nunca mezclaría los negocios con el placer.

—Hombre sabio —dije cogiendo mi copa para dar un sorbo.

—¡Hermanito! —gritó la que supuse era Mei Ling.

Al igual que su madre, era preciosa. Morena, de piel muy clara, mediana estatura y unos preciosos ojos color miel.

—¡Hola, canija! —Josh se levantó y la cogió en brazos.

—Sabes que no me gusta que me llames así... —le reprendió ella frunciendo el ceño.

—Y a mí me encanta —contestó besándole la frente—. Mei, te presento a mi amiga Avery.

—Oh, ¡qué guapa! —dijo cuando Josh la dejó de nuevo en el suelo, antes de abrazarme.

—Encantada Mei Ling.

—Llámame Mei, solo mi madre y mi abuela me llaman Mei Ling. ¿Has venido alguna vez aquí? —preguntó mirándome como si me conociera de algo.

—Mei, Avery es modelo.

—¡Claro! Ya decía yo que había visto esa cara en algún sitio. ¿Sabes que estás preciosa en el anuncio de *Déesse*?

—Gracias —respondí sonrojándome.

—Hermanito, tienes buen gusto para tus amigas —le dijo guiñándole un ojo.

—Oh, no... no... no es lo que crees... —hablé antes de que pensara que Josh y yo estábamos liados.

—¿No es amiga especial? —le preguntó ella.

—No, solo amiga.

—Ups, lo siento.

—Mei Ling, te llama la cocinera —dijo una de las camareras.

—Bien, debo irme. No os vayáis sin despediros, ¿vale?

—Tranquila canija, no lo haremos.

Frunciendo el ceño con una sonrisa de medio lado, la joven Mei Ling se dio la vuelta para regresar a la cocina.

Poco después nos trajeron la cena y mientras me contaba sus aventuras con la joven Mei cuando iban al instituto, pasamos la velada entre risas.

—Bueno, y dime, ¿todo bien con Dean? —preguntó de golpe, y casi me atraganto con el trozo de tarta que había pedido para el postre.

—Es... complicado.

—Pero en la cama os entendéis —dijo guiñando un ojo.

—Perfecto, sé que nos habéis oído esta mañana... ¡qué vergüenza!

—Tranquila, no te apures por eso —me tranquilizó dejando su mano sobre la mía.

—Es muy complicado, quizás demasiado diría yo. Yo... si quisiera solo sexo podría buscarme a cualquiera. Pero ese imbécil me gusta... y yo sé que quiero más y él me dijo que no podía dármelo.

—Quizás con algo de tiempo se dé cuenta de que sí que puede. Hacía años que no le veía como anoche. Ese gilipollas solo bebió más de la cuenta cuando su novia decidió engañarle con un compañero de trabajo y dejarle de la noche a la mañana.

—No sabía que había tenido novia...

—Fue hace cinco años, llevaban juntos desde la universidad y al final... se acabó. Dean estuvo bebiendo día sí y día también una semana entera. Cuando me cansé de que no me cogiera el teléfono fui a su apartamento y me lo encontré tirado en el sofá, con botellas vacías de whisky y ron por el suelo y sobre la mesa, tenía una pinta lamentable. Le metí en la ducha y a base de bofetadas le quité la tontería. Me quedé tres días en su casa para evitar que volviera a beber como un cosaco y al final me lo agradeció. Cuando me contó lo que había pasado no pude hacer más que animarle. Y un mes después le hablé de las fiestas a las que solía ir, aún no eran en casa de Amanda, y una noche me acompañó y desde entonces para él solo ha sido sexo.

—Y yo me crucé en su camino una noche y ahora soy la gilipollas a la que se folla.

—No digas eso Avery, tú no eres ninguna gilipollas. Sé que podrías tener al tío que quisieras... he visto cómo te miran cuando estás en Casiopea. Joder, si hasta yo no puedo apartar

la vista de ti.

—Josh...

—Tranquila, soy hombre, pero sé comportarme. Nunca intentaría nada que tú... no quisieras.

—Ya cometí el error de acostarme con un amigo al que consideraba un hermano, y al final ¿para qué? Para que me mande una foto de un maldito artículo de una revista y me monte el número de hombre celoso que solo él sabe hacer mejor que nadie. A parte de Dean, claro.

—Si está celoso quizás quiera algo más.

—Lo dudo. Lo único que me dice y quiere dejar muy claro es que no quiere que otros me toquen. Joder, ¡que no soy de su propiedad!

En ese momento sonó mi teléfono, acababa de llegarme un mensaje. Lo saqué del bolso y vi que era Connor.

—Genial... —susurré creyendo que Josh no me habría escuchado.

—¿Algún problema?

—Pues... al parecer sí —le dejé el teléfono para que viera lo mismo que yo acababa de ver.

La foto en la que estoy con Josh en Casiopea y la del beso de Olivier en la presentación del perfume, con un mensaje más que claro por parte de Connor.

«¿Tan pronto eres capaz de olvidarte de lo que hemos tenido? ¿Piensas liar te con todos los tíos que se te crucen? Joder Avery, sabes que te quiero, que has sido mía, creí que los días en mi apartamento... creí que podríamos tener algo, que podría funcionar. Por favor mi niña, llámame, me muero por tenerte.»

—Joder Avery, este tío te va a dar problemas... —dijo Josh devolviéndome el teléfono.

—Está en Londres, al menos lo que vea será solo en las revistas...

—Vamos pequeña, no pienses más en él.

Josh llamó a la chica que nos había servido y tras tenderle la tarjeta para pagar y decirle que avisara a Jia Li y a Mei Ling para despedirnos, nos levantamos y fuimos hacia la barra.

Tanto Jia Li como Mei fueron muy cariñosas conmigo, y dijeron que esperaban verme pronto por allí, así que no pude evitar asegurar que siempre que Josh me invitara, iría encantada.

Mientras caminábamos por el *parking* hacia el coche, empezó a sonar mi teléfono, y por el tono de llamada era Connor. Sí, había decidido poner un tono para cada persona y así podría decidir si lo cogía o no.

—¿No contestas? —preguntó Josh cuando se cortó y enseguida volvió a sonar.

—Es Connor. No tengo nada que hablar con él.

—Ah, tal vez tú no, pero yo sí.

—No, ni hablar...

—Oh, sí, claro que sí.

Entramos en el coche, y antes de poner el motor en marcha encendió la radio, cogió un CD de la guantera y después empezó a sonar la canción *Sex Bom* de Tom Jones, no pude evitar reírme. El teléfono volvió a sonar y Josh lo cogió de mis manos.

—¿Avery? —escuché a Connor por el manos libres.

—No, ¿quién eres? —preguntó Josh.

—¿Quién coño eres tú?

—Un amigo de Avery. ¿Quieres algo? Nos has pillado... bueno, algo ocupados.

—Joder, ¿te la estás follando?

—Bueno, está saliendo desnuda de mi baño, sí, me la he follado y lo voy a volver a hacer.

—¡Hijo de puta! ¡Dile que se ponga!

—Pero ¿quién eres?

—¡Su novio, maldita sea!

La cara de Josh y la mía eran verdaderos poemas en ese instante. ¿Cómo podía ser capaz de decir eso?

—Bueno, que yo sepa la chica está libre. Nena, te llama tu novio.

—¿Qué novio? —pregunté.

—No sé, ¿tienes más de uno?

—Cielo... sabes que no soy de tu exclusividad y tengo varios amigos... pero no tengo novio. Me acerqué más al teléfono y fingí que nos besábamos.

—¡Dile a Avery que se ponga, maldita sea! —gritó Connor.

—Lo siento tío, pero ahora está buscando algo con lo que... jugar... joder nena, así...

Y después de eso, Josh colgó el teléfono y cuando nos miramos, no pude evitar reírme con él.

Connor volvió a llamar, pero después de poner el teléfono en silencio, lo metí de nuevo en el bolso y me olvidé de él.

—Estás loco, ¿lo sabías? —dije volviendo a mirar a Josh.

—Bueno —contestó colocándome un mechón de pelo detrás de la oreja, al tiempo que sus dedos acariciaban mi mejilla—, por una amiga... lo que haga falta.

Se acercó a mí, rozó su nariz en la mía y ladeando levemente la cabeza posó sus labios en los míos y me dio un leve beso. Cuando separó sus labios se quedó allí, tan cerca de mí, que, entre la música de Tom Jones y nuestra respiración tan agitada, sentí que estaba a punto de cometer una locura...

—Josh... no...

No pude decir nada más, se acercó de nuevo y volvió a besarme.



Capítulo 10

- ¿Se puede saber dónde estáis? —preguntó Karen en cuanto descolgué el teléfono.
—Llegando, tranquilízate Karen.
—Joder, ¿pero dónde habéis ido a cenar?
—A un restaurante chino.
—¿Seguro? Por la hora que es diría yo que os habéis ido directamente a China, Cenicienta.
—Entramos en el *parking*, nos vemos —colgué y volví a guardarlo en el bolso.
—Karen, siempre tan preocupada esta mujer —dijo Josh riendo.
—Bueno... hace algo más de una hora que deberíamos...
—¿Estás bien? —preguntó al notar el temblor de mi voz.
—Sí... lo estoy.

Mentí, mentí como una cobarde. ¿Cómo iba a estar bien? Josh aparcó el coche, bajamos y cuando estuvo junto a mí, hizo lo que menos me esperaba en ese momento. Claro, que después de lo ocurrido... Joder, ¿pero dónde me estaba metiendo?

Cogió mi mano y sus dedos se entrelazaron en los míos, instintivamente miré hacia ellas y al levantar de nuevo la mirada me encontré con la suya mientras me regalaba una sonrisa. Dios... qué difícil me lo estaba poniendo todo.

—¿Vamos? —preguntó.

Sonreí y asentí. Fuimos hacia el ascensor y ni durante el camino, ni cuando entramos en él soltó mi mano. Llegamos a la parte de los despachos de Casiopea y su mano seguía entrelazada en la mía. Sentía todo mi cuerpo temblar, estaba nerviosa, más de lo que recordaba que hubiera estado alguna vez. Dios... pero... ¿qué me pasaba?

Y de la mano bajamos las escaleras y llegamos donde nos esperaban Karen y Peter, comiéndose a besos en la barra, y antes de que se separaran cuando Josh puso la mano sobre el hombro de ella, conseguí soltar nuestras manos sin que ellos pudieran verlas.

Josh me miró con el ceño fruncido, no le gustó que le soltara, pero yo... yo... Por el amor de Dios, yo no estaba preparada para un interrogatorio de Karen.

- ¡Por fin! —gritó ella con las manos levantadas hacia el techo de la discoteca.
—Lo siento, la cena se alargó —respondió Josh sabiendo que me incomodaría si decía lo que realmente había pasado.
—Bueno, al menos espero que la hayáis disfrutado.
—Te aseguro que sí —respondió él con una sonrisa.

La mirada de Karen fue directamente a la mía, por desgracia para mí ella me conocía muy, pero que muy bien. Cuando sin dejar de mirarme abrió los ojos como platos, supe que no tenía escapatoria.

—Acompáñame al baño —exigió cogiendo mi mano.

—¿Qué quieres, pequeña? —me preguntó Josh.

—Zumos de piña.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

Se acercó, posó su mano en mi cintura y me besó en la sien antes de que Karen me arrastrara con ella al cuarto de baño. Sin duda después de aquello ya no tenía escapatoria.

Cuando entramos en el cuarto de baño Karen se aseguró de que estábamos solas, regresó hacia la puerta y se apoyó en ella para evitar que alguien entrara allí y nos interrumpiera.

—¿Te has liado con Josh?! —preguntó entre la sorpresa y la incredulidad.

—No —contesté sin mirarla.

—Joder, que no dice la tía. ¿Sabes que a mí no puedes engañarme, verdad pequeña? —preguntó.

—Lo sé. Pero no te estoy mintiendo.

—Habla, o te juro que le preguntaré a él y creeré cada palabra que me diga por mucho que me esté mintiendo.

Le conté lo de las llamadas insistentes de Connor y de la ocurrencia de Josh. Del beso que me dio después de que colgara y del siguiente sin dejar que yo terminara de decirle que no podría haber nada.

—Y después, te ha echado un polvo de escándalo —dijo Karen.

—¡No! —insistí.

—Que no pasa nada Cenicienta, si le has dado una alegría al cuerpo con él, mejor para los dos. Yo no te voy a juzgar, al contrario. Josh es un buen tipo...

—Que no ha pasado nada. Solo nos hemos besado como si no existiera un mañana. Y cuando estaba a punto de dejarme llevar del todo y que me echara un polvo de escándalo como tú dices allí mismo, en el coche, en aquel *parking*, me eché para atrás, le dije que no podía. Y no porque no le deseara en ese momento porque si te soy sincera esos besos me removían todo en mi interior, y sus manos... sus caricias... pero no pude. Debo ser gilipollas porque... porque...

—Porque te has enamorado de Dean Mayer —terminó Karen mi frase.

—Sí, me he enamorado de ese gilipollas que no quiere nada conmigo.

—Bueno, sabemos que se puso celoso porque pensó que te habías liado con Josh en su despacho, quizá poniéndole celoso más a menudo consiga darse cuenta que él también siente algo más por ti.

—No quiero hacer eso, no con Josh...

—A él no le importará, de eso estoy segura.

—Pero son amigos, y Josh me dijo que nunca se levantan una chica el uno al otro.

—Bueno, pues quizá sea el momento de hacerlo. Hablaremos con Josh, seguro que se presta al juego.

—Karen, por Dios. Esta mañana me dijiste que a Josh no le importaría darme más, y ahora... ¿quieres que le pida que le demos celos juntos a su amigo Dean? Eso es torturar a Josh.

—Oye, que podéis echar un polvo de escándalo y daros una alegría mutuamente y seguir como

amigos. ¿No hacías eso con Connor?

—Claro, y qué ha pasado con Connor, que le dice al primer tío con el que se supone que acabo de follar que es mi novio. No me gustaría confundir a Josh...

—Si lo hacemos bien no le confundiremos. De eso estoy segura. Y ahora vamos, que se van a pensar que nos hemos largado por la ventana.

Cuando regresamos con los chicos, Peter cogió de nuevo a Karen por la cintura y le plantó un buen beso. Después de que ella diera un trago a su copa, le cogió la mano y se fueron a la pista a bailar, no sin antes hacerme un gesto para que aprovechara la soledad que nos brindaba para que hablara con Josh.

Me negué, y con la mirada me aseguró que, si no lo hacía yo, sería ella misma quien se lo propusiera.

Suspiré, miré hacia el suelo, respiré hondo y cuando sentí la mano de Josh sobre mi cintura me estremecí.

—¿Todo bien? —preguntó junto a mi cuello.

—Sí, genial.

—No lo parece.

—Oye... ¿podemos ir a tu despacho?

—Claro.

Josh llamó a la camarera y le dijo que cuando Karen regresara le dijera que habíamos ido a su despacho y enseguida regresábamos.

Me cogió la mano para caminar entre la multitud allí congregada bailando, subimos las escaleras y cuando entramos en su despacho cerró la puerta y después giró la llave para que nadie nos molestara.

—No parece que estés bien, pequeña —dijo acercándose a mí.

—Es que... Josh... yo...

—Tranquila, no pasa nada. Lo de antes está olvidado.

—No es eso. Bueno, sí, pero no. Es que... te juro que si no hubiera nadie más en mi cabeza...

—Lo sé, no tienes que decir nada más —me cortó cogiendo mi barbilla con dos dedos haciendo que le mirara a los ojos—. Dean es un maldito gilipollas con suerte. Aunque no quiera darse cuenta de que él también empieza a sentir algo.

—No digas eso, Dean no siente nada.

—Te equivocas. El problema es que no ha vuelto a abrir su corazón después de lo que pasó con aquella chica, y el muy imbécil está a punto de perder lo que necesita por su cabezonería.

—Dudo que me necesite.

—Debería tener un escarmiento, algo que le hiciera reaccionar. Seguro que, si te lías con el tal Olivier ese, Dean abre los ojos.

—¿Y si es contigo?

—¿Cómo?

—Si le damos a entender que tú y yo...

—Avery, ¿estás segura de lo que dices?

—No ha sido idea mía... —me apresuré a contestar girándome hacia el escritorio y andando hacia él.

—¿Karen? —preguntó.

—Sí.

—Me parece bien.

—¿Cómo dices? —pregunté volviendo a mirarle con las cejas arqueadas.

—Que me parece bien. Estoy seguro de que ese Olivier sería un buen rival, que se cabrearía y trataría de pedirte que te alejes de él. Pero si se trata de mí, a pesar de que se cabree con su amigo, su casi hermano, abrirá los ojos de una vez.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de que harías eso? Quiero decir... Karen me dijo que tú...

—Karen es una bocazas, ya hablaré con ella... pero tranquila pequeña. Aunque tengo corazón y tú te has metido en él... sé que no soy yo quien ocupa el tuyo.

Se inclinó para abrazarme y me besó la sien. Me dejé envolver por la calidez de sus brazos y cerré los ojos evitando que las lágrimas brotaran de mis ojos como una catarata. Yo no quería hacer daño a Josh, ya era parte importante de mi vida y más desde que me había ayudado con la foto de aquel artículo. Pero si había alguien con quien podría fingir mantener una relación, quién mejor que él pues Connor me había hecho daño, mucho daño.

Me separé levemente de él, le miré a los ojos y vi un brillo que nunca antes le había visto. No pude evitar ponerme de puntillas y dar un leve beso en sus labios. Cuando me aparté, Josh me miraba con las cejas arqueadas y una leve sonrisa.

—Bien, veo que empiezas con nuestro pequeño plan. Pero... aquí no hay nadie...

No dejé que siguiera hablando, como él había hecho antes. Volví a besarle. No fue un beso apasionado, fueron varios besos en los que solo uníamos nuestros labios. Sin apartar nuestra mirada el uno del otro. Josh me estrechó entre sus brazos y sentí que mi miedo se iba lentamente.

—No quiero que tú lo pases mal, Josh —le aseguré sin dejar de abrazarle.

—No te preocupes por mí pequeña, me pondré una coraza —susurró besando mi frente.

—¿Y si alguna vez ocurre lo de antes, en tu coche?

—Intentaré controlarme.

—Quiero que si pasa me lo digas. Por favor, júrame que me lo dirás.

—¿Y qué harás si te lo digo?

Pensé un instante, pero creo que no pensé con claridad lo que estaba a punto de decir hasta que me escuché hablar y vi la sonrisa en sus labios.

—Lo haremos.

—Oh... Avery...

Deslizó sus manos hacia mis mejillas y me acercó a él para besarme, un beso intenso de los que nos habíamos dado en el coche.

—Joder, esta noche estoy sobrepasando mi autocontrol —dijo sin dejar de mirarme.

—No creas que para mí ha sido fácil... —confesé desviando la mirada antes de que mi subconsciente se lanzara a sus brazos y cometiéramos una locura allí mismo.

—Vale, por esta noche basta de besos. O juro que no te dejaré salir de este despacho sin despeinarte.

Rompimos a reír y después de abrazarnos unos minutos más y tranquilizarnos, salimos y regresamos con Karen.

Eran las cuatro de la madrugada. Josh apenas me había dejado en casa hacía veinte minutos y

habíamos quedado en llamarnos durante la semana y vernos, teníamos que dejar que se nos viera juntos para que los malditos periodistas empezaran con sus rumores... No estaba segura de que aquello fuera a ser bueno para nosotros, pero cuando hablamos con Karen ella estuvo de acuerdo en apoyarnos, y por supuesto involucramos a Peter en nuestra farsa ya que a partir de ese instante nos vería más juntos y no debía sorprenderse si nos veía besarnos.

Me metí en la cama, estaba cansada pero no tenía sueño, ni siquiera creí que fuera capaz de dormir. No había sabido nada de Dean en todo el día desde que le dejamos después de comer. Estaba claro que nuestra conversación le había hecho desistir de sus intentos conmigo. Y yo era imbécil, una tonta que se había enamorado de él y creía que podría tener a ese hombre conmigo, no solo para hacerme el amor si no para amarme, siempre.



Capítulo 11

Pasaron los días, y como habíamos acordado Josh y yo nos vimos en lugares públicos. Salíamos a correr por Central Park, después tomábamos café y quedábamos en vernos por la noche en Casiopea, donde sabiendo que los periodistas se agrupaban en la entrada, procurábamos llegar caminando hasta ella y dejar que nos fotografiasen.

Josh siempre posaba una mano sobre el final de mi espalda, dejando que al menos dos dedos quedaran sobre mi trasero.

Por fin el jueves salió un artículo en el que se hablaba de nosotros. Sí, las fotos eran de los tres días que habíamos aparecido juntos en Casiopea.

Ya empezaban las primeras conclusiones de algunos periodistas, que no dudaron en asegurar que entre nosotros había algo más que una simple amistad.

Y como era de esperar no tarde en recibir noticias no solo de Dean, sino también de Connor.

El mensaje de Connor era como los últimos que me había enviado, las fotos y la súplica de que pudiéramos vernos, aseguraba que la tal Vanesa había sido un error y que no sentía nada por ella, que me seguía queriendo a mí. Incluso dijo que me perdonaba el haberme acostado con el tipo de las fotos del que intuyó que era con quien él había hablado días antes.

Dean no se limitó a un mensaje, él hizo la llamada, esa llamada que tanto Josh como yo sabíamos que tendría lugar.

—¿Sí? —pregunté aun sabiendo quién era pues en la pantalla aparecía su nombre.

—¿Estáis juntos? —preguntó sin tan siquiera saludarme.

—¿Dean, eres tú?

—¿Esperabas a otro?

—Hola, ¿cómo estás? —pregunté, a ver si al fin se dignaba a saludar.

—¿Cómo quieres que esté? Joder Avery... te dije que quiero estar contigo... ¿Qué haces con Josh?

—Hablar, tomar algo...

—¿Te estás acostando con él?

—¿De qué narices hablas?

—¡De las fotos! ¡De las putas fotos de las revistas! ¡De eso hablo!

—¿Qué fotos? No te entiendo Dean.

—Pues enciende tu maldito portátil y busca en Internet. Ahora sois la puta pareja de moda — y

sin más me colgó.

Ya sabía lo de las revistas, Connor se había encargado de hacérmelo saber, no necesitaba buscar nada. Pero aun así quise mirar, solo por echar un vistazo a ver si en alguna foto se nos veía de forma más íntima.

Y no era así, se limitaban a las que nos mostraban entrando con la mano de Josh en mi espalda, o saliendo mientras fingíamos sonreír.

—Hola, Josh —le saludé nada más descolgar.

—Hola, pequeña. ¿Has visto las revistas?

—Acabo de buscar en Internet. Recibí un mensaje de Connor, y Dean acaba de llamar.

—No ha tardado mucho. Y eso que él nunca había estado pendiente de los cotilleos.

—Pues debe haber cambiado.

—Seguro que se pasa el día buscando algo sobre ti. Oye, ¿qué te parece si comemos juntos? Hay un sitio tranquilo cerca de donde Dean tiene la oficina. Alguna vez hemos comido allí juntos. Y no es que crea que él vaya a estar, pero si nos hacen alguna foto, y de eso me acabo de encargar, él reconocerá el sitio nada más lo vea.

—Vale, recógeme en una hora.

—Perfecto. Nos vemos pequeña.

Bien... algo sencillo e informal. Vaqueros, camiseta de tirantes... y unas sandalias de no mucho tacón. Coleta y maquillaje natural.



Cuando llegamos al restaurante Josh me dijo dónde estaba su amigo para hacernos la foto, antes de que aparcara el coche justo frente a la puerta y pudiéramos bajar.

El muchacho había sido discreto, no quería llamar la atención, así que estaba en la acera de enfrente sentado en un banco y llevaba el teléfono en la mano. Me dijo que nos haría un par de fotos saliendo del coche y entrando juntos al restaurante, y después cruzaría para hacernos una foto en el interior desde la calle.

—¡Josh! Cuanto bueno verte por aquí —le saludó una mujer pelirroja, esbelta y atractiva acercándose a nosotros con los brazos abiertos para abrazarse a él.

—Hola, Silvia. ¿Cómo estás?

—Bien, mucho trabajo ya sabes. ¿Y tú?

—Mejor que bien. Y el trabajo en aumento. Te presento a Avery, una buena amiga.

—Oh, muchacho apuntas alto. Esta belleza es la imagen de algunas de las mejores firmas. Encantada de conocerte Avery.

—El placer es mío, Silvia.

—¿Vendrá Dean? —preguntó la mujer sonriendo.

—No he quedado con él. La verdad es que me he encontrado con Avery por aquí cerca y hemos pensado venir a comer algo.

—Bien, en ese caso acompañadme.

Seguimos a la pelirroja sonriente hasta una mesa en el centro de la sala, desde donde el amigo de Josh obtendría una buena visión de nosotros para esas fotos.

Y poco se hicieron esperar. Mientras disfrutábamos de una copa de vino Josh me hizo saber que estaba en la ventana. Así que me pidió que no me sobresaltara porque iba a acariciar una de mis mejillas. Y así lo hizo. Me estremecí con ese simple gesto y sonreí.

—Bonita sonrisa, esa foto gustará mucho —susurró—. Y bien, ¿qué te dijo Dean?

—Parecía enfadado, eso seguro.

—Entonces está celoso. Creo que ese imbécil se está dando cuenta de que siente algo por ti. Y si no lo admite no sabe lo que se pierde.

—Bueno, este fin de semana había planeado ir con Karen y los chicos a pasarlo fuera. No sé si seguirá queriendo... tengo que llamarle.

—Hazlo, llámale ahora.

—No creo que...

—Es un buen momento. Vamos, llámale. Le mandaré un mensaje a mi amigo para que te haga una foto con el teléfono y que publique esa también. De ese modo el tonto de nuestro arquitecto sabrá que te acordaste de él aun estando conmigo.

—Bien, le llamaré.

Mientras sacaba el teléfono de mi bolso Josh envió el mensaje tal como me había dicho. Busqué el número de Dean y llamé.

—Dime —ni siquiera un simple hola. Estaba enfadado... y mucho.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Ocupado. Tienes cinco minutos —su voz no sonaba como siempre.

—Bien, será suficiente. Quería saber si... lo del fin de semana con los chicos sigue en pie.

—Eso depende de ti. ¿Estarás ocupada este fin de semana?

—No, ya lo tenía reservado para pasarlo con ellos.

—En ese caso, habla con Karen y Peter y nos veremos mañana. Pensé que sería mejor salir el viernes después de comer y así podremos regresar el domingo.

—Bien, hasta mañana entonces.

—Avery...

—¿Sí?

Durante un instante se hizo el silencio. Apenas escuchaba su respiración y el repiquetear de sus dedos sobre la madera. Miré a Josh que al verme en silencio fruncía el ceño.

—¿Podríamos vernos esta noche? Me gustaría tomar una copa contigo.

—Claro, ¿dónde nos vemos?

La mirada de Josh pasó de la intriga a la sorpresa mientras me dedicaba una sonrisa.

—Paso a recogerte a las diez. ¿Te va bien?

—Sí, perfecto. Hasta luego Dean.

—Adiós, Avery.

Colgué y guardé el teléfono en el bolso. Miré a Josh y allí seguía su sonrisa.

—¿Buenas noticias? —preguntó.

—Mañana saldremos con los chicos de fin de semana. Y quería tomar una copa esta noche conmigo.

—Bien, al fin ese imbécil abre los ojos. Y ahora, disfrutemos de la comida.

Y lo hicimos. Nunca antes había tomado una ensalada de pasta como aquella, y aunque la carne en salsa de nueces estaba deliciosa, lo que más me gustó sin duda fue el postre. Un delicioso pastel de chocolate y fresas.

A las diez menos cinco salía por la puerta y Dean esperaba apoyado en su coche, con las manos en el capó y las piernas cruzadas dejando un tobillo sobre el otro.

Vestía un vaquero negro con camisa blanca. Al ver su pecho a través de los botones desabotonados de la camisa un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Sus ojos se clavaron en mí, paseando por todo mi cuerpo, disfrutando de lo que veía. Me había puesto un vestido azul claro ajustado, a la altura de las rodillas y de escote barco, unas sandalias blancas de tacón y el cabello recogido hacia un lateral, dejando visible una parte de mi cuello.

—Hola, Avery. Estás preciosa —dijo al tiempo que se levantaba y caminaba hacia mí.

—Tú también estás guapo. Me gusta verte así, informal...

Se acercó a mí, posó una mano sobre mi cintura y se inclinó para darme un casto beso en los labios.

Dios... cuando se separó y sus ojos se clavaron en los míos no pude evitar mordirme el labio inferior. Una sonrisa se dibujó en los labios de Dean y volvió a inclinarse para besarme de nuevo, esta vez con más ganas, más pasión.

Me atrajo hacia él y no pude evitar posar mis manos sobre sus hombros, dejando que me devorara como solo él sabía hacer. Estremeciendo mi cuerpo y haciendo que lo deseara.

—Vamos —habló quedando casi pegado a mis labios.

Sin soltar mi cintura caminamos hacia el coche, abrió la puerta y me ayudó a entrar. Caminó con su habitual elegancia y sensualidad delante del coche y tomó asiento, puso el motor en marcha y cuando nos hubimos abrochado los cinturones salimos de la calle.

No me dijo dónde me llevaba, apenas si hablamos durante el camino de la sorpresa que se llevarían los chicos cuando los recogiéramos la tarde siguiente.

Cuando por fin redujo la velocidad para entrar en un *parking*, me di cuenta que estábamos en el edificio de su apartamento.

—Dean... era una copa...

—Sí, en mi apartamento. Quiero que estemos a solas, hablar tranquilamente.

—Esto no era...

—Tranquila, solo quiero que hablemos con una copa de vino.

Aparcó el coche y caminamos con el sonido de mis tacones como acompañamiento hasta el ascensor. Cuando iba a pulsar el botón para llamarlo se abrieron las puertas y salió un matrimonio de mediana edad al que Dean saludó afectuosamente.

Entramos y subimos en silencio, aunque la tensión que se palpaba en ese pequeño espacio podría cortarse con una simple hoja de papel.

Dios... estaba más nerviosa de lo que pensaba. ¿Por qué no me habría dicho que iríamos a su apartamento?

Salimos del ascensor y pocos pasos después estaba abriendo la puerta. Me cedió el paso y me siguió, cerrando la puerta tras él. Me agarró de nuevo por la cintura y me llevó hasta el salón, donde me invitó a sentarme mientras iba a la cocina a por la botella de vino y las copas.

—Si me hubieras dicho que pensabas traerme aquí...

—No habrías venido —contestó antes de que pudiera terminar de hablar.

—Sí, pero me habría puesto unos simples vaqueros.

—Así estás preciosa. Ten —dijo entregándome una copa de vino.

Sí, lo necesitaba. Di un sorbo a la bebida y el sabor afrutado invadió el interior de mi boca.

Dean se sentó junto a mí, copa en mano, y tras dar un sorbo la dejó sobre la mesa mientras yo me aferraba a la mía como si de un escudo protector se tratase.

—¿Estás con Josh? —preguntó sin mirarme.

—¿Sería malo si así fuera?

—Me dijiste que no había nada entre vosotros. Pero las fotos de esta semana...

—Son fotos de dos amigos saliendo a tomar algo.

—Te come con los ojos Avery. Te quiere en su cama, si no te ha metido ya... —seguía sin mirarme.

—¿Y qué si lo hubiera hecho?

—Que no lo soportaría.

—Porque sois amigos.

—No es... no es solo por eso.

—¿Entonces, por qué?

—Ya te lo dije, te quiero para mí.

—Sí, quieres que esté disponible para meterme en tu cama cuando quieras. Bueno, ni eso, para meterme en la cama de la casa de Amanda.

—La otra mañana lo hicimos en mi cama —dijo mirándome sorprendido.

—¿Acaso nunca has traído aquí a otra mujer?

—No, nunca. No desde que me dejó mi ex.

—Vaya, así que es como un santuario.

—No, simplemente no he querido tener a ninguna en mi cama, donde simplemente duermo. Pero tú... yo estuve en tu cama, y te quería en la mía. Pero me dejaste, te fuiste para estar con Connor y no tuve oportunidad de traerte aquí a cenar y tomar una copa.

—Y después echar un polvo y ya.

—Cuando me desperté la otra mañana y te vi durmiendo en mi dormitorio, sentí un vuelco al corazón. Estabas preciosa, me gustó que fueras lo primero que vi al despertarme. Y supe que...

—Que querías meterme en tu cama en ese mismo momento.

—No. Supe que me gustaría despertarme así más a menudo.

—Dean, ¿estás celoso porque salgo con Josh?

—Entonces estáis juntos.

—No he dicho eso.

—Pero sales con él.
—Y a ti te molesta.
—Sí, me molesta ver que otro toque lo que solo yo quiero poder tocar.
—Y si no fuera Josh... si fuera... ¿Olivier?
—A ese no tendría problemas para apartarlo de tu lado.
—Y a Josh sí.
—Es mi amigo, con él sé que puedo hablar y se apartará cuando se lo pida.
—Estás muy seguro de eso.
—Le conozco, nunca nos hemos levantado una tía.
—Vaya, ¿soy un trofeo? Empiezo a pensar que competís para ver quién me folla antes.
—Yo lo he hecho.
—Pero ahora que me veo con él tal vez sea porque quiere llevarme a la cama como dices, y quizás estéis compinchados para ver quién me la mete antes.
—No digas eso Avery... por favor, solo quiero saber qué sientes por Josh. Si le quieres... si tengo que abandonar mis intentos porque le quieres, lo haré.

Volvió a mirar hacia la mesa, cogió su copa y terminó el contenido de un trago. Estaba tan sexy... sus labios me llamaban prácticamente a gritos. Quería dejar la copa y lanzarme a sus brazos, besarle y no separarme de él en toda la noche. Necesitaba que me abrazara, que me susurrara y me acariciara como solía hacer.

Qué imbécil estaba siendo, me engañaba a mí misma... solo quería sexo, Dean Mayer lo único que quería conmigo era sexo. Y ver a su amigo tratando de conseguir lo mismo de mí le había hecho temer porque perdería el buen sexo que había entre nosotros.

—Creo que será mejor que me marche —dije dejando la copa sobre la mesa y poniéndome en pie. Pero la mano de Dean sostuvo mi brazo.

—No por favor, no te vayas.

—Es lo mejor Dean. Ni siquiera sé para qué me has traído.

Sin pensarlo, tiró de mí haciendo que volviera a sentarme en el sofá, tan cerca de él que se apoderó de mis labios y los besó con devoción. Su lengua jugaba y se entrelazaba con la mía mientras deslizaba una mano por mi brazo y la otra por mi pierna. Dios... esas caricias, ese contacto tan cercano me hacía perderme, no podía controlarme. Entrelacé mis dedos alrededor de su cuello y sentí sus manos sobre mis caderas colocándome a horcajadas sobre él sin que me diera tiempo a reaccionar. Sentía bajo mi sexo la erección palpitante bajo sus pantalones y sus manos acariciando mis muslos, deslizando sus pulgares por el interior de ellos y cuando llegó al encaje de mi ropa interior, rozando mi sexo, no pude evitar que un gemido se ahogara entre nuestros besos.

Uno de sus dedos me recorrió el muslo hacia mi cintura y al encontrar el elástico de la ropa interior lo metió bajo el encaje, deslizándolo lentamente hasta encontrar los pliegues de mi sexo separándolos y acariciando mi clitoris en círculos, jugando con él, pellizcándolo haciéndome gemir y cuando introdujo el dedo en mi humedad no pude más que aferrarme con las manos a su cabello, tirando de él mientras mis caderas se movían sensuales hacia delante y hacia atrás.

—Siempre lista, Avery. Lista para mí —susurró entre besos.

Con la mano que tenía libre se desabrochó rápidamente el botón y la cremallera de los pantalones, liberando su dura erección. Acarició mi muslo y lo llevó hasta mi nalga desnuda, y cuando sentí esa mano deslizarse hasta mi sexo y apartar el encaje hacia un lado supe que había

hecho bien en ponerme aquel pequeño trozo de tela.

Sin avisar, sin dejar de besarme, sentí la punta de su erección junto a la abertura de mi sexo, caliente y dura, y de una sola vez me penetró consiguiendo que dejara de besarle y gritara de puro placer mientras tiraba de sus cabellos.

—Así preciosa, así te quiero... siempre lista y disfrutando para mí —susurró.

Mientras su pulgar seguía jugando con mi clítoris me penetraba y me movía sobre él, jadeando entre besos y embistiéndome hasta que consiguió llevarme al placer del primer orgasmo.

—Sí Avery... córrete, córrete...

Y después de ese primero me regaló otro, y otro, y otro más, hasta que sus jadeos y sus embestidas fueron más rápidos, agarrándome por las caderas y moviéndome al tiempo que sus dedos se clavaban en ellas y entre gemidos y jadeos nos dejamos llevar al clímax del placer y, gritando nuestros nombres, nos corrimos el uno para el otro.

Me dejé caer sobre su hombro, tratando de controlar mi respiración mientras sentía latir mi corazón como si estuviera a punto de salirse del pecho. Las manos de Dean acariciaban mi espalda por encima de la tela del vestido y sus labios intercalaban besos en mi sien y en mis labios.

Cerré los ojos para disfrutar de ese momento, sabiendo que era allí donde quería estar, ese era el único lugar en el que quería estar todos y cada uno de los días del resto de mi vida. En los brazos de Dean, sintiendo sus caricias y sus besos después de hacer el amor.

Capítulo 12

Dean no quería dejarme salir de su apartamento. Quería que pasara la noche con él, y por un momento pensé en quedarme, pero creí que lo mejor sería marcharme y que los dos pudiéramos pensar en lo que habíamos hecho.

Acababa de darme una ducha y tras ponerme uno de mis culottes y una camiseta, salí hacia el dormitorio de Karen.

—¿Sí?

—¿Puedo? —pregunté abriendo la puerta.

—Pasa Cenicienta, pasa.

—¿Tienes todo listo para el fin de semana?

—Sí una bolsa de deporte es suficiente. Peter vendrá a recogernos para ir a comer, y después iremos a la asociación.

—Genial.

—¿Te pasa algo?

—No, nada.

—Hoy no has salido con Josh... no te vi en Casiopea.

—No, Dean vino a recogerme.

—Claro, así tienes esa cara de sexo. ¡Qué pillina la Cenicienta!

—¡Oye!

—Que no pasa nada Avery. ¿Ya se ha dado cuenta ese gilipollas de que te quiere? O sigue sin decirlo claramente.

—Hemos echado un polvo de escándalo en el sofá de su apartamento. Y después yo me sentí bien en sus brazos, no hablamos, solo me acariciaba la espalda y me besaba mientras yo acariciaba su cuello. Hasta que dije que debía marcharme y quiso que me quedara con él.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque...

—Creías que toda la noche sería solo sexo.

—Sí Karen, yo no quiero que sea solo sexo. Le quiero... le quiero a él conmigo. Cada día quiero poder verlo para comer, o cenar, y si hay que tener sexo genial, pero quiero salir con él y los chicos, quiero ir al cine, a bailar... ¡quiero una pareja! ¿Tan difícil de entender es eso?

—No pequeña, no lo es. Pero a veces la otra persona siente miedo.

—¿Y tú crees que Dean Mayer siente miedo? Vamos, por favor. Que ese hombre se ha follado todo lo follable en la casa de al lado —dije levantando las manos.

—Pues en tu ausencia no ha asistido a ninguna. Y eso que Amanda le pedía que viniera solo para acompañarla a ella, que no tenía por qué irse con nadie. Pero ni por esas. Le dijo que, si no estaba la mujer que a él le interesaba, no tenía sentido ir a la fiesta.

—Crees que si... bueno... ¿sabes si Amanda dará una fiesta pronto?

—Este fin de semana se marcha de viaje, estará fuera toda la semana. Y las chicas se van con ella. Les ha salido un pequeño papel en una serie como modelos de pasarela, pero el próximo fin de semana sí tiene planeado celebrar una.

—Bien, tengo que asistir. Y necesito que Dean también lo haga. Y... quizás Josh. O al menos hacerle creer a Dean que asisto con Josh.

—Vaya, vaya Cenicienta. Eres perversa.

—Bueno, creo que en cierto modo él está celoso, pero no quiere reconocérmelo. Quizás... quizás si estamos los tres en una fiesta consiga algo de él.

Después de hablar durante un par de horas decidí regresar a mi dormitorio y acostarme. El fin de semana tenía toda la pinta de ser largo y cansado ya que los más pequeños tenían una energía inagotable, claro que estaba deseando poder pasar el fin de semana con ellos. Los había echado de menos estando en Londres y necesitaba de su cariño más que nada en esos momentos.

Una llamada en mi teléfono me despertó, sacándome de un tranquilo sueño en el que disfrutaba del sol y el sonido del agua de la playa como única compañía.

—¿Sí? —pregunté con la voz algo ronca.

—¿Te he despertado? —la voz de Dean me hizo sonreír como una adolescente.

—Sí... pero creo que... ¡mierda, me he quedado dormida!

—Me ha dicho Peter que irá a recogeros para comer. ¿Dónde iréis?

—Pues... no sé. ¿No te lo ha dicho él?

—No, me ha dicho que lo sabríais vosotras.

—En ese caso es Karen quien lo sabe.

—Os recoge a la una, ¿verdad?

—Sí, eso creo...

—Entonces saldré en media hora para mi apartamento a por mis cosas y a la una paso a recogerte.

—Pero viene Peter...

—Prefiero recogerte yo. Así solo tengo que seguirle donde vayamos a ir.

—Está bien. Voy a prepararme.

—Avery...

—¿Sí?

—Te eché de menos anoche, y esta mañana.

—Yo... yo también.

—¿Dormirás conmigo en la cabaña? —preguntó con la esperanza en el tono de su voz.

—Sí, lo haré.

—Nos vemos, preciosa.

—Adiós.

Colgué y me dejé caer sobre la cama, con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios. Cuando se abrió la puerta de mi dormitorio Karen entró como un vendaval, y al ver que sonreía sabía que me había despertado hacía poco.

—Ya era hora. Creí que tendría que subir a sacarte de la cama.

—Casi, me ha despertado Dean.

—Lo imagino, tienes una sonrisa tan mona...

—A la una estará aquí, dice que Peter no le ha dicho dónde vamos a comer.

—Claro, porque solo lo sé yo.

—Y... ¿se puede saber dónde vamos?

—Sí, a por los chicos para llevarlos a comer hamburguesas a Central Park.

—Vaya, ¿lo sabe la señora Gobs?

—Sí, ayer por la tarde me pasé a verla y le dije que los tuviera preparados a la una y media.

—Genial, Dean se llevará una sorpresa.

—Creí que era lo mejor. Recoger a los chicos y la furgoneta para irnos nada más terminar de comer.

—Sí, es una buena idea. Ahora... voy a darme una ducha rápida y a vestirme.

—¿Tienes todo listo?

—Sí, la bolsa está en el armario.

—Bien, voy a vestirme. Nos vemos abajo en media hora. La señora Matthews está preparando algunos sándwiches para llevar.

—Estupendo, bajamos y la echamos una mano.

—No tardes mucho Cenicienta.

Karen me guiño un ojo y salió del dormitorio mientras yo preparaba unos *shorts* vaqueros y una camiseta con mis deportivas para ir cómoda a Central Park y en la furgoneta.

Bolsa en mano caminamos Karen y yo desde la casa hacia la entrada, y cuando salimos Peter y Dean nos esperaban charlando. Karen no lo dudó cuando Peter se acercó para quitarle la bolsa y plantarle un beso de esos que dejan sin respiración en todos los morros.

Dean y yo nos miramos y sonreímos. Hacía poco que estaban juntos, pero se les veía muy bien, incluso Karen me había confesado que se sentía como una adolescente.

—Hola —susurró Dean inclinándose para darme un pequeño beso en los labios.

—Hola.

—Trae, lo llevaré al coche.

—¿Eso es un beso, arquitecto? —preguntó Karen desde el coche de Peter.

Dean se giró y tan solo hizo un leve movimiento de hombros.

—Entiendo, las pasiones para la intimidad...

—Tal vez —respondió Dean cogiéndome de la cintura para llevarme hasta el coche.

—Vamos, ¿nos seguís? —preguntó Peter.

—Sí, porque no tengo idea de dónde nos llevan estas bellezas a comer —respondió Dean dándome un beso en la sien.

—Oh, arquitecto, es una sorpresa —dijo Karen subiendo al coche de Peter.

Cuando Dean ocupó su asiento y puso el motor en marcha, se inclinó hacia mí y llevando una mano a mi cuello me atrajo hacia él para besarme, uno de esos besos que me hacían reclamar más, y más.

—Eso sí es un beso, ¿no? —susurró apoyando su frente a la mía.

—Sí, creo que eso sí —respondí sonriendo.

—¿Dónde vamos?

—Sigo sin saberlo —mentí.

—Bueno, me dejaré sorprender.

Salimos de la calle y Dean siguió el coche de Peter con la mirada fija en la carretera, mientras yo observaba por la ventana. Cuando sentí su mano sobre mi muslo me sobresalté, pues no esperaba que lo hiciera. Le miré y me encontré con su mirada fija en la mía, sonreí y puse mi mano sobre la suya y él entrelazó nuestros dedos sin quitarlas de mi muslo. Me gustaba su tacto, me gustaba sentirlo.

Cuando sonó mi teléfono supe que era Josh, así que no dudé en contestar.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien, de camino a comer con Karen.

—Hoy salís con Peter y Dean, ¿verdad?

—Sí, estaremos fuera el fin de semana.

—Ya están las fotos que nos hicieron ayer. El artículo está bien, no dice nada malo, solo quería que lo supieras.

—Gracias, no he tenido tiempo aún de mirar nada.

—Está en kioscos, por si os encontráis alguno...

—Seguro estará genial. Si llego pronto el domingo te llamo y nos vemos —comenté aprovechando que Dean estaba pendiente de lo que yo hablaba.

—Intuyo que el arquitecto está contigo ahora.

—Sí, así es.

—Ja ja ja. Esa es mi pequeña, avivando el fuego.

—Tuve buenos maestros —contesté riendo.

—Bien, quieres seguir hablando para ver su reacción o te dejo libre.

—Eres malo, ¿lo sabías?

—Vale, lo pillo, quieres hablar.

—Ja ja ja. Sí, me conoces bien ya.

—Vale, pues... no sé habla de lo que quieras. Pero a ver qué dices que no quiero acabar empalmándome.

—Eres travieso tú, ¿eh? —dije y no pudo evitar ver por el rabillo del ojo que Dean me miraba, pero no me soltaba la mano, por el contrario, la apretaba con más fuerza.

—¿Qué hiciste anoche? No te vi con Karen en Casiopea.

—Estuve ocupada, no soy de tu exclusividad —la mirada de Dean cambiaba por momentos.

—Me estoy imaginando la cara de nuestro amigo... ¡debe estar echando humo!

—Algo así... ya sabes que me gusta divertirme.

—Joder Avery, lo vas a matar de un infarto. Por favor, quiero saber qué cara tiene.

—Malvado...

—Vale, está furioso. Ja ja ja. Creo que me matará en cuanto tenga oportunidad. Serás la culpable de mi desaparición, porque seguro que me descuartiza y entierra mi cadáver.

—¡No seas celoso! —la mandíbula de Dean se apretaba por momentos, y su mano apretaba la mía de modo que empecé a no sentir los dedos—. Oye, la mano es mía, no aprietes así —dije susurrando, aunque Josh me escuchó.

—¿Tiene cogida tu mano? Este tío te quiere más de lo que él mismo cree. No sé cómo puede ser tan sumamente gilipollas.

—Bueno, eso lo veremos. No hay prisa... ¿o acaso tú la tienes?

—Te digo yo que me descuartiza —y las carcajadas de Josh me contagiaron a mí.

—Bueno, tengo que dejarte, hemos llegado para comer. Que tengas buen fin de semana. Sí, lo haré. Otro para ti, adiós, pequeño.

—Dejaré una nota por si me descuartiza y desaparezco. Un beso, pequeña.

Colgué con una sonrisa y guardé el teléfono en el bolso. Miré hacia el edificio de la asociación y traté de soltar mi mano de la de Dean, pero fue imposible. Me agarraba con fuerza, sin duda estaba... ¿celoso? ¿Furioso? Bueno, algo tenía que hacer para que despertara al hombre enamorado que dormía en su interior.

—¿Josh? —preguntó a bocajarro.

—Sí, me deseaba buen fin de semana.

—Avery... yo...

—¿Te gusta la sorpresa? —pregunté señalando la asociación—. Karen pensó que sería buena idea llevar a los chicos a comer con nosotros y después salir al campamento.

—No creí que fuéramos a recogerlos, sí me agrada ver que pensáis en los chicos tanto como yo.

—Dean... —conseguí soltar mi mano y me acerqué a él, acariciando su mejilla y atrayéndole hacia mí— Esos chicos son lo mejor que tengo desde que la familia Evans se mudó y me alejé del pequeño Liam.

—¿Y yo? ¿Qué soy yo Avery?

—Ya lo sabes. Pero tú te empeñas en que solo nos acostemos...

—Y con Josh no solo es sexo, ¿verdad?

—¿Por qué sigues creyendo que me acuesto con él?

—Por cómo le hablas. Cómo sonríes, aunque no te vea.

—Dean, con Josh salgo a comer, tomar algo o bailar. Al menos de momento...

—Entonces él es la compañía en la calle y yo en la cama. Tal vez algún día quieras hacer un trío con los dos.

Aquello no pude soportarlo y sin pensarlo le di una bofetada tan sonora como dolorosa para mí, me escocía la mano y su mejilla empezó a adquirir un color rosado que pronto dejaría toda la huella marcada.

No dije nada, simplemente abrí la puerta y salí cerrando de portazo.

—¡Avery! —los chicos estaban en la escalera esperando con sus bolsas y el pequeño Aiden bajó corriendo y se lanzó a mis brazos.

—¡Bichito! Te echaba de menos —dije estrechándole entre mis brazos, tratando de contener las lágrimas por lo que Dean acababa de decirme.

—Yo también. Y los demás. Nos extrañó que esta semana no vinierais a vernos.

—La señora Gobs lo sabía desde el último día. Dean quería daros una sorpresa. Estaremos fuera hasta el domingo.

—¿Podré dormir contigo?

—Me temo que no campeón —contestó Dean acercándose a nosotros y rodeando mi cintura—. Dormirás con los chicos, nosotros cuatro estaremos en otra cabaña diferente a las vuestras.

—Pero... ¿si tengo miedo? Aquí puedo ir a la cama con Sarah o Annie, ¿allí también?

—Si tienes miedo, podrás venir con nosotros —aseguré—. ¿Verdad, Dean? —pregunté mirándole con una sonrisa antes de acercarme para besarle la mejilla donde le había abofeteado.

—Claro, no habrá problema —respondió con una sonrisa y devolviéndome el beso en la sien.

—Intentaré no tener miedo. Pero... a veces tengo pesadillas... —dijo hundiendo la cabeza en mi hombro.

—Eh, bichito... no pasa nada. Las pesadillas son horribles, lo sé, pero no es malo tener un poco de miedo y buscar un sitio en el que te encuentres mejor. Con Dean y conmigo puedes dormir siempre que quieras.

—Ojalá pudiera tener unos padres como vosotros, pero a mí nadie quiere adoptarme.

—Campeón, no digas eso. Estoy seguro de que pronto tendrás una familia.

En cuanto Dean terminó esa frase le miré, sabía que quería adoptarle y aquello me confirmó que cada vez estaba más cerca de hacerlo. Cuando Dean me miró a los ojos sonrió y asintió con la

cabeza, eso me hizo estar más segura de que Dean Mayer pronto sería el padre de Aiden.

Me alegré por el pequeño, pero supe que no podría llevarle a pasar la tarde conmigo, lo que me entristeció.

—Cogeré nuestras bolsas —dijo Dean—. Encárgate de que los demás suban a la furgoneta.

—Vamos bichito. Nos espera un fin de semana de aventura.

—¡Siiiiii! —gritó el pequeño con una amplia sonrisa levantando los brazos.

Llegamos a Central Park y fuimos a ver a Norman y disfrutar de sus deliciosas Big Norman. Esas hamburguesas que tanto les gustaban a nuestros chicos.

—Son grandes, y se pueden compartir entre dos —dijo Aiden cuando Karen supo que eran unas súper hamburguesas.

—Bueno, entonces pediremos hamburguesas para compartir.

—Sí, yo con Avery —aseguró mi bichito abrazándome.

—Vamos campeón —le dijo Dean acercándose a mí—, deja a Avery que descanse que llevas todo el camino en brazos de ella.

—Es que la echaba de menos... —susurró poniendo un puchero y apoyando la cabeza en mi hombro.

—Déjalo Dean, no pasa nada. Yo también quiero llevarlo —dije cogiendo su mano para que la posara en mi cintura. La sorpresa en su rostro me hizo sonreír.

—No te acostumbres a esto ¿eh? —sonrió Dean pellizcándole una mejilla a Aiden.

—¡Hemos llegado! —gritó Dylan que rápidamente unió tres mesas libres para que pudiéramos sentarnos todos.

—¡Chicos, cuánto tiempo! —dijo Norman saliendo a saludarnos.

—Hola, Norman.

—Dean, me alegra verte. Y que la bella Avery te acompañe, ¿cómo estás querida?

—Muy bien Norman, ¿y tú?

—Con mucho trabajo, y espero que no falte. Oh, ¿a quién tenemos aquí? Esta princesa es nueva. Y tú también jovencito —sonrió acercándose a Mia y Nathan.

—Norman, son Nathan y Mia, otros niños de la asociación. Y Peter y Karen son sus hermanos mayores.

—Bienvenidos a mi casa —dijo saludando a Peter y Karen con un fuerte abrazo—. Me alegra saber que aún hay gente buena dispuesta a ayudar a nuestros niños y jóvenes.

—Mi princesa lo merece —contestó Karen abrazándola—. Solo ver su sonrisa llena mi día.

—Bien, ¿qué vais a tomar?

—Hoy lo tenemos más claro que la primera vez que vine —dije acercándome con él hasta la barra para pedir.

Mientras Karen y Dean se encargaba de que cada uno ocupara su sitio, Peter se unió a mí para ayudarme a llevar las bebidas. Refrescos para los chicos y nosotras y cerveza para él y Dean.

—Listo —dijo Norman—, tengo ocho Big Norman, cuatro raciones grandes de patatas, y una de aros de cebolla. Tres botellas grandes de limonada y dos cervezas.

—Sí —asintió Peter.

—Leo, ve preparando la comida hijo —dijo llamando al muchacho que estaba en la cocina. Peter y yo cogimos las bebidas y los vasos y regresamos con el resto. Entre risas Karen les

contaba algunas anécdotas de sus principios como modelo, y la que más gracia les hizo fue cuando tuvo que ponerse un vestido de la modelo a la que tenía que suplir y que tenía un número más de pie y los zapatos se le iban saliendo, hasta que fue espontánea y en plena pasarela se los quitó y los lució en la mano, como si fuera un complemento más.

Unos minutos después Norman llamó mi atención y me levanté para ir a por la comida, al verme Dean se puso en pie y me acompañó.

Peter nos siguió y entre los tres pudimos llevar todo de una sola vez.

—Voy a pagar —indicó Dean dándome un beso en la sien—, enseguida vuelvo.

—Ya está pagado amigo —le dijo Peter dejando la última bandeja.

—¿Has pagado tú?

—Claro, la idea de comer fuera con los chicos fue de Karen. Hoy invitamos nosotros —respondió con un guiño de ojo.

Karen sonrió cuando vio el ceño fruncido de Dean y le dijo que se calmara, que por una vez que pagaran ellos no se iban a arruinar.

Disfrutamos de la comida mientras los chicos nos contaban cómo había ido su semana. La mirada de Dean se iluminaba al saber que los estudios de los mayores estaban yendo bien, se sentía orgulloso de poder ayudarlos. Si por él fuera habría adoptado a todos sus chicos desde el primer momento, ya eran como una familia para él, y aunque no pudiera ser un padre para todos tenía muy claro que sería el padrino de los mayores y los ayudaría en todo cuanto pudiera.

—Nos vemos Norman —dijo Dean abrazándole.

—Espero que sea pronto. Sabes que me alegra tener tu gran familia en mi casa.

—Te avisaré antes de venir para que cuentes con nosotros.

—Perfecto, así dejaré listas vuestras mesas.

Después de las despedidas regresamos a la furgoneta, y por el camino Dean nos dijo que no tardaríamos mucho en llegar al campamento ya que estaba en West Hills, así que apenas si sería una hora de viaje.

Dean salió del aparcamiento y Peter nos siguió con su coche. Dylan y Kevin pasaron el viaje chateando con sus compañeros de clase mientras los pequeños se quedaron dormidos apenas diez minutos después de que la furgoneta se pusiera en marcha, y Sarah nos dijo que ninguno había dormido la noche anterior por los nervios de pasar fuera unos días. Ella y Annie decidieron escuchar música y yo de vez en cuando me giraba para ver si los pequeños seguían dormidos.

—Siento lo de antes, no quería... no debí decirlo —dijo Dean cogiendo mi mano.

—No te preocupes. Estás celoso, eso es todo.

—¿Celoso?

—Sí, celoso. Tienes celos de Josh. Y de Olivier creo que también...

—No tengo celos, solo que no me gusta saber que otro pueda tocar lo que es mío.

—Dean, no soy de tu propiedad. Por el amor de Dios...

—Dime una cosa, ¿con cualquier tío con el que tienes relaciones lo haces sin protección?

—¡Claro que no! Siempre las uso.

—Entonces soy el único con el que lo has hecho sin preservativo.

—Sí... pero... no entiendo, a qué viene eso ahora.

—A que yo tampoco lo hago con ninguna sin preservativo. Y contigo desde la segunda noche que pasé con Venus no lo he usado.

—Lo cual quiere decir que eres un irresponsable, porque podríamos tener un problema muy serio, señor Mayer.

—No creo que un hijo sea un problema, nunca lo he creído.

—¿Quieres ser padre?

—Claro que quiero. Si no fuera así no tendría esta prole a mi cargo —dijo señalando la parte de atrás con el pulgar.

—Nunca te he preguntado por tus padres. ¿Siguen... ellos...?

—¿Vivos? No lo sé. Mi padre se marchó de casa cuando yo tenía ocho años y Kira dos, no hemos vuelto a saber nada de él. Tres años después mi madre nos llevó al colegio, nos abrazó y nos besó más de lo habitual y... desde ese día... ni rastro de ella.

—¿Os abandonó en el colegio? Por Dios... Dean... —susurré agarrando fuerte su mano.

—Estuvimos un par de meses en una casa de acogida con una familia, después nos llevaron a un orfanato, pero nadie quería adoptar a dos hermanos. Casi todo el mundo quería un bebé o niños de menos de cinco años.

—Vaya, debió ser difícil.

—Lo fue. Hasta que cumplí los dieciocho. Pero me llevaba bien con las cuidadoras y el director y como sabían que yo me empleaba en mis estudios no les importó dejar que me quedara allí mientras Kira seguía creciendo y yo me centraba en los estudios y trabajaba para ganar algo de dinero y poder mudarnos a un apartamento. A los veintiuno pude sacar de allí a Kira, la llevé al mejor instituto y yo conseguí hacer las prácticas de arquitectura en un buen estudio, después me ofrecieron un puesto y allí me quedé seis años, hasta que decidí montar el mío.

—Y Kira, ¿por qué no estudió alguna carrera?

—Intenté que lo hiciera, pero se había juntado con malas compañías en el instituto así que empezó a trabajar en una tienda de ropa, le gustaba todo lo relacionado con la moda, y poco después fue a un casting donde buscaban chicas para algunos catálogos de ropa y la cogieron. Allí conoció a Amanda y desde entonces le estoy agradecido porque cuidó de ella y le dio la oportunidad de ser una modelo de renombre.

—Por eso haces todo esto por estos chicos.

—Sí, nunca entenderé que un padre abandone a sus hijos a su suerte.

—Bueno, los míos murieron y tuve que ir a vivir con mi tía, pero no era una madraza así que desde los ocho años tuve que aprender a valerme por mí misma. Y como no tenía dinero ni podían darme una beca, en vez de una carrera tuve que ponerme a trabajar. Siempre estaré agradecida a los señores Evans que me abrieran las puertas de su casa, aun sin tener demasiada experiencia con niños pues, al ser hija única...

—Los adoptaría a todos, pero saber que tendrían que estar al cargo de una nany...

—¿De verdad vas a adoptar a Aiden?

—Sí, ya está todo casi listo. Apenas faltan algunas gestiones, pero pronto seré su padre.

—Es un buen niño, lo merece.

—Me recuerda a mí cuando tenía su edad. Tan cariñoso, tímido. Es un gran niño. Y le he cogido mucho cariño. Se lo tengo a todos, pero Aiden... es especial.

—Te entiendo —dije apretando aún más su mano, y entonces él la llevó a sus labios y empezó a besar mi mano.

—Me alegra estar haciendo este viaje. No será mucho tiempo, pero Avery, quiero estar

contigo. No sé si como dices estaré celoso o no, y sé que no eres de mi propiedad, pero... yo... te siento mía. Y quiero que lo seas.

No supe qué decir. Yo tenía muy claro que quería estar con él, que quería hacer mi vida a su lado, tener una relación de pareja, como cualquier otra.

—Te aseguro que no quiero solo sexo contigo Avery. Bien sabes que para eso solo tendría que asistir a las fiestas de Amanda y... a las últimas que celebró no asistí. No tenía sentido si tú no ibas a estar conmigo. Eres la única mujer que quiero en mi cama, la única.

Miré por la ventana, no pude evitar que las lágrimas recorrieran mis mejillas y las sequé disimuladamente para que no me viera llorar.

Capítulo 13

—Chicos, hemos llegado —dijo Sarah despertando a los pequeños.

—Vamos pequeñajos, que os estáis perdiendo las vistas — comentó Kevin.

Desperezándose comenzaron a abrir los ojos, y cuando miraron por la ventana empezaron a gritar de alegría.

Los árboles del bosque rodeaban el camino, y desde allí podía verse el inmenso lago en el que Dean había dicho que podrían dar un breve paseo en barcas que tenían allí.

Cuando llegamos nos recibió una gran casa de madera que Dean dijo que era donde estaban la recepción, la cocina y un amplio comedor donde servían desayuno, comida y cena.

Varias cabañas ocupaban el amplio lugar, y algunos coches y autobuses estaban aparcados en la zona del *parking*.

—Siempre suelen venir grupos de escolares a pasar el fin de semana. A parte de familias que quieren desconectar de la ciudad.

—Es precioso Dean.

—Ya verás las cabañas. No es que sean muy grandes, pero son acogedoras. Las hay con un dormitorio, dos e incluso tres, y todas tienen un pequeño salón con chimenea y cuarto de baño.

—Bien, las chicas dormiréis en una y los chicos en otra. Pero eso sí, os pido que entre todos os encarguéis de que los pequeños se comporten. Que duerman, se bañen y les ayudéis a vestirse. ¿De acuerdo?

—Sí Avery —dijeron Annie y Sarah al unísono.

—Ya te ha salido la madre que llevas dentro —canturreó Dylan con una pequeña carcajada.

—Sí, lo reconozco. Es lo que tiene haber cuidado de un niño durante cuatro años. Hay cosas que no se olvidan. Vamos, bajemos.

Cada uno cogió su bolsa con la ropa que la señora Gobs les había preparado, y Aiden enseguida corrió a coger la mano de Dean mientras Luke, Clark y Steve se unían a mi bichito. Paula cogió mi mano y Angie a ella, y así esperamos a que Peter y Karen junto con Nathan y Mia se unieran a nosotros.

Una vez listos, entramos en la recepción y la señora que lo regentaba nos dio la bienvenida con una amplia sonrisa.

Nos entregó las llaves de las cabañas y Karen y yo fuimos a acomodar a las chicas mientras Peter y Dean se encargaban de los chicos.

En una hora estaba programada una actuación de los animadores donde harían juegos con los más pequeños y los maquillarían, así que nos apuntamos a la actividad. En la recepción había un folleto con todo lo que tenían programado para esos días y mientras Dean guardaba su ropa yo eché un vistazo para ver qué podíamos hacer con los niños.

—¿Estás lista? —preguntó Karen entrando en la habitación que yo compartiría con Dean.

—Sí, vamos.

Salimos y los chicos nos esperaban jugando, los mayores corrían detrás de los pequeños

intentando cogerlos, pero eran demasiado rápidos y Dylan empezaba a sentir que le costaba respirar, entre risas y carcajadas de pequeños y mayores.

—Te estás haciendo viejo Dylan —dijo Dean riendo.

—Ya me gustaría a mí verte correr detrás de este terremoto —protestó Dylan cogiendo a Aiden en brazos.

—Vamos, veamos la actuación.

Los más pequeños rieron y jugaron, y los mayores disfrutaron de la actuación como si siguieran siendo niños.

Después de la actuación fuimos a la casa principal a cenar en el gran comedor, y tras saciar nuestro apetito, Karen y yo acompañamos a las chicas a su cabaña para acostarlas, mientras Dean y Peter se encargaban de los chicos.

—¡Por fin! —dijo Dean cuando entró con Peter en la cabaña—. Creí que no se meterían nunca en la cama.

—¿Qué ha pasado? Habéis tardado una eternidad —preguntó Karen aceptando el beso que Peter le daba cuando se sentó junto a ella en el sofá.

—Nos han tenido un buen rato en una pelea de almohadas. No sé de dónde sacan esos pequeñajos tanta energía.

—Es normal, están todo el día en la asociación y cuando salen... se desfogan con el primero que encuentran —contesté sonriendo.

—¿Queréis una copa? —preguntó Dean sacando una botella de bourbon de nuestra habitación.

—Yo me apunto. Siempre tomo una antes de acostarme, me ayuda a dormir mejor —respondió Peter.

—¿Vosotras?

—No, gracias. Yo me voy a la cama ya, estoy algo cansada.

Me puse en pie, di las buenas noches y entré en el dormitorio cerrando la puerta tras de mí. Estaba realmente agotada, las energías de los chicos acababan con las mías. Pero me gustaba estar con ellos, era una buena vía de escape a la rutina diaria.

Afortunadamente cada dormitorio tenía su propio cuarto de baño, así que aproveché para darme una ducha rápida.

Sentir el agua cayendo sobre mi cuerpo, cómo se iba relajando, era lo que mejor me sentaba antes de meterme en la cama.

La cama, ¡maldita sea...! ¿Estaba segura que quería dormir con Dean? No tenía duda que la posibilidad de acabar teniendo sexo estaba ahí, acechando, pero... pero... podía negarme. Lo mejor sería eso, negarme. Claro, que también podía dormir en el sofá del salón de la cabaña, esa sería mejor opción. Salí del baño envuelta en la toalla y cogí mis *shorts* y la camiseta que había llevado para dormir. Dejé caer la toalla y antes de que pudiera cubrirme con la ropa escuché que la puerta se cerraba.

—Pensé que estarías acostada... —la voz de Dean se acercaba a mí mientras todo mi cuerpo se estremecía.

Di un respingo, estaba desnuda y segura de que su mirada se había fijado en mi trasero. Me

agaché tan rápido como pude y volví a cubrirme con la toalla, y mientras me envolvía en ella sentí las manos de Dean alrededor de mi cintura.

Se inclinó y apoyó la barbilla en mi hombro, y por el rabillo del ojo vi que me miraba y sonreía.

—Tienes el cuerpo más bonito que he visto nunca —susurró antes de dar un leve beso en mi hombro.

—Dean, será mejor que yo duerma en el sofá de fuera.

—¿Qué? No, no voy a dejar que lo hagas.

—Es lo mejor, no debería haber dicho que dormiríamos juntos...

—No me dejes Avery, no pasará nada, te lo juro —dijo girándome hacia él para que lo mirara a los ojos.

—Me iré al sofá. No hay más que hablar.

Cogí mi ropa y me encaminé hacia el baño para vestirme. Cuando salí Dean no estaba en el dormitorio y la manta que yo había preparado para irme al sofá tampoco estaba sobre la cama.

—Genial... será cabezota...

Abrí la puerta y allí estaba él, recostado en el sofá mirando en su teléfono.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—Mirar el correo. Después voy a dormir.

—No, ni hablar. El sofá me lo he pedido yo.

—Soy un caballero, no voy a permitir que una dama duerma en este... incómodo sofá.

—Dean... por favor...

—Si tú no quieres dormir en la cama, yo tampoco.

—¡Vale, tú ganas! Ven al dormitorio por favor.

Del dormitorio de Karen y Peter empezaban a salir grititos y gemidos. Dean y yo giramos la cabeza y cuando volvimos a mirarnos no pudimos evitar reírnos.

—Esos dos no pierden el tiempo —dijo Dean poniéndose en pie y cogiendo la manta.

—Mucho me temo que tendremos fiesta las dos noches.

—Se desean, y el sexo no es malo.

—A la cama, ¡ya!

Le di la orden moviendo la mano hacia el interior del dormitorio y cuando Dean entró cerré la puerta. Le quité la manta y la extendí sobre la cama, no es que hiciera demasiado frío allí, pero la noche era más fresca que en la ciudad.

Dean se metió en la cama y se recostó con la espalda hacia el lado que yo ocuparía. Retiré la sábana e hice lo mismo que él.

—Buenas noches, preciosa.

—Buenas noches.

Cerré los ojos y sonreí, no estaba segura de que Dean aceptara que únicamente compartiríamos cama para dormir, pero él estaba poniendo de su parte.

Capítulo 14

No sabía cuánto tiempo había dormido, abrí los ojos al escuchar una sucesión de gemidos en el dormitorio de Karen y no pude evitar levantar la cabeza para cubrirla con la almohada.

Estaba claro que no iba a poder dormir. Me levanté, miré el reloj y apenas si habían pasado tres horas desde que me metí en la cama.

—Perfecto... —suspiré levantándome hacia el baño.

Miré hacia la cama y Dean estaba dormido, mirando hacia mí, y pude ver su torso desnudo ya que tenía la sábana sobre la cintura.

Entré en el baño y abrí el grifo de agua fría para lavarme la cara, necesitaba refrescarme. Tal vez habría sido buena idea tomarme esa copa de bourbon, claro que Peter y Karen la habían tomado y ahí estaban, dándolo todo en la cama.

Cuando regresé al dormitorio me dieron ganas de salir al salón y aporrear la puerta y gritarles que pararan, que en esa cabaña había gente que quería dormir, pero no lo hice. Ya eran mayorcitos y si quería seguir jugando toda la noche...

—¿Qué haces levantada?

—Me han despertado esos dos... —dije caminando hacia la cama para volver a meterme en ella, recostada mirando hacia Dean.

—¿Otra vez? Joder, han venido con ganas.

—No sabía que se pasarían así toda la noche.

—¿Has dormido algo?

—Poco.

—Ven —dijo tendiéndome los brazos.

Fruñí el ceño, habíamos dicho que no haríamos nada, pero se inclinó hacia mí y me estrechó entre sus brazos y me dio un beso en la sien.

—Cuando era pequeño, mi madre solía cogerme así cuando no podía dormir.

Respiré hondo y el aroma de su perfume se acomodó en mi nariz haciendo que cerrara los ojos para poder sentir mejor ese aroma que tanto me gustaba.

Mientras sostenía mi cabeza con una mano, con la otra acariciaba mi espalda, y así, con los ojos cerrados y escuchando su respiración y la mía, volví a quedarme dormida.

Los rayos de sol entraban por la ventana, y la claridad caía directamente en mis ojos así que no tuve más remedio que abrirlos.

Sentía el peso del brazo de Dean sobre mi cintura, me incorporé y me giré para mirarle, estaba tan pegado a mi cuerpo que apenas había espacio para una hoja de papel entre nosotros.

—Buenos días —me saludó con los ojos aún cerrados.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—Sí.

—Me alegro. Porque esos dos no han parado hasta hace un par de horas.

—¿No has dormido nada?

—Sí, las dos últimas horas.

—Debería hablar con Karen...

—No le digas nada. Ya sabes cómo son los inicios de una relación, las hormonas y el deseo alterados a todas horas.

Seguía sin abrir los ojos, pero no apartaba su brazo de mí, por el contrario, hacía más fuerza con la mano para que no me pudiera levantar. Así que volví a dejarme caer sobre la almohada.

Dean se acercó un poco más a mí y me estrechó con más fuerza. Sentía su respiración en mi cuello y el simple hecho de que su mano acariciara mi vientre consiguió que me estremeciera por completo.

—Lo peor de escucharlos ha sido que... —guardó silencio, no continuó su frase.

—¿Envidia? —pregunté sonriendo.

—No, nunca he tenido envidia de eso. El problema ha sido que me he excitado, y te tenía a ti entre mis brazos y... joder no sabes cuánto me ha costado controlar mi deseo por ti.

Cerré los ojos, sonreí y me mordisqueé el labio. Si él supiera que cuando me levanté por la noche pensé lanzarme sobre su cuerpo...

—¿Tienes frío? —preguntó al sentir que mi cuerpo se erizaba.

—No.

—Tienes el vello del brazo erizado.

—Sí.

—Y eso se debe a...

No dije nada, guardé silencio, pero no pude evitar sentir entre mis nalgas que bajo su pantalón estaba empezando a tener una erección.

Me giré hacia él y su brazo no se apartó de mi cuerpo. Cuando estábamos frente a frente abrió los ojos y ese brillo me hizo sonreír.

—Hola —susurré mirándole a los ojos.

—Hola.

Acerqué mi rostro hacia el suyo, sin apartar la mirada, me incorporé y le di un breve beso en los labios.

—¿Y eso? —preguntó cuando volví a dejarme caer sobre la almohada.

—Un beso de buenos días.

—Ah, no sabía que podía hacer eso.

Se incorporó, fijó sus ojos en los míos mientras sonreía y su mano me estrechaba más contra su cuerpo, se inclinó y me dio un beso lleno de deseo y lujuria. Enredé mis dedos en su cabello y me aseguré que no alejara su rostro del mío.

Nos dimos un beso más intenso, más íntimo, mientras su mano se deslizaba por mi espalda y mi cintura hasta llegar a mi muslo.

Antes de que pudiera darme cuenta estaba tumbada boca arriba con Dean recostado sobre mí,

entre mis piernas, y la erección que había empezado minutos antes ahora era más notoria y la sentía palpar junto a mi sexo.

Me aferré con las manos a su espalda desnuda, y cuando él movía sus caderas de arriba abajo rozando nuestros sexos no pude evitar ahogar un gemido entre nuestros labios y clavar mis uñas en su espalda.

Me excitaba sentirle así, tan cerca, tan entregado al momento. Sus besos se volvieron dulces y lentos, sus caricias en mi piel eran una leve y grata tortura que hacía presagiar lo que era inevitable que ocurriera entre nosotros.

—Dime que quieres que lo haga Avery, por favor, dímelo — susurró hundiendo el rostro en mi hombro.

—Sí... quiero que lo hagas.

—¿Qué quieres Avery? Dime, qué quieres que haga...

—Quiero que me hagas tuya. Quiero sentirte dentro —susurré y después di un leve mordisco en su hombro.

En apenas un par de movimientos Dean me había quitado la camiseta y el *short*, tirándolos al suelo, y sus pantalones acompañaron a mi ropa poco después.

Con una mano me rodeo por la cintura mientras me besaba, y con la otra acarició mi sexo, posando la palma de su mano sobre él mientras deslizaba su dedo corazón en mi interior.

Gemí entre besos, me estremecí y cuando el orgasmo estaba a punto de llevarme a ese lugar donde Dean sabía bien cómo llevarme, me aferré a su espalda y arqueando la mía grité cuando sentí que me recorría un escalofrío de placer.

Abrí los ojos, Dean me dio un leve beso y sin apartar nuestras miradas me penetró lentamente.

Se movía en mi interior, despacio, penetrándome y saliendo de mí, haciéndome gemir al sentir el contacto de nuestros sexos, disfrutando de nuestros besos.

Entrelacé mis piernas en su cintura, me dio un beso cargado de pasión y sin salir de mí se incorporó, se arrodilló y cogió mis caderas moviéndolas al ritmo de sus penetraciones.

Sus dedos se hundían en mi piel mientras mis manos se aferraban a sus brazos, sintiéndole tan cerca, tan dentro.

—Preciosa... eres preciosa... mi diosa... —susurró volviendo a dejarse caer sobre mí estrechándome entre sus brazos.

Regalándome sus besos, sus caricias, sintiendo su cuerpo junto al mío, el calor de su piel. Ronroneando junto a mi cuello sin dejar de hacerme saber que era su diosa.

—Mía, solo mía...

—Dean... oh, Dean...

—Así preciosa, así. Vamos... córrete, córrete para mí...

Sus penetraciones fueron aumentando el ritmo, eran más salvajes, más pasionales. Mi cuerpo se estremeció y sentí contraerse los músculos de mi sexo al tiempo que se acercaba el orgasmo. Dean me miró, clavó sus ojos en los míos y en un gemido ronco nos corrimos juntos, mientras me aferraba a su espalda y sentía el líquido descargado en mi interior.

Volvió a besarme, acariciando mi mejilla, se dejó caer sobre mí y con el rostro hundido sobre mi hombro mientras mis dedos se deslizaban por su espalda, recuperamos el ritmo normal de nuestras respiraciones.

Me besó en la mejilla y se levantó, se sentó en la cama con la espalda pegada al cabecero y cogió un cigarrillo de la cajetilla que había dejado en su mesita de noche.

Lo encendió y tras unos instantes soltó la bocanada de humo.

—No sabía que eras de los de cigarrillo después del sexo. Nunca antes lo habías hecho.

—Solo lo hago con el sexo mañanero.

—Oh, creí que los fumadores lo hacían siempre después del sexo, sin importar si es mañanero, después de comer o por la noche.

—¿Es una invitación a que tengamos una siesta después de comer?

—No señor Mayer, nada de eso. Tenemos unos cuantos niños y adolescentes a los que cuidar...

Dejó salir de nuevo el humo y se giró para mirarme. Me cogió por la cintura y me levantó hasta que dejó mi cabeza reposando sobre su pecho.

—En ese caso, creo que deberíamos levantarnos. Seguramente estén despiertos y querrán salir de la cabaña.

—Voy a darme una ducha.

—¿Puedo ducharme contigo? Ahorraremos tiempo...

Con esa sonrisa de medio lado y los ojos entrecerrados supe que siempre conseguiría cualquier cosa que me pidiera. Estaba perdida en esa mirada, no pude negarme a compartir la ducha, y una breve, pero intensa sesión de sexo bajo el agua.

Cuando Dean y yo salimos del dormitorio la puerta del de Karen y Peter seguía cerrada, y no se escuchaba nada, así que fui un poco malvada y...

—¡Buenos días! —grité al tiempo que aporreaba la puerta—. ¡Ya ha salido el sol! ¿O estáis demasiado cansados después del ejercicio de esta noche?

Cuando me retiré un poco Dean me estrechó entre sus brazos y me besó la sien, y en ese momento Karen abrió la puerta y con los ojos aún entrecerrados y frotándose el cuello me pidió que no gritara.

—Vaya, ahora no quiere gritos la señora. Anoche no parabas...

—Por Dios... Avery... tengo una terrible resaca...

—¿Os bebisteis todo el bourbon? —preguntó Dean sorprendido.

—Eso me temo... por Dios, necesito un café...

—Karen lo que necesitas es una ducha, ¡pero ya! Y... ¡por Dios...! Ponte algo que has salido desnuda —le dije negando con la cabeza.

—Joder, lo siento.

—Vamos, daros prisa. Iremos a buscar a los chicos mientras os adecentáis.

—Vale, dadnos quince minutos y nos reunimos en el comedor.

—Está bien.

Karen cerró la puerta y Dean y yo nos miramos y sonreímos. Me dio un beso en los labios,

apenas un leve toque, y salimos hacia las cabañas. Dean se encargó de los chicos y yo de las chicas.

—Vaya, si son la bella durmiente y el príncipe —dije al ver a Karen y Peter acercándose a nuestra mesa.

—Dime que hay café... pero a modo industrial, por favor... —pidió Karen.

—Te dije que no debíamos beber más —susurró Peter dándole un beso en la sien.

—Mereció la pena, has cumplido toda la noche.

—Por el amor de Dios, que hay niños... —dijo Dean riéndose.

—Y bien, ¿qué queréis que hagamos hoy? —pregunté mientras preparaba las tostadas para los pequeños.

—Kevin y yo iremos a practicar escalada —contestó Dylan.

—Eso está bien, pero tened cuidado.

—Tranquila mamá, lo tendremos —dijo Kevin sonriendo.

—¿Y vosotras?

—Hay una clase de yoga dentro de veinte minutos, ya estamos apuntadas —comentó Sarah.

—Suena bien.

—¿Y qué habéis pensado vosotros? —preguntó Dean cogiendo en brazos a Aiden al tiempo que miraba a los más pequeños.

—Queremos ir a nadar a la piscina.

—Eso está muy bien. ¿Lleváis los bañadores?

—Sí, nos los hemos puesto después de bañarnos, debajo de la ropa.

—Entonces a desayunar y después a la piscina.

—Esta tarde queremos ir al paseo por la zona, ¿podremos? —preguntó Nathan.

—Claro que sí campeón —le contestó Peter—, nos vendrá bien respirar el aire puro un rato.

—Iremos todos —se apresuró a decir Dean.

—Hermano... —protestó Dylan— nosotros cuatro es que queríamos ir a tirarnos en la tirolina.

—Vale, pero tened cuidado. Y quiero que cuidéis de las chicas.

—Sin problema. No les pasará nada.

—Eso espero.

Seguimos con el desayuno y después nos llevamos a los pequeños a la piscina, donde disfrutaron como enanos jugando con una pelota con el resto de niños y los dos monitores que los enseñaban a nadar y a mantenerse a flote sin que tuvieran miedo.

Cuando los pequeños disfrutaron de su día de piscina, Karen y yo nos encargamos de bañar y vestir a las niñas para que estuvieran listas a la hora de la comida, mientras Dean y Peter se encargaban de los niños.

Karen reía como si fuera una niña más, y eso a mí me encantaba. No la había visto nunca reír tanto, y se notaba que disfrutaba de la compañía de aquellos niños.

—Serías una buena madre —dije mientras terminaba de lavar el último bañador para ponerlos a secar.

—¿Tú crees? La verdad, nunca me lo había planteado. Ya sabes... creí que acabaría teniendo una relación con... una mujer —esas últimas palabras las susurró cerca de mi cuello, para que las niñas no la escuchasen.

—Pues no sé cómo serían tus relaciones con ellas, pero con Peter se te ve bien. Y si yo fui escandalosa en casa de Dean...

—Ya sé, ya sé que nos escuchasteis...

—Toda la noche Karen, ¡toda la noche! En serio, cuando me desperté esta mañana y me dijo Dean que apenas si habíais acabado hacía dos horas, no me lo podía creer.

—Es la primera vez que nos pasa, en serio. Creo que fue el bourbon que nos desató en demasía.

—Vale, descartado el bourbon para mí.

—Oye... y vosotros... ¿qué?

—Definitivamente serías una buena madre. Las madres son cotillas por naturaleza... —dije entre risas.

—Vamos, no te hagas la mojigata que se os ve a la lengua que habéis... ya sabes.

—Sí, dos veces. Esta mañana. Y hasta aquí la conversación.

—¿Están listas nuestras damas? —preguntó Dean abriendo la puerta de la cabaña.

—Sí —miré a las niñas y las pedí que se levantaran—. Vamos que toca comer. Y después nos acostaremos un rato como hemos hablado, para luego ir al paseo. ¿De acuerdo?

Todas asintieron, y los niños se miraron pues seguramente que en sus planes no entraba eso de dormir después de comer.

—¿Pasa algo Nathan? —preguntó Karen al ver las caras de los niños.

—Es que... Peter y Dean han dicho que después de comer jugaríamos al fútbol nosotros ocho.

—Oh, así que los hombres decidís vuestras actividades... bien, pues las damas dormiremos un rato porque el paseo por la zona será algo cansado —dije acercándome a Dean, dándole un leve golpecito en la nariz.

—No sabía que querríais descansar —contestó cogiéndome por la cintura.

—Ten en cuenta que van a caminar más de lo que están acostumbrados, y han estado toda la mañana en la piscina. Pero está bien, el partido les entretendrá. Solo espero que no se cansen demasiado durante el paseo.

—Si me hubieras dicho...

—Tranquilo campeón, podéis jugar media hora y después descansar una o dos horas.

—Vale. Chicos, habrá partido, pero será breve, así descansaremos para el paseo de la tarde.

—Está bien Dean. Los más pequeños quizás no lo aguanten, mejor descansar —dijo Nathan.

—Vamos, y ahora a comer que no sé vosotros, pero yo... ¡me comería un niño! —gritó Dean haciendo que los pequeños salieran corriendo y riendo delante de él.

No pude evitar sonreír, ver a Dean con los niños era enterecedor. El hombre de negocios quedaba fuera de ese entorno tan familiar, el seductor de esmoquin que disfrutaba en fiestas donde el sexo sin compromiso era el principal invitado no tenía cabida cuando estaba con esos niños. Y ellos disfrutaban con él, de eso no había ninguna duda, y lo querían, lo querían tanto como él a ellos.

—Cenicienta, ¿vamos? —preguntó Karen cogiéndome del brazo.

—Sí, vamos.

Las niñas apenas si tardaron cinco minutos en quedarse dormidas. Estaban tan emocionadas por el fin de semana fuera de la asociación que disfrutaban saltando, corriendo y jugando cuanto podían. Sarah y Annie también iban a descansar un poco, así que acordamos vernos en tres horas en la cabaña para recoger a las niñas, mientras ellas se irían con Dylan y Kevin a tirarse en

tirolina.

Cuando salimos vimos a los chicos en la puerta de la cabaña de los niños jugando el partido. Dylan y Kevin se habían ido a la cama, prefirieron que los pequeños disfrutaran de los mayores ese rato.

—¡Vamos mis chicos! —gritó Karen a los niños y Peter que acababan de marcar un gol y los tres niños se lanzaron sobre Peter.

—¡Avery! ¿Tú vas con nosotros? —me preguntó Aiden corriendo hacia mí para que lo abrazara.

—Claro bichito, yo siempre contigo —le abracé y le besé la frente.

—¡Bien! ¡Dean, Avery nos anima a nosotros! —salió corriendo para ir a los brazos de Dean.

—Eso está muy bien. Vamos perdiendo, pero... seguro que Avery nos da suerte.

Y al final perdieron, tan solo por un gol, pero los niños se lo tomaron bien. Los llevamos a la cabaña y esperamos a que se quedaran dormidos, con tanto correr apenas si les costó.

—Estoy agotado —dijo Dean cuando entramos en el dormitorio.

—No sé de dónde sacan tanta energía, me cuesta seguirles.

—Vamos, descansemos un rato —pidió rodeándome por la cintura desde atrás. Se inclinó y me besó el cuello, y ese simple contacto hizo que me estremeciera.

—Será mejor que me sueltes, y no vuelvas a hacer eso... hay que descansar...

—Podemos descansar después.

Cogió mi barbilla con dos dedos y giró mi rostro hasta tenerme frente al suyo y me besó, un beso de esos que consiguen despertar las mariposas de mi estómago y hacen que en lo único que pueda pensar sea en dejar que entre en mí.

Los gemidos de Karen nos sacaron de nuestro íntimo momento y sin dejar de mirarnos empezamos a reírnos.

—Ven, no quiero que ellos también nos escuchen —me cogió la mano y me llevó hasta el cuarto de baño.

Sin soltarme abrió el grifo dejando el agua correr, volvió a cogerme por la cintura y recorrió mis mejillas, mis labios y mi cuello con sus besos.

Desabrochó el botón y la cremallera de mis vaqueros y los dejó caer al suelo junto con mi ropa interior. Después se deshizo de la camiseta y del sujetador y se desnudó él.

Me agarró por los muslos y me cogió entre sus brazos, llevando mis piernas a rodear su cintura. Entró en la ducha sin dejar de besarme y sentí el frío de los azulejos cuando pegó mi espalda en ellos.

Sus manos cubrían mi cuerpo de caricias mientras las mías se aferraban a su espalda, disfrutando de sus besos. Su erección entró en contacto con mi sexo y en apenas una embestida rápida y certera me estaba haciendo el amor, otra vez, en la ducha.

Sus caderas se movían y su pene entraba y salía de mí entre jadeos y gemidos, con sus dedos clavándose en mis nalgas y mis uñas arañando su espalda.

—Eres mía Avery... solo mía... —susurró hundiendo la cabeza en mi hombro y mordisqueándolo.

—Sigue Dean... no pares... sigue, por favor.

Y sus penetraciones aumentaron el ritmo, sus jadeos se mezclaban con los míos y los gemidos se ahogaban en nuestros besos.

Me gustaba sentirle dentro, sentir que yo era la causante de esa erección y que sus caricias eran solo para mí. Cuando el orgasmo invadió mi cuerpo clavé los talones en sus nalgas y ahogué un gemido en su hombro mientras no podía evitar morderlo.

Aumentó el ritmo y poco después me acompañó en la agonía del placer, corriéndose en mi interior sin parar sus embestidas.

Respirando entrecortadamente nos miramos a los ojos, sonreímos y cuando pudimos recomponer el ritmo de nuestras pulsaciones volvimos a besarnos, a acariciarnos, y poco después Dean volvía a estar excitado y con una erección que ansiaba entrar de nuevo en mí.

Y con esa mirada pícara que a él tanto le gustaba, le hice saber que estaba dispuesta para un segundo asalto. Nos devoramos sin dar tregua a nuestros besos, sin dejar de acariciarnos y Dean volvió a penetrarme haciendo que mi espalda chocara contra los azulejos con cada nueva embestida.

Le deseaba, le deseaba como nunca antes había deseado a ningún otro. Y le tenía allí, bajo el agua de la ducha que bañaba nuestros cuerpos, haciéndome suya otra vez, poseyendo mi cuerpo y mi alma entre gemidos y jadeos, succionando nuestros labios, comiéndonos a besos.

Dibujó con sus besos mi cuello, mis hombros y se apoderó de mis pechos, succionando, mordisqueando y besando cada uno de ellos mientras se aferraba a mis nalgas y me penetraba una y otra, y otra vez.

—Te quiero Avery... sé que te quiero... te quiero conmigo.

Sus palabras sonaron en mi mente como si fueran habladas en un sueño lejano, no podía creer que hubiera dicho aquello, estaba segura que solo había oído lo que me hubiera gustado que dijera.

—Sigue, sigue no pares.

—Me voy a correr Avery, no aguanto más... córrrete, córrrete conmigo preciosa...

Me embistió más rápido y el movimiento de sus caderas me llevó al mismo cielo donde un escalofrío recorrió todo mi cuerpo cuando el orgasmo contrajo todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo.

Dean gritó mi nombre entre jadeos y volvió a correrse en mi interior, cogí sus mejillas entre mis manos y le atraje hacia mí para besarle como si aquella fuera nuestra última vez juntos, como si aquello estuviera a punto de acabar, como si lo nuestro hubiera llegado a su fin. Y en el fondo, muy en el fondo, supe que seguramente así había sido.

Capítulo 15

Sin duda el paseo había sido agotador. Disfrutamos del aire puro, nos hicimos fotos y los niños rieron y eso para nosotros fue lo mejor del día.

Llegamos a las cabañas y ni siquiera nos habíamos alejado nosotras de la cabaña de los chicos cuando escuché a Dean gritar.

—¡Es que no puedo creerlo! —gritaba.

—¿Qué pasa? —pregunté entrando asustada.

—¡¿Que qué pasa?! Ven —me cogió de la mano y me arrastró hasta una de las puertas donde estaban las camas de los chicos.

Fugazmente miré a Annie que estaba sentada en el sofá con Kevin y algo no me gustó en el semblante de esos dos.

—¡Mira! —gritó Dean abriendo la puerta y vi a Dylan y Sarah terminando de vestirse.

—Por Dios... —susurré agachando la mirada y llevando una mano a mi frente.

Dean le pidió a Peter que se llevara a los niños y a los dos adolescentes que estaban en el sofá a la cabaña de las chicas y que esperaran allí. Sin duda estaba enfadado por lo que había encontrado al entrar.

—Con vosotros hablaré después —dijo Dean señalando a Kevin.

—Annie... por el amor de Dios... ¿qué habéis...?

Annie me miró sonrojada, Kevin le puso la mano sobre la cintura y le dio un leve golpecito para que salieran de allí.

—Cuando terminéis de vestiros salís aquí fuera —gritó dirigiéndose a Dylan cerrando la puerta de un sonoro portazo que hizo que me sobresaltara.

—Dean... por favor... tranquilo...

—¿Tranquilo? ¡Pero tú has visto...!

—Son jóvenes, ¿has olvidado que tú también lo fuiste?

—Joder, ¡pues claro que no! Pero no hice nada irrespetuoso en el orfanato.

—Deja que se expliquen, si ellos se quieren...

—Que se... ¿tú lo sabías? —preguntó cogiéndome del codo y por primera vez en mi vida sentí miedo al ver la furia de su mirada.

—Me haces daño... Dean...

—¡Dime! ¿Lo sabías?

La puerta del dormitorio se abrió y volvió a cerrarse. Sarah tenía el rostro sonrosado y lleno de lágrimas, pero no hacía el más mínimo sonido de llanto. Miraba hacia el suelo y yo no podía romper esa confesión que me había dicho tiempo atrás.

—Dean... hermano... —dijo Dylan acercándose a nosotros.

—¡Por tu bien más vale que te expliques! —gritó soltándome con fuerza.

—Lo siento, no queríamos... nosotros...

—¿Desde cuándo?

—Un año.

—¡Por Dios, Dylan...! —dijo mientras caminaba de un lado a otro por la cabaña.

—La quiero, la quiero mucho.

—¿Que la quieres? Joder, esto me supera. Sois unos críos, por el amor de Dios.

—No somos tan críos. Esto acabaría pasando, vivimos en el mismo sitio...

—¡Joder... joder...! ¡Dime que la señora Gobs no sabe nada!

—No, no lo sabe nadie. Excepto...

—No me lo digas, con esos dos también tendré algunas palabras. No estaban leyendo precisamente cuando he entrado.

—Dean... —dije acercándome a él y cogiendo su mano.

Dean dirigió su mirada a nuestras manos y después me miró a mí. La furia seguía allí instalada y mucho me temía que no me perdonaría que no se lo hubiera dicho.

Yo solo trataba de tranquilizarlo, pero al comprobar que estaba molesto conmigo le solté la mano y me crucé de brazos.

—Por favor, no la tomes con Avery —le suplicó Dylan—. Sarah le pidió que no contara nada.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Creía que teníamos confianza para hablar de cualquier cosa.

—Llámalo miedo si quieres. No quería que sintieras que te habíamos defraudado...

—Joder Dylan, soy vuestro hermano mayor desde hace cinco años, ¿no merezco esa confianza de contarme que vosotros...? Joder, que hacéis lo que quiera que hacéis. Vale, déjalo no digas nada. Ya sé lo que hacéis, y no es jugar a las cartas... por el amor de Dios...

—Lo siento —contestó Sarah rompiendo en llanto y tapándose la cara con las manos.

—No, pero no llores nena... —le pidió Dylan cogiéndola entre sus brazos.

—Te dije que... te dije...

—Hombre, al menos ella tuvo algo de cordura para impedir que no hicierais nada...

—¡Ya basta Dean! Eres un neandertal. ¿Quieres hacer el favor de dejar de hacerlos sentirse peor de lo que ya se sienten? Mira a Sarah, ¡está de los nervios! Eres... eres un estúpido. Realmente eres como un hermano para ellos y en vez de alegrarte porque ella haya encontrado un buen chico y él tenga a esta muchacha para centrarle en la vida estás ahí, parado fulminándolos con la mirada. ¿Es que no tienes ni siquiera un poco de corazón? ¡Por el amor de Dios, que es su primer amor! Si se tienen que equivocar pues que se equivoquen, y después ya les podrás gritar y decirles os lo dije, cuando se manden a la mierda. Pero ahora... ahora...

No pude decir más, simplemente salí de la cabaña y regresé a la nuestra. Recogí mis cosas del dormitorio, lo guardé en mi bolsa y salí hacia la cabaña de las chicas.

—¿Qué haces con tu bolsa aquí, Avery? —preguntó Karen.

—No voy a dormir en la cabaña esta noche. Me quedo con las chicas.

—¡Bien! —gritaron las niñas al unísono.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Peter—. Me llamó Dean para que mandara a Kevin y Annie a la cabaña...

—Ya hablaremos de eso. Ve a prepararte, nosotras nos encargamos de los niños.

—Bien, nos vemos en una hora para la cena.

Cuando Peter nos dejó a solas, Karen y yo preparamos a las niñas y veinte minutos después llegaron Sarah y Annie así que me llevé a los niños a su cabaña y los ayudé a bañarse y vestirse.

—Avery... —dijo Dylan entrando en el baño cuando estaba terminando de vestir a Aiden— Siento lo de antes. No pensé que...

—Sí, no pensaste Dylan. No pensaste que podríamos llegar y encontraros. Está bien, no quiero hablar más de eso. ¿Ya estáis Kevin y tú listos?

—Sí.

—Bien, pues ir saliendo para el comedor. Llevaos a los niños, Aiden y yo vamos enseguida.

—Lo siento...

—Por favor, Dylan, déjalo.

Asintió en silencio y salió del cuarto de baño, le escuché que hablaba con los niños y salían de la cabaña.

No pude evitar que las lágrimas se me derramaran, en silencio, mientras peinaba a Aiden.

—¿Estás triste? —preguntó el pequeño girándose hacia mí pasando sus manitas por mis mejillas para secar mis lágrimas.

—No bichito, estoy bien.

—Pero... estás llorando. ¿Hice algo malo?

—¡Claro que no bichito! Si lloro es de felicidad, porque estoy aquí contigo. Y porque estás siendo todo un hombre y no has dicho que tienes miedo por la noche.

—Bueno, sí tuve...

—¿Y por qué no viniste a la cabaña?

—Porque me quedé con Dylan. Se levantó y nos fuimos al sofá a dormir. Me contó una historia hasta que me quedé dormido. Dylan es muy bueno con nosotros. ¿Estás enfadada con Dylan?

—No, no lo estoy.

—Entonces no llores. Te pones fea...

—Vaya, gracias.

—Pero tú no eres fea. Cuando sea mayor quiero una novia tan guapa como tú. Como la tiene Dean.

—No soy la novia de Dean, y no creo que lo sea nunca.

—¿No le quieres? Él a ti sí, siempre me lo dice. ¿Por qué no llevas el regalo que te hizo? Me enseñó el colgante y me pareció muy bonito. ¿No te gustó?

—Sí, era muy bonito. Pero no lo acepté, solo eso.

—Me dijo que le gusta cuando os cogéis la mano. Dice que eres muy suave y tiene razón —dijo cogiendo mi mano y acariciándola.

—Ay... bichito... cuando seas mayor vas a ser todo un conquistador —dije dándole un beso en la frente.

—¿Sabes? Dean me va a adoptar. Quiere ser mi papá. —su sonrisa le iluminó el rostro.

—¿Y tú quieres que sea tu papá?

—Sí, sí que quiero. Quiero mucho a Dean, juega conmigo y me lleva siempre donde quiero ir. Pero... no tendré una mamá.

—Bueno, pero algún día la tendrás, eso seguro.

—¿Te gustaría ser mi mamá? Porque a mí sí me gustaría.

—Bichito... si no te adoptara Dean no me habría importado hacerlo yo. Pero, aunque no sea tu mamá seguiré siendo tu amiga. ¿Te parece bien?

—Claro que sí. Y cuando ya viva con Dean le pediré que me deje ir contigo al centro comercial. ¿Me llevarás?

—Claro bichito, claro que te llevaré.

Me abracé a ese niño que tanto me recordaba a Liam, tan cariñoso y risueño y con esa mirada llena de picardía. Aiden era un niño muy, muy especial. Le besé en la frente y cuando salimos al

salón de la cabaña Dean esperaba sentado en el sofá, con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las manos.

—¡Dean! —gritó Aiden corriendo hacia él.

—Hola, campeón —contestó cogiéndole en brazos.

—Ya estoy listo. ¿Vamos a cenar?

—Sí. Ve con Kevin que está esperando fuera, enseguida vamos nosotros.

—Vale, pero no tardéis. Os guardo sitio a mi lado, ¿vale? —aseguró mirando hacia mí.

—Vale bichito —dije guiñando un ojo.

Dean dejó a Aiden en el suelo y se puso en pie, y cuando el pequeño salió de la cabaña y cerró la puerta, Dean se giró hacia mí que estaba casi a su altura junto al sofá.

—Esto era lo que me faltaba para que el día se fuera completamente a la mierda —dijo girándose hacia mí enseñándome su teléfono. La foto en la que estaba con Josh en el restaurante de cerca del estudio de Dean me hizo estremecer. Casi se me había olvidado ese artículo, y demasiado había tardado Dean en enterarse.

—Solo estábamos comiendo juntos.

—No me tomes por imbécil, que no lo soy.

—No lo hago.

—Entonces, dime, ¿estáis juntos? ¿Te acuestas con él?

—Ya te dije que no.

—No te creo. Estás follando con los dos. Al final voy a creer que quieres que hagamos un trío con Josh.

No pude evitar abofetearle de nuevo, me picó la mano después de golpear su mejilla donde la marca de mi mano comenzaba a tornarse rosada.

Las lágrimas se agolpaban en mis ojos y el nudo en la garganta casi no me dejaba ni hablar.

Dean apretaba la mandíbula y vi cómo cerraba el puño y los nudillos se volvían blancos. Apartó el teléfono y lo guardó en el bolsillo de su pantalón, no dijo nada, solo me miró y sentí que sus ojos pasaban por cada parte de mi cuerpo, como si me desnudara como en otras ocasiones lo había hecho.

—No estoy acostándome con él, y tú y yo tampoco tenemos una relación como para tener que darte explicaciones de lo que hago o con quién, no tienes derecho a exigirme nada cuando ni siquiera eres capaz de ofrecerme lo que yo quiero de ti.

—Ya te dije que no puedo, no puedo Avery...

—¿Por qué? ¿Crees que soy como aquella chica que te dejó, que yo haría eso? Claro, para ti soy solo una más en tu cama, eso es lo que quieres de mí. Pues... se acabó. Lo siento, pero esta imbécil, porque yo sí que soy una completa imbécil, no será una más en tu cama.

Caminé hacia la puerta y la mano de Dean me retuvo unos instantes cogiéndome por el codo. Le miré y me solté tan rápido como pude, abrí la puerta y salí dando un portazo.

Entré en la cabaña de las chicas y busqué el teléfono de la central de taxis más cercana, llamé a uno y mientras cogía mi bolsa vi a Dean caminando hacia el comedor.

Cuando le vi entrar salí de la cabaña, me escabullí como hice cuando tenía dieciocho años y abandoné la casa de mi tía con una simple nota.

Pasé tan rápido como pude por la casa principal y me encaminé hacia la entrada del camino donde esperé que llegara el taxi.

Cuando vi las luces acercarse cogí la bolsa y cuando paró frente a mí abrió la ventana un muchacho que no debía llegar a los treinta años. Entré en la parte trasera con mi bolsa y le di la dirección de la casa de Amanda en Nueva York.

—El camino será largo... —dijo llamando a la central para avisar que iba a Nueva York y le dijeron que cuando terminara podía marcharse a casa.

—Lo sé, pero debo regresar.

—Bien, entonces allá vamos.

Durante el camino hablé con el muchacho, que después de unos minutos me había reconocido y me pidió si podía firmarle un autógrafo. Acepté encantada y tal como había imaginado tenía veinticinco años. Tenía el cabello castaño, ojos verdes y una preciosa sonrisa. Me dijo que llevaba apenas dos años en West Hills. Y que estaba terminando sus estudios de medicina, quería ser enfermero y trabajaba para poder pagar el alquiler y los estudios.

Me pareció un chico simpático y agradable, y tenía una risa muy contagiosa.

—Estamos llegando —me avisó cuando apenas nos quedaban un par de calles para llegar a la casa de Amanda.

—Sí, se me ha pasado el tiempo rápido, muchas gracias Jack.

—Ha sido un placer. No siempre tengo la suerte de llevar a algún famoso. En West Hills son pocos los que viven y normalmente van en coches más elegantes.

—¿Por qué no viniste a Nueva York?

—La escuela donde estudio es más barata que las que encontré aquí, y los apartamentos tampoco eran baratos...

—Te entiendo. Yo busqué apartamento y di con uno que estaba dentro de mis posibilidades, es casi seguro que me dure en unos meses. Eso si sigue disponible.

—Hemos llegado. ¿Vives aquí?

—Sí, vivo con mi representante. Hay que ahorrar, ya sabes —dije guiñando un ojo.

—Avery... tal vez no quieras y... bueno... seguro no tengo tanto dinero como puedas ganar tú, pero...

—Yo no soy modelo desde hace mucho, tampoco tengo tanto caché.

—Me preguntaba si... si... ¿aceptarías salir a comer o cenar conmigo?

—Pero harías un viaje muy largo, y después tendrías que regresar de noche...

—No te preocupes por eso. También hago turnos de noche y suelo viajar hasta aquí así que estoy acostumbrado a conducir de noche.

—Bueno, en ese caso...

Saqué mi teléfono y le pedí que me diera su número. Lo agregué en contactos e hice una llamada perdida para que pudiera agregarme.

—La próxima semana tengo el jueves libre —dijo mientras anotaba mi nombre en su teléfono— ¿Podríamos comer juntos?

—Sí, me va bien. Esta semana la tengo libre. Llámame el miércoles y dime a qué hora estarás por aquí.

—Bien, lo haré. Ha sido un placer Avery.

—Igualmente Jack. Nos vemos el jueves.

—Adiós. Buenas noches.

—Que tengas una vuelta tranquila. Adiós.

Salí del taxi y abrí la puerta, cuando la cerré el muchacho se despidió con la mano y comenzó a maniobrar para salir de la calle.

Era un chico simpático, de eso no tenía duda. Y no haría daño a nadie saliendo a comer con él, la verdad no tenía pinta de psicópata ni de asesino en serie.

Entré en mi dormitorio, me desnudé y me metí en la ducha para relajarme antes de acostarme.

Mientras me ponía el culotte y la camiseta para meterme en la cama, sonó mi teléfono. El nombre de Dean apareció en la pantalla y lo ignoré, cuando se cortó, rápidamente me llamó Karen.

—Dime.

—¿Se puede saber dónde demonios te has metido, Cenicienta?

—En casa.

—¿Cómo que en casa?!

—Sí, en casa. Llamé un taxi y me vine.

—Joder Avery, al no verte en la cabaña de las niñas creí que estabas en la nuestra, y cuando llego me dice Dean que no estás. Te ha llamado, ¿por qué no se lo has cogido?

—Porque no tengo nada que hablar con ese imbécil. Ah, no, espera, que la imbécil soy yo, él dice que no es imbécil. ¿Tal vez es que es gilipollas?

—Avery por Dios, ¿por qué te has ido?

—Porque estoy cansada de sus celos que según él no lo son. Ha visto el artículo en el que hablan de Josh y de mí, el día que quedamos a comer. Y claro, ha vuelto a decirme lo del puto trío con los dos. Insiste en que no puede darme lo que le pido así que, yo no voy a ser una imbécil más en su puta cama. Es tarde Karen, me voy a la cama. Nos vemos mañana.

—Está desesperado, andando de un lado a otro enfrente de la cabaña, ya lleva tres cigarrillos...

—Me da igual, allá él si quiere quemarse los pulmones, no me importa ese gilipollas. Ya no. Hasta mañana Karen.

No dejé que se despidiera, simplemente colgué y me metí en la cama.

No podía dormir, llevaba dos horas dando vueltas y no conseguía conciliar el sueño. Era poco más de media noche y pensé que solo una de las personas que no estaba en aquel campamento estaría despierto, así que no dudé en llamar.

—¡Hola, pequeña! —dijo Josh al otro lado del teléfono.

—Hola.

—¿Qué tal el viaje?

—Ya estoy en casa.

—¿Ya habéis vuelto? Creí que estaríais hasta mañana.

—He vuelto sola. ¿Estás en Casiopea?

—Claro, ¿quieres que vaya a buscarte?

—No, cogeré un taxi. Nos vemos en media hora. Entraré con el taxi al *parking*, ¿te parece

bien?

—Sin problema, estaré esperando allí.

—Gracias Josh...

—No hay que darlas pequeña, para eso están los amigos.

Pedí el taxi, y me levanté de la cama, me vestí con unos *shorts* vaqueros, una camisa y mis tacones, me di un maquillaje sencillo, cogí el bolso y salí a esperar a la calle.

—Entre en el *parking* por favor —le dije al taxista que asintió con una sonrisa.

Allí estaba Josh, sacó la cartera y cuando paró el taxi pagó antes de que yo pudiera hacerlo.

—Hola, pequeña —dijo pasando un brazo sobre mis hombros dándome un beso en la sien.

—Gracias por soportarme. Necesito una copa... o quizás dos.

—Vale, y hoy duermes en mi apartamento.

—No, me iré a casa. La tengo solo para mí.

—Bueno, en ese caso... ¿me invitarías a la piscina?

—Si se enterase Amanda...

—Somos amigos desde hace mucho, tranquila que no se molestará.

Entramos al ascensor y subimos hacia los despachos. Entramos en el suyo y allí había un par de copas esperándonos. Sin duda sabía que necesitaba hablar y el ruido de la discoteca no era la mejor compañía.

Le conté lo sucedido el viernes cuando llegamos a la asociación, y no pudo evitar reírse con eso del trío, que volvió a hacerle la misma gracia la segunda vez que lo dije.

Necesitaba que me escuchara alguien, antes solía hacerlo Connor, pero desde que dejé Londres no habíamos vuelto a hablar desde que regresé. Y Karen que era mi paño de lágrimas estaba en el campamento así que... solo me quedaba Josh.

Y sabía escuchar, desde luego que lo hacía. Y me soportaba mis lagrimones y aunque me insistía en que él no me haría llorar de esa manera sabía que mi corazón le pertenecía a Mayer. Una de las camareras entró con un par de copas más y seguimos hablando.

Yo pensaba que después del despertar de ese día y de la tarde que habíamos pasado antes del paseo todo estaba bien, eso es lo que yo quería, que todo estuviera bien. Pero Dean se empeñaba en que no podía darme lo que yo quería.

—Y sinceramente no estoy dispuesta a ser la tonta a la que se folla cuando tiene la ocasión.

—Pero el sexo es bueno, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas. Pero yo necesito un hombre que me cuide y me quiera, que me mime. Con mi ex novio creí haberlo encontrado, hasta que me dejó por otra. Y ahora es él el abandonado, pero bueno eso es el karma que puede ser muy hijo de puta. Desde que perdí a mis padres no he encontrado ese cariño que me ha faltado siempre, tan solo los padres de mi ex me lo ofrecieron, y hoy día siguen ahí si les necesito, pero no es lo mismo. ¿Sabes? El pequeño Aiden me ha dicho que le gustaría que yo fuera su madre, y si no estuviera adoptándolo Dean lo haría yo encantada.

—Seguro que ese imbécil de nuestro arquitecto se da cuenta de que te puede perder por ser tan sumamente gilipollas y acabes siendo la madre del pequeño Aiden.

—No creo, Dean es demasiado... Déjalo. No quiero hablar más de él.

—Bueno, ¿entonces volvemos a salir para fastidiarle?

—Sí, seguiremos saliendo como amigos a ver si abre los ojos de una puta vez. Por cierto, el jueves he quedado con alguien para comer.

—Vaya, no me digas que ya tienes un pretendiente.

Empecé a reír y le conté lo del taxista, el joven Jack que me había pedido un autógrafo. Josh sonreía y después hablamos sobre la fiesta que Amanda tenía pensado dar el próximo sábado en casa, así que sin dudarlo decidió que iría conmigo y llevaría a una amiga con la que solía ir a esas fiestas.

—Será mejor que me marche. Son casi las tres...

—Vamos, te llevo.

Josh se puso en pie y me tendió la mano, salimos de su despacho y bajamos hasta el *parking* para coger su coche.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó cuando paró en la puerta de casa.

—Nada especial. Me levantaré tarde, comeré algo y me hartaré a ver películas.

—Ah, pues es un buen plan. ¿Puedo acompañarte?

—No creo que a Amanda le gustase la idea de que estuvieras a solas conmigo en su casa.

—Tranquila pequeña, que Amanda no muerde. Y seré bueno, palabra de boy scout —dijo llevando una mano al pecho y levantando la otra con dos dedos.

—Está bien. Te espero a la una, ¿te va bien?

—Perfecto, yo me encargo de la comida. Pasaré a por ella donde Mei.

—Bien, hasta mañana entonces. Bueno, hasta dentro de unas horas.

—Adiós, pequeña.

Josh se acercó y me dio un beso en la frente. Aunque Karen me hubiese dicho que Josh sentía por mí algo más que querer una simple amistad, él sí tenía claro que a quien yo quería era al imbécil de su amigo.

Sonreí, sabiendo que me había sonrojado, bajé del coche y cuando se abrió la puerta y entré Josh se despidió con un movimiento de su mano y dio la vuelta para salir de la calle.

Cuando entré en mi dormitorio apenas me quité la ropa y me metí en la cama, ni siquiera me puse una camiseta, cerré los ojos y caí en manos de Morfeo.

Capítulo 16

El tono de llamada de mi teléfono, que escuchaba demasiado lejos a pesar de estar en la mesita de noche, me sacó del sueño más profundo. Apenas si me había movido en la cama, estaba prácticamente en la misma postura en la que me acosté algunas horas antes.

—¿Sí? —pregunté con la voz ronca y sin abrir los ojos, no sabía quién osaba despertarme.

—Buenos días mi querida Avery —la voz de Donna, la madre de mi ex novio Adam, sonaba tan alegre como siempre.

—Hola, Donna, buenos días.

—¿Cómo estás hija? ¡Eres famosa! Sales en los anuncios de televisión y estás realmente preciosa. Y en las fotos estás divina.

—Gracias Donna. ¿Cómo estáis vosotros?

—Bien, muy bien. Mike te envía besos, y Adam te saluda.

—¿Está Adam en Nueva York?

—Sí, ha venido a pasar el fin de semana. Se marcha esta noche.

—Y... ¿cómo está él? Ve al niño a menudo o...

—No hija, la muy bruja apenas le deja verle. Y nosotros le echamos de menos.

—Tranquila, seguro que acabará recapacitando y podréis verle más.

—Hija, te llamaba por si podías venir a tomar café, hace mucho no te vemos y quiero abrazar a mi niña.

—No puedo Donna... he quedado para comer y... bueno veremos algunas películas.

—Oh, ¿es con alguno de esos muchachos tan guapos con los que sales en las revistas?

—No —mentí, no era necesario que le explicara a su hijo mi vida privada...—. Es con una de mis compañeras, que ha estado fuera y regresa hoy.

—Bueno, Adam no se va hasta la noche, podrías venir a merendar.

—Lo intentaré... pero... no te aseguro nada.

—Bien, inténtalo hija, que queremos verte.

Miré el reloj y vi que eran las doce, así que apenas tenía una hora para darme una ducha, vestirme y coger el surtido de películas que podríamos ver.

Pensé en Donna y Mike, en todo lo que ellos me habían dado durante el tiempo que estuve saliendo con su hijo, y el cariño que los tenía. A pesar de que Adam y yo dejamos de ser pareja hacía tanto tiempo, ellos siempre habían estado ahí con los brazos abiertos para recibirme y pasar una tarde conmigo. No podía dejar pasar esa oportunidad, aunque no quisiera ver a Adam, así que me planifiqué y acabé aceptando ir a visitarlos a las seis.

—¡No sabes cuánto me alegro hija! Te esperamos a la tarde entonces.

—Adiós, Donna.

—Adiós, hija.

Me levanté, me metí en la ducha y cuando salí envuelta en una toalla me sequé un poco el pelo e hice la cama. Me puse unos *shorts* y una camiseta con mis deportivas y busqué algunas películas de género variado, tampoco sabía qué iba a gustarle a Josh.

A la una menos cinco sonaba mi teléfono, Josh acababa de llegar así que abrí la puerta para que entrara con el coche y salí a la entrada de la casa a recibirle.

—Hola, pequeña. Espero que tengas hambre porque traigo arroz y pollo para saciarla.

—No he tomado nada de desayuno, olvidé poner el despertador y me he levantado hace una hora, y porque ha sonado el teléfono... —dije cogiendo una de las bolsas.

Nos saludamos con un beso en la mejilla y fuimos a la cocina para servir la comida.

Regresamos al salón con la comida y le dije que eligiera entre las películas que había sobre la mesa.

—Esta —dijo mostrándome “La boda de mi mejor amigo” de Julia Roberts—, hacía tiempo no la veía.

—No te tomaba por un romántico.

—Serán los años, me hago mayor.

—¿Será posible? Pero... si aún eres un chavalín.

—Pequeña, tú a mi lado eres un *petit suisse*.

—No me asustes. ¿Eres un anciano de ochenta años con más cirugía que Cher?

—¡No! Ni mucho menos. Tengo treinta y cinco años.

—Ah, bueno, aún eres joven.

—Sí, pero me acerco a los cuarenta a pasos agigantados.

—Y sin mujer ni hijos.

—Calla, que mi madre siempre decía “Me moriré sin conocer a mis nietos” y la mujer tenía razón.

—Lo siento Josh... yo no...

—Tranquila pequeña, son cosas que pasan. ¿Comemos?

—Claro.

Pusimos la película y nos sentamos a la mesa a disfrutar de la comida que había traído del restaurante de Mei.

Después de un par de películas, la comida, café y unos chupitos, recogimos la mesa y salimos de casa. Fuimos cada uno a nuestro coche y nos despedimos quedando en vernos el martes para comer.

—Lo he pasado bien. Muchas gracias Josh.

—No hay que darte pequeña, me gusta pasar tiempo contigo —se acercó y me dio un tierno beso en la mejilla mientras posaba sobre mi cintura una de sus manos—. Y si el imbécil de Mayer no quiere nada serio contigo, él se lo pierde.

—Nos vemos el martes. Adiós, Josh.

—Adiós, pequeña.

Cuando aparqué frente a la casa de Donna y Mike respiré hondo antes de bajar. No me hacía especial ilusión ver a Adam, era parte de mi pasado y ese pasado lo había dejado lejos, muy lejos, y había sufrido por él, por el daño que me hizo al dejarme por otra.

Caminé hacia la puerta y antes de que pudiera llamar al timbre Donna la abrió.

—¡Hija, qué alegría!

—Hola, Donna —la saludé abrazándola como siempre hacía.
—Vamos pasa. Estás preciosa.
—Eres tú que me ve con buenos ojos.
—De eso nada. ¿Verdad que está preciosa, Mike?
—Mi chica siempre lo está. Ven aquí hija, dale un abrazo a este viejo que presume de ti como nadie.

—Hola, Mike.
—Sí que presume sí, sus amigos le envidian —dijo Adam saliendo del salón.
—Hola, Adam.
—Hola, Avery. ¿Cómo va todo?
—Bien, no me quejo.
—Me alegro, reconozco que eres una gran modelo.
—Gracias.
—Vamos, pasa hija. Iré a por el café.
—Espero que traigas hambre, mi madre ha hecho tu pastel de frambuesa y nata preferido.
—Vaya, no era necesario Donna.
—Claro que sí hija, para una vez que vienes.

Y allí nos dejaron solos a Adam y a mí, sonreí y negué con la cabeza cuando vi a Donna coger del brazo a su esposo y con esa mirada que siempre tenía cuando salían y nos dejaban solos en casa. Esa mujer quería que su hijo y yo volviéramos, no tenía ninguna duda. Era la segunda vez que me obligaba a ir a tener que verle.

—¿Tienes apartamento ya? —preguntó Adam.
—No, sigo viviendo con mi jefa. No creo que me busque nada aún, esperaré unos meses hasta tener algo de dinero.
—La próxima semana regreso a Nueva York. Ya no tengo nada que hacer en California.
—¿Y tu trabajo?
—He pedido el traslado, necesito estar acompañado cuando salgo de la oficina porque si no empiezo a pensar en mi hijo y...
—Lo siento mucho Adam —la tristeza que se había instalado en su rostro hizo que mi corazón se apiadara de él y por instinto puse mi mano sobre la suya tratando de consolarlo.
—Gracias. Es duro tenerle tan lejos. Apenas si puedo hablar con él por teléfono y verle en algún video que me envía su madre.
—Sé que le echas de menos, pero seguro que al final llegaréis a un acuerdo y...
—Se lo lleva a Dubái. Lo aleja de mí.
—Adam... —apreté su mano con fuerza y se giró para mirarme.
—En el fondo creo que lo merezco Avery, por haberte dejado así por ella, ahora ella me deja por otro y se lleva lo único que quiero y me importa. Me voy a volver loco.
—Tranquilo, algo habrá que puedas hacer.
—Ella no quiere al niño, lo hace por joderme la vida. Ni siquiera quería tenerlo. Dijo que eso le hundía la vida, y ahora me lo quita.
—Podrías llegar a un acuerdo con ella, seguro que acabarían dándote la custodia.
—No lo sé, no sé cómo podría hacerlo para que me dieran al niño.
—Ella... ¿desde cuándo está con su nuevo novio?
—Ese es el problema, que me engañaba con él desde hacía tiempo.
—Quizás por ahí podrías conseguir que te lo dieran.
—Bueno, ¿quién quiere pastel? —preguntó Donna entrando en el salón con la bandeja del café

mientras Mike la seguía con el pastel y unos platos.

Solté la mano de Adam, pero para mi mala suerte Donna ya se había fijado que lo tenía agarrado y esa sonrisa suya regresó a su rostro.

Entre risas y recuerdos pasamos la tarde, y cuando me levanté para irme Adam me preguntó si podía acercarle al aeropuerto, así no tendría que llevarlo Mike que no le gustaba conducir cuando entraba la noche.

—Claro, no tengo nada que hacer ahora.

—Gracias hija —dijo Donna abrazándome.

—Tenemos que acordar un día para que vengas a comer —comentó Mike abriendo los brazos para que lo abrazara.

—Llamaré a Donna, ¿qué tal en un par de semanas? Cuando Adam esté ya instalado aquí.

—Me parece bien —dijo Adam—. Añoro las comidas familiares que solíamos tener.

—Bueno, iros hijo que no quiero tampoco que Avery llegue demasiado tarde a su casa. No es bueno conducir de noche.

—No te preocupes Donna, soy muy precavida.

—Dame las llaves —me pidió Adam tendiéndome la mano—, lo llevo yo hasta el aeropuerto.

Sonreí y le di las llaves, nos despedimos de sus padres y hasta que no nos alejamos no entraron en la casa.

Durante el camino hablamos de dónde estaría trabajando cuando regresara. Y acordamos quedar de vez en cuando para comer como buenos amigos, a pesar del daño que él me había hecho no podía evitar que formara parte de mi vida pues era alguien de mi pasado, un pasado en el que si no hubiera estado él yo ni siquiera sé cómo habría acabado, pues mi tía Ava no era la madre del año ni mucho menos.

—Gracias por acercarme Avery. Te llamaré en cuanto regrese para invitarte a comer, te debo una.

—No te preocupes. Si necesitas ayuda para instalarte...

—Tranquila, no iré a un apartamento solo, me instalo con mis padres por el momento. La casa de California la he vendido y como la mitad era para mi ex pues... lo que me queda lo guardo para cuando vea algo que me interese.

—Bien, no te entretengas más o perderás el avión. Cuídate Adam. Nos vemos.

—Adiós, Avery, me alegro que te vaya todo bien.

Cerró la puerta cuando me senté al volante y me despedí con la mano y una sonrisa. Adam se quedó allí mirando cómo me alejaba, igual que yo me había quedado el día que se marchó de casa de sus padres y me dejó por otra.

—¿Se puede saber dónde demonios estás! —gritó Karen cuando descolgué el teléfono.

—Acabo de llegar a casa. ¿Pasa algo?

—Sí, que llevo todo el puto día llamándote Avery y no lo cogías. ¿Tan ocupada estabas?

—Joder, me dejé el teléfono en casa. Salí a ver a Donna y Mike...

—Genial. Pues coge el puto coche y ven a la Clínica Milton, ¡pero ya!

—¿Clínica? ¿Qué ha pasado?

—Cuando llegues te lo cuento, pero por Dios date prisa.

—Karen me estás asustando.

—No es para menos. Por favor Avery ven, no tardes.

Y colgó, dejándome con la incertidumbre de qué había pasado. Por instinto llamé a Josh a ver si él sabía algo, pero no contestaba.

Salí de casa y cogí el coche, conduje tan rápido como pude y llegué a la clínica con el corazón encogido por no saber qué demonios había pasado y por quién tenía que preguntar.

—Estoy en la entrada, llegando a recepción. ¿Dónde estás? —pregunté cuando Karen descolgó el teléfono.

—Pasa a la sala de espera, iré a recogerte.

Caminé tan rápido como pude haciéndome hueco entre la gente que había por los pasillos, enfermos en camilla, enfermeras, médicos...

—¡Avery! —la voz de Karen llamó mi atención y corrí hacia ella.

—¿Qué ha pasado?

—Es Aiden...

—¿Aiden? ¿Qué le ha pasado?

—Dejamos a los chicos en la asociación, nos despedimos de ellos y regresamos a nuestros coches. Cuando salimos vi que Aiden corría tras nosotros y un chico en bicicleta no pudo frenar y le atropelló. Sé que es una simple bicicleta, pero el pequeño tiene un brazo roto, se golpeó la cabeza y tiene algunas magulladuras.

—¿Y por qué demonios corría tras vosotros?

—Salió corriendo detrás de Dean para darle esto —dijo entregándome la caja donde estaba el colgante que Dean me había comprado y le encargó a Aiden que me entregara.

—Por Dios...

—Avery, ese niño quiere que estéis juntos. Os adora a los dos.

—No puedo Karen, yo no puedo estar con Dean porque él no quiere estar conmigo.

—Es un maldito cabezota. Espero que entre en razón si ve ciertas cosas.

—Quiero ver a Aiden. ¿Dónde está?

—Vamos, ven. Dean y Peter están con él. Le van a dejar en observación esta noche por si hay alguna complicación. Una de las magulladuras tenía mala pinta y no sabían si podría tener alguna hemorragia interna.

Cuando entramos en la habitación donde estaba Aiden, vi cómo se le iluminaba el rostro al sonreír cuando vio que yo entraba.

—¡Avery! —gritó extendiendo el brazo que no tenía escayolado.

—Hola, bichito... ¿cómo estás?

—Bien, solo algo dolorido. Mira, tengo ya la firma de ellos —señaló mostrándome la escayola del brazo—. ¿Quieres firmar?

—Claro que sí bichito —me incliné y le besé la frente.

Cogí el bolígrafo que Peter me tendía y escribí «*Te quiero bichito, Avery te quiere*». La sonrisa y el abrazo que me regaló fue lo que consiguió consolarme y no hacer que llorara.

—Mira —dije mostrándole el colgante que me había puesto.

—¡Dean, se lo ha puesto! Mira, lo lleva puesto.

—Sí campeón, se lo ha puesto.

La mirada de Dean se clavó en la mía y me estremecí, era el único hombre que conseguía eso de mi cuerpo aún sin siquiera estar cerca de mí, solo con pensar en él y sus caricias, reaccionaba. No había duda que mi cuerpo le pertenecía, era de Dean Mayer.

Karen y Peter se despidieron y dijeron que cualquier cosa podíamos llamarles y vendrían enseguida.

—Me quedaré esta noche —dije cogiendo la mano de Aiden.

—No es necesario Avery, me voy a quedar yo —contestó Dean.

—Tú mañana tienes que trabajar, yo tengo la semana libre. Me quedaré con él.

Dean frunció el ceño, no le gustaba acatar órdenes y esa para mí era una orden muy clara, márchate a descansar que yo me quedo con el pequeño.

—Avery, es prácticamente mi hijo.

—Y yo soy su amiga, y amiga de su casi padre, y he dicho que me quedo esta noche con él. Ve a descansar, mañana vas al trabajo, y si hay algún cambio te llamo. Es más, si le dan el alta antes de que tú salgas de la oficina prometo llevarlo. ¿Quieres ver el despacho de Dean, bichito?

—Sí, nunca he ido.

—Entonces no se hable más —me acerqué a Dean, le cogí la mano y me puse de puntillas para besar su mejilla—. Vete, este bichito y yo tenemos una larga noche por delante.

—Está bien. Avery...

—No, no digas nada. Ya hablaremos otro día.

—Sí, tenemos que hablar.

Sentí cómo apretaba con fuerza mi mano y el brillo en su mirada, ese brillo que decía la verdad, que sentía algo por mí, pero se negaba a aceptarlo y mientras él no aceptara darme más, darme lo que yo tanto necesitaba, tan solo tendría mi amistad, mi amistad y nada más.

Capítulo 17

Apenas si dormí aquella noche, preocupada más por si el pequeño Aiden necesitaba algo. En cambio, él durmió del tirón, no se despertó una sola vez, hasta que una de las enfermeras entró con una bandeja de desayuno para cada uno.

—Buenos días señorita Baker.

—Buenos días.

—El señor Mayer nos pidió que le trajésemos el desayuno, espero que sea de su agrado.

Mi bandeja tenía café, tostadas, zumo y un plato de huevos revueltos con bacon. Sin duda alguna Dean había observado en el campamento lo que me gustaba desayunar.

—Gracias. ¿Sabe si Aiden podrá marcharse hoy?

—Seguramente sí. El médico pasará a verle. Su ronda comienza dentro de una hora.

—Bien, muchas gracias.

—Buenos días Avery —dijo Aiden que en ese momento abrió los ojos y me miró sonriendo.

—¿Cómo has dormido, bichito?

—Bien. ¿Y tú?

—También. Vamos, desayunemos y después llamamos a Dean, ¿quieres?

—Sí.

Y entre risas y secretos desayuné con mi pequeño bichito. Lo añoraría cuando Dean lo adoptara. Sería su hijo y yo no podría disfrutar de él tanto como lo hacía ahora. No sería igual sabiendo que Dean es su padre.

Cuando el médico llegó para revisar a Aiden no tardó en firmar el alta, pidiendo que lo lleváramos en un mes para revisar el brazo escayolado.

Volví a llamar a Dean y le dije que iba a vestir a Aiden para marcharnos de la clínica, me dio la dirección de su oficina en Manhattan y nos despedimos.

—¡Qué alto es! —gritó Aiden al ver el edificio donde Dean tenía su oficina.

—Sí, Dean me dijo que está en la última planta. Desde ahí arriba tiene que verse todo muy bien.

—Y la gente muy pequeña.

—Sí, ¿no te da miedo? Está muy alto...

—No, soy muy valiente.

—Eso ya lo veo bichito —le abracé y le besé la frente.

Entramos en el edificio y se veía bien iluminado por la luz del sol que entraba por los grandes ventanales. Varias plantas adornaban el *hall* y había sofás y mesas donde la gente permanecía esperando tranquilamente por él. Me acerqué al mostrador donde una mujer con una sonrisa digna de anuncio nos dio la bienvenida.

—Tenía una cita con Dean Mayer, el arquitecto de la última planta —le indiqué como si ella no supiera de quién le hablaba.

—¿Su nombre, por favor?

—Avery, Avery Baker.

—Sí, aquí la tengo. Y este niño tan guapo debe ser Aiden —dijo cogiéndole la mano y sonriéndole de nuevo.

—Hola —saludó Aiden sonriendo.

—Aquí tiene señorita Baker, sus acreditaciones. Vayan a los tornos y el chico de seguridad les dará acceso.

—Gracias.

—Que tenga un buen día señorita Baker.

Aquella mujer era todo simpatía, no me extrañaba que la hubieran contratado para recibir a los visitantes. Desde luego que te atendiera alguien con tanta amabilidad era mejor que ser recibido por alguien antipático.

—Buenos días —dijo el chico de seguridad.

—Buenos días. Nuestras credenciales.

El chico cogió los pases y los pasó por el lector de códigos, y como Aiden iba en mis brazos entramos juntos y con su credencial él hizo girar el torno.

—Aquí tiene.

—Gracias.

Entre tanto ejecutivo con traje y corbata y todas esas mujeres con sus trajes de falda o pantalón me sentía como una adolescente. Allí estaba yo con mis *shorts* vaqueros, una camiseta y las deportivas. Y con un niño en brazos. Cuando las puertas del ascensor se abrieron entré con Aiden y al encontrarnos solos no pude evitar comenzar a reírme.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada bichito. Es que al verme así vestida entre tanto trajeado me ha hecho gracia.

—Nos ha mirado todo el mundo —dijo Aiden riéndose conmigo—. Ellos elegantes y nosotros con vaqueros.

Y seguimos riendo hasta que llegamos a la última planta. Las paredes eran en color blanco y al igual que en el *hall*, algunas plantas decoraban la estancia con mesas y sofás donde algunas personas esperaban ser atendidas. Unas grandes letras con el nombre de Mayer Arquitectos te recibían nada más salir del ascensor, y en la mesa de recepción había dos preciosas morenas sonrientes. Cuando nos acercamos no pudieron evitar mirarse con la sorpresa en sus ojos, ya que no esperaban ver allí a alguien con unos diminutos *shorts* como los míos.

—Buenos días —dije para llamar su atención—. Soy Avery Baker. Tengo una cita con el señor Mayer.

—Buenos días señorita Baker. Está reunido con un cliente, si son tan amables de esperar allí, enseguida los recibirá.

—Gracias.

Cuando me alejaba y caminaba con Aiden aún en mis brazos hacia uno de los sofás donde otros dos hombres elegantemente trajeados esperaban, una de las chicas me llamó.

Regresamos al mostrador y ambas sonreían.

—¿Es usted Avery Baker, la modelo? —preguntó en un susurro.

—Sí.

—Me alegra conocerla. Tengo que decirle que es usted preciosa.

—Muchas gracias... —dije sonrojándome como una niña.

—¿Podríamos hacernos una foto?

—Eh... bueno... no creo que vaya debidamente vestida para ello —confesé sonriendo al tiempo que miraba mis *shorts*.

—¡Va usted perfecta! Yo odio tener que ponerme el traje. Voy más cómoda con esos —confesó señalando mis piernas.

—Vamos, pongámonos junto a esa ventana —pidió la otra morena mientras ambas salían de detrás del mostrador.

Y allí estábamos las tres, ante la mirada de los dos hombres trajeados que esperaban en los sofás, haciéndonos un bonito *selfie* de nuestros rostros.

—Muchas gracias, espero verla de nuevo por aquí —dijo una de ellas.

—Supongo, aunque no lo creo.

—¿No está saliendo con el señor Mayer? —preguntó la otra, un poco más curiosa.

—No... somos amigos. Vine a que viera a Aiden que le dieron el alta en la clínica, ayer sufrió un pequeño accidente, ¿verdad, bichito?

—Sí.

—Vaya, ¡anda! Si te han firmado la escayola.

—Sí, las enfermeras de la clínica han sido muy simpáticas conmigo.

—¿Puedo? —preguntó una cogiendo un bolígrafo.

—Claro.

Y cuando las dos habían terminado de firmarle la escayola a Aiden y le besaron la frente, la puerta del despacho de Dean se abrió y ante su figura apenas si pude respirar. Estaba realmente increíble, el traje gris le sentaba de maravilla. Tenía una de las manos en el bolsillo del pantalón mientras la otra se la estrechaba al hombre que se despedía de él.

—¡Dean! —gritó Aiden emocionado al verle acercarse al mostrador donde le habíamos dejado sentado.

—Hola, campeón —Dean se acercó y lo cogió en brazos.

—Me han firmado la escayola —comentó y señaló a las dos morenas que no retiraban sus sonrisas de ellos.

—A Katrina y Martha les gustan mucho los niños. Tienen sobrinos a los que malcrian mucho.

—Tampoco los malcriamos tanto señor Mayer.

—¿Hay algo pendiente para mí? —preguntó al ver a los dos hombres del sofá que no apartaban sus miradas de mis piernas. Y eso lo supe porque Dean apenas si tardó unos minutos en poner su mano sobre mi espalda, casi, casi sobre mi trasero.

—No señor. Ellos esperan a David.

—Bien, entonces entremos —dijo acercándose para besar mi sien—. Recogeré algunas cosas y nos marchamos a comer. ¿Os apetece que os invite?

—¡Siiii! —contestó Aiden abrazándose a su cuello.

—Entonces hoy me tomo el resto del día libre.

Mientras caminábamos hacia el despacho escuché a Katrina y Martha susurrando, una decía que yo era preciosa y la otra confirmaba que tenía un bonito cuerpo, digno para el pecado. Cuando una de ellas carraspeó y le reprendió por no apartar sus ojos de mi trasero... comprendí que eran pareja. Dos menos con quien competir por mi arquitecto.

—¡Vaya, qué grande! —comentó Aiden cuando entramos en el despacho.

Había un escritorio de cristal y un sillón de cuero negro donde sin duda Dean trabajaba. Varias

estanterías llenas de libros y una mesa grande donde seguramente hacía sus bocetos de los edificios hacían compañía a ese escritorio. Al fondo había un par de sofás y una mesa de centro, y en el medio una mesa redonda con algunas sillas.

—¿No has ido a casa? —preguntó caminando hacia los sofás donde había una nevera.

—No, hemos venido directamente desde la clínica.

—Mmm... ¿quieres darte una ducha?

—La verdad me sentaría bien, apenas si he dormido y el agua fría me espabilaría.

—Pediré que te traigan algo de ropa para que te cambies. En esa puerta está el baño. Aiden, ve al sofá a sentarte campeón.

Dejé al pequeñajo en el suelo y fue al sofá como le había dicho Dean. Con un par de botellas de agua en la mano caminé hacia el sofá y le dió una a Aiden, se acercó a mí, me tendió la otra y mientras me la tomaba llamó a una de las chicas de la recepción.

Le pidió que bajara a la tienda que había en la esquina y cogiera unos vaqueros y una camiseta, y que no se olvidara de algo de ropa interior.

—Perfecto, ahora le pides a tu secretaria que me compre bragas...

—Ja ja ja, no seas tonta, Katrina no va a andar por ahí diciendo que te ha comprado bragas. Además, creo que ella es más de tanga... como tú —susurró cogiendo mi cintura con una mano.

—Son pareja, ¿verdad?

—¿Katrina y Martha? Sí.

—Bien, entonces Martha se pondrá celosa porque su novia me ha comprado un tanga.

—Anda, ve a darte una ducha. Cuando suba la ropa te la doy. Luego me cambiaré yo.

—¿Vamos a ir a tu apartamento?

—No, tengo ropa aquí. Cuando salgo con los chicos me cambio antes de salir.

Dejé la botella y mi bolso sobre la mesa y fui al cuarto de baño. Al entrar me sorprendió que fuera tan amplio. Tenía una ducha bastante grande, un par de lavabos, una estantería con toallas limpias y varios botes de gel y champú. Al fondo dos grandes espejos que hacían las veces de puertas para el increíble armario empotrado donde Dean guardaba trajes, camisas, vaqueros, camisetas, jerséis y zapatos. No pude evitar acercarme una de las camisas y disfrutar del aroma de su perfume.

Abrí el grifo del agua caliente mientras me desvestía y cuando entré en la ducha le di el toque para que el agua estuviera como a mí me gustaba, templada tirando a fresquita.

Dejé que el agua cayera por mi cuerpo mientras dejaba la mente en blanco con los ojos cerrados. No podía evitar mis sentimientos por Dean, aunque no fuéramos pareja no me importaba que me regalara un beso en la sien delante del resto del mundo, incluso saber que era tan sumamente posesivo conmigo en lo que a hombres se refiere, que les hiciera saber que en ese preciso momento estaba con él con solo poner una mano sobre mi espalda, sería una completa idiota si no admitiera que me gusta cuando marca su territorio.

Me sobresalté al sentir unas manos sobre mi cintura, creí que mi mente me jugaba una mala pasada y volvía a soñar con Dean. Pero al sentir sus besos en mi hombro supe que no estaba soñando.

—¿Qué haces aquí?

—Te traje la ropa.

—Dean, sal de aquí... Aiden...

—Está con Katrina y Martha. Están encantadas con él.

—Por favor... Dean...

Sus caricias y sus besos me estaban volviendo loca, y no quería dejarme llevar por mis deseos, ¿por qué tenía que ser tan débil con el imbécil de mi arquitecto?

Sus caricias pasaron de mi cintura a mi vientre y mi espalda, sin abandonar su recorrido de besos desde mi hombro a mi cuello hasta encontrar mis labios.

Su lengua irrumpió en mi boca entrelazándose con la mía en un baile sensual. La mano que se deslizaba por mi espalda había bajado hasta la nalga derecha de mi trasero y la pellizcaba con esa ansia tan característica en él, el que me hacía saber que necesitaba tenerme entre sus brazos.

Me giró hasta tenerme frente a él y se apoderó con sus manos de ambas nalgas, aferrándose a ellas mientras me atraía hacia su cuerpo y me pegaba más a él, hasta dejar su prominente erección junto a mi vientre. Estaba tan dura y dispuesta para hacerme enloquecer...

—Hazlo, Dean, hazlo... ahora...

Dejó un rastro de besos desde mis labios hasta mi vientre mientras sus manos se apoderaban de mis caderas, se arrodilló frente a mí y me levantó una pierna apoyándola sobre su hombro, dejándome expuesta y abierta para él. Me miró y con esa sonrisa de medio lado que tanto me gustaba se acercó a mi sexo y lo besó. Llevó dos dedos hacia los pliegues que cubrían mi clítoris y los abrió, acercando su lengua a él y deslizándola en círculos que me enloquecían. Mientras besaba, succionaba y mordisqueaba mi clítoris, me penetraba con sus dedos una y otra vez, y en medio de jadeos y gemidos llegué al mejor orgasmo que hasta ahora había tenido en aquella práctica sexual.

Volvió a hacer el camino de besos desde mi sexo hasta mis labios, me cogió por los muslos y llevó mis piernas alrededor de su cintura y sin dejar de besarme, pegando mi cuerpo contra los azulejos de la ducha, me penetró de una sola embestida.

Entre besos me mordisqueaba los labios, me sujetaba con una mano sobre mi nalga y con la otra me regalaba caricias y se aferraba a mi cuello atrayéndome hacia él para que no me alejara de sus labios.

Bajo el agua de la ducha nos dejamos llevar a ese mundo de pasión y lujuria donde tan bien nos compenetrábamos, donde no importaba nada que no fuéramos nosotros y nuestro placer.

—Me gusta Avery, me gusta tanto hacerlo contigo.

—Y a mí, me encanta.

—Quiero hacerlo todos los días, ¿me dejarás hacértelo todos los días?

—Sí, sí, cada día...

Sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo y los músculos de mi sexo se contrajeron, mi orgasmo estaba cada vez más cerca.

—¿Ya estás lista? —preguntó susurrando mientras hundía la cabeza en mi hombro.

—Sí...

—Córrete conmigo preciosa, córrete.

Me aferré con las manos a su espalda y hundí mi cabeza en su hombro, le di algunos besos y cuando el clímax nos llegó al mismo tiempo no pude evitar morder su hombro, gesto que él repitió

en el mío.

Las palpitaciones de su erección mientras descargaba su placer en mi interior hicieron que mi orgasmo fuera aún más intenso.

Cuando nuestras respiraciones volvieron a ser normales nos miramos fijamente a los ojos, sonreímos y nos besamos con ternura, como si fuera la primera vez que nuestros labios se encontraban.

Me dejó de nuevo en el suelo de la ducha y cogió el gel, se lo extendió en las manos y me enjabonó, sin dejar un solo rincón de mi cuerpo sin lavar mientras yo me encargaba de mi pelo.

Cuando terminó de lavarme cogió el gel para ducharse él, pero se lo arrebaté y lo hice yo, acariciando lentamente cada parte de su cuerpo sin dejar de besarnos.

—Vaya, Katrina tiene buen gusto —aseguró Dean cuando salí del cuarto de baño.

—Sí, y sin duda a la chica le han gustado mis piernas, porque le pediste unos vaqueros y me ha traído unos *shorts*...

—En realidad, volví a llamarla para que se olvidara de los vaqueros.

—Oh, así que... te gustan mis piernas.

—Me gusta todo de ti Avery, me gustas tú, toda tú. Me gustas mucho.

Se acercó despacio, me rodeó por la cintura y estrechándome en sus brazos se inclinó para besarme.

Él se había puesto unos vaqueros desgastados y una camiseta negra con cuello en uve y unas deportivas. Con el pelo todavía húmedo estaba aún más sexy si es que eso era posible.

—Será mejor que salgamos...

—Sí, Aiden llamó preguntando si tardaríamos aún más.

—Ahora tus secretarias sabrán que tú y yo...

—¿Acaso creíste que cuando le pedí ropa no lo sospecharían? Y cuando les dejé a cargo de Aiden tenías que haberlas visto las risitas.

—Joder Dean... que saben que somos amigos.

—Bueno, y... ¿es que los amigos no se acuestan? Cuando hay una atracción física entre ellos sí lo hacen.

—Dean... ya sabes que yo no quiero esto.

—Pero no me rechazas.

—Porque no puedo maldita sea. ¡No puedo decirte que no! Me excitas tanto... me gustas tanto que... soy débil. No puedo evitar dejar que me hagas tuya.

—Y ahora que me has dicho que puedo hacerte mía todos los días... espero que así sea.

No me dejó hablar, se inclinó y volvió a apoderarse de mis labios en tiernos besos mientras sus manos se deslizaban hasta mis mejillas.

—Será mejor que salgamos o Aiden acabará por comerse los papeles.

Me besó en la frente y se apartó para recoger su teléfono del escritorio.

Cuando abrió la puerta del despacho las risas de Aiden y de las chicas hicieron que sonriéramos. Sin duda aquel pequeñajo se las había ganado.

—Veo que lo pasas bien con las chicas —le dijo Dean.

—Sí, son muy divertidas. Mira, me han llenado la escayola de dibujos.

—Qué bonitos. Vamos, despídete que vamos a comer —Dean pasó detrás del mostrador y le cogió en brazos.

—Adiós.

—Adiós, Aiden, esperamos verte pronto por aquí.

—Tendrá que traerme Avery. Dean trabaja mucho.

—Pero cuando seas mi hijo podré traerte siempre que quieras.

—¡Vaya! No nos habías dicho que serías hijo de nuestro jefe.

—Por el momento estoy esperando, pero es cuestión de meses.

—Enhorabuena entonces jefe. Tendrás un hijo encantador y muy cariñoso. Y, además, le gusta tu chica.

Sentí que mis mejillas ardían por el sonrojo que acababan de adquirir, como si no fuera suficiente que se hubieran enterado de que su jefe me iba a echar un polvazo en su despacho, ahora también me llamaban su chica. Pero claro, a vista del resto del mundo así debían vernos. Y la única que sabía que solo era su chica para tener sexo, muy bueno, pero sexo y nada más, era yo. Y los pocos que nos conocían bien.

—Ha sido un placer conocerla señorita Baker.

—Para mí también.

—Ahora me dará la lata toda la semana con lo guapísima que es —murmuró Martha guiñándole un ojo a Dean.

—Es que mi chica es realmente guapa —dijo Dean cogiéndome por la cintura y besando mi sien—. Nos vamos. Cualquier cosa me llamáis.

—Sí señor Mayer.

Y así, dejando claro ante cualquiera que nos viera que era “su chica”, caminamos hacia el ascensor con su mano sobre mi espalda. Y todo el que nos viera pensaría que éramos la familia perfecta, papá y mamá que salían a comer con su hijo.

Por un momento mi mente voló hacia algún lugar en el que mi futuro era ese. Al lado de Dean Mayer, mi esposo, junto a nuestro hijo Aiden y una preciosa niña de cabellos castaños y ojos marrones, la misma mirada de su padre.

—¿Dónde queréis ir?

Y la voz de Dean me devolvió a la realidad. Una realidad en la que yo no era más que la última adquisición del atractivo y codiciado arquitecto a la que metía en su cama.

—Donde comí con Josh, por aquí cerca, se come bien —dije sin siquiera mirarle.

—Sí, se come muy bien. Vamos allí entonces. Hace tiempo que no veo a Silvia.

—Es muy simpática.

El ascensor se abrió y varias de las personas que esperaban entrar saludaron a Dean con perfectas sonrisas y palmadas en el hombro.

En ese edificio había varias oficinas, algunas eran importantes despachos de abogados, agencias de publicidad, asesorías, financieras... Pero la más importante era la de Mayer Arquitectos, que contaba con las tres últimas plantas del edificio. Dean se había encargado de su diseño y el edificio era suyo, por lo que generaba una sustanciosa cantidad de ingresos mensuales por el resto de oficinas que había en él.

Apenas tardamos diez minutos en llegar al restaurante de Silvia, y cuando entramos su mirada de sorpresa tampoco pasó inadvertida para Dean.

—Hola, Silvia. Veo que estás estupenda.

—Vaya, pensé que te habías olvidado de las amigas. ¿Cómo le va a mi arquitecto favorito?

—Mucho trabajo. Te presento a Aiden, el niño que estoy adoptando.

—Es un placer Aiden. Eres muy guapo, cuando seas mayor le vas a dar algún que otro dolor de cabeza a este hombretón.

—Hola, Silvia. ¿Tenéis tarta de chocolate? Dean me ha dicho que podía tomar un pedazo de postre, si te queda.

—Y si no queda ahora mismo preparamos una. Hola, Avery —dijo tendiéndome la mano para saludarme.

—Hola.

—¿Cómo está Josh? —sin duda esa mujer quería hurgar en las heridas de Dean.

—Bien. Trabaja mucho también.

—Estuvieron aquí juntos el otro día. Otro que no se deja ver, os vendéis caro los dos, ¿eh amigo?

—Sí, ya sabes que el trabajo nos aleja de la vida social.

—Acompañadme, os daré una mesa en un lugar tranquilo. No quiero carroñeros buscando una buena foto...

Sí, sin duda mi presencia allí no le había gustado. Pero yo podía lidiar con eso y con más.

Cuando nos sentamos Dean me dijo que había sido Silvia quien le había enviado el enlace al reportaje de las fotos que nos hicieron allí. Al parecer él le había hablado a ella de mí y cuando me vio con Josh pensó que realmente estábamos juntos.

—No voy a prohibirte que veas a tus amigos, pero quiero que seas mía, solo mía.

—Si no me vas a dar más, si no puedes darme lo que quiero y necesito de ti, no puedo ser solo tuya.

—Avery, tengo que ir al baño —dijo Aiden.

—Vamos, te acompaño.

—No, voy solo, yo puedo.

Aiden se levantó y le preguntó a Silvia dónde estaba el cuarto de baño, y cuando ella se lo indicó le vimos desaparecer por el pasillo.

—¿Estás dispuesta a irte a la cama con otros, aunque estés acostándote conmigo? —preguntó Dean aprovechando que estábamos solos.

—No he dicho eso, yo no voy buscando irme a la cama con cualquiera. Pero si conozco a alguien que me ofrezca lo que busco... no puedes evitar que haga mi vida.

—No me hagas eso Avery, por favor... no quiero perderte.

—Ya sabes de qué forma no me perderías, pero eso no es lo que quieres.

El teléfono empezó a sonar en el interior de mi bolso, lo saqué y vi el nombre de Josh en la pantalla. Pensé un momento y dudé si contestar o colgar, pero si hablar con Josh hacía que Dean recapacitara, aunque solo fuera un poco, no iba a perder esa oportunidad.

—¡Hola, Josh! ¿Cómo estás?

—Avery, tenemos que hablar. Hay un problema y por lo que he visto es gordo.

—¿Qué ha pasado?

—Por teléfono no, esto es mejor que lo hablemos en persona. Tienes que ver algo...

—Me estás asustando Josh.

—¿Qué pasa? —preguntó Dean tan alto que sería imposible que Josh no lo hubiera escuchado.

—¿Estás con Dean?

—Sí, anoche atropellaron a Aiden y pasé la noche en la clínica con él, le han dado el alta esta mañana y vinimos a comer con Dean.

—Dime dónde podemos vernos, esto también le interesará a él.

—Pues... estamos en el restaurante de Silvia...

—Perfecto, estoy ahí en veinte minutos. Pídemme un plato de pasta que aún no he comido.

—Bien, nos vemos.

Cuando colgó volví a guardar el teléfono en el bolso y llamé a Silvia para pedirle la comida de Josh.

—Bueno, me alegra teneros a los dos el mismo día. Creo que eso solo lo consigues tú, querida —dijo guiñándome un ojo y alejándose de la mesa.

—¿Por qué tiene que venir Josh? Estamos comiendo con mi hijo.

—Claro, tu hijo. Lo olvidaba. Vas a adoptar a Aiden y no podré verlo a solas...

—Sí que podrás Avery, y me encantaría que lo hicieras. Que pasaras a buscarle al colegio siempre que quieras y lo lleves a pasar las tardes contigo. No quiero que solo se relacione con la nany. Y él te quiere, te quiere mucho.

—Josh dice que hay algo que tenemos que ver, no sé qué será, pero dice que es importante.

—¿Todo bien, campeón? —preguntó Dean al ver a Aiden acercarse.

—Sí, ya dije que podía solo.

—Vamos bichito, come que se enfría.

Y exactamente veinte minutos después llegaba Josh al restaurante. Me puse en pie y le saludé con un beso en la mejilla mientras él me cogía por la cintura. Dean se puso en pie y le estrechó la mano, se sentó entre nosotros y dejó un sobre que llevaba sobre una silla que cogió de la mesa de al lado.

—Hola, Aiden. ¿Qué te ha pasado?

—Me atropelló una bicicleta.

—Vaya, qué mala suerte. Pero oye, ahora te van a mimar más que otras veces —dijo Josh guiñando un ojo.

—Sí, eso me temo. Va a ser el mimado de la pandilla —contestó Dean.

—¿De qué querías hablar, Josh? —pregunté para quitarme los nervios que habían aumentado a cada minuto que pasaba desde que él me llamó.

—Hay un problema. Una de las periodistas de la revista que publicó aquel reportaje en el que decían que... —se paró un instante, miró a Aiden y con la mirada prácticamente me suplicó que se marchara de la mesa.

—Aiden —dijo Dean al ver la mirada de Josh—, por qué no vas a ver a Silvia y que te dé en la cocina ese pedazo de tarta, así te pondrá doble ración y los demás niños no se quejarán.

—Vale.

Aiden se levantó y buscó a Silvia, cuando le dijo lo que Dean le había pedido ella miró y la mirada de Dean le confirmó que no queríamos que el pequeño se enterara de lo que íbamos a comentar allí.

—Sigue —pidió Dean.

—La chica que escribió aquel artículo que insinuaba que eras la madre de Aiden ha recibido

esto.

Cogió el sobre de la silla y me lo entregó. Le miré sorprendida pues no sabía qué demonios habría allí dentro que pudiera ser tan importante o que le interesara a cualquier periodista.

Cuando saqué el montón de fotos mías, durmiendo cubierta apenas por la sábana, con las piernas al descubierto en unas, en otras era mi pecho el que se veía. No podía creer que eso hubiera llegado a los periodistas. Esas fotos, las paredes, las camas, por un momento quise morirme, no podía ser que él hubiera sido capaz, era el único con el que había dormido más de una noche.

Mi cara debió reflejar el más puro terror y el temblor de mis manos fue el detonante para que Dean entendiera que no era bueno lo que estaba viendo.

No quería creerlo, no podía ser que él hubiera hecho aquello y ahora... ahora... lo único que quería era destruirme, tantas veces dijo que me quería y ahora me hacía daño de esa manera.

Las lágrimas se arremolinaban en mi garganta, apenas si podía hablar ni respirar, los ojos empezaban a humedecerse, pero no quería llorar, no delante de Dean y Josh.

Dean se incorporó y me quitó las fotos de las manos, al verlas apretó los dientes con fuerza y su semblante cambió por completo, la furia y la rabia se instalaron en sus ojos. Me miró, y no supe qué decir, ni siquiera podía hablar, no podía.

Capítulo 18

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Dean.

—Fotos, fotos comprometidas —respondió Josh.

—Ya sé que son fotos, joder. No soy tan imbécil. Avery, ¿de cuándo son estas fotos?

—De... de...

—Pequeña, necesitamos saber todo. Y quién las hizo. No había remite en el sobre y Carla llamó a mi amigo Bobby para entregárselas, ella no quería publicarlas, ni siquiera se las ha mostrado a sus jefes. Había una nota que decía que se pondría en contacto con ella esta semana, ha asegurado que me llamará cuando hable con quien se las haya enviado.

—Solo puede haber sido una persona, y... jamás pensé que haría esto.

—¿Quién ha sido Avery? —preguntó Dean.

—Yo debo encargarme de esto, nadie más —me levanté, le quité las fotos de la mano a Dean y volví a guardarlas en el sobre. Cogí mi bolso y corrí hacia la puerta tratando que no pudiera retenerme ninguno de los dos.

Con el rastro de las lágrimas por mis mejillas llegué a casa. Subí corriendo las escaleras y entré en mi dormitorio cerrando de un portazo asegurando que estaba sola en casa.

Sabía que Amanda y las chicas estaban de viaje y posiblemente Karen habría pasado la noche con Peter y ahora estarían comiendo juntos.

—¿Qué pasa? —preguntó Karen abriendo la puerta de mi dormitorio.

—Karen... pensé que estaría sola.

—¿Ha pasado algo con el arquitecto? Ese tío cada vez va a peor. ¿Aiden está bien?

—No ha pasado nada con el arquitecto, y Aiden está perfectamente.

—Entonces, ¿a qué vienen esas lágrimas? ¿Qué es eso?

Sin dejarme tiempo a retener el sobre en la cama Karen lo cogió y sacó las fotos. Viéndola a ella supe cómo habría sido el gesto de sorpresa en mi rostro cuando saqué esas malditas fotos.

Le expliqué lo que Josh nos había contado y ella, al igual que yo, tampoco podía creer que Connor me hubiera hecho algo así.

—Algunas son del último fin de semana que pasamos en casa de los Evans antes de que él se mudara a Londres.

—Es un hijo de...

—Pensé que era sincero cuando decía que me quería. Al menos como a una buena amiga, y creo que esto no se le hace a alguien a quien tienes cariño.

—Son de antes de que fueras modelo, ¿verdad?

—Otras son del fin de semana que estuvo aquí, y... creo que estas son en su casa.

—Joder Avery, ¿dormías desnuda?

—No, siempre con mis *shorts* y camiseta de tirantes. Pero si ves la sábana... deja al descubierto tan solo la pierna y el brazo, tapa justo lo necesario para que parezca que no llevo nada bajo la sábana.

—Lo mato. ¡Juro que mato a ese hijo de puta!

—Karen, esto debo hacerlo sola...

En ese momento llamaron a la puerta y Karen salió al pasillo para ver de quién se trataba, pues no esperábamos visita.

Aprovechando que estaba sola en mi dormitorio guardé las fotos de nuevo en el sobre y cogí el teléfono. Traté de marcar el número de Connor, pero no pude, ni siquiera sabía qué le iba a decir.

Entre sollozos escuché que se abría la puerta y volvía a cerrarse.

—Vete Karen, por favor quiero estar sola.

—No voy a irme preciosa —dijo Dean sentándose en la cama.

—Será mejor que te vayas, quiero estar sola.

—Avery... necesito saber quién ha enviado esas fotos. Seguramente tenga más copias e incluso puede haberlas enviado a alguna otra revista.

—Soy una imbécil, tenías razón. Confío en quien no debería.

—Yo no hice esas fotos y lo sabes, no sé dónde están hechas. Y Josh tampoco, puede que quiera meterte en su cama, pero sé que ni lo ha hecho ni lo hará.

—Vete.

—No, no me pienso ir a ningún lado —se recostó en la cama, se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos, pegando su pecho a mi espalda mientras me besaba el cabello.

—Déjame. Por favor, vete Dean.

—¿Quién ha sido Avery? Necesito saberlo. Tengo que arreglar esto.

—No, tú no vas a arreglar nada. Tú arreglaste lo del artículo con Aiden y te estoy agradecida, pero esto... esto tengo que arreglarlo yo.

—¿Ha sido el tal Connor?

Sollocé, no quería contestarle, pero estaba claro que sabía quién era porque Connor era el único tío con el que me había acostado antes de él. Ni siquiera Adam habría sido capaz de hacer esta estupidez.

—Sí.

—Tengo que hacerlo Avery, tengo que arreglar esto. Por ti, por mí, por nuestros niños, por nosotros.

—Tú no tienes que hacer nada. Yo lo haré. Sé qué es lo que quiere Connor para que esto no salga a la luz. Sé lo que tengo que hacer para evitarlo.

—¿Has hablado con él? ¿Quiere dinero? No aceptes un chantaje Avery, si lo haces nunca dejará de pedirte dinero.

—No he hablado con él, y no es dinero lo que quiere. Me quiere a mí. Y aunque en este momento le odie, no tengo más opción que darle lo que quiere.

—¿Me estás diciendo que te harás su mujer por el chantaje con esas fotos? ¿Eso es acaso lo que debería haber hecho yo para conseguir que seas solo mía?

—No, tú no debes hacer nada porque creo que no eres tan hijo de puta como Connor.

—Y aunque él sea un hijo de puta te vas a ir con él. Le vas a dar el placer de tenerte para mantener esas putas fotos ocultas de todo el mundo.

—Sí, lo haré. No por mí, sino por ti, por nuestros niños, por mis amigos, por quienes me quieren.

Aparté sus manos de mi cintura y me levanté de la cama. Cogí el teléfono y marqué el número de Connor mientras Dean se incorporaba y apoyaba la espalda en el cabecero.

—¡Hola, Avery! ¿Cómo estás? —preguntó Connor al otro lado del teléfono.

—¿Qué pretendías con esas fotos, Connor?

—¿Fotos? Por Dios... no pensaba que las fueran a publicar ya. ¿Cuándo han salido?

—No, no las han publicado. La chica a la que se las enviaste me las ha entregado. Ahora, por favor, dime qué narices querías conseguir con la publicación de esas putas fotos.

—A ti. Sabía que si las publicaban no querías seguir en Nueva York y no había otro sitio al que ir, no al menos si querías mantener mi boca cerrada y que no fuera hablando de ti en todos los medios de comunicación.

—¡Eres un maldito hijo de puta Connor! ¡Confíé en ti, siempre lo he hecho, eras mi mejor amigo...!

—Pero no me querías como hombre, y resulta que no estás solo con el maldito arquitecto ese, sino que estás follando con otro más. Tú no eras así Avery, solo te acostabas conmigo hasta que tuve que venirme a Londres. Debiste venir conmigo, lo sabes.

—No Connor, no debí irme contigo porque yo solo te quiero como amigo, nada más. Nunca, y lo sabes, nunca debimos acostarnos esa primera vez. Lo de las fotos ha sido un golpe bajo, una jugada muy sucia.

—Me has llamado, eso quiere decir que estás pensando aceptarme como hombre.

Las lágrimas se agolpaban en mis ojos, sentía los latidos de mi corazón tan rápidos y fuertes en mi pecho que creí que me daría un infarto. Escuché a Dean caminando hacia mí y me rodeó por la cintura desde atrás, apoyando su barbilla en mi hombro.

Pensé un instante, estaba dispuesta a dejar Nueva York para irme a Londres y darle a Connor lo que quería, pero no podía hacerlo. Mi vida estaba allí, con Karen, Amanda, los niños, Josh... y Dean, sobre todo con Dean a quien por más que intentara no conseguiría dejar de querer como quería.

—No, no voy a dejar todo por ti, estás loco si piensas eso.

Sentí que Dean soltaba el aire que había estado conteniendo desde que me abrazó, me abrazó más fuerte y me besó el hombro. Le miré y el brillo de sus ojos me confirmó que me ayudaría con ese asunto, al igual que estaba segura que Josh y Karen lo harían. Y no teníamos mucho tiempo, eso debía quedar solucionado antes de que Amanda regresara.

—Estás perdida Avery, y lo sabes.

—No Connor, eres tú el que está perdido. Espero por tu bien que no cometas ninguna locura, porque juro que no descansaré hasta que estés tan lejos que no puedas hacerme daño.

—Bien, tú lo has querido. Esa periodistilla solo ha sido una de las muchas personas que recibirán esas fotos. Y a ella no le dije quién era, no se lo había dicho aún, pero te aseguro que tengo otras muchas fotos en las que estamos juntos y créeme mi niña, todos sabrán que soy tu novio desde hace mucho tiempo y que te gusta tontear con otros hombres en mi ausencia. La adorable y sexy modelo Avery Baker quedará reducida a cenizas.

—No tengo miedo porque no hay nada que puedas hacerme, y lo sabes.

Connor colgó, me giré hacia Dean y comencé a llorar de nuevo mientras sus brazos se aferraban a mi cuerpo.

Estaba perdida, si Connor decía tantas mentiras las revistas le creerían y lo publicarían, mi vida quedaría relegada a la nada, y lo peor era que por esa maldita mentira Dean y Josh se verían implicados y quedarían como los hombres con los que la dulce Avery Baker jugaba mientras su novio la esperaba en Londres.

Estaba perdida, sin lugar a dudas estaba perdida.

SINOPSIS

Cuando todo va bien, cuando encuentras felicidad y estabilidad, ¿puede tu pasado interponerse en tu futuro?

Sí, puede, pero eso solo te ayuda a ser más fuerte.

Capítulo 1

No recordaba en qué momento Dean me había recostado en la cama, al punto de quedarme dormida.

Mi último recuerdo era la conversación con Connor sobre esas malditas fotos, y llorar entre los brazos de Dean junto a la ventana de mi dormitorio.

Estaba oscuro, apenas la leve luz de la luna entrando por la ventana iluminaba el dormitorio, y

la casa estaba en completo silencio. Pero yo no estaba sola en la cama, sentí que alguien se movía junto a mí y después una mano se aferraba a mi cintura. ¿Sería Dean? Era el último al que recordaba allí conmigo.

Me giré, despacio para no despertarlo, y ahí estaba, aún vestido con el traje que llevaba aquella mañana. Respiraba tranquilo, como si tenerme entre sus brazos le diera la calma que necesitaba. No pude evitar acariciar su mejilla, su cabello, entrelazar mis dedos en él y sentir su suavidad.

—¿Has dormido bien? —preguntó con la voz algo ronca y los ojos aún cerrados.

—Yo... —retiré mis dedos de su cabello y dejé la mano bajo mi mejilla, sobre la almohada.

—¿Estás mejor?

—¿Qué haces aquí?

—No querías que me fuera. Cuando Connor colgó empezaste a llorar, y poco después llegó Karen con una botella de whisky y... yo di algunos tragos, pero tú casi la vaciaste. Te recostaste y antes de quedarte dormida entre lágrimas me pediste que no te dejara sola. Y yo tampoco quería hacerlo.

Cerré los ojos, en ese instante sentí un pinchazo en mi sien, no había duda que había bebido algo más de la cuenta.

—No deberías haberte quedado...

—Claro que debía. Avery, no pienso dejarte sola en esto, ni en esto ni en nada. Sabes que... sabes que quiero que seas mía.

—Sí, pero ya hemos hablado de todo eso. Quieres que sea tuya en tu cama y yo...

—No, no quiero follar contigo.

Mis ojos debieron abrirse como platos ante ese comentario porque su rostro se sonrojó y enseguida me atrajo hacia él para estrecharme entre sus brazos.

—No quería decir eso, joder claro que quiero acostarme contigo, pero no es eso lo único que quiero de ti. Quiero... yo quiero...

—¿Una niñera para Aiden alguna que otra tarde?

—Una madre para Aiden.

No podía creerlo, me acababa de decir... no, no me estaba pidiendo eso. Cuanto menos era una locura.

—¿Estás borracho, Dean? —pregunté alejándome de él.

—No, no lo estoy. Hablo en serio. Aiden te quiere, y yo no te quiero. Quiero que seas su madre, quiero que lo adoptes conmigo.

—Así que... no me quieres...

—No te quiero. Te lo dije aquella noche en Londres. No te quiero.

—Para adoptarle deberíamos estar... ¡Oh, Dios, no!

—Avery... —Dean se incorporó, llevándome con él y quedándonos sentados uno frente al otro en mi cama. Me cogió las manos y las llevó a sus labios para besarlas. Su mirada no se apartaba de mis ojos y podía ver en ella ilusión y miedo— Me gustaría que fueras mi esposa, la madre de Aiden y... bueno, algún día de nuestros propios hijos.

—Dean... yo... no...

—No me digas que no, por favor. No me rechaces. Lo he pensado durante mucho tiempo y... yo... —miró hacia nuestras manos, sin dejar de acariciar las mías con sus pulgares— Yo quiero

estar contigo en todos los sentidos. Quiero que seas la señora Mayer.

—No puedo... esto es... es... Dios, Dean es una locura.

—No lo es. Sé que no hace mucho que nos conocemos, pero... Te quiero Avery. Te quiero desde la primera noche que te vi en esa piscina. Fue en ese momento cuando supe que tenías que ser mía, mía y de nadie más.

—Creí que habías dicho que no me querías —dije sonriendo.

—Y no te quiero, ¿quién ha dicho lo contrario?

—Acabas de decir que me quieres.

—Bueno, entonces lo retiro. No te quiero Avery.

—Estás loco...

—Por ti, de eso no tengo duda.

Se inclinó y me besó, un beso lento y de devoción. Una de sus manos soltó las mías y acarició mi mejilla, fue hacia mi cabello y entrelazó sus dedos en él atrayéndome más hacia sus labios para que no intentara escaparme. Dios... esos besos nunca dejarían mi mente, podría besar a cualquier otro hombre durante el resto de mi vida, pero Dean Mayer se había grabado a fuego en cada parte de mi cuerpo, en cada poro de mi piel, en mi mente, en mi alma...

—Está bien —contesté cuando dejó de besarme, sus labios aún cerca de los míos.

—¿Está bien, qué? —preguntó sorprendido.

—¿Quieres que me case contigo? Bien, lo haré. Seré... ¡oh, Dios! Seré la señora Mayer.

Una sonrisa se dibujó en sus labios, me atrajo hacia él y volvió a besarme, simple toque de labios, uno, después otro, y otro, y otro más.

Me cogió por la cintura y me llevó sobre su regazo, me estrechó entre sus brazos y hundió la cabeza en mi cuello, besándolo suavemente. Me aferré a él, sin duda acababa de cometer la locura más grande de mi vida, pero... Yo le quería, quería a Dean desde hacía tiempo, y tal vez aún era demasiado joven para casarme, incluso para ser la madre de un niño de cinco años, pero lo haría, haría lo que fuera por el hombre al que amaba y ese niño que había robado mi corazón desde el primer día que le vi.

Estaba decidido, me acababa de prometer con Dean, y por un instante las fotos de Connor quedaron apartadas de nosotros, de mis pensamientos, de nuestras vidas.

Capítulo 2

—Deberíamos bajar. Creo que Karen y Josh están en el salón —dijo Dean volviendo a mirarme y dándome un beso.

—Estamos locos, lo sabes, ¿verdad?

—Pero es una locura sana. Yo no te quiero y quiero estar contigo, y tú... también quieres, ¿verdad?

—Sí, claro que quiero.

—No tengo anillo, es lo único que me ha faltado, pero... te prometo que mañana por la tarde tendré el más bonito que nunca hayas visto.

—No necesito un anillo, solo quiero que me digas que esto es en serio, que me quieres de verdad, que... que no es un juego para ti, que no me dejarás antes de la boda y nunca, nunca, me engañarás con otra...

—Te lo juro Avery, eres la única mujer a la que quiero en mi vida, desde la primera vez que te vi, desde la primera noche que pasamos juntos, aunque me dijeras que eras otra. No ha habido otra en este tiempo, te lo juro, y nunca la habrá. Solo tú, la madre de mis hijos.

—Bueno... vamos a ir despacio con eso de llenar la casa de niños, ¿quieres? De momento tenemos a Aiden...

—Y quizás alguno más de nuestros niños. Sería estupendo tener una gran familia.

—Más despacio campeón, tendríamos que tener niñeras constantemente no solo por tu trabajo, también por el mío.

—Podríamos hacerlo bien, de eso estoy seguro.

—Aiden, por el momento solo él.

—Pero...

—Promételo o no me caso contigo.

—Está bien, lo prometo. Solo Aiden por el momento.

Le atraje hacia mí y me apoderé de sus labios, besándole con pasión y acariciando su espalda a través de la fina tela de su camisa.

Unos golpecitos sonaron en la puerta y antes de que pudiéramos contestar Karen la abrió.

—Uy, perdón. No quería...

—Tranquila, íbamos a bajar ya —contestó Dean dejándome sobre la cama para levantarnos—. Tenemos que hablar con vosotros. Hay algo que queremos deciros y... bueno tenemos que planear cómo arreglar lo de las fotos de Connor.

—Prepararé café. Son casi las cinco.

—Bien, enseguida bajamos.

Karen cerró la puerta y Dean me cogió de las manos, se inclinó y me dio un leve beso.

—¿Estás lista para contárselo?

—Sí, además... yo necesito un padrino y... ¿quién mejor que Josh?

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer?

—Más que nunca.

—Bien, porque... había pensado que podríamos casarnos en Las Vegas.

—¿Las Vegas? Por el amor de Dios Dean, creerán que nos estamos fugando por... empezarán

a especular. Prisas por un repentino embarazo.

—No quiero casarme en Las Vegas por las prisas, es solo que quiero una boda en algún lugar donde no estén los malditos paparazzi, solo confiaremos en el amigo de Josh y en la periodista esa que nos entregó las fotos. Estarán nuestros amigos y mi hermana. Tampoco es necesario que haya tanta gente, ¿no crees?

—Y... ¿los chicos? No creo que sea buena idea llevarlos a...

—Por supuesto que vendrán. Nuestro hijo no puede faltar a la boda y los demás son nuestra familia también.

—Bueno... entonces... en ese caso... ¿Puedo preguntar cuándo quieres celebrar nuestra boda?

—Dos semanas. Dentro de dos semanas estaremos casados. El Hotel Bellagio tiene varias capillas donde celebran bodas, no es una de esas de Las Vegas donde El Rey te canta su “*Love me Tender*”^[5].

—¿No te gusta esa canción? Yo creo que es preciosa.

—Lo es, es un buen tema de El Rey, pero no quiero tenerle el día de mi boda. Y tampoco a Marilyn Monroe. Quiero que seas tú quien tenga todo el protagonismo de belleza, es tu día, preciosa.

—Estás loco, de veras que lo estás.

—Sí, lo sigo reconociendo. Estoy loco, completamente loco por ti.

Nada más bajar las escaleras, el aroma del café nos recibió. Josh estaba sentado en el sofá, junto a Karen, mientras servían el café en las tazas junto a algunas tostadas que también habían preparado.

—Dios, qué hambre tengo —dije acercándome al sofá sin soltar la mano de Dean.

—Vaya, buenos días... ¿parejita? —preguntó Josh al ver nuestras manos unidas.

—Sí, buenos días —respondió Dean llevando mi mano a sus labios para besarla.

—Oye, pues me alegro de que por fin reconozcas algo, pedazo de capullo.

—Bueno, en realidad tenemos algo que contaros.

—Vamos a hundir a ese hijo de puta de Connor, ¿verdad? —preguntó Karen.

—Sí, eso también. Pero... bueno, nosotros... —Dean estaba nervioso, le temblaba la mano bajo la mía. Le acaricié la mejilla y sonreí.

—Vamos a casarnos —declaré sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Que vais a qué?! —preguntaron Josh y Karen al unísono.

—A casarnos —respondí girándome hacia ellos.

—¿No me jodas! ¿Estás embarazada? —preguntó Josh.

—No, no lo está. No lo estás, ¿verdad preciosa?

—No... —dije sin poder evitar reírme, aunque por un instante incluso yo lo dudé.

—¿Entonces? Habéis pasado de confirmarnos que sois pareja a decirnos que os casáis.

—La quiero Josh, me ha costado reconocerlo, pero es la única manera que se me ha ocurrido de convencerla. Aparte, que quiero casarme con ella. Quiero que sea la señora Mayer.

—Joder Dean, eso... tío eso es... Es que no sé qué decir.

—¿Enhorabuena, felicidades, me alegro...? —pregunté sin dejar de sonreír.

—Claro, joder... ¡Felicidades cabronazo! Te llevas una pedazo de mujer, eres un hijo de puta con suerte.

Josh se puso en pie y abrazó a Dean palmeándole la espalda. Se veía tan entusiasmado como nosotros, y eso me gustaba.

—No puedo creer que se case mi Cenicienta —dijo Karen estrechándome entre sus brazos.

—Pues créetelo, porque en dos semanas estaremos casados en Las Vegas.

—¿Cómo? ¿Dos semanas, en Las Vegas?

—Sí, y... necesito que seas mi padrino —confesé cogiéndole las manos a Josh.

—Pequeña, será un placer entregarte a este pedazo de capullo.

Me abracé a Josh y comencé a llorar. Conocía a esas tres personas desde hacía poco tiempo, pero les tenía tanto cariño que era como si lleváramos años juntos.

—Gracias Josh. Siempre serás como un hermano para mí.

—Eso espero pequeña, y si este capullo alguna vez te hace daño, por poco que sea, me lo dices que no dudaré en partirle las piernas.

—No será necesario —Dean se acercó y me rodeo la cintura desde atrás, besando mi mejilla—. Quiero a esta mujer como nunca antes había querido a nadie.

—¿Ni siquiera a la que iba a casarse contigo? —pregunté, sonriendo.

—Te aseguro que a ti te quiero mucho más de lo que pude quererla a ella.

—Bien, sentémonos que tenemos un par de cosas que organizar. Empecemos por arreglar el asunto de las fotos —dijo Karen.

Y así pasamos el resto del amanecer, hasta que Dean llamó al despacho para decir que no iría aquella mañana a trabajar. Apenas teníamos tiempo para organizar todo lo que habíamos planeado para el asunto de las fotos que Connor había enviado y tendríamos que ponernos de acuerdo con Elora Fortier, ella era sin duda la indicada para dar un buen uso a algunas de esas fotos.

Capítulo 3

Cuando hablamos con Elora por teléfono se alegró de volver a tener noticias nuestras. Quedamos con ella en el restaurante de Silvia para comer, así que allí nos dirigimos los cuatro después de pasar por el apartamento de Josh y el de Dean para que se dieran una ducha y se cambiaran de ropa.

Silvia nos llevó hasta la mesa en la que nos esperaba Elora, como siempre, radiante y con ese aire sensual y seductor que desprendía y enloquecía a todo hombre con el que se cruzase.

—Mi querida Avery —me saludó abrazándome.

—Hola, Elora. Gracias por venir... y por interrumpir tu agenda. Pero... es un asunto importante.

—No te preocupes por eso querida, estaba en una reunión un poco... digamos aburrida. Algunos clientes son demasiado maduros para mi gusto, y no es que me sienta cómoda rodeada de señores babeando y tratando de llevarme a la cama.

—Elora, ellos son Josh y Karen, nuestros amigos —dijo Dean.

—Encantada de conocerte Elora. Te vi el día de la presentación de *Déesse*, pero apenas tuve ocasión de saludarte —Karen la saludó mientras estrechaban sus manos.

—Oh, también eres modelo, ¿me equivoco?

—Sí, soy compañera de Avery.

—Mmm... tengo algo ya en mente con vosotras dos. Y por supuesto Olivier estará encantado de formar parte de eso. Es un nuevo perfume para hombre, pero dos bellezas como vosotras sin duda será ese punto sensual que necesito.

Cuando Silvia tomó nota de la comida, Dean sacó el sobre de su chaqueta y le hablé a Elora de las fotos, esas que Connor me había hecho a traición y sin mi consentimiento. Elora podría ayudarnos de alguna manera antes de que Connor las enviara a cualquier otra revista deseando conseguir carnaza para un buen artículo.

—Vaya, no puedo creer que aún haya hombres tan hijos de puta. Al menos sé que puedo fiarme de las mujeres, o eso creo por el momento.

—Eres...

—Lesbiana, sí. Mi madre entró en pánico cuando se lo dije, pero ¡chica! Me gusta más unos buenos labios femeninos y disfrutar de ese tacto delicado que las rudas caricias de un hombre.

—Oh...

Miré a Karen, que desde que conoció a Elora había sido el centro de sus miradas, y ahora entendía por qué. Pero claro, Karen estaba con Peter... y bueno, no creía que ella fuera a ser capaz de... Dios cerré los ojos y traté de borrar esa imagen de mi cabeza.

—Hemos pensado que podrías usar algunas de estas fotos para una nueva remesa de publicidad de *Déesse* —comentó Dean.

—Mmm, suena bien. Usaré algunas para *Déesse* y otras para el nuevo perfume de hombre. ¿Os parece si nos vemos dentro de dos días en la oficina de Amanda? Tengo ya algunas ideas de lo que queremos para el anuncio y las fotos.

—Perfecto —contesté sonriendo—. Amanda no está, pero hablaré con ella para informarle.

No se opondrá a un nuevo anuncio.

—Bien, llamaré a Olivier para que venga. Cuanto antes saquemos estas fotos mejor, de ese modo si algún periodista las filtra... podremos decir que nos las han robado y demandar a esa revista.

—Connor no viene a Nueva York desde hace...

—No tiene por qué haber sido él, querida. Alguien las puede haber robado de mi estudio y enviárselas a él para que las venda. Créeme, tendríamos las de ganar. Ninguna revista querría ser demandada por alguien como yo.

Durante el resto de la comida hablamos y concretamos todos los detalles. Antes de que termináramos los cafés, Dean le dio la noticia de nuestra próxima boda y aproveché para pedirle a Elora que me prestara el vestido que utilicé para el anuncio y las fotos de *Déesse* ya que no iba a ser una boda de lo más convencional. Aceptó encantada y nos dijo que no podía faltar a la boda, ni Dean ni yo pudimos negarnos ya que, en el fondo, que nosotros retomáramos lo que sea que hubiera antes de irme a Londres, fue gracias a ella y a su perfume, mi perfume, *Déesse*.

Nos despedimos de Josh y Karen y fuimos a la asociación a visitar a los chicos. No nos esperaban y se llevaron una sorpresa cuando les dijimos que se prepararan para ir todos al centro comercial.

Y allí estábamos, la familia Brady como me gustaba llamarnos en mi mente. Sin duda en poco tiempo mi familia había aumentado de manera increíble.

Paramos a tomar un batido y Dylan y Sarah nos hablaron de los planes que tenían. Eran jóvenes, demasiado seguramente, pero tenían claro que querían estar juntos y en cuanto pudieran se irían a un apartamento.

—Eso es una estupidez chicos —dijo Dean.

—Dean... —protesté suspirando— Ya son mayores para decidir lo que quieren.

—Es un gasto innecesario alquilar un apartamento. Tendréis que trabajar y ahorrar cuanto podáis. Creo... creo que lo mejor sería que os mudéis a mi apartamento. Hay una habitación que podréis utilizar, al menos hasta que hayáis ahorrado suficiente.

—Hermano, eso es una oferta muy... tentadora, pero... —contestó Dylan.

—Nada de peros —le cortó Dean sacando la cartera para pagar—. Dentro de poco tendré a Aiden en casa y... bueno, aunque no estaré solo con él, no me vendrán mal unos pares de manos para ayudarme.

Sí, yo estaría con él, pero aún no les íbamos a decir nada de la repentina boda. Nos esperaríamos a tener un anillo en mi dedo, algo que a todos les haría ilusión ver.

Dejamos la cafetería y caminamos por el centro comercial, viendo escaparates en los que me paraba para anotar mentalmente cada vestido o traje que tanto los pequeños como los mayores llevarían el día de nuestra boda.

De pronto me quedé parada en la misma joyería en la que vi el colgante que mis chicas le dijeron a Dean que me había gustado. Llevé una mano a él y lo toqué, cerré los ojos y sonreí. El hecho de que me lo pusiera, a Aiden le encantó, y por ese pequeño sin duda haría lo que fuera necesario.

Antes de que pudiera darme cuenta estaba frente a un precioso anillo de platino con dos pequeños diamantes y en el centro una piedra de aguamarina. Por el modo en que Dean me miró supe que aquel anillo sería el que pronto luciría en mi dedo, antes incluso de lo que esperaba pues me cogió de la mano y entramos en la joyería ante la mirada de sorpresa de los mayores.

—Buenas tardes señor —le saludó una joven pelirroja con una sonrisa de esas que dicen «llévame donde quieras»—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quería el anillo de platino que tienen en el escaparate, ese de diamantes y aguamarina.

—Oh, claro. Deme un segundo.

Miré a Dean, y antes de que pudiera negarme, puso un dedo sobre mis labios y después me besó. Las risitas de los chicos en la puerta hicieron que me girara, y cuando los miré, ellas daban saltitos de alegría y ellos guiñaban el ojo con el pulgar arriba.

Dios, creo que nunca antes había sentido tanta vergüenza.

—Aquí tiene señor. ¿Es para ella? —preguntó la pelirroja sonriendo hacia mí.

—Sí, es para mi prometida.

—Oh, buena elección. Es precioso.

La pelirroja cogió mi mano y puso el anillo en mi dedo, era perfecto para mí, sin duda antes de coger el anillo había echado un vistazo a mis finos dedos para saber qué talla tenía.

—Perfecto, le viene como anillo al dedo, y nunca mejor dicho —aseguró la pelirroja sonriendo.

—Completamente de acuerdo —dijo Dean cogiéndome por la cintura y acercándose a su costado—. También quería ver las alianzas, si fuera posible.

—Por supuesto señor. Oro, oro blanco, platino...

—Obro blanco —contesté antes de que Dean pudiera responder.

—Ya la ha oído. Oro blanco. Creo que a partir de ahora será ella quien elija por mí.

—Vuelvo enseguida señor.

Los chicos entraron, y mientras los mayores sonreían y nos felicitaban, los pequeños se aferraban a nuestras piernas y cintura sonrientes por la alegría.

—Entonces... ¿ahora tendré papá y mamá? —preguntó Aiden.

Dean se inclinó y lo cogió en brazos, pellizcó levemente su mejilla sonriéndole y asintió.

—Vas... ¿vas a ser mi mamá?

—¿Te gustaría que lo fuera, bichito?

—¡Siiiiii!

—Entonces, no se hable más. Tendremos que hablar con el encargado de tu adopción para que prepare unos nuevos papeles —dijo Dean.

—¿Habéis oído eso? ¡Voy a tener papá y mamá!

—Me alegro por ti enano —respondió Dylan cogiéndole en brazos.

—Señor, aquí tiene las alianzas.

—Aiden, ¿te gustaría ayudarnos a mamá y a mí a elegir las?

—¿Puedo?

—Claro que sí campeón.

Dean volvió a cogerle en brazos y entre todos escogimos las que más nos habían gustado, y Aiden se encargó de elegir las que luciríamos el resto de nuestras vidas. Unas preciosas alianzas de oro blanco con un diamante en forma de corazón cada una. Dean le dijo a la pelirroja la fecha y

los nombres para grabarlas y cuando los chicos escucharon que sería en apenas unos días, nos miraron sorprendidos.

—Hermano, no estaremos esperando otro Brady, ¿verdad? —preguntó Dylan, haciendo que sonriera porque una vez hablé de los Brady delante de ellos y a él le hizo gracia.

—No, al menos por el momento. Pero no creo que tarde mucho en llegar.

—Bueno, no es necesario hablar de eso delante de los niños...

—Cuando llegue yo quiero ser la madrina —pidió Annie sonriendo.

—Bien, Kevin será el padrino —contesté cogiendo la mano de Annie.

—Olvidaba que vosotros dos también... —murmuró Dean.

—Bueno, vamos más despacio que estos dos, pero sí —confesó Kevin sonrojándose.

—Preciosa, creo que tendremos que comprar una casa más grande para mudarnos todos allí.

—En cierto modo creo que sería buena idea. Siempre has dicho que querías una familia... numerosa, ¿no es cierto? —pregunté cogiéndole la mano.

—Sí, me gustaría tener varios hijos.

—Bueno, podríamos empezar por... ¿ellos? —pregunté señalando a todos los pequeños.

—Dios, ¿hablas en serio?

—Soy joven para ser madre, lo sé, pero... no podría apartarme de ellos. Ahora no.

—Joder Avery...

—¡Papá, no digas palabrotas!

—Cierto, no debo decir palabrotas.

—Qué dices, ¿quieres ser padre de una gran familia?

—Dios, claro que quiero Avery Baker.

—Discrepo —dije sonriendo—. Futura señora Mayer.

—En ese caso, señora Mayer. Ya eres más mi esposa que mi prometida.

Se inclinó y me dio un tierno beso en los labios. Con el anillo en mi dedo, cogidos de la mano y con nuestros chicos compartiendo nuestra felicidad, salimos de la joyería y Dean llamó por teléfono a su amigo y abogado para que concertara una cita.

En poco más de media hora estábamos en el edificio de Dean, entrando todos juntos en la planta donde tenía su estudio, y sus secretarias, Katrina y Martha, sonrieron al ver a Aiden que corrió hacia ellas.

—¡Hola, pequeño! —dijo Martha cogiéndole en brazos.

—¿Cómo va ese brazo? —preguntó Katrina.

—Bueno... aún duele, pero... me cuidan mucho. Todos ellos.

—Vaya, qué bien acompañado le veo hoy, jefe.

—Hola, Martha, Katrina. ¿Ha llegado Roger?

—Sí, espera en su despacho. ¿Les llevamos algo de beber?

—Agua, agua estará bien.

Después de presentar al resto de nuestros chicos, Dean abrió la puerta de su despacho y entró esperando junto a la puerta mientras los chicos entraban y yo les seguía. Nos sentamos en la mesa de reuniones donde un hombre joven, seguramente de la edad de Dean, rubio y alto vestido con su traje de corte italiano, esperaba con un montón de papeles sobre la mesa.

Dean hizo las presentaciones y le explicó la situación actual con respecto a la adopción de

Aiden, en la que me incluía a mí como su madre, utilizando ya el apellido Mayer para que los trámites fueran más rápidos, lo que el propio Roger le había aconsejado.

—¿Hablas en serio? —preguntó Roger riendo cuando Dean le dijo que debía preparar otros cinco informes para la adopción de los demás pequeños.

—Total y absolutamente. Esta es nuestra familia, y queremos ser sus padres legítimos.

—En ese caso, enhorabuena amigo. Me alegra que hayas encontrado por fin la felicidad que tanto llevabas buscando.

—La idea fue de Avery, pero... ya la ves. No puedo negarle nada a mi mujer.

Sonreía, sintiendo que me había puesto más roja que un tomate, y Aiden corrió a subirse en mi regazo. Sí, apenas unos meses después de cumplir veintidós años me iba a convertir en madre de seis niños. ¿Me había vuelto loca? Tal vez, tal vez la locura de aceptar a Dean como marido conllevaba la locura de ser madre de familia numerosa, pero quería a todos y cada uno de esos niños, así que... no podía dejarlos fuera de mi felicidad, de nuestra felicidad.

Capítulo 4

Nada más entrar en el apartamento de Dean me cogió por la cintura, me atrajo hacia él y se apoderó de mis labios, con besos llenos de deseo. Me pegó a la pared y sus manos buscaron cada centímetro de mi cuerpo. Acarició mis manos y subió por los brazos hasta mis hombros, deslizó las manos por mi blusa y desabrochó uno a uno los botones, acarició mi cintura y subió las manos para despojarme de ella, dejando que cayera a mis pies.

Mientras acariciaba mi cintura con una mano, con la otra se deshizo diestramente de mi sujetador, dejándome los pechos al descubierto, dedicándoles besos, mordisquitos y caricias con la punta de su lengua.

Mis manos se entrelazaban en su pelo y con cada pequeño mordisco en mis pechos yo tiraba de él al tiempo que unos gemidos salían de mis labios.

Desabrochó el botón y la cremallera de mis *shorts*, metió sus pulgares por la cintura de la tela vaquera y los deslizó hasta que cayeron junto a la blusa, segundos después le siguió el tanguita que llevaba a juego con el sujetador.

Sin dejar de besarnos, entre caricias y gemidos, escuché la cremallera de su pantalón y poco después tenía sus manos bajo mis nalgas, cogiéndome en brazos deslizando sus manos por mis piernas para que le rodeara la cintura.

En aquella posición pude sentir su erección junto a mi húmedo sexo. La punta de su miembro duro se abrió paso poco a poco y segundos después, de una sola y certera embestida, me penetró. Con cada embestida nuestros besos se hicieron más pasionales, más lujuriosos, y nuestros gemidos nos envolvían en ese deseo mutuo de ser uno.

Aquello no iba a durar demasiado, ninguno de los dos aguantaríamos ni reprimiríamos las ganas de satisfacer al otro. Los músculos de mi interior se contraían, atrapando su gloriosa erección, lo que hacía saber que el orgasmo estaba más cerca de lo que imaginaba.

Metí las manos bajo su camisa, acariciándole la espalda, y cuando sus dedos apretaron mis nalgas con más fuerza de la habitual sentí que mi cuerpo se preparaba para recibir no solo mi orgasmo, sino también el suyo. Clavé las uñas en su espalda, hundí la cabeza en el hueco entre su cuello y el hombro y me dejé llevar por las sensaciones que invadían nuestros cuerpos.

—Me voy a correr Avery... córrete conmigo... córrete preciosa... —susurró Dean mordisqueando el lóbulo de mi oreja.

Y llegamos juntos al clímax. Los leves espasmos de mi cuerpo recibieron las últimas embestidas de Dean y el calor de su excitación derramada en mi interior. No dejó de moverse mientras se corría, ni de besarme, ni de abrazarme, aferrándose a mi cuerpo como si temiera que me fuera a escapar de entre sus brazos.

Pegada a la pared, aferrada a Dean con brazos y piernas, respirando recostada en su hombro esperando que mi respiración volviera a la normalidad.

Apenas si tenía fuerzas para mantenerme allí, sentía mi cuerpo lánguido y casi sin vida, pero

Dean me sostenía como si apenas pesara nada.

—Eres jodidamente increíble, Avery —dijo levantando mi barbilla para mirarme a los ojos—. No te haces una pequeña idea de cuánto te necesito preciosa.

—Creo que con lo que acaba de pasar me doy por enterada.

—Siento haber sido tan... impetuoso, quizás he sido brusco, pero... joder te deseaba tanto.

—No ha sido brusco, ha sido excitante. Nunca antes me habían recibido así al llegar de visita.

—¿Tienes hambre? Puedo pedir algo para cenar.

—Cualquier cosa estará bien —cogí sus mejillas entre mis manos y le besé dulcemente, unos simples toques de labios, algo que le demostrara que le quería.

—No quiero separarme de ti, nunca. Estoy muy bien así ahora mismo...

—Yo también, pero es... algo incómodo. Creo que me saldrán moratones por los golpecitos contra la pared.

—Joder, lo siento.

Me cogió las piernas y se inclinó para dejarme sobre el suelo. Se agachó y recogió mi ropa para entregármela y que me vistiera.

Se aferró a mi mano y caminamos hacia la cocina, cogió unos papeles de restaurantes con servicio a domicilio y elegimos comida china. Algo de arroz y pato.

Mientras esperábamos preparamos los platos en la encimera de la cocina, que hacía las veces de mesa para desayuno o poder comer.

Abrió una botella de vino tinto y sirvió dos copas.

—Por nosotros, y nuestra futura vida juntos —dijo acercando su copa a la mía.

—Y por nuestros niños —sonreí al recordar que ahora éramos padres de seis niños.

—¿Estamos locos?

—Puede... pero tú siempre quisiste una gran familia.

—¿Tú no? Avery, no quiero que hagas esto solo por mí.

—No es solo por ti cariño —dije acariciando su mejilla—, quiero a esos niños tanto como tú, y creo que sería bueno mantenerlos unidos.

—Dios, no sabes cuánto te quiero en este momento.

—Oh, así que me quieres...

—No, no te quiero —contestó guiñando un ojo.

—Mmm... cuando tengamos la casa llena de niños gritando, peleándose por los juguetes, corriendo por los pasillos y las niñeras desesperadas... espero que sigas diciéndome que no me quieres, nada.

—Nunca, jamás, dejaré de quererte ni de decírtelo un solo día.

—Yo tampoco te quiero Dean.

—Por la futura familia Mayer.

Dimos un sorbo a nuestro vino y poco después llegó la cena. Dean sacó todo de las bolsas y entre los dos nos servimos. Disfrutamos de nuestra primera cena como pareja real, comprometida, mientras hablábamos de los cambios que nos esperaban, reíamos al recordar las caras de nuestros chicos y lo felices que ellos habían sido al saber que íbamos a casarnos.

Apenas dos semanas, ese era el tiempo que nos separaba de ser un matrimonio joven de recién casados y convertirnos en familia numerosa. Reía al pensar en ello, prácticamente ya éramos padres de esos seis niños, si mis padres estuvieran conmigo... Tal vez nunca habría conocido a

Dean, pero si así hubiera sido seguro que les encantaría, y mi madre sería feliz al saber que tendría nietos tan pronto, le gustaban los niños, quería tener más hijos, y aunque había esperado demasiado yo sabía que algún día tendría esos hermanos que siempre me decía que llegarían. No pudo ser, finalmente no tuve hermanos, pero tenía la posibilidad de dar cariño y cuidar de esos pequeños que tanto lo necesitaban.

—Bueno, espero que estés lista para lo que nos espera los próximos días —dijo Dean mientras nos sentábamos en el sofá para ver un poco la televisión.

—Vestido de novia ya tengo, peluquera y maquilladora también, padrino, madrina, nuestro pequeño Aiden entregándonos los anillos, las niñas esparciendo pétalos de rosa por la alfombra hasta el altar delante de mí...

—Joder, veo que lo tienes muy claro.

—Bueno, supongo que, aunque no se hable de ciertas cosas, todas las mujeres solemos tener claro cómo sería el día de nuestra boda.

—Me alegro de que ese día lo tengas más que previsto. Pero me refería a buscar casa. Necesitamos mucho espacio para los niños, ¿no crees?

—A ver, creo que los chicos pueden compartir habitación, incluso cuando sean adolescentes no sería nada malo. Luke y Clark en una, Steve y Aiden en otra, y otra para Paula y Angie. Esos son tres dormitorios, con el nuestro cuatro. Podríamos tener un par de dormitorios para invitados, que hacen seis. Creo que seis dormitorios están bien. Si cada uno tuviera su propio cuarto de baño sería perfecto. Después tendríamos un despacho amplio para ti, una biblioteca, sala para juegos, cocina y salón amplios, jardín y... si tuviera piscina mejor, a los niños les encantaría.

—Bien, tengo todo anotado, le enviaré un mensaje a Roger para ver si encuentra algo así que no se nos vaya mucho de precio y que no esté lejos de la oficina.

—¡Oh! No olvides que hay que comprar un coche... más... ¿familiar? Ocho plazas... un monovolumen de padres.

—Joder, hace unas horas estaba prometido y formando una familia contigo y con Aiden y ahora planeo comprar una casa amplia y espaciosa y un coche de padres. Definitivamente, estoy loco por ti Avery Baker, y por nuestros seis hijos.

Se inclinó y me estrechó entre sus brazos, cogió mi barbilla entre sus dedos y comenzó a besarme.

Y los besos dieron pie a las caricias, y las caricias a la excitación y al deseo, y en cuestión de minutos estábamos desnudos sobre el sofá haciéndonos el amor por segunda vez en la noche, y por las ganas de amarnos de ambos, no sería la última.

Capítulo 5

Sentir que unos labios recorrían mi espalda a besos me despertó. Y conocía muy bien esos labios, cálidos y sensuales, y esos besos me habían acompañado durante horas la noche anterior.

Sí, Dean Mayer, mi prometido, no había parado de amarme durante horas. Desde aquella primera noche juntos, en la fiesta de Amanda en la que fingimos ser otras personas, nunca había tenido una noche en la que disfrutáramos del sexo tantas veces. Y por sus besos y las caricias que empezaban a acompañarlos... Dean no había quedado completamente saciado.

—¿No tuviste suficiente de esto anoche? —pregunté con voz algo ronca y aún somnolienta.

—Nunca tengo suficiente contigo Avery.

Sus labios llegaron a mis nalgas, las besó y mordisqueó mientras separaba mis piernas. Deslizó un dedo por uno de mis muslos, acariciándolo lentamente, hasta llegar a mi sexo.

—Mmm... creo que por aquí estás más que lista para recibirme, preciosa... —susurró mientras deslizaba su lengua por mis nalgas.

Jugueteó con el dedo en pequeños círculos en mi clítoris, mientras su mano libre acariciaba mi espalda lentamente. Dios, ese hombre era insaciable.

Su dedo penetró en mi interior despacio, haciendo que mi cuerpo se estremeciera al recibirle, lentamente, dentro y fuera. Su húmeda lengua se unió a él acariciando mi clítoris. Unió un segundo dedo a la penetración y comencé a gemir, el placer que me hacía sentir, la excitación que mi cuerpo albergaba era deliciosa.

—Sigue cariño... no pares... —susurré mientras mis caderas se movían lentamente, buscando sus dedos en cada penetración.

—Me gusta tu coño Avery, es delicioso. Joder... me pones a mil, preciosa.

Su lengua y sus dedos continuaron jugando en mi sexo. Dean aumentó el ritmo de las penetraciones y al tiempo que lamía mi clítoris comenzó a succionarlo con los labios, mordisquearlo con los dientes y robando esos gritos de placer que salían casi ahogados de mis labios.

Mi cuerpo comenzó a estremecerse, Dean lo sintió y con su mano libre se aferró a mi cadera, sentí sus dedos clavarse en mi piel y su lengua se movía más rápido en mi sexo, buscando ese orgasmo que tan cerca estaba.

—Así preciosa, córrete para mí. Quiero beberme tu néctar, ese que solo yo conseguiré el resto de nuestras vidas.

Y me corrí, sentí que mi cuerpo explotaba por la necesidad de dejar salir aquella excitación contenida. No parecía que mi cuerpo hubiera pasado horas de la noche corriéndose, sin duda mi cuerpo encajaba con el deseo de Dean.

—Eso es preciosa... así...

Dean recorrió de nuevo mis nalgas con sus suaves y dulces besos, mientras sus manos me acariciaban la espalda y las caderas. Se aferró a ellas y las levantó levemente, dejándome apoyada sobre las rodillas, haciendo que me apoyara en los brazos y mi pecho, mi culo y mi sexo

estaban completamente a su disposición.

—Y ahora, señora Mayer, le voy a hacer el amor...

Y antes de que acabara de hablar, su enorme erección entró en mi sexo, deslizándose entre mis fluidos sin apenas esfuerzos. Un grito ahogado salió de mis labios al sentir su dureza y su calor en mi interior. Con sus embestidas lentas, dentro y fuera, acariciando mi espalda con sus dedos, siguiendo la línea de mi columna.

—Dios... eres perfecta Avery, perfecta para mí.

Sus manos se aferraron a mis caderas, y sus embestidas aumentaron el ritmo al tiempo que nuestros gemidos llenaban el dormitorio.

Sin dejar de penetrarme se inclinó sobre mi cuerpo, recorriendo mi espalda con sus dulces besos, sus dedos se clavaban en mis caderas y con cada penetración mi cuerpo se estremecía y se preparaba para un nuevo orgasmo.

Los músculos de mi interior se contraían, aferrándose más aún a la erección de Dean.

—Me estás matando Avery... tu coño me mata.

Y otra embestida, y otra, dentro y fuera, otra vez, y otra. Su ritmo aumentó de nuevo, sus manos se clavaron en la piel de mis caderas y sentí que su cuerpo se tensaba, estaba a punto de correrse, a punto de llenar de nuevo mi interior con su cálida semilla.

—Dean... sí... así... me voy a correr cariño.

—Sí preciosa, córrete, vamos Avery, córrete para mí...

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, me estremecí y sentí que había llegado el clímax, al tiempo que un grito gutural salió de los labios de Dean y nos corrimos, compartiendo de nuevo un orgasmo tras una buena dosis de sexo y amor, lujuria, deseo y pasión.

Y ahí estaba yo, recostada sobre mis brazos y mi pecho, tratando de recobrar la normalidad en mi respiración, mientras el cuerpo de Dean caía sobre mi espalda, cubriéndola de besos y acariciándome las piernas, los muslos, la cintura, cada centímetro de mi espalda y mis brazos.

Me sentía feliz, completa y absolutamente feliz. Estaba enamorada de Dean y él había admitido estarlo de mí. Ya no era solo sexo, no solo había encuentros fogosos y apasionados en una cama, era más, mucho más que eso. Era amor, yo le quería y él a mí, y ahora, en poco más de dos semanas, estaría entregándome a él como su esposa, para siempre, siempre sería mío y yo siempre sería suya.

Cuando el ascensor se abrió en la planta donde Dean tenía el despacho, vimos un par de hombres sentados en los sofás, esperando mientras tomaban el café que Martha o Katrina les habría llevado.

—Buenos días señor Mayer. Buenos días Avery —nos saludó Katrina.

—Buenos días chicas —dije regalándoles mi mejor sonrisa.

—Señor Mayer —le llamó Martha—, esos señores esperan por usted.

—¿Algún trabajo nuevo? Quizás podría encargarse Philippe de ellos. Tengo una reunión con el abogado dentro de diez minutos.

—No son clientes señor Mayer, son... —Martha se incorporó en su asiento, se puso de pie y

se inclinó sobre el mostrador para hablar en un tono más bajo— policías. Quieren hablar con usted por una denuncia que han recibido.

—¿Cómo una denuncia? —pregunté antes de girarme para mirar a esos dos hombres que, con sus elegantes trajes, apenas si podía creer que fueran policías.

—No lo sé Avery, no nos han dicho nada más.

—Bien, espera aquí preciosa, voy a ver qué quieren.

Y después de darme un casto beso en la frente, Dean caminó hacia los sofás en los que esperaban esos dos hombres. Al verle acercarse a ellos, ambos se pusieron en pie, y tras estrecharles la mano ellos le mostraron sus identificaciones. Mierda, no eran simples policías, eran del FBI. ¿Qué demonios hacía el FBI visitando a Dean? No había razones para que estuvieran aquí, o al menos eso pensaba yo.

Con un gesto de su mano, les indicó que se dirigieran hacia donde estábamos nosotras, la cara de Dean había pasado de tener esa sonrisa con la que habíamos salido de la cama apenas un par de horas antes, a un semblante de lo más serio y al tiempo desconcertante para mí.

—Martha, por favor avisa a Roger y retrasa nuestra reunión para esta tarde.

—Claro señor, enseguida.

—Espero aquí o... ¿quieres que me marche? —pregunté cogiendo su mano y entrelazando nuestros dedos.

—No preciosa, quiero que entres conmigo. Vas a ser mi esposa, no habrá secretos entre nosotros. Vamos.

Y tras sonreír a las chicas, Dean abrió la puerta de su despacho dando paso a los dos hombres y después a mí. Posó una mano en mi espalda y caminamos juntos hacia la mesa donde solía reunirse con sus visitas.

—Por favor, tomen asiento —les pidió señalando las sillas mientras caminaba hacia la nevera—. ¿Desean algo de beber?

—Agua estará bien, gracias —contestó uno de los hombres al tiempo que tomaban asiento.

Dean regresó a la mesa con agua para todos, dejó cada botella frente a nosotros y se sentó a mi lado, cogiendo mi mano y llevándolas sobre la mesa, dando a entender a esos hombres que no apartaban la vista de mí que era suya, suya y de nadie más.

—Ustedes dirán.

—Señor Mayer... esto no es fácil para nosotros. Sabemos que hace tiempo que usted y su hermana no tienen noticias de ninguno de sus padres.

—Detective Dollan, desde que mi madre nos dejó hace ya años en el colegio no hemos vuelto a saber nada de ella, y no creo que ahora vayamos a necesitar saber algo de su vida.

—Verá señor Mayer, si hemos venido es porque creemos que tanto usted como su hermana deben saber que...

—Si mi madre ha sido capaz de ponerse en contacto con el FBI para que nos busquen y ahora reclamar su posición de madre de nuevo, me temo que están perdiendo el tiempo.

—Señor Mayer, hace años que su madre se metió en algunos problemas con gente que no le convenía. Pasó algún tiempo perdida entre drogadictos y camellos, incluso trabajó en uno de los clubes de un tipo de la peor calaña.

—No me interesa.

—Su madre ha muerto señor Mayer —dijo el otro hombre.

—No me... ¿cómo?

—Hace algunos años encontramos a su madre en el peor estado, la habían dado una paliza, tenía sobredosis y estaba a punto de morir. La llevamos al hospital y consiguieron salvarle la vida, a ella y al bebé.

—¿Bebé?

—Su madre estaba embarazada de apenas un mes, no creo ni que ella lo supiera. Después de un mes en el hospital, en coma inducido, pudimos hablar con ella. Uno de los clientes de su jefe le había dado una paliza mientras mantenían relaciones sexuales, después la dejó tirada en la calle a punto de morir. Hablamos con ella, le dijimos que si colaboraba con el FBI la ayudaríamos a salir de ahí. Al principio se negó, y tuvimos que hablarle del bebé. Se sorprendió y tras llorar todo lo que no había llorado en ese tiempo aceptó la oferta. Llamó a su jefe, le dijo lo que le había ocurrido un mes antes y que por eso no la habían podido localizar, se reunió con él y le dijo que seguiría trabajando pero que al estar embarazada tan solo serviría copas en la barra. Ese hijo de puta al menos tuvo algo de corazón porque aceptó el trato. Cuando el embarazo fuera más visible ella tan solo iría al club para encargarse de la contabilidad, cosa que era perfecta porque así pudo recopilar nombres de clientes y datos suficientes para meter a ese hijo de puta entre rejas.

—Así que me están diciendo que Norah Mayer pasó de ser una esposa abandonada, que después dejó a sus hijos a su suerte, para ser una prostituta adicta a todo tipo de drogas para después rehabilitarse y ser confidente del FBI.

—Así es señor Mayer.

La cara de Dean era todo un poema, no cabía duda que aquello no le estaba resultando fácil. Apreté su mano con la mía y cuando me miró, le regalé una sonrisa.

—Señor Mayer, su madre hizo uno de los mejores trabajos para el FBI. Gracias a ella pudimos cerrar toda una organización de contrabando de drogas, prostitución y llevar ante la justicia a clientes del club que ya habían matado con palizas a alguna que otra mujer.

—Y por qué han venido a verme. Mis secretarias dijeron que habían recibido una denuncia sobre mí.

—Nada de eso señor Mayer. Si estamos aquí es porque su hermana necesita una familia. Con la muerte de su madre lo único que le espera es un hogar para huérfanos.

—¿Cómo sabían de mi existencia?

—Su madre nunca se olvidó de usted, ni de su hermana. Siempre hablaba de cuánto le había dolido tener que abandonarles. Pero sabía que no podría sacarlos adelante. Desde que usted aparece en las revistas su madre siguió sus pasos, nos habló de usted y nos dijo que, si algún día le ocurría algo, que le buscáramos.

—¿Dónde ha estado viviendo todo este tiempo?

—En Virginia.

—Y... es allí donde...

—Sí, su hermana está en Virginia. Está en buenas manos, bajo custodia del FBI.

—¿Cómo murió Norah?

—Haber sido confidente del FBI le pasó factura. Uno de los empleados de su jefe se enteró y decidieron quitarla de en medio. Volaron su casa, creyendo que su hermana también estaba allí. Afortunadamente se encontraba estudiando en casa de una amiga, ellos la dan por muerta también. Fui yo quien le dio la noticia, siempre estuvimos en contacto con su madre y su hermana.

—Cuántos... ¿cuántos años tiene?

—Dieciséis. Es una muchacha muy lista, tiene buenas notas, y está deseando conocer a sus hermanos.

—Yo no... no puedo...

—Dean... —me giré hacia él, solté su mano y le cogí el rostro entre las mías— es tu hermana, no tiene a nadie. Necesita que la cuiden, Dean, te necesita.

—Avery, no puedo...

—Podemos cariño, claro que podemos. Juntos, tú y yo, cuidaremos de ella. ¿Cómo se llama? —pregunté mirando a los dos detectives.

—Diana, Diana Mayer.

—¿Saben algo de nuestro padre?

—No, su madre tampoco supo nada. Y aunque no es algo agradable, Diana es hija de alguno de esos clientes que había en el club. No era un habitual al parecer, solo un tipo que estaba de paso por la ciudad y decidió buscar compañía una noche.

—¿Cuándo podría verla?

—Si lo desea, mañana mismo ella estará aquí. Le aseguro que quiere conocer a sus hermanos, tener una familia.

—Mañana, bien... Les espero mañana aquí, a las once si les viene a ustedes bien. Tengo que hablar con Kira, contarle todo y... que se reúna aquí conmigo.

—Por supuesto señor Mayer. Nos veremos mañana. Llamaré ahora a nuestros compañeros para que dispongan todo y su hermana vuele hacia aquí.

Los dos detectives se pusieron en pie, Dean los siguió y yo con él. Tras acompañarlos y despedirnos de ellos, Dean cerró la puerta de su despacho y se quedó apoyado en ella, con los ojos cerrados y los puños apretados.

Estaba aturdido, nervioso, nunca le había visto así.

—Cariño... —susurré acercándome y acariciando su espalda— todo va a ir bien.

—¿Por qué nunca se puso en contacto con nosotros? —preguntó sin apartarse de la puerta.

—Tal vez tenía miedo de que la rechazara. No lo sé cariño.

—Avery... ¿estarás conmigo en esto, de verdad?

—Claro que sí mi amor, siempre estaré contigo, no lo dudes.

Abrió los ojos, se giró hacia mí y se inclinó para besarme en la frente y estrecharme entre sus brazos, aferrándose a mí con tanta fuerza que sentí que me faltaba el aire.

—Campeón... que me vas a romper. ¿Olvidas que soy una frágil y delicada pieza?

—Lo siento, lo siento preciosa. Es que... esto es... joder... tengo una hermana pequeña.

—No, tienes otra hermana, mucho más pequeña.

—Creo que tenemos que decirle a Roger que la casa debe tener un dormitorio más —dijo con su frente pegada a la mía, sin apartar sus ojos de los míos.

—Sí, creo que será lo mejor.

Se inclinó y unió sus labios a los míos, en un cálido y dulce beso de los que tanto me gustaban, de esos llenos de amor y cariño, al tiempo que sus manos se aferraban a mi cintura y me estrechaban entre sus brazos haciéndome saber que nuestras vidas estaban unidas desde aquella noche en la que nos conocimos, en la piscina de la casa de Amanda.

Aquella tarde Kira quedó tan sorprendida como Dean, tenían una hermana pequeña y los necesitaba, necesitaba a sus hermanos.

La joven modelo estaba más que dispuesta a conocerla y darle el cariño que ahora necesitaba, ninguno de nosotros podríamos reemplazar a la madre que había tenido, pero cuidaríamos de ella.

—Entonces a las once en tu despacho —dijo Kira levantándose.

—Sí, los detectives la traerán mañana.

—Bien, nos veremos allí. Adiós, Avery. Y de nuevo, enhorabuena, me alegro de que vayas a casarte con este capullo.

—Gracias Kira.

—Adiós, chicos.

Kira se alejó de la mesa donde había tomado café con nosotros, salió de la cafetería y Dean seguía mirando su taza vacía.

—¿Quieres otro, cariño? —pregunté cogiendo su mano, tratando de sacarle de los pensamientos en los que estaba envuelto.

—No, será mejor que nos vayamos.

—Recibí un mensaje de Amanda, ya están de regreso. Han llegado hace unas horas.

—Bien, iremos a verla. ¿Está en casa o en la oficina?

—En la oficina.

—Vamos, hay que darle la noticia.

Se llevó mi mano a los labios y la besó con esa ternura que tanto me gustaba de él. Y yo sonreí, no podía evitar sentirme feliz por estar con Dean, el hombre al que amaba.

Mi teléfono empezó a sonar cuando salíamos de la cafetería, lo saqué del bolsillo de mis vaqueros y vi que era Elora quien me llamaba.

—Hola, Elora, ¿cómo estás?

—Hola, querida Diosa —dijo entre risas—. Tengo ya algunas cosas listas para el anuncio. ¿Podemos vernos en una hora?

—Amanda ha regresado hoy, Dean y yo vamos a verla a su oficina. Si quieres podemos vernos allí y hablamos todo con ella.

—*Magnifique*, nos vemos en una hora.

—Bien, hasta entonces.

Dean y yo caminamos hacia el coche que había aparcado apenas a unos pocos metros de la cafetería, mientras su mano se aferraba a mi cintura y me estrechaba junto a su cuerpo.

—¿Todo bien, preciosa?

—Sí, Elora va a la oficina de Amanda. Tiene algunas cosas para enseñarnos del anuncio con las fotos que le dimos.

—Bien, entonces una cosa menos de la que preocuparnos.

—Pero Connor sigue ahí...

—Preciosa, no te hará daño. Te juro que si intenta cualquier cosa le mataré con mis propias manos si es necesario.

—No digas eso Dean, no quiero que te metas en problemas por mi culpa.

—Avery, eres mi mujer, por ti haría cualquier cosa.

Cogió mis mejillas entre sus manos, se inclinó y se apoderó de mis labios con cálidos besos. Nunca me cansaría de esos besos, estaba segura.

Cuando entramos en el despacho de Amanda nos recibió con un fuerte abrazo. En poco tiempo había cogido mucho cariño a esa mujer.

—Me alegra veros juntos. Porque... este hombretón ha admitido que te quiere, ¿verdad?
—preguntó Amanda señalándole con el pulgar.

—Sí, lo ha admitido. Y no solo eso, sino que...

—Estás frente a la futura señora Mayer —me interrumpió Dean acercándose y rodeando mi cintura.

—¡Vaya, pero qué sorpresa! Me voy unos días y cuando regreso... no te puedo dejar sola Avery. Claro, que te había dejado en manos de Karen.

—De ahora en adelante yo cuidaré de mi chica.

—Me alegro de ello Mayer, me alegro de ello.

—Amanda, Elora está de camino. Hay un anuncio nuevo que hacer con ella, es para un perfume de hombre, Karen y yo lo haremos junto con Olivier.

—Estupendo, veo que sí puedo dejarte sola, si haces negocios en mi nombre serás muy rentable para mi negocio, querida.

—Lo cierto es que... hay algo que tenemos que contarte antes de que llegue Elora.

Y entre Dean y yo le relatamos lo ocurrido con las malditas fotos de Connor. Amanda se quedó sorprendida. Como yo, ella creía que Connor me tenía cariño y me quería como buenos amigos que habíamos sido, pero si estaba obsesionado conmigo sin duda yo corría peligro.

—Veremos qué tiene pensado Elora, cómo podemos solucionar todo y a partir de ahora no irás sola a ningún sitio. Paul te recogerá en casa, te llevará al trabajo y esperará hasta que termines para llevarte de vuelta.

—Por eso no te preocupes Amanda, yo le pondré un hombre de mi confianza.

—Connor está en Londres, tiene un trabajo allí, no creo que lo deje todo por venir hasta aquí para tratar de... qué ¿matarme? No sería capaz.

—Querida niña, nunca se sabe de qué es capaz una persona obsesionada con otra. No permitiré que te ocurra nada, y sé que este grandullón tampoco.

Llamaron a la puerta y la secretaria de Amanda informó que Elora había llegado. Dijo que la hiciera pasar y le pidió que trajera algo de beber para todos.

Cuando Elora entró me dio un afectuoso abrazo, sentí el cariño que llevaba implícito mientras sus manos frotaban mi espalda. Tras saludar a Dean y Amanda nos sentamos para hablar del anuncio y de los nuevos carteles para el perfume de *Déesse*.

Con todo dispuesto para el nuevo anuncio, acordamos vernos la tarde siguiente en casa de Amanda, allí rodaríamos el anuncio del perfume, en la piscina, y la mañana siguiente iríamos al hotel en el que Connor había hecho las fotos para rodar otra parte del anuncio. Todo debería quedar perfecto para lanzar el perfume la semana siguiente, antes de nuestra boda.

Capítulo 6

Dean paseaba de un lado a otro por su despacho, pasándose las manos por el cabello, metiéndolas en los bolsillos de su pantalón, se paraba frente a uno de los ventanales a observar la ciudad y vuelta a empezar. Paseos, manos a su pelo y de nuevo a los bolsillos.

—Hermano, por favor, siéntate. ¡Me estás poniendo nerviosa! —le pidió Kira mientras cogía su taza de café para dar un sorbo.

—No puedo. Joder, estoy...

—Cariño —dije acercándome a él y entrelazando su mano con la mía—, todo va a ir bien. No hay de qué preocuparse. Tenéis una hermana pequeña que sabe de vosotros, y estoy segura de que estará tan nerviosa como lo estás tú, pero eres un hombre maravilloso y sé que lo harás bien. Por favor, siéntate con nosotras.

Dean volvió a mirar su reloj. Los detectives del FBI habían dicho que estarían en el despacho a las once, y ya se retrasaban veinte minutos. ¿Y si se había arrepentido y no quería conocerlos? ¿Y si no quería mudarse a Nueva York? Dios, la espera lo estaba matando.

—No llega Avery, Diana no llega...

—Vamos cariño, por favor siéntate —sin soltar su mano le atraje hacia mí y le llevé hacia la mesa de reuniones para que se sentara con Kira y conmigo. Fui a la nevera y cogí una botella de agua para él.

Y ahí estaba, Dean Mayer, el importante y aclamado arquitecto, el hombre que siempre tenía todo bajo control, sentado en una silla con los codos apoyados en la mesa pasándose las manos por el rostro y el pelo, moviendo nerviosamente su pierna derecha.

—Señor Mayer —la voz de Katrina sonó por el intercomunicador iluminando el rostro de Dean—, los detectives Dollan y Mason están aquí.

—Hazlos pasar por favor.

—Sí señor.

Dean se puso en pie y caminó hacia la puerta, quería estar cerca cuando ellos entraran. Kira y yo nos pusimos en pie y esperamos junto a la mesa. Cuando Katrina abrió la puerta, el detective Dollan entró en primer lugar, seguido por el detective Mason.

—Buenos días señor Mayer —dijo Dollan tendiendo la mano para saludarle.

—Detective Dollan, detective Mason. Por favor... —Dean hizo un movimiento señalando con su mano izquierda hacia la mesa para que ellos se acercaran.

—Diana, pasa por favor —le pidió Dollan.

Y ahí estaba, una joven de metro sesenta aproximadamente, vistiendo unos vaqueros y una camiseta rosa. Tenía una larga melena negra lisa y unos increíbles ojos verdes. No había duda que estaba nerviosa, y era tímida.

—Diana, él es Dean Mayer, tu hermano —dijo Dollan apoyando una mano sobre la cintura de la muchacha.

—Hola, Diana. Me alegra conocerte —Dean sonrió tendiendo la mano.

—Hola... —la tímida Diana inclinó la mirada hacia el suelo y estrechó la mano de Dean.

—Ven, debes conocer a alguien.

Dean entrelazó su mano con la de Diana y la llevó hacia la mesa, mientras Dollan y Mason esperaban junto al escritorio de Dean.

—Diana, ella es Kira, nuestra hermana.

—Hola, Diana. Eres una joven preciosa. Me recuerdas a nuestra madre... —dijo Kira acercándose a ella para darle un abrazo, gesto que la tímida Diana aceptó con una sonrisa.

—Eso dice siempre Dollan, que me parezco mucho a mamá.

—Mmm... creo que serías una buena modelo.

—Eres muy amable Kira, pero no creo que valga para ello.

—Bueno —intervine acercándome a ellas—, yo tampoco creía que pudiera valer y ahora trabajo para Amanda Pierce. Me alegro de conocerte Diana, soy Avery.

—¡Avery Baker! —exclamó ella con una sonrisa y los ojos muy abiertos. Soltó a Kira y se acercó a mí—. Te he visto en las revistas, siempre estás preciosa. ¿Y en el anuncio de *Déesse*? Absolutamente increíble. Ese vestido de diosa es precioso.

—Me alegra que te guste, es el que llevaré el día de mi boda, con tu hermano.

—¿Eres su novia? —preguntó señalando a Dean con el pulgar por encima de su hombro.

—Sí, lo que quiere decir que tienes un hermano y dos hermanas mayores. Espero que te guste la noticia.

—¡Me encanta! En Virginia con mi mejor amiga siempre teníamos un par de recortes tuyos en la habitación. Los vestidos del señor Newman son preciosos, y debo decirte que luces las joyas del señor Remington como una auténtica princesa.

—Gracias, vas a conseguir que me sonroje.

—Incluso así eres preciosa. ¿Puedo... abrazarte...? —era tímida, pero absolutamente encantadora.

—Claro, ahora somos hermanas.

Corrió hacia mí y se aferró a mi cintura apoyando la cabeza en mi hombro. Diana era de mi estatura, y su constitución y la mía eran muy similares por lo que quizás podríamos compartir ropa. Mmm eso sonaba bien en mi cabeza, al fin tenía una hermana pequeña. La estreché entre mis brazos y sonreí al tiempo que recordaba a mis padres y las lágrimas comenzaban a escocer en mis ojos.

—Veo que te dejamos en buenas manos Diana —dijo Dollan acercándose a nosotras.

—Sí, eso parece —secundó Mason.

—Estará bien con nosotros —aseguró Dean sonriendo sin apartar la mirada de la mía.

—Diana, sabes que cualquier cosa que necesites puedes llamarnos. No estaremos aquí al lado, pero siempre estaremos para ti.

—Muchas gracias Dollan —se acercó a él y le abrazó, un abrazo que mostraba un cariño fraternal por la forma en que ese hombre de apariencia robusta se aferraba a la muchacha.

—A ti princesa, por dejarme ser más que un detective para ti.

—Sabes que siempre te necesitaré, aunque no te tenga cerca. Has estado ahí durante tanto tiempo...

—Pero ahora tienes a tu familia, y sé que nadie cuidará de ti mejor que ellos. El señor Mayer es un buen hombre.

—Además, dentro de poco tendrás seis sobrinos a los que cuidar y malcriar —dijo Dean con las manos en los bolsillos.

—¿Seis? ¿Estás esperando seis bebés? —preguntó sorprendida mirándome.

—Oh, no, por supuesto que no estoy esperando seis bebés.

—¿Entonces?

—Son adoptados peque, cuatro chicos y dos chicas.

—¡Soy tía!

—Aún no es oficial del todo, pero sí, eres tía.

—Vaya, sí que tengo una gran familia —se aferró de nuevo a Dollan un instante y después de separarse caminó hacia Dean, entrelazó los brazos en su cintura y apoyó el rostro en su pecho—. Muchas gracias, hermanito.

—Sus secretarias tienen las maletas de Diana. Hemos venido directamente ya que su vuelo se retrasó. Señor Mayer, cualquier cosa que necesiten, será un placer serles de ayuda.

—Detectives, ya que lo mencionan... Avery, Kira, ¿por qué no vais con Diana al restaurante de Silvia? Tomad un café y esperadme para comer.

—Dean... no es necesario que...

—Avery, tengo que hacerlo. Por ti, por todos nosotros.

—¿Ocurre algo, hermanito? —preguntó Diana sin dejar de abrazarle, mirándole fijamente a los ojos.

—Solo algo que quiero hablar con los detectives. Vamos peque, ve con las chicas —Dean se inclinó y le besó la frente. Y yo, como una boba, sonreí al ver ese gesto en mi hombre que ya no estaba tan nervioso.

—Sí, vamos. Las hermanas con la cuñada, esto va a ser divertido —dijo Kira.

Cuando pasamos por delante de ellos, le di un leve beso a Dean y no pude evitar fijarme en que el detective Mason, el más joven de los dos hombres, no apartaba la vista de Kira. Mmm... no iba a ser mala idea eso de una mañana de chicas, ya que la sexy de mi cuñada también se había fijado en él.

Sabía perfectamente por qué Dean quería quedarse a solas con los dos detectives, les iba a pedir ayuda por lo de Connor. Y no es que no me pareciera bien, sino que no había ocurrido nada grave como para pedir ayuda a los federales. Pero si ese Dollan se había encargado de cuidar durante tanto tiempo de Diana y su madre, sin duda era el hombre indicado para ayudarnos con nuestro pequeño problema.

Diana sonreía feliz, nos contaba sus vivencias en el parvulario, en el colegio y en el instituto. No tenía novio, aunque existía un chico que le gustaba con el que había ido una tarde al cine, junto con su mejor amiga y el primo del muchacho, pero después su madre murió y ya ni siquiera sabía si podría volver a verle.

Quiso hacerse una foto conmigo y se la envió a su amiga, Sindy, que rápidamente contestó con un mensaje de voz lleno de gritos y risitas nerviosas, odiando a su mejor amiga porque tenía por cuñada a la modelo más elegante y sexy del momento.

Dios, ¿de verdad hablaban de mí? No me consideraba tan sexy... pero si Dean Mayer se había enamorado de mí y me había pedido que nos casáramos, algo habría visto.

Cuando vio el sencillo anillo de compromiso hizo una foto y se la mandó a Sindy, que respondió con un par de emoticonos sonrientes con corazones en los ojos.

«Tu hermano es un hombre romántico, y afortunado. Dios, tú eres afortunada. Te odio enana delgaducha. Joder, claro que no te odio. Te quiero y lo sabes. Te echo de menos...»

Y una carita triste finalizaba el mensaje de Sindy.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, y antes de que rompiera a llorar me incliné y la sequé con mi pulgar.

—Cariño, todo va a ir bien. Siempre que a Sindy le permitan visitarte, puede venir a casa —dije cogiendo su mano.

—¿De verdad?

—Claro que sí cariño. Es tu mejor amiga, no puedes perderla por estar lejos.

En ese momento recibió un nuevo mensaje, y a diferencia de la sonrisa por leer el nombre de su amiga, los ojos se abrieron como platos y sus labios se separaron en un leve gritito de sorpresa.

—¿Todo bien? —preguntó Kira.

—Sí... sí... es... ¡no me lo puedo creer!

—¿Quién te ha escrito, cariño? —pregunté.

—Él, es él... es... oh, Dios, es Nick.

—Oh, vaya, es Nick, “el chico” ... —contestó Kira guiñando un ojo y sonriendo.

«Hola, bonita, ¿ya has llegado a Nueva York? Espero que hayas tenido un buen vuelo. Cuando llegué a casa de Sindy ya te habías ido, siento no haber llegado a tiempo, tenía algo para darte, para que no te olvides de mí. Pero... bueno supongo que podré enviártelo, ¿me das una dirección? Cuando sepas, claro. Oye, que, aunque solo pudimos salir una vez al cine... bueno, que... quiero decir que yo... No quiero que me olvides Diana, yo no lo haré. No quiero salir con otra chica, y sé que esto será difícil porque... bueno tú estás en Nueva York y yo en Virginia, pero... solo es un año, lo sabes ¿verdad? El año que viene iré a la universidad, y voy a ir a Nueva York. Lo tengo claro, no quiero ir a otro sitio. Te quiero bonita, y espero que tú... Bueno, por favor llámame cuando puedas, ¿lo harás? Adiós, bonita, mi bonita.»

Y Diana no pudo evitar llorar. El chico que le gustaba le acababa de decir que la quería, y estaban separados, eso sería difícil, pero no imposible.

—Bueno, bueno. “El chico” nos quiere, bonita —canturreó Kira guiñando un ojo mientras secaba las lágrimas de sus mejillas.

—Así que al final fue a casa de Sindy, creí que no había ido porque no quería saber de mí.

—Cariño, ya le estás dando esta dirección para que te envíe lo que iba a darte —le dije apuntando la dirección de la casa de Amanda. Sabía que allí podría recibir cualquier cosa hasta que tuviéramos la casa donde mudarnos con Dean.

Diana le respondió, diciéndole que ella también le echaría de menos y que siempre que pudiera le llamaría, le dio la dirección y le dijo que esa era temporal, que era la casa donde vivía su cuñada y que cuando nos hubiéramos instalado en la casa nueva le daría la dirección. Nos hicimos una foto las tres juntas y se la envió a Nick, diciéndole que ahora tenía dos hermanas mayores con las que podía salir de compras como hacía con Sindy, y él no tardó en contestar.

«Tres bellas mujeres, no hay duda. Tu hermano es un hombre con suerte, tiene cerca tres bellezas. Te pareces un poco a Kira, tenéis la misma sonrisa y el hoyuelo que os sale en la mejilla derecha. Me gustan los ojos de Avery, son sinceros. Estás en buenas manos bonita, eso me gusta. Espero poder cuidarte pronto yo también. Tengo que entrar a trabajar. ¿Puedo llamarte mañana?»

Diana sonrió, se le iluminó el rostro mientras leía el mensaje de Nick y le contestaba que esperaría su llamada, parecía buen chico, pero no tenía ninguna duda de que tanto Kira como yo querríamos hablar con él... nuestra niña no iba a estar con cualquiera que no la quisiera realmente.

—Creí que iba al instituto contigo —dije.

—Sí, va un curso por delante, el próximo será su último año de instituto. Pero ayuda en la empresa a su tío, tiene una fábrica de muebles y él se encarga de preparar los envíos. Es huérfano, sus padres murieron cuando él tenía trece años y desde entonces vive con sus tíos y su primo. Todos los meses le da algo de dinero por ayudarlo en la fábrica, y lo guarda para cuando vaya a la universidad.

—¿Qué quiere estudiar?

—Quiere ser contable. En la fábrica de su tío echa una mano con la contabilidad a su tía, se le dan bien los números.

—Oh, es bueno saber que es un muchacho aplicado.

—Los echaré de menos, sobre todo en un par de semanas, el día de mi cumpleaños.

—¿Tu cumpleaños es dentro de dos semanas? —preguntó Kira.

—Sí, y será el primero lejos de Sindy.

—De eso nada. Hablaré con tu hermano y enviaremos su avión privado a recogerlos para que vengan a pasar el fin de semana contigo. ¿Te parece bien?

—¿Lo dices en serio Avery?

—Claro que sí cariño, tu hermano querrá conocer a ese muchacho, no me cabe ninguna duda.

Silvia regresó con la siguiente ronda de refrescos, y hablamos con Diana de la boda, ultimando los detalles y quedamos en ir en un par de días con mis chicas para comprar sus vestidos y los tajes para los chicos.

—Bien, y cambiando de tema... —dije mientras daba vueltas a la pajita en mi refresco—. Parece que el detective Mason le ha echado el ojo a nuestra Kira.

—¿Qué?! No, claro que no —respondió ella sorprendida.

—Vaya, vaya. Y tú a él también, no lo niegues que he visto vuestras miraditas.

—A ver, el detective es...

—¡Es guapísimo! —gritó Diana—. Y muy simpático. Tiene apenas treinta años, no es mucho mayor que tú Kira. Tienes veintiséis, ¿cierto?

—Sí, pero no me he fijado en él.

—Vaya que lo has hecho cuñada. Las llamas en tus ojos no mentían. Y él te estaba dando un repasito...

—Uy, pues si quieres quedar con él... tengo su teléfono.

Y antes de que Kira pudiera siquiera negarse, Diana estaba llamando al detective Mason.

—Hola, grandullón. ¿Cuánto tiempo estaréis en Nueva York? —preguntó Diana—. Oh, eso es genial. Oye, he visto que mirabas mucho a mi hermana. Grandullón, no me mientas que nos conocemos. Sí, por eso te llamaba. ¿Un café esta tarde? Perfecto, apunta la dirección —le dijo la calle y el nombre del restaurante de Silvia y acordó que Kira estaría a las seis para ese café—. Bien, adiós grandullón. Y oye, trátala bien que es mi hermana mayor.

—¿Se puede saber qué has hecho Diana? —preguntó Kira.

—Oh, acordar una cita para un café. Tranquila, que Mason también quería, pero no sabía cómo localizarte.

—Me da que esta señorita nos va a traer algunos problemas —dije sonriendo.

—Nah, soy una celestina nata. Sindy está saliendo con el primo de Nick desde hace un año así que, tan mal no se me da.

—Bien, pues espero que estés preparada para tener un federal en la familia, porque si el bombón de Mason se deja, me caso con él.

—¡Y decías que no le habías echado el ojo! —me quejé suspirando.

—Tal vez un poquito.

Y las tres comenzamos a reír como si no hubiera un mañana. Pasamos el resto de la mañana hablando de todo y nada en particular, hasta que Dean se unió a nosotras para comer. Se acercó a la mesa y me dio un beso en los labios, apenas un leve roce, y después besó en la frente a sus hermanas. Sí, ese era el hombre que me había robado el corazón, con el que compartiría el resto de mi vida.

—¿Todo bien? —preguntó sentándose entre Diana y yo.

—Perfecto. Hablábamos de la boda, en un par de días iremos con las chicas a por sus vestidos y los trajes para los chicos.

—Bien, eso es estupendo. Te gustarán tus sobrinas, y Sarah y Annie serán buenas amigas.

—Cariño, dentro de dos semanas es el cumpleaños de Diana.

—¿En serio?

—Sí, los diecisiete.

—Vaya, entonces prepararemos un buen cumpleaños.

—Hay que enviar el avión a Virginia, sus amigos tienen que pasar el fin de semana con ella —dije cogiendo la mano de Dean.

—Oh, claro. ¿Cuántos son? Habrá que buscar alojamientos para ellos...

—Tranquilo cariño, solo son tres. Su mejor amiga, el novio de ella y el novio de Diana.

—¿Tienes novio? —la cara de Dean parecía un poema.

—¿Esperabas que fuera soltera? Cariño, no es una niña pequeña.

—No claro, pero me sorprendió, solo eso. ¿Es buen chico?

—Lo es, Nick es un buen chico, hermanito.

—Bien, entonces, solo tres. Podríamos... bueno en mi apartamento solo tengo un dormitorio para invitados, que es el que ocuparás tú hasta que nos mudemos todos a la nueva casa. Por cierto, preciosa, esta tarde iremos con Roger a verla.

—¿Ha encontrado una?

—Sí, tiene ocho dormitorios en vez de siete, otros dos para el servicio, biblioteca, despacho, piscina. En fin, creo que es perfecta. Y no es demasiado cara, así que.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Diana.

—Creí que querías ir de compras con Kira o algo así.

—No, ella tiene planes para esta tarde.

—En ese caso, estaré encantado de que nos acompañes. De todos modos, será tu casa también.

—Genial.

—¿Chicos? —preguntó Silvia—. ¿Queréis comer ya?

—Sí por favor, me muero de hambre —contestó Diana recostándose en su silla.

Y tras pedir nuestra comida, llevamos la conversación a Diana y su chico. Nos enseñó una foto y no tengo duda de que la quería, su mirada estaba fija en ella y me recordó a la que habían publicado de Dean y yo en una de las revistas. Cuando le miré y sonreí enseguida supo lo que estaba pensando, y cuando apretó mi mano con la suya intuí que el muchacho le había gustado, pero aun así estaba segura que le sometería al tercer grado.

—Dios, es perfecta Dean —dije cuando salimos al jardín de la casa.

—Es preciosa hermanito. Los dormitorios son muy amplios, los chicos podrán compartirlo incluso cuando sean adolescentes. Cuando llegue esa edad tal vez se podría poner una estantería en el centro a modo de separador, así como para que tengan un poco de privacidad, no sé, creo que estaría bien.

—Hermanita, ¿has pensado qué quieres estudiar cuando acabes el instituto?

—Sí, quiero ser decoradora de interiores.

—Eso es perfecto, porque podrás trabajar conmigo. Los proyectos serán más completos, yo arquitecto y tu decoradora. Sin duda seremos un gran equipo.

—¿En serio? Eso sería genial.

—No se hable más, preciosa ya tengo nueva socia.

—Me alegro cariño, me alegro mucho.

Roger se unió a nosotros, los dueños de la casa esperaban dentro para que pudiéramos hablar y decidir si nos la quedábamos o no, y cuando Roger dijo que nos rebajaban el precio de la casa en un par de millones porque llevaba bastante tiempo a la venta y nosotros seríamos una familia muy numerosa en poco tiempo, Dean y yo nos miramos y con una sonrisa supimos que teníamos casa.

Sí, aquella casa de fachada blanca, con amplios ventanales, muy luminosa, amplia y con un gran jardín donde nuestros hijos jugarían y crecerían, felices era nuestra. En ella formaríamos nuestro hogar, ese hogar en el que nosotros como padres cuidaríamos de todos ellos, les daríamos el amor y el cariño que tanto necesitaban y completaríamos nuestra propia felicidad.

Dean siempre quiso una gran familia, y yo había deseado tener hermanos, muchos hermanos. No había sido posible, pero ahora contaba con una gran familia llena de amigos, hermanas, un hombre que me amaba y niños, muchos niños a quien amar.

Capítulo 7

Sarah y Annie congeniaron rápidamente con Diana, y Paula y Angie enseguida la adoptaron como tía.

Pasamos una tarde de chicas de lo más entretenida. Sesión de cine, tortitas para merendar y de una tienda a otra eligiendo sus vestidos y demás complementos y los trajes para los chicos.

No sabía si Dean ya había pensado en su traje, pero vi una corbata del mismo color que el vestido que Elora me prestaría para la boda y se la compré para que fuéramos a juego.

—Si todo hubiera ido bien, mi madre podría estar en vuestra boda —dijo Diana cuando regresábamos al apartamento de Dean.

—Piensa que tal vez, si Norah se hubiera quedado con Dean y Kira, tú no habrías nacido.

—Sí, lo sé, pero ella quería a mis hermanos. Tú le habrías gustado, y estaría feliz de saber que Dean se iba a casar.

—¿Cómo era ella? Dean apenas me ha hablado de vuestra madre.

—Era increíble. Me dijo que tuvo miedo cuando supo que estaba embarazada de mí, que incluso pensó no tenerme porque nunca podría decirme quién era mi padre.

—Lo siento mucho cariño, no deberíamos hablar de esto...

—Tranquila, puedo hacerlo. Entiendo que mi madre trabajó en ese club para sobrevivir, y cuando me tuvo no tenía otra opción para poder darme de comer. Dejó de tener clientes, se dedicaba a servir copas en la barra y a la contabilidad, eso a su jefe incluso le salió más rentable con ella que el hecho de que pasara de hombre en hombre. Le pagaba menos y las cuentas las llevaba al día. Si había algún imprevisto el detective Dollan la ayudaba económicamente. Era un buen hombre, y aún lo es. Siempre me ha tratado como a una hija. Él nunca se casó, ¿sabes? Tuvo una novia, pero cuando supo que trabajaría para el FBI decidió abandonarle y nunca más estuvo con alguna mujer. Siempre estuvo enamorado de ella. Alguna vez yo imaginé que salía con mi madre, se les veía muy bien juntos, pero siempre me decían que entre ellos ni había ni habría nada. Una pena, me gusta Dollan.

—Estoy segura que te quiere mucho, ha cuidado muy bien de ti y tu madre.

—Sí, siempre puedo contar con él. Hubo una vez a la salida del instituto que unos chicos se metieron con Sindy y conmigo y él había quedado en ir a recogerlos para llevarnos a casa, tenía que hablar con mi madre, y cuando los vio salió del coche y amenazó con tenerlos un par de noches en el calabozo de comisaría. No volvieron a meterse con nosotras.

—Es protector, eso está bien.

—¿Te quedarás esta noche con Dean y conmigo?

—Tenía pensado dormir en casa, la sesión de ayer y de esta mañana han sido largas.

—Entiendo.

Miré a Diana y vi que su sonrisa desaparecía de sus labios y los ojos se quedaban fijos en sus manos, que entrelazaba nerviosa sobre el regazo.

La tarde anterior había salido con Kira y con el detective Mason, que al parecer se quedaría en la ciudad unos días más junto con Dollan porque Dean les había pedido que investigaran a Connor hasta el último detalle.

—¿Te apetece que pidamos unas pizzas para cenar? —pregunté cogiendo su mano.

—¡Claro! Me encanta la pizza, sobre todo si lleva extra de piña.

—Mmm... eso suena bien. Que sea pizza entonces. Y podemos ver una película que estrenan en televisión, es de esas románticas que tu hermano ve conmigo por obligación.

—Uy, entonces ahora me temo que seremos dos contra uno. ¡Eso va a ser divertido!

—Sí, lo será.

Cuando llegamos al edificio, dejé el coche en la plaza de *parking* que Dean había asignado para mí, cogimos todas las bolsas y subimos en el ascensor hasta el apartamento.

Entramos mientras nos reíamos recordando la mirada del camarero de la cafetería donde habíamos merendado, ya que al verme tan joven se sorprendió que tuviera dos hijas tan pequeñas. Y cuando Sarah le dijo que en realidad tenía otros cuatro hijos más sus ojos se abrieron como platos.

—Creo que se le paró el corazón cuando Sarah le habló de los chicos.

—Sí, pero cuando le dijo que todos eran adoptados juraría que escuché su respiración más alta incluso que la música de fondo.

—¡Sí! Pobre muchacho. Trataba de ligar contigo y Sarah le arruinó la idea.

—¿Quién quería ligar con mi mujer? —la voz ronca de Dean apareciendo por el pasillo nos sorprendió.

—Un camarero, pero tranquilo hermanito que Sarah se ha encargado de quitarle la ilusión.

—Esa es mi chica, Sarah podrá ser de las vuestras, pero siempre estará de mi parte.

—Mucho te gusta a ti que la gente se ponga de tu lado. Eres un pequeño neandertal hermanito.

—¿Qué tal las compras?

—Bien, todos los vestidos y trajes están aquí. Listos para viajar a Las Vegas. ¡Lo estoy deseando! Nunca había salido de Virginia.

—Bueno, cuando trabajes conmigo viajarás a muchos otros lugares, de eso estoy seguro.

—Eso espero, me gustaría visitar París.

—Cualquier fin de semana podemos ir allí. Podríamos ir los cuatro —dije guiñándole un ojo.

—¿Los cuatro?

—Sí cariño, tú y yo con Diana y Nick.

—Primero tengo que conocer a ese muchacho. Si lo que está pensando es...

—No te preocupes hermanito, que aún soy virgen. Y creo que será así por algún tiempo más.

—Sí, al menos hasta que te cases.

—¡Pero qué dices! ¿Estás loco?

—No, no lo estoy.

—Vaya, así que Avery llegará intacta y pura junto a ti al altar, ¿verdad?

—No, cuando Avery conoció al neandertal ya no era tan pura —confesé con una pícaro sonrisa.

—Entonces no esperes que yo lo sea hermanito.

—Avery, eres mi mujer, podías apoyarme un poco en esto, ¿no te parece, preciosa?

—Cariño, tu hermana y yo somos mujeres y hablamos de estas cosas. No te preocupes por ella que sé que esperará al momento adecuado.

—Sí, al menos a que me gradúe en el instituto.

—Bueno, eso será a los dieciocho años, podría soportarlo. Pero no me des sobrinos demasiado pronto que la casa se nos llenará de niños en una semana.

—Creí que querías una gran familia.

—Peque, claro que la quiero. Pero aún eres joven y no quiero que estropees tu futuro cargando con un bebé que las niñeras de mis hijos tendrían que cuidar mientras terminas la universidad.

—Quiero ir a la de Nueva York, he visto en su página web que puedo estudiar allí lo que quiero.

—Y así además tendrías cerca a tu chico, muy lista cariño —dije sonriendo.

—Bueno, este apartamento lo ocuparán Sarah y Dylan, y seguramente Annie y Kevin también, ¿dónde tiene pensado tu chico vivir? —preguntó Dean haciendo especial énfasis en la palabra chico.

—Tal vez en la residencia de la universidad. Y está pensando buscar un trabajo por las tardes para ganar algún dinero extra.

—Dijiste que se le dan bien los números, lleva la contabilidad con su tía, ¿verdad? —pregunté mientras cogía el folleto de la pizzería para llamar.

—Sí, es un buen contable.

—Bien, podrías darle un trabajo en tu oficina, ¿no crees cariño?

—Tendría que ver cómo se desenvuelve con la contabilidad, si lo hace bien tendría un puesto fijo si lo quisiera.

—Eso sería fantástico Dean. Muchas gracias hermanito —Diana se acercó a él y se aferró a su cintura en un fuerte abrazo.

Dean la recibió con un beso en la sien, mi hombre adoraba a su hermana pequeña y se le veía feliz. Tal vez su madre hizo mal cuando los abandonó a él y a Kira, pero haber tenido a Diana fue el mejor regalo que dejó para sus hijos. Ellos estaban muy unidos, tenían sus pequeñas peleas como cualquier hermano, pero se adoraban el uno al otro. Tener a Diana con ellos les hacía felices a ambos, esa muchacha se había ganado su cariño y su respeto desde el primer momento en el que pisó el despacho de Dean.

—No puedo creer que lloréis con una película —dijo Dean mientras aparecían los créditos finales.

—¿Es que no tienes corazón? —preguntó Diana terminando de secar sus lágrimas.

—Claro que lo tengo, pero no como para llorar por una película.

—No me cabe duda, eres un completo neandertal.

—Peque, me parece muy romántico lo que hace el muchacho por su chica, y es una pena que finalmente muera y la deje sola, pero al final todo el mundo es fuerte y no está solo de por vida.

—Hay quien sí lo está. Ahí tienes a Dollan, cuando su novia decidió dejarle porque iba a trabajar para el FBI, él como que entró en duelo como si fuera viudo. Nunca más ha amado a otra mujer, y es una pena porque ese hombre es un amor.

—A mí también me dejó una chica, y lo pasé francamente mal. No sé ni el tiempo que estuve dedicado por completo a emborracharme y no pisaba ni el despacho. Pero la vida sigue, y una noche, cuando menos lo esperaba, unos ojos color miel me volvieron loco y supe que su dueña tenía que ser mía —dijo rodeando mi cintura con sus manos acercándose a él para besarme la mejilla.

—Ay, mi neandertal... —suspiré acariciando su mejilla.

En ese instante sonó el teléfono de Diana, cuando lo cogió de la mesa sonrió y se le iluminó la cara.

—Buenas noches cariño —dije haciéndola saber que podía irse a su cuarto para hablar con Nick. El joven de Virginia la llamaba siempre que podía.

—Buenas noches.

Y agitando su mano para decirnos adiós, salió corriendo del salón camino de su dormitorio.

—¿Crees que ese Nick será buen chico?

—Estoy segura de que sí. La escribe a menudo, y siempre que puede la llama.

—¿De verdad estoy siendo tan neandertal?

—Cariño, quieres lo mejor para ella, protegerla y cuidarla, igual que con Dylan y Sarah, o Kevin y Annie. Eres su hermano mayor.

—Quizás podríamos... ¿te parece bien si envío un avión para recoger a Nick y que lo lleven a Las Vegas para nuestra boda? Eso sería una sorpresa para Diana, ¿verdad?

—Sí, lo sería. Y también sería algo muy romántico por tu parte. Dejar que esos dos pasen un tiempo juntos.

—Es que me resulta raro saber que solo tuvieron una cita de verdad, y que no ha pasado nada entre ellos y él diga que la quiere.

—¿Antes de que me metieras en tu cama, me querías?

—Yo...

—Sé que siempre decías que no podías darme más, pero en el fondo me querías y esperabas tenerme siempre contigo, así que, si ese muchacho que está a punto de cumplir los dieciocho está seguro de que quiere a tu hermana, es porque va en serio. ¿Qué sentiste cuando supiste que me iba a Londres?

—Joder, ibas a estar lejos. No poder volver a verte me iba a matar.

—Y eso es lo que Nick está padeciendo ahora. Estoy segura de que si pudiera cambiar de instituto cuando cumpla los dieciocho lo haría, dejaría a sus tíos para estar cerca de ella.

—¿Y si pudiera ayudarle en eso? Quizás podría instalarle en uno de los apartamentos pequeños que tengo por la ciudad y darle ese empleo.

—Empieza por llevarle a Las Vegas, conócele, habla con él. Mira cómo se comporta con Diana y si crees que es sincero en lo que quiere con ella, tráelo con nosotros, en la familia seguro que será bienvenido.

—No te quiero, Avery Mayer.

—Baker, aún soy Avery Baker.

—No para mí, preciosa. Desde que puse mis ojos en ti has sido la señora Mayer.

—Si no hubieran pasado tantos siglos, estoy segura de que el neandertal que llevas dentro me habría agarrado del cabello y habría arrastrado mi cuerpo por el suelo de aquí para allá, dejando claro que soy de tu propiedad.

—No haría eso jamás, lo sabes. Lo único que quiero es que le quede claro a todo el mundo que eres mi mujer. Las fotos de la boda le dejarán claro a Connor que si intenta hacerte daño lo mataré con mis propias manos.

—Por favor, no pienses en él. Ya tienes a Dollan y Mason detrás de él...

—Cierto, y sé que harán un buen trabajo. Y ahora... señora Mayer... sería un honor para mí si me acompañara a la cama, estoy deseando hacerle el amor a mi esposa.

—Mmm... eso suena bien —me acerqué a él y le besé mientras entrelazaba mis manos alrededor de su cuello.

Cogiéndome por la cintura, se puso en pie conmigo entre sus brazos y sin dejar de besarme caminó hacia el dormitorio.

Podría acostumbrarme a esa vida, cenar en familia y terminar la noche en la cama con mi marido, entre sus brazos, amándonos durante horas, uniendo nuestros cuerpos para cubrirlos de

besos y regalarnos caricias y amor cada noche.

Sí, en el fondo yo sabía que era la señora Mayer desde hacía tiempo, mucho tiempo.

Capítulo 8

Elora Fortier, una de las mejores perfumistas de París, presentaba su nuevo perfume para hombre. Karen y yo habíamos participado en el rodaje del anuncio y posado para las fotos de los carteles junto a su hermano, Olivier Fortier, uno de los modelos masculinos más aclamados del momento.

Sí, los tres representábamos para su nuevo perfume ese trío amoroso en el que el apuesto muchacho debe elegir entre una de las dos. Al final se queda con Karen y yo soy la que sigue durmiendo sola y pensando en él, pero oye, no se puede ganar siempre.

—No puedo creer que toda esta gente esté aquí para la presentación de un perfume —dijo Diana cuando entramos en el hotel donde Elora hacía la presentación.

—Deberás acostumbrarte peque, cuando acompañemos a Avery a un sitio de estos la prensa estará por todas partes.

—Yo no podría soportar no tener apenas intimidad. Debe ser horrible tener tantas cámaras detrás.

—Bueno, y aún no saben que estamos prometidos. Si lo supieran sería mucho peor que esto —aseguré sonriendo.

—Oh, así que es un secreto.

—Algo así. El caso es que solo dos periodistas acudirán a Las Vegas con nosotros para tener la exclusiva de la boda en sus revistas. Nos han ayudado en algunas ocasiones así que es nuestra forma de agradecerse.

—¡No me lo puedo creer! —grita Diana de repente—. Aquel es... ¡Sí, es Olivier Fortier! No me digas que le conoces...

—Es el hermano de la perfumista, el anuncio y las fotos han sido con él —contesto, con una sonrisa.

—Necesito conocerle, ¡por favor, Avery!

—¿Se puede saber qué le veis a ese tío? —preguntó Dean con el ceño fruncido.

—Oh, vamos, hermanito. No me digas que estás celoso. Tú eres mucho más guapo, pero es que él... ¡Mírale, está buenísimo!

—Vale, no necesito saber más. Voy a por una copa.

—Cariño, sabes que solo tengo ojos para ti, ¿verdad? —le pregunté acercándome a él para acariciar levemente su pecho.

—Eso espero. Porque estoy deseando llegar a casa y quitarte ese vestidito que llevas —se inclinó y me dio un leve beso en la sien, aprovechando que ningún periodista podía vernos.

Ofrecí mi brazo a Diana y juntas caminamos hacia Olivier, y tras saludarle le presenté a mi cuñada. Él le regaló una de sus mejores sonrisas y le dio dos besos, estoy segura que después de eso tardará al menos un par de días en limpiarse la cara.

Su marcado acento francés era tan puñeteramente seductor que mi joven cuñada no podía apartar la vista de él, y no se quitó esa sonrisita de niña pícaro y a la vez inocente en ningún momento.

Se hizo algunas fotos con él y nos despedimos para regresar con el neandertal de mi marido.

Sí, a todas luces y para lo que nos quedaba de solteros, Dean Mayer ya era mi marido.

Diana le envió una de las fotos a Sindy, y la pobre de su mejor amiga respondió casi al instante.

«¡No vuelvas a escribirme en tu vida, ni a llamarme! ¡Te odio, maldita enana delgaducha! Joder, pero qué suerte tienes enana. ¿Estás con ese francés taaaaannnnn guapo? Definitivamente, cuando cumpla los dieciocho me mudo a Nueva York, quiero ser tu compañera de piso. Tienes que llevarme a una de esas fiestas, ¡es una puñetera orden! Te quiero enana, pásalo bien.»

Sin duda, esas dos adolescentes eran como hermanas.

—¿Quieres algo de beber, peque? Hay refrescos en aquella mesa —preguntó Dean cogiendo a Diana por la cintura.

—Sí, iré a por uno. Enseguida vuelvo.

Y cuando nos quedamos solos, Dean posó su mano en mi espalda y deslizó los dedos lentamente por ella. Sabía que esas caricias suyas eran perjudiciales para mi salud, pero el muy puñetero de mi marido no perdía oportunidad en tocarme.

—¡Avery! —gritó Karen acercándose a nosotros con Peter.

—Llegas tarde. Elora estaba nerviosa porque no te encontraba.

—Díselo a mi prometido, se ha entretenido regalándome este anillito... —dijo extendiendo su mano hacia mí para que viera el anillo de diamantes que llevaba en uno de sus dedos.

—¿Prometido?! ¿Hablas en serio? —pregunté sorprendida.

—Sí, muy en serio. Lamento haberla hecho llegar tarde.

—Dios, Peter, te perdono. Te perdono todo. ¡Ven aquí sinvergüenza! —le ordené acercándome a él con los brazos abiertos para estrecharle en ellos.

—Felicidades Karen —dijo Dean—. Te llevas una buena mujer Peter, espero que la cuides bien, sino mi mujer te romperá las pelotas.

—Tranquilo Mayer, seré el mejor marido.

—Dean, crees que tu abogado... ¿podría prepararnos los papeles para la adopción de Nathan y Mia?

—¿Queréis adoptarlos? —pregunté abrazando a mi amiga.

—Claro, creo que son perfectos para nosotros.

—Hablaré con él mañana. Podréis reuniros en mi despacho la próxima semana.

—Mañana iré a ver a la señora Gobs, quiero llevarlos con nosotros a vuestra boda, si no os importa.

—Claro que no Karen, me alegrará tenerlos allí con nosotros. Ellos también son de la familia ahora. Oh, Karen, me has hecho muy feliz —dije con las lágrimas a punto de brotar de mis ojos, sin dejar de abrazarla.

—Señor Mayer —escuché la voz del detective Dollan acercándose a nosotros.

—Dollan, no sabía que vendría.

—Mason y su hermana insistieron. Esos dos pueden ser muy persuasivos.

—¿Mason y Kira? —preguntó Dean mirándome.

—Oh, sí cariño. Ellos... bueno, se están conociendo.

—Joder, ¿es que siempre tengo que ser el último en enterarme de lo concerniente a mis hermanos y hermanas? Avery, creí que después de lo de Dylan y Sarah...

—Cariño, Kira ya es mayorcita para saber lo que hace. Mira, hablando de la reina de Roma...

—Hola, hermanito.

—Podrías haberme dicho algo Kira, creí que no tenías secretos con tu hermano.

—¿Y por qué crees que lo he traído conmigo? Dean, este es Mac Mason, un muchacho muy simpático y atento al que estoy conociendo. Y tranquilo, que por el momento no me voy a ir a Las Vegas a casarme, como vosotros.

—Joder, ni que Avery estuviera embarazada y fuéramos a taparlo.

Y ahí estaba, de nuevo lo que posiblemente todo el mundo pensaría cuando las fotos de la boda fueran publicadas en las dos revistas más importantes donde las Celebrity aparecían a diario.

Diana se unió a nosotros y abrazó a Dollan con ese afecto fraternal que se tenían mutuamente. Ahora que los volvía a ver de nuevo juntos había algo en sus rostros que... Oh, no podía ser. Su mirada, a pesar de que sus ojos eran de diferente color, tenían la misma mirada. Incluso la expresión de sus rostros al fruncir el ceño. Por el amor de Dios... el detective Dollan era el padre de Diana...

—Gracias a todos por asistir esta noche —comenzó diciendo Elora—. Cuando una idea ronda por mi cabeza no puedo dejar pasar la oportunidad de crear, así que en este poco tiempo he estado preparando un nuevo perfume, esta vez para hombre. Debo darle las gracias a la guapa y exquisita Avery Baker, una de mis nuevas musas.

—Preciosa, creo que estoy celoso de Elora... —susurró Dean cogiéndome por la cintura.

—No seas tonto. A ella le gusta Karen.

—Pues tiene un problema si ella va a casarse.

Todo el mundo aplaudió y dirigió sus miradas hacia mí, y en respuesta les ofrecí una de mis sonrisas al tiempo que inclinaba la cabeza para saludar.

—Bien, ha llegado el momento que todos esperábamos. Les presento el anuncio de mi nuevo perfume, XCTR^[6], que, como el protagonista de nuestro video, es de lo más excitante.

Las luces fueron apagándose poco a poco mientras la pantalla descendía, y ahí estaba, Olivier Fortier nadando en la piscina de la casa de Amanda. La cámara giraba y nos enfocaba a Karen y a mí, que sonreíamos disfrutando de nuestras bebidas. De nuevo la cámara filmaba a Olivier saliendo del agua, caminando hacia nosotras. Tras sentarse en la tumbona de Karen, se inclinaba y besaba su vientre subiendo poco a poco hacia sus labios, donde se deleitaba con un profundo beso, ante mi mirada que reflejaba la decepción de ser rechazada.

Cambio de escenario. La noche se cierne sobre mi dormitorio, mientras doy vueltas en la cama tratando de dormir, cosa imposible porque no puedo olvidarme de Olivier. Un pequeño flash back y aparecemos Olivier y yo besándonos apasionadamente, y de repente le presento a mi mejor amiga, Karen, su mirada se centra en ella y se ve el deseo y la lujuria por tenerla. Sí, el trío está formado.

De nuevo Olivier y Karen besándose en la piscina y vuelta a mí recostada en la cama pensando en él.

«XCTR, Nouveau parfum pour homme^[7].»

La voz de Olivier suena de fondo antes de que el anuncio acabe. Y de nuevo las luces empiezan a encenderse mientras los aplausos resuenan por toda la sala.

Y en el escenario ya están expuestas las fotos de la campaña, los carteles que representarán XCTR en cada perfumería. En unos están Olivier y Karen, en otros Olivier y yo, Olivier solo en bañador y yo en la cama, unas de esas malditas fotos que Connor me hizo...

—Han hecho buen trabajo con esas fotos —me susurró Dean.

—Sí, al menos nos da tiempo para que Connor no pueda hacer nada con ellas.

—Dollan está en ello preciosa, no te preocupes.

—¡Estás preciosa Avery! —gritó Diana dándome un abrazo.

—Gracias cariño.

—¡Por fin os encuentro! — exclamó Elora acercándose a nosotros.

—Aquí la estrella llegó tarde porque... ¡se casa! —anuncié cogiendo la mano de Karen.

—*¡Oh, mon Die!* Me alegro por ti querida.

—Gracias. Aún no hemos decidido fecha, pero espero que nos acompañes ese día.

—Pues claro querida. No me perdería la boda de mis chicas por nada del mundo.

—Elora —Olivier se unió a nosotros—, quieren hacernos algunas fotos, ya sabes, lo de siempre.

—Claro. Vamos queridas —pidió agarrándose con un brazo a Karen y con otro a mí—, sois los tres protagonistas de la noche.

Y así transcurrió la hora siguiente, posando para las fotos, respondiendo preguntas y esquivando otras tantas a las que Olivier amablemente dijo que no serían respondidas ya que era la noche del nuevo perfume de Elora Fortier y no un programa del corazón de los que emiten en televisión.

Karen y yo sonreímos y nos acercamos cada una a una mejilla para besarla, al tiempo que poníamos una mano sobre su pecho mientras él posaba para la cámara con esa sonrisa pícaro y excitante que tantas bragas podía bajar.

—Ha sido magnífico teneros esta noche chicas —dijo Elora cuando nos acercamos para despedirnos.

—Siempre que quieras seremos tus protagonistas —le aseguró Karen.

—Querida, me hubiera gustado tenerte en otro lugar, no solo en mis anuncios, pero ese hombre es afortunado. Espero que te haga feliz.

—Lo hace, me hace feliz. Y ahora que seremos padres pronto no podría ser más feliz.

—¿Te casas porque estás embarazada? Eso ya no se lleva querida.

—No, no estoy embarazada. De hecho... yo nunca podré tener hijos. Hace años que lo sé así que... vamos a adoptar un par de hermanos de la asociación de Dean.

—Querida, eso es maravilloso. Serás una gran madre.

—Gracias Elora.

—Bueno, será mejor que nos vayamos, están todos esperándonos —dije cogiendo a Karen del brazo.

Cuando estábamos suficientemente lejos de Elora apoyé la cabeza en el brazo de Karen y la apreté con fuerza.

—Podrías habérmelo contado.

—¿El qué?

—Que no tendrías hijos.

—No te preocupes. Creo que es un castigo.

—¿Castigo? No entiendo por qué.

—Él, ya sabes... el que me dejó.

—Oh, ese maldito hombre. ¿Qué pasó con él?

—Me quedé embarazada, pero algo fue mal y tuve un aborto. Después de eso me dijeron que no podría tener más hijos. Algo fue realmente mal pero no quise saber más. Y poco después me dejó así que...

—Karen... soy tu amiga, deberías haber hablado conmigo.

—Cenicienta, bastantes problemas tenemos ya para añadir uno más, ¿no crees? Pero soy feliz, de verdad que lo soy. Voy a ser la madre de esos dos pequeños y eso me consuela, les daré el amor que les falta. ¿Sabes lo emocionado que estaba Peter cuando se lo propuse? Adora a esos niños, Mia es su ojito derecho, sé que la consentirá en todo cuanto le pida, y Nathan... Peter se ve reflejado en él cuando era niño. Los queremos mucho Avery, nunca estaré lo suficientemente agradecida con Dean por llevarnos allí aquel día. ¡Voy a ser madre!

—Me alegro de que seas feliz Karen.

—Y yo de que lo seas tú. Seremos dos grandes familias, las barbacoas de los sábados en tu casa serán increíbles.

—Eso me temo. Menos mal que tenemos mucho jardín para que nuestros hijos corran en verano.

—¡Avery! —una voz masculina que conocía perfectamente gritó mi nombre desde una de las puertas del pasillo.

Cuando me giré ahí estaba él, con sus ojos inyectados en sangre y la rabia instalada en el rostro. No podía creerlo, no podía ser cierto que estuviera allí, no debería estar en Nueva York.

El sonido de un disparo hizo que cerrara los ojos, sentí un leve empujón y después caí al suelo, golpeándome la cabeza. Traté de abrir los ojos, la visión era borrosa, los párpados se cerraban y las voces que había alrededor mía comenzaban a ser ecos sin poder distinguir lo que decían.

Oscuridad, silencio y el mundo quedó relegado a la nada en un instante.

Capítulo 9

—Mariposa, no seas perezosa. Vamos, levanta o llegarás tarde al colegio —la voz de mi madre, aterciopelada y clara como cada mañana.

—No quiero ir. Estoy enferma. Achís —no, esa mañana no me apetecía ir al colegio.

—Mariposa, no estás enferma. Pero quizás si no te hubieras quedado despierta hasta tan tarde anoche...

—Mamá... quiero quedarme en casa. Hoy papá no tiene que ir a trabajar, podíamos pasar el día juntos.

—Avery, ya has oído a tu madre. Te he preparado gofres y tortitas para desayunar. Levanta que hoy te llevo yo al colegio. —ese era mi padre, ronroneando al tiempo que se sentaba en mi cama para hacerme cosquillas.

—Vale, vale. Ya me levanto, ¡pero no sigas por fiiii!

Pocos eran los días que mi padre tenía libre entre semana. Si su jefe le hacía trabajar el sábado, le daba ese lunes libre para que descansara, y yo adoraba esos días porque me llevaba al colegio y me recogía y por la tarde merendábamos con mamá en nuestra gofrería favorita.

Pero aquel día no me levanté como cualquier otro, en el fondo tenía un mal presentimiento, algo pasaría, pero no podía estar segura de qué, además yo apenas tenía ocho años, nada de presentimientos se suponía.

Después de un desayuno más que delicioso, mi madre me entregó el almuerzo y mi padre me cogió en brazos para llevarme al coche.

—Puedo caminar papá... —decía yo siempre que me llevaba al colegio.

—Lo sé mariposa, pero sabes que me gusta verte volar.

Y me lanzaba al aire nada más salir por la puerta de casa, con mis bracitos estirados mientras me reía y esperaba que me volviera a coger entre sus brazos.

—Te quiero mucho papá.

—Y yo a ti mariposa, y yo a ti.

Un abrazo, uno de esos fuertes y agradables que solo él sabía darme.

Cuando llegamos al colegio se despidió con un beso en la frente y la misma frase que decía antes de dejarme.

—Y hoy...

—¡Tarde de gofres! —dijimos al unísono.

—Aprende mucho y diviértete mariposa. Te quiero.

—Te quiero.

Y como siempre, nuestro indiscutible toque de narices el uno al otro. Así es papá, mi gran oso desde que nací.

La hora de salir del colegio había llegado, me despedí de mis compañeras de clase y bajé las escaleras corriendo para encontrarme con papá. Pero su coche no estaba, tampoco el de mamá.

Siempre me llevaba y me recogía mamá menos los lunes que papá tenía el día libre, y si él no podía ese día, era mamá quien lo hacía.

Una mujer guapa y elegante estaba apoyada en un coche rojo en el lugar en el que debería estar alguno de mis padres. La conocía muy bien, era tan parecida a mi mamá...

—¡Tía Ava! —grité corriendo hacia ella con los brazos abiertos para abrazarla. Yo la quería, a pesar de que nos veíamos poco y a ella no es que le gustasen demasiado los niños.

—Hola, Avery.

Su voz sonaba ronca, las gafas de sol tapaban sus ojos, pero el tono enrojecido de sus mejillas no era el habitual en ella. Y apenas llevaba maquillaje, tal vez estaba enferma, pero ¿qué hacía ella en mi colegio?

—¿Mamá y papá van a retrasarse? —pregunté mientras la tía Ava cogía mi mochila para dejarla en el coche.

—Sube cariño, hoy yo te llevaré a casa.

Y en silencio me senté en el interior del coche, sin decir una sola palabra en el camino a casa, simplemente escuchando los sollozos de la tía Ava mientras conducía, y juraría que ella tenía la mirada tan perdida que llegamos a casa porque se sabía el camino de memoria.

El coche de mamá estaba aparcado en la entrada, pero no el de papá, así que supuse que si habían ido de compras aún no habían llegado y le habían pedido a la tía Ava que me recogiera.

La tía Ava cogió mi mochila, me agarró la mano y caminamos hacia la puerta, cuando abrió y entramos de nuevo sentí ese sollozo y una lágrima se deslizaba por su mejilla.

—Tía Ava... ¿estás bien?

—Cariño... vamos a tu cuarto. Hay que recoger tus cosas del colegio, ropa y tus juguetes favoritos.

—¿Me voy de viaje con papá y mamá?

—No cariño, vienes conmigo a casa. Pasarás allí unos días conmigo.

—Oh, se han tenido que ir ellos de viaje...

—Sí, han tenido que salir de viaje. Un trabajo de última hora de papá.

—Vale, vamos a mi cuarto.

Y subí corriendo para recoger todo lo que la tía Ava me había dicho. Solía pasar algunos días con ella en su casa, los pocos ya que no era la tía más encantadora del mundo, pero a mí me gustaba estar con ella.

La tía Ava había empaquetado algunas cosas también en un par de cajas que esperaban junto a la puerta, y ella fue llevando poco a poco todo al coche.

No pregunté qué había en esas cajas, seguramente era algo que mi madre le habría guardado a ella y ahora se lo llevaba de vuelta.

Empecé a canturrear de camino a su casa, y la tía Ava sonrió y cantó conmigo. Cuando llegamos y hubimos descargado todas las cosas, preparamos algo de cena. Y esa fue la última vez que disfruté de una comida caliente para cenar.

Mientras el sacerdote daba su sermón, las lágrimas me corrían por las mejillas haciendo que

mi visión fuera completamente borrosa. No podía creer que mis papás estuvieran metidos en esas dos cajas de madera brillante. Aquel día mi presentimiento era cierto, algo malo iba a pasar y así fue.

Según me dijo la tía Ava mis padres habían salido de compras y cuando regresaban a casa alguien chocó con ellos, el coche dio algunas vueltas en el aire antes de volver a caer sobre el asfalto y la vida de mis padres se apagó allí mismo.

Ella esperó hasta el día siguiente para decírmelo, cuando me levanté para ir al colegio y me dijo que no iba a llevarme. Pasé todo el día llorando entre sus brazos, hasta que mi cuerpo cansado y dolorido se calmó y me quedé dormida.

Había pasado una semana y estaba en el entierro de mis padres. Aún seguía escuchando la voz de mamá despertándome por las mañanas...



—Mariposa, debes despertar —ahí estaba, la voz de mamá de nuevo.

—Vamos Avery, no te hagas la remolona. Haz caso a tu madre —sí, papá también estaba en la habitación.

—No quiero, la última vez que me despertasteis tuve un sueño malo, os moríais... —no era mi voz de cuando tenía ocho años, era mi voz actual, con veintidós.

—Mariposa, tienes que abrir esos preciosos ojos que tanto me han gustado —me pidió mi padre haciéndome cosquillas.

—¡No sigas! Sabes que no las aguanto papá.

—¡Ay mariposa! Hay tantas cosas que has tenido que aguantar estos años...

—¿Qué quieres decir? —pregunté abriendo los ojos.

Y ahí estaban mis padres, llevaban la misma ropa que el día que murieron, seguían igual de jóvenes, mi madre seguía siendo preciosa, guapa y elegante. Y mi padre... ahora que tenía edad suficiente para saber si un hombre era atractivo podía decir que mi padre lo era, no me extrañaba que mamá se enamorara de él, incluso la tía Ava lo había hecho, pero él se quedó con mamá. Tal vez por eso la tía Ava nunca me había querido tanto como yo a ella.

—Mariposa, tienes que despertar, aquí hay mucha gente esperando que lo hagas —la aterciopelada voz de mamá seguía acariciando mis oídos como siempre.

Sus manos, tan suaves como las recordaba, cogieron la mía entre ellas y la acariciaron. Mi padre cogió la otra mano y ambos se sentaron cada uno a un lado de la cama. Pero no era mi cama, no era el lugar donde había dormido cuando tenía ocho años, ni la que tenía en casa de Amanda, ni siquiera era la cama del apartamento de Dean. Algunos cables en mi brazo derecho y el sonido de máquinas hicieron que mirara hacia ellas y entendí que estaba en la habitación de un hospital.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué estoy... en el hospital?

—Mariposa, estabas en una presentación y hubo un incidente —dijo mi madre sin dejar de acariciar mi mano.

—¿Incidente? ¿Qué clase de incidente?

—Te dispararon cariño —mi padre retiró uno de los mechones de pelo de mi frente mientras hablaba.

—Un disparo... —miré fijamente hacia la ventana de la habitación y entonces recordé... él había disparado esa maldita arma—. ¿Karen está bien? Ella... ella estaba conmigo.

—Está en esta habitación también cariño, la bala os alcanzó a las dos antes de que ella hiciera que cayerais al suelo.

—Esto no puede estar pasando, no puede ser cierto. ¿Por qué estoy hablando con vosotros si estáis muertos?

—Mariposa...

—Oh, Dios... no... ¡No puedo estar muerta!

—No cariño, aún no lo estás. Pero si no despiertas, si no luchas por seguir viva, ese hombre habrá conseguido su propósito y tus hijos seguirán sin tener una mamá.

—Oh, papá... ¿sabéis lo de los niños?

—Claro mariposa —contestó mamá abrazándome—, me alegra saber que tendremos tantos nietos. Además, no serán solo seis.

—Bueno creo que con seis nos conformamos Dean y yo.

—Mariposa, lo que tu madre quiere decir es que estamos contentos de saber que estás esperando un hijo realmente tuyo.

—¿Estoy embarazada? No puede ser... no...

—Lo estás cariño, y si tu madre no se equivoca, y creo que nunca lo ha hecho, será una niña tan preciosa como lo fuiste tú.

—Tienes que vivir cariño, por ese hombre maravilloso que no se ha apartado ni un solo día de esa silla —y entonces vi a Dean sentado junto a mi cama—. Ni por esos niños que necesitan a su madre —todos ellos estaban en el sofá, mis seis pequeños—, y esos adolescentes, realmente son los hermanos que tu padre y yo quisimos haberte dado, mariposa.

Todos, mis chicos y chicas estaban en esa habitación esperando que me despertara, dormidos y abrazados unos a otros. Dean, sentando en aquella silla, dormido, con una mano sobre la cama. Ellos esperaban por mí, esperaban que me despertara.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Una semana cariño. Perdiste el conocimiento, te operaron de urgencia y ya no despertaste. Pero los médicos no se dan por vencidos. Espero que tú tampoco. Si lo haces, hoy será el último día que los veas.

—Mariposa... —mi padre se arrodilló en el suelo y empezó a besar mis manos— Tu madre y yo te echamos de menos, y esperamos que llegue el día en el que podremos volver a reunirnos de nuevo, pero no queremos que ese día sea hoy. Queremos que sigas viviendo, feliz con toda esta familia que tienes ahora, y que sigas ampliándola.

—Mi nieta tiene que vivir, quiero que viva. La he visto, y será tan hermosa, Avery...

—Mamá, os echo tanto de menos...

—Lo sé mariposa, pero hoy no vendrás con nosotros. Lo harás, algún día, dentro de muchos, muchos años. Y estaremos esperándote, como estos años, y volveremos a abrazarte. Pero ahora... tu padre y yo debemos irnos y tú, mi querida mariposa, debes despertar.

Sus dedos tocaron mi nariz y yo llevé los míos a las suyas, y las acariciamos y nos dijimos que

nos queríamos. Sí, quería a mis padres y no había dejado de hacerlo ni un solo día desde que ellos me dejaron. Y habían vuelto, por unos breves instantes habían vuelto para darme fuerzas para seguir adelante con mi vida, con la vida de mi hija.



Capítulo 10

—Mamá... papá... —susurré mientras trataba de abrir los ojos.

Sentí una mano sobre la mía, ese tacto me resultaba tan familiar. Los pitidos de las máquinas seguían sonando por toda la habitación, luché contra la claridad para fijar la vista a mi alrededor y ahí estaba Dean, arrodillado junto a mi cama sosteniendo mi mano y besándola.

—Preciosa... —susurró— estás despierta. ¡Dios...! Creí que te perdería.

—Dean... —apenas pude decir nada más.

Se puso en pie, se inclinó sobre mí y sus labios se aferraron a los míos en un tierno y cálido beso.

La voz de Dylan resonó en la habitación y sentí cómo corría hacia la puerta y la abría llamando a la enfermera.

En pocos minutos la habitación se había quedado vacía mientras la enfermera comprobaba mis constantes vitales, mi pulso, mi visión y mis reflejos.

—Está todo perfecto señora Mayer —dijo sonriendo.

—Oh, no... aún soy señorita Baker.

—Lo sé, pero el señor Mayer insiste en que la llamemos señora Mayer. Es un hombre muy testarudo.

—Sí, ahora estoy completamente segura de que Dean me habrá registrado como señora Mayer en el hospital.

—Desde luego que lo hizo, Cenicienta.

—¡Karen! —grité al escuchar su voz.

—Joder, creí que te pasarías la vida ahí dormida.

La enfermera retiró la cortina y ahí estaba mi mejor amiga, tumbada en la cama junto a la mía sufriendo las heridas de una bala que solo era para mí.

—Dios... estás horrible, Cenicienta.

—Tú no estás mucho mejor. ¿No te dejan maquillarte aquí?

—No, nuestra amiga es muy estricta en eso —dijo señalando con un dedo a la enfermera.

—Señoritas, cuando les den el alta podrán maquillarse y ponerse tan lindas para mí como quieran, incluso me encantará verlas pues disfruto cuando las veo en las revistas y en la televisión.

—¡Así que es una fan! Mira tú por dónde... —dijo Karen— espero que ahora que Cenicienta se ha despertado nos trate un poco mejor. ¡Me muero por un yogur de chocolate!

—Me temo que eso será cuando salgan del hospital señorita. Por ahora deberá conformarse con la gelatina.

—Entonces a mí que solo me la traigan de limón. La fresa para ella.

—Así es Karen, pero seguro que ya la conoce bastante bien.

—No le quepa duda, señora Mayer. Por cierto, suena bien su nuevo nombre. Avery Mayer. ¡Ah! Y tienen unos hijos y hermanos la mar de guapos y educados. Son una gran familia. Y sus hijos también —dijo dirigiéndose a Karen.

—Gracias, enfermera.

—Bien, avisaré que pueden entrar. Están deseando abrazarla. Pero deben tener cuidado con su herida. Le perforó un pulmón, pero todo está bien, también su... —la enfermera señaló mi vientre y antes de que dijera la palabra bebé le pedí que guardara silencio poniendo mi dedo sobre los labios.

Karen, que no perdió de vista ni uno de mis movimientos desde que la enfermera corrió la cortina, abrió los ojos de par en par y se incorporó un poco en su cama.

—¿Lo sabías?! Maldita enana... ¿deberías habérmelo contado! —gritó señalándome con su dedo índice acusador.

—Saldré a avisar.

—¿Puede esperar unos minutos, por favor? Necesito hablar con Karen, a solas.

—Claro, les diré que entren dentro de diez minutos.

—Muchas gracias.

Y cuando la enfermera salió, escuché a Dean gritar que tenía que entrar para verme. La enfermera, muy amablemente, le dijo que no podía entrar hasta dentro de diez minutos, y aseguró que se iba a quedar delante de esa puerta hasta entonces. Y lo hizo, pude ver su pequeña y regordeta figura a través del cristal.

—No puedo creer que supieras que estabas embarazada y no me lo dijeras, Avery. Dean no lo sabía, se enteró al llegar aquí.

—Y yo tampoco lo sabía. Te va a sonar raro, creerás que estoy loca, pero... —¿cómo le contaba a mi amiga lo que había pasado antes de que me despertara? Pues con valor y mostrando que mi cordura estaba perfectamente—. He visto a mis padres, he hablado con ellos y me lo han dicho.

—¿Cómo? ¿Tus padres?

—Sí, mi madre asegura que estoy esperando una niña.

—¡Genial, una mini Cenicienta! Dios, voy a ser tía otra vez.

—¿No crees que estoy loca?

—Amiga, loco está ese hijo de puta de Connor que casi nos mata a las dos. Dean y Peter han puesto todo su empeño para matarlo, y créeme, si lo encuentran lo harán. Tienen a Dollan y Mason buscándole, todo el maldito FBI lo está haciendo.

—No puedo creer que fuera capaz...

—Yo también le vi Avery, allí escondido en ese pasillo. Ese hijo de puta...

—Lo siento mucho Karen, no deberías estar aquí.

—Bueno, mira el lado bueno, compartimos una cicatriz que nos hace hermanas de sangre, mi querida Cenicienta.

—¿Así que Dean sabe lo del bebé?

—Sí, se quedó sorprendido, pero está muy ilusionado. ¿Y los chicos? Dios, tenías que haberlos visto reír, gritar, dar saltitos y aplaudir porque iban a tener un mini Mayer de verdad en

la familia.

—No quiero que sepa que creo que es una niña. Hasta que el ginecólogo lo confirme no quiero decirle nada. No voy a contarle acerca de mis padres...

—Tranquila, le diremos que necesitabas unos minutos para hacerte a la idea de que estas esperando un mini Mayer —dijo guiñándome un ojo.

Y los diez minutos pasaron. La enfermera abrió la puerta y llamándome como Dean le había obligado, le di permiso para que todos entraran.

—Por favor, tranquilidad que la señora Mayer necesita mucho cariño ahora —pidió la enfermera antes de cerrar la puerta.

—¡Avery! Nos has dado a todos un susto importante —dijo Dylan acercándose con Aiden en brazos.

—Lo siento mucho. Creo que estaba demasiado cansada y por eso he dormido tanto tiempo.

—Eso es porque nuestro hermanito no te deja dormir —comentó Angie acercándose a la cama.

—¿Hermanito? —pregunté sorprendida—. Así que lo sabéis, ¿eh?

—Sí, preciosa. Cuando me lo dijo el médico me aseguró que estaba bien. Son apenas unas pocas semanas, pero ahí tenemos a todo un luchador.

—O luchadora —dije arqueando las cejas.

—O luchadora. Sea como sea se aferra a la vida como su madre.

—¿Cuántas semanas?

—Si las cuentas no han fallado, desde la presentación de *Déesse*.

—Oh, desde la mañana siguiente... bien.

—Avery, me temo que la boda se va a retrasar un tiempo —me dijo Diana.

—Cariño, ¡estás aquí!

—Claro, no iba a dejar a toda esta tropa. Tus hijos no se han cuidado solos, ¿sabes guapa?

—Oh, me alegra saber que has ejercido de tía responsable.

—Sí, y la ayuda de mis cuatro hermanos ha venido muy bien.

—Así que los consideras hermanos también.

—Eso es. Somos una familia muy numerosa, señora Mayer —contestó Diana haciendo una pequeña reverencia.

—Sí, la familia Brady ha crecido —dijo Dylan.

Y todos empezamos a reír. Los puntos de las heridas me tiraban, así que supe que tenía prohibido reírme durante un tiempo, y que debería guardar tanto reposo como me fuera posible.

Y mi boda se había aplazado, y con ella las adopciones de los niños. Pero tenía tan claro que iba a casarme con Dean y a ser la madre de esos pequeños... y de nuestra propia hija, algo que había ocurrido sin buscarlo y que ahora nos unía aún más. Ya consideraba que Dean y yo teníamos una familia, pero después de que mi madre me dijera que iba a tener una hija con el hombre al que amaba, me hizo más feliz si es que eso era posible.



Capítulo 11

Dos días después de que despertara, Karen recibió el alta médica y yo permanecí una semana más en aquella cama de hospital. Pero ni uno de esos días estuve sola. A pesar de que me las apañaba perfectamente con las enfermeras, cada noche tenía compañía. Karen, Dean, Kira y Diana se habían turnado para estar conmigo. Sarah y Annie habían querido quedarse también, pero ellas debían pasar las noches en la casa de la asociación.

Había sido una semana larga donde las noticias de las revistas eran lo único que me mantenían al día. Las fotos que algunos de los periodistas pudieron captar en el momento en el que Karen y yo caíamos al suelo, o las que me mostraban inconsciente tumbada en el suelo ocupaban algunas de las primeras planas.

Todos querían saber quién había disparado a la modelo del momento, puesto que nadie, a excepción de Karen y yo, habíamos visto a Connor pistola en mano antes de disparar.

En varios artículos había una primera plana del anillo de compromiso, y los periodistas se seguían preguntando si el afamado y soltero arquitecto se me había declarado. Por supuesto nadie hizo declaraciones al respecto, todos se mantenían alejados de los periodistas, así que ese era un tema que yo misma acabaría aclarando. Ya no me importaba que las fotos de la boda hicieran estallar el celuloide, pero no hablarían nada más de mí haciendo suposiciones estúpidas.

En ninguna de las revistas, periódicos o noticiarios de la televisión se hablaba de que había despertado, el FBI recomendó que sería mejor que Connor no se enterase puesto que había policías por todo el hospital al acecho esperando por si aparecía tratando de volver para rematarme.

Pero no había sido así, y cuando recibí el alta todo el personal de la planta en la que yo estaba, junto con la dirección, acordó no hacer saber que tenía el alta para que pudiéramos regresar al apartamento de Dean y darnos al menos una semana más para que pudiera recuperarme y que Connor no supiera dónde estaba realmente. El FBI se encargó de que una de sus agentes, lo más parecida a mí, ocupara la habitación en la que yo estaba y si Connor decidía hacer acto de presencia sería el momento de poder atraparlo.

Pero mi semana de convalecencia en el apartamento de Dean había llegado a su fin, y no había ni rastro del que una vez se hizo llamar mi mejor amigo. Dios, ahora odiaba esa palabra.

Y yo debía volver a la normalidad, tenía algunos trabajos esperando ya que no querían a otra modelo que no fuera yo, puesto que tanto el diseñador de moda, como el de joyas y cosmética me

querían a mí.

Y luego estaba Elora, la famosa perfumista francesa. Adoraba a esa mujer. Me había enviado un exquisito ramo de las flores más hermosas que nunca antes había visto. Las fotos que Connor me envió habían llegado a la redacción de algunas revistas que de inmediato se pusieron en contacto con Elora y ante una posible demanda en caso de que quisieran publicarlas, todas se habían comprometido a no publicarlas puesto que esas fotos habían sido robadas por una persona que ya no trabajaba para Elora. Sí, una pequeña mentira no mataba a nadie, pero a todos nosotros nos salvaba el culo y muy bien.

—No me estás escuchando preciosa —me dijo Dean mientras yo continuaba guardando la ropa que Karen me había traído en una maleta.

—Lo hago, claro que lo hago, pero no voy a quedarme a vivir aquí. No por el momento.

—Avery, eres mi esposa, maldita sea. La madre de mi hijo. ¡De mis hijos! No puedes irte.

—Que soy la madre de tu hijo, que llevo en mi vientre, no te lo voy a negar. Que voy a ser la madre de esos niños que vamos a adoptar, tampoco. Pero aún no soy tu esposa. Tan solo estamos prometidos, por el momento.

—Me da igual, me importa una puta mierda. Para mí eres mi esposa, y no te vas de aquí.

—Por Dios Dean, que voy a estar en casa de Amanda. No estaré sola.

—Joder, ¿es que no te queda claro que hay un maldito hijo de puta intentando matarte?

—Sí, por supuesto que me queda claro, tengo un par de cicatrices en pecho y espalda que lo demuestran.

—Más a mi favor, no sales de esta casa.

Y se acercó a la cama y empezó a sacar mi ropa de la maleta. Ahí estaba, el neandertal que nunca, nunca, abandonaría el cuerpo de mi hombre.

—¿Quieres dejarme tranquila? Por favor, mañana tengo trabajo...

—¡He dicho que no sales de aquí! —nunca antes le había escuchado gritarme de ese modo.

Su voz se volvió más dura, más severa, y su rostro dejó de ser el del hombre cariñoso que era, la furia se instaló en sus ojos.

—Lo siento preciosa. No quería...

—¿Asustarme? Pues lo has hecho maldito imbécil. Me voy, ahora sí que me voy.

Guardé el resto de mis cosas, cerré la maleta y la cogí para dejarla caer en el suelo y hacerla rodar.

Caminé hacia el salón, y cuando llegué Diana se levantó del sofá y trató de impedir que me fuera, pero por mucho que quisiera a esa muchacha, igual que al neandertal de su hermano, no iba a quedarme. Tenía que continuar con mi vida, no podía dejar que Connor se hiciera cargo de ella porque no tenía ningún control sobre mí.

—Por favor Avery, no te vayas. Mi hermano es medio tonto, pero te quiere mucho, está preocupado, eso es todo.

—Diana, mañana tengo trabajo. Si quieres acompañarme, dile a tu hermano que te envíe en un coche a la oficina de Amanda. Debo irme cariño, mi chofer ya está esperando abajo.

—Pero...

—Peque, no insistas —dijo Dean.

Y al fin se había dado por vencido. Le tenía justo detrás de mí, llevé mi mano a su mejilla, me puse de puntillas y le di un leve beso en los labios.

—Te quiero, eso es lo único que tienes que saber —susurré antes de darle otro beso.

Leo, el chofer que Dean me había impuesto desde que esa periodista nos entregó las fotos, entró con el coche por la propiedad de Amanda y me dejó junto a las escaleras de la entrada.

—La recogeré mañana a las nueve, señora Mayer.

—Leo, por favor, olvida lo de Mayer hasta que esté oficialmente casada.

—Pero el señor...

—¿Está aquí? O ¿acaso tiene un micrófono escuchando? No, ¿verdad? pues soy la señorita Baker, pero por Dios, llámame Avery.

—Sí, Avery.

—Pero delante de él llámame señora, no quiero que te despida por mi culpa.

—No te preocupes. ¿Te encuentras bien?

—Perfectamente. Es solo que este bebé... parece tener hambre a todas horas.

—Pues aún te quedan unos meses de eso. Mi hermana no paraba de comer, y cuando le dio por el picante, creímos que acabaría escupiendo fuego como un dragón.

—Dios, espero que no me dé por el picante porque no lo soporto.

—Mi hermana tampoco, pero durante siete meses no podía dejar de comerlo. Después de que naciera mi sobrino volvió a odiarlo de nuevo.

—Vaya, entonces creo que aún me quedan algunas cosas por sufrir con este pequeño Mayer.

—Te veré mañana, Avery.

—Hasta mañana Leo.

Y después de dejar mi maleta en la entrada, Leo bajó las escaleras y regresó al coche. Cerré la puerta y antes de que pusiera un pie en la escalera, maleta en mano, ya tenía a Karen a mi espalda arrancándomela, literalmente, de la mano.

—Si crees que voy a dejar que subas con esto... vas lista.

—Por Dios, que estoy embarazada, no manca.

—Pero no puedes coger peso. Y no seré yo la responsable de que mi pequeña Mayer sufra por culpa de la testarudez de su madre.

—Te ha llamado Dean, ¿verdad?

—No...

—Mentirosa.

—Se preocupa por ti. Y yo también. No me puedo creer que no estés en tu casa, con tu marido.

—Joder, ¡que no es mi marido!

—Perdona, pero si ha podido meter su... cosita ahí dentro y plantar su semillita antes de llevarte al altar, querida ese hombre ya es tu marido. Te ha marcado a fuego el puñetero.

—¿Crees que él buscaba el embarazo?

—¿Es que tú crees eso?

—Hombre... si no recuerdo mal, solo usó preservativo una vez.

—¿Y tú no tomas la píldora?

—Pues no, no la he necesitado nunca puesto que desde que Adam me dejó no había vuelto a acostarme con nadie, hasta Connor. Y él siempre lo usaba.

—Maldito Dean, ya sabía que serías suya antes de que admitiera que te quería. Mucho has

tardado en quedarte embarazada entonces.

—Bueno, en ese caso admitiré que sí, que me quiere más de lo que pensé que pudiera hacerlo.

—Eso no lo dudes nunca, ese gilipollas ha tardado en admitirlo, pero Josh estaba tan seguro de eso que se sintió fatal el día que os besasteis.

—¿Lo sabes?

—Cenicienta, Josh es mi socio, como si fuera mi hermano. Tú le gustaste desde el primer momento en que puso esos ojos lujuriosos en ti, pero se apartó cuando supo que Mayer estaba interesado.

—Vaya, así que más bien he sido un trofeo para el neandertal. Debería haberme hecho la dura más tiempo.

—No podrías haberlo hecho, te dejó embarazada la mañana después de su borrachera. Es que ese vestidito que vas a usar para la boda no ayuda a que un hombre se controle.

—Genial, el día de mi boda voy a tener al novio empalmado, y todo hombre que nos acompañe ese día también tendrá su tienda de campaña particular. Creo que voy a buscar otro vestido...

—Ni se te ocurra. Elora te mataría si no lo usaras, después de todo que estéis juntos en parte es gracias a ella.

—Perfecto. Voy a cambiarme y a prepararme algo para cenar. Te juro que aquí dentro no tengo un bebé, Karen, tengo al monstruo de las galletas, ¡estoy todo el tiempo hambrienta!

—Vamos, sube ese culito a tu dormitorio y después cenamos.

Una cachetada en mi trasero acompañó a la frase de Karen, y el brillo lujurioso en sus ojos estaba ahí de nuevo. Ella adoraba a Peter, y estaba enamorada de él, pero tenía cierta debilidad por mi trasero y en una ocasión me confesó que yo le gustaba mucho, que hubiera deseado que me gustaran las mujeres para hacerme suya y de nadie más. Sí, aquella noche con alguna copa de más estuvo muy llorosa y cariñosa, pero ya se sabe que los borrachos siempre dicen la verdad, así que no tuve más remedio que aceptar que mi mejor amiga se moría por mi culito, pero en el fondo es mi hermana y nunca jamás haría nada que rompiera nuestra amistad, ni nuestra familia.



Después de una cena acompañada de risas y charla que ya empezaba a echar de menos, me fui directa a la cama, estaba agotada. Los periodistas seguían en sus trece, preguntándose si realmente el neandertal y yo estábamos prometidos, así que al final hice lo que tenía que hacer.

—¡Pequeña, qué alegría que me llames! —gritó Josh al descolgar su teléfono.

—Hola, guapo. ¿Cómo estás?

—Echándote de menos pequeña, pero dime, ¿cómo estás tú?

—Bien, en casa. A punto de irme a la cama.

—Vaya, si se entera nuestro amigo de que me llamas antes de acostarte con él, acabará rompiéndome las pelotas.

—Tranquilo, no estoy en su casa, estoy en la de Amanda.
—Pero, ¿tú estás loca? Deberías estar con Dean...
—No, ¿tú también? No, por favor...
—Lo siento, pero hablo en serio. Con Dean estás más segura.
—Josh, te aseguro que aquí no hay ningún peligro. Oye, que no te he llamado para que me eches la bronca tú también, ¿vale?
—Vale, lo siento pequeña. Dime, qué necesitas de tu padrino.
—El teléfono de tu amigo, el periodista.
—¿Cómo? ¿Para qué?
—Ni se te ocurra decirle a Dean nada hasta que el periodista publique la entrevista que voy a concederle, ¿entendido?
—¿Entrevista?!
—Sí, voy a confirmar que estamos prometidos, sin decir nada de la boda claro. Solo para que dejen de hacer preguntas absurdas. Además, estoy esperando un bebé y no quiero que el mundo crea que nos casamos porque le he enganchado de esa manera.
—Ok, estoy contigo en lo que necesites. Te paso su número ahora, pero, pequeña, la entrevista en mi apartamento. Quiero estar contigo en esto, ¿está claro?
—Sí, papá.
—Así me gusta. Soy tu padrino así que, a partir del momento en que me lo pediste, ya no soy solo tu amigo Josh, soy responsable de ti junto con el capullo de mi amigo. Sabes que te quiero pequeña, no soportaría que te ocurriera nada. Y si puedo evitar que vayas sola a cualquier parte, lo evitaré.
—Está bien... solo dame su teléfono y concertaré una cita con él para mañana por la tarde. ¿Podrías recogerme en la oficina de Amanda para comer juntos?
—Eso está hecho pequeña. Y ahora a dormir, que ese pequeñín necesita que su madre descanse.
—Sí, papá. Buenas noches...
—Buenas noches, amor.

Y cinco minutos después recibí el mensaje de Josh con el teléfono de su amigo el periodista, ya se había encargado él de avisarle de que le llamaría y el muchacho estaba encantado. Ya sabía que él junto con la periodista que nos entregó las fotos tendrían la primicia de la boda, así que enterarse de que quería concederle una entrevista a él antes que a ninguna otra revista, lo agradecía, eso le reportaría un buen reconocimiento ante sus jefes.

Miré el reloj, eran poco más de las once, y sabía que ese tal Jeremy estaba despierto, así que decidí llamarle.

—¿Diga?
—Buenas noches, ¿Jeremy?
—Sí, soy yo.
—Disculpa que te llame tan tarde... soy Avery, Avery Baker.
—¿Oh, Avery! No te preocupes, Josh me dijo que me llamarías. ¿Cómo estás después del...?
—¿Disparo? Bien, gracias. Aunque esas cicatrices siempre me recordarán lo que ocurrió.
—Lo siento mucho, sobre todo que la carroña periodística haya publicado esas fotos.
—Bueno, la carroña periodística como tú dices es así. Ante todo, debo agradecerlos a Gina y a ti que no hayáis escrito nada de eso, que os hayáis centrado en preocuparos por mi estado y mi pronta recuperación.

—Avery, tanto Gina como yo estaremos siempre de vuestro lado. Es cierto que trabajamos para revistas que buscan carnaza, pero Josh es un buen amigo y nunca le he fallado, no será este el momento en el que empiece. Y Gina es amiga de toda la vida, hicimos juntos la carrera, pero no conseguimos trabajo en la misma revista. Aunque eso no supone un desastre ya que siempre que alguno recibe una noticia un tanto... ¿malévola? Habla con el otro en caso de conocer al interesado, como fue el caso de tus fotos. ¿Ha sido ese tipo el que te ha disparado?

—No puedo hablar de eso, la policía está investigando y...

—Lo entiendo, no preguntaré más. De todos modos, si ha sido el mismo, es un grandísimo hijo de puta. No entiendo cómo alguien puede querer tanto el mal para una persona.

—Créeme Jeremy, yo tampoco. Bueno, no quiero entretenerte más. Mañana comeré con Josh, y había pensado concederte una entrevista a eso de las cinco, en su apartamento.

—Genial, claro, ahí estaré. ¿De qué quieres hablar? ¿Preparo algunas preguntas o... quieres traerlas tú?

—Oh, ¿puedo llevarlas yo?

—Claro, por mí no hay problema. De ese modo estarás mucho más cómoda, yo solo me limitaré a leerlas y grabarlas junto con las respuestas. Haremos algunas fotos y listo. Para pasado mañana estaría publicada.

—Perfecto, entonces nos vemos en el apartamento de Josh.

—Allí estaré y, Avery, gracias por esto, por ser el primero en que pienses para esta primera entrevista después del incidente.

—Has hecho mucho por Josh y por mí, Jeremy, y eso es de agradecer. Nos vemos mañana, buenas noches.

Y una cosa menos por hacer. Sí, Dean se enfadaría conmigo en cuanto viera esa entrevista, además de que reconocería el escenario en el que estarían hechas las fotos, pero ya me importaba todo bien poco.

Estaba harta de las publicaciones maliciosas y de que Connor siguiera pululando por mi vida y tratando de matarme.

¿Por qué me odiaba tanto? Si realmente me quisiera, se alegraría de que hubiera encontrado a alguien que me amara, sobre todo después de todo lo que sufrí cuando Adam me dejó.

Y hablando del rey, mi teléfono empezó a sonar y el nombre de Adam ocupaba la pantalla. Era casi media noche, ¿qué hacía aún despierto?

—¿Adam? Es tarde para ti —dije al descolgar.

—Lo siento Avery, ¿te he despertado?

—No, tranquilo. Estaba a punto de acostarme.

—Joder, qué susto nos has dado. ¿Estás bien? No me lo podía creer cuando vi las noticias. Mi madre quiso ir a verte, pero no la permitieron entrar, como no era familia... había varios policías por allí parapetados.

—Sí, bueno... eso cosa de mi... de mi novio Dean.

—¡Vaya, tienes novio!

—Sí, el que sale arrodillado en las fotos junto a mi cuerpo inerte.

—Joder, lo siento Avery. ¿Es buen tipo? Mira que si no te está cuidando bien...

—Tranquilo, él estaba esperando fuera, por eso no pudo impedir que me dispararan.

—¿Sabes quién ha hecho algo así?

—Todos creemos tener una idea, pero no puedo hablar de ello, lo siento mucho.

—Mis padres quieren verte, y yo también.

—Adam, ahora mismo no puedo poner a nadie más a mi alrededor. Quien me disparó podría tratar de herir a la gente a la que quiero solo por hacerme daño.

—Entiendo, pero... Oye, ¿has dicho a la gente a la que quieres? ¿Aún me quieres, Avery?

—Claro que te quiero gilipollas, gracias a ti pude superar el instituto y dejar a la tía Ava.

—Pero yo... te hice daño Avery. Te dejé por otra... Joder, lo siento mucho. Me he arrepentido de eso cada día de estos años.

—No te arrepientas, tienes un hijo precioso gracias a ese día.

—Pero ya no le tengo conmigo. Esa arpía me lo ha quitado Avery, lo ha alejado de mí.

—Adam, no quiero meterme donde no me llaman, pero... ¿ella quiere al niño o se lo ha llevado solo para hacerte daño?

—Creo que más bien lo segundo. Se quedó embarazada prácticamente por error y quería deshacerse de él, pero le supliqué que no lo hiciera.

—¿Tienes buenos abogados? Podrías luchar por la custodia y quedarte el niño.

—Creía que tenía buenos abogados, pero el muy hijo de puta se ha puesto de su parte y ya no quiere llevar mi caso. Estoy buscando un abogado un poco más... decente.

—¿Sabes? Creo que tengo el abogado perfecto. Apunta este teléfono.

No lo dudé, cogí la agenda de mi bolso y le di el teléfono de Roger, sin duda ese abogado conseguiría que Adam recuperara a su hijo.

—¿Crees que podrá ayudarme?

—Claro que sí. Llámale mañana, di que te ha dado su teléfono personal la señora Mayer...

—¿Señora Mayer? Pero, si eres Baker.

—Bueno, soy más Mayer que Baker...

—¡Oh, Dios! ¡¿Te vas a casar con el arquitecto?!

—¿Conoces a Dean Mayer?

—Por supuesto, es un tipo agradable, y muy importante. Mis jefes han trabajado alguna vez con él, tiene varios proyectos de arquitectura hechos para ellos.

—Bien, pues Roger es su abogado. Él se encarga de todos sus papeles así que sé que es bueno. Solo él ha conseguido en poco tiempo que tengamos a seis niños adoptados.

—¡¿Seis niños?! Joder Avery, ¿eres madre de familia numerosa?

—Sí —contesté entre risas—, quién lo iba a decir, ¿verdad?

—Mi madre querrá conocerlos a todos. Sabes que te quiere como a una hija. Joder, abuela de seis. ¡La dará un ataque!

—En realidad... di mejor abuela de siete.

—¿Adoptaréis otro?

—No, ese está en camino...creo que en poco más de siete meses.

—¿Estás embarazada?

—Sí, pero no digas nada aún por favor. Hasta dentro de un par de días no lo sabrá todo el mundo. Voy a conceder mañana una entrevista contando todo, a excepción de quién me ha disparado porque no puedo hablar de eso.

—Dios, Avery. Quién nos iba a decir hace años que acabaríamos siendo padres, no juntos, pero...

—Adam, aunque sufrí durante mucho tiempo después de que me dejaras, nunca podré olvidar que salí adelante gracias a ti. Oye, ¿podrías hablar mañana con tu madre? Por favor, quiero ver a tus padres y sé cómo no ponerlos en peligro. Enviaré a mi chofer a recogerlos a casa de tus padres el viernes por la tarde, llevaré a todos mis niños para que los conozcáis.

—Eso será estupendo Avery, mi madre se alegrará de ver que estás bien. Te quiere mucho.

—Pero... no le digas nada, quiero que sea una sorpresa.

—Perfecto, aunque llorará cuando te vea, los sabes ¿verdad?

—No lo dudo. Esperar el viernes a las cinco en casa de tus padres, enviaré a Leo a buscaros.

—Bien, nos vemos el viernes. Y, Avery...

—¿Sí?

—Me alegro de que te vaya bien, que seas feliz y... yo también te sigo queriendo, mariposa.

Buenas noches.

Y antes de que pudiera despedirme de él, cortó la llamada. Solo mis padres me llamaban así, y cuando se lo conté a Adam no dudó en usar ese apelativo cariñoso conmigo, hacía años que no lo escuchaba de sus labios. Incluso sus padres me lo habían llamado en alguna ocasión. Recordé a mis padres, el día que por fin desperté en la cama del hospital tras escuchar de nuevo sus voces. Creí que las había olvidado, pero hay cosas que nunca, jamás, pueden olvidarse.



Capítulo 12

Cuando Leo y yo llegamos a las oficinas de Amanda, la prensa estaba allí haciendo guardia. Entramos directamente al *parking* y me acompañó en el ascensor hasta la planta donde Amanda tenía su despacho.

Y allí estaban los hombres que me habían dado la fama mundial, Newman para que usara sus vestidos, MacNamara para que luciera sus cosméticos y Remington para que sus joyas complementaran cada modelo.

Sí, habían organizado una colección conjunta pensada exclusivamente en mí. Hacía tiempo que los tres querían llevarla a cabo y después de algunas semanas trabajando se habían lanzado a ello.

Entre los vestidos hubo un par de ellos que creí serían buenos para lucir el día de mi boda, pero sin duda el vestido del perfume de Elora era el que llevaría. Aunque decidí que esos vestidos los utilizaría para alguna entrevista, puesto que todas las piezas que cada uno de ellos había llevado para esa sesión, ahora me pertenecía.

Leo no se apartó de mí en ningún momento, ni siquiera cuando tenía que ir al cuarto a cambiarme, se quedaba en la puerta y la dejaba un poco entre abierta, sin mirar al interior, para escuchar mi voz y quedarse más tranquilo.

—Sí señor, todo bien —le oí decir cuando salía después del tercer cambio.

—¿Es Dean? —pregunté en susurro junto a su oído. Y Leo asintió. No lo dudé y le arranqué el teléfono de la mano—. ¿Neandertal? —pregunté casi gruñendo como una leona—. Todo está bien, por favor deja de llamar a Leo que es la sexta vez que lo haces esta mañana.

—Preciosa... me preocupo por ti.

—Pues estoy bien.

—Pero no me has llamado.

—Tú a mí tampoco. Estamos en paz.

—Sí, sigues enfadada...

—Oh, Dean... No me he ido de tu apartamento para siempre, cariño hoy tenía esta sesión y además necesitaba ver a Karen.

—Lo entiendo, pero... ¿algún día volverás?

—Esta noche cariño, a partir de esta noche dormiré en tu cama.

—Joder, no sabes cuánto peso me has quitado de encima. ¿Cómo está el bebé?

—¡Hombre! Te has acordado de que vas a ser padre —dije riéndome.

—No me olvido de eso preciosa, es lo mejor que me ha pasado.

—¿Lo buscabas?
—¿El qué?
—El Dorado no te fastidia... ¿Qué va a ser neandertal?
—¿El bebé? No, no lo buscaba.
—Y... ¿por qué solo has usado preservativo una vez conmigo?
—Porque no lo veía necesario. Sabía que acabarías siendo mía, yo estoy sano y tú estás sana, no había necesidad de ello si además tú te encargabas del control de natalidad. Pero veo que tu pastillita ha debido de olvidársete alguna vez.
—No había pastillita, si hubieras preguntado...
—¿Qué? Creí que tú... bueno, las mujeres soléis tomarla.
—Pues a mí, que no tenía relaciones con nadie desde mi primer y único novio, no me hacía falta. Y el anterior a ti siempre usaba preservativo así que...
—Dios... me siento... fatal. No sabía que no tomabas...
—Cariño, no me importa lo que ha ocurrido. Sin duda ha llegado cuando tenía que llegar.
—Entonces... no piensas que soy un egoísta que quería hacerte mía para siempre.
—No, al menos eso espero.
—De verdad preciosa, no lo buscaba, solo creí que... supuse que la tomabas y desde aquella noche en la piscina te quise para mí, solo mía y yo solo tuyo.
—¿Te he dicho alguna vez que te quiero?
—Más de las que lo he hecho yo, pero no lo dudes nunca, por favor.
—Oye, debo dejarte. Amanda me está fulminando con la mirada. Nos veremos esta noche. Tengo algo que hablar contigo. Chao, neandertal.
—Adiós, preciosa. No te quiero.
Le devolví a Leo su teléfono y le aseguré que no volvería a llamarle en todo el día. Regresé al estudio y seguimos con la sesión.



Cuando terminamos a la una le dije a Leo que me llevara a Casiopea, aparcó en el *parking* y allí estaba Josh esperándome.

—Avery, deberías haberme dicho que...
—Leo, puedes seguirnos si quieres, no tengo ningún problema. Pero quiero que sepas que hoy voy a hacer algo de lo que Dean no tiene ni idea, y así debe ser hasta que él mismo lo vea.
—¿Qué vas a hacer, Avery?
—Leo, será mejor que no intentes persuadir a esta mujer —le dijo Josh mientras sujetaba la puerta para que yo saliera—. Es un poco cabezota aquí mi pequeña.
—No me metas en líos... —me pidió Leo.
—Tranquilo, tú síguenos que te invito a comer.
Josh cerró la puerta de mi coche y abrió la del suyo para que entrara. Fuimos a comer al

restaurante chino y disfrutamos del delicioso pollo agridulce que Mei Ling nos sirvió, mientras Leo degustaba su comida y reía con la amiga de Josh.

Y a las cinco estábamos en su apartamento, donde Jeremy nos esperaba en el interior de su coche. Cuando Josh lo vio, tocó el claxon y Jeremy salió con su mochila para subir en el coche de Josh y entrar juntos en el *parking*.

Después de comer le pedí a Leo que fuera a casa y le dijera a Karen que preparara un par de maletas con mis cosas, y que no se olvidara de mi portátil. Lo que quedara lo dejaría en casa de Amanda hasta que Dean y yo pudiéramos instalarnos en la casa donde viviríamos con nuestra familia.

—Bienvenidos a mi apartamento —dijo Josh entrando por la puerta.

—Gracias por venir Jeremy, de verdad.

—No, gracias a ti Avery. Es un placer tener la primicia. Mi jefe no sabe dónde estoy, pero le he asegurado que esto venderá muchas revistas.

—Bien, ¿nos sentamos?

—Traeré algo de beber.

—Para mí agua, por favor —pidió Jeremy.

—Ya sabes que no puedo beber... —dije sonriendo.

—Cierto. Traeré agua para vosotros y me serviré un whisky.

—Gracias.

Jeremy se sentó frente a mí, sacó la grabadora de su mochila y la cámara de fotos y yo le entregué la hoja con las preguntas. Había preparado las básicamente necesarias, las echó un vistazo y cuando le vi sonreír supe que había llegado al meollo del asunto, lo que todo el mundo sabría a partir de mañana.

—Empecemos —dijo Jeremy grabadora y papel en mano.

—Perfecto —contesté sonriendo.

Y la hora y media siguiente respondí a mis propias preguntas, nos reímos, charlamos y posé para algunas fotos. Incluso Josh posó conmigo regalando a la cámara la mejor de sus sonrisas. Bajamos al *parking*, subimos al coche y dejamos a Jeremy junto al suyo antes de que Josh me llevara a casa de Amanda, donde Leo me esperaba para llevarme al apartamento.

—Espero que todo haya ido bien, Avery —dijo Leo cuando subíamos en el ascensor hasta el apartamento de Dean.

—Sí, sin duda ha ido mejor que bien —respondí mientras le enviaba un mensaje a Katrina pidiéndole que comprara la revista "*Sensazioni*" la mañana siguiente y se la dejara a Dean en su mesa antes de que él llegara.

—¡Avery! —gritó Diana cuando entramos por la puerta. Y ni corta ni perezosa, se levantó del sofá y corrió hacia mí para darme un fuerte abrazo.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Ahora mejor. No te vuelvas a marchar, por favor... Dean me obligó anoche a acostarme súper pronto.

—Ay, menudo neandertal tenemos en casa...

—Sí, cada vez estoy más convencida. ¿Estás segura que quieres casarte con él?

—Aunque no lo estuviera, no le queda más remedio. Mi hijo no crecerá sin su padre —dijo

Dean apareciendo por el pasillo.

—Hermanito, las mujeres podemos ser madres solteras si queremos, y seguro que habría un montón de hombres dispuestos a casarse con esta hermosa mujer, aunque lleve paquete.

—¿Paquete? ¿De dónde sacas tú todo eso? Déjalo, creo que mejor no quiero saberlo —Dean se acercó a mí, me estrechó entre sus brazos y me dio un beso en la frente—. Te he echado de menos, preciosa.

—Solo ha sido una noche...

—Pero te fuiste después de discutir, y no me gusta eso.

—Acabo de pedir pizzas para cenar —dijo Diana—. Leo, ¿te quieres quedar?

—Es muy amable señorita Mayer, pero me espera mi hermana.

—Bueno, otra vez será.

—Buenas noches señor Mayer.

—Buenas noches Leo.

Mientras Dean llevó las maletas al dormitorio, Diana y yo nos sentamos en el sofá y charlamos de Nick, el muchacho estaba dispuesto a venir un fin de semana a verla, la echaba de menos y ella a él. Se preocupó mucho con lo del disparo ya que ella también había estado allí poco antes, y si no hubiera salido junto a sus hermanos, habría estado con Karen y conmigo y podría haberle dado.

Cuando llamaron a la puerta para entregar las pizzas, Diana se puso en pie y cogió la cartera de Dean para pagar. Yo fui a la cocina y cogí vasos y bebida para llevar al salón, como era habitual cenábamos en la mesa pequeña, sentadas en la alfombra, disfrutando de una película.

Dean se unió a nosotras y me dijo que ya tenía toda la ropa en el armario, mis productos en el cuarto de baño y el portátil sobre la mesita de noche.

Diana empezó a cambiar de canales hasta que encontró una película que nos gustó a los tres, de vez en cuando nosotras teníamos que claudicar y concederle a Dean ver lo que a él le gustaba, y curiosamente nosotras no poníamos objeciones porque las películas con algo de acción también nos gustaban, sobre todo si llevaban, aunque fuera una pequeña parte, algo de romance.

Después de cenar nos sentamos en el sofá, Dean me estrechaba en su abrazo y Diana recostó la cabeza sobre mi regazo y finalmente se quedó dormida.

—Te quiere mucho —dijo Dean acariciando el pelo de su hermana.

—Y yo a ella. Es una chica estupenda.

—Lo es.

—Oye... ¿seguro que no sabe quién es su padre?

—Mi madre nunca se lo dijo, ya sabes, un cliente de paso.

—Dean... quisiera hablar contigo.

—¿Ocurre algo?

—Bueno, yo... luego hablamos de eso. Ahora quiero pedirte algo. Necesito que el viernes estés aquí a las cinco y media, y todos nuestros chicos.

—¿Va todo bien?

—Sí, es solo que quiero que conozcan a los padres de... Adam...

—¿Tu ex?

—Sí. Anoche estuvimos hablando, sus padres están preocupados. Su madre intentó verme en el hospital y no la dejaron entrar.

—Lo siento, no me dijeron nada.

—Lo sé, por eso quiero que vengan. Ellos sí fueron como unos padres para mí, no como mi tía Ava, y aunque su hijo y yo ya no... bueno, después de volver a vernos hace poco tiempo todo está olvidado, seguimos queriéndonos como amigos.

—Espero que ese tal Adam no sea como Connor, no quisiera meter a tus dos únicos amantes en la cárcel.

—Tranquilo, Adam no es así. Por cierto, le di el teléfono de Roger, necesita un buen abogado capaz de conseguir la custodia de su hijo, su ex se lo ha llevado y él no lo soporta, apenas puede verlo.

—Estoy seguro que Roger hará un buen trabajo. No creo que se exceda en sus honorarios si va recomendado por mi prometida.

—No, va recomendado por la señora Mayer.

—Oh, así que ya aceptas que lo eres.

—¿Tengo otra opción?

—No, no la tienes.

—Cariño, será mejor que la lledes a la cama —dije retirando un mechón de pelo de la cara de Diana.

—Cierto. Y tú deberías hacer lo mismo.

Se puso en pie, cogió el mando de la televisión y la apagó. Cargó a Diana en brazos y caminó detrás de mí por el pasillo hasta el dormitorio que ella ocupaba. Retiré las sábanas y la metió en la cama, dándole un beso en la frente y susurrando un dulce «Buenas noches, peque».

Me cogió en brazos a mí, como si fuéramos un par de recién casados, y me llevó hasta nuestra cama. Sí, nuestra cama, sonaba bien.

Me recostó en ella y me fue desnudando lentamente, primero los vaqueros, después la camisa, el sujetador, y cuando deslizó sus manos por mi pecho bajando hacia mi cintura sentí un fuerte escalofrío.

Se inclinó sobre mí, besó mi vientre y deslizo las manos hacia el elástico de mis braguitas, metió los dedos y las fue bajando por mis piernas lentamente.

Ahí estaba el Dean que tan bien conocía, el seductor y lujurioso. Sin dejar de mirarme, con esos ojos tan seductores en nuestra intimidad, se desnudó y se recostó junto a mí en la cama. Sus labios se unieron a los míos, entrelazando nuestras lenguas en un baile de pasión y deseo mientras sus manos acariciaban cada centímetro de mi cuerpo, y durante horas esa noche, hicimos el amor dulce y a la vez apasionadamente.



Capítulo 13

Cuando Dean entró en su despacho, Katrina me llamó para decírmelo, esa era mi señal. Ya estaba vestida, lista para ir a verlo y si teníamos que discutir, que fuera en su despacho.

Llamé a Leo, le indiqué que me esperara en el *parking* y después de despedirme de Diana y acordar con ella que Leo la recogería a la una para llevarla a comer con nosotros, salí del apartamento.

Nada más entrar en el coche recibí la primera llamada de Dean, pero no lo cogí. Sonreí, ¿qué habría pensado al ver la portada de la revista? Jeremy me había enviado una foto para que la viera, y mi sonrisa luciendo el anillo lo decía todo.

Seguramente ahora estaría leyendo la entrevista, y yo volví a sonreír al recordar las preguntas y respuestas.

—Avery, las fotos de aquel fatídico día muestran un anillo... ¿es de compromiso?

—Por supuesto que lo es, Dean me propuso matrimonio antes de la presentación del nuevo perfume de Elora Fortier, XCTR, que por cierto es exquisito. Es un perfume perfecto para hombre.

—Y, dime, ¿ya hay fecha para la boda?

—Oh, no, aún no. Por el momento no lo hemos hablado, no puedo decirte ninguna.

—Vaya, es una lástima, habría sido una magnífica primicia.

—En cuanto tengamos fecha, serás el primero en saberlo —nos asegura Avery sonriendo—. Lo que puedo decirte es que Josh, el mejor amigo de Dean y mío, será mi padrino, él se encargará de entregarme.

—¿Josh Kellar, de la discoteca Casiopea?

—El mismo. Lo quiero como a un hermano, por eso en alguna ocasión se nos ha visto juntos, a pesar de que la prensa se empeñe en relacionarnos. Claro, que me han relacionado con los dos, pero mi corazón siempre ha sido de Dean, y de nadie más.

—Estoy seguro de ello, Dean Mayer es un tipo con suerte. Creo que más de un hombre de este país, y de cualquier otro, estará destrozado al saber que ya estás prácticamente casada.

—Bueno, qué puedo decir. Todos encontramos el amor cuando menos lo esperamos.

—Y con respecto a aquel día... ¿tienes idea de quién querría hacer algo así?

—No, no sé quién pudo hacerlo. Están investigando el caso, pero creen que quizás pueda ser un fan... no lo sé, sinceramente tampoco quiero pensar en eso. Ahora tengo cosas más importantes en qué pensar.

—Claro, imagino que pronto empezarás a planificar la boda.

—Eso también, pero ahora tengo algo de trabajo. Aunque mi médico me ha recomendado que me cuide, debo hacerlo por dos.

—¿Cuidarte por dos? Avery, eso quiere decir que tú... ¿estás embarazada?

—Así es Jeremy. Un nuevo Mayer está en camino.

—¡Vaya, felicidades! Eso sí es una buena primicia.

—Estoy segura de ello.

—¿Es por eso por lo que vais a casaros? ¿Por el bebé?

—No, nos casaremos porque nos queremos, nos amamos. Nos enteramos de lo del bebé en el hospital, cuando recibí el disparo. Bueno, Dean y nuestros hijos se enteraron esa misma noche, yo no lo supe hasta que desperté días más tarde y me contaron lo que había ocurrido.

—¿Vuestros hijos? Creo que nuestros lectores ahora mismo están algo perdidos.

—Tranquilo, yo lo aclaro. Hace tiempo salieron unas fotos mías con un niño adorable, es uno de los niños de la asociación de Dean, que no tienen padres o alguna otra familia. Dean tenía pensado adoptarle, y ahora que estamos prometidos lo haremos juntos, seremos sus padres. Esa asociación cuenta con hombres y mujeres maravillosos que ejercen de hermanos mayores para todos esos niños y adolescentes que residen en ella, y nosotros tenemos otros cinco niños más con quien siempre pasamos nuestro tiempo, además de cuatro adolescentes. Los queremos a todos, y tanto Dean como yo siempre hemos querido una gran familia así que, ¿por qué no? Hemos decidido adoptar a los seis niños a los que tanto queremos.

—Avery, eso es maravilloso, lo digo en serio. Y debo reconocerte que eres muy valiente, con apenas veintidós años serás madre de seis niños, quiero decir, de siete. Sin duda, esa es toda una familia numerosa.

—Lo es Jeremy, lo es.

—Muchas gracias por concederme unos minutos de tu tiempo Avery, ha sido un enorme placer conocerte. Te deseo lo mejor, como supongo lo hacen nuestros lectores.

—Gracias a ti Jeremy. Y no lo olvides, contaré contigo cuando tenga fecha para la boda.

—Eso será magnífico.



Cuando Leo paró el coche junto al edificio de Dean, salió para abrirme la puerta, caminé junto a mí y entramos en dirección a los ascensores. Todo el mundo me miraba, sonreían y cuchicheaban.

Me había puesto una falda azul marino entallada hasta las rodillas, una camisa rosada sin mangas y mi par de zapatos de tacón de diez centímetros. El pelo lo había recogido en una coleta alta, y me había dado un maquillaje discreto y natural.

—Creo que ya han leído el artículo —dijo Leo cediéndome el paso en el ascensor cuando se abrieron las puertas.

—Sí, eso está bien. Espero que Dean no se haya enfadado demasiado...

—Eso es otra historia Avery, el señor Mayer debe estar a punto del infarto.

—No lo creo, no eran preguntas tan malas. Yo misma las escribí.

—¿En serio? Creí que la carroña periodística era quien lo hacía.

—Jeremy es amigo de Josh, me dijo que podía escribir las preguntas que quisiera y él se limitaría a leerlas mientras grababa la conversación.

—Reconozco que eres muy fotogénica, a pesar de ir con vaqueros y poco maquillaje, estás preciosa en las fotos. Aunque el señor Mayer quizá se enfade más porque sales en una foto con Josh...

—Es el padrino, nuestro mejor amigo y casi hermano, mejor salir con él que salir sola. ¿Y qué me dices del anillo? Seguro que así le queda claro a todo el mundo que ya tengo dueño.

—Sobre todo, a ese hijo de puta...

—Ese innombrable no merece ni un segundo de nuestros pensamientos Leo, y por favor, deja de poner esa cara que no es culpa tuya lo que pasó.

—Avery, debería haber estado detrás de ti en ese momento, no tenía que haber salido con la señorita Mayer y sus hermanos.

—Al contrario, si no hubieras sacado a Diana de allí, quizás habríamos lamentado a otra persona herida, seríamos tres y no dos.

—Hemos llegado —dijo cuando sonó el timbre de la planta de Dean.

Las puertas se abrieron y Leo saludó a las chicas y se dirigió a los sofás para sentarse. Katrina ya estaba en pie para ir a por un café para mi chófer, y cuando pasó por mi lado sonrió y me dijo que estaba preciosa en la entrevista.

—¿Ha gritado mucho? —le pregunté a Martha en un susurro.

—No, ni una sola maldición. Eso es raro.

—Bueno, ¿me anuncias o le sorprendo?

—Mmm... —Martha entrecerró los ojos sonriendo y supe que iba a ser un poco malvada.

Pulsó el botón del interfono que le comunicaba con Dean y tras un par de tonos escuché su voz, parecía tranquilo, eso me relajó un poco.

—Señor Mayer, tiene visita. Ha venido a verle una mujer.

—¿Quién es?

—Una periodista, dice que viene enviada por Jeremy Fisher, el periodista de "*Sensazioni*".

—Dios... —protestó suspirando— Por favor, intenta localizar a Avery, no consigo que me coja el teléfono. Dile que venga, yo no puedo hacer esto solo.

—Sí señor, ¿le digo a la periodista que puede pasar?

—Sí por favor, hazla pasar. Y trae un par de cafés.

—Enseguida señor.

Cuando cortó la comunicación me guiñó un ojo, sonreímos y no pude evitar chocar el puño con ella. No tenía duda que tanto Martha como Katrina serían buenas aliadas para mí.

—Eres una pequeña bruja, Martha. Por cierto, olvídate de los cafés, y... que no nos moleste nadie... —dije guiñándole un ojo.

Ella se limitó a sonreír, creo que enseguida se dio cuenta de lo que podría pasar en ese despacho.

Caminé hacia la puerta, respiré hondo y llamé un par de veces golpeando la puerta con los nudillos.

—Adelante —respondió Dean.

Abrí la puerta lentamente, miré al interior del despacho y allí estaba él, de pie junto a uno de los ventanales. Entonces tuve una idea. *Sensazioni* es una revista propiedad de un empresario italiano, así que... ahí empezaba mi pequeña interpretación.

—Buenos días *signor Mayer* —le saludé en un leve acento italiano.

—Buenos días. Por favor siéntese —dijo sin siquiera girarse para mirar.

Caminé hacia la mesa, retiré la silla y tomé asiento, dejando mi bolso sobre la silla de al lado.

—*Signor Mayer, mi chiamo Alessa, Alessa Biacchi.*

—Encantado, señorita Biacchi —nada, seguía sin girarse a mirarme.

—*Signor*, si pudiera responder unas preguntas...

—Por supuesto... —contestó girándose por fin con los ojos cerrados— ¡Avery! —gritó al abrirlos y verme allí sentada.

Sonreí, me puse en pie y caminé hacia él para darle un leve beso.

—Hola, esposo mío.

—Dios... estás loca.

—Oye, la idea de la periodista ha sido de Martha.

—Está despedida.

—No puedes despedirla.

—Puedo, y lo voy a hacer.

—Señor Mayer, si se le ocurre deshacerse de una de esas chicas o de las dos, corre el riesgo de perdernos a las tres y a su futuro hijo.

—No lo harías.

—Oh, sí, créeme, lo haría. Me marcharía y te haría suplicar que volviera, y solo lo haría cuando ellas ocuparan de nuevo la mesa de ahí fuera.

—Eres una pequeña bruja —susurró antes de besarme.

—¿Ya no soy una Diosa? Lástima, me gustaba ser Venus...

—Venus y Eros ya no existen, lo sabes.

—Pero siempre estarán en nuestro recuerdo. Es más... me gustaría que volvieran a encontrarse alguna vez.

—¿En serio? Esos dos están lejos, se marcharon de Nueva York.

—No lo creo, siguen por la ciudad, estoy segura.

—Bésame... —susurró dejando sus labios a escasos centímetros de los míos.

Y le besé. Le besé con toda la pasión y el deseo que había en mí en ese instante.

Sentí sus manos aferrándose a mi cintura, me cogió en brazos y caminó hacia el sofá del fondo del despacho, me dejó en el suelo y se apartó para mirarme, la lujuria había vuelto a sus ojos, y yo le deseaba, mi sexo le deseaba.

Se sentó en el sofá, llevó sus manos al bajo de mi falda y la levantó lentamente, cuando vio que no llevaba ropa interior volvió a mirarme mientras pasaba la lengua por sus labios. Me cogió por las caderas y me acercó a él, hundió la nariz en mi sexo y respiró hondo.

—Mmm... has usado el gel de coco que trajiste... —susurró junto a mi sexo, haciendo que el simple roce de su respiración me estremeciera.

—Sí, ¿te gusta?

—Me encanta...

Volvió a hundirse y sentí su lengua rozando mi sexo, lentamente, buscando mi clítoris entre los labios. Y lo encontró, vaya si lo encontró. Deslizó lentamente la punta de su lengua en círculos lamiéndolo, al tiempo que apretaba mis caderas con los dedos. Los lentos roces pasaron a ser sutiles lamidas, su lengua recorría mi sexo húmedo y excitado, penetrándome con ella tras mordisquear mi clítoris.

Eso me excitaba más, jadeaba mientras mis dedos se entrelazaban en su pelo y cuando me penetraba con la lengua, tiraba de ellos y gemía más fuerte.

Su lengua comenzó a moverse más rápido, chupaba mi sexo y se deleitaba jugando con mi clítoris mientras mi cuerpo se estremecía y sentía que se acercaba mi orgasmo.

—Eso es señora Mayer, deme lo que quiero. Quiero que se corra en mi boca... —susurró introduciendo un dedo en mi humedad, lentamente, y después otro.

Sin dejar de chupar y lamer mi clítoris, me penetró con sus dedos con movimientos rápidos y fuertes. Si hubiera tenido que morir en ese momento no me habría importado, sería feliz sabiendo que él disfrutaba de ese instante tanto como yo.

—Sí... sí... ¡Siiiiiiii! —grité al correrme mientras mis dedos se aferraban a su pelo.

—Eso es preciosa... —dijo sin dejar de penetrarme con los dedos.

Cuando dejé caer mi cuerpo, lánguido y apenas sin fuerzas, sobre él, me cogió por los muslos y abrió mis piernas para sentarme a horcajadas en sus piernas. Se desabrochó el cinturón, el pantalón y dejó salir su erección, como a mí gustaba, dura y lista para mí, para penetrarme y darnos el placer mutuo que en ese momento tanto necesitábamos.

Una gota perlada asomaba en la punta, deslicé mi dedo sobre ella y la extendí por la punta lentamente. Dean cerró los ojos y un gemido gutural escapó de sus labios. Me levanté, me arrodillé sobre la alfombra y llevé su erección a mi boca.

Primero le di un breve beso, y Dean se mordió el labio mientras llevaba sus manos a mis mejillas y las acariciaba.

Saqué la lengua y lamí la punta de su erección. Mmm... salado y delicioso, como siempre. Lamí de arriba abajo su pene, lentamente, deslicé la lengua alrededor de toda su longitud y al regresar a la punta la metí en mi boca, succionando, chupando y lamiendo para que mi hombre disfrutara de ese momento.

Dean gemía, excitado y hambriento de mis labios. Comenzó a mover mi cabeza al ritmo que él necesitaba y eso me excitó más, su placer era el mío, y su excitación me excitaba.

—Joder... Avery... sigue preciosa...

Y yo seguí, lamiendo y chupando su erección, mi erección. Sí, era mía y de ninguna otra. Yo provocaba aquello y yo, y solo yo, lo disfrutaba y lo disfrutaría el resto de su vida.

Estaba tan absorta en darle placer que apenas sentí que estaba a punto de correrse. Retiró mi boca y volvió a cogerme por los muslos para sentarme a horcajadas sobre él, y con una certera y feroz estocada me penetró de una sola embestida.

Grité de placer, y cuando su pene llegaba tan profundo en mi interior gritaba más aún. Sus manos se aferraban a las nalgas de mi trasero y me levantaba y me bajaba para penetrarme con rapidez, con deseo. Me agarré a sus hombros, clavé las uñas en ellos y cuando el orgasmo estaba

cerca mordisqueé mi labio inferior.

Dean me conocía, sabía que esa era su señal. Aumentó las penetraciones que se volvieron salvajes y frenéticas y en escasos minutos los dos estábamos gritando nuestros nombres dejándonos llevar por el éxtasis del orgasmo.

Lánguida, desmadejada y con la respiración entrecortada me dejé caer sobre él, hundiendo la cabeza en el hueco entre su cuello y el hombro mientras él me besaba el hombro y me estrechaba entre sus brazos.

—Eres increíble Avery, nunca me cansaré de eso. Dios... no te quiero, no te quiero nada —susurró.

—Me alegra saberlo. Yo tampoco te quiero cariño —me incorporé, le miré sonriendo y me acerqué a él para besarle.

Después de diez minutos abrazados, disfrutando de las caricias que Dean me regalaba por la espalda, entramos en el cuarto de baño, nos aseamos y adecantamos y volvimos a sentarnos en el sofá.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó cogiendo mi mano entre las suyas.

—Para que todo el mundo sepa que soy tuya, que eres mío, que nos queremos, que vamos a ser padres y que tenemos una familia a la que adoramos.

—Desde luego, preciosa, no te quiero, estoy completamente loco por ti.

—Dean... —susurré al sentir su brazo pasando por mis hombros atrayéndome a su pecho.

—Eres todo para mí, Avery. Todo. Con esa entrevista no le quedará dudas a nadie que no estás en el mercado.

—¡Oye! Que no soy ganado...

—No, no lo eres. Eres la mujer más maravillosa que he conocido nunca. Los niños te adoran, y yo también. No imaginas lo feliz que me hiciste cuando dijiste que los adoptáramos a todos, y al ver que has hablado de ello en esa revista... Estoy feliz preciosa, muy feliz.

—Me alegro. Leo pasará a recoger a Diana, iremos a comer los tres, ¿qué te parece?

—Perfecto. Pero tengo un par de reuniones ahora... ¿Quieres quedarte?

—¿Yo? Dean, aquí no pinto nada...

—Claro que sí preciosa. Eres mi esposa. Vamos, tengo unos clientes nuevos que seguramente ya estarán esperando en la sala de juntas.

—Dean...

—Avery, no quiero que suene mal, pero si estás a mi lado... quizás finalmente acepten el proyecto. Me consta que la hija de uno de los socios es una fan tuya. Nada más enterarse del disparo, le suplicó a su padre que me llamara para ver cómo estabas.

—Vaya... —y no puedo decir más, jamás imaginé que tuviera fans, me sentía como Beyoncé.

—Vamos, cuando terminemos las reuniones iremos a comer con Diana.

—Está bien.

Nos besamos y salimos del despacho cogidos de la mano. Tal y como Dean había dicho, los clientes ya esperaban en la sala de juntas. Katrina fue a servir café mientras Dean me llevaba hasta la sala y antes de entrar, me besó la sien y yo respiré hondo.

—Buenos días señores —dijo Dean al entrar, sujetando la puerta para que entrara tras él.

—Buenos días señor Mayer —saludó un hombre de unos cincuenta años poniéndose en pie.

—Señor Mayer, me alegra ver que viene usted tan bien acompañado —comentó otro hombre, este algo más joven, que paseaba sus ojos por todo mi cuerpo. Diría que me estaba haciendo un vestido nuevo patrón a patrón.

—Señor Foster —saludó estrechando la mano del hombre de pelo casi cano—, señor Foster —ahora saludó al más joven. Sí, eran padre e hijo—. Les presento a mi prometida, la señorita Avery Baker.

—Encantada de conocerles —estreché la mano del anciano que sonreía de oreja a oreja, sin duda este era el padre de la chica que me había dicho Dean.

—Por favor, llámeme Frederick. No creo ser tan mayor y aunque es cierto que soy señor Foster... cuando me llaman así me recuerda a mi padre.

—Bien, Frederick. Me alegra conocerle.

—Jovencita, mi hija es toda una fan tuya. Lo pasó fatal cuando se enteró que te habían disparado.

—Oh, bueno, la verdad es que nadie espera que le pase eso, pero... ¿qué puedo decir? Es posible que sea un fan demasiado... ¿obsesionado? No sé, la policía sigue investigando.

—Es una lástima que alguien atente contra la vida de otra persona. Y alguien de su belleza debería vivir durante muchos años. Soy George Foster, hijo y socio del sabio Frederick —el joven tendría la edad de Dean, me estrechó la mano y después la llevó a sus labios y la besó, qué galante...

—Déjame decirte que eres afortunado de contar con tu sabio padre, George, ojalá yo siguiera teniendo al mío.

—Oh, querida... ¿tu padre murió? —preguntó Frederick retirando una silla para que me sentara entre Dean y él.

—Hace años, ambos murieron cuando tenía ocho años. Pero la vida siguió y... ahora tengo a Dean.

—Y ese nuevo Mayer que tenemos en camino. Espero que sea tan buen arquitecto como lo es su padre.

—Me sentiría orgulloso de que mi estudio siguiera durante generaciones, pero eso quedará en manos de mis hijos.

Katrina entró con los cafés y comenzamos la reunión. Dean extendió los planos que había estado preparando para los Foster y media hora después, uno de los arquitectos que trabajan para él entró en la sala con una maqueta espectacular.

Los Foster querían construir una preciosa urbanización nueva a las afueras de San Francisco, había chalets y pisos de apartamentos, contaba con varias pistas de tenis, piscina y un impresionante campo de golf.

Los ojos del joven Foster se pasearon por mí durante toda la reunión, y cuando se percataba de que lo había pillado mirándome, sonreía y guiñaba un ojo.

Noté que Dean se dio cuenta en un par de ocasiones y vi que sus nudillos se ponían blancos de tanto apretar los puños sobre el brazo de la silla.

Cogí su mano y la apreté, le miré, sonreí y le hice saber que para mí no existía nadie más que él, y cuando llevé mi otra mano al vientre y lo acaricié, su mirada brilló y sus labios se curvaron en una deliciosa sonrisa.

—Señor Mayer, estoy gratamente sorprendido. Si mi hijo está de acuerdo...

—Padre, no te quepa la menor duda. Tenemos nueva urbanización.

—Me alegra saber que les agrada señores —dijo Dean poniéndose en pie, al tiempo que ellos, para estrecharles la mano.

—Esto merece una cena de celebración. ¿Harás el honor de acompañarnos, Avery? —preguntó Frederick.

—Por supuesto. ¿Os acompañará tu hija?

—No querida, mi alocada Marisa es una adolescente, aunque muy estudiosa, que hoy pasará la noche con su mejor amiga.

—Entonces, esta noche llevaré algo para que le lleves a Marisa.

—Estoy seguro de que lo recibirá de buen agrado.

—Señores, les acompañamos —dijo Dean señalando la puerta.

Y tras despedirnos de ellos regresamos al despacho para preparar la siguiente reunión. Cuando me enseñó los planos y después vi unos bocetos de lo que habían hecho como maqueta me quedé alucinada. Era un complejo hotelero pensado para el sur de California, con varios bungalows, piscinas, playa privada, un par de edificios de habitaciones y tres discotecas de diferentes estilos musicales.

Dios, mi hombre era todo un cerebritito para la arquitectura.

La siguiente reunión también fue un éxito, y la compañía *Sawyer & Ramírez* aceptó el proyecto.



Diana entró a la una y media en el despacho de Dean y se abalanzó sobre mí, había estado llorando y tenía los ojos hinchados y demasiado rojos. Ni siquiera quería mirar a su hermano a la cara, así que le pedí a Dean que nos dejara a solas unos minutos, y mi hombre se inclinó, me besó y después besó la coronilla de su hermana pequeña. ¿Qué estaría pasando por la cabeza de mi esposo? Quién sabe, pero seguro que estaría jurando matar a Nick porque, como yo, habría pensado que él era el responsable de semejante llantina.

—¿Qué ha pasado cariño? —pregunté cogiendo sus mejillas entre mis manos y levantando su rostro para que me mirara.

—¡Es Nick, Avery!

—¿Le ha pasado algo?

—¡Viene a verme! ¡Va a venir!

—Cariño... ¿por eso lloras?

—Sí, es que no me lo puedo creer. Me ha dicho que me echa de menos, que quiere verme, que necesita tenerme frente a él y quiere darme un abrazo.

—Pero eso es estupendo cariño. No tienes que llorar por eso.

—Avery, es que... estoy feliz, pero... tengo miedo. ¿Y si decide que ni siquiera quiere

empezar a que seamos novios?

—Oh, cariño. Ese muchacho va a venir hasta Nueva York para verte. Te aseguro que quiere que seas su novia. Y si viene para decirte que no tú tranquila, que ya me encargo yo de partirle las piernas. Tendrá que regresar a Virginia en silla de ruedas.

—Qué dura eres hermanita —dijo sonriendo y abrazándome más fuerte.

—¿Y cuándo viene?

—El viernes por la tarde estará aquí. Está buscando un vuelo no muy caro...

—Bueno, tienes un jet privado. Aprovecha tus recursos cariño.

—¿En serio?

—Pues claro. Para venir no le vamos a hacer pagar el billete, ahora, si no quiere ser parte de esta familia, el billete de vuelta se lo busco yo y le dejo la cuenta en rojos.

—Ja ja ja. ¿Crees que Dean podrá enviar a que lo recojan?

—Claro que sí cariño. Y ahora vamos, ve al baño y lávate esa cara que te pones fea cuando lloras —le besé la sien y mientras ella entraba en el baño abrí la puerta y allí estaba Dean, pegando la oreja a ver si escuchaba algo—. Anda pasa, cotilla de escalera.

Sonriendo entró y cerró la puerta tras él. Cuando le dije el motivo del llanto de Diana sentí que respiraba aliviado, sin duda él me ayudaría a partirle las piernas a Nick si no quería estar con nuestra niña.

Cuando Diana regresó al despacho y le regaló a su hermano una de sus mejores sonrisas, mi hombre pareció crecer unos centímetros de lo que quería a esa muchacha. Le dijo que llamara a Nick para decirle que irían a recogerle y el muchacho, diciendo que no quería molestar, finalmente aceptó y agradeció no tener que pagar el billete porque con tan poco tiempo no encontraba nada que pudiera permitirse.

Al final íbamos a conocer a nuestro cuñadito antes de la boda, pero mejor así porque habría tiempo para que mi preciosa Diana se recuperara si el guaperas de Nick no la quería tanto como decía.

Nos despedimos de Martha y Katrina y salimos a comer al restaurante de Silvia, donde como ya era habitual, nos recibía con los brazos abiertos.

Aquel día con especial efusividad hacia mí al saber que había hecho padre a Dean, su Dean querido del alma.



Capítulo 14

La cena con los Foster fue de lo más entretenido. Nada más sentarnos le entregué a Frederick una carpeta color crema cerrada con un lazo rojo como regalo para su hija. Cuando preguntó si podía abrirla y yo asentí, el hombre deshizo el lazo con una delicadeza que no esperaba en un hombre y al ver una de las fotos, firmada y dedicada, de la próxima línea de moda, joyas y maquillaje que más me gustaba se quedó sorprendido. Dijo que estaba bellísima, aunque disfrutaba más de mi belleza al natural, y su hijo coincidió al tiempo que me guiñaba un ojo.

Al decirle que Marisa sería la primera en ver parte de esa nueva colección dijo que guardaría aquello como un tesoro. Yo había pedido permiso a mis jefes, y los tres diseñadores estuvieron encantados con que le diera ese pequeño detalle a la muchacha.

Al día siguiente tuvimos una comida de celebración con *Sawyer & Ramírez* y, al igual que la cena, fue entretenida y acordaron volver a hacer negocios con nosotros. Me gustó cómo sonaba aquello, no dijeron “Con usted, señor Mayer”, sino con nosotros, con los dos.

Sí, me sentí orgullosa de mi hombre y encantada conmigo misma por ser su compañera de equipo.

Y por fin llegó el viernes, el día en que los padres de Adam conocerían a todos mis hijos, al menos a los que ya estaban entre nosotros.

Y Dean y yo conoceríamos a Nick. Mi hombretón estaba nervioso, y en un momento le salió el neandertal que lleva dentro...

—¿Dónde va a quedarse a dormir? —preguntó mientras esperábamos en el aeropuerto a que su jet aterrizara.

—Pues no sé, ¿ha encontrado alguna pensión o algo, Diana?

—Eh... la verdad es...

—¿No estarías pensando que se quedara en el apartamento, verdad? —la mirada de Dean cambió de mimosa y cariñosa a frío y hielo puro.

—Pues... creí que podría...

—Pues tenemos un problema peque, porque solo hay dos dormitorios y ya te digo yo que contigo no va a dormir.

—Puede quedarse en el sofá...

—Claro, y que las hormonas de un muchacho de dieciocho años, alteradas, se revolucionen de madrugada y entre en tu dormitorio. Ni hablar.

—Entonces, Diana y yo dormiremos en nuestro cuarto, tú en el de invitados, y Nick en el sofá.

—¿Estás loca, mujer? —preguntó arqueando las cejas.

—No, simplemente soy práctica.

—Lo que me faltaba, dormir separado de mi esposa por las hormonas de un adolescente...

—Mi amor... —susurré acercándome a él— Vamos a ver cómo es el muchacho y después miramos a ver dónde puede quedarse, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero estoy dispuesto a pagar una buena habitación en el mejor hotel, no es un problema para nosotros.

—Y yo sé que podríamos ahorrarnos ese dinero si le pido a Adam y sus padres que le dejen el cuarto que yo utilizaba cuando vivía con ellos. Estoy segura que no les importará.

—Mira, me gusta esa idea. Vivían lejos de casa, ¿verdad?

—Sí, pero tampoco quieras tener a esos dos como si fueran Romeo y Julieta, por el amor de Dios...

Dean recibió una llamada y cuando colgó nos dijo que acababa de llamarle el piloto para decir que habían aterrizado. Salimos hacia la pista y caminamos unos metros hasta el jet.

La puerta se abrió y vimos a la azafata dejar caer la escalera. De repente la figura de un muchacho alto, bastante fibroso y de pelo rubio corto, llamó la atención de los tres.

—¡Nick! —gritó mi niña parándose hasta que él se giró y nos vio.

Cuando Nick comenzó a bajar las escaleras en grandes zancadas, Diana comenzó a correr hacia él y a mitad de camino, cuando se encontraron, Nick dejó caer al suelo la mochila que llevaba al hombre y cogió a Diana en brazos. Sí, esa pareja era como Dean y yo, ella parecía una muñeca a su lado, y sin dejar de girar con ella en sus brazos, riendo como niños, vi que se daban un leve beso, y después otro, y finalmente uno más intenso.

Miré a Dean, que empezaba a ponerse de un tono amoratado como si le faltara el aire y me fijé que apretaba los puños.

—Cariño, respira por el amor de Dios que te vas a asfixiar.

—Avery... ¿lo estás viendo? Por Dios...

—Dime que no habrías hecho exactamente lo mismo a su edad si acabaras de verme después de tanto tiempo.

—Lo admito, a su edad, ahora y dentro de cincuenta y sesenta años.

—Entonces, amor mío, respira, relájate y vamos a conocer a nuestro nuevo hermano. Porque te aseguro que ese muchacho no ha venido a Nueva York para decirle a Diana que no la quiere y que le rompamos las piernas y le mandemos de vuelta en silla de ruedas.

Dean rio a carcajadas, me estrechó entre sus brazos y me besó la sien.

Nos cogimos la mano y caminamos hacia ellos. La risita nerviosa de Diana era digna de escuchar, ¡ay mi niña, pero qué rica! Me recordaba a mí a su edad, cuando Adam y yo... bueno, esos eran otros tiempos.

—¿No nos presentas, peque? —preguntó Dean cuando nos reunimos con ellos, y al escuchar su voz, Nick la dejó de nuevo en el suelo.

—Nick, él es mi hermano Dean. Hermanito, te presento a...

—Soy Nick Harper, el novio de Diana. Me alegra conocerle por fin, señor Mayer —el muchacho se adelantó a Diana, educadamente, tendiendo la mano para estrecharla con la de Dean. Y mi hombre, que ante todo es un señor de los pies a la cabeza, se la aceptó.

—Bienvenido a Nueva York Nick y, por favor, llámame Dean.

—Gracias, Dean.

—Y ella es Avery, aunque ya la habías visto.

—Me alegra que hayas venido a ver a nuestra niña, Nick. Es un placer conocerte.

—Encantado Avery, eres mucho más guapa que en las fotos —dijo cogiendo mi mano y llevándola a sus labios para besarla. ¡Qué rico por favor, todo un caballero!

—¿Vamos? Pronto llegarán los chicos al apartamento. Kira y Mason han ido a buscarlos. Adam y sus padres llegarán en... una hora —me informó Dean.

—Sí, Adam me ha enviado un mensaje. Su madre está histérica porque aún no sabe dónde la lleva su niño del alma. Además, me ha dicho que trae a su hijo, que, por cierto, también se llama Nick.

—¡Vaya! Habrá que tener cuidado cuando te llamemos, no sea que venga el pequeño Nick correteando.

Ante la ocurrencia de mi cuñadita comenzamos a reír. Caminamos de regreso al aeropuerto y fuimos hasta el *parking* donde Dean había dejado el coche.

Diana y Nick se sentaron en la parte de atrás y mientras se contaban sus novedades de las últimas horas el rubio guapete de vez en cuando se llevaba la mano de Diana que tenía entrelazada en la suya a los labios para besarle los nudillos. ¡Qué pareja más mona! Sonríó al pensar que Dean y yo, podríamos haber sido igual que ellos si no hubiera tanta diferencia de edad entre nosotros, y cuando Dean me mira y sabe lo que pienso, me coge la mano, la lleva a sus labios para besarla y después me dice con esa dulce y seductora voz que tanto me gusta:

—Si vivo mil vidas más, espero que estés en todas y cada una de ellas. Porque créeme, creo que, si hemos vivido alguna otra vida antes, siempre hemos estado juntos. Y así quiero que sea, que estés siempre a mi lado. No te quiero preciosa, ni tan solo un poquito.

—Ni yo a ti, así que... estamos en paz —respondí llevando mi mano a su mejilla para acariciarle.



Cuando llegamos al apartamento, Kira y Mason nos esperaban con todos nuestros chicos. Hacía tiempo que no los veía y mis niños, mis seis hijos, se abalanzaron sobre mí y desafortunadamente acabamos todos por los suelos.

—Debéis tener cuidado chicos, hay que cuidar de Avery y el bebé —dijo Dean mientras él y Mason iban quitándome hijos de encima.

—Es que echamos de menos a mamá —y ahí estaba, mi pequeño Aiden. Es que es para comérselo.

—Y yo a vosotros bichito, mucho... mucho. ¿Sabes? Me encanta que me llames mamá.

—Y a mí me gusta llamártelo, mamá —y sus pequeños bracitos rodearon mi cuello mientras

me abrazaba tan fuerte como le permitían.

—Cariño, Adam me ha enviado un mensaje. Están llegando. Les ha hecho creer a sus padres que vienen a ver su apartamento nuevo, y que Leo es el chofer de su empresa —dije acercándome a él para besarle.

—Bien, entonces... Diana, lleva a los chicos a tu dormitorio. Yo te aviso para salir.

—Sí hermanito. Vamos niños, ¡a esconderse! —gritó mi chica señalando con la mano hacia el pasillo.

Y mis seis hijos comenzaron a correr delante de mi cuñada, su novio y mis cuatro adolescentes favoritos. Sí, aquella era mi familia, la mejor que podría haber deseado.

Dean sacó una botella de champagne que habíamos dejado en la nevera y sacamos seis copas.

Apenas diez minutos después sonó el timbre, y como los padres de Adam no conocían a Mason, le pedimos que fuera a abrir la puerta y se hiciera pasar por el agente inmobiliario, mientras nosotros tres esperábamos en la cocina tratando de no reírnos.

—¡Adam, amigo! —gritó Mason abriendo los brazos y dándole palmaditas en la espalda como si se conocieran de toda la vida.

—Hola, ¿cómo estás? —su cara debía ser un poema, y como no sabía su nombre Mason acudió en su ayuda dirigiéndose directamente a sus padres.

—Señores Wilks, bienvenidos. Soy Mac Mason, agente inmobiliario. Pasen, por favor.

—Gracias Mac —dijo Adam por fin guiñándole un ojo mientras sus padres le precedían al interior de la casa.

—Hijo, ¿te puedes permitir este apartamento? —preguntó la pobre Donna, con ese hilillo de voz de madre preocupada.

—Sí mamá, no es ningún problema.

—Estoy muy orgulloso de ti hijo, solo nos falta que este pequeño esté siempre con nosotros.

—Papá, estoy seguro de que Roger lo conseguirá. Es abogado de Avery, hará bien su trabajo.

—Eso espero cariño —murmuró Donna.

—Bien, esta es la entrada. Como sabes, el apartamento está completamente amueblado, tiene dos dormitorios, un despacho, y la cocina está comunicada con el salón.

—Hijo, qué práctico. No tendrás que esquivar paredes con las bandejas de comida —comentó Mike, si es que ese hombre era un amor. Él solía quejarse a menudo de las paredes de su casa.

—Vamos, os mostraré la cocina.

Y antes de que todos llegaran a ella, los pasitos del pequeño Nick nos sorprendieron a todos. Era un niño guapísimo, se parecía a Adam, ¡era él en miniatura! El pequeño se quedó sorprendido, pero cuando me agaché y extendí mis brazos para que viniera hacia mí, sonrió y corrió a mis brazos. Le abracé y le pedí con un dedo en mis labios que guardara silencio, el pequeño hizo lo mismo que yo y sonrió.

Adam y su esposa habían sido padres muy jóvenes, y el pequeño Nick tenía casi tres años.

—Y... —dijo Mason acercándose a nosotros— esta es la cocina.

—Oh, ¡Avery! —gritó Donna al verme con su nieto en brazos.

—Hola, Donna.

Caminé hacia ella, y como era normal, sus lágrimas brotaron descontroladas. La abracé y lloré en mi hombro mientras su nieto acariciaba la cabeza a su abuela.

—Hija... estás bien... —sollozaba retirándose para mirarme a los ojos— No me dejaron

verte en el hospital. Incluso mentí, dije que era tu madre, pero todos los policías sabían que no tenías y...

—Señora Wilks —la cortó Dean acercándose a nosotras—, lamento decir que eso es culpa mía. No quería que nadie sin autorización entrara. Avery corría peligro, y aún no sabemos nada de su atacante y la mantenemos muy vigilada.

—Cariño... —suspiré abrazándole.

—Soy Dean Mayer, su prometido —tendió la mano hacia Donna y ella, sin una pizca de vergüenza, la cogió y lo arrastró para abrazarle.

—¡Mi niña se casa! —gritó—. ¿Has oído eso Mike? Nuestra Avery se casa.

—Sí amor, lo he oído. Y veo que este hombre es de los buenos, como nuestro Adam. Soy Mike Wilks, considérame como el padre de Avery, te lo suplico. Desde que conocemos a esta jovencita hemos intentado darle el cariño que le faltó cuando sus padres...

—No se preocupe por eso señor Wilks, ahora me encargaré de ella y de nuestra familia.

—Por favor hijo —dijo Donna dándole un leve golpecito en el hombro—, llámanos Donna y Mike. Nada de formalismos que somos familia. Hijo, ¿tú sabías que estarían aquí?

—Mamá, este es el apartamento de Dean y Avery. Os mentí para no ponernos a todos en peligro. Expresa petición de nuestra chica —contestó Adam.

—Me alegra conocerte por fin Adam. Tienes un hijo que no tiene miedo a los desconocidos. Deberías tener cuidado.

—¿Se ha ido enseguida a tus brazos, hija? —me preguntó Donna.

—Sí, ni lo ha dudado.

—Querida niña —interrumpió Mike—, este pequeño ha visto muchas fotos tuyas por nuestra casa, y en las revistas de mi Donna. Aunque aún no entienda mucho, sabe que eres como de la familia.

—Entonces, ahora lo entiendo. Mi sobrinito ya me quiere. Cariño, somos tíos. Este jovencito pronto estará entre nosotros, ¿verdad que sí?

No tenía duda, Nick iba a ser el mismo cabroncete que su padre. Incluso tenía su misma sonrisa.

—Donna, Mike. Ella es mi hermana Kira, y a Mac Mason, su pareja, ya le conocéis.

—Entonces... tú no eres agente inmobiliario —dijo Mike.

—No señor, no lo soy.

—Mejor, te habrías equivocado de trabajo chico. Tú pareces más un policía. Sí, agente de la ley te pega más.

—No se equivoca Mike —contestó Kira saludándole con un beso—. Mi chico es del FBI.

—Joder papá, vaya ojo tienes.

—Lo sé hijo, reconozco a los buenos hombres a la primera. Y estas dos hermosas muchachas están en muy buenas manos. Si mi muchacho fue tan tonto como para dejar escapar a nuestra Avery... este hombre es el que necesitaba.

—Gracias Mike —dijo Dean volviendo a estrecharle la mano.

—Bueno, serviré el champagne. Vamos a brindar.

Cuando todos tenían su copa en la mano, mientras yo hacía carantoñas a Nick, Donna se dio cuenta de que no tenía copa para mí y pronto buscó en los armarios, hasta que Dean al verla no pudo evitar sonreír y cogerme por la cintura susurrando en mi oído.

—Dile algo, o hasta que encuentre una copa no va a dejar ni un solo armario por abrir.

—Donna, ¿ocurre algo? —pregunté.

—Claro que ocurre hija, esto no es un brindis si tú no tienes copa.

—Es que no puedo tomar champagne Donna. En realidad... nada de alcohol por un tiempo.

—¿Estás bien cariño? ¿Te ocurre algo?

—Bueno, estamos... esperamos aumentar la familia en unos meses.

—¡No me digas que tendremos una mini Avery en la familia! —esa mujer era como mi madre, tenía algo de bruja en el fondo.

—O un mini Dean —respondió mi prometido—. Lo que es seguro es que esperamos un nuevo Mayer en la familia.

—¡Ay mi niña, que me alegro por vosotros! Qué bien Mike, nuestro Nick tendrá alguien con quien jugar cuando ya esté con nosotros.

—A mis brazos hija, deja que este viejo toque esa barriguita —me pidió Mike.

Se acercó a mí y puso la mano sobre mi vientre. Aún no se notaba, pero me gustaba que todos cuantos me querían disfrutaran de ese breve momento, tocando el lugar donde mi bebé esperaba hasta que llegara el día de su nacimiento.

Tras el brindis vi a Dean tecleando en su teléfono, esa era la señal para Diana. Todos debían esperar en el salón en completo silencio, y en cuanto nos vieran aparecer, nuestros niños gritarían al unísono con sus vocecitas.

—Vayamos al salón, el sofá es más cómodo que estos taburetes —dije agarrándome del brazo de Donna y del de Mike.

—¡La familia crece! —gritaron mis niños. Estaban para comérselos, situados de mayor a menor. Por favor, tenía un mini equipo de fútbol.

—¿Y estos niños tan guapos, quiénes son hija? —preguntó Donna.

—Nuestros hijos. Sin duda tengo familia numerosa.

—¿Hijos? ¿Dean, son todos tuyos?

—No Mike, son niños sin familia de una asociación que tengo para hermanos mayores.

Y tras explicarles todo, hice las presentaciones y, uno a uno, mis niños se acercaron a recibir el abrazo y el beso de sus nuevos abuelitos.

—Los mayores son Luke, Clark y Steve, ya saben que tienen que cuidar muy bien de sus dos hermanas y de su hermano pequeño. Ellas son Paula y Angie. Y este hombrecito... —dije cogiéndole en brazos— es Aiden, nuestro benjamín.

—Pero cuando nazca el bebé, seré su hermano mayor. Y ya no seré el pequeño.

—Claro que no bichito.

—Hija, si me alegraba que fueras a tener un bebé, que me dieras un nietecito, aunque no seas hija nuestra, ni te imaginas lo que me alegra saber que tenemos tantos niños en la familia. Mike, ¡las navidades van a ser divertidísimas!

—Desde luego que sí, amor. El árbol estará lleno de regalos para estos pequeños.

—Ella es Diana, la hermana pequeña de Dean, y su novio Nick. Ellos son Dylan, Sarah, Kevin y Annie, otros chicos de la asociación a los que queremos como si fueran hermanos.

—Mi niña, tienes una muy bonita familia, ya te tocaba cariño.

Donna no pudo reprimir sus lágrimas mientras me abrazaba, lo que había pasado esa mujer conmigo... Desde el primer momento en que me conoció y supo por lo que estaba pasando, no dudó en darme un lugar al que poder ir siempre que lo necesitase, poner un plato para mí en su mesa y acondicionar una habitación donde pudiera quedarme a dormir siempre que quisiera.

Aiden y el pequeño Nick enseguida hicieron buenas migas, mi niño jugaba con mini Adam

como si se conocieran de toda la vida. No tenía duda de que mis hijos cuidarían de nuestro bebé, no había más que ver a todos preocupados enseguida por el hijo de mi amigo.

Tras contarle a Donna y Mike que la boda sería en Las Vegas, sentí que la mujer se decepcionaba un poco, pues le habría encantado verme vestida de blanco camino del altar, mientras su esposo me esperaba para entregarme, pero cuando supo que iría con el vestido del perfume de *Déesse*, Mike dio un silbido y ella sonrió.

—Sin duda, hija, serás la novia más sexy que habré visto nunca —aseguró ella tratando de contener las lágrimas que amenazaban con salir de nuevo.

—Preciosa —dijo Dean cogiendo mi mano—, sé que le has pedido a Josh que sea el padrino, pero si Mike quiere serlo, estoy seguro que a Josh no le importará.

—No hijo, no te preocupes. Eso no me corresponde a mí, estoy feliz porque vuestro amigo te entregue a nuestra Avery.

—Mike...

—No cariño, tranquila. Este viejo ya no es el jovencito que era, solo haría que tardaras en llegar junto a tu hombre y eso no es bueno. Este muchacho está deseando hacerte su esposa.

—Eso no lo dudes Mike. Aunque... Es cierto que la boda será en Las Vegas, por eso de que no haya paparazzi molestos, pero creo que... una boda no sería lo mismo sin varias damas de honor y varios padrinos. ¿Qué te parece si a parte de Josh, me acompañan en el altar Mike y Adam, preciosa?

—Dean... ¿hablas en serio?

—Claro preciosa, forman parte de tu familia. Y también podría estar Nick.

—¡Eso es genial! —gritó Diana—. Será una boda diferente, pero al mismo tiempo tendrá todo lo que una tradicional.

—Entonces, a mí me acompañarán Donna, Diana y Kira junto con Karen.

—Querida cuñada, no faltaría en ese altar ni aunque trataran de arrastrarme de allí —aseguró Kira.

—Entonces, no se hable más. Tras el disparo tuvimos que aplazar la boda, habíamos planeado que fuera el viernes pasado, pero con todo lo ocurrido...

—Preciosa, sabes que no puedo esperar mucho más.

—Lo sé cariño, pero será mejor dejarlo pasar un par de semanas más. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Familia, porque los aquí presentes sois nuestra familia.

—Aunque aún faltan cinco personas más de la familia, y algunos amigos que también nos acompañarán —le interrumpí.

—Dentro de dos semanas estaremos todos en Las Vegas, donde esta hermosa mujer se convertirá en la nueva señora Mayer —me acercó a él y me dio un tierno beso en los labios.

Y entre silbidos de los chicos, aplausos y gritos de alegría, me abracé al hombre del que me había enamorado tan locamente y que estaba a punto de convertirse en mi marido. Sí, me gustaba cómo sonaba «Este es Dean Mayer, mi marido».



Capítulo 15

Aquel fin de semana Nick nos demostró a todos que quería realmente a Diana. Estuvo pendiente de ella en todo momento, y como el caballero que yo le consideraba, pasó las noches en el sofá del apartamento sin entrar a hurtadillas en el dormitorio de Diana. Y lo sé porque mi querido Dean se encargó de que no intentara hacerlo, les aseguró que había una cámara oculta en algún lugar del pasillo que apuntaba directamente a la puerta de ese dormitorio. Mentira, si pudiera haberle crecido la nariz como al pobre Pinocho... Pero así era mi hombre, se aseguraba de que su hermana siguiera siendo su inocente niña. No podía, ni quería, entender que era una adolescente.

Esa semana apenas tenía una sesión de fotos programada para el martes, la colección de moda, joyas y cosméticos se finalizaría y sería lanzada ese sábado. Sí, otra fiesta... y mi cuerpo se tensó. Empecé a temer realmente por mi seguridad, ¿y si se le ocurría a Connor intentar matarme de nuevo?

Dollan me aseguró que eso no ocurriría. Él y Mason habían solicitado el traslado al departamento del FBI de Nueva York y llevaban una semana viviendo en la ciudad. Habían alquilado un apartamento cada uno de los que Dean tenía por toda la ciudad, sí, su gran fortuna también consistía en alquilar apartamentos que él mismo había diseñado y mandado construir. El que yo había visto meses atrás era uno de ellos.

El detective Dollan y el detective Mason se habían convertido en nuestros escoltas particulares, incluso habían contratado a varios exmilitares que ahora trabajaban en la seguridad privada y formaban parte de la plantilla de seguridad de toda la familia Mayer, y Dean se había encargado de incluir en la vigilancia a la familia de Adam. Así era mi hombre, todo un encanto.

Dean había organizado tres turnos de vigilancia, de modo que durante el día unos se encargaban de la seguridad de la familia, y por la noche lo hacían otros, mientras Dollan y Mason lo hacían siempre que su trabajo se lo permitiera.

Me sentía como si fuera la hija de un importante senador, o del mismísimo presidente de los Estados Unidos.

El miércoles quise sorprender a mi futuro marido, y tras dejar a Diana y Kira en el apartamento ultimando los detalles para las reservas del hotel y la capilla en Las Vegas, me encaminé al *parking* donde Leo me esperaba.

—Avery, ¿todo bien? —preguntó abriendo la puerta del coche.

—Perfecto. ¿Y vosotros, chicos? —pregunté a los detectives Brax y Goodman.

—Muy bien Avery —me dijo la guapa y elegante detective Anita Brax con una impecable sonrisa.

—Trevor, ¿alguna novedad sobre Connor?

—Nada por el momento Avery. Esa maldita rata se ha escondido de lo lindo —respondió el detective Trevor Goodman. Era atractivo, y por las miraditas y sonrisas que él y Brax se profesaban, ahí había un buen rollito importante.

—El sábado será la presentación de la nueva colección que terminé ayer. ¿Crees que él...?

—Podría ser Avery —intervino Leo—, pero no pienses en ello ahora. Vamos, sube, te llevaré a ver al señor Mayer.

Subí al coche y a pesar de que todo el mundo insistía en que no pensara en Connor, no podía evitarlo. Era mi amigo, así lo había considerado durante esos años. Después de Adam fue el único con el que me acosté, aunque sabía que eso solo podría haber estropeado nuestra amistad. Pero maldita sea, él mismo se había encargado de estropearla cuando envió aquellas fotos.

No se había puesto en contacto conmigo, en Londres nadie sabía nada de él. Su casero dijo que había dejado el apartamento unos días después de que a mí me entregaran las fotos. El jefe de seguridad del ministro para el que trabajaba dijo que se había despedido porque había conseguido un trabajo en otro sitio, sin especificar dónde. Y ella, Vanesa, la chica con la que estaba liado, dijo que rompió con ella unos días después de que me conociera en su apartamento. Nadie sabía dónde estaba.

No había cogido ningún avión, el único vuelo al que había subido fue unos días antes de que me disparara, no había alquilado ningún coche ni estaba registrado en alguno de los hoteles de la ciudad, al menos con su nombre. Y es que por lo que Dollan había dicho, era muy fácil hacerse con un carnet falso por un puñado de dólares.

—Hemos llegado —me dijo Leo parando el coche.

Sonreí, le vi salir y esperé a que abriera la puerta, como ya era costumbre, para tenderme la mano y ayudarme a salir del coche. Caminamos juntos hacia la entrada al edificio y todo aquel con el que nos cruzábamos me saludaba con una amplia sonrisa. Incluso Sonya, la joven atractiva del mostrador de recepción, siempre que me veía entrar se ponía en pie y me saludaba agitando la mano y mostrando su perfecta sonrisa. Mmm... esa chica era muy mona, ya estaba yo pensando en ella para emparejarla con alguno de mis hombres. Dios, qué raro me sonaba eso, ¡mis hombres! No pude evitar reírme y Leo me preguntó sorprendido.

—¿Qué piensas de Sonya? Es guapa, ¿verdad? —dije agarrándome a su brazo.

—Sí, es muy guapa, y simpática. No hay más que ver cómo te recibe, aunque no pares ni a saludarla.

—¿La ves como tu novia?

—¡Avery, por el amor de Dios! Pero si podría ser su...

—¿Su qué, listo?

—Pues no sé, pero la veo muy joven para mí.

—Leo, por favor. Ni siquiera has cumplido aún los treinta, y ella tiene solo veinticinco.

—¿En serio? Joder, pues creí que era más joven.

—Nada de eso guapito, es que la señorita Sonya se cuida muy bien. Ni siquiera sé si sonrío por verme a mí, o por verte a ti.

—Hay alguien Avery, solo eso.

—Vaya, vaya... mi buen amigo Leo tiene una churri...

—Un, un churri.

—¿Eres gay? —pregunté en apenas un susurro.

—Sí, tu querido esposo fue explícito cuando habló con la oficina para la que trabajaba. No quería un hombre atractivo y heterosexual del que pudieras enamorarte.

—Vamos, no me fastidies. ¡Yo lo mato! ¡Con la de veces que se ha hecho de rogar ese neandertal!

—¿Neandertal? Ja ja ja.

—Sí Leo, sí, así lo llama mi niña, Diana, y después de esto ya sí que estoy más que segura de que lo es.

—Te quiere mucho Avery, eso no lo dudes.

—Mira que es una pena que seas gay, hijo. Con la bonita pareja que haríais Sonya y tú.

—Bueno, tal vez se la puedas presentar a Josh.

—Oh, no, él ya la conoce. No olvides que es amigo del neandertal antes de que tú o yo le conociéramos. Y nunca me ha hablado de ella en ese sentido... no sé, alguien tengo que encontrar para ella. Una de las veces que he hablado con ella me dijo que lleva sola casi tres años, pobre. La rompió el corazón un imbécil que no tiene ningún otro nombre bonito y... ¡Ay, Leo! ¡Dime quién podría ser bueno para ella!

—No sé, ahora tienes muchos guardaespaldas, y chica, son todos unos bomboncitos.

—Mmm... ya le has echado el ojo a alguno, ¿eh?

—Digamos que... sí. Y parece que es recíproco.

—¿Es con el que estás?

—No, salgo con un chico al que conocí hace un par de meses, pero la cosa no va demasiado en serio. Me temo que solo soy un novio tiritita para él. Está intentando reconciliarse con su novio y me usa para darle celos.

—No digas eso, no creo que sea así.

—¿No? Entonces dime cómo llamarías tú a que siempre que salimos a cenar, vamos al restaurante en el que está su exnovio cenando con algún cliente.

—Vaya, son celos amigo. ¿Un consejo? Déjale antes de que él lo haga, sobre todo si sabes que lo hará. Y ahora dime. ¿Quién de todos los de seguridad es gay? Para no meter la pata con él...

—Parker.

—¡No me digas! Por favor, pero si es un auténtico bombón. Habría jurado que era hetero.

—Y si hubieras puesto la mano en el fuego te habrías quemado.

—Pues Leo, de verdad, ve a por Axel Parker. Joder, no pierdas el tiempo con alguien que te usa para dar celos.

—¿Eso mismo pensó Josh?

—¿Cómo dices?

—Avery, ese hombre te quiere, y sé que fue él quien quiso que le utilizaras para dar celos a Dean.

—Josh es un cabezota algunas veces, pero mira, al final con el neandertal funcionó.

—Sí querida, te llevas un *papasito* como dicen los mexicanos.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué tienes?

—Adam, es perfecto para Sonya...

—Avery...

—Ni Avery ni nada. Es mi ex, sí. Me hizo daño, también. Pero se casó y le salió mal, joder

son el uno para el otro. Dos corazones para sanar. Y el pequeño Nick necesita una madre. Y a Sonya le encantan los niños. Se le cae la baba con Aiden.

—¡Avery! —gritó Katrina cuando salimos del ascensor.

—Hola, chicas. ¿Está Dean?

—Sí, en su despacho. Pasa, nos tiene prohibido anunciarte.

—Bien, enseguida salgo Leo.

—Aquí espero, señora.

—Mírale, qué formalito. Ya sabes que con nosotras presentes no tienes que ser tan tajante, hijo.

—Es mi trabajo —dijo encogiéndose de brazos.

No pude evitar reír mientras caminaba hacia el despacho. Llamé a la puerta y con un sencillo “Adelante”, abrí y entré.

No estaba en el escritorio, ni de pie junto a uno de los ventanales. Lo encontré al fondo junto a la barra donde tenía las botellas de whisky y los vasos.

—He dicho que no. Y por favor, deja de llamarme —le oí decir.

—Hola, cariño —le saludé caminando hacia él.

Dean se giró y de un solo trago acabó con el contenido del vaso que tenía en la mano, que por lo que vi estaba lleno casi hasta rebosar.

—Olvidalo, por favor olvidalo ya —y sin más colgó el teléfono, se giró para dejar el vaso sobre la barra y vi que había una botella que parecía acababa de abrir, pero faltaba casi media botella.

—Cariño... ¿va todo bien?

—Sí preciosa. Ven aquí... —dijo extendiendo los brazos para estrecharme entre ellos.

—Dean, apestas a whisky.

—Preciosa, no me jodas tú también.

—¿Perdona?

—Lo siento, es que he tenido una llamada demasiado larga y poco productiva.

—¿Algo que deba saber?

—Nada importante. Un cliente.

—¿Seguro?

—¡Que sí joder!

Gritando y apartándome de él de un empujón, así reaccionó el hombre al que yo tanto amaba.

No podía moverme, me había quedado paralizada mientras le veía coger de nuevo la botella de whisky y llenar el vaso.

—Dean, deja eso por favor.

—¿A qué has venido, a prohibirme cosas? Ya te puedes ir si es así.

—Pero... ¿tú eres gilipollas? —si él me iba a gritar, yo no iba a ser menos—. No sé qué demonios te pasa, ¡pero no es mi culpa!

—¡Entonces vete, joder! ¡Vete! ¡Desaparece tú también, como hizo él, como Norah, como todos a quienes he querido!

—No merezco que me hables así, ¡no lo merezco!

Bebió el whisky de un trago y soltó el vaso tan fuerte sobre la barra que acabó hecho añicos y su mano enseguida se cubrió de sangre. Me acerqué para cogerla y envolverla en un pañuelo y

Dean me lo impidió, de nuevo me empujó y esa vez fue peor ya que perdí el equilibrio por culpa de mis taconazos y acabé cayéndome de culo. La puerta se abrió de golpe y vi que Leo entraba y corría hacia mí.

—¿Señora, está bien?

—Sí... estoy bien...

—Mira, ya tienes otro protector. Joder, y eso que especificué que fuera gay... —dijo soltando una carcajada.

—Dean, estás borracho. Y para tu información cariño, Leo es gay.

—O bisexual, como tu querida Karen. Tal vez deberías dejar de liarle con tíos y quedarte con ella, o mejor, hacer un trío, seguro que Peter estará más que encantado.

—Señor... creo que...

—Leo tú no crees nada. ¿Y qué demonios haces aquí dentro? Esta conversación es entre mi esposa y yo.

—¡Vete al infierno, gilipollas! —grité dándole una bofetada tan fuerte que me escoció a mí la mano más que a él su mejilla, eso seguro.

Cuando se giró para mirarme, vi la rabia en sus ojos. No tenía duda que había bebido más de lo que debería, pero esos ojos... Miedo, por primera vez tenía miedo al mirar sus ojos.

Dean dio un paso levantando el brazo, como si quisiera golpearme, y Leo se interpuso entre nosotros.

—Creo que antes deberá pegarme a mí, señor.

Al escuchar aquello, Dean miró hacia su brazo levantado y lentamente lo dejó caer. Me miró, las lágrimas inundaban mis ojos y me temblaba todo el cuerpo, mientras me aferraba con las manos a mi vientre, mi única intención en ese instante fue proteger a mi bebé. Mi hijo, el hijo de Dean, nuestro hijo...

—Señor, debería dejar eso —pidió Leo señalando la botella de whisky—. Creo que ya ha bebido bastante.

—No te metas...

Y en ese momento vi que había una botella rota en el suelo. Sí, no había duda, Dean había terminado una botella y estaba más que dispuesto a terminar con esa otra.

Comencé a sollozar mientras secaba las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas, pero las muy puñeteras ahí seguían, saliendo a borbotones. Dios, las hormonas me iban a matar. Donna ya me había advertido de ello «*Un par de paquetes de pañuelos en el bolso nunca te vendrán mal, cariño*» me dijo. Y desde luego que tenía toda la razón. Podía pasar de la risa al llanto en cuestión de minutos, más bien segundos.

—Señora, será mejor que salgamos.

—Sí, ve a follarte a mi esposa. Estoy seguro que disfrutarás con ella.

Y no pude más, no pude soportar que me hablara así sin ni siquiera saber qué le pasaba, si yo no había hecho nada.

Zas, otro bofetón con todas mis fuerzas. Y cuando volvió a mirarme se encontró con el tercero. Sacudí mi mano después de eso, me dolía, me dolía mucho. Pero más me dolía que me hablara de ese modo.

—Vámonos Leo.

Me volví hacia él y dejé allí a mi prometido, para que pensara en lo que acababa de hacer. Necesitaba salir de allí, no quería verle. Me había arruinado el día, yo iba a darle una sorpresa, quería ir a comer con él y al final... la sorprendida fui yo.

—¿Avery? —preguntó Martha.

—Ya nos veremos chicas —dije entre sollozos e hipidos por el llanto.

Leo y yo entramos en el ascensor y mi teléfono empezó a sonar. Era Dean, iba listo si pensaba que se lo iba a coger después del mal rato que me había hecho pasar.

Al ver mi estado, Leo se acercó y me abrazó, cosa que agradecí porque en ese momento más que nunca necesitaba un hombro en el que llorar.

Sequé mis lágrimas, cogí las gafas de sol y me las puse para que nadie del edificio me viera tan descompuesta.

Cuando entramos en el coche, antes de que Leo lo pusiera en marcha, vi a Dean correr hacia nosotros, y cuando Leo se dio cuenta arrancó y salimos de allí como si nos persiguiera el mismísimo demonio.

Leo no dijo nada, no preguntó. Se limitó a conducir, sin un rumbo fijo, dejándome llorar en el asiento de aquel coche.

Y en ese momento pensé en Adam, en el día que me dejó y... en cuánto lo maldije. Pero ahora que todo estaba arreglado entre nosotros, saqué el teléfono y le llamé, me apetecía verle. Podría haber ido a buscar a Josh, pero... no, mejor alguien que no estuviera al tanto de todo lo que había ocurrido con Dean.

—¡Hola, mariposa! —ahí estaba, lo que necesitaba, recordar a mi padre.

—Hola, Adam. ¿Tienes planes para comer?

—Pues... la verdad es que pensaba coger un sándwich de la cafetería del edificio.

—¿Tan liado estás que no puedes parar a comer?

—No, es que no me apetecía estar rodeado de gente... necesitaba mi hora de comida para hundirme en mi miserable vida.

—De eso ni hablar. Paso con Leo a recogerte en...

—Quince minutos —contestó Leo desde su asiento.

—Leo dice que en quince minutos tengas tu culito en la calle, guaperas.

—Joder con Leo. ¿Ha dicho eso? Ja ja ja, porque yo solo he oído “quince minutos”.

—Vale, el resto lo digo yo. ¿Algún problema?

—Ninguno mariposa, ya sabes que me gusta poder volver a verte.

—Trece minutos guaperas, estás perdiendo el tiempo —y sin despedirme, colgué.

—Espero que eso no sea un rollo tirita... —dijo Leo sonriendo.

—No, eso es que voy a ejercer de casamentera.

—Joder, pues no sé qué es peor. ¿Estás mejor?

—No, pero... se me pasará.

—¿Qué demonios ha pasado ahí dentro, Avery?

—No lo sé Leo, no lo sé. Estaba hablando con alguien por teléfono, me abrazó y de repente... me empujó y cuando empezó a sangrar su mano al acercarme volvió a empujarme y acabé en el suelo.

—No debería ser bueno que tuviera tanto alcohol en su despacho.

—Lo sé, pero no quiere deshacerse de él. En una ocasión le vi demasiado borracho, y me temo que hoy va camino de ello —dije mirando en mi teléfono.

—Hola, pequeña, ¿cómo está mi mami favorita?

—Hola, Josh. Necesito algo de ti.

—Lo que sea, ya lo sabes pequeña.

Y tras contarle lo ocurrido le pedí que fuera a su despacho, que hablara con él y que me dijera lo que fuera que le había pasado para que me tratara así.

Después de recoger a Adam fuimos a un restaurante cercano a su trabajo y Leo se sentó en una mesa junto a la nuestra, pero dándonos la privacidad que necesitábamos.

—Así que crees que esa tal... ¿Sonya? Y yo podríamos congeniar.

—Sin ninguna duda. Lleva tres años sola. Su último novio fue un imbécil.

—Vaya, me alegra saber que no fui el único.

—Guaperas, eso nuestro está olvidado.

—Me alegro de que te vaya bien con Dean —dijo poniendo su mano en mi vientre.

—Y si tú quisieras te iría bien con Sonya. Es muy guapa, simpática, educada, y tiene buena mano para los niños. Por cierto, ¿cómo va todo con Roger?

—Genial Avery, hemos podido demostrar que me engañaba desde hacía meses antes de divorciarnos con el gilipollas por el que me dejó y está negociando con sus abogados.

—Espero que tengas a Nick pronto contigo.

—No sé si estaré haciendo bien, apartándolo de su madre, pero...

—Adam, le cuidan dos niñeras. Ella ni tan siquiera se encarga de meterlo en la cama y darle las buenas noches.

—Cierto, últimamente está viajando mucho. Y joder Avery, Dubái... eso es el culo del mundo para mí.

—Bueno, entonces... ¿llamo a Sonya? Me encantaría comer con vosotros dos mañana.

—Vale, ¿por qué no? Por conocerla no pierdo nada.

—Exacto —cogí el teléfono y llamé a la recepción del edificio de Dean, sabía que Sonya aún no había salido a comer así que aproveché—. Hola, rubita.

—¿Avery? Ja ja ja, solo a ti se te ocurre contestarme así.

—Oye, ¿tienes planes para comer mañana?

—Lo cierto es que no.

—Bien, pues ya los tienes. Pasaré a recogerte con Leo, espéranos en la calle, ¿vale?

—Claro, comida de chicas ¿eh?

—Sí, tú lo has dicho. Te veo mañana rubita.

—Bien, hasta mañana, señora Mayer.

—¿Una rubia? —preguntó Adam.

—Ajá. ¿Algún problema?

—No... solo que mi ex...

—Vaya, es rubia.

—Sí hija sí, espero que al menos esta no me salga rana.

—No lo creo.

Y tras disfrutar de nuestra comida, Leo y yo volvimos a dejar a Adam en su trabajo y fuimos directos a casa de Amanda, no quería regresar al apartamento, no quería ver a Dean, esa noche no.



La señora Matthews se sorprendió al verme entrar en la casa, me había llevado todas mis cosas, mi vida ya estaba con Dean, pero al ver mi rostro supo que algo me había pasado. Extendió sus brazos y toda llorosa me abracé a ella. Me consoló durante horas ya que no había nadie más en casa, se sorprendió con lo que había sucedido en el despacho y tampoco entendía qué podía haberle pasado.

Mi teléfono no paraba de vibrar en el interior de mi bolso, tenía cientos de llamadas de Dean, pero no pensaba contestar.

Afortunadamente para mí el nombre que aparecía en la pantalla era el de Josh, pero no quise arriesgarme a que fuera Dean y le pedí a la señora Matthews que contestara.

—Sí señor Kellar, un segundo —me tendió el teléfono y contesté.

—¿Josh?

—Sí pequeña, soy yo. ¿Qué haces allí?

—No quería ir al apartamento.

—Lo entiendo. Nuestro gilipollas particular la ha cagado, pero bien, ¿verdad?

—Sí, mucho diría yo. ¿Se puede saber qué demonios le ha pasado? No era él Josh... no eran sus ojos cuando me miraba.

—Lo sé pequeña, lo sé. Es que... no puedo hablarte de esto por teléfono. ¿Puedo ir a verte?

—Sí, pero que no venga contigo, por favor...

—Tranquila, estoy solo en mi coche. Acabo de dejarle hundiéndose en la mierda en el despacho. Al menos el cabezota ha querido salir a comer conmigo. Eso sí, cuando hemos vuelto al edificio, ha vomitado todo. Él y el puñetero whisky.

—Le diré a la señora Matthews que prepare café e infusión.

—Joder pequeña, ese embarazo tuyo te prohíbe muchas cosas —dijo riendo.

—Lo sé, yo sin café ¡no soy nadie!

—Te veo en media hora, pequeña.

—Gracias, grandullón.

Y tras un último abrazo, la señora Matthews fue a la cocina a preparar lo que íbamos a tomar, mientras yo esperaba de pie, mirando por la ventana, sin poder controlar las silenciosas lágrimas que corrían por mis mejillas.

—Pequeña... —susurró Josh abrazándome cuando le abrí la puerta.

—Hola.

—Estás toda rosada, deja de llorar por favor.

—Es que no puedo, las hormonas me están matando.

—Vamos a sentarnos.

Sin soltarme, caminamos hasta el sofá y la señora Matthews nos sirvió el café y la infusión, se

retiró y nos dejó solos para que pudiéramos hablar.

—Es gilipollas, él lo sabe y siente haberte tratado así.

—No entiendo por qué me dijo esas cosas. Incluso le dijo a Leo que podía irse a follarme, ¿es que se ha vuelto loco?

—No ha tenido una buena mañana, pequeña. Ya hemos hablado con Dollan y están en otra pista.

—¿Connor?

—Sí, al parecer te ha estado siguiendo, él o alguien que ha enviado. Te han fotografiado con Leo, ambos felices y sonriendo y... joder no te estoy echando la bronca, pero hay algunas también con Adam, le coges el brazo igual que a Leo.

—Pero con Leo lo hago muchas veces, incluso en el edificio de Dean, Sonya nos ha visto, todos nos han visto, eso para mí es normal... le considero un amigo, además, el gilipollas de Dean se encargó de contratar un chofer gay.

—¡No me jodas! ¿Es gay?

—Sí, me lo ha dicho hoy, porque yo planeaba emparejar a Sonya con alguno de vosotros, y él se ha confesado conmigo.

—Definitivamente, Dean es gilipollas. Pero el problema no han sido esas fotos, ni siquiera tú. Y lo sabe. El problema es ella.

—¿Ella? No lo entiendo...

—Sofía, su maldita ex.

—¿Cómo? Pero... creí que ella... se había ido.

—Así es, se fue. Hace como... no sé, años. Pero la muy arpía ha aparecido de nuevo, lleva llamándole desde que empezaron a publicar fotos vuestras, ya sabes todas esas con Aiden y los demás críos.

—No me lo puedo creer... ¿Por qué no me ha dicho nada?

—Porque trataba de evitarla, pero la muy loca llegó a Nueva York hace una semana. Y desde entonces no para de llamarle, aparece por el edificio, pero Sonya, y cualquiera de recepción, tiene prohibido darle acceso.

—¿Qué quiere? ¿Volver?

—Sí, y desde que salió la entrevista que diste... está desesperada. Insiste en que no le mereces, que no le quieres. Asegura que te has quedado embarazada para cazarlo.

—Joder, lo que me faltaba.

—Pequeña, yo sé la verdad, todos la sabemos, incluso el gilipollas de Dean lo sabe. Pero hoy ha estado durante hora y media hablando con ella por teléfono, se ha vuelto a emborrachar. Esa maldita loca era lo que le faltaba para rematar las fotos.

—Pero... yo... yo no tengo la culpa de que ella...

No pude hablar más, en ese momento sentí un fuerte pinchazo en mi vientre y me encogí por el dolor. Me disculpé y me levanté para ir al cuarto de baño a refrescarme cuando escuché a Josh gritando mi nombre.

—Pequeña... esto es sangre —dijo señalando una leve mancha en el sofá.

Asustada, traté de mirarme la falda, pero al ser oscura, no vi nada. Me giré hacia Josh y él pudo ver que había una mancha, lo tocó y al sentir que era húmedo, miró sus dedos y ahí estaba, era sangre. Pero estaba embarazada, no me había bajado la menstruación cuando tocaba pues mi bebé estaba ahí instalado. Al escuchar el grito de Josh apareció la señora Matthews y cuando vio los dedos de Josh dijo que fuéramos inmediatamente al hospital, aunque eso era algo normal en

una embarazada, era mejor que me revisaran para saber que todo estaba bien.

Y yo le había dado a Leo el resto del día libre. Josh no lo dudó, sacó las llaves del coche, se colgó mi bolso y me cogió en brazos para bajarme hasta el coche y me metió en él. Apenas veinte minutos después entrábamos en la sala de urgencias del hospital, donde un enfermero corrió con una silla de ruedas al ver a Josh cargando conmigo.



Tras un test de preguntas varias, en el que solo faltaba saber si mis padres me habían dejado algo en su testamento... me encuentro tumbada en la camilla con un médico bastante mayor, con gafas y una barba digna de Santa Claus, poniéndome el gel fresquito para hacerme una ecografía.

Va pasando el aparatito de ultrasonidos, que a mí a todas luces me recuerda a un micrófono, y yo con la mirada fija en la pantalla, que no veo ni distingo nada. Todo negro, bueno, negro y blanco, y gris.

—Avery, ahí está el pequeñín —dijo mi Santa particular.

—¿Ese es mi bebé?

—Sí querida, ese es tu bebé.

Las lágrimas salen solas. La verdad es que desde que me enteré que estaba embarazada no había ido a que me hicieran una ecografía, y Dean había guardado la que le dieron en el hospital, dijo que esa primera foto de su hijo la quería para su despacho, ni qué decir tiene que ni me la había enseñado a mí que soy la que se va a poner como una foca por llevar a su primogénito.

—Todo está bien querida, no hay por qué llorar.

—Lo sé, pero... últimamente no puedo parar.

—¿Tienes náuseas? ¿Vómitos?

—No, por el momento no.

—Puede que no tengas durante todo el embarazo, hay quien no las padece, pero si aparecen no te alarmes que será normal.

—Eso me han dicho.

—No te conviene tener estrés, y nada de nervios. Lo mejor para esto será que tengas algo de reposo, nada de esfuerzos innecesarios.

—Claro doctor. No se preocupe.

—¿Quieres que entre el papá?

—Oh, no... él no...

—¿No hay papá, querida?

Vaya, el viejo Santa me va a salir preguntón, lo que me faltaba.

—Sí hay, pero no está aquí.

—Oh, creí que era el joven que te acompañaba.

—No, él es un amigo, casi un hermano.

—Bien, puedes vestirme querida. Y cuando vayas a la revisión de tu ginecóloga, lleva el informe que te dará enseguida mi enfermera.

—Gracias doctor, creí que...

—Tranquila, es un sangrado normal en los primeros meses. Ten en cuenta que tienes un huésped en tu cuerpo y tiene que habituarse a él. Todo irá bien querida, tendrás un bebé de lo más sano, ya verás.

Y más tranquila, aunque sin poder dejar de llorar, salgo de la sala con mi informe y la ecografía en la mano.

Cuando Josh me ve se pone de pie y me abraza. Le noto temblar, no sé quién está más asustado en ese momento. Le digo que todo está bien, le enseño la foto de mi huésped, como lo ha llamado el viejo Santa, y noto que sus hombros se relajan. Caminamos hacia la calle y entramos de nuevo en el coche.

Cuando llegamos a casa de Amanda todas las chicas esperan impacientes junto a la señora Matthews, incluida Amanda.

—Todo está bien, el huésped sigue tranquilito —digo sonriendo.

—Oh cariño, me alegro. Menudo susto se ha llevado la señora Amanda cuando ha llegado y me ha visto limpiando la sangre.

—Lo siento mucho Amanda.

—Tranquila querida, pero si me puedes explicar... ¿qué haces aquí que no estás en tu apartamento?

Tras un suspiro y el mar de lágrimas que vuelve a mí, le cuento todo lo ocurrido y Josh me ayuda haciéndole saber que ha vuelto la loca de Sofía. Amanda se desespera, esa mujer supone un problema de los grandes para mí más que para Dean, y tras saber lo del reposo pues... se pone histérica.

—No se hable más, te quedas en esta casa el tiempo que necesites. Lo siento por tu prometido querida, pero no pienso dejarte en ese apartamento a merced de una puñetera loca.

—No es necesario Amanda.

—¡Vaya que no! —oigo que grita Karen entrando en casa—. Dean me llamó, necesitaba hablar conmigo porque no te localizaba, y yo sabía que habías venido aquí, pero no se lo he dicho.

—Necesita reposo, órdenes del médico —indicó Josh.

—¿Reposo? ¿Médico? Es que... ¿me he perdido algo? —gritó Karen mirándome.

Cuando se lo cuento, pone los brazos en jarras y exasperada asegura que no me muevo de esa casa ni loca, en caso de moverme es por encima de su cadáver.

Perfecto, todo el mundo confabula contra mí.

—Tengo asuntos que resolver —dije dejándome caer hacia el respaldo del sofá.

—Y esos asuntos ¿son?

—Karen, la presentación de la nueva colección es el sábado.

—Y acudirás, pero estos días no te vas a mover de esa cama, ¿entendido?

—Mañana tengo una comida...

—A la que no acudirás. ¿Es trabajo? La aplazaré ahora mismo. Dime el teléfono de quien te espera mañana.

—No, no es trabajo. He quedado con Adam y Sonya.

—¿Perdona? ¿Esos dos están juntos? Creí que no se conocían.

—Y no se conocen, yo los voy a presentar.

—Bien, tenemos dos invitados más para el sábado, Amanda —dijo Karen buscando el teléfono en mi bolso.

—Ahora mismo los añado a la lista. ¿Nombres, por favor? —preguntó mi jefa marcando un teléfono.

—Adam Wilks, y Sonya Ferrer.

—Estupendo.

Amanda se encamina a su despacho, las chicas se despiden de mí y salen ataviadas a pasar una noche de chicas por la ciudad, mientras Karen llama a Adam y Sonya para informarles de los cambios. A través del teléfono escucho a ambos preocupados, y después de la explicación de Karen para la anulación de nuestra cita, quedan encantados por ser invitados para la presentación del sábado.

Josh me abraza, me besa la sien y me dice que hablará con Dean para decirle que estoy bien. Le pido, le ruego, que no le diga nada de lo ocurrido, pero insiste en que se lo contará, le hará sentir culpable tanto por el mal trago que me hizo pasar, lo mal que me habló y el culetazo que me pegué al caer tras su empujón.

—Dios, lo vas a matar con la angustia —dije tapándome la cara.

—Mejor, eso es lo que se merece ese gilipollas. —me aseguró Karen—. ¿Cómo ha podido decirte que te lías conmigo? ¡Peor, cómo ha tenido la ocurrencia de decirte que hagas un trío con Peter y conmigo!

—Es un neandertal, Diana tiene toda la razón. Oh, Dios... Diana... tengo que llamarla. Habíamos quedado en tener noche de pizza y peli.

Cojo el teléfono, le cuento lo ocurrido y tras tranquilizarse me dice que vendrá a pasar la mañana conmigo. Cosa que agradezco, quiero a esa muchacha como si la conociera de toda la vida. Leo se encargará de traerla y llevarla sana y salva a casa. Siempre bajo la vigilancia de todos y cada uno de los agentes del FBI que Dean tiene en nómina para la protección de la familia.

Menudo día, ¡y me lo quería perder! Karen está en mi cama, dormida, abrazada a mí, mientras yo miro a la luna a través de mi ventana, con las manos en el vientre, dejando que las lágrimas recorran mis mejillas.

Mi bebé está bien, solo ha sido un susto, ¡pero vaya susto! Ya pensé que perdía a mi niña, la nieta por la que mis padres hicieron que me despertara aquel día en ese hospital después de una semana ingresada.

Mi teléfono seguía vibrando, Dean no dejaba de llamar y enviar mensajes. En todos me pedía perdón, se castigaba por cómo se había portado, aceptaba que había sido un gilipollas conmigo y me decía que no me quería, y eso estrujaba mi corazoncito. Esas eran las palabras para saber que me quería, que me quería de verdad.

«Preciosa, no te quiero, pero ni un poquito. Solo quiero darte las buenas noches. Josh me ha contado lo del hospital, lo siento mucho, por favor perdóname, soy un completo gilipollas. Sé que tienes que guardar reposo, y que Karen te va a cuidar mucho. Que sepas que cuando la pedí

que viniera para hablar con ella... bueno tengo un buen moratón en un brazo, no paró de darme puñetazos. Esa modelo se las trae, que lo sepas. No te quiero preciosa, de verdad, no te quiero, no lo olvides. Dean.»

Joder, él me quería y yo a él también, de eso no tenía ninguna duda.

Cerré los ojos, me aferré a mi vientre, quería que todo fuera bien con mi bebé, y antes de que pudiera pensar en cualquier otra cosa, me quedé dormida, en los brazos de mi mejor amiga, de mi hermana, Karen.



Capítulo 16

Dos días. Había estado dos días sin ver a Dean, ni hablar con él por teléfono, ni siquiera había contestado a sus mensajes. Era mi neandertal y yo le quería, pero la forma en que me había tratado me dolió, me dolió demasiado.

Por fin se presentaba la nueva colección de Newman, Remington y MacNamara. La casa de Amanda estaba llena de estilistas, peluqueros y maquilladores. Amanda había ofrecido a todas las chicas para lucir cada uno de los modelos, y los tres hombres quedaron encantados.

Y ahí estábamos Karen y yo, en mi dormitorio, mientras nos peinaban y maquillaban. La colección era una pasada, la habían inspirado en Egipto, colores rojos, dorados, verdes y azules. Nos habían maquillado como a auténticas egipcias, y me gustaba lo que veía frente al espejo.

Mi vestido era dorado, largo y con una caída que la tela bailaba al compás de cada uno de mis movimientos. Tirantes anchos, escote en V y espalda al aire, una apertura en el centro que iba desde el muslo hasta el bajo del vestido, con un trozo de tela ancho a modo de cinturón en color verde, haciendo juego con las esmeraldas y el oro que luciría en mis pendientes, gargantilla, anillos y pulseras. Toda yo era una joya, sin lugar a duda. Oro y esmeraldas, y mis ojos, con esa línea tan egipcia en negro, me hacían toda una Diosa Egipcia.

El vestido de Karen era rojo, de un solo tirante ancho y se cruzaba en el centro de modo que la apertura quedaba en el lateral izquierdo y el cinturón era rojo. Maquillaje dorado y rojo, y las joyas que complementaban el conjunto eran de oro con unos magníficos rubís.

—Cenicienta, me siento como Cleopatra —me dijo Karen cuando se puso en pie para que la ayudaran a ponerse el vestido.

—Tú siempre siendo la mandamás ¿eh?

—Ja ja ja, mira que mona mi niña. Por cierto, ¿cómo se encuentra mi princesita por ahí dentro?

—Bien, hoy sí que he vomitado por la mañana... y he estado algo revuelta todo el día, espero que no me de guerra en la presentación.

—Tranquila, en cuanto te sientas mal me lo dices y regresamos a casa. No creo que a nuestros jefes les importe.

—¿Viene Peter a recogerte?

—Sí, ¿nos acompañas?

—No, viene Leo a buscarme. Y Dean... bueno él envía a Dollan para que me acompañe a entrar en el hotel.

—Perfecto, te veo allí entonces.

—¡Karen, estás impresionante!

—¡Ya te digo! ¡Tengo que conseguir un vestido de estos!

—Ese ya es tuyo, es lo que yo les pedí a los jefes, todas nos quedamos con el vestido, las joyas y el maquillaje.

—Carai, eres la mejor Cenicienta. Bueno, hoy no eres una princesa de cuento hoy... hoy eres la hermana pequeña de Cleopatra —dijo sonriendo y guiñando un ojo. Desde luego, no cambiaría a mi hermana mayor por nada del mundo.

Amanda había contratado dos coches para ir al hotel con las chicas, y a la hora acordada ahí estaban, esperando junto a las escaleras de la entrada a la casa junto a Leo y Dollan que me esperaban.

—Señora Pierce, está usted preciosa esta noche —dijo Dollan.

—Gracias, Dollan. Pero la protagonista es esta hermosa mujer. No me diga que no es toda una egipcia.

—Desde luego. No puedo negar que estás impresionante Avery. Eres la embarazada más sexy que he visto nunca.

—Dollan... conseguirás que me sonroje —le dije sonriendo.

—¿Cómo está el pequeñín? —preguntó Leo dándome un abrazo—. Deberías haberme llamado, estoy a tu cargo...

—No había tiempo Leo, estaba nerviosa y acojonada y Josh había venido a visitarme.

—Me alegro de que no fuera nada. Pero hoy deberías haberte quedado en casa, si necesitas reposo...

—No puedo Leo, soy la imagen de la colección.

—Al mínimo síntoma raro, me lo dices y te traigo, ¿entendido?

—Sí, papá.

—Vamos, llegaremos tarde querida —indicó Amanda caminando hacia su coche.

Y mientras mi jefa se alejaba, Dollan no le quitaba ojo de encima. No pude evitar sonreír cuando pasé por delante de él y le miré a los ojos. Cuando entramos en el coche la descarada que siempre había estado en mi interior hizo de las suyas.

—Veo que te gusta Amanda.

—Es atractiva, no lo niego.

—Te atrae. Tienes esa mirada...

—Mea culpa —confesó poniendo la mano en su pecho e inclinando la cabeza.

—Pues haz algo, esta noche es la apropiada.

—Estoy de servicio, querida.

—Vaya, vaya... —y por fin me atreví a preguntarle lo que hacía tiempo me rondaba por la cabeza— Dollan, espero no ser indiscreta, pero... hace tiempo me fijé en algo y... ¿Diana es tu hija, verdad?

Dollan se giró hacia mí, su cara era indescriptible, salvo por los ojos abiertos como platos que indicaban que lo había pillado por sorpresa, no sabría decir si estaba a punto de abrazarme y soltarme toda la verdad, o intentar asesinarme él mismo con sus propias manos. Afortunadamente para mí, el hombretón optó por lo primero.

—Me alegra saber que Norah tuvo a alguien que la quiso —dije cogiendo su mano.

—Diana es lo mejor que me ha pasado nunca. Por eso decidí pedir el traslado, estar lejos de ella me habría matado.

—¿Por qué no se lo has dicho?

—Es que no sé cómo hacerlo. Tengo miedo de que me rechace o...

—¿En serio? ¿Un hombretón como tú tiene miedo? Dollan, debes decírselo. Esa niña te adora, te tiene en un pedestal, y créeme, le hará ilusión saber que el hombre que siempre las trató tan bien a ella y su madre, no es un simple agente del FBI que se preocupaba por la seguridad de ambas, sino que a parte de un buen amigo para ella es su padre.

—No sé cómo hacerlo, te juro que lo he intentado muchas veces, pero... no sé.

—Bueno, si quieres puedo hacerlo contigo.

—¿Sabes? Creo que serías un gran apoyo, para ambos. Diana te quiere mucho. Y Dean también, aunque el otro día se comportara como un...

—Gilipollas, ya se lo dije yo.

—Por la tarde cuando fui a verle para hablar de las fotos, tenía una pinta que si hubiera sido mi hijo te juro que le habría dado dos bofetadas bien dadas.

—Otro día no lo dudes, tienes mi permiso para abofetearle. Que yo le di tres, y aunque me quedé como Dios, ¡me dolió la mano horrores!

—Ja ja ja. Es que ese marido tuyo... tiene una cara muy dura.

—Pero le quiero, y no puedo evitarlo. Nunca le había visto así, esa mujer debe estar loca.

—Lo está, no tengo la menor duda.

—¿Te ha mandado vigilarla, o algo?

—Bueno, me ha pedido que intente averiguar dónde está. Ya ninguno tenemos tan claro que las fotos se las enviara Connor, quizás fue ella tratando de que rompa el compromiso contigo y así volver con él.

—Desde luego, no gana una para disgustos. Primero mi mejor amigo se obsesiona, se encela, se enajena y trata de matarme, y ahora, su ex aparece celosa perdida y quiere separarnos. A veces pienso que habría sido mejor si Dean no hubiera aceptado que siente algo por mí, yo seguiría mi vida, volviéndome loca por no tenerle claro está, pero habría encontrado a alguien...

—Avery, deja que te diga que cuando llega la persona adecuada debes hacer todo lo que esté en tus manos para conservarla. Si yo no hubiera sido tan estúpido y confiado, seguiría teniendo a Norah... Habríamos sido una familia y esos malditos hijos de puta no me la habrían arrebatado.

—La querías mucho, ¿verdad?

—Aún la quiero, y cuando veo a mi hija...

—Habla con ella, ven mañana a casa de Amanda, le pediré a Leo que os traiga a los dos. ¿Qué te parece?

—Creo que lo haré, le diré la verdad. Debe saber que tiene un padre que la quiere, que no es un tipo cualquiera que una noche se acostó con su madre y si te he visto no me acuerdo.

—Ese es mi hombretón. Y ahora... ¿estás listo? Hemos llegado. Sal ahí y luce a esta... ¿cómo dijiste antes? Ah, sí, la embarazada más sexy que has visto nunca —dije guiñando un ojo.

Y comenzó el espectáculo. Los flashes de las cámaras, las preguntas de los periodistas, las sonrisas perfectas para las fotos... y Dollan a mi espalda vigilando todo a nuestro alrededor. Y ahí estaba, mi hombre, mi futuro marido, esperando al final de la escalera con su esmoquin negro y las manos en los bolsillos.

—Estás... espectacular —susurró en mi oído poniendo una mano en mi espalda.

—Gracias, tú también estás muy elegante.

—Te he echado de menos, preciosa.

—Entremos, me esperan.

Dean asintió, y sin quitar la mano de mi espalda caminamos hacia el *hall* del hotel donde

Amanda y el resto de las chicas esperaban con los hombres que presentaban la colección.

—¡Estás impresionante Avery! —exclamó el señor Newman acercándose para besarme la mano.

—Gracias, el vestido es una maravilla.

—Y las joyas, querida —dijo el señor Remington—, parecen hechas para ti. Luces divina, querida niña.

—Desde luego, con el maquillaje mis chicas se han lucido, Avery —aseguró el señor MacNamara—. La mismísima Cleopatra tendría celos de ti.

—Oh, bueno, creo que Karen se ha auto bautizado con ese nombre, y me ha nombrado su hermana pequeña, así que... tienen a dos verdaderas egipcias esta noche a su entera disposición —les dije sonriendo.

—Vamos querida, tomemos algo que en diez minutos comienza el desfile —ofreció Amanda.

Y con Dean pegado a mí como si fuéramos siameses, caminamos hasta el salón donde él cogió una copa de champagne y para mí un refresco.

Kira y Mason, con Diana, se acercaron a nosotros y me abrazaron con tanto afecto que mis hormonas comenzaron a hacer de las suyas, pero me esforcé por no llorar para no estropear mi maquillaje.

—¡Avery! —la voz de Adam era inconfundible. Se acercó a mí y no pude evitar fundirme en un abrazo con él—. Mariposa, no llores que te veo. Joder, estás impresionante. Madre mía, Mayer debe estar tirándose de los pelos...

—Que se jo...

—¡Avery, hola! —ahí estaba mi chica, Sonya. Perfecto, comenzaba el plan “Corazones rotos”. Sonreí y negué con la cabeza por la ocurrencia que acababa de tener.

—¡Sonya! Me alegra que hayas venido. Siento lo del jueves... pero el médico...

—Ay, ¡tranquila, por favor! Lo primero es mini Mayer, y tu salud. ¿Cómo te encuentras?

—Hoy he comenzado con las náuseas y los vómitos... de verdad creo que la niña del exorcista se ha apoderado de mi cuerpo. Solo me ha faltado girar la cabeza.

—¿Has vomitado, preciosa? —y ahí estaba, Dean rodeando mi cintura y pegándose a su cuerpo.

—Sí, pero es algo normal.

—Preciosa...

—Tranquilo campeón, que todo va bien.

—¿Cómo va, Mayer? —preguntó Adam.

—Bien, muchos proyectos por presentar, pero bien.

—Eso es bueno amigo, y que no falte el trabajo.

—Desde luego. Me alegra verte Sonya, no sabía que vendrías.

—Avery y yo habíamos quedado para comer el jueves, pero con lo ocurrido el miércoles por la tarde... pues Karen me llamó para anularlo y me invitaron a la presentación.

—Espero que lo pases bien. Preciosa, voy a hablar con Dollan, si necesitas algo...

—Sí, Dean, avisaré a alguien...

—Voy a por otra copa —comentó Sonya—, ¿queréis algo?

—Yo necesito una... pero lo tengo prohibido. Tráeme un refresco, por favor... —dije sonriendo.

—Para mí lo que tú tomes —le dijo Adam. Y ahí estaba, la mirada que yo quería ver, ¡en ambos! Operación “Corazones rotos” iba viento en popa.

—Enseguida vuelvo.

—¿Guapa, verdad? —pregunté cogiéndole del brazo.

—Pero no es rubia, es morena.

—¿Por qué te crees que la llamo rubita? Todo el mundo la dice eso de “Olé la morena guapa”, a mí me gusta ser diferente al resto.

—Tiene un bonito cuerpo.

—Como verás no es modelo, pero sus curvas son divinas.

—Desde luego, esa chica será mía.

—¡Así me gusta! Sabía yo que te gustaría mi rubita.

—Aquí tenéis —dijo Sonya llegando junto a nosotros—. Tu refresco, y para ti un cóctel con arándanos. Es mi perdición, espero que te guste.

—Gracias —Adam dio un sorbo a su copa y tras pasarse la lengua por los labios, dijo—. Mmm... creo que a partir de ahora tomaré alguno de estos a menudo.

—Chicos... debo dejaros, me busca la jefa con la mirada. Me toca desfilas.

—Estaremos en primera fila, mariposa —comentó Adam besando mi mejilla—. Vamos, rubita, ¿me acompañas? —tendió su brazo y Sonya se agarró a él con una amplia sonrisa.

—Solo Avery me llama rubita, ¿no ves que soy morena?

—Y tienes una melena preciosa, pero me gusta llamarte rubita —se inclinó y le plantó un beso en los labios que nos dejó a las dos pasmadas—. Vamos, o algún listo nos quitará el sitio.

Y mientras yo me dirigí a Amanda, Adam y Sonya hablaron y sonrieron y sentí que entre ellos había un *feeling* de lo más agradable. Diez puntos para operación “Corazones rotos”.

Amanda fue la encargada de hacer toda la presentación, las azafatas contratadas para el evento destaparon las fotografías que había por toda la sala y allí estaba yo, luciendo todos y cada uno de los vestidos y joyas maquillada como una auténtica egipcia.

—Bienvenidos, y gracias por asistir a la presentación de la nueva colección *Sekhmet*^[9], inspirada en las diosas y mujeres del antiguo Egipto. Espero disfruten del desfile. Buenas noches.

Y tras las palabras de Amanda, comenzó a sonar una melodía egipcia que bien podía hacer que las serpientes se levantaran y comenzaran a danzar en sus cestas mientras el hombre sentado junto a ellas tocaba la flauta.

Una a una, fueron saliendo a la pasarela. Cintia, vestida de azul, Loren, con un precioso vestido verde, Mónica, deslumbrante en aquel vestido rojo, Julia, toda cubierta de dorado, Sindy y su precioso vestido azul, Karen y su esbelta figura luciendo aquel vestido rojo que tan bien le sentaba y, finalmente, con la luz más tenue, aparecí en la pasarela. Un foco se centró en mí y todo el mundo comenzó a aplaudir. De nuevo la luz fue volviendo a su ser y me encaminé por la pasarela, contoneándome mientras la tela bailaba alrededor de mis piernas. *Flashes* y más *flashes*, cámaras de video, periodistas anotando en sus libretas, el público en pie aplaudiendo y, por fin, la mirada que tanto me gustaba de mi hombre, mi prometido.

Cuando caminaba de regreso al principio de la pasarela, ahí estaban Newman, Remington y MacNamara esperándome.

En el centro de ellos tres, caminamos juntos por la pasarela, sonrientes, saludando y aplaudiendo, mientras ninguno de los asistentes apartaba la mirada de nosotros.

Karen y las chicas se nos unieron en el centro de la pasarela y todos los aplausos fueron para los tres caballeros que habían hecho posible aquella colección tan sensualmente egipcia.



Tras el desfile, Dean se acercó con una amplia sonrisa, se inclinó y posando una de sus manos en mi cintura, me dio un leve beso en la mejilla.

—Has estado increíble, preciosa —dijo volviendo a mirarme a los ojos.

—Gracias.

—¿Cómo te encuentras? —su mano paseaba lentamente por mi espalda, y eso me calmaba.

—Bien, por el momento nada de náuseas.

—Vamos, comamos algo.

Me atrajo hacia él y se aferró a mi cintura, su agarre dejaba claro que marcaba su territorio. Algunos periodistas nos pararon para hacernos preguntas, y con la mejor de mis sonrisas, olvidando por unos instantes lo ocurrido en su despacho, respondimos y posamos para las fotos.

Mientras disfrutábamos de los manjares servidos en el catering, pude ver a Dollan que, junto a algunos de los chicos de seguridad, vigilaba la zona y hablaba por su pinganillo. Cuando se percataba de mi mirada sobre él, me sonreía y guiñaba un ojo, haciendo que le devolviera la sonrisa y me tranquilizara al saber que todo estaba bajo control. Al menos en esa ocasión no contaríamos con la presencia no deseada de Connor.

—Preciosa, quiero que vuelvas a casa... —me pidió Dean inclinándose para besarme el hueco entre el cuello y el hombro.

—No volveré por el momento Dean, necesito reposo y en casa de Amanda tengo la ayuda que necesito.

—Avery, por el amor de Dios, en casa está Diana, incluso Kira puede ir a ayudarte.

—Es que no necesito ayuda para nada, solo tengo que estar tranquila, descansar, cuidar de mi hijo...

—Nuestro hijo. Aquí dentro —dijo llevando una mano sobre mi vientre— está nuestro hijo. Soy su padre Avery, no puedes alejarme de él...

—Y no lo hago, eres tú el que parece hacerlo y no entiendo por qué. Ni siquiera sé por qué has venido esta noche...

—Soy tu prometido, no faltaría por nada del mundo, ¿o acaso quieres que la prensa empiece de nuevo con sus habladurías?

—Lo que quiero es que me expliques por qué te pusiste así conmigo, yo no te hice nada... —y tratando de contener mis lágrimas, esas que las malditas hormonas conseguían que aflorasen a la mínima ocasión, dirigí mi mirada al suelo.

—Lo siento preciosa, de verdad que lo siento mucho. Es que... no fue una de mis mejores mañanas.

—Ya, Josh me lo contó. Podías haberme explicado lo de las fotos...

—No quería preocuparte, y fui un imbécil al creer lo que veía, y... las palabras de...

—De ella, las palabras de la mujer que te dejó.

—Lo siento preciosa, por favor, perdóname.

Llevó dos dedos a mi barbilla y la levantó para que nuestros ojos se encontraran. Le observé y ese brillo de arrepentimiento de nuevo estaba allí, se inclinó y por primera vez en la noche posó sus labios en los míos y me besó, un leve toque de labios, y después otro, y otro más, como si quisiera asegurarse de que no se lo negaba. Y finalmente, con los labios entornados, me besó y buscó mi lengua con la suya profundizando en nuestro beso.

—No sabes cuánto echaba esto de menos cariño —dijo sin apartar sus labios de los míos.

—Esto no cambia nada, me quedo unos días en casa de Amanda, lo siento, pero es lo que necesito.

—Está bien... como tú quieras. Pero, preciosa, recuerda que nos casamos la próxima semana.

Por unos instantes me quedé callada, claro que lo recordaba, era mi boda y no tenía pensado faltar a ella. Ya la habíamos tenido que aplazar por culpa de Connor, no era mi intención aplazarla de nuevo. Pero al menos necesitaba esos días de tranquilidad en casa de Amanda mientras la señora Matthews me malcriaba como había hecho estos días.

—Sabes bien que estaré en el aeropuerto a tiempo, ya he tardado más de lo esperado en convertirme oficialmente en la señora Mayer —dije rodeando su cuello con mis brazos y volviendo a besarle.

Silbiditos y aplausos a nuestro alrededor, eso hizo que volviera de nuevo a la sala en la que nos encontrábamos. Cuando miré, vi a Adam y Mason silbando mientras Sonya, Kira y Diana daban saltitos y aplaudían juntas.

—¿No podéis esperar a llegar a casa, amigo? —preguntó Adam.

—Llevo tres días sin verla, creo que al menos esto... me lo he ganado.

—Joder mariposa, ¿le tienes castigado?

—¡Adam!

—Vale, me callo. Em... ¿bailas, Sonya?

—Oh, ¡claro! Vamos.

Y ahí estaba de nuevo, esa miradita... y Adam no perdió el tiempo, cogió a Sonya por la cintura y vi cómo la acariciaba con su pulgar.

—¿Esos dos se conocían? —preguntó Dean sorprendido.

—Los he presentado hoy. Hacen buena pareja, ¿verdad?

—Avery... no creo que debas...

—Adam es mi amigo, y Sonya también, y ambos necesitan que les ayuden a sanar su corazón. Yo solo les he dado un pequeño empujoncito.

—Dean Mayer, me alegra verle por aquí —dijo un hombre acercándose a él.

—Señor Simons. No sabía que acudía a estos actos...

—Mi esposa, ferviente admiradora de las joyas.

—Gregor, te presento a mi prometida, Avery Baker.

—Señorita Baker, es usted una mujer bellísima, con el permiso de su prometido.

—Muchas gracias, señor Simons.

—Sin lugar a dudas, mi buen amigo ha encontrado su mitad perfecta.

—De eso no tengo duda Gregor, ninguna duda —Dean se inclinó y me besó la sien.

Y los hombres se embarcaron en una conversación llena de finanzas, edificios, números y proyectos que empezaban a conseguir que mi cabeza diera vueltas. Así que, buscando a mi querida

Diana con la mirada, cuando la encontré y me vio no pudo evitar fruncir el ceño, y al verla caminando hacia mí, me despedí de Dean y el amable Gregor Simons.

—Si me disculpáis...

—¿Estás bien, preciosa?

—Sí, solo voy con Diana que me llama.

—Está bien, enseguida te buscaré —y otro besito en la sien. Y mi sonrisa de tonta enamorada apareció de nuevo.

Cuando llegué a Diana me agarré a su brazo y caminamos hacia una de las mesas donde había cientos de bebidas, necesitaba una copa de champagne... pero no podía.

Con un par de refrescos, cruzamos la sala y salimos a uno de los jardines del hotel donde no había nadie y podíamos estar tranquilas, nos sentamos en uno de los bancos y un profundo suspiro salió de mis labios.

—¿Cansada, verdad? —preguntó Diana.

—Demasiado. Estos tacones...

—Deberías quitártelos.

—Imposible, parecería un taponcito arrastrando este vestido.

—Ja ja ja. Entonces sería mejor que volvieras a casa.

—Oh, sí, esa sería una muy buena idea. Creo que...

—Dollan es mi padre —casi me atraganto cuando Diana me soltó esa bomba. A ver, yo tenía mis sospechas, pero de ahí a que ella lo supiera...

—¿Cómo dices?

—Mamá me lo confesó hace unos años, pero me hizo prometer que nunca le diría nada. Pero... ahora que ella no está...

—¿Te gusta saberlo?

—Sí, siempre le he tenido mucho cariño, y cuando supe que era mi padre, me sentí muy orgullosa y afortunada de tenerle. Lo que no entiendo es que no me pusieran su apellido. Pero mamá insistió en que no quería hacerlo.

—¿Él no quería?

—No, él estaba encantado de poder dármele, pero mamá no quiso. Creo que era por el trabajo de ambos, ella no quería ponerle en peligro si su jefe se enteraba de que era una confidente.

—¿Sabes? Creo que le hará ilusión saber que tú sabes todo esto, ese hombre se muere por abrazar a su pequeña.

—¿Sabías que él es mi padre?

—Tenía mis sospechas, y hoy él me lo ha confirmado. Te iba a proponer que mañana vinieras a casa de Amanda con él y así pudierais hablar.

—Me parece buena idea. De ese modo después podré contárselo a Dean.

—¿Qué hay que contarme? —y ahí estaba nuestro grandullón, caminando hacia nosotras con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Dollan es mi padre, ¿cómo te quedas? —preguntó Diana con una sonrisa.

—Joder, no me esperaba eso la verdad.

—Pues ya ves, nuestra madre hizo algo bueno por una vez en su vida. Se mantuvo cerca del padre de uno de nosotros.

—Y si le pasaba algo, se aseguraba de que él estuviera cerca de Kira y de mí.

—Sí, creo que ese era el plan de mamá.

—Vaya, no sé qué decir.

—¿Que te alegras? Tenemos un padre cerca que nos protege —dijo Diana cogiéndose del brazo de Dean.

—Sí peque, tenemos quien nos proteja.

—Avery está cansada, ¿nos vamos a casa?

—Cariño, yo me marchó a casa de Amanda.

—Pero... creí que esta noche... Al ver que os besabais pensé que todo estaba arreglado.

—Cariño, la próxima semana nos casamos y como yo necesito reposo y sé que serán tres días de lo más ajetreados... necesito calma estos días.

—Bueno, pero después no tienes vuelta atrás, ¿me oyes? Una vez que seas la esposa del neandertal tienes que volver al apartamento con nosotros.

—No te preocupes cariño, lo haré. Y en unas semanas nos instalaremos en la casa nueva todos juntos.

—Sí, ya tengo ganas de ver a mis sobrinos corriendo por el jardín, y al grandullón este detrás de ellos.

—¿Y puede saberse para qué tienen una tía de tu edad?

—Para que los malcríe, y para quedarme con ellos si queréis salir a cenar y bailar una noche, no para correr detrás de ellos por el jardín.

—Pues menuda ayuda vamos a tener... —dijo Dean entre risas.

Cuando me levanté, ellos me siguieron y me acompañaron a la sala, donde nos despedimos de nuestra familia y amigos y después salimos en busca de Dollan y Leo.

En la puerta del hotel nos besamos una última vez, me abrió la puerta del coche y cuando me acomodé en el asiento, me besó la mano y cerró la puerta.

Leo y Dollan iban delante, hablando de la noche que parecía haber sido tranquila, mientras yo cerraba los ojos y esperaba que llegáramos a casa, estaba realmente agotada.



—Has dejado a todos sin palabras, Avery —me dijo Leo abriendo la puerta para ayudarme a bajar.

—Sí, no hay duda que eres la más hermosa de las muchachas de Amanda.

—Gracias chicos, sois unos aduladores.

—Vamos, te acompaño arriba —y cogida del brazo de Dollan subí las escaleras.

Cuando le dije que Diana me había confesado que sabía que era su padre, se quedó tan sorprendido que no se dio cuenta que las lágrimas recorrían sus mejillas.

Al abrir la puerta vimos las luces de un coche entrando en la propiedad. Leo se alertó enseguida y al reconocer el coche nos dijo que eran Peter y Karen.

Y efectivamente, ahí estaba mi loca particular. Salió del coche, se despidió de su prometido y,

con los zapatos en la mano, subió las escaleras hasta encontrarse con Dollan y conmigo.

—Ya me ocupo yo de ella. Deberías haberme avisado.

—No quería arruinarte la noche.

—¡Oh, por favor! Vamos anda, entremos y nos tomamos uno de esos chocolates calientes que tanto te apetece últimamente.

—Eso es cierto, siempre me ha gustado, pero con esto del embarazo... si no me tomo uno no consigo dormir.

—Entra entonces Avery. Cualquier cosa me llamas, ¿de acuerdo?

—Tranquilo, lo haré. Buenas noches Dollan.

—Buenas noches chicas.

Karen y yo entramos en casa, sin zapatos, sintiendo el frío suelo de mármol en nuestros cansados pies, y fuimos a la cocina a prepararnos el chocolate.

Entre risas, recordamos algunos momentos de la noche y después cada una se fue a su cuarto.

Antes de meterme en la cama recibí un mensaje de Dean, estaba claro que me quería, aunque se hubiera comportado como un auténtico gilipollas.

«Espero que descanses preciosa, que nuestro mini Mayer no te de mucha guerra, que su papá no está ahí para cuidaros. Necesito que me lo digas preciosa, necesito saber que no me quieres. Por favor, di que no me quieres Avery. Di que no me quieres, dímelo.»

Sin poder evitarlo mis labios se curvaron en una sonrisa. ¿Podía ser posible que Dean Mayer se hubiera hecho dependiente de mí?

Cogí el teléfono y marqué su número, antes de que pudiera decir nada fui yo quien habló.

—No te quiero.

—Dios, preciosa... no sabes cuánto me alegra escucharlo.

—No te quiero.

—Di que no me quieres, dímelo... otra vez.

—No te quiero.

—¿Has llegado bien?

—Sí, y antes de entrar en casa llegó Karen. Estaba a punto de meterme en la cama.

—Entonces te dejó descansar. Y mañana quiero que descanses todo el día, ¿de acuerdo?

—No, mañana vendrán Diana y Dollan a visitarme. Ambos tienen que hablar de su secreto.

—Bueno, pero no te agobies mucho, por favor. Y cualquier cosa que ocurra llámame, quiero estar contigo y con nuestro hijo, no quiero que vuelvas a estar sola.

—El otro día no estuve sola, Josh me llevó.

—Pero él no es el padre de ese bebé, soy yo.

—Dean, lo sé, pero él estaba aquí y era lo más rápido para ir a urgencias.

—Está bien, lo entiendo. Ahora ve a la cama, preciosa. Buenas noches.

—Buenas noches.

Dejé el teléfono en mi mesilla, me recosté y mirando la luna a través de la ventana, cerré los ojos, dejando que el sueño me venciera.



Capítulo 17

Aquel domingo, como estaba previsto, Diana y Dollan me visitaron y su relación comenzó a ser la de padre e hija, aunque ambos sabían que lo eran.

El lunes pasé el día en mi dormitorio, de la cama al cuarto de baño y sin apenas probar bocado pues cada vez que trataba de comer, acababa vomitándolo todo. La señora Matthews aseguró que eso era normal y para tranquilizarme y que me ayudara a dormir, me preparó un té de jengibre y para cuando me desperté ya era tan de noche que me levanté para darme una ducha y volví a meterme en la cama.

El martes, aunque las náuseas y los vómitos no se habían ido, pude tomar un caldo en la comida y después un té de jengibre. No quise dormir durante todo el día así que me dediqué a leer uno de mis libros tumbada en la cama.

Pero no tuve noticias de Dean, ni tan siquiera un mensaje, desde que hablamos la noche del sábado. Cogí mi teléfono para llamarle cientos de veces, y con las mismas lo volvía a dejar en la mesilla, si él no quería saber cómo estaba no sería yo quien le llamara para informarle.

Miércoles, tan solo dos días para viajar hasta Las Vegas y casarme con Dean, pero ni siquiera habíamos hablado, ¿cómo iba a verle el viernes sin haber hablado antes con él?

Decidida, llamé a Leo y le pedí que me recogiera, me di una ducha y me arreglé y cuando Leo estaba en la puerta, salí para que me llevara a ver a Dean. Le echaba de menos, y estaba segura que él a mí también.

—¿Cómo estás Avery? —preguntó cuando me cogí de su brazo para bajar las escaleras.

—He pasado los días de la cama al cuarto de baño, y apenas me entra comida. Qué suerte tenéis los hombres de no pasar por esas cosas...

—Bueno, cuando tengas a mini Mayer en tus brazos, olvidarás todo lo malo.

—Eso espero.

—¿Dónde te llevo?

—A ver a Dean. Quiero darle una sorpresa.

—Ha estado bastante ocupado estos días, llegaba tarde al apartamento.

—¿De verdad? Diana no me ha dicho nada.

—Cuando él llegaba ella llevaba horas en la cama.

—¿Dónde iba, Leo?

—Estaba en su despacho. Yo lo he recogido estos días.

—Oh, entonces debe estar con los proyectos de Foster y la compañía *Sawyer & Ramírez*.

—Esos son dos de los importantes.

—Sí, demasiado dinero en juego.

—Entonces habrá querido aprovechar el tiempo al máximo si os casáis en dos días y después viajáis.

—Oh, no tendremos luna de miel, no hasta que nazca el bebé. Si ocurre algo... quiero estar cerca del hospital.

Y mientras Leo conducía por la ciudad camino al edificio de Dean, yo iba hablando con Karen por mensaje para que supiera dónde estaba. Ella había salido para hacer unas compras de última hora y no quería que se preocupara por mi ausencia cuando regresara.

—Hemos llegado —dijo Leo.

Salió del coche mientras yo guardaba el teléfono en mi bolso, caminó hacia la puerta y cuando la abrió me tendió la mano para ayudarme a salir.

Cuando entramos, la sonrisa de Sonya iluminó el *hall* del edificio. Caminé hacia ella y charlamos sobre Adam, le parecía un chico encantador, había visto algunas fotos del pequeño Nick y se moría de ganas por conocerle. Me dijo que Adam le había pedido que lo acompañara a mi boda, y antes de que siguiera le dije que no perdonaría su ausencia. Salió de detrás del mostrador y me abrazó mientras daba saltitos. Confesó que Adam le gustaba, tenía todo lo que buscaba en un hombre y esperaba poder seguir conociéndose y que todo fuera bien.

Cuando nos despedimos, Leo y yo caminamos hacia el vigilante para entrar cuando vi a Martha y Katrina acercarse para salir a comer, miré el reloj y me extrañó que salieran media hora antes de la habitual.

Me dijeron que Dean les había dado permiso porque necesitaban ir a recoger sus vestidos para la boda y después llevarlos a su apartamento, y tras despedirnos de ellas llegamos al ascensor.

Estaba nerviosa, hacía días que no hablaba con Dean y tampoco le veía, ni siquiera me había escrito uno de sus mensajes, y entonces lo sentí. Un escalofrío recorrió mi espalda y me estremecí, sentí que algo no iba bien, pero borré mis pensamientos negativos de mi cabeza en cuanto el sonido del ascensor nos avisó de que habíamos llegado y se abrieron las puertas.

—Esperaré aquí —me dijo Leo.

—Bien, no tardaremos mucho. Aunque sea arrastras lo saco de ese despacho...

—Desde luego, me lo creo.

Caminé hacia el despacho y me sorprendí al ver que la puerta estaba entornada, Dean nunca la dejaba así, siempre estaba cerrada.

Cuando levanté la mano para llamar, escuché la voz de una mujer que no había oído nunca.

—Vamos, cielo... sabes que es a mí a quien quieres...

—No sé qué haces aquí Sofía, pero no quiero verte. Por favor, vete o llamaré a seguridad.

—Cielo, soy tu mujer, la única que siempre has tenido.

—No Sofía, nunca has sido mi mujer. Tú solita decidiste eso el día que me dejaste tirado como una puta colilla. Joder, yo nunca te habría dejado a tres días de la boda.

—Vamos, eso ya está olvidado. No he podido querer a otro hombre porque siempre has sido

tú quien ocupaba mis pensamientos y mi corazón.

Y cuando la veo acercarse a Dean, pasando sus dedos por su pecho y llegando a su cuello, sentí que podría arder en cualquier momento de lo mala que me estaba poniendo.

—He dicho que te vayas —dijo Dean cogiéndole a ella las manos y lanzándolas al aire fuertemente.

—No, no me voy Dean. Tienes que dejar a esa puta con la que follas y volver conmigo. Vamos, cielo, sabes que se acuesta con tu mejor amigo y con su chofer. Y por lo que he visto... tiene un amiguito llamado... Adam, al que no creo que tarde en follarse también.

—Sofía, estás hablando de mi esposa. De la madre de mi hijo...

—¡No seas ingenuo, por favor! Ese hijo puede ser de cualquiera de los que os metéis entre sus piernas, ¿y piensas cargar tú con él?

—Estás loca, vete o te juro que llamo a seguridad.

—Cielo... aquí vamos a hacer algo más que hablar, olvídate de seguridad...

Y cuando la mujerzuela se puso de puntillas y cogió las mejillas de Dean entre sus manos y le plantó los labios sobre los suyos, sentí un tremendo dolor al notar que me clavaba las uñas en las palmas de mis manos.

Por un momento no vi a Dean evitar ese beso, se quedó paralizado, me giré hacia Leo y le pedí en silencio que viniera a la puerta. Le mostré lo que ocurría y vi que Dean sujetaba las muñecas de ella y se apartaba para que dejara de besarle.

—¡No vuelvas a hacer eso, Sofía! —gritó soltándole las manos.

—Leo, tenemos que entrar, yo no aguanto más aquí.

—Entra tú, yo espero aquí para sacar a esa loca arrastras del despacho.

—Pero literal, por favor. Avisa a seguridad...

—Procuraré que no hagan ruido.

Y dando un golpe a la puerta la abrí, el estruendo hizo que Dean se volviera a mirarme y la tal Sofía se sobresaltara.

—He aguantado bastante de esta mierda desde que he llegado —dije mirando a uno y otro para que no supieran a quién me refería en realidad.

—Preciosa, no es lo que...

—¡Cállate, Dean!

—Hombre, la putita tiene genio. Deberías cuidarte querida, no vayas a perder ese hijo que llevas...

—¡Si vuelves a nombrar a mi hijo, o llamar puta a mi mujer, tendrás problemas Sofía! —gritó Dean.

—Vamos, cielo, olvídate de ella, es una niña. ¿Acaso no lo ves? Y lo único que busca es tu dinero, y qué mejor forma de conseguirlo que preñarse de vete a saber quién y hacerte creer que es tuyo.

—¡Se acabó! —grité y caminé hacia ella dándole un bofetón que dejó toda su mejilla marcada.

—¡¿Estás loca?! Dean, cielo, di a esta puta que no pegue a tu mujer.

—Te he dicho que ella es mi mujer, no tú. Sofía, estás agotando mi paciencia.

—Veo que te ha sorbido el seso, nunca fuiste así...

—Así es como soy, lo que pasó entre tú y yo acabó. ¡Largo!

—Ya le has oído, zorra del demonio, ¡largo! Dean es mi marido, el padre de mi hijo, el hombre al que amo. Y ¿sabes? Tenemos otros seis hijos más, así que permite que te recuerde que

aquí la que sobra eres tú, mala mujer.

Cuando Sofia caminó hacia mí tratando de golpearme, Dean sujetó su muñeca y la alejó. En ese momento Leo entró con los de seguridad y la sacaron del despacho. Tras comprobar que todo estaba bien, Leo salió para esperarme en los sofás y cerró la puerta.

—¿Estás bien, preciosa? — preguntó Dean acercándose y cogiendo la mano que me frotaba para quitarme el dolor.

—Sí, pero... esa mujer...

—Olvídala por favor, no es nadie, no significa nada para mí.

—Es ella quien te envió las fotos, ¿verdad?

—Sí, desde que diste esa entrevista ha sabido bien cómo actuar.

—Te ha besado... y tú no la apartabas.

—¿Lo has visto todo?

—Sí...

—Al principio me sorprendió, no esperaba que hiciera eso. Pero la aparté, has visto que lo hice.

—¿De verdad que me quieres? Sigues... ¿sigues queriendo casarte conmigo?

—Claro que sí preciosa. Quiero que seas la señora Mayer, quiero que nos casemos dentro de dos días, que regreses al apartamento conmigo, que nos mudemos con nuestros hijos a nuestra casa, y que veamos crecer esa barriguita que tanto me gusta. Y cuando nazca nuestro mini Mayer, seamos los padres más felices y orgullosos por tener esta gran familia. Te quiero Avery, te quiero con locura.

—Di que no me quieres, dímelo.

—No te quiero Avery, no te quiero.

Me cogió por la cintura, me atrajo hacia él y estrechándome entre sus brazos nos fundimos en un apasionado beso.



Después de comer dejamos a Dean de nuevo en su oficina y Leo me llevó a casa de los padres de Adam. El pequeño Nick había llegado aquella mañana y le pedí a Donna que me acompañara para comprarle un traje para el día de mi boda.

Adam insistía en que no era necesario, pero ya que había comprado el traje a todos mis niños, el pequeño Nick no iba a ser menos.

Cuando Donna le vio con su traje azul y su pajarita rosada no pudo contener sus lágrimas.

—Parece un muñeco, está guapísimo —dijo secando sus ojos.

—Sí, irá vestido igual que Aiden, mis dos pequeños príncipes.

—Oh, Avery, no sabes cuánto me alegra que encontraras un buen hombre como Dean Mayer.

Hija, soy la mujer más feliz del mundo ahora mismo.

—Donna... ¿te ha dicho Adam que irá acompañado?

—Así que sí será su pareja. Me alegra saberlo. Me dijo que iría una chica de la empresa de tu prometido, y que él ejercería de su acompañante. Pero no se mucho más.

—Bueno, yo los presenté. Por el momento se están conociendo, pero, por favor Donna, si él no te ha dicho nada...

—Tranquila hija, esperaré a que él esté preparado para hablarme de ella como algo más. Solo espero que sea una buena muchacha.

—Lo es, puedes estar tranquila.

El resto de la tarde lo pasamos recordando viejos tiempos, disfrutando de una agradable tarde en el centro comercial con el pequeño Nick.

La madre había tenido que ceder a la petición de Roger a que dejara a Adam verle tanto como quisiera, por lo que una de las empleadas que tenía internas en su casa se desplazaba en avión con el pequeño y se lo traía a casa de los padres de Adam.

Cuando Leo y yo llevamos a Donna y Nick a casa, entré unos minutos para saludar a Mike y Adam que acababa de llegar.

Me dijo que ya tenía todo preparado para salir el viernes por la tarde a Las Vegas y cuando le enseñamos el traje que llevaría su hijo, y una foto que Donna le había hecho, sonrió al verle vestido como si ya fuera todo un hombrecito.

Me despedí de ellos, regresé al coche con Leo y cuando nos incorporábamos a la carretera empezó a sonar mi teléfono.

—¿Hola? —pregunté al no reconocer el número desde el que me llamaban.

—¿Eres Avery?

—Sí, ¿quién es?

—La que te va a sacar de la vida de mi marido. ¿Sabes que estás en medio de una bonita relación?

—¿Sofía? —pregunté sorprendida, y al mirar hacia delante me encontré con los ojos de Leo a través del retrovisor.

Sin pensarlo sacó su teléfono y lo puso a grabar de modo que puse mi teléfono con el manos libres y tendríamos esa conversación para mostrársela a Dean.

—Sí pequeña puta, soy Sofía, la verdadera señora Mayer. Si sabes lo que te conviene anularás esa farsa de boda con Dean, le dirás que no es el padre del bebé que esperas y que no le quieres, que solo jugabas con él.

—No sabes de lo que hablas, ya te avisé antes de que no te entrometas entre nosotros.

—No querida, eres tú la que no tiene que entrometerse. ¿Te creíste eso de que lo dejé tres días antes de nuestra boda?

—Te he visto, eres una mujer odiosa y de ti me espero cualquier cosa.

—Vaya con la putita. Te alegrará saber que tu amiguito Connor tiene unas fotos de lo más interesantes...

—Olvida las fotos de ese... de Connor porque no tiene nada. Son unas fotos robadas de una promoción de una de las empresas para las que trabajo.

—Bueno, eso es discutible. ¿Cómo te sientes después del disparo? Seguro que no te gustó que tu antiguo amante te hiriera de esa manera, ¿verdad?

—¿Y cómo es posible que tú estés mejor enterada que la policía de quién me disparó?

—Bueno, digamos que no hace mucho coincidí con él y no parece tan mal tipo, lástima que no apuntara más arriba y te matara. Es un sentimental... te quiere demasiado como para que te entierren.

—Sofía, será mejor que nos dejes tranquilos, no busques más problemas de los que ya puedas tener.

—Oh, querida, te aseguro que no busco problemas, tan solo quiero recuperar a mi hombre. Él sabe tan bien como yo que es mío, y de nadie más. Una niñata como tú no puede darle lo que le doy yo.

—Sofía, hazme un favor. ¡Vete al infierno! —sin poder soportar más la chirriante voz de esa mujer decidí colgar.

—Lo tengo todo Avery, vamos a ver a Dean —me dijo Leo.

—Sí, por favor llama a Dollan, necesito que esté con él.

Media hora más tarde, mientras Dean caminaba de un lado a otro del salón, llevando las manos de su cabeza a su rostro, Dollan hablaba con los chicos de seguridad por teléfono y les pedía que se reunieran con nosotros en el apartamento.

—Lo siento mucho preciosa, no sabía que ella... —dijo Dean arrodillándose frente a mí y cogiendo mi mano.

—No es culpa tuya. Esa mujer está loca.

—No pensé que fuera a hacer algo...

—¿Por qué te dejó a tres días de la boda?

—Ven, vayamos al dormitorio —me pidió levantándose y llevándome con él—. Dollan, estás en tu casa. Enseguida regresamos.

—Tranquilo, tengo que hacer algunas llamadas antes de que lleguen los chicos.

Caminamos de la mano y en silencio por el pasillo, lo único que se escuchaba era la respiración agitada de Dean. Si no fuera imposible, al ritmo que latía su corazón podría salir de su pecho en cualquier momento.

Abrió la puerta y sin soltar mi mano esperó que entrara tras él, cerró y caminamos hasta la cama donde hizo que me sentara y se arrodilló de nuevo junto a mí.

—Fui yo quien lo anuló todo.

—Pero... pensé que ella...

—Descubrí que me engañaba, se acostaba con el hijo del socio de su padre. Y cuando tuve todas las pruebas en mi mano anulé el compromiso. Hablé con su padre, le mostré lo que tenía y ni él mismo podía creerlo. Llamó a Sofía para hablar con ella, quería que yo estuviera delante. Y cuando vio las fotografías y algunos videos le dijo a su padre que el hijo de su socio la chantajeaba. Ni su padre la creyó, y él mismo le dijo que la boda quedaba anulada, si quería casarse con alguien debería ser con el otro muchacho.

—¿Se casaba contigo por...?

—¿Dinero? No es que le hiciera falta, pero ella siempre ha querido tener un buen nombre en esta ciudad.

—¿Qué pasó con el otro chico?

—Le contó a mi ex suegro que se acostaron una noche después de una fiesta de su empresa y que no pensaba que volviera a repetirse, pero ella le buscaba y él no la rechazaba.

—¿Se casaron?

—No, el padre de Sofía la pidió que se marchara, no quería que volviera nunca más. La dejó algunos miles de dólares para que viviera desahogada, aunque tuviera que trabajar. Pero no quería volver a verla.

—Y tú relación con él... ¿sigues teniendo contacto?

—Es un antiguo cliente. Por eso conocí a Sofía y me fijé en ella. Cuando supe que había vuelto llamé a su padre, me dijo que a su casa no había ido, que tal vez estuviera en un hotel pero que no sabía nada de ella. Eso sí, me pidió que lo mantuviera informado de cualquier cosa que hiciera su hija y pudiera perjudicarme.

—Así que... la conversación de esta mañana...

—Sí, lo sabe. Y no dudes que sabrá esto también. Le he enviado un mensaje y me ha dicho que estaría aquí en una hora.

—¿Por qué nuestro pasado se opone a que tengamos un futuro?

—Todo irá bien, preciosa, te lo prometo —se acercó y cogiendo mi barbilla me besó.

Sin querer las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas, las hormonas me tenían todo el día así. Riendo y llorando, llorando y riendo.

—Cariño... no llores, no dejaré que nadie se interponga entre nosotros.

—Ya lo están haciendo Dean. Primero Connor, ahora Sofía... y lo peor es que se conocen.

¿Se han propuesto destruirme?

—Ven aquí preciosa —se sentó junto a mí en la cama y me estrechó entre sus brazos, mientras mis lágrimas empapaban su camisa.

Mientras lloraba, Dean permanecía en silencio, acariciando mi pelo y mi vientre, hablándome de lo guapo que sería nuestro hijo y lo mal que lo pasarían los hombres si era una niña y heredaba mis rasgos.

Poco a poco consiguió hacerme reír, secó mis lágrimas y unió sus labios a los míos para darme uno a uno tiernos y dulces besos.



—Os quiero a todos pendientes de cada miembro de esta familia, ¿entendido? —oí a Dollan que hablaba con el equipo de seguridad en el salón.

—Sin problema jefe —respondió uno de ellos.

—Creí que entre todos podríamos lidiar con un loco, pero me temo que ahora tenemos otra loca más en plantilla —dije cuando nos acercamos a ellos.

—Señora Mayer, no se preocupe, daremos con los dos. Le puedo asegurar que nadie hará daño a esta familia.

—Gracias Mason —murmuré tratando de que mi sonrisa pareciera más sincera.

—Por el número desde el que ha llamado la tenemos prácticamente localizada —comentó Leo.

En ese instante sonó el timbre, y uno de los chicos caminó para abrir la puerta. Cuando Dean reconoció al padre de Sofia le dio paso.

—Dean, muchacho, ¿cómo estás? —preguntó el hombre de pelo cano y estatura similar a la suya.

—No tan bien como me gustaría. Estoy a dos días de...

—Dean, cariño...

—Tranquila, Reginald es de confianza.

—Tú debes ser Avery, eres mucho más guapa que en las fotos. Este muchacho es afortunado —dijo tendiéndome la mano, y cuando se la estreché me señaló el vientre—. ¿Puedo?

—Oh... —no supe qué responder, y Dean se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos.

—Claro que puedes, vamos, saluda a mini Mayer.

Reginald posó su mano sobre mi vientre, aún no se notaba demasiado mi embarazo, era una barriguita un poco abultada, pero ese hombre sonrió al mirarme como si mi bebé le hubiera dado una patada.

—Muchacho, me alegro de que vayas a ser padre. Ya era hora. Mereces ser feliz desde hace algún tiempo.

—Bueno, la mujer que esperaba ha tardado en llegar más de lo que pensaba —contestó Dean besando mi sien.

—¿Quiere tomar algo? —pregunté colocando mi mano sobre la que Reginald tenía en mi vientre.

—Agua estará bien, el médico me ha quitado el alcohol y el tabaco. Le he dicho que me mate él directamente —y Dean y él empezaron a reír y yo los acompañé.

—Cariño, voy por el agua, muéstrale a Reginald lo que consideres oportuno.

Y así lo hizo. Cogió el teléfono de Leo y todos escucharon la conversación grabada. Desde luego la cara de Reginald no era de amor y devoción a su querida hija, la furia se veía en sus ojos y los nudillos blancos de sus puños cerrados lo confirmaban.

Tras reorganizar Dollan a todo el equipo, hablar con algunos agentes que estaban a cargo de la investigación y la búsqueda de Connor, Reginald le ofreció toda la ayuda que pudiera necesitar, sin pensar un solo instante en duplicar nuestra seguridad con personal de su propia empresa.

Cuando todos se hubieron marchado, Kira vino a dejar a Diana y al verme en el apartamento, pensó que había regresado.

Lo cierto era que pensaba volver a casa de Amanda, pero Dean y Dollan me dijeron que lo mejor era que me quedara allí, donde Dean podía tenerme vigilada cuando estuviera en el apartamento.

Y a partir de ese instante, no podría salir sola de allí, Diana siempre iría conmigo, Leo subiría a recogerlos y nos escoltarían dos coches, y cuando regresáramos al apartamento Leo subiría con nosotras.

Si, ya podía decir que mi vida corría un serio peligro. Tenía a mi ex amigo y amante ocasional tratando de matarme, y a la loca ex novia de mi prometido metiendo las narices para que me alejara de él.

¿También quería matarme esa odiosa mujer? No podía creerlo, ni siquiera me conocía, pero quería recuperar a Dean, y estaba segura que sería capaz de hacer cualquier locura con tal de conseguir lo que se proponía.



Capítulo 18

—¡Mi niña! —gritó Donna al tiempo que ponía sus manos sobre su pecho cuando me vio—. Hija, estás preciosa. Eres la novia más guapa que he visto.

—Gracias Donna. Tú también estás guapísima.

—Uy, no, ¿esto? Comparado con tu vestido, el mío es un trapito, cariño. Ven, deja que te abrace. No sé cuántas ocasiones tendré a partir de ahora, que serás una mujer tan ocupada.

—¡Sobre todo con tantos hijos! —gritó Karen desde el cuarto de baño de la suite.

—Qué exagerada eres Karen. ¿Olvidas que tú también eres madre?

—No, no me olvido de mis dos preciosos hijos. Pero escucha bien lo que dije, “mis dos” preciosos hijos. ¡Tú tienes seis y otro en camino!

—A mí me hubiera encantado tener más hijos, pero por un problema médico fue imposible. Mike y yo siempre quisimos tener una princesa por la casa, pero cuando llegó Avery a nuestras vidas, al fin la conseguimos. Siempre te hemos querido, cariño, y siempre lo haremos. Aunque no seas nuestra nuera, no dejaré de considerarte nunca como hija nuestra.

—Yo también os quiero, Donna. A parte de mis padres, fuisteis los únicos que se preocuparon de mí, hasta que empecé a trabajar para los Evans.

—¡Por cierto! —dijo Karen, pero al momento se quedó casi muda.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Oh, no, nada, tranquila. Es que me acabo de acordar que me falta algo que ponerte... —empezó a buscar en su maleta y cuando lo encontró dio un grito—. Bien, espero que te guste.

Cuando se acercó a mí, abrió una cajita y me mostró una preciosa pulsera de oro blanco con cristales de *Swarovski* rosas alrededor, y mi nombre grabado.

—Este es mi regalo, Cenicienta —dijo mientras yo lo cogía—. Mira la parte de dentro.

Hice lo que me pedía y al leer lo escrito, no pude evitar que una lágrima se deslizara por mi mejilla.

—¡No me llores, que se te estropeará el maquillaje! Y no tengo tiempo para arreglártelo.

—Lo siento, es que... no me esperaba...

No pude decir más, las lágrimas surgieron una a una mientras Donna corría en busca de pañuelos y las secaba con cuidado.

—Eres mi mejor amiga, Cenicienta, y quería que supieras que te quiero más que eso —dijo abrazándome.

Me aferré a ella como si la vida se me fuera en ese instante. Lo primero que recordé fue lo borde que fue Karen conmigo el día que llegué a casa de Amanda, y ahora no solo me consideraba

su mejor amiga, sino que me quería como a una hermana.

«Te quiero, hermanita. Karen.»

Leer esa inscripción me hizo feliz, ahora si podía decir que tenía una gran familia y que poco a poco aumentaría cada día.

—Vamos niñas —nos llamó Mike entrando en la suite—, tenemos un novio histórico esperando. ¡Si no bajas amenaza con subir y bajarte en brazos!

—Mike... —sollozando, me acerqué a él y lo abracé. Ese hombre se merecía todo mi amor y mi respeto.

—Cariño... me vas a hacer llorar a mí también —dijo estrechándome entre sus brazos.

—Tarde hombretón —respondió Karen acercándose con los pañuelos—, por esos ojos sales más lágrimas que por los de mi Cenicienta.

—¡Ay, por favor! Mike... —Donna se acercó a nosotros y nos abrazó—. ¿Te lo puedes creer? Nuestra niña, que ya es toda una mujer, se casa. ¡Y nos ha hecho abuelos de muchos niños preciosos!

—¡Nana Donna! —mi pequeño Aiden entró corriendo mientras Annie le seguía agarrando su vestido para no pisarlo.

—¡Ven aquí bichito! —dijo Donna cogiéndole en brazos.

—Papá está nervioso. ¡Mami, qué guapa!

Aiden corrió hacia mí y me incliné para abrazarle. Necesitaba el calor de esos bracitos que tanto me gustaban. Me besó y se aferró a mi cuello tan fuerte que mis lágrimas volvieron a hacer de las suyas, mientras Karen gritaba y corría a por el neceser donde tenía el maquillaje.

—Annie, cariño, llévate a este bichito antes de que a Karen le dé un ataque —le pedí dándole un cachetito en el culo a mi hijo.

—Vamos pequeñajo, que papá quiere que estés con él esperando a mamá.

—Voy con vosotros —comentó Donna.

Cuando Karen terminó de retocarme el maquillaje, salió de la suite y nos dejó a Mike y a mí a solas, unos minutos de tranquilidad antes de que me llevara hasta la mano de mi futuro esposo.

—Me siento orgulloso de ti, Avery —me dijo cogiéndome la mano.

—Gracias Mike. Por todo. Por los años que siempre tuvisteis un plato en la mesa esperándome, los abrazos y los besos que necesité en algún momento, y sobre todo por no dejar que me apartara de vosotros aun cuando Adam rompió conmigo.

—Nunca le perdoné eso, mi hijo fue un completo imbécil por aquello y sé que se arrepintió con el tiempo. Hija, aunque reconozco que me habría encantado que arreglarais lo vuestro, y me consta que mi Donna lo intentó cada vez que os veía juntos, me alegro de que encontraras al hombre que te va a hacer su esposa. Dean te quiere, no hay más que ver cómo te mira. Cuando le he visto abajo, esperando en el altar, tenía el mismo brillo que mi padre vio en mis ojos cuando esperaba a mi Donna. Hija... —se acercó y me abrazó mientras besaba mi cabello— espero que te haga feliz, y que lo seáis durante muchos, muchos años. Habéis formado una familia muy pronto, pero vuestros hijos son... mis nietos son maravillosos. Espero que nos los dejéis cuando os vayáis de luna de miel, Donna y yo nos morimos por tener la casa llena de ruido de niños.

—Oh, Mike... os quiero tanto...

—Y nosotros a ti hija, y nosotros a ti. Si mi Donna y yo hubiéramos tenido nuestra princesa, nos habría encantado que se pareciera a ti. Pero ya ves, Dios solo pudo bendecirnos con Adam, y

le queremos mucho, pero para nosotros siempre serás nuestra hija, espero que a tu esposo no le importe.

—Y no me importa —aseguró Dean entrando en la suite.

—Dean... —dije sollozando.

—Preciosa... no llores que sabes que no me gusta.

—Cariño, son las hormonas. El bebé me tiene todo el día igual, del llanto a la risa y de la risa al llanto. Pero... ¿qué haces aquí? Tendrías que estar abajo...

—Ya te lo dije hija, si no bajabas tú, subiría él.

—Mike, sé que para Avery sois importantes. Cuidasteis de ella cuando lo necesitó y nunca le habéis fallado. Ella os quiere, y sé que vosotros la consideraréis vuestra hija, por lo que... bueno... yo...

—Tranquilo muchacho, ven a mis brazos —pidió Mike abriéndolos para estrecharle entre ellos y palmear su espalda—. Si a ella la consideramos nuestra hija, y a los niños nuestros nietos, ¿cómo no íbamos a acogerte en nuestra casa como a un hijo más? Ya lo eres Dean, no te quepa duda.

—Gracias Mike, no sabes cuánto me alegra saberlo.

—Muchacho, siento por lo que tuvisteis que pasar tu hermana Kira y tú, pero créeme, mi casa está abierta para ti y tus hermanas siempre.

—¿Así que ahora ya tengo un hijo y dos hijas más? —preguntó Donna con las manos sobre sus mejillas.

—Si nos aceptas, Donna, mis hermanas y yo estaríamos encantados.

—¡Cómo no os iba a aceptar, Dean! Dame un abrazo, hijo.

Y mientras Mike y yo limpiábamos nuestras lágrimas, Donna salió de la suite cogida del brazo de Dean para esperarnos en la capilla.

Había llegado el momento, estaba a punto de convertirme en la señora Mayer por fin, y allí estaba Mike, el hombre que tanto me ayudó en mis peores años y con el que siempre podría contar. Agarrándome a su brazo y mientras él sostenía mi mano y la acariciaba, salimos de la suite y caminamos por el pasillo del Hotel Bellagio en Las Vegas hasta el ascensor.



Tan solo el sonido de la puerta rompió el silencio en el interior de la capilla. Y cuando el joven que esperaba sentado en el piano vio que Mike y yo aparecíamos, comenzó a tocarlo.

Sentía mi corazón latir tan fuerte que pareciera que fuera a romper mis huesos. Podía escuchar el latido fuerte de mi corazón con cada paso que daba, del brazo de Mike, por la alfombra que me llevaba junto al hombre al que amaba.

Apenas me fijaba en quienes nos rodeaban, pero sabía que todos a cuantos queríamos estaban allí con nosotros. Amanda, las chicas, Karen, Peter, Kira, Diana, Adam y su hijo, sus padres,

nuestros chicos, Josh, Olivier y Elora. Todos, todos habían aceptado acompañarnos a Las Vegas para celebrar junto a nosotros nuestra unión. Y yo estaba feliz, feliz por primera vez en mucho tiempo. Faltaban mis padres, las personas más importantes de mi vida y que me habían dado la vida. Cerré los ojos, respiré y miré hacia el techo de la capilla y mi pensamiento fue para ellos, que, aunque no estaban presentes junto al resto de nuestra familia y amigos, siempre habían estado conmigo, en mi pensamiento y en mi corazón.

—Vamos hija —susurró Mike sacándome de mis pensamientos—, tu marido te espera. Miré a Mike, me acerqué, besé su mejilla y sequé algunas lágrimas que se deslizaban por ellas.

—Gracias Mike, no había nadie mejor para traerme hasta aquí. Cuando llegamos junto a Dean, Mike cogió mi mano y la de Dean y las unió mientras sonreía y nos miraba a ambos.

—Aquí la tienes Dean, espero que cuides de ella y la ames como se merece. Avery es todo para nosotros, te entrego a una buena mujer. Cuidaros mutuamente hija, nunca dejéis de hacerlo y amaros, amaros siempre.

Besó mi mejilla, abrazó a Dean y se situó junto al resto de hombres que acompañaban a Dean en el altar.

—Bienvenidos a todos los que habéis venido para acompañar a Dean y Avery en el día más importante de sus vidas —comenzó a decir el oficiante de la ceremonia.

Y mientras él hablaba, yo miraba embelesada al hombre que tenía frente a mí y que no había soltado mi mano desde que Mike se la entregó. Me sonreía, me hablaba con la mirada y sus dedos se aferraban a los míos.

—Dean Mayer, ¿aceptas a esta mujer como tu esposa y compañera, para cuidarla y amarla hasta el fin de vuestros días?

—Sí, acepto.

—Avery Baker, ¿aceptas a este hombre como tu esposo y compañero, para cuidarle y amarle hasta el fin de vuestros días?

—Sí, acepto.

—Los anillos, por favor.

El turno de mi bichito, Aiden era el encargado de traer los anillos y, cuando me giré para mirarle, la sorpresa fue inmensa a ver que a mi hijo le acompañaba mi pequeño Liam, el niño a quien tanto quería.

—Papá, aquí está el anillo de mamá —dijo Aiden entregándole una cajita abierta que Dean cogió y de la que sacó el anillo.

—Te quiero, Avery Baker, siempre lo haré. Cuidaré de ti y de nuestros hijos, te amaré y los amaré a ellos. Y nunca, jamás, me apartaré de vuestro lado —declaró mientras ponía el anillo en mi dedo.

—Avery, aquí está el anillo de Dean —me dijo Liam con la cajita abierta para que yo lo cogiera. Me incliné para abrazarle y le besé como siempre hacía antes de que se durmiera, primero en el cabello, después en la mejilla y por último en su manita.

—Te quiero, Dean Mayer, siempre lo haré. Cuidaré de ti y de nuestros hijos, te amaré y los amaré a ellos. Y nunca, jamás, me apartaré de vuestro lado —y aguantando mis lágrimas, puse el anillo en su dedo.

Dean volvió a coger mi mano y se aferró a ella con fuerza, ya era suya y él era mío, por siempre, hasta el fin de nuestros días.

—Familiares y amigos aquí presentes, tengo el inmenso placer y honor de presentarles a los señores, Dean y Avery Mayer —y tras las palabras del oficiante, todos nuestros acompañantes comenzaron a aplaudir.

Entre aplausos y gritos de “Viva los novios”, Dean y yo nos fundimos en un abrazo y un beso que confirmaba nuestra unión, una unión oficial que nos convertía en marido y mujer, en matrimonio, en padres y cabezas de nuestra gran familia.

Tras abrazar y besar a todos, Liam se acercó a mí y le cogí en brazos. Echaba de menos a ese pequeño que tantas risas me había robado y tan buenos momentos había compartido conmigo. Desde el primer día que le conocí sentí una conexión especial con él, le quería mucho, muchísimo, y a pesar de la distancia, el cariño que nos teníamos no se había perdido.

—Estás muy guapa, Avery.

—Tú también estás muy guapo, Liam. ¿Te estás portando bien?

—Sí, y tengo una niñera muy buena, aunque te echo de menos a ti.

—Cielo... yo también te echo de menos.

—¡Tienes muchos niños ahora! — exclamó señalando a mis hijos.

—Sí, y son mis hijos.

—Eso me ha dicho mamá. Pero antes no los tenías...

—No cielo, pero ahora sí. Y ¿sabes? —cogí su mano y la llevé a mi vientre—. Dentro de un tiempo tendré un bebé también.

—¿¡Tienes un bebé ahí, como mi mamá!?

Sorprendida, miré a Molly Evans y ella, sonriendo, asintió mientras me señalaba su pequeña barriga.

—Felicidades Avery —me dijo el señor Evans acercándose a mí para darme un abrazo—. Espero que seas feliz junto a tu esposo y vuestros hijos.

—Muchas gracias, señor Evans.

—Por favor, llámame Tayler que hace mucho que te consideramos familia, y ya no trabajas para nosotros.

—Avery, ¡me alegro tanto por ti, cariño!

—Gracias Molly. ¡Y enhorabuena! Me alegra que le deis un hermanito a Liam.

—Estamos muy contentos, hace tiempo que lo buscábamos, pero ya sabes, con tanto trabajo de Tayler, siempre estaba tan estresado... pero aquí la noticia es tu bebé, me alegro por ti, sé que serás una madre estupenda. Apenas se te nota.

—Bueno, aún estoy de pocas semanas.

—Cuando te vi en las revistas y en televisión, me quedé sorprendida. Llamé a Amanda y me dijo que habías aceptado ser una de sus modelos. No sabes cuánto presumo con algunas de las mujeres de los compañeros de Tayler, y cuando supieron que venía a visitarte...

—Ja ja ja. Entiendo, necesitas algunas fotos firmadas, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —respondió entre risas.

—Bueno, en ese caso estás de suerte porque los periodistas que nos han acompañado podrán revelar algunas para que te lleves.

—¡Aisss, eso es magnífico! —dijo dando palmaditas—. Vamos Liam, que Avery y Dean tienen que hacerse fotos para su álbum de bodas.

—Tranquila Molly, este jovencito se viene con nosotros. ¿Verdad, Dean?

—Claro, no puede faltar en la foto con todos nuestros chicos. Vamos campeón, ve con Aiden y di a los demás que vayan hasta la sala donde les indique el chico del piano.

—Sí, señor —contestó mi pequeño Liam que ya era todo un hombrecito.

Y tras abrazar de nuevo a los Evans, recordar algunos de los momentos más felices que pasamos juntos y contarles por qué no estaba Connor en un día tan especial como ese... no pudieron creer lo que les contábamos y Tayler se ofreció para ayudar en lo que fuera necesario. Conocía a Connor desde hace mucho tiempo y saber que se había portado tan mal conmigo después de que ellos se marcharan a París le dejó apenado, sus ojos mostraban desilusión y rabia. Pero tras abrazarme a él y asegurar que todo estaba controlado y teníamos un buen equipo de seguridad, le pidió a Dean que si conseguían atraparlo que le avisara y viajaría a Nueva York para tener unas palabras con él.

Con la mano de Dean alrededor de mi cintura, caminaba hacia la sala donde nos esperaban nuestros chicos que disfrutaban de su particular sesión de fotos, tanto con el muchacho de la capilla como con los dos periodistas que habíamos llevado para que tuvieran la exclusiva de la boda.

Posamos junto a ellos y poco después se unieron el resto de invitados para hacerse fotos con nosotros. Después nos las hicieron a nosotros solos, juntos y por separado, y tras recoger el certificado que confirmaba que ya éramos un matrimonio oficial, salimos de la capilla todos para ir al salón que habíamos reservado en el hotel para disfrutar de la cena, rodeados de nuestros seres queridos.

Y por fin los camareros trajeron nuestra tarta. La pusieron frente a nosotros y sujetando ambos un gran cuchillo, hicimos el primer corte. No pude evitar reír cuando tuve la genial idea de arrebatarme el cuchillo a Dean y hacerle creer que le daría a probar el chocolate, y en lugar de llevarlo a sus labios, lo puse en la punta de su nariz y con picardía pasé mi lengua por ella para limpiarle.

Estalló en una gran carcajada y sin saber cómo lo siguiente que vi fue sus dedos llenos de chocolate cubriendo desde la punta de mi nariz hasta mi barbilla. Y claro, imitando mi gesto, pasó su lengua por el chocolate para limpiarme.

Silbidos, aplausos y gritos pidiendo que nos besáramos, resonaban por el salón mientras Dean me estrechaba en sus brazos y devoraba mis labios entrelazando nuestras lenguas juguetonas, fundiéndonos en un apasionado beso.

Era mi marido, el padre del hijo que esperaba y de los niños que habíamos decidido adoptar juntos. Le amaba, no tenía duda que me atraía desde el primer momento que le vi aquella noche en la piscina.

Tras tomar la tarta los camareros sirvieron champagne, menos a mí que dejaron una copa con zumo de naranja, y Dean, poniéndose en pie y levantando su copa, hizo el primer brindis.

—Quiero agradecerlos a todos que estéis hoy aquí, nos habéis hecho muy felices con vuestra

presencia. Cuando le pedí a Avery que se casara conmigo, os aseguro que su cara lo decía todo, pensaba que estaba loco y reconozco que así es, pero loco por ella. Avery, he tardado en reconocer lo que sentía porque, después de ella, no creí que pudiera encontrar a alguien con quien quisiera compartir mi vida, pero llegaste tú. Aquella noche que te vi por primera vez sentí que mi corazón por primera vez estaba vivo de nuevo. Lo eres todo Avery, y aceptando ser mi esposa y la madre de mis hijos, me has hecho el hombre más feliz del mundo. Te quiero, preciosa —cogió mi mano y me puso en pie a su lado, se inclinó para besarme y me rodeó por la cintura volviendo a mirar a nuestra familia y amigos que ya estaban en pie con sus copas en la mano—. Por Avery, la mujer de mi vida. Por nuestros chicos, a quienes quiero desde el primer momento que aparecieron en mi vida. Por el nuevo Mayer que pronto estará con nosotros, y por vosotros, familia y amigos que siempre estáis ahí cuando os necesitamos.

—¡Por Avery y Dean! —gritaron Adam y Josh que estaban sentados en la misma mesa.

—¡Por los señores Mayer! —gritaron todos al unísono.

Y tras beber el contenido de nuestras copas, Dean se inclinó y volvió a besarme.

—No te quiero, Avery Mayer —susurró con sus labios aún cerca de los míos.

—No te quiero, Dean Mayer.

Volvió a besarme y mientras sus manos rodeaban mi cintura, las mías se entrelazaban alrededor de su cuello. Y besándonos estábamos, ajenos a los aplausos y silbidos de nuestros invitados, hasta que Josh gritó por encima del resto de voces.

—¡Por el amor de Dios, esperad a llegar a vuestra suite, hombre! ¡Que aquí hay niños!

Dean y yo nos separamos y todos rompimos a reír, hasta que Dylan sorprendió a todos diciendo que nuestros niños estaban más que acostumbrados a vernos en esa actitud tan cariñosa y mis mejillas se sonrojaron. Dean me acercó a su cuerpo y besó mi sien mientras acariciaba mi vientre.

Los camareros fueron moviendo las mesas para dejar espacio libre a modo de pista de baile, y después las luces comenzaron a bajar hasta que el salón quedó completamente a oscuras.

Una melodía de guitarra empezó a sonar por los altavoces, por lo que me agarré a Dean pensando que era el momento de nuestro baile.

Y de pronto la voz de El Rey, la fabulosa voz de Elvis Presley inundó el salón.

«Love me tender, love me sweet, never let me go. You have made my life complete, and I love you so^[10].»

Cuando las luces del escenario fueron encendiéndose poco a poco, todos nos llevamos la sorpresa de tener un mini concierto privado de dos de los mejores Elvis Presley de Las Vegas, cantando a dúo sus canciones, mientras nosotros bailábamos y reíamos.

Uno de los Elvis anunció por el micrófono que habían dejado las dos siguientes canciones para el final, y cuando los primeros acordes de una guitarra sonaron, Donna y Mike dieron una sonora palmada mientras se ponían en medio de la improvisada pista.

Los Elvis empezaron a cantarnos “*Jailhouse Rock*^[11]” y los padres de Adam nos dieron una gran sorpresa a todos con sus ágiles movimientos.

Las bailarinas que acompañaban a los Elvis en el escenario, bajaron a la pista y comenzaron a bailar con los más pequeños, mientras el resto de los mayores nos movíamos al son de la música.

Cuando acabaron la canción, todos aplaudimos y vitoreamos a los padres de Adam, incluidos los Elvis que les felicitaron desde el escenario por el magnífico baile con que nos habían deleitado.

Mi pequeño Aiden cogió dos botellas de refresco y se las dio a los Elvis, que con una amplia sonrisa la aceptaron agradecidos, y tras alborotarle el pelo y hablar con él unos minutos, uno de los Elvis le cogió de la mano y lo llevó con él hacia el fondo del escenario.

—Familia Mayer —comenzó a decir el otro Elvis—, para nosotros ha sido un verdadero placer pasar esta velada con todos ustedes. Nos han brindado la posibilidad de compartir la felicidad de este joven y enamorado matrimonio, reír con todos y cada uno de los aquí presentes y disfrutar, de primera mano, de la felicidad que les une. Dean, Avery, esperamos que seáis felices durante muchos años, que siempre cuidéis el uno del otro y que nunca, jamás, dejéis de estar enamorados. Aiden amiguito, trae lo que tenemos preparado.

Y ahí estaba mi bichito, caminando por el escenario con un gran ramo de rosas rojas. Cuando se acercó a mí y me lo entregó, miré a Dean que me observaba con una sonrisa. Cogí la tarjeta y después de leerla volví a mirarle, le abracé y le besé mientras las lágrimas se deslizaban por mis mejillas.

—Avery, esta canción es para usted porque, como dice Dean en su nota, “*Can’t help falling in love*^[12]”.

Donna me cogió el ramo de rosas mientras empezaba a sonar la música, Dean me agarró por la cintura y yo rodeé su cuello, apoyé mi cabeza en su hombro y me dejé llevar por la música.

—Eres lo mejor que me ha pasado, Avery. Siempre estaré a tu lado, preciosa, espero que no lo dudes nunca.

—No, ya nunca más dudaré de ti. Eres todo lo que quiero Dean, y a nuestros hijos.

—No te quiero —susurró junto a mi cuello antes de darme un beso.

—Ni yo a ti.

«Like a river flows surely to the sea. Darling so it goes, some things are meant to be. Take my hand, take my whole life too. For I can't help falling in love with you. For I can't help falling in love with you^[13].»

Y así llegó a su fin nuestro mini concierto de Elvis Presley, El Rey. Dean y yo nos acercamos al escenario y saludamos a los dos cantantes que habían amenizado nuestra noche. Les agradecemos la actuación y yo les aseguré que nunca olvidaría ni la primera ni la última canción que habían interpretado, ambas quedarían en la banda sonora de la vida de mi familia.



Capítulo 19

Tras dejar a Donna y Mike a cargo de acostar y vigilar a los pequeños, dejamos a los adolescentes acompañar a los mayores y disfrutar de la última hora de diversión de la noche, mientras los señores Evans, Amanda, Elora, Oliver y el resto de chicas se retiraban a descansar pues ellos regresaban la mañana siguiente.

Dean y yo nos despedimos de todos y cogidos de la mano nos encaminamos al ascensor para ir a nuestra suite.

Cuando salimos del ascensor, nada más poner un pie sobre la alfombra del pasillo, sentí las manos de Dean en mi cintura y mis piernas y poco después estaba levantándome.

—Señora Mayer, hagamos las cosas bien.

—Cariño, aún no hemos llegado a la suite. Puedo esperar a estar frente a la puerta.

—Pero yo no. Quiero llevarte hasta ella en mis brazos —acercó sus labios a los míos y me besó sin dejar de caminar—. Hemos llegado.

Abrió la puerta y cuando entramos todo estaba iluminado con velas, y pétalos de rosa cubrían la alfombra blanca haciendo un pasillo desde la puerta hasta el dormitorio.

Cuando cruzamos el arco desde la sala hasta el dormitorio, no pude contener las lágrimas. Sobre la cama estaba el ramo de rosas que Aiden me había entregado, en el centro de un inmenso corazón formado por pétalos de rosas rojas.

—¿Cuándo... cuándo has...? —ni tan siquiera podía pronunciar las palabras.

—Donna estaba al corriente de lo que ocurriría al final, así que ella debía coger el ramo y entregárselo a uno de los camareros para que se lo diera a las chicas que tenían que preparar nuestra suite. Vamos, quiero brindar con mi esposa.

Me sentó en la cama y vi que en una de las mesitas de noche había una botella de champagne, y una de zumo de naranja, dentro de una cubitera junto a dos copas.

Dean la descorchó, sirvió el champagne y el zumo y me dio una de las copas. Me miró, sonrió, levantó su copa hacia la mía y brindamos “Por nosotros, nuestra familia y nuestro futuro juntos”.

Cuando acabamos el contenido de nuestras copas me la quitó y, tras dejarlas de nuevo en la mesita, rodeó mi cintura y me dio un tierno beso en los labios. Sin dejar de abrazarme cubrió de besos mi rostro, mi cuello, mi hombro y volvió a mis labios. Me cogió de las manos y nos pusimos en pie, y sin dejar de besarme comenzó a desnudarme lentamente.

Cuando el vestido cayó a mis pies y me quedé únicamente con un tanga de encaje, un suspiro salió de los labios de Dean. Llevó sus manos a mi cabello y, una a una, fue quitando las horquillas de Karen me había puesto para el recogido que me había hecho.

Cogió mis manos y las estrechó fuertemente, y cuando las soltó deslizó sus dedos por mis brazos lentamente, mientras mi piel se erizaba al contacto con la suya. Cuando llegó a mis hombros me atrajo hacia él y me abrazó.

—No imaginas lo feliz que me has hecho —susurró junto a mis labios.

Llevé mis manos a las solapas de su chaqueta y se la quité, dejando que cayera a sus pies. Le quité la corbata, desabroché uno a uno los botones de su camisa y quitándola dejé que acabara junto a la chaqueta.

Con una de sus manos sostenía mi cuello y me atraía hacia él para besarme, devorando mis labios, mientras yo me deshacía de sus pantalones que quité junto con los bóxers.

Y ahí estaba mi marido, desnudo ante mí, con una esplendorosa erección esperando entrar en mi interior y poseerme.

Cogiéndome por la cintura, Dean me recostó en la cama y se situó sobre mí, acariciando cada resquicio de mi cuerpo que desprendía tanto o más calor que el suyo.

Sus caricias eran tan delicadas que con cada pequeño roce mi cuerpo se erizaba por completo. Mis gemidos se sucedían uno tras otro mientras sus labios hacían un recogido de besos desde mis labios hasta mi vientre.

—Espero que no le hagamos daño —susurró acariciando el lugar donde crecía nuestro bebé.

—Tranquilo, no se lo haremos —dije acariciando su cabello con mis dedos.

Con sus dedos índices en el borde de mi tanguita lo fue bajando despacio, tan despacio que para mí era casi una tortura tener que esperar a que me hiciera suya.

Cuando estaba desnuda sobre la cama, con las joyas y las sandalias de tacón como único vestuario, Dean subió sus dedos acariciándome desde los tobillos hasta los muslos donde fue dando pequeños besos que provocaban que mi sexo palpitará en busca de placer, del placer que él sabía darme.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la sensación de sus caricias, y cuando sentí que la punta húmeda de su lengua acariciaba mi clítoris, arqueé mi espalda en busca de su boca al tiempo que un gemido rompía el silencio del dormitorio.

Con su lengua y sus labios, Dean acarició, lamió, besó y succionó mi sexo provocando que me humedeciera más de lo que nunca antes había sentido.

Uno de sus dedos se introdujo en ella, lentamente me penetraba con él mientras mis dedos se entrelazaban en su cabello. Al primer dedo le siguió un segundo, y el ritmo de sus penetraciones aumentó al igual que mi agarre en su cabello.

—Así preciosa, dame lo que busco... —susurró junto a mi sexo.

Mis gemidos se sucedieron y aumentaron al ritmo de las penetraciones de sus dedos. Y cuando un escalofrío recorrió mi espalda, supe que alcanzaba el primero de mis orgasmos.

Jadeé, me arqueé y cuando llegué al final de mi placer, empujé mis caderas hacia Dean que sabiendo que estaba a punto de correrme, se aferró a mi cadera y succionó hasta que volví a dejar mi cuerpo lánguido caer sobre la cama.

—Esa es mi chica... —dijo mientras se situaba entre mis piernas y acercaba la punta de su erección a la apertura de mi sexo.

Lentamente me penetró, se recostó sobre mí y besó mi cuello mientras ambos jadeábamos y gemíamos de placer. Sus movimientos eran lentos, sus penetraciones me hacían desear más, más y más.

Mis manos se aferraban a las nalgas de su trasero y con cada penetración las apretaba más y calvaba mis uñas en ellas.

Busqué sus labios y me apoderé de ellos, ansiaba sus besos, el sabor de sus labios, jugar con su lengua en el interior de mi boca y con cada beso y cada penetración nuestra excitación aumentaba, sus embestidas se sucedieron más rápidas y con ellas nuestros gemidos.

—Te quiero Dean, te quiero... —susurré.

—Avery... mi Avery... mía, solo mía. Siempre, siempre mía.

Deslizó sus manos bajo mi cuerpo y se aferró a mis caderas mientras me penetraba una y otra, y otra, y otra vez, haciéndome suya. Su cuerpo se estremeció y sentí su piel erizarse bajo mis manos. Un escalofrío recorrió de nuevo mi espalda y un gemido salió de mis labios.

—Juntos, preciosa. Quiero que llegemos juntos...

—Sí... sí...

—Avery... —dijo con voz ronca hundiendo su cabeza en el hueco entre mi cuello y mi hombro—. Avery...

—Sí... ahora... ahora... ¡Dean! —grité apretando sus nalgas clavando mis uñas en ella.

Un gemido gutural salió de los labios de Dean y mientras nos corríamos juntos sus brazos se aferraban a mis caderas apretándome contra su cuerpo.

Sudorosos, jadeantes y con nuestros cuerpos calientes por el momento de pasión y excitación, nos quedamos sobre la cama abrazados para recuperar el aliento y el ritmo normal de nuestras respiraciones.



—Me hubiera gustado dejarte embarazada en nuestra primera vez como matrimonio —dijo Dean mientras acariciaba mi cabello y yo escuchaba el latido de su corazón.

—Bueno, esa parte la hiciste antes incluso de pedirme que me casara contigo.

—No fue mi intención, pero me alegro que pasara entonces.

—¿Crees que seremos buenos padres?

—Claro que sí, ya lo somos.

—Dean, no es lo mismo pasar un tiempo con los niños, que cuidar de ellos todos los días.

—Señora Mayer, estoy completamente convencido de que será la mejor madre del mundo. Y yo, procuraré ser un buen padre.

—Oh, así que no tienes esperanzas de ser buen padre...

—No he dicho eso, pero como sé que tú serás una madre maravillosa, no creo que esté a tu altura. Te he visto con los niños, Avery, ellos te adoran y te obedecen sin objeciones. Y, sobre todo, te quieren. Pero te aseguro que no más de lo que te quiero yo.

—¿Qué te gustaría más, un niño o una niña?

—¿El bebé? No tengo preferencia, ya tenemos varios de cada. Tanto si es niño como si es niña, lo voy a querer con toda mi alma. Mi primer hijo, eso es lo que cuenta para mí. Aunque tengamos otros seis, este bebé es el primero que hemos hecho juntos.

—Señor Mayer, ¿está cansado?

—Mmm... ¿acaso quiere hacer algo antes de dormir, señora Mayer?

Apoyando mis manos sobre su pecho, me incliné para besarle y me senté a horcajadas sobre sus piernas. Acaricié sus labios con la punta de mi lengua, los mordisqueé y cuando los abrió dándome paso a besarle y entrelazar nuestras lenguas, acaricié su pecho y sentí que su miembro comenzaba a endurecerse bajo mi humedad.

—Digamos... que quiero tener una gran noche de bodas —susurré en su oído.

—Entonces, señora Mayer, tengamos nuestra gran noche de bodas.

Y volviendo a besarnos, acariciarnos y entregarnos el uno al otro, nos dejamos llevar por la pasión y nuestra excitación, nos amamos durante horas hasta acabar agotados y sudorosos, quedándonos dormidos el uno en los brazos del otro.



Capítulo 20

Seis meses después.

La vida de casados no podía ser mejor. Después de instalarnos en la nueva casa con todos los niños, hicimos una fiesta de celebración para inaugurar nuestro nuevo hogar.

Hogar, bonita palabra. Dean era mi hogar, así me sentía cuando me abrazaba, cuando me besaba y cuando estábamos rodeados de nuestros hijos.

El bebé por fin se dejó ver, pero no quise que la doctora nos dijera el sexo, quería llevarme la sorpresa el día que naciera de si realmente al haber soñado con mis padres, mi querida madre tenía razón y una mini Avery crecía en mi vientre.

¿Se parecería a mí? ¿Sería más Mayer que Baker? Realmente no me importaba, lo único verdaderamente importante es que naciera y creciera sana y feliz rodeada del amor de toda nuestra familia.

Karen y Peter por fin se casaron, apenas si hace tres meses de aquello y dos días después ya tenían los papeles de adopción de Nathan y Mia arreglados. Ellos si tuvieron su luna de miel, y Dean y yo nos ofrecimos a quedarnos con sus hijos ya que se llevaban de maravilla con los nuestros.

Adam, gracias a nuestro abogado, Robert, había conseguido la custodia de su hijo Nick, y Donna y Mike se desvivían por ese pequeño que llenaba su casa de alegrías y risas. La relación con Sonya iba bien, se les veía felices, y tanto ella como Nick se tenían mucho cariño.

Cada fin de semana Dean y yo íbamos con nuestros hijos a casa de Donna y Mike, o ellos venían junto con Adam, Nick y Sonya. Era como celebrar una comida con mis padres, y el fondo así nos tratábamos, como padres e hija.

Sofía se dio por vencida, después de la boda volvió a visitar a Dean un par de veces tras ver las fotos en las revistas, la muy engreída seguía insistiendo en que ella era la única mujer de su vida, pero Dean la cortó rápidamente la tontería en la última visita ya que Reginald, el padre de Sofía, estaba presente y le dejó claro a su hija que se alejara de nosotros, que volviera dondequiera que hubiera estado todo ese tiempo y se olvidara de que una vez había tenido familia

como ya lo hizo el día que se marchó de Nueva York.

Connor era otra historia. Aunque seguía sin dar señales de vida, nadie le localizaba, joder era como si se le hubiera tragado la tierra.

Dollan localizó a su tío, pero insistió en que no le había visto desde hacía meses. ¿Dónde se había metido? No es que me importara, ya no, y menos desde que intentó matarme. Pero... tener que estar constantemente preocupada por si aparecía de repente, o si hacía daño a alguno de mis hijos... Me dolía en el alma que mi mejor amigo, casi un hermano como nos habíamos tenido durante cuatro años, hubiera sido capaz de hacerme daño por el mero hecho de que no quisiera nada con él. Me arrepentía cada día de haberme acostado con él, no debía haber pasado ni tan siquiera una vez, pero me sentía bien a su lado y me daba un cariño que me faltaba desde hacía tiempo, aun así, fue un error, el mayor error de mi vida.

Ni siquiera Adam haría algo así, jamás lo hubiera hecho. Y ahora nuestra relación era buena, mejor que buena. Nuestros hijos lo pasaban bien juntos, y siempre que salía con mis hijos y el resto de adolescentes, recogía a Nick y lo llevaba conmigo, así Donna y Mike podían tener una tarde tranquila para ellos solos en casa.

—Preciosa —dijo Dean sacándome de mis pensamientos.

—Hola, cariño.

—¿Cómo está nuestro pequeñín? —preguntó rodeando mi enorme cintura.

—Bien, tal vez sea niño porque da unas patadas... como si jugara con una pelota.

—Bueno, si es niño tendrá que olvidarse del fútbol, tiene que ser arquitecto como su padre.

—Oh, ya estamos... Cariño, tenemos otros seis hijos, alguno querrá seguir los pasos de su padre, ¿no crees?

—Si es así, tendremos un gran estudio de arquitectura Mayer, no podría sentirme más orgulloso.

—Que sean lo que quieran ser. No por no querer seguir los pasos de su padre vamos a desheredarlos, ¿no?

—Claro que no, preciosa.

—A parte de acariciar mi enorme y gorda barriga... ¿querías algo?

—Sí. Diana me ha dicho que Nick llegará esta tarde, y quiero que se instale en mi antiguo apartamento al menos por unos días. Estoy terminando de arreglar el que será suyo y no se va a quedar en la calle hasta entonces.

—Bien, iré ahora a organizarlo. Compraré algo de comida, sábanas, toallas, vasos, platos... No dejaste nada allí.

—Que te ayude Leo, no quiero que cargues nada.

—Lo sé, tranquilo. Él subirá todo.

—Te veo esta noche. Cuando Nick esté instalado, tráelo a cenar, después Leo le llevará al apartamento.

—Sí, señor —contesté saludando con mi mano como lo haría cualquier militar.

—Señora Mayer... me encantará que me haga ese saludito esta noche, cuando todos nuestros hijos estén en la cama.

Se inclinó y se apoderó de mis labios. Mmm... esos besos suyos me encantaban. Sobre todo, los matutinos, con ese rico sabor a café. ¡Dios, necesitaba un café! Ya quedaba menos, el pequeño Mayer apenas si nacería en un mes, cosa que mis tobillos, mis pies, mis piernas... ¡qué demonios! Todo mi cuerpo lo agradecería. Yo quería mucho a mi bebé, pero mucho, mucho. Solo que estaba

agotada constantemente y las noches con Dean... bueno, habían quedado algo alejadas de esa pasión desenfundada de nuestra noche de bodas.

—Me marchó, cualquier cosa me llamas.

—Tranquilo, estaremos aquí antes de la cena.

—Ve a recogerle al aeropuerto con Leo, ¿de acuerdo?

—Lo haré —me puse de puntillas y le di un tierno beso en los labios—, ahora vete, o llegarás tarde y tienes una reunión importante...

—Cierto, el proyecto de *Stewart & Fergusson* está cerca de hacerse realidad.

—Vamos, ve a por ese par de lobas.

—Preciosa...

—¿Qué? No me digas que no te has fijado que te comen con los ojos... Si pudieran te habrían violado las dos juntas en tu despacho.

—Qué retorcida eres a veces, cariño.

—No soy retorcida mi amor, soy re-a-lis-ta. Pregunta si no a Kira... o a Diana. Ellas mismas me lo dijeron sin que yo les dijera nada.

—Vale, entre mis hermanas y tú me tenéis loco, enamorado y acorralado —me estrechó entre sus brazos y besó mi cuello—. Di que no me quieres —susurró.

—No te quiero —respondí antes de besarle en los labios.

Después de una ducha, rebuscar en el armario algo cómodo que ponerme para pasar la mañana comprando y despedirme de mis pequeños, las dos niñeras y a Rosalinda, el ama de llaves que habíamos contratado como interna en la casa junto con ellas, salí de casa y subí al coche con Leo.

Me llevaba muy bien con él, solíamos hablar de sus citas con Axel Parker, nuestro empleado de seguridad, con el que llevaba una más que buena relación.

Hablar con Leo era como hacerlo con Karen, siempre teníamos nuestras salidas de tono, pero mis intimidades con Dean nunca salían a relucir con él, era su jefe y Leo no tenía que saber ciertas cosas.

—¿Que te ha pedido qué?! —grité atónita mientras caminábamos por el centro comercial.

—Que me vaya a vivir con él.

—Espero que no te lo estés pensando.

—Pues...

—¡Leo, por el amor de Dios! ¡Ni se te ocurra pensarlo un solo jodido instante! Pero... ¿tú has visto cómo te mira? Por favor, ¡acepta! Que te llevas todo un partidazo. Y una máquina en la cama, si no fuera gay yo no estuviera casada...

—Ja ja ja. No puedo contigo, Avery, de verdad que no.

—Bueno, mientras no le digas a mi marido que tengo pensamientos pecaminosos con tu novio...

—Tranquila, no quiero que me mate. Aparte que nos podría prohibir hacer estas salidas tú y yo juntos —y como siempre, pasó su brazo por mis hombros y me atrajo hacia él.

Entre risas compramos algunos enseres para que Nick pudiera cocinar, vestir la cama, ducharse y comer. Después compramos comida, productos de higiene y limpieza, y llamé a Rosalinda para que llamara a su hija y la enviara al apartamento a la mañana siguiente para encargarse de todo.

—Bueno, aún tenemos algo de tiempo. ¿Hace un café? —pregunté dejando las cosas en el coche.

—Mmm... he quedado con Axel...

—¡Perfecto! ¿Dónde vamos?

—No tienes remedio, Avery Mayer.

—Cállate, que son las hormonas. Verás como cuando nazca este bebé se me pasa y no me como con los ojos a tu chico.

—¿Te lo comes con los ojos? Dios... eso es nuevo.

—¡Es broma, pedazo de tonto! —dije golpeándole el brazo sin poder dejar de reír.

—Ya lo sé —contestó guiñando un ojo.



Cuando Axel llegó a la cafetería y se acercó a la mesa donde Leo y yo le esperábamos, no pude evitar apoyar los codos en la mesa y poner mi barbilla sobre mis manos, mientras esos dos atractivos muchachos se daban un tímido piquito en mi presencia.

—Ay... qué lindos sois... —dije suspirando al tiempo que batía mis pestañas con una sonrisa.

—Hola, señora Mayer.

—¡Ya estamos! ¿Pero yo a ti qué te tengo dicho? —me levanté de la silla y me acerqué a él, abriendo su chaqueta y tocando su pecho en busca de micrófonos—. ¿Dónde lo escondes?

—¿El qué? —preguntó Axel con los brazos aún levantados.

—Es que si la llamamos señora Mayer cuando no está su marido, cree que llevamos micrófonos escondidos y él nos escucha.

—Oh, ¡por favor! —exclamó Axel y comenzó a reírse—. Es la costumbre. Lo siento, Avery.

—Eso está mejor, muuuucho mejor. Y ahora, siéntate y dime que este loco de aquí ha aceptado mudarse contigo.

Si las miradas mataran, la de Leo me habría fulminado en ese preciso instante. Pero Axel se lo tomó bien y comenzó a reír mientras Leo y yo manteníamos una “pacífica conversación” en la que yo gritaba y prácticamente ordenaba que se fuera a vivir con ese bombón que le había robado el corazón.

Después de una hora, Axel regresó a recoger a Kira que tenía una sesión de fotos y Leo y yo fuimos al viejo apartamento de Dean.

En el camino nos encontramos con algunos letreros de la última colección de la que yo era imagen, una marca de ropa premamá me había contratado poco después de publicarse el reportaje de nuestra boda, y todos los meses teníamos una sesión de fotos con algunas de las prendas de la colección. Verme cada día en el espejo, con la barriga en la que crecía mi bebé era fascinante, la había visto crecer poco a poco, pero aún me sonrojaba al verme en uno de esos enormes carteles publicitarios, sabiendo que todo el mundo podía verme.

—Hemos llegado —dijo Leo, y guardé el teléfono de nuevo en mi bolso.

—Bien, subamos todo esto.

—Nada de peso, ya lo sabes... yo haré los viajes que sean necesarios.

—Que sí... papá... —dije poniendo los ojos en blanco.

—He tratado con mi hermana embarazada, así que no me hables así, señorita.

—¡Vaya! Así que he pasado de señora Mayer, a Avery, y ahora a ser “señorita” —murmuré con su mismo tono de rin tintín.

—Madre mía... —dijo poniendo las manos sobre su rostro, se acercó a mí, se puso de rodillas y acariciando mi barriga comenzó a decir— Espero que nazcas pronto, pequeño Mayer, porque tu madre y las hormonas no son mis mejores amigas en momentos como este.

—¿Sabes? Serías un buen padre —dije acariciando su cabello.

—Eso le gustaría a mi madre.

—Entonces, creo que tú y yo iremos a la asociación con Axel, y no tardando mucho. Hay una pareja de hermanos que necesitan unos papás que les cuiden y les den cariño.

—Quizá sea demasiado pronto, tal vez haya que esperar...

—Bueno, por cómo he visto hoy a Axel, ese hombre no tardará en pedirte que te cases con él.

—¡¿Qué?! Casarme... ¿yo? no lo creo.

—Pues tu madre está esperando que lo hagas.

—Pero... ¿desde cuándo hablas tú con mi madre?

—Desde que necesité consejo de embarazada y Donna estaba tan resfriada que no quería molestarla...

—Así que ahora soy como tu marido, tengo a tres mujeres conspirando contra mí... ¡perfecto! —y sin poder evitarlo, mirándonos con los ojos entrecerrados, comenzamos a reír a carcajadas.

Mientras Leo volvía al *parking* a coger bolsas del coche, yo comencé a guardar la comida en la nevera. Leo no tenía llaves del apartamento, por eso cuando sonó el timbre abrí sin siquiera mirar.

—Vamos, quiero dejarlo todo listo. Prepararé algo de comer y después iremos a recogerle al aeropuerto —dije regresando a la cocina, mientras escuchaba que la puerta se cerraba y me parecía oír la cadena correrse—. ¿Leo?

Girándome en la entrada de la cocina, al mirar atrás sentí que me quedaba sin respiración. Jamás, ni en mis peores sueños, habría imaginado que él estuviera allí.



Capítulo 21

Sentí un sudor frío recorrer mi cuerpo, mientras temblaba al tiempo que mis ojos observaban el arma que me apuntaba sin perderlo de vista.

—Cuánto tiempo, mi niña —hubo un tiempo que esa voz me consolaba, y me encantaba cómo me llamaba, acariciando las palabras. Pero ahora era distinto, todo era distinto.

—Connor...

—Veo que no me has olvidado.

—¿Qué... qué haces aquí?

—Obviamente, recuperar lo que es mío.

—Sabes que nunca...

—No mientas, sabes perfectamente que eres mía. Siempre lo has sido, si no fuera así no te habrías venido a Londres conmigo cuando ese hijo de puta jugó contigo.

—Estás hablando de mi marido, el padre de mis hijos...

—Existe el divorcio, y lo de los hijos... bueno, se los puede quedar el hijo de puta. Menos a este pequeñín, que se viene con nosotros —se acercó a mí, sin dejar de apuntarme con el arma, y acarició mi barriga.

—Por favor, Connor, no hagas una locura. Te están buscando...

—Esos jodidos federales... ¿Por qué lo hiciste, Avery? Llevo meses escondiéndome donde puedo para que no me encuentren. Pero, joder, son como putas ratas.

Mirándole más de cerca me di cuenta que no era el mismo Connor que yo había conocido. Estaba más delgado, su cara ya no tenía esa expresión feliz y risueña de siempre, parecía hundido, decaído.

Me cogió del codo y me llevó hasta el salón, sentándome en el sofá sin dejar de apuntarme.

—Por favor, deja eso en la mesa, hablemos...

—¿Hablar? ¿Ahora quieres hablar? No hay nada que hablar, te vienes conmigo y punto.

Leo estaría a punto de llegar, y no estaba segura de si Connor lo sabía, así que tenía que intentar avisarle de que no subiera, que permaneciera abajo y... y... ayuda, tenía que buscar ayuda. Avisaría a Dollan, Mason y el resto del equipo de seguridad.

—Connor... quieres... ¿quieres tomar algo? No es que tenga gran cosa, pero...

—Supongo que whisky no tendrás, porque hace meses que no vienes por aquí. Así que agua, eso estará bien.

—Claro, enseguida vuelvo.

—Avery... no hagas ninguna estupidez.

—Tranquilo, solo quiero que hablemos, y estamos solos...

Me puse en pie y caminé tranquilamente hacia la cocina. Cuando llegué, saqué el teléfono de mi bolso mientras dejaba correr el agua y escribí un mensaje a Leo.

«No subas. Busca a Dollan. Connor, tiene un arma.»

No esperé respuesta porque sabía que no la habría. Saqué un vaso de los que acababa de comprar y lo llené de agua. Regresé al salón y Connor estaba sentado en el sofá, con los codos apoyados sobre las rodillas y las manos sobre la cabeza, había dejado el armar en la mesa.

—Aquí tienes —dije sentándome junto a él.

—¿Es niño, o niña? —preguntó señalando mi barriga.

—No lo sé, no quise saberlo. Quiero que sea una sorpresa.

—¿Has pensando nombre? —parecía calmado, y yo tenía que mantenerlo así.

—Pues... si es niña, me gustaría llamarla como mi madre, Analía. Y si es niño... ahí tenemos un pequeño problema, porque Dean quiere llamarle como él y yo quiero ponerle el nombre de mi padre, Jackson.

—Seguro que acabaría haciendo lo que tú dijeras. He visto como te mira. Ese hombre... ese hombre te quiere.

—Sí, sí que me quiere.

—Pero no tanto como yo. Ni te conoce tan bien, apenas hace unos meses que os conocéis. Nosotros... nosotros hemos vivido juntos durante años, Avery.

—Connor... siempre supiste que lo nuestro no podía ser. Y lo aceptaste, pero después... ¿por qué me disparaste? Creí que al menos me querías como amiga. Lo de las fotos pude olvidarlo, pero esto... —dije señalando la zona donde tenía la cicatriz por la bala.

—Si no eras mía, no serías de nadie.

—Pude perder el bebé, aunque hubiera seguido viva pude perderlo a él.

—No sabía que tú...

—Yo tampoco —le interrumpí—, nos enteramos en el hospital.

—Por eso os habéis casado, ahora lo entiendo. Te quiere porque no le queda otra.

—No Connor, nos queremos y me pidió que me casara con él la última vez que hablé contigo por teléfono, la noche de las fotos.

—Bien, eso se acabó. Te vienes conmigo.

En ese instante sonó mi teléfono. Pero no contesté.

—¿Es él? —preguntó cogiendo el arma de la mesa.

—Puede, no lo sé. Estamos hablando, no quiero interrupciones.

—No voy a volver a Londres, aquel apartamento me trae el peor recuerdo, el día que vi tu cara cuando viste a Vanesa.

—¿Por qué no seguiste con ella?

—Porque no sentía nada, fue... ¡Joder, solo fue sexo! Yo te quería a ti Avery, siempre te he querido a ti. Y tú... tú salías en las revistas con Dean y el tal Josh, me hacías daño, ¡me engañabas con ellos! ¿Te acostaste también con ese Josh?

—Connor, entre nosotros nunca hubo nada...

—Eso va a cambiar. Nos vamos de aquí, empezaremos de nuevo. Nos cambiaremos los

nombres y seremos un matrimonio feliz con su precioso bebé.

—No puedo irme Connor, ¿no lo entiendes?

—Sí, sí que puedes.

Y mi teléfono sonó de nuevo. Lo saqué del bolsillo del pantalón y vi el nombre de Dean en la pantalla.

—Cógelo, dile que no le quieres, que nunca le has querido. Vamos, haz lo que te digo, o juro que ese bebé no nacerá.

Sentí miedo en ese momento, mi bebé debía nacer, tenía que hacerlo, en su hogar con toda su familia dándole amor y cuidando de él.

Me apuntó en la sien con el arma y al sentir el frío metal cerré los ojos. El teléfono se cortó y Connor me obligó a llamar a Dean.

—Preciosa, dime que estás bien... por favor... dímelo.

—Dean, no puedo seguir con esto —dije mientras las lágrimas inundaban mis ojos y resbalaban por mis mejillas.

—Joder, está ahí... ¿verdad?

—Sí, hablo en serio —sabía que Dean entendería mis respuestas sin que yo levantara sospechas.

—Preciosa... dime que estás bien, necesito saberlo.

—Sí, eso es.

—Leo... Leo me ha dicho que va armado.

—Solo una.

—¿Cómo está él, alterado?

—Tranquilo, sé que habrá muchas mujeres que quieran mi puesto.

—Vale, sigue hablando, hay que... hay que mantenerle entretenido. Dollan y los chicos están en camino.

—No te quiero, era todo mentira.

—Lo sé cariño, sé que me quieres.

—Sí, nunca te he querido. Y... me acosté con Josh.

—Eso duele, espero que no sea cierto.

—No, eso no es cierto, tú nunca me dejabas libertad.

—Joder, preciosa, te quiero demasiado para perderte.

—No, ni siquiera pienses eso.

—Necesito oír que... Preciosa, mi amor, por favor, si sientes algo por mí, si me quieres, aunque sea un poco, por favor, di que no me quieres.

—No te quiero.

—Di que no me quieres, dímelo preciosa.

—No, no te quiero. Y hablo en serio.

—Mi amor... eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te juro que te voy a sacar de ahí. Di que no me quieres, dímelo... otra vez. Necesito oírlo mi amor.

—No te quiero, nunca lo he hecho. Olvídate de mí, haz como que no existo. Ni siquiera me busques, no me encontrarás.

—Te quiero mi amor, estaré ahí en menos de quince minutos. Por favor, por favor cuídate y cuida de nuestro hijo.

—Adiós.

Llorando, fingí colgar el teléfono y volví a guardarlo en el bolsillo. Connor dejó de nuevo el

arma sobre la mesa y se acercó a mí, rodeándome con sus brazos.

Ese simple gesto que en otras ocasiones me había consolado y me había aliviado de mis preocupaciones, ahora me hacía daño. Su contacto me repugnaba, con todo lo que le había querido tiempo atrás, y ahora le odiaba, se había convertido en mi peor enemigo.

—Yo cuidaré de ti, mi niña, como siempre he hecho.

—Connor...

—Chsss... ese bebé tendrá un padre y una madre. No le faltará de nada.

—¿Dónde... dónde tienes pensado llevarnos?

—He buscado durante meses un lugar en el que podamos ser felices, y lo encontré. Es un pequeño pueblo en Suiza, apenas tiene trescientos habitantes, hay escuela y en el pueblo cercano una clínica médica. No tengo mucho dinero, pero para poder vivir al menos un par de años sí nos da. Y he conseguido un empleo allí, en una fábrica de madera. Tú no tendrás que trabajar, te quedarás en casa y cuidarás de nuestra pequeña Analía o del pequeño Jackson.

—¿De verdad quieres cuidar de este bebé, aun no siendo tuyo?

—Es tu hijo, Avery, eso es suficiente para mí. Ya tendremos los nuestros, siempre quise tener una pequeña Avery.

Los dedos de Connor secaron las lágrimas de mis mejillas, cerré los ojos porque no podía mirarle a la cara, me había hecho tanto daño... y ahora seguía haciéndomelo. Quería apartarme de mi marido, de mis hijos, y si no hacía lo que quería... mataría a mi bebé, o tal vez a mí y con eso conseguiría que mi bebé también muriera.

Aun a riesgo de que me hiciera algún daño, me acerqué lentamente a la mesa sin soltarme de su abrazo y conseguí coger el arma. Le dí un empujón y me puse en pie apuntándole con ella.

—¡Avery, suelta eso! —gritó al verme.

—¡No! Creí que eras mi amigo, que me querías como tal y que siempre, siempre te tendría si me ocurría algo, si necesitaba un hombro en el que llorar. Por eso fui a Londres, porque te echaba de menos y necesitaba estar a tu lado, alejarme de mis pensamientos y saber si realmente sentía algo por el hombre del que creía me estaba enamorando. Y sí, lo sentía. Me había enamorado de él, y ¿sabes qué? Ese amor trajo este bebé, un bebé al que tanto su padre como yo queremos y esperamos que nazca para abrazarlo y darle nuestro amor.

—Me quieres a mí Avery, eso lo sé.

—¡No, jamás te he querido de esa manera! Y si alguna vez hubiera podido existir una mínima posibilidad de ello... la mandaste al infierno cuando me disparaste. Y lo peor es que heriste a mi mejor amiga. Si, Connor, si, mi mejor amiga. Ella es quien se ha preocupado por mí, quien me abrazaba cuando lo necesitaba y ponía su hombro para que llorara sin pedírselo.

—¡Se acabó! ¡Nos vamos de aquí ahora mismo!

Y sin darme tiempo a reaccionar, sacó un arma de la parte trasera de su pantalón y volvió a apuntarme. Sentí que me faltaba el aire. Mi corazón latía rápidamente y un fuerte pinchazo en mi vientre hizo que me doblara y cayera de rodillas sobre el suelo, al tiempo que un grito de dolor salía de mis labios.

Creo que esa fue la señal que Dollan y Mason necesitaban puesto que lo siguiente que escuché fue un fuerte golpe en la puerta y ésta se abrió. Connor trató de correr hacia mí para cogerme, pero un disparo resonó en el apartamento antes de que él se acercara.

Le vi caer junto a mí, retorciéndose de dolor mientras un inmenso charco de sangre se formaba

en el suelo.

—Avery... yo... te... quiero... —susurraba mientras tendía su mano temblorosa tratando de cogerme del brazo.

—¡No te acerques a ella, hijo de puta! —la voz de Dollan acercándose a nosotros fue todo un alivio para mis oídos.

Vi sus pies junto a nosotros y de una patada apartó el arma que Connor llevaba y la que yo había dejado caer al suelo cuando caí de rodillas.

—¡Maldita sea, Mason, pide una ambulancia para Avery! ¡Creo que ha roto aguas!

¿Qué? ¿Cómo que había roto aguas? Joder, sí, lo había hecho. Apoyé las manos en el frío suelo y sentí algo húmedo. No podía ser, aún faltaba para que naciera mi bebé, no podía llegar todavía... no, no estaba preparada para eso...

—¡Avery! —la voz de Dean entrando en el apartamento hizo que me estremeciera. Cerré los ojos y la oscuridad se apoderó de mí.

Silencio, no escuchaba nada, ni siquiera a mi marido que sabía que me estaba sosteniendo en brazos. Ni siquiera el fuerte dolor de mi vientre conseguía que dijera algo, me sentía como si hubiera salido de mi cuerpo y estuviera tratando de volver a él, pero no lo conseguía.

¿Me habría vuelto a disparar Connor? Quizás lo había conseguido antes de que Dollan le diera a él, pero... no, no sentía ningún dolor a parte del que me hacía querer empujar y dejar que mi bebé naciera.

Dios... mi bebé iba a nacer, estaba a punto de ser madre y estaba inconsciente. Eso no podía ser bueno, no, sin lugar a dudas yo iba a ser la única que no estaría realmente presente en el nacimiento de mi hijo. Maldito Connor... ¡maldito seas!



Capítulo 22

Escuchaba voces que apenas conseguía distinguir. Me sentía tan cansada que no podía abrir los ojos, hasta que lo hice en un último esfuerzo.

La claridad me molestaba, y poco a poco me acostumbré a ella y pude ver la figura de Dean que estaba de espaldas a mí.

—Dean... —susurré.

Al escucharme, sentí que se tensó todo su cuerpo y se giró lentamente. Tenía algo en brazos, pero no podía ver qué era.

—Preciosa... ¿cómo estás? —preguntó acercándose a mí. Y, de repente, una pequeña manita sobresalió frente al pecho de Dean.

—Yo... no... ¿qué ha pasado?

—Que hemos sido padres, cariño. Mira, te presento a nuestra hija, Analía.

—Analía... mamá tenía razón...

—¿Cómo dices?

Intenté incorporarme para cogerla, pero un fuerte pinchazo en el vientre me lo impidió.

—Tranquila cariño, no te muevas. Tuvieron que hacerte una cesárea... estabas inconsciente y... el bebé corría peligro.

—Yo... ¿está bien? Dime que mi niña está bien.

—Claro que sí, es fuerte como su madre —se sentó en el sofá que había junto a la cama y acercándose a mí, dejó a mi pequeña entre mis brazos.

Era preciosa, tenía el cabello de Dean y por lo que pude ver, los mismos ojos que yo. Estaba sonriendo, como si supiera quien era yo, y era la sonrisa más bonita que había visto en mi vida.

—Es perfecta, ¿no crees? —preguntó Dean cogiendo una de sus manitas, y mi niña apretó el dedo de su padre con tanta fuerza que sus pequeños deditos se pusieron blancos.

—Sí que es fuerte, sí —dije sonriendo.

—Dime, ¿cómo te encuentras?

—Cansada... ¿cuánto he estado aquí?

—Analía nació ayer por la tarde, la revisaron y estaba bien así que no fue necesario meterla en una incubadora.

—Oh... Dean... lo siento... si hubiera mirado antes de abrir...

—Cariño, nadie sabía que ese hijo de puta estaría allí.

—Pero... si yo...

—No te culpes, no lo hagas. Estás bien, las dos lo estáis, y yo soy el hombre más feliz del mundo porque tengo siete preciosos hijos y la mejor esposa que un hombre pueda querer.

—¿De verdad eres feliz?

—Más de lo que jamás pensé. Y ya he estado hablando con esta princesa, y cuando he hablado de arquitectura, ha sonreído, así que... creo que tenemos aquí a la futura y exitosa arquitecta Analía Mayer.

—Genial, acaba de nacer y ya estás planeando su futuro.

—Qué puedo decir, he planeado el de mis siete hijos.

—Dios... Dean... —dije sonriendo al tiempo que ponía los ojos en blanco.

La puerta de la habitación se abrió y entró una enfermera. Se alegró al ver que estaba despierta y me dijo que tendría molestias durante algún tiempo pero que todo pasaría. Nos informó que había mucha gente esperando fuera para poder vernos, y les había dicho que podían entrar cuando yo despertara, pero en pequeños grupos, así que Dean se puso en pie y, mientras yo esperaba admirando a mi niña que me sonreía y cogía mi dedo tan fuerte como había cogido el de su padre, fue a buscar a nuestros hijos.

Todos sonrieron al ver a su nueva hermanita, y la besaron y la hicieron reír, y prometieron que cuidarían de ella y nunca le faltaría nada.

Qué puedo decir, tengo los mejores hijos que una madre puede desear.

Donna y Mike, junto con Adam y Nick entraron después. Donna lloró al sostener en brazos a su muñequita, como había decidido llamarla. Mike la mecía como el gran abuelo que era y Adam aseguró que era toda una mini Avery, salvo por el color de pelo.

Nick se sentó en el sofá donde había estado Dean y la sostuvo en brazos mientras Donna no apartaba la vista de él ni se separaba de su nieto. La miraba con tanto cariño y la hablaba con tanta dulzura que me enternecía. Era hijo único, pero se llevaba muy bien con los primos Mayer como él decía, a pesar de no ser familia real.

No pude apartar la mirada de Nick mientras sostenía a mi niña, le hablaba bajito, susurrando, y podía ver a mi niña sonreír y aferrarse a la mano con la que Nick le sostenía la suya. Le daba pequeños besos en la frente, en los nudillos, y la acercaba a su pecho para abrazarla. Sí, ese niño iba a ser un buen amigo de mi hija, no me cabía duda, como su padre lo había sido mío tanto tiempo atrás.

Tras recibir todas las visitas, la enfermera se llevó a Analía a la sala con el resto de bebés, me trajeron algo de comer y cuando retiraron la bandeja, Dean se sentó en el sofá junto a mí y acarició mi cabello, sabiendo que aquello me relajaba.

Mientras hablaba del dormitorio de Analía, que ya había encargado que lo volvieran a pintar y esta vez en rosa con adornos en blanco y morado, acabé quedándome dormida.

—Hija, sabía que tendrías una niña —la voz de mi madre hizo que abriera los ojos.

—Mamá... ¿has visto qué guapa es?

—Tan solo he visto un bebé tan hermoso, y eras tú —dijo mi padre.

—Papá... siempre me lo recordabas.

—Y no miente cariño —contestó mi madre cogiendo mi mano—, eras la niña más hermosa que

había visto nunca. Me alegra que le hayas puesto mi nombre a nuestra nieta.

—Pero hija, recuerda que cuando nazca tu hijo dentro de unos años, tendrás que ponerle Dean.

—Papá, no creo que tenga más hijos. Ya tenemos siete y... son demasiados.

—Los hijos, si se aman, nunca son demasiados. Ojalá y tu madre y yo hubiéramos tenido más hijos mucho antes.

—Además, en caso de que tuviera otro bebé, quizás sería otra niña.

—No cariño, dentro de unos años tendrás un precioso varón. De eso tu madre está segura, así que habiendo acertado en que esperabas una niña... no dudo que pronto tendremos un nieto al que cuidar desde aquí.

—Os quiero mucho, ojalá estuvierais para ver a mi pequeña...

—Oh, cariño, la hemos visto, y nos ha sonreído, mientras movía sus manitas intentando coger nuestra mano.

—Es preciosa hija, mi nieta es preciosa. Cuida de ella, cuida de todos tus hijos, y de tu marido, y no te preocupes por ese maldito Connor...

—Jackson... —le regañó mi madre cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

—¿Qué? Ya no hay que preocuparse.

—Jackson Albert Baker, aseguraste no hablar de ese...

—¿Ocurre algo con Connor?

—No hija, todo está bien.

—Mamá...

—Tenemos que irnos cariño —dijo mi madre besando mi frente—. Recuerda, cuida de tu familia, es lo más importante que tenemos. Te quiero, mariposa.

—Y yo a ti mamá.

—Ay, mi mariposa. Cómo has crecido, y qué bien has hecho a esa princesita. Te quiero cariño.

—Y yo, papá...

Me desperté sobresaltada y Dean estaba durmiendo en el sofá. Miré mi teléfono que estaba sobre la mesita y vi que eran las tres de la madrugada.

—¿Qué haces despierta? —preguntó acercándose.

—Tuve un sueño... yo... ¿Qué ha sido de Connor?

—Todo está arreglado, ya no volverá a molestarnos.

—Pero...

—Avery, no tienes que preocuparte más por él.

—¿Lo han detenido?

—No.

—¿Qué? ¿No se habrá escapado!

—No, Avery, no se ha escapado. Él... Dollan le disparó y los médicos no pudieron hacer nada por él.

—Está... oh, Dios... —no pude evitar sollozar. Había sido mi amigo durante tanto tiempo que, aun habiéndome hecho daño, me dolía saber que había muerto.

—Preciosa, no me alegro de lo que le ha pasado, pero sé que mi mujer, a la que amo y adoro cada día de mi vida más, y mis hijos, están a salvo, igual que el resto de nuestra gran familia.

—Su tío... él...

—Sí, lo sabe. Dollan le llamó para avisarle. Vendrá a por el cuerpo y lo enterrará en Londres. Le pidió a Dollan que nos dijera que sentía mucho todo lo que nos había hecho.

Te quiero Dean, te quiero tanto...

Y yo a ti preciosa, y yo a ti.

Tras secar las lágrimas de mis mejillas, con mi rostro entre sus manos, se inclinó y me besó tiernamente, uno de esos besos que me gustaba recibir cuando estaba tristonada y me levantaba el ánimo.

Con el rostro en su pecho, las lágrimas volvieron a recorrer mis mejillas. Pero eran lágrimas de felicidad, era feliz porque tenía al hombre más maravilloso a mi lado, unos hijos a los que quería más que a nada, familia y amigos con quien compartir tanto los buenos como los malos momentos.

Ahora tocaba disfrutar, vivir la vida tal como viniera y no desperdiciar ni un solo día de mi vida, ni tan siquiera uno.



Epílogo

Cinco años después

Desde la carretera podía ver mi casa. La casa en la que había pasado los mejores años de mi vida junto a mi esposo y nuestros hijos. Y, a pesar de que no lo esperábamos, la familia había aumentado demasiado rápido.

Kira y Mason se casaron cuando mi pequeña Analía tenía un año, y ahora eran los felices padres de una pareja de gemelas que eran el vivo retrato de su padre, Bianca y Brenda.

Diana y Nick también se casaron dos años antes y ya teníamos una preciosa sobrina de un año, Norah, una princesa igualita a su tío Dean.

Mis chicos, mis adolescentes favoritos, vivían en el antiguo apartamento de Dean. Dylan y Sarah estaban organizando su próxima boda, y ambos trabajaban en Mayer Arquitectos, Dylan se encargaba del departamento contable y Sarah era una de las mejores arquitectas de la empresa.

Kevin y Annie también seguían juntos, ellos aún no pensaban en casarse, pero yo estaba segura de que lo harían. Ambos habían estudiado diseño de interiores y decoración, como mi cuñada Diana, y los tres formaban el mejor equipo con el que la empresa de mi marido podía contar.

Karen, mi querida Karen, se había retirado de las pasarelas un año después de casarse y era toda una madraza. Adoraba a sus hijos, Nathan y Mia, y se desvivía por ellos, igual que por todos mis hijos.

Donna y Mike seguían siendo los abuelos que malcriaban a nuestros niños, incluso a las niñas de Kira y Diana, y eso que desde que Adam y Sonya les dieron la noticia de que iban a ser abuelos de verdad por segunda vez, les daban a nuestros niños las mismas atenciones que a su querido Nick, un hombrecito de ocho años, y la pequeña Melissa que, a sus tres años, era todo un torbellino.

Y allí estábamos Dean y yo, volviendo a casa, nuestra casa, nuestro hogar, donde nuestra numerosa familia esperaba ansiosa nuestra llegada.

—¿Eres feliz? —pregunté mientras cruzábamos con el coche la verja de la entrada.

—Inmensamente feliz. ¿Y tú?

—Más de lo que podía imaginar.

Cuando paró el coche, la puerta de casa se abrió y mi princesa, mi pequeña mariposa, Analía, salió corriendo seguida de Nick, el hijo de Adam, que desde que mi niña nació, no se apartaba de ella. Ese hombrecito adoraba a mi niña y cuidaba de ella, le daba lo que pedía y entre risas, su padre y Sonya aseguraban que siempre sería así, mi hija tenía a ese muchachito bien agarrado...

—¡Mamiiii! —gritó mi niña acercándose al coche cuando abrí la puerta para salir.

—Hola, cariño. ¿Te has portado bien en casa del tío Adam? —sí, Nick y mi hija siempre querían pasar tiempo juntos, así que solíamos traerle a él a casa, o llevar a Analía con ellos.

—Sí, y he cuidado de Melissa, ¿verdad, Nick?

—Claro que sí mariposa, la has cuidado muy bien —dijo cogiéndola en brazos, afortunadamente para todos, Nick era bastante alto para su edad, eso lo había sacado de su padre.

—¿Puedo ver ya al bebé? —preguntó abrazándose al cuello de Nick.

—Pero no hagas ruido, que está dormidito —le pidió Dean revolviéndola el pelo.

—¡Papiiiii! No hagas eso... que me dejas fea...

—Mi niña nunca está fea.

—Cierto, mariposa, nunca estás fea.

Ay, Nick, pero qué mono. Si es que le quiero como si fuera hijo mío.

Cuando Dean cogió el capazo donde iba nuestro hijo, se acercó a Analía y ella sonrió al verle. Estaba dormido, pero como si sintiera la presencia de su hermana mayor, abrió los ojos y moviendo sus manitas para tocarla, sonrió.

—¡Qué pequeñito! ¿Así era yo, mami?

—Sí cariño, así eras tú.

—Vaya, ¿todos los primos eran así?

—Eso es, todos.

—Pero tú eres la más guapa de todas las niñas, mariposa —dijo Nick haciéndole cosquillas a mi niña, y eso a ella le encantaba.

—Señor Mayer... —dije mientras Nick caminaba hacia la casa haciendo reír a mi niña— Creo que dentro de algunos años... su padre y usted tendrán que tener una charla con ese hombrecito.

—Eso me temo, señora Mayer. Eso me temo.

Y mientras Dean sostenía el capazo y me pasaba un brazo por los hombros, se inclinó para besarme y yo rodeé su cintura. Éramos felices, muy felices, rodeados de nuestros hijos que siempre nos habían demostrado un cariño incondicional, y nosotros amábamos a todos y cada uno de ellos.

Y sí, finalmente mis padres volvieron a tener razón el día que soñé con ellos cuando nació Analía. Después de tantos años, un nuevo Mayer llegó a la familia, el pequeño Dean Mayer, que, siendo el vivo retrato de su padre, ya supe que sería todo un conquistador, como lo había sido y lo seguía siendo él.

—Di que no me quieres, dímelo... otra vez —pedí apoyando mi frente a la suya.

—No te quiero Avery, no te quiero.

Fin

*Di que
no me quieras*



Capítulos Extra



Cuatro años después

Avery

—Chicos, ya os queda poco para acabar el instituto —escucho decir a mi marido, Dean, mientras salgo de la cocina con una taza de café para él.

Entro en el salón y al ver a mi gran familia, no puedo evitar sonreír.

Nuestros hijos se han convertido en unos jóvenes responsables y centrados en sus estudios.

Luke, Clark y Steve cumplirán los dieciocho dentro de poco. Paula y Angie tienen diecisiete desde hace unos meses. Aiden, mi bichito, ya tiene quince años y es igual de alto que sus hermanos mayores.

Mi pequeña Analía, el ojito derecho de todos sus hermanos, siempre fue una muñequita para la familia, y ahora es una señorita de nueve años que tiene más claro que sus hermanos lo que quiere estudiar.

Dean, nuestro benjamín, es un pequeño revoltoso de cuatro años que no para de hacer trastadas a sus hermanos y hermanas.

—Espero que lo hayáis pensado bien, y que sigáis los pasos de vuestro padre —digo entrando en el salón.

Paula y Angie me miran, se encogen de hombros y después inclinan la mirada hacia el suelo.

Esto no va a salir bien. Prometí que no volvería a guardarle secretos a Dean, sobre todo después de aquella tonta discusión cuando se enteró de lo que tenían Dylan y Sarah y yo no le

había contado. Pero es que... ellas son mis hijas. Una madre debe guardar un secreto a sus hijos.

—Steve y yo tenemos claro que queremos ser arquitectos —responde Luke, el mayor de todos.

—Me alegra saberlo. Tenéis mucho potencial, ya lo sabéis —mi marido se hincha como un pavo el día de Navidad, orgulloso de saber que el estudio de arquitectura Mayer seguirá al menos una generación más.

—Yo también estaré en la empresa familiar, papá —dice Aiden—, pero en el departamento de contabilidad. Ya sabes que soy bueno con los números.

—Bien, bien. Me gusta saber que serás tú el encargado en lo referente a la economía de la empresa.

Miro a mi hijo Clark y él me evita. Esto no le va a gustar a mi marido. Tenía planeada una buena educación para todos y cada uno de nuestros hijos. Los quería junto a él en su empresa, diseñando, creando y dejando el nombre de los Mayer en lo más alto de la arquitectura.

—Y tú, Clark, ¿en qué rama vas a especializarte, hijo? —pregunta mi querido y amado esposo, y yo no puedo hacer otra cosa que sentarme y esperar que no se lo tome demasiado mal.

—Seguiré los pasos de mamá —anuncia, mirando a su padre fijamente a los ojos.

—¡Oh, oh! —susurra Aiden, y yo le reprendo con la mirada.

—¿Cómo has dicho? —Dean deja la taza del café sobre la mesa, se incorpora y apoya los codos en las rodillas.

—Que voy a ser modelo, como mamá.

—Y nosotras también —responden Paula y Angie al unísono.

—Se nos viene encima la tercera guerra mundial —vuelve a susurrar Aiden.

—No me puedo creer que estéis hablando en serio. Pero, vamos a ver. ¿En qué momento habéis decidido ser modelos en vez de entrar en la empresa familiar? Siempre hemos dicho que estudiarías arquitectura o diseño de interiores. Que tendríamos el mejor equipo entre todos los miembros de la familia. ¡Por el amor de Dios, si hasta Nathan va a estudiar derecho para estar en la empresa!

Dean se pone en pie y comienza a pasear de un lado a otro del salón con las manos en los bolsillos.

Respiro hondo, miro a todos mis hijos y sé que es momento de que interceda por los tres que, a ojos de su padre, deben ser unos descarriados.

—Mi amor, no son unos descarriados. Ser modelo no es tan malo. Yo lo fui durante años... ¿verdad?

—Y precisamente por todo lo que te ocurrió no quiero que mis hijos lo sean. Estarán en el candelero de la prensa amarilla todo el día. Los van a diseccionar como a ranas, ¡joder! Y lo peor, es que puede haber algún loco que intente hacerles daño. ¡No, no pienso consentir que se dediquen al mundo de la moda!

—Papá, no eres justo con nosotros —le interrumpe Clark.

—¿Que no soy justo? Hijo, yo solo me preocupo por mi familia. Sabéis lo que le pasó a vuestra madre. Ese loco casi la mata, y con ella a Analía antes de saber que existía. No me digas que soy injusto por querer proteger a mi familia. ¡Os quiero a todos y no pienso perderos a ninguno por culpa de un loco!

—Mi amor...

—¡Joder, he dicho que no! —grita mirándome, y vuelvo a recordar aquella vez, en su despacho, hace tantos años, donde temí realmente al hombre al que tanto amaba.

—¡Joder! —grita mi hijo Dean.

—No digas palabras feas, hermanito —le pide Analía, que se pone en pie y coge la mano de su hermano pequeño—. Ven, vamos a por unas galletas.

Sonríó a mi hija cuando me mira y ella me la devuelve. Es pequeña, pero tan responsable como lo son el resto de sus hermanos.

—Papá, sabías que no todos íbamos a querer estudiar algo relacionado con la empresa —Luke, como hermano mayor, intercede por el resto—. Yo no veo mal que mis hermanos quieran dedicarse al mundo de la moda. A mamá no le fue tan mal. Además, el apellido Mayer ya está asociado a ese mundo. La tía Kira fue una de las mejores.

—Lo sé, pero... —Dean se deja caer en el sofá, cierra los ojos y respira hondo antes de volver a hablar— Solo quería teneros a mi lado. Yo no pude disfrutar de mis padres, ni siquiera recuerdo cómo eran, ni el sonido de sus voces. Cuando creé mi propia empresa lo hice soñando con que el día que fuera padre, mis hijos estuvieran ahí para hacerla crecer tanto o más que yo. Pero no puedo imponer mis deseos a los vuestros.

—Bueno, si nos va mal en la moda, podemos empezar como becarios en la empresa. No creo que se me de mal lo de hacer fotocopias ¿no? —con la ocurrencia de Clark todos reímos.

Él es así, el más despreocupado, el extrovertido de la familia.

—Solo os pido una cosa. Siempre que necesitéis algo, lo que sea, contad conmigo. ¿De acuerdo? —pide Dean, y mis hijos sonrían y asienten.

—Eres el mejor padre del mundo, no lo olvides —dice Paula, abrazándole, antes de salir del salón junto a sus hermanos.

—¿Tú lo sabías? —me pregunta. Me sonrojo y él sonrío—. No puedes contarle algunos secretos a tu marido, ¿verdad, cariño?

—No, no puedo. Soy como un cura, me acojo al secreto de confesión.

—Somos buenos padres ¿no es así?

—Los mejores del mundo mundial —al menos en palabras de nuestros hijos Analía y Dean.

—No te quiero, ¿lo sabías? —susurra, rodeándome por la cintura, con esa voz que tanto me gusta y que hace que todo mi cuerpo se erice, pensando en lo que puede ocurrir en la soledad de

nuestro dormitorio.

—Yo a usted tampoco, señor Mayer.



Seis años después

Dean

Creo que estoy yo más nervioso que mis hijos.

Aún recuerdo el momento en que Clark, Paula y Angie me dijeron que querían seguir los pasos de su madre, la que fuera la gran modelo Avery Baker.

Sentí que me faltaba el aire, apenas si podía articular palabra mientras escuchaba latir mi corazón tan fuerte que pensé que me daría un infarto.

Estoy orgulloso de mi esposa, de la modelo que fue antaño y todo el éxito que obtuvo. Pero ser

el blanco de los periodistas no lo llevaba demasiado bien que digamos. Y menos, cuando el cabrón de Connor estuvo a punto de arrebatarme a la única mujer a la que he amado en toda mi vida.

En cuanto acabaron el instituto empezaron a hacer castings. Les llamaban para anuncios de ropa, algún perfume, maquillaje y poco más. Los veía agobiados porque ellos tenían la ilusión de desfilan en pasarela, ser uno de los modelos de algún importante diseñador.

Eso llegó hace apenas un par de años. Clark tenía veintiuno y Paula y Angie veinte años.

De ahí a la fama mundial. Y yo orgulloso de que empezaran desde abajo y se les reconociera el talento y les quisieran en todas las agencias de modelos.

Y hoy... hoy puedo decir que me tiemblan las manos como el primer día que tuve a Avery entre mis brazos.

Joder, estoy nervioso como un quinceañero. Algo que no es normal en mí que ya tengo una edad, sin entrar en detalle de cuántos años tengo.

Olivier Fortier, el hermano de la perfumista Elora Fortier, dejó las pasarelas para crear su propia agencia de modelos y poco después se asoció con una diseñadora mundialmente conocida.

Y esta noche mis tres hijos son parte de los modelos que cruzarán esa pasarela con sus diseños.

—Tranquilo, mi amor. Deja quieta la pierna —me dice Avery, mi esposa, cogiéndome la mano.

—Lo siento, es que estoy nervioso y no sé por qué. Si no es la primera vez que los voy a ver desfilan.

—Tal vez sea porque de este desfile depende que tus tres hijos se marchen fuera del país durante un año, o tal vez dos.

Cierto, es por eso pero, si no lo pienso esa posibilidad no existe, ¿verdad?

Respiro hondo y noto que mi hija Analía me coge la otra mano.

—Papá, aunque se alejen de nosotros, podremos verlos siempre que queramos. Hay tecnología, ¿sabes?

—Lo sé, mariposa, lo sé.

—¡He visto a Clark! —grita mi hijo Dean.

Miramos hacia donde señala y vemos a mi hijo tras bambalinas, esperando para salir a la pasarela.

Sonríe y nos saluda con la mano, antes de llamar a sus hermanas que, con una sonrisa igual de amplia que la suya, nos saludan y lanzan besos.

Las luces se apagan y un foco ilumina el principio de la pasarela. Empieza a sonar música y, uno tras otro, todos los modelos pasean por delante de cientos de ojos que les observan atónitos.

El desfile acaba y Olivier y su socia, la diseñadora Marie Renoir, salen para ser alabados por los aquí presentes.

Entre aplausos y vítores, con el sonido de la música de fondo, un estruendo hace que todo el mundo se quede en silencio mientras vemos caer a Marie al suelo.

La alfombra blanca de la pasarela se tiñe de rojo escarlata. Olivier se arrodilla quitándose la chaqueta y tapona la herida del abdomen de su compañera. Se escuchan gritos, la gente empieza a salir del recinto y veo a una niña de poco más de seis años correr hacia Marie.

—¡Mami! ¡Mami! —grita, pero Clark la coge en brazos para sacarla de allí.

La niña patalea, llorando al tiempo que le pide a su mami que no la deje.

Subo a la pasarela y miro a mis hijas, se sonrojan y sé que, con solo esa mirada mía, saben que es a esto a lo que me refería cuando les dije que no quería que se dedicaran al mundo de la moda.

—¡No hay nada que hacer por ella Dean, la he perdido! —me asegura Olivier con la voz entrecortada y lágrimas deslizándose por sus mejillas.

—Lo siento mucho, amigo —y es cierto.

Cuando Avery y él fueron los rostros para los perfumes de Elora, me sentí celoso por cómo miraba a mi mujer. Pero eso pasó. Ese hombre se convirtió en un amigo más de la familia.

Marie, de treinta años, era la luz que iluminaba sus días, y ahora todo era oscuridad para él.

Miro hacia el lugar por el que se han ido mis hijos y me dirijo hacia allí.

Cuando entro en la sala donde los modelos se cambian de vestuario, veo a la niña en los brazos de una señora mayor que la mece y trata de consolarla, con las mismas lágrimas en los ojos que Olivier está derramando.

—Papá... —empieza a decir Clark, pero no le dejo continuar.

—¿Estáis bien? —pregunto, abrazando a mis tres hijos como si llevara siglos sin verlos.

—Sí, perfectamente —responde Angie.

—Eso es lo que importa. Vamos, vuestra madre está preocupada.

—No nos vamos a ir —asegura Clark. Le miro y veo esa sonrisa canalla que tanto gusta a la cámara, como dicen siempre sus hermanas—. Nos quedamos aquí, y si nos sale algún trabajo para hacerlo fuera, aunque sea para unos días, es lo que haremos. Nuestra vida está aquí, con la familia.

Asiento, con las lágrimas a punto de brotar de mis ojos. Salimos para encontrarnos con mi mujer y el resto de mis hijos, y nos marchamos a casa.

En las noticias hablan del terrible suceso que ha empañado el éxito del desfile. Marie Renoir ha fallecido allí mismo, y no han dado con el culpable.

—Es una tragedia. Olivier está destrozado. Y esa niña... —murmura Avery.

—Nuestros hijos van a estar bien, lo sé. No dejaré que nadie les haga daño. Me da igual que ya sean adultos, siguen siendo mis niños —aseguro mientras abrazo a mi esposa.

—Lo sé, estoy segura de que, antes que dejar que a ellos les ocurriera algo, serías capaz de matar con tus propias manos.

—Exactamente.

—¿Sabe, señor Mayer? —miro a mi esposa, que me acaricia la mejilla, y me pierdo en el brillo de sus ojos—. No te quiero.

—Di que no me quieres, dímelo... otra vez.

-Estado de canciones-

- 1. I Want to Know What Love Is – Foreigner** (*Año: 1984 Álbum: I Want to Know What Love Is*)
- 2. Painted on my Heart – The Cult** (*Año: 2000 Álbum: Nur noch 60 Sekunden*)
- 3. Love me tender – Elvis Presley** (*Año: 1958 Álbum: Elvi's Golden Records*)
- 4. Jailhouse Rock – Elvis Presley** (*Año: 1957*)
- 5. Can't help falling in love – Elvis Presley** (*Año: 1961*)

Si te ha gustado esta novela y quieres conocer alguna de las otras que tengo publicadas, puedes encontrarlas en Amazon, de venta en formato eBook y disponibles en Kindle Unlimited.

un poquito sobre mí

Nací en Madrid una mañana de septiembre de 1982.

Me crié con mis abuelos mientras mis padres trabajaban, y de ellos escuché siempre las historias de sus infancias, de su juventud, de los años que vivieron durante la guerra y de la infancia de cada uno de mis tíos.

De ellos aprendí que el amor verdadero existe, que un hombre sí es capaz de hacer lo que esté en su mano para conseguir a la moza que le gusta (palabras de mi abuelo) y que por muchos pretendientes que tengas, siempre sabes quién es el hombre al que siempre querrás y con el que envejecerás (palabras de mi abuela).

Me gustaba pasar horas en mi habitación leyendo, y mientras las palabras se sucedían página tras página, era como si viera una película pues cada escena cobraba vida. Hice mis primeros pinitos en la escritura en el instituto, y si hubiera hecho caso de lo que me dijo aquella profesora de Lengua y Literatura... hace muchísimos años que habría empezado a escribir.

Pero me lancé en 2016, con el apoyo de mi marido, santa paciencia la suya por leerse todas mis novelas y corregir mis errores, aportar ideas y anotar esas frases que le gustan para crear conmigo las sinopsis.

Disfruto con lo que hago, me gusta escribir y mientras las fuerzas y mi cabecita me lo permitan, seguiré escribiendo las historias que se forman en mi cabeza porque mis musos nunca dejan de maquinar.

Si os ha gustado esta historia y os apetece dejar un comentario en Amazon o Goodreads, os lo agradeceré mucho pues eso para los escritores indies es una alegría.

Muchas gracias a tod@s.

^[1] Traducción del francés: ¡Y eso es todo!

^[2] Nuit à Paris. Traducción del francés: Noche en París.

^[3] Traducción: Quiero saber lo que es el amor.

^[4] Traducción: Pintado en mi corazón.

^[5] Love me Tender. Cantante: Elvis Presley, Año: 1956, Tema que da nombre a la película del mismo año, también interpretada por Elvis Presley, conocido como El Rey.

^[6] XCTR. Siglas de Exciter. Traducción del francés: Excitante.

^[7] Traducción del francés: Nuevo perfume para hombre.

^[8] Traducción del francés: ¡Oh, Dios mío!

^[9] Sekhmet, cuyo nombre significa “La Poderosa”, era una diosa guerrera y diosa de la sanación en la mitología del antiguo Egipto. Era representada como una leona y era conocida por ser la mejor cazadora para los egipcios. Se decía que su aliento había formado el desierto y actuaba como protectora de los faraones, guiándoles en tiempos de guerra. Sekhmet era representada portando en su cabeza un disco solar rodeado del uraeru.

^[10] Traducción: Ámame tiernamente, ámame dulcemente, nunca me dejes ir. Has completado mi vida, y te amo tanto.

^[11] Traducción: El Rock de la cárcel

^[12] Traducción: No puedo evitar enamorarme

^[13] Traducción: Como un río fluye seguramente al mar. Querida así es, algunas cosas están destinadas a suceder. Toma mi mano, toma mi vida entera también. Ya que no puedo evitar enamorarme de ti. Ya que no puedo evitar enamorarme de ti.